

BERNARD CORNWELL

LA TIERRA EN LLAMAS

Sajones, Vikingos y Normandos

V



Lectulandia

Los últimos años del siglo IX fueron una época llena de peligros para Inglaterra. La salud de Alfredo de Wessex, su sucesor, un joven carente de experiencia, y los vikingos, que tantas veces han visto como se frustraban sus aspiraciones de conquistar Wessex, creen llegado el momento de atacar. Uhtred, señor de la guerra de Alfredo, aun a su pesar, tiende una trampa al enemigo y, en Farnham, inflige a los vikingos una de las peores derrotas. Pero tras la victoria, Uhtred habrá de hacer frente tanto a una tragedia familiar como a los ataques de los secuaces de Alfredo, recelosos de su popularidad y del trato que el monarca dispensa a un pagano. Uthred rompe con Alfredo y quebranta su juramento de lealtad. ¿Habrá algo que consiga que vuelva a luchar junto a los sajones?

Lectulandia

Bernard Cornwell

La tierra en llamas

Sajones, vikingos y normandos - 05

ePUB v1.0

Roy Batty 17.06.12

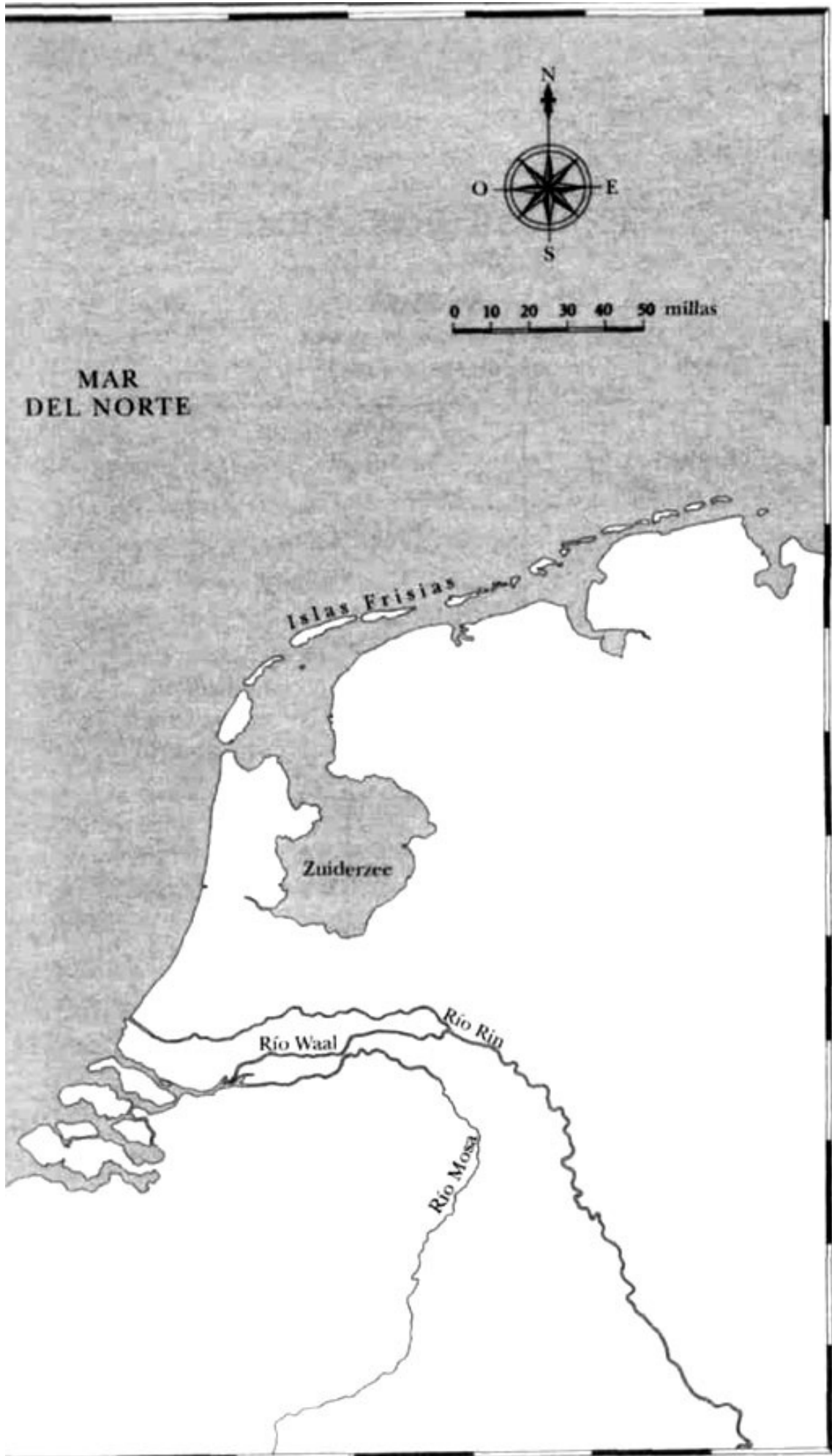
más libros en lectulandia.com

Título original: *The Burning Land*
Bernard Cornwell, 2009
Traducción: Monserrat Batista

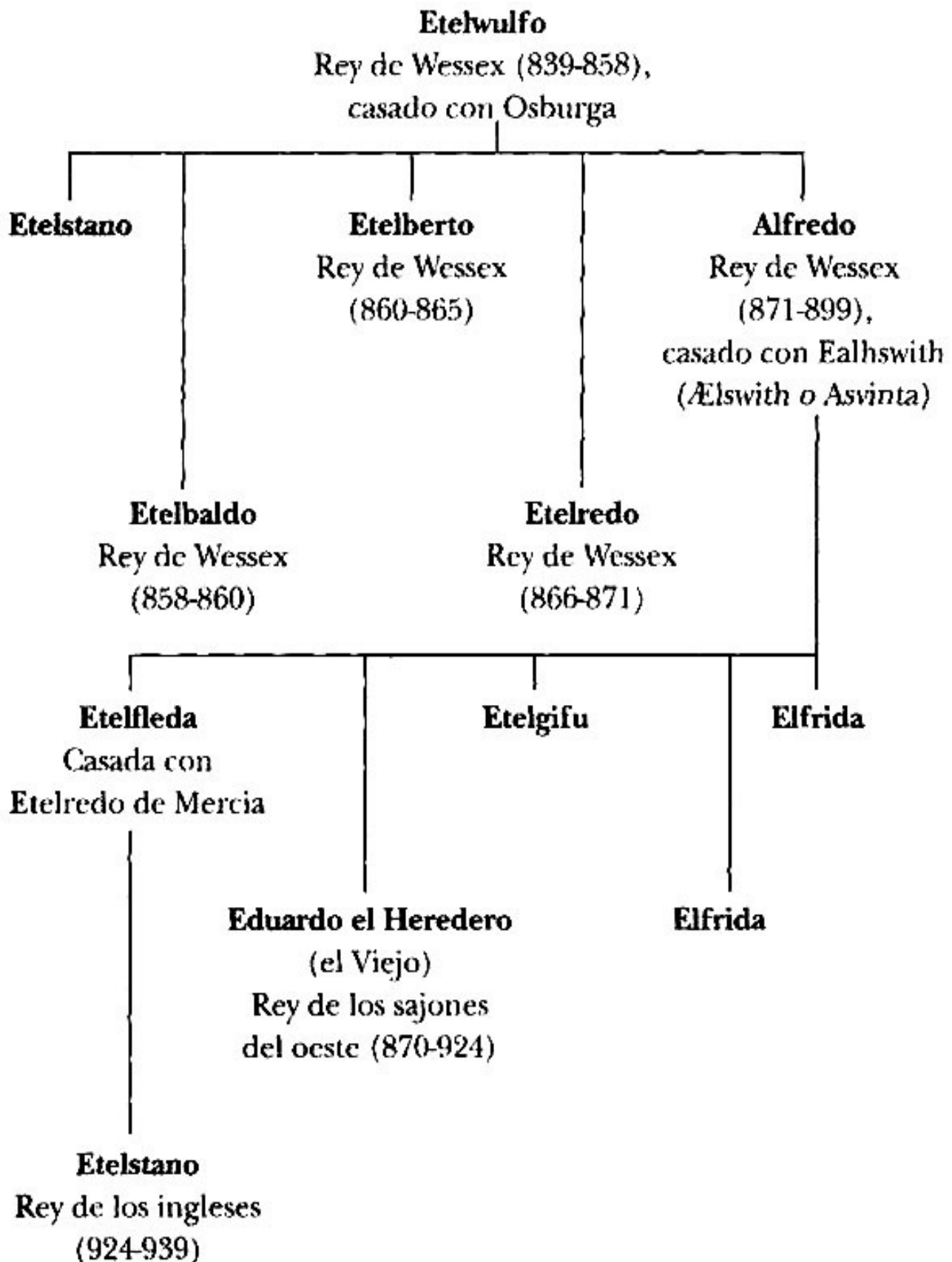
Editor original: Roy Batty (v1.0)
ePub base v2.0

La tierra en llamas
está dedicada a Alan y Jan Rust





FAMILIA REAL DE WESSEX



TOPÓNIMOS

La ortografía de los topónimos de la Inglaterra anglosajona era y es una asignatura pendiente, carente de coherencia, en la que no hay concordancia ni siquiera en cuanto al nombre. Londres, por ejemplo, podía aparecer como Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Claro que habrá lectores que prefieran otras versiones de los topónimos enumerados más adelante, pero, aun reconociendo que ni esa solución es incuestionable, he preferido recurrir, por lo general, a la ortografía utilizada en el *Oxford* o en el *Cambridge Dictionary of English Place-Names* (Diccionario Oxford, o Cambridge, de topónimos ingleses) para los años más cercanos o pertenecientes al reinado de Alfredo el Grande (871-899 d. C). En 1956, Hayling Island se escribía tanto Heilicingae como Hæglingaiggæ. Tampoco he sido coherente en este aspecto: me he decantado por el vocablo Northumbria en vez de Nor hymbbralond para que nadie piense que los límites del antiguo reino coinciden con los del condado en la actualidad. Así que esta lista, como la ortografía de los nombres que aparecen en ella, es caprichosa.

Æsc's Hill - Ashdown, Berkshire

Æscengum - Eashing, Surrey

Æthelingæg - Athelney, Somerset

Beamfleot - Benfleet, Essex

Bebbanburg - Castillo de Bamburgh, Northumbria

Caninga - Isla de Canvey, Essex

Cent - Kent

Defnascir - Devonshire

Dumnoc - Dunwich, Suffolk (en la actualidad casi engullida por el mar)

Dunholm - Durham, condado de Durham

East Sexe - Essex

Eoferwic - York

Ethandun - Edington, Wiltshire

Exanceaster - Exeter, Devon

Farnea Islands - Islas Farne, Northumbria

Fearnhamme - Farnham, Surrey

Fughelness - Isla de Foulness, Essex

Grantaceaster - Cambridge, Cambridgeshire

Gleawecestre - Gloucester, Gloucestershire

Godelmingum - Godalming, Surrey

Hæthlegh - Hadleigh, Essex

Haithabu - Hedeby (sur de Dinamarca)

Hocheleia - Hockley, Essex
Hothlege - Hadleigh Ray, Essex
Humbre - Río Humber
Hweal - Río Crouch, Essex
Lecelad - Lechlade, Gloucestershire
Liccelfeld - Lichfield, Staffordshire
Lindisfarena - Lindisfarne (Holy Island), Northumbria
Lundene - Londres
Sæfern - Río Severn
Scaepege - Isla de Sheppey, Kent
Silcestre - Silchester, Hampshire
Sumorsæte - Somerset
Suthriganaweorc - Southwark, gran Londres
Temes - Río Támesis
Thunresleam - Thundersley, Essex
Tinan - Río Tyne
Torneie - Isla de Thorney, desaparecida, a un paso de la estación de metro de West
Drayton, cerca del aeropuerto de Heathrow
Tuede - Río Tweed
Uisc - Río Exe, Devonshire
Wiltunscir - Wiltshire
Wintanceaster - Winchester, Hampshire
Yppe - Epping, Essex
Zegge - Isla legendaria de Frisia

PRIMERA PARTE

EL SEÑOR DE LA GUERRA

CAPÍTULO I

No hace mucho tiempo, pasé por un monasterio. Ahora mismo sólo recuerdo que se alzaba en alguna parte de lo que una vez fuera Mercia. Era un día lluvioso de invierno. Volvía a casa con un grupo de no más de doce hombres. Lo único que buscábamos era un sitio donde cobijarnos, un poco de comida y entrar en calor, pero los monjes nos recibieron como si una cuadrilla de hombres del Norte hubiera llamado a su puerta. Uhtred de Bebbanburg estaba bajo su techo, y es tal el respeto que impone mi nombre que supusieron que no tardaría en enviarlos al otro mundo.

—Sólo queremos un trozo de pan, un poco de queso si os queda y un trago de cerveza —conseguí hacerles entender, no sin esfuerzo, al tiempo que arrojaba unas monedas al suelo de la estancia—. ¡Pan, queso, cerveza y un lecho caliente! ¡No pedimos nada más!

Al día siguiente llovía a cántaros; tanto, que parecía el fin del mundo. Así que me decidí a esperar que amainase el viento y el tiempo se tomase un respiro. Dando una vuelta por el monasterio, me encontré en un liento claustro donde tres monjes de aspecto miserable copiaban unos manuscritos, bajo la atenta mirada de un fraile mayor, de pelo canoso y gesto hosco y amargado, que llevaba una estola de piel encima de la sotana y sostenía un vergajo por si decaía, supongo, el desnudo de los copistas.

—No debéis distraerlos, señor —me reconvino desde el taburete en que estaba sentado junto a un brasero, cuyo calor no llegaba, desde luego, a los escribanos.

No puede decirse que las letrinas estén como los chorros del oro —repliqué—, mientras vos estáis aquí, mano sobre mano...

El anciano monje se quedó callado; me coloqué a espaldas de los copistas de dedos entintados y eché un vistazo a la tarea que se traían entre manos. Uno de ellos, un muchacho con aspecto de haragán, labios gruesos y un bocio más que acentuado, copiaba una vida de san Ciarán que refería cómo un lobo, un tejón y un zorro habían aunado fuerzas para erigir una iglesia en Irlanda. Si el joven monje era capaz de creer tales patrañas es que era tan lerdo como su aspecto daba a entender. El segundo escribano se dedicaba a algo más útil: copiaba la donación de un terreno que tenía toda la pinta de ser una falsificación. Los monasterios son muy dados a inventarse antiguas cesiones para demostrar que algún remoto rey, ya casi olvidado, donó en su día cierta y próspera propiedad a la iglesia con el fin de obligar al legítimo dueño de la tierra a devolver el terreno o a satisfacer una cantidad desmesurada a modo de compensación. En cierta ocasión, fui objeto de una de esas jugarretas. Un cura me presentó unos documentos: me cisqué en ellos, envié una veintena de guerreros armados hasta los dientes a las tierras en litigio y le hice saber al obispo que podía pasarse a tomar posesión de los terrenos cuando más le conviniera. Ni lo intentó

siquiera. La gente inculca a sus hijos que para llegar a ser alguien hay que trabajar mucho y llevar una vida de privaciones. Nada de eso: se trata de una estupidez tan grande como creer que un tejón, un zorro y un lobo capaces son de levantar una iglesia. La mejor forma de hacerse rico pasa por que lo nombren a uno obispo o abad de un monasterio cristiano para, con todas las bendiciones del cielo, mentir, trampear y robar a sus anchas, y así llevar una vida regalada.

El tercer joven copiaba un cronicón. Retiré la pluma para ver lo que acababa de escribir.

—¿Sabéis leer, mi señor? —preguntó el viejo, como quien no quiere la cosa, aunque la ironía se notaba a la legua.

—«En aquel mismo año —leí en voz alta, señalando el párrafo con el dedo—, un nutrido ejército de paganos recaló de nuevo en Wessex, una horda mucho más numerosa que las que se habían visto hasta entonces, que devastó los campos y suscitó terrible tribulación entre el pueblo de Dios de la que, gracias a Nuestro Señor Jesucristo, les libró lord Etelredo de Mercia, quien se llegó hasta Fearnhamme al frente de sus tropas, infligiendo una severa derrota a los infieles.» ¿En qué año ocurrieron tales hechos? —pregunté al escribano.

—En el año de Nuestro Señor de 892, mi señor —respondió el muchacho, atemorizado.

—¿Qué es, pues, lo que estáis copiando? —insistí, pasando rápidamente los pliegos del pergamino que reproducía.

—Un cronicón —repuso el anciano monje, en su lugar—; los anales de Mercia, mi señor. Es el único ejemplar que existe, y estamos haciendo una copia.

Volví los ojos a la página que el joven acababa de escribir.

—¿De modo que fue Etelredo quien libró a Wessex de aquel ataque? —pregunté sin ocultar mi indignación.

—Así fue, mi señor —contestó el viejo—, con la ayuda de Dios.

—¿De Dios? —refunfuñé—. ¡Decid más bien con mi ayuda! ¡Fui yo quien libró aquella batalla, no Etelredo!

Ninguno de los monjes se atrevió a despegar los labios. Se me quedaron mirando. Exhibiendo una feroz sonrisa que dejaba al descubierto una boca medio desdentada, uno de mis hombres se apostó en uno de los extremos del claustro.

—¡Yo sí que estuve en Fearnhamme! —continué, haciéndome con aquella única copia de los anales de Mercia y pasando sus rígidos folios con rapidez: Etelredo, Etelredo, Etelredo..., y ni una palabra de Uhtred, apenas alguna que otra mención de Alfredo, y tampoco nada de Etelfleda; sólo Etelredo. Llegué, por fin, a la página que refería los sucesos posteriores a la contienda de Fearnhamme. «En aquel año —seguí leyendo en voz alta—, por la gracia de Dios, lord Etelredo y Eduardo el Heredero condujeron a los hombres de Mercia hasta Beamfleot, donde Etelredo causó gran

carnicería entre los paganos, arrebatándoles un enorme botín.» ¿Así que Eitelredo y Eduardo estaban al frente de aquel ejército? —pregunté al anciano monje, sin quitarle los ojos de encima.

—Eso es lo que se consigna ahí, mi señor —repuso azorado, sin el menor asomo de la altanería de que había hecho gala antes.

—¡Yo estaba al mando de aquellos hombres, malnacido! —exclamé irritado, al tiempo que me hacía con las páginas copiadas y la crónica original, dispuesto a arrojarlas al brasero.

—¡No! —gritó el viejo, con voz desesperada.

—Es una sarta de mentiras —repliqué.

—Son crónicas recopiladas y conservadas durante cuarenta años, mi señor —reconoció con humildad, al tiempo que alzaba una mano suplicante—. ¡Son la historia de nuestro pueblo! ¡Es la única copia que conservamos!

—Una sarta de mentiras —repetí—. Yo estuve allí. Yo estuve en lo alto de la colina de Fearnhamme y en la poza de Beamfleot. ¿Acaso podríais vos decir lo mismo?

—Sólo era un niño, mi señor —repuso estremecido al ver que me disponía a arrojar los manuscritos al fuego; trató de rescatar los pergaminos, pero le obligué a apartar las manos.

—Yo estuve allí —insistí, mientras contemplaba cómo se oscurecían, se retorcían y crepitaban aquellos documentos antes de que el fuego se enseñorease de sus bordes—. De sobra sé lo que me digo.

—¡El trabajo de cuarenta años! —exclamó el anciano monje, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—Si de verdad queréis saber lo que pasó, daos una vuelta por Bebbanburg y yo mismo os lo contaré.

Ni que decir tiene que nunca más volví a saber de ellos. Por supuesto, no fueron a verme.

Pero yo sí que estuve en Fearnhamme, donde da comienzo este relato.

CAPÍTULO II

Una mañana de otros tiempos, yo era joven, y el mar, ni más ni menos que un estallido de reflejos plateados y rosados que centelleaban bajo jirones de bruma que emborronaban el litoral. Al sur, Cent; al norte, Anglia Oriental; Lundene, a mis espaldas, y el sol, alzándose en el cielo, encendiendo las contadas y minúsculas nubes que se resistían al avance del amanecer de un día radiante.

Estábamos en el estuario del Temes. Iba a bordo del *Seolferwulf*, una embarcación de factura reciente que hacía agua, como todas las que acaban de dejar la grada. Lo habían construido unos artesanos frisios con madera de roble de singular blancura; de ahí, el nombre que le había puesto, *Lobo plateado*. Siguiendo nuestra estela venían el *Kenelm*, así llamado en honor de alguno de los santos mártires que veneraba el rey Alfredo, y el *Dragón errante*, un barco que habíamos arrebatado a los daneses, una espléndida nave, como sólo ellos saben construirlas: elegante depredadora, de fácil manejo y letal en combate.

El *Lobo plateado* era también una maravilla: larga quilla, manga ancha, proa enhiesta. Lo había costeado con mi dinero; de mi bolsa había salido el oro con que pagué a los carpinteros frisones, sin perderlo de vista ni un momento mientras crecían sus cuadernas, como una piel las recubría el maderamen de cubierta, y coronada con una cabeza de lobo esculpida en roble también y pintada de blanco, en la que asomaba una lengua roja, con unos ojos también rojos y unos colmillos amarillos, su orgullosa proa se alzaba por encima de la grada del astillero. El obispo Erkenwald, señor de Lundene, me había echado en cara que no hubiese pensado en el nombre de algún melindroso santo cristiano, al tiempo que ponía en mis manos un crucifijo con la pretensión de que lo clavase en el mástil de la nave. En vez de eso, prendí fuego a su dios y su cruz de madera, mezclé las cenizas con manzanas en mal estado y se las eché de comer a mis dos cerdas. Yo soy fiel devoto de Thor.

Aquella lejana mañana, cuando todavía era joven, surcábamos aquel mar de color rosa y plateado rumbo al este. La cabeza de lobo que coronaba la proa iba cubierta con una frondosa rama de roble, que daba a entender que no albergábamos intenciones de atacar, aunque mis hombres vestían cota de malla y habían colocado armas y escudos junto a los remos. En el altillo del timón, Finan, mi lugarteniente, permanecía en cuclillas a mi lado y, entretenido, escuchaba al padre Willibald, que hablaba por los codos.

—Otros daneses han aceptado la misericordia de Cristo, lord Uhtred —dijo una vez más, una insensatez que repetía sin cesar desde que habíamos zarpado de Lundene; yo se lo consentía porque me caía bien: era un hombre impetuoso, incansable y animoso—. ¡Con la ayuda de Dios —insistía—, llevaremos la luz de Cristo a esos paganos!

—¿Por qué será que los daneses no nos mandan misioneros? —le pregunté.

—Porque Dios no lo permite, mi señor —repuso Willibald, comentario que fue recibido con enérgicos gestos de aprobación por parte de su compañero, un cura cuyo nombre olvidé hace mucho.

—¿No será que tienen mejores cosas en qué pensar? —apunté.

—Si los daneses tienen oídos para escuchar, mi señor —replicó muy convencido de lo que decía—, ¡recibirán el mensaje de Cristo con alegría y regocijo!

—Estáis como una cabra, padre —le dije con cariño—. ¿Sabéis cuántos misioneros de Alfredo se han llevado por delante?

—Debemos estar preparados para recibir el martirio, mi señor —contestó el religioso, con un deje de inquietud.

—Les rajan sus clericales barrigas —añadí con toda intención—, les sacan los ojos, les cortan las gónadas y les arrancan la lengua. ¿Os acordáis de aquel monje que nos encontramos en Yppe? —le pregunté a Finan, mi lugarteniente, un proscrito irlandés que, si bien educado en la fe cristiana, profesaba una religión tan entreverada de mitos populares que apenas tenía que ver con la doctrina que el padre Willibald predicaba—. ¿Cómo murió aquel infeliz?

—Lo despellejaron vivo. ¡Pobre diablo! —repuso Finan.

—¿No comenzaron por los dedos de los pies?

—Así es; lo desollaron lentamente. Debieron de dedicarle unas cuantas horas —aclaró Finan.

—Pero no le arrancaron la piel; no es posible desollar a un hombre como a un cordero —apunté.

—Cierto —convino Finan—. Hay que despegársela. ¡Hay que tener mucha fuerza para hacer una cosa así!

—Era un misionero —le aclaré a Willibald.

—Y un bienaventurado mártir también —añadió Finan, que se lo estaba pasando en grande—. El caso es que, al final, debieron de aburrirse, porque lo remataron, aserrándole la barriga.

—¿No fue a hachazos? —pregunté como si nada.

—No; utilizaron una sierra, mi señor —replicó Finan, con malévola sonrisa—; lo abrieron en canal con una sierra de enormes dientes.

El padre Willibald, que siempre sucumbía al mareo cuando iba en barco, fue dando tumbos hasta uno de los costados de la nave.

Pusimos rumbo sur. Con sus bancos de arena y sus fuertes corrientes, el estuario del Temes es un mar traicionero, pero llevaba cinco años surcando aquellas aguas y apenas necesitaba fijarme siquiera en mis lugares de referencia en tierra para saber que nos dirigíamos a la costa de Scaepege. De repente, frente a nosotros, entre dos barcos varados apareció el enemigo, los daneses. Debían de ser un centenar o más,

todos pertrechados con cotas de malla, yelmos y relucientes armas.

—Disponemos de hombres suficientes para acabar con ellos —le susurré a Finan.

—¡Quedamos en que veníamos en son de paz! —nos recordó el padre Willibald, mientras se limpiaba los labios con la manga de la sotana.

Así era, en realidad, y así lo hicimos.

Ordené que el *Kenelm* y el *Dragón errante* se quedasen por las marismas próximas a la costa, mientras el *Lobo plateado* se dirigía hacia el suave promontorio de arena que se alzaba entre los dos buques daneses. Con un siseo de los remos, la nave se dejó llevar por su propio impulso hasta encallar. La marea estaba subiendo, de modo que estaría a buen resguardo durante un rato. Salté, pues, desde la proa y fui a parar a un cenagal fangoso y profundo por el que, a zancadas, llegué a tierra firme, donde aguardaban nuestros enemigos.

—¡Mi lord Uhtred! —exclamó el jefe de los daneses a modo de saludo, muy sonriente y con los brazos abiertos; rechoncho, de cabellos rubios y mandíbula cuadrada, con una barba dividida en cinco gruesas coletas, rematadas con broches de plata, llevaba en los antebrazos unos relucientes brazaletes de oro y de plata, y lucía un tahalí con tachones de oro del que pendía una maciza espada de hoja ancha; tenía todo el aspecto de ser un hombre al que le iban bien las cosas, lo cual era cierto; su semblante dejaba traslucir una franqueza capaz de inspirar confianza, lo que ya no lo era tanto—. ¡Encantado de volver a veros —añadió con una amplia sonrisa—, mi viejo y apreciado amigo!

—*Jarl* Haesten —repuse, otorgándole el tratamiento que sabía que más le complacía, aunque para mis adentros pensase que no era sino un pirata.

Lo conocía desde hacía muchos años. En cierta ocasión y como culminación de un día nefasto, le había salvado la vida; desde entonces, había tratado de acabar con él, pero siempre se las había apañado para salir de rositas. Se me había escapado de entre las manos cinco años antes y, por lo que me habían contado, desde entonces se había dedicado al pillaje por tierras de los francos, donde había amasado una fortuna, había hecho otro hijo a su mujer, se había puesto a la cabeza de una hueste guerrera y se había presentado en Wessex con una flota de ochenta barcos.

—Confiaba en que fuerais vos el emisario de Alfredo —dijo, al tiempo que me tendía la mano.

—Si Alfredo no me hubiese ordenado que viniese en son de paz —repliqué, mientras se la estrechaba—, a estas alturas no conservaríais la cabeza encima de los hombros.

—Ladráis mucho —contestó con una risotada—. Aunque ya se sabe: perro ladrador, poco mordedor.

Pasé por alto el comentario. No había ido en busca de pelea, sino para cumplir el encargo que me había hecho el rey Alfredo de llevar misioneros a Haesten. Mis

hombres habían ayudado a bajar a tierra a Willibald y a su acompañante, que, a mis espaldas, esbozaban nerviosas sonrisas de circunstancias. Habían resultado elegidos porque hablaban danés. También llevaba para Haesten un mensaje en forma de rico presente, que desdeñó con calculada indiferencia, insistiendo en que lo acompañase hasta su campamento antes de entregárselo.

Scaepege no era el campamento principal de Haesten, que se encontraba más al este, en una playa protegida por un fortín de nueva planta donde había dejado los ochenta barcos a buen recaudo. Nada más lejos de su intención que llevarme a aquel lugar. De ahí su insistencia en verse con los enviados de Alfredo en los desolados parajes de Scaepege, tierra de humedales, cañaverales y cenagosas marismas incluso en verano. Había llegado dos días antes, con tiempo para levantar una especie de fuerte, rodeando un promontorio con una cerca de maleza de espino, donde había plantado dos tiendas de lona.

—Comamos algo antes, mi señor —añadió con gesto pomposo, señalando una mesa montada sobre unos caballetes, rodeada de una docena de taburetes. Finan, dos de mis hombres y los dos curas venían conmigo; Haesten dejó muy claro que de ninguna manera pensaba compartir mesa con los clérigos—. No me fío ni un pelo de esos hechiceros cristianos —adujo—, así que tendrán que conformarse con el suelo.

El festín consistió en un guiso de pescado y un pan más duro que una piedra, servido por unas esclavas sajonas medio desnudas; ninguna tendría más de catorce o quince años. Pendiente de mí, Haesten no dudaba en humillarlas para exasperarme.

—¿Son de Wessex? —me interesé.

—Por supuesto que no —respondió, como si la pregunta estuviera fuera de lugar—. Las capturé en Anglia Oriental. ¿Os gusta alguna, mi señor? Fijaos en esa preciosidad, ¡esos pechos tan firmes como manzanas!

Le pregunté a la muchacha de los pechos pequeños y prietos dónde la habían capturado. Tan asustada estaba que, en vez de responder, se limitó a menear la cabeza sin decir nada, y me sirvió cerveza endulzada con bayas.

—¿De dónde eres? —insistí una vez más.

Haesten miró a la muchacha, regodeándose en sus pechos con parsimonia.

—Responde al señor —le dijo en inglés.

—No lo sé, mi señor —dijo la chica.

—¿De Wessex? ¿De Anglia Oriental? —volví a preguntarle—. Dime de dónde procedes.

—De una aldea, mi señor —contestó. No sabía nada más, así que bastó un gesto para que se retirase.

—Confío en que vuestra esposa se encuentre bien —me comentó, sin dejar de mirar a la joven mientras se alejaba.

—Así es.

—Me alegra oír eso —dijo en un tono bastante sincero, antes de entornar los ojos con picardía—. ¿Qué mensaje me traéis de parte de vuestro señor? —me preguntó, llevándose una cucharada del caldo del guiso de pescado a la boca, al tiempo que unos chorretones le caían por la barba.

—Que os alejéis de Wessex —respondí.

—¿Que me vaya de Wessex? —Parecía consternado, como si no acabara de creerse lo que acababa de oír, mientras con la mano apuntaba los desolados marjales que nos rodeaban—. ¿Qué hombre en su sano juicio querría alejarse de estos contornos, mi señor?

—Debéis abandonar Wessex —insistí sin dar mi brazo a torcer—, prometer que no invadiréis Mercia, entregar dos rehenes al rey y acoger a los misioneros que os envía.

—¡Misioneros! —replicó, señalándome asombrado con la cuchara de cuerno que tenía en la mano—. ¡Supongo que, cuando menos, no estaréis de acuerdo con semejante decisión, lord Uhtred! Vos servís a los verdaderos dioses —añadió, al tiempo que se daba media vuelta y observaba a los dos curas—. Quizá los mande a mejor vida.

—Hacedlo —repuse— y os sacaré los ojos de las cuencas.

Reparó en el tono amenazante de mi voz y pareció sorprendido. Advertí un fulgor de odio en su mirada, pero sus palabras sonaron mesuradas.

—¿Os habéis hecho cristiano, mi señor?

—El padre Willibald es amigo mío —me limité a decir.

—Haberlo dicho antes —me espetó con un deje de reproche—, y no os habría gastado semejante broma. Por supuesto, que pueden quedarse a vivir con nosotros y hasta predicar su fe, pero no sacarán nada en limpio. ¿De modo que Alfredo exige que me lleve mis barcos a otra parte?

—Cuanto más lejos, mejor —repliqué.

—Pero ¿adónde? —preguntó con fingida candidez.

—¿Qué tal Frankia? —apunté.

—Los francos ya me pagaron con tal de que los dejase tranquilos. Incluso construyeron barcos para que nos marcháramos cuanto antes. ¿Acaso estaría Alfredo dispuesto a hacer lo mismo?

—Debéis iros de Wessex —insistí con machaconería—, tenéis que dejar Mercia en paz, tenéis que aceptar a los misioneros que os envía y tenéis que entregarme los rehenes que el rey reclama.

—Ya; los rehenes... —empezó. Se me quedó mirando durante unos segundos y, como si se hubiera olvidado del asunto, añadió señalando al mar—: ¿Dónde podríamos ir?

—Alfredo os paga para que os alejéis de Wessex —contesté—; donde quiera que

vayáis no es cosa mía, pero procurad que sea lejos del alcance de mi espada.

Haesten se echó a reír.

—Vuestra espada, mi señor, lleva mucho tiempo criando herrumbre en su vaina —dijo, mientras agitaba el pulgar por encima del hombro, señalando al sur—. Wessex arde por los cuatro costados —afirmó, complacido—, y Alfredo os tiene atado de pies y manos.

No le faltaba razón. A lo lejos, hacia el sur, unos penachos de humo tiznaban de negro el cielo estival allí donde ardían una docena, o más, de aldeas. Eran las únicas humaredas que alcanzaba a ver, pero sabía que había muchas más. Estaban devastando el este de Wessex y, en vez de pedirme ayuda para verse libre de los invasores, el rey me había ordenado que me quedase en Lundene y repeliese cualquier posible ataque contra la ciudad. Haesten esbozó una mueca a modo de sonrisa.

—A lo peor Alfredo piensa que ya sois viejo para pelear, mi señor...

No respondí a tamaño insulto. Cuando me paro a recordar aquellos tiempos, pienso que aún era joven, y eso que ya debía de andar por los treinta y cinco, o frisando los treinta y seis años. La mayoría de los hombres no llegan a esa edad, así que podía considerarme afortunado. No había perdido fuerza ni destreza a la hora de empuñar la espada: tan sólo me había quedado una leve cojera, consecuencia de una vieja herida recibida en el campo de batalla, y gozaba del máspreciado reconocimiento a que puede aspirar un hombre de armas, mi renombre. Sabedor de que era yo el peticionario, Haesten se complacía en aguijarme.

Si me encontraba en tan penosa situación era porque dos flotas danesas habían arribado a las costas de Cent, la zona más oriental de Wessex. La de Haesten era la menos numerosa y, hasta entonces, se había contentado con erigir el mencionado fortín y permitir que sus hombres llevasen a cabo sólo las incursiones necesarias para conseguir alimentos y algunos esclavos. Ni siquiera se había tomado la molestia de perturbar la navegación por el Temes. No buscaba un enfrentamiento directo con Wessex en aquel momento, sino que permanecía a la espera de los acontecimientos que pudieran producirse en el sur, donde había tocado tierra una flota vikinga mucho más importante.

A las órdenes del *jarl* Harald el Pelirrojo, más de doscientos barcos rebosantes de guerreros ávidos de sangre habían recalado en aquella parte del litoral. Tras arremeter contra una fortaleza a medio construir y pasar a cuchillo a la guarnición que la defendía, sus hombres llevaban a cabo toda suerte de tropelías por tierras de Cent, incendiando y matando, haciendo esclavos y saqueando. Ellos eran los causantes del humo que ennegrecía el cielo. Alfredo se había puesto en marcha contra los invasores; pero el rey ya era mayor y estaba cada vez más enfermo, de modo que cedió el mando de las tropas a su yerno, lord Etelredo de Mercia, y a su hijo mayor,

Eduardo el Heredero.

Total, para nada. Habían conducido a los hombres hasta la gran cordillera arbolada que se alzaba en el centro de Cent, desde donde podían emprenderla contra Haesten, por el norte, o caer sobre Harald, si así lo decidían, por el sur. Pero, temerosos de que si lanzaban un ataque contra uno de los dos ejércitos daneses, el otro arremetiese contra ellos por la retaguardia, no se habían movido de sitio. Hasta el punto que Alfredo, convencido de que había de vérselas con enemigos mucho más poderosos, en lugar de ordenarme que dirigiese mis huestes contra Haesten y permitir que tiñera aquellos marjales de sangre danesa, me había enviado a parlamentar con él, con instrucciones de sobornarlo para persuadirlo de que debía abandonar Wessex. Con Haesten fuera de escena, pensaba el rey, su ejército estaría en mejores condiciones de plantar cara a los despiadados guerreros de Harald.

El danés se escarbó los dientes con un espino hasta sacarse una raspa de pescado.

—¿Por qué vuestro rey no se decide a atacar a Harald? —preguntó.

—Eso es lo que vos quisierais —repuse.

—Si Harald se marchara —admitió con una sonrisa burlona— y, de paso, se llevase con él a esa golfa retorcida que no le deja ni a sol ni a sombra, muchos de sus hombres se unirían a mí.

—¿Golfa retorcida, decís?

—Se llama Skade —dijo en voz baja, encantado de estar al tanto de algo que yo no supiera.

—¿Os referís a la esposa de Harald?

—Su mujer, su ramera, su amante, su hechicera o lo que sea.

—No tenía ni idea.

—Ya os enteraréis de cómo las gasta —añadió muy convencido—; si tenéis la oportunidad de conocerla, no os la quitareis de la cabeza así como así, amigo mío. Y si le dais pie, tened por seguro que vuestra calavera pasará a ser una más del hastial de su salón.

—¿Habéis llegado a conocerla? —le insistí al ver que hacía un gesto afirmativo—: ¿De verdad no os la pudisteis quitar de la cabeza?

—Harald es un hombre impulsivo —continuó, sin responder a mi pregunta— y, por Skade, acabará por cometer una locura. Cuando eso ocurra, muchos de sus hombres buscarán otro señor a quien servir —para añadir, con sonrisa taimada—: Dadme un centenar de barcos más y, en cosa de un año, me proclamaré rey de Wessex.

—Así se lo diré a Alfredo —repliqué—; quizás eso le anime a atacaros a vos primero.

—No lo hará —repuso sin dudar—lo—. Si tal decidiera, los hombres de Harald no encontrarían impedimento alguno para saquear Wessex a sus anchas.

Y no le faltaba razón.

—En ese caso, ¿por qué no se decide a atacar a Harald? —le pregunté.

—De sobra lo sabéis.

—Explicádmelo vos.

Calló un momento, rumiando si revelarme lo que pensaba para, al cabo, ceder a la tentación de ponerme al corriente de sus cavilaciones. Con el espino que tenía entre los dedos trazó una línea recta en la mesa de madera, dibujando a continuación un círculo dividido en dos partes simétricas por aquella raya.

—El río Temes —dijo, indicando la línea recta—; Lundene —añadió, señalando el círculo—. Vos estáis en Lundene con mil hombres; a vuestras espaldas —al tiempo que señalaba un punto situado Temes arriba—, lord Aldelmo, al frente de quinientos hombres de Mercia. Si Alfredo se decidiese a atacar a Harald, necesitaría que las tropas de Aldelmo y las vuestras se concentrasen en el sur, y Mercia quedaría indefensa.

—¿A quién se le ocurriría marchar sobre Mercia? —pregunté con estudiada candidez.

—¿A los daneses de Anglia Oriental tal vez? —dejó caer Haesten, con no menos fingida ingenuidad—. Lo único que les hace falta es un caudillo con agallas.

—Pero nuestro trato impone que vos no invadiréis Mercia —apunté.

—Así es —replicó Haesten con una sonrisa—; el único inconveniente es que aún no hemos alcanzado ningún acuerdo.

Concluimos el pacto, no obstante. Tenía que entregar el *Dragón errante* a Haesten. En su bodega dormitaban cuatro cofres zunchados con hierro repletos de plata. Ése era el precio estipulado. A cambio del barco y la plata, Haesten se comprometía a irse de Wessex y olvidarse de Mercia, así como a acoger a los dos misioneros y entregarme a dos muchachos como rehenes. Me aseguró que uno de ellos era un sobrino suyo, lo cual podía ser cierto. En cuanto al otro, mucho más joven, vestía ricas telas y lucía un primoroso broche de oro. Era un chaval de buen ver, de cabellos rubios y brillantes e inquietos ojos azules. Sujetando al chico por los hombros, me lo presentó.

—Éste es mi primogénito, Horic, a quien os entrego como rehén. —Calló un momento, haciendo ademán de enjugarse una lágrima—. Como rehén os lo entrego, y como nuestra de buena voluntad, mi señor. Os ruego que cuidéis de él, porque me es muy querido.

Eché un vistazo a Horic.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté.

—Siete —repuso Haesten, dándole una palmadita en la espalda.

—Dejad que sea el chico quien responda —insistí—. ¿Cuántos años tienes?

El chaval emitió un sonido gutural; el danés se inclinó y le rodeó con sus brazos.

—Es sordomudo, lord Uhtred —afirmó—. Los dioses tuvieron a bien que mi hijo naciera sordomudo.

—Lo mismo que dispusieron que fuerais un mentiroso y un malnacido —repliqué en voz lo bastante baja como para que no me oyesen los suyos, no fueran a tomárselo como una ofensa.

—¿A quién le importa? —repuso en tono de chanza—. ¡Qué más da! Si digo que es hijo mío, ¿quién va a atreverse a llevarme la contraria?

—¿Os marcharéis de Wessex? —le insistí.

—Cumpliré lo acordado —me prometió.

Hice como que daba por buena su palabra. Le había dicho a Alfredo que Haesten no era de fiar, pero el rey se encontraba con el agua al cuello. Se sentía viejo y con un pie en la tumba. Lo único que ansiaba era ver su reino libre de aquella peste de paganos. Así que hice entrega de la plata, me hice cargo de los rehenes y, bajo un cielo triste, puse rumbo a Lundene.

* * *

Lundene se asienta en gigantescas extensiones de terreno que parecen emerger del río, y que, de desnivel en desnivel, se alzan hasta alcanzar la cota más alta, el lugar elegido por los romanos para construir suntuosos edificios. Rodeados de una suerte de costra, de la roña de nuestras cabañas sajonas con sus techumbres de paja, aunque muy deteriorados, algunos todavía se mantenían en pie.

En aquellos días, Lundene formaba parte de Mercia, una región que, como los magnificentes edificios romanos, se encontraba medio en ruinas, y por si eso era poco, había de soportar la mugre de los *jarls* daneses que se habían asentado en sus fértiles tierras. Mi primo Etelredo era el *ealdorman* de Mercia, señor de aquellos parajes por tanto, pero vasallo en realidad de Alfredo de Wessex, que se había ocupado de que Lundene estuviera en manos de hombres de su confianza. Yo estaba al frente de la guarnición de la ciudad; el obispo Erkenwald era el encargado de todo lo demás.

Hoy, como no podía ser de otra manera, lo veneran como san Erkenwald, pero en aquella época, y si la memoria no me falla, no era sino una especie de comadreja resentida. Con eficacia, llevó a cabo la labor que se le había encomendado: gobernó la ciudad con mano de hierro. La aversión inmisericorde que sentía por los paganos le llevaba a considerarme un rival. Porque yo veneraba a Thor, lo que, a sus ojos, me convertía en un demonio; eso sí, imprescindible, pues era el guerrero que velaba por su ciudad, el pagano que había mantenido a raya a los denostados daneses desde hacía cinco años, el hombre que se ocupaba de que los alrededores de Lundene fueran un lugar seguro donde recaudar los impuestos que él mismo había fijado.

Me encontraba en la planta superior de uno de los edificios romanos que se

alzaban en la zona más alta de Lundene. A mi derecha, el obispo Erkenwald; más bajo que yo, como casi todo el mundo, aunque hasta esa diferencia de estatura le ponía de mal talante. A nuestros pies, un febril enjambre de curas, de rostros macilentos y tiznados de tinta; a mi izquierda, Finan, el irlandés. Los tres teníamos los ojos puestos en el sur.

Desde allí observábamos la algarabía de techumbres de paja y tejas que cubrían Lundene, entre las que sobresalían las erguidas torres de las iglesias que Erkenwald había erigido, sobrepasadas por rubicundos milanos reales que surcaban el aire templado; más arriba todavía, alcancé a distinguir los primeros gansos que sobrevolaban el ancho Temes en dirección sur. Por encima del río, lo que quedaba en pie del puente romano, espléndida obra de ingeniería que presentaba una honda hendidura en el centro. Con unas cuantas vigas, había improvisado un paso para salvar la brecha. Hasta yo me ponía nervioso cada vez que me aventuraba por aquel chapucero apaño camino de Suthriganaweorc, donde se alzaban un baluarte y una empalizada que protegían el extremo sur del puente; allí, en mitad de las marismas, un montón de cabañas hacinadas, una aldea en realidad. Más allá, el terreno ascendía hacia las suaves y verdes colinas de Wessex; más lejos todavía, por encima de las lomas, columnas de humo que, como fantasmagóricos pilares, soportaban la quietud de aquel atardecer de finales de verano. Conté hasta quince, pero las nubes se confundían con el horizonte, de modo que podía haber muchas más.

—¡Nos atacan por todas partes! —exclamó el obispo, tan sorprendido como fuera de sí.

Hacía años que Wessex, gracias a las ciudadelas que, con sus respectivas guarniciones, Alfredo había ordenado construir, se veía libre de ataques vikingos, pero los hombres de Harald se dedicaban a prender fuego, saquear y arrasar el este del reino. Dejando de lado las fortificaciones, se ensañaban con las aldeas.

—¡Han dejado Cent a sus espaldas! —bramaba Erkenwald.

—Y se adentran en Wessex —remaché.

—¿Cuántos serán? —preguntó el obispo.

—Sabemos que han traído doscientos barcos —repuse—, por lo que, tirando por lo bajo, deben de contar con unos cinco mil guerreros como poco. Los hombres de Harald serán unos dos mil, aproximadamente.

—¿Sólo dos mil? —preguntó el prelado.

—Depende de los caballos de que dispongan —repliqué—. Sólo los jinetes están en condiciones de dedicarse al pillaje; el resto se habrá quedado vigilando los barcos.

—Hordas paganas, en cualquier caso —rugió Erkenwald enfurecido, al tiempo que se llevaba la mano a la cruz que le colgaba del cuello, para añadir—: El rey, nuestro señor, ha decidido que los derrotaremos en Æscengum.

—¿En Æscengum?

—¿Algún inconveniente? —tronó el obispo al oír mi comentario, sobresaltado al escuchar mis carcajadas—. No veo el motivo de tanta risa —añadió con aspereza.

Había motivo. Alfredo, o quizás hubiera sido una decisión de Etelredo, había llevado las tropas de Wessex hasta los elevados terrenos boscosos de Cent, un enclave situado entre los ejércitos de Haesten y de Harald, donde habían permanecido mano sobre mano. Todo apuntaba a que Alfredo, o quizá su yerno, habían tomado la decisión de retirarse a Æscengum, una ciudadela situada en el centro de Wessex, con la esperanza de que Harald se decidiera a marchar contra ellos y, gracias a los muros de la fortificación, derrotarlo. Sólo de pensarlo sentía escalofríos. Harald era un lobo; Wessex, un rebaño de ovejas, y el ejército de Alfredo, el perro pastor que lo guardaba. Pero Alfredo retenía al can con la esperanza de que el lobo acudiese y se dejase atrapar; mientras, el lobo hacía de las suyas.

—El rey, nuestro señor —continuó Erkenwald con voz autoritaria—, ha reclamado que vos y algunos de los vuestros acudáis a su lado, siempre y cuando yo tenga garantías de que, durante vuestra ausencia, Haesten no atacará la ciudad.

—No lo hará —repuse, incapaz casi de ocultar la satisfacción que sentía; Alfredo reclamaba mi ayuda; por fin, el perro pastor enseñaba los colmillos.

—¿Se arredraría si le hiciésemos saber que mataríamos a los rehenes? —se interesó el obispo.

—Los rehenes le importan tanto como un pedo maloliente —repliqué—. Ése al que llama hijo suyo será, con toda probabilidad, el vástago de algún campesino ataviado con ricas ropas.

—En ese caso, ¿por qué lo aceptasteis? —preguntó el obispo irritado.

—¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Atacar el campamento de Haesten y arrebatarse sus cachorros?

—O sea, que Haesten nos está tomando el pelo...

—Pues claro que sí. Pero no atacará Lundene a menos que Harald derrote a Alfredo.

—Ojalá pudiéramos estar tan seguros de lo que decís.

—Haesten es hombre precavido —añadí—. Si sabe que lleva las de ganar, se lanza a la pelea. De no ser así, aguarda.

Erkenwald asintió con la cabeza.

—En ese caso, partid mañana con los vuestros hacia el sur —me ordenó, antes de darse media vuelta seguido por sus afanosos curas.

Al cabo de tantos años, al volver la vista atrás, he de convenir en que el obispo Erkenwald y yo cumplimos bien la tarea que se nos había encomendado. No me caía bien, es cierto; tampoco él me aguantaba, y sólo a cara de perro soportábamos los contados ratos en que, por fuerza, teníamos que vernos. Pero nunca se metió en nada que tuviera que ver con la guarnición, igual que yo jamás me entrometí en sus tareas

de gobierno. Otro en su lugar me habría preguntado cuántos hombres pensaba llevarme, o cuántos soldados se quedarían para defender la ciudad. Erkenwald daba por sentado que yo tomaría la decisión más acertada. Aun así, sigo pensando que era una comadreja.

—¿Cuántos hombres tienes pensado llevarte? —me preguntó Gisela aquella noche.

Estábamos en casa, la villa que un mercader romano construyera en la orilla norte del Temes. Muchas veces, nos llegaban los malos olores del río, pero ya estábamos acostumbrados y allí nos encontrábamos a gusto. Teníamos esclavos, criados y guardias, niñeras y cocineras. Y tres hijos también. Uhtred, el primogénito, que entonces debía de tener unos diez años; Stiorra, la niña, y Osbert, el benjamín, dos curiosos incorregibles. Uhtred llevaba mi nombre, al igual que yo lo había heredado de mi padre, y éste, a su vez, del suyo. Pero aquel jovencito Uhtred me sacaba de quicio: era un chico apocado y enclenque, siempre pegado a las faldas de su madre.

—Trescientos —contesté.

—¿Sólo?

—Alfredo tiene los suyos y, además, debo dejar una guarnición aquí —le dije.

Gisela hizo un gesto de dolor. Estaba preñada de nuevo, y el parto no tardaría en presentarse. Al ver la cara de preocupación que puse, me dedicó una sonrisa.

—Ya sabes que escupo los niños como si fueran pepitas —dijo para tranquilizarme—. ¿Cuánto te llevará acabar con los hombres de Harald?

—Cosa de un mes —calculé.

—Para entonces, ya habré parido —comentó, al tiempo que yo acariciaba el martillo de Thor que llevaba colgado al cuello; Gisela me dirigió otra sonrisa cargada de serenidad—. Siempre me ha ido bien en los partos —añadió, lo que no dejaba de ser cierto: siempre habían sido alumbramientos fáciles y las tres criaturas habían sobrevivido—. A tu vuelta, te encontrarás con otro pequeñín que se pasará el día berreando y te sacará de tus casillas.

Le di la razón y, esbozando una media sonrisa, levanté la cortina de cuero para salir a la terraza. Fuera, estaba oscuro. En la otra orilla del río, donde se alzaba el fortín que protegía el puente, se veían algunas fogatas; el resplandor de las llamas se reflejaba en el agua. Por el oeste, una franja de color púrpura teñía los hilachos de una nube. El río rugía al precipitarse bajo los estrechos arcos del puente. Aparte de algunos ladridos y una sonora carcajada que me llegó de las cocinas, la ciudad estaba en calma. Atracado en el embarcadero de casa, la suave brisa arrancaba leves crujidos del *Lobo plateado*. Eché un vistazo río abajo, hasta la otra punta de la ciudad, donde había erigido una pequeña torre de roble a la vera del río. Allí, mis hombres vigilaban día y noche, ojo avizor por si aparecía algún barco de larga quilla con intención de saquear los muelles de Lundene. Pero no se veía ninguna hoguera de advertencia en

lo alto de la torre. Todo estaba en silencio. Los daneses estaban en Wessex, pero Lundene descansaba tranquila.

—Cuando esto acabe —dijo Gisela desde la puerta de la terraza—, podíamos ir pensando en volver al norte.

—Tienes razón —repuse, al tiempo que me volvía para contemplar su hermoso rostro alargado, de ojos oscuros.

Era danesa y, como yo, estaba harta de los cristianos de Wessex. Los hombres por fuerza han de venerar a los dioses, y hasta es posible que tenga sentido creer en uno solo. Pero, ¿por qué rendir culto a una divinidad que sólo aspira a que la azoten y la maltraten? El dios de los cristianos nada tenía que ver con los nuestros, pero no nos quedaba más remedio que vivir entre gentes que lo temían y que abominaban de nosotros porque adorábamos a otras deidades. Yo había prestado juramento de lealtad a Alfredo, y siempre había cumplido las órdenes que de él había recibido.

—No le queda mucho tiempo de vida —dije.

—Cuando muera, ¿te verás libre de tu promesa?

—A nadie más he prestado juramento de lealtad —repliqué con sinceridad, aunque lo cierto era que había pronunciado otro juramento que me sería reclamado antes de lo que imaginaba; aquella noche ni se me pasó por la cabeza, de modo que creo que respondí cabalmente a la pregunta de Gisela.

—¿Y cuando falte?

—Nos iremos al norte —sentencié.

Al norte, la tierra de mis padres, a orillas del mar de Northumbria, las tierras que me había arrebatado mi tío. Al norte, a Bebbanburg, un lugar donde los paganos se veían libres de la hostilidad permanente del dios crucificado de los cristianos. Volveríamos a casa. Bastante tiempo había estado a las órdenes de Alfredo, y bien que había cumplido. Soñaba con volver al terruño.

—Te prometo, te juro que volveremos a casa —le dije a Gisela.

Mientras, los dioses se lo debían estar pasando en grande a mi costa.

* * *

Al amanecer, cruzamos el puente. Éramos trescientos guerreros y más de cien mozos que venían con nosotros para cuidar de los caballos y cargar con las pocas armas de más que llevábamos. Los cascos de las caballerías restallaban con fuerza al pasar por el remedo artesano del puente cuando nos pusimos en camino hacia las humaredas, mudos testigos de la devastación de Wessex. Cruzamos los vastos marjales por los que, con marea alta, las oscuras aguas del río discurren entre larguiruchos cañaverales, y encaramos las laderas de las suaves colinas que se alzaban más allá. La mayor parte de la tropa se había quedado en Lundene para defender la ciudad. Conmigo, sólo venían mis hombres, mis guerreros, los unidos a

mí por un juramento de lealtad, aquéllos por los que me habría jugado la vida. A las órdenes de Cerdic, compañero de innumerables batallas que, casi con lágrimas en los ojos, me había pedido que le permitiese sumarse a la expedición, había dejado a seis de los míos para custodiar mi casa.

—Tenéis que velar por Gisela y por mis hijos —le dije, y allí se había quedado el bueno de Cerdic, mientras nosotros, por los mismos senderos que seguían las ovejas y el ganado camino del matadero de Lundene, enfilábamos hacia el oeste.

No parecía haber cundido el pánico, aunque los lugareños no apartaban los ojos de las columnas de humo que se veían en lontananza; los *thegns*, caudillos locales, se habían limitado a ordenar que unos cuantos vigías trepasen a lo alto de las cabañas o se encaramasen a las copas de los árboles. Más de una vez nos tomaron por daneses, lo que provocó estampidas de gente que buscaba refugio en los bosques, seguidas de retornos no menos presurosos una vez que se aclaraba quiénes éramos. En caso de amenaza real, tenían instrucciones de llevar el ganado hasta la ciudadela más cercana, pero ya se sabe lo reacios que son los campesinos a abandonar el lugar donde viven. En muchas aldeas, ordené que tanto ellos como el ganado, las ovejas y las cabras se dirigiesen a Suthriganaweorc, aunque dudo que me hicieran caso. Seguro que no se moverían de su sitio hasta que los daneses comenzasen a rebanarles el cuello.

Todo apuntaba a que andaban haciendo de las suyas por el sur, así que tal vez aquellas gentes supieran lo que se hacían. La misma dirección, pues, decidimos seguir nosotros, subiendo por terrenos más abruptos y esperando encontrarnos de cara con los saqueadores en el momento menos pensado. Había enviado ojeadores por delante, pero hube de esperar hasta media mañana antes de que uno de ellos agitase un trapo rojo, señal de que había advertido algún peligro. Espoleé mi montura hasta coronar la loma y, una vez arriba, escudriñé el valle que se extendía a mis pies sin advertir nada que me llamase la atención.

—Mucha gente corría, mi señor —me dijo el ojeador—. Al verme, se escondieron entre los árboles.

—A lo peor huían de vos...

El hombre negó con la cabeza.

—Ya estaban asustados cuando yo aparecí, mi señor.

No dejábamos de mirar al anchuroso valle que, verde y lozano bajo el sol del estío, se extendía hasta las lomas arboladas que se alzaban al otro extremo. Tras ellas, la columna de humo más cercana a nosotros. El valle parecía tranquilo, sin embargo. Atisbé pequeñas parcelas cultivadas, las techumbres de una aldea, un sendero que se perdía por el oeste, los destellos de un arroyo que serpenteaba entre los prados. Ni rastro del enemigo, aunque en aquellas espesas arboledas bien podían ocultarse todos los hombres de Harald.

—¿Qué visteis exactamente? —le pregunté.

—Mujeres, mi señor. Mujeres y niños. También unas cuantas cabras. Corrían en esa dirección —dijo señalando al oeste.

De modo que los fugitivos huían de la aldea. El ojeador había llegado a atisbarlos entre los árboles, pero no quedaba ni rastro de ellos ni del motivo que los había llevado a escapar. Tampoco se veían trazas de humo en el anchuroso y largo valle, lo que no significaba que los hombres de Harald no anduviesen por allí. Tiré de las riendas de la montura del ojeador hasta situarlo por debajo de la línea del horizonte, y recordé el día en que, muchos años antes, por primera vez me disponía a entrar en combate. Iba con mi padre, que había reunido al *fyrð*, una hueste de campesinos arrancados de sus tierras de labranza, con azadones, guadañas y hachas como únicos pertrechos. Marchábamos a pie, así que nos desplazábamos con lentitud. Nuestros enemigos, los daneses, iban a caballo. Nada más tocar tierra, se agenciaron unos cuantos caballos y se dedicaron a hostigarnos sin misericordia. Pero aprendimos la lección; aprendimos a pelear como ellos. En nuestro caso, no obstante, la diferencia estribaba en que, para frenar la invasión de las hordas de Harald, Alfredo todo lo fiaba a sus ciudadelas, lo que dejaba al jefe danés las manos libres para ir y venir a su antojo por los campos de Wessex. Por mi parte, estaba seguro de que sus guerreros se movían a lomos de caballerías, igual que tenía claro que, siendo tan numerosos, el único propósito de aquellas incursiones era conseguir más y más caballos. Nuestra primera tarea, pues, consistía en dar buena cuenta de los saqueadores y recuperar tantos animales como fuera posible. Me dio en la nariz que aquella cuadrilla se movía por el extremo oriental del valle. Uno de los hombres de la partida conocía aquellos parajes.

—Son las tierras de Edwulf, mi señor —me dijo.

—¿Quién es ése?

—Un *thegn*, mi señor —respondió con una sonrisa mientras, con la mano, trazaba una abultada curva a la altura del estómago—. Un hombre bien cebado.

—Y rico, por lo visto.

—Mucho, mi señor.

Lo que significaba que los daneses se habían topado con una auténtica bicoca, y nosotros con una presa fácil. La única dificultad consistía en guiar a trescientos hombres por aquellos contornos sin que se percatasen quienes se afanaban en el extremo oriental del valle. Dimos con un sendero disimulado entre la arboleda y, a eso del mediodía, había camuflado a los míos en los bosques que, por el oeste, lindaban con las tierras de Edwulf. Les tendí una celada.

Envié a Osferth y veinte hombres más por una senda que se perdía por el sur, allá donde se alzaban las humaredas. Llevaban con ellos media docena de caballos sin embridar, y caminaban despacio, como si estuvieran cansados y desorientados. Les ordené que no se dirigiesen directamente al caserón de Edwulf, que suponía infestado

de daneses en aquel momento. Finan, que entre los árboles se movía como un espectro, se había acercado con cautela hasta el lugar; a su regreso, nos contó lo que había visto: una aldea de una veintena de pallozas, una iglesia y dos buenos graneros.

—Están echando abajo las techumbres —me había dicho, de lo que deduje que los daneses rebuscaban entre la paja que cubría las cabañas, donde la gente a veces ocultaba los objetos de valor antes de emprender la huida—, y se lo están pasando en grande con unas cuantas mujeres.

—¿Qué hay de los caballos?

—No; sólo con las mujeres —replicó Finan, quien, al ver la mirada que le eché, dejó de sonreír—. Guardan unos cuantos a buen recaudo en un cercado, mi señor.

Osferth siguió adelante, y los daneses mordieron el cebo como la trucha que salta para atrapar una mosca. Advirtieron su presencia; hizo como que no los veía y, de repente, cuarenta daneses a caballo, o más, salieron al encuentro de Osferth, quien fingiendo que acababa de darse cuenta del peligro que corría, se volvió al galope hacia el oeste, donde estaban apostados mis hombres.

Fue una operación tan sencilla como arramblar con la plata de una iglesia. De lo alto de los árboles, cien de los míos cayeron sobre los daneses. No tenían escapatoria. Dos de ellos obligaron a volverse a los caballos demasiado bruscamente y los animales rodaron por el suelo en estruendosa confusión de cascos y tierra removida. Otros, al tratar de dar media vuelta, se encontraron con que los alanceaban por la espalda. Los más avezados cargaron contra nosotros con la esperanza de dejarnos atrás, pero éramos demasiados. Los míos los rodearon y capturaron a no menos de una docena de jinetes enemigos. No participé en la refriega porque, al frente del resto de los hombres, me dirigí al caserío de Edwulf, donde los daneses ya corrían hacia sus monturas. Al verme llegar, uno de ellos, desnudo de cintura para abajo, sin dejar de mirar atrás, se apartó a gatas de una mujer que gritaba sin parar. *Smoka*, mi caballo, aminoró el paso; al verlo, el individuo en cuestión trató de escabullirse. Pero mi montura no necesitaba indicaciones, de modo que descargué mi espada, *Hálito-de-serpiente*, sobre el cráneo de aquel hombre. La hoja se quedó trabada y, durante un rato, arrastré al danés agonizante mientras cabalgaba, hasta que, por fin y con el brazo manchado de salpicaduras de sangre, logré desprenderme de aquel cuerpo convulso.

Piqué espuelas y conduje a los míos hacia el extremo oriental de la propiedad, para cortar la retirada a los daneses que aún seguían con vida. Finan ya había enviado ojeadores a la cima de la colina que se alzaba al sur. No dejaba de preguntarme cómo era posible que no hubieran apostado vigías en lo alto de aquella colina, la misma desde la que habíamos atisbado a los que huían.

Fue una de tantas escaramuzas como se libraron en aquellos días. Los daneses de Anglia Oriental saqueaban las tierras de labranza próximas a Lundene. Nosotros no nos quedábamos atrás, y nos adentrábamos en territorio danés, incendiando, matando

y saqueando cuanto nos salía al paso. Oficialmente, entre Anglia Oriental y el reino de Wessex se había firmado la paz, pero a ojos de un codicioso danés de poco valían unos cuantos garabatos escritos en un pergamino. Si uno de ellos quería esclavos, ganado o, sencillamente, vivir una aventura, se adentraba en Mercia y se llevaba aquello que iba buscando. En respuesta, nosotros nos internábamos en el este y hacíamos lo mismo. Disfrutaba de aquellas correrías que, por otra parte, servían de entrenamiento para que los más jóvenes de mis hombres tuviesen la oportunidad de ver de cerca al enemigo y sacar partido a la espada. Por muchas prácticas que realice un hombre durante un año, por mucho que se ejercite en el manejo de la espada y la lanza, nunca aprenderá tanto como durante cinco minutos de combate real.

Fueron tantas las escaramuzas que, en realidad, ya casi ni me acuerdo. Sí recuerdo, en cambio, aquella refriega en la propiedad de Edwulf, que en realidad fue cosa de nada. Los daneses no se habían andado con tino, y no sufrimos ninguna baja. Si ahora lo recuerdo es porque, cuando todo hubo acabado y cesó el estrépito de las espadas, uno de mis hombres me pidió que acudiese a la iglesia.

Era una iglesia pequeña, donde a duras penas cabrían las cincuenta o sesenta personas que vivían o habían vivido en la propiedad, un edificio de madera de roble y techumbre de paja sobre el que se alzaba una cruz de madera. Una tosca campana pendía del aguilón que coronaba la única puerta de acceso, orientada al oeste; en cada una de las paredes laterales, dos grandes ventanales protegidos con trancas de madera, por los que entraba a raudales la luz del sol que daba de lleno sobre un hombre gordo que, desnudo y atado a una mesa, que imaginé que sería el altar, no dejaba de quejarse de un modo lastimero.

—¡Desatadlo! —exclamé.

Rypere, que había estado al frente de los hombres que habían capturado a los daneses que se encontraban en el interior de la iglesia, se sobresaltó, como si mi orden lo hubiera sacado de un estado de trance.

A pesar de sus pocos años, Rypere había visto demasiados horrores, pero tanto él como los hombres que lo acompañaban parecían aturcidos por las atrocidades a que había sido sometido aquel pobre gordo. Las cuencas de los ojos eran un revoltijo de sangre y materia viscosa; tenía las mejillas laceradas y ensangrentadas; le habían cortado las orejas, lo habían castrado, le habían roto los dedos y, con ayuda de un escoplo, se los habían desgarrado de la palma de la mano. Al otro lado de la mesa, dos daneses custodiados por mis hombres; sus manos enrojecidas delataban su condición de verdugos. Con todo, el jefe de la cuadrilla era el responsable de aquella barbaridad, de ahí que me acuerde de aquella escaramuza.

Porque fue entonces cuando conocí a Skade. Si existe una mujer que haya mordido las celestiales manzanas de Asgard, las que confieren a los dioses su eterna belleza, ésa tenía por fuerza que ser Skade, casi tan alta como yo, de cuerpo recio y

vigoroso, que disimulaba bajo la cota de malla que vestía. Tendría unos veinte años, cara alargada, nariz respingona y altiva, y los ojos más azules que había visto en mi vida. Largos y lacios, sus cabellos, oscuros como las plumas de los cuervos de Odín, se deslizaban hasta su esbelta cintura, ceñida por un tahalí del que colgaba una vaina vacía. La observé detenidamente.

Ella me devolvió la mirada. ¿Qué fue lo que vio?

Vio al señor de la guerra de Alfredo, a Uhtred de Bebbanburg, al pagano que estaba a las órdenes de un rey cristiano. Era alto y, en aquellos días, de gallarda envergadura. Un guerrero tan diestro con la espada como con la lanza que, a fuerza de pelear, me había hecho rico, de forma que llevaba una cota de malla bien bruñida, un yelmo con incrustaciones de plata y unos brazaletes que resplandecían por encima de las mangas de la protección metálica. De plata eran las cabezas de lobo que adornaban mi tahalí; bandas de azabache alternaban con la piel de la vaina que daba cobijo a *Hálito-de-serpiente*; la hebilla del cinturón y el broche de mi capa eran de oro macizo. Lo único que de poco valor llevaba encima era un minúsculo amuleto colgado del cuello: el martillo de Thor, un talismán que me acompañaba desde niño y que todavía conservo. El paso del tiempo había dado buena cuenta del esplendor de mi juventud, y eso fue lo que Skade tuvo ocasión de contemplar: un señor de la guerra.

En ese instante, me lanzó un escupitajo, un salivazo que me alcanzó la mejilla. Ni me alteré.

—¿Quién es esta zorra? —pregunté.

—Skade —contestó Rypere, al tiempo que se volvía a los dos torturadores—. Éstos dicen que es su cabecilla.

El hombre orondo gimió de nuevo. Una vez libre, engurruñado, no se había movido de donde estaba.

—¡Que alguien se ocupe de él! —exclamé en el preciso instante en que recibía un nuevo salivazo de Skade, esta vez en los morros—. ¿Quién es? —pregunté, como si aquella mujer no existiera.

—Pensamos que es Edwulf —repuso Rypere.

—¡Llévóoslo de aquí! —ordené, mientras me volvía para contemplar a aquella preciosidad que me escupía—. Y ahora, decidme, ¿quién es Skade?

Era danesa. Venida al mundo en una alquería del norte de su inhóspito país, hija de un hombre que no era rico y había dejado a su viuda en la miseria. Bueno, en compañía de Skade, muchacha de extraordinaria belleza, a la que había casado con un hombre que hubiera pagado lo que fuera por yacer junto a aquel cuerpo tan larguirucho como esbelto. El marido en cuestión era un cacique; un pirata, en realidad. Al cabo de un tiempo, Skade conoció a Harald el Pelirrojo. Como el *jarl* Harald le ofrecía una vida más rica en emociones, antes que consumirse en un banco

de arena tras una empalizada cochambrosa al ritmo cadencioso de las mareas, se fugó con él. Tiempo tendría de enterarme de tales vicisitudes. En aquel momento, sólo sabía que era la mujer de Harald, y que Haesten no había mentido en cuanto a ella: bastaba con verla para desearla.

—Tendréis que dejarme libre —dijo muy segura de sí misma.

—Haré lo que bien me parezca —repliqué—; no voy a acatar las órdenes de una insensata.

Al oírlo, se revolvió; advertí que estaba a punto de escupirme de nuevo. Alcé la mano, como si me dispusiera a pegarla, y guardó silencio.

—¡Ni un solo vigía! —continué—. ¡Sólo un necio se olvidaría de apostar centinelas!

Se la llevaban los demonios, se reconcomía; sabía que tenía razón.

—El *jarl* Harald os dará lo que pidáis con tal de que me soltéis —repuso.

—Las entrañas de Harald, ése será el precio de vuestra libertad —repliqué.

—¿Sois Uhtred? —preguntó.

—Soy lord Uhtred de Bebbanburg.

Esbozó una desmayada sonrisa.

—Caso de que no me dejéis en libertad, Bebbanburg tendrá que buscarse un nuevo amo. Sabréis de lo que soy capaz. Aprenderéis lo que es sufrir, Uhtred de Bebbanburg; lo pasaréis peor que ése —al tiempo que señalaba, con un gesto, a Edwulf, cuando cuatro de mis hombres lo sacaban de la iglesia.

—Otro mentecato por olvidarse de los vigías —comenté.

Sin que nadie diera la voz de alarma, la cuadrilla a las órdenes de Skade se había abatido sobre la aldea a plena luz del día. Algunos campesinos, los que habíamos visto desde la colina, habían conseguido huir, pero la mayoría de los habitantes del lugar habían caído en sus manos. Sólo se salvaron las mujeres jóvenes y los niños, cuyo destino más probable era el mercado de esclavos.

Sólo dejamos con vida a un danés; a un danés, y a Skade, naturalmente. Matamos a los demás, y nos quedamos con los caballos, las cotas de malla y las armas. Aun sabiendo que no sería fácil transportar la cosecha que, una vez recogida, se guardaba en los graneros, ni los frutos de los huertos, ya en sazón, a los lugareños que quedaban con vida, les ordené que llevaran el ganado hacia el norte, a Suthriganaweorc: no podíamos dejar comida al alcance de los hombres de Harald. Aún estábamos dando buena cuenta del último de los daneses, cuando los vigías de Finan nos informaron de que unos jinetes se aproximaban a la cima de la colina que miraba al sur.

Con setenta de mis hombres, más el danés que había dejado con vida, Skade y la larga cuerda de cáñamo de la que antes pendía la pequeña campana de la iglesia, salí a su encuentro. Me acerqué a Finan y juntos cabalgamos hasta la apacible pradera que

se extendía en lo alto de la colina, donde disponíamos de una buena visibilidad por el lado sur. Observamos nuevas y densas columnas de humo a lo lejos; cerca, mucho más cerca, una partida de jinetes cabalgaba bajo los sauces que esparcían su sombra a orillas de un arroyo. A ojo de buen cubero, calculé que eran tantos como los hombres que venían conmigo que, para entonces, ocupaban la cima, agrupados a ambos lados del estandarte que lucía la enseña de la cabeza del lobo.

—Desmontad —le ladré a Skade.

—Vienen a por mí —repuso desafiante, señalando a los jinetes que, al observar a los míos en orden de batalla, se habían detenido.

—En ese caso, ya han dado con vos —comenté—. Desmontad, os digo.

Altanera, se me quedó mirando. Era una mujer que no estaba acostumbrada a recibir órdenes.

—Podéis hacerlo vos misma —repetí armándome de paciencia—, o puedo descabalaros de la silla. Lo dejo a vuestra elección.

Eché el pie a tierra y, con un gesto, le indiqué a Finan que hiciera lo mismo. Desenvainó la espada y se colocó junto a la joven.

—Quitaos la ropa —le dije.

Una llamarada de cólera ensombreció su rostro. No se movió, pero percibí la furia que crecía en su interior, semejante a la de una víbora que se dispone a morder. Hubiera querido matarme, gritar, implorar a los dioses que tuviesen a bien bajar de aquel cielo que el humo jalonaba. Pero no podía hacer nada.

—Quitaos la ropa —repetí—, o les diré a mis hombres que lo hagan ellos.

Miró a su alrededor como si buscara un modo de huir. No había escapatoria. Al ver que no le quedaba otra que obedecerme, se le llenaron los ojos de lágrimas. Como nunca me había mostrado cruel con las mujeres, Finan me miró con cara de sorpresa; no dije nada. En aquel instante, sólo pensaba en lo que Haesten me había dicho: que Harald era un hombre impulsivo; lo único que buscaba era poner en un brete a Harald el Pelirrojo. Abrigaba la esperanza de que, si injuriaba a su mujer, Harald se dejase llevar por la ira y perdiese los estribos.

Impenetrable como una máscara, sin hacer un solo gesto, Skade se despojó de la cota de malla, del corpiño de cuero y de los calzones de lino. Uno o dos de los míos no pudieron contenerse cuando, al quitarse el justillo, dejó al aire sus firmes pechos enhiestos. Dos bramidos por mi parte, y se quedaron mudos. Le pasé el cordel a Finan.

—Atádselo al cuello —le dije.

Era realmente hermosa. Incluso ahora, si cierro los ojos, veo todavía aquel cuerpo esbelto y erguido en aquel precioso prado cuajado de ranúnculos. Abajo, en el valle, los daneses estiraban el cuello; mis hombres no le quitaban los ojos de encima; mientras, Skade se mostraba como una criatura que, desde las esferas de Asgard, se

hubiera dignado descender a la tierra. No me cabía la menor duda de que Harald pagaría lo que fuera por ella. Cualquier hombre en sus cabales bien se habría buscado la ruina con tal de poseerla.

Finan me entregó el extremo del cordel, espoleé mi montura y, de tal guisa, descendimos un tercio de la ladera.

—¿Es Harald alguno de éstos? —le pregunté, señalando con la cabeza a los daneses, que se encontraban a doscientos pasos de nosotros.

—No —respondió, con voz áspera y cargada de resentimiento; estaba avergonzada y furiosa—. Os matará por esto —añadió.

Me limité a sonreír.

—Harald el Pelirrojo es una repugnante rata de mierda —grité. Me volví en la silla, y le hice un gesto a Osferth, que bajó por la pendiente con el único de los daneses que habíamos dejado con vida, un hombre joven, que no apartaba de mí sus aterrorizados ojos, de un azul desvaído—. Aquí tienes a tu cabecilla —le dije—; mírala.

Apenas se atrevió a contemplar la desnudez de Skade. Le dirigió una rápida ojeada y, al instante, volvió a mirarme.

—Ve —le dije—, y cuéntale a Harald el Pelirrojo que Uhtred de Bebbanburg tiene a su puta. Dile que está desnuda y que pienso pasármelo en grande con ella. Ve, y díselo. ¡Lárgate!

El hombre echó a correr ladera abajo. Los daneses del valle no tenían intención de atacarnos. Casi iguales en número, nosotros ocupábamos la posición más elevada, y todo el mundo sabe de lo reacios que son a sufrir bajas entre los suyos. Se nos quedaron mirando y, si bien uno o dos se acercaron lo bastante como para cerciorarse de que, en efecto, se trataba de Skade, ninguno movió un dedo por librarla de aquella situación.

Había llevado conmigo el corpiño, los calzones y las botas de Skade. Los arrojé a sus pies, me incliné y le retiré el cordel que llevaba al cuello.

—Vestíos —le dije.

Reparé en que estaba pensando en escapar, en echar a correr ladera abajo con la esperanza de que se hiciera cargo de ella alguno de aquellos jinetes mirones antes de que yo la atrapase; bastó una palmada en el flanco de *Smoka*, y mi caballo se interpuso en su camino.

—Antes de que llegara a ellos, esta espada os abriría el cráneo en dos —le advertí.

—Y vos moriréis sin llevar una espada en la mano —replicó mientras se agachaba para recoger sus cosas.

Acaricié el talismán que llevaba al cuello.

—Alfredo —le contesté— tiene por costumbre ahorcar a los paganos que caen en

sus manos. Más os valdría seguir con vida hasta que nos veamos con él.

—Que mi maldición caiga sobre vos y aquellos a quienes amáis —repuso.

—Más os valdría no abusar de mi paciencia hasta entonces —respondí—; de lo contrario, os dejaré en manos de mis hombres antes de que Alfredo se decida a ahorcaros.

—Os maldigo, que la muerte se abata sobre vos y los vuestros —tronó con voz casi exultante.

—Si vuelve a abrir la boca, sacúdela —le dije a Osferth.

Así, pusimos rumbo al oeste, al encuentro con Alfredo.

CAPÍTULO III

Lo primero que me llamó la atención fue la carreta.

Era enorme, tan grande como para acarrear la cosecha de doce tierras de labranza, pero aquel carretón jamás cargaría con algo tan terrenal como gavillas de trigo: rodaba sobre dos sólidos ejes y cuatro ruedas macizas, con los bordes herrados y una cruz verde pintada sobre fondo blanco; unos tableros con imágenes de santos y leyendas en latín grabadas en el extremo superior recubrían los costados del carromato. Nunca se me ocurrió preguntar qué decían: ni me interesaba ni falta que me hacía saberlo. Seguro que eran jaculatorias cristianas, y ya se sabe, escuchada una, se han oído todas. El interior de la carreta estaba revestido de sacos de lana, supongo que para aliviar el traqueteo del vehículo a sus ocupantes; contra el pescante, el alto respaldo de un sitial bien mullido. Cuatro postes labrados como columnas salomónicas sujetaban una lona de rayas, que a modo de palio, se alzaba sobre tan llamativo armatoste. En lo alto de una de las pilastras, una cruz de madera, como las que presiden el hastial de las iglesias. En las tres restantes, enseñas de santos al viento.

—¿Qué es eso, una iglesia rodante? —pregunté de mal talante.

—Ya no puede montar a caballo —me respondió Steapa, abatido.

Era el jefe de la guardia real. Un hombre de envergadura fuera de lo común, de los pocos que podían presumir de ser más altos que yo; incansable a la hora de pelear y leal al rey Alfredo por encima de todo. Aunque en cierta ocasión hube de vérmelas con él, Steapa y yo éramos amigos. Lo cierto es que, para mí, aquella pelea fue como tratar de hacer frente a una montaña, pero los dos salimos con bien del trance y, desde entonces, al lado de ningún otro me hubiera sentido más tranquilo en un muro de escudos.

—¿Ya no puede cabalgar? —le pregunté.

—Muy de vez en cuando —me contestó Steapa—; para él, es un verdadero suplicio. Apenas puede caminar.

—¿Cuántos bueyes hacen falta para mover ese armatoste? —volví a preguntar, señalando el carretón.

—Seis. No le gusta, pero no le queda otra.

Estábamos en Æscengum, un fortín erigido para defender Wintanceaster de las hordas que pudieran llegar del este. Era una ciudadela pequeña —nada que ver con Wintanceaster o Lundene—, que se alzaba sobre uno de los vados del río Wey, aunque no se me alcanzaba la razón de proteger aquel paso, ya que el río podía cruzarse con facilidad tanto por el norte como por el sur. En aquel lugar no había nada que mereciera la pena, razón por la que yo me había opuesto a la fortificación. Sin embargo, Alfredo había insistido en amurallararlo porque, al parecer, unos años

antes un místico cristiano medio chalado había devuelto la virginidad a una joven violada en aquellos parajes, razón más que sobrada para elevarlo a la categoría de lugar sagrado, y había ordenado que se levantara un monasterio. Steapa me dijo que el rey nos esperaba en la iglesia del convento.

—Hablan y hablan —me comentó descorazonado—, pero ninguno sabe cómo salir de este atolladero.

—Pensé que estabais a la espera de que Harald se decidiese a atacaros aquí.

—Ya les he explicado que no lo haría —me contó Steapa—; pero ¿qué podemos hacer en ese caso?

—Pues salgamos a su encuentro y acabemos con esa mierda de Harald —repuse, sin dejar de mirar al este, donde nuevas columnas de humo revelaban que los hombres del danés se dedicaban a arrasar más aldeas.

—¿Quién es ésa? —me preguntó.

—La puta de Harald —contesté, en voz lo bastante alta como para que Skade me oyera, aunque mis palabras no lograron alterar la expresión arrogante de su rostro—. Torturó a un hombre llamado Edwulf —añadí— para que le revelase dónde había escondido el oro.

—Lo conozco —comentó Steapa—. Un hombre que nada en la abundancia.

—Nadaba, querréis decir, porque ha muerto —había fallecido antes de que hubiésemos abandonado su hacienda.

Steapa tendió la mano para hacerse cargo de mis espadas. En aquellos días, el monasterio era el lugar de residencia de Alfredo y nadie, aparte del rey, sus parientes y sus guardias, podían llevar armas en su presencia. Le hice, pues, entrega de *Hálito-de-serpiente* y de *Aguijón-de-avispa*, y hundí las manos en un cuenco de agua que me presentó un criado.

—Bienvenido a la residencia del rey, mi señor —dijo ceremonioso el sirviente, sin dejar de observar cómo estrechaba la cuerda alrededor del cuello de la joven, que me escupió en la cara, gesto al que respondí con una sonrisa.

—Vamos a ver al rey, Skade; escupidle, y os ahorcará.

—Y yo os maldeciré a los dos —replicó.

Aparte de nosotros tres, sólo Finan entró en el monasterio. El resto de mis hombres abandonaron el recinto por la puerta occidental y llevaron los caballos a abrevar a un arroyo.

Steapa nos condujo hasta la iglesia del convento, un precioso edificio de piedra con vigas de roble macizas al aire en el techo. La luz que entraba por los altos ventanales incidía en las pieles pintadas que adornaban la capilla; la pintura que presidía el altar mayor representaba a una joven ataviada con una túnica blanca a quien un hombre barbudo con una aureola alrededor de la cabeza ayudaba a ponerse en pie. La cara mofletuda y sonrosada de la muchacha era el vivo reflejo de la más

genuina de las sorpresas. Supuse que era la chica que había recuperado la virginidad, aunque el rostro del hombre daba a entender que no tardaría mucho en necesitar que se obrase de nuevo el milagro. A sus pies, acomodado en un sitial delante del altar de plata, estaba Alfredo.

Cuando entramos en la iglesia, unos cuantos hombres hablaban en voz alta. Al verme, guardaron silencio. A la izquierda de Alfredo, una bandada de curas emitía los consabidos graznidos; entre ellos, mi buen amigo el padre Beocca, y mi no menos acérrimo enemigo, el obispo Asser, un galés que había adquirido el rango de consejero áulico del rey. Sentados en los bancos de la nave de la iglesia, media docena de señores en representación de los condados que habían reclutado hombres para las tropas que habían de hacer frente a la invasión de Harald. A la izquierda del rey, en un asiento sólo un poco más bajo, su yerno y también primo mío, Etelredo; tras él, su esposa Etelfleda, hija de Alfredo.

Aunque las regiones del norte y el este estaban en poder de los daneses, Etelredo era el señor de Mercia, un territorio que se extendía al norte de Wessex, una región que carecía de rey, donde mi primo, en realidad vasallo de Alfredo, recibía el trato de señor por parte de los sajones que allí vivían. Aunque nunca reclamó tal título para sí, Alfredo era en realidad el señor de Mercia; Etelredo se limitaba a cumplir las órdenes de su suegro. Nadie se atrevía a aventurar cuánto tiempo se prolongaría tal situación, porque en mi vida había visto a Alfredo tan achacoso: tenía la cara más pálida y demacrada que nunca, y su mirada, si bien tan penetrante como siempre, revelaba el dolor que lo consumía por dentro.

Me observó en silencio, esperó a que hiciese una reverencia y, a modo de escueto saludo, me espetó:

—¿Habéis traído hombres, lord Uhtred?

—Trescientos, mi señor.

—¿Nada más? —preguntó con un gesto de abatimiento.

—Eso es todo, a menos que deseéis perder Lundene, mi señor.

—Advierto que no os habéis olvidado de vuestra esposa —apuntó el obispo Asser, no sin sarcasmo.

Si por tal entendemos todo aquello que echamos por el culo, el prelado era un mierda. Tras haber salido de algún culo galés, se había arrastrado por el lodo hasta ganarse el favor de Alfredo. Pero el rey veía las cosas a través de los ojos de Asser, quien, a su vez, no podía verme ni en pintura.

—Traigo a la puta de Harald —expliqué, con una sonrisa.

Nadie dijo nada. Todos se quedaron mirando a Skade, aunque nadie con tanta intensidad como el joven que estaba de pie a espaldas del trono de Alfredo. Era un muchacho de cara chupada, pómulos prominentes, piel blanca y cabellos negros y rizados que le llegaban hasta el cuello bordado del jubón que llevaba, ojos inquietos y

brillantes. Parecía nervioso, acobardado quizás en presencia de guerreros tan fornidos, entre los que destacaba la delgadez, por no decir la fragilidad, de su constitución. Lo conocía bien. Se llamaba Eduardo y era el Heredero, el primogénito de Alfredo: había sido educado para ocupar el trono de su padre cuando éste quedase vacante. Embobado, en aquel momento sólo tenía ojos para Skade, como si nunca hubiera visto una mujer en su vida; cuando ella le devolvió la mirada, se sonrojó y agachó la cabeza como si algo en el suelo cubierto de juncos le hubiera llamado poderosamente la atención.

—¿Que habéis traído qué? —preguntó el obispo Asser, rompiendo el silencio de la atónita concurrencia.

—Se llama Skade —añadí, al tiempo que la obligaba a dar un paso adelante.

Eduardo alzó la vista y se quedó mirando a Skade como un cachorro que se topa con un trozo de carne fresca.

—Inclinaos ante el rey —ordené a Skade en danés.

—Haré lo que me venga en gana —replicó y, como me había imaginado, lanzó un salivazo a Alfredo.

—¡Dadle una buena lección! —ladró Asser.

—¿Acaso los curas tienen a bien pegar a las mujeres? —pregunté.

—¡Callaos, lord Uhtred! —suplicó el rey con voz cansada; reparé en cómo su mano derecha se crispaba alrededor de uno de los remaches del brazo del sitial, mientras observaba a Skade, quien, desafiante, le sostuvo la mirada—. Una mujer realmente impresionante —añadió, en un susurro—. ¿Habla inglés?

—Finge que no —repuse—, pero lo entiende a la perfección —comentario al que Skade respondió lanzándome de reojo una mirada cargada de rencor.

—Os he maldecido —dijo en voz baja.

—La mejor forma de librarse de una maldición —repliqué en tono similar— es cortar la lengua de quien la haya proferido. Así que procurad guardar silencio, golfa retorcida.

—Que la muerte se abata sobre vos —añadió en un susurro.

—¿Qué está diciendo? —se interesó Alfredo.

—Entre los suyos, tiene fama de hechicera, mi señor —contesté—, y asegura que me ha lanzado una maldición.

El rey y la mayoría de los curas presentes se llevaron la mano a las cruces que llevaban colgadas al cuello. Ésa es una de las cosas que más me han sorprendido de los cristianos: que, aun cuando afirman muy convencidos que nuestros dioses no valen para nada, se sienten aterrorizados si, en el nombre de esos mismos dioses, les maldicen.

—¿Cómo la atrapasteis? —me preguntó Alfredo.

Le conté por encima lo que había pasado en las tierras de Edwulf y, cuando hube

acabado, Alfredo se la quedó mirando con frialdad.

—¿Mató al cura de Edwulf? —quiso saber.

—¿Mataste al cura de Edwulf, zorra? —le pregunté en danés.

—Pues claro —repuso con una sonrisa—. Acabo con todos los curas que me salen al paso.

—Mató al cura, señor —traduje para Alfredo.

El rey se estremeció.

—Lleváosla y ponedla a buen recaudo —le ordenó a Steapa, para añadir alzando la mano—: ¡Que nadie le falte al respeto!

Aguardó a que Skade estuviera fuera de la iglesia, antes de dirigirse a mí.

—Sed bienvenido, lord Uhtred, vos y los vuestros, aunque esperaba que fuerais más.

—He traído los necesarios, mi rey —repuse.

—¿Los necesarios para qué? —se interesó el obispo Asser.

Me encaré con aquel enano. Era obispo, pero todavía vestía la túnica talar de monje fuertemente ceñida a su descarnada cintura. Con aquellos ojos de color verde claro y aquellos labios tan finos, parecía un armiño famélico. Había pasado la mitad de su vida en las tierras baldías de su Gales natal, y la otra media musitando ideas tan piadosas como maliciosas al oído de Alfredo. Juntos, habían ideado un sistema de leyes para Wessex. Como entretenimiento y para pasar el rato, yo me había propuesto quebrantar todos y cada uno de tales preceptos antes de que el rey, o el armiño galés, dijese adiós a este mundo.

—Los suficientes para acabar con Harald y los suyos.

Eteflada sonrió al oír mis palabras. Era el único miembro de la familia de Alfredo con quien me unían lazos de amistad. Hacía cuatro años que no la veía, y me dio la impresión de que estaba mucho más delgada. Por entonces, tendría veintiuno o veintidós años como mucho y, aunque sus cabellos seguían siendo igual de rubios y relucientes y sus ojos aún eran tan azules como un cielo de verano, parecía avejentada y alicaída. Le hice un guiño, lo justo para enfurecer a su marido, mi primo, quien de inmediato mordió el anzuelo y lanzó un bufido.

—Si fuera tan fácil acabar con Harald —dijo Etefredo—, ya lo habríamos hecho, ¿no os parece?

—¿Cómo, contemplando sus idas y venidas desde estas colinas? —repliqué.

Incómodo, Etefredo no pudo evitar un gesto de desagrado. En circunstancias normales, como hombre beligerante y orgulloso que era, se habría enzarzado conmigo en una discusión, pero observé que estaba pálido. Aunque nadie sabía qué lo aquejaba, padecía una enfermedad que lo dejaba exhausto y muy debilitado durante largos períodos. Debía de tener unos cuarenta años por entonces y, a la altura de las sienes, sus cabellos pelirrojos empezaban a clarear. Me imaginé, pues, que no era uno

de sus mejores días.

—Hace semanas que tendríais que haber acabado con Harald y los suyos —le reproché con desdén.

—¡Ya basta! —exclamó Alfredo, dando un manotazo en el brazo del sitial que ocupaba, y sobresaltando al hacerlo a un halcón encapuchado que estaba encaramado a uno de los atriles del altar: el ave extendió las alas, aunque las correas que lo mantenían atado le impidieron alzar el vuelo. Alfredo hizo una mueca, un gesto que me aclaraba algo que ya sabía: que necesitaba de mí y la poca gracia que le hacía verse en semejante situación—. No podíamos atacar a Harald —me explicó, echando mano de toda su paciencia—, con la amenaza de Haesten pendiente sobre nuestro flanco norte.

—Haesten no es capaz de meter miedo ni a un cachorro aterido —repuse—. Nadie teme la derrota tanto como él.

Me sentía desafiante aquel día, desafiante y muy seguro de mí mismo, porque era una de esas ocasiones en que los seres humanos necesitamos que alguien nos dé un empujón. Aquellos hombres se habían pasado días discutiendo cómo actuar y, al final, no sólo no habían adelantado nada, sino que, y como fruto de tales devaneos, se habían hecho una idea descabellada de las fuerzas con que contaba Harald, hasta el punto de llegar al convencimiento de que era invencible. Por su parte, Alfredo, obstinado en que su hijo y su yerno fueran quienes llevasen la voz cantante en Wessex y Mercia, que demostrasen que tenían madera de caudillos, se había mostrado renuente a la hora de solicitar mi ayuda. Pero los suyos le habían fallado, y a Alfredo no le había quedado otra que recurrir a mí. Sabedor de cuánto necesitaban de mis servicios, planté cara a sus aprensiones con arrogante firmeza.

—Harald dispone de cinco mil hombres —afirmó con voz queda Etelhelmo, *ealdorman* de Wiltunscir. Era un hombre valeroso, pero también parecía haberse contagiado de los temores que atenazaban a quienes acompañaban a Alfredo—. ¡Ha traído doscientos barcos! —añadió.

—No creo que cuente con dos mil hombres siquiera —repuse—. ¿De cuántos caballos dispone?

Ninguno de ellos parecía saberlo o, cuando menos, nadie me dio una respuesta. Harald bien podía haber trasladado cinco mil hombres en sus barcos pero, en realidad, su ejército lo constituían sólo aquellos que disponían de un caballo.

—Sean cuantos sean los hombres con que cuente, el caso es que, si pretende adentrarse en Wessex, tendrá que atacar esta fortaleza —remachó Alfredo con toda intención.

Tal afirmación era una necesidad. Harald podía invadir Wessex por el norte o por el sur de Æscengum, pero no merecía la pena discutir con Alfredo, que sentía un cariño especial por aquella fortaleza. De modo que opté por preguntarle:

—¿Vuestros planes pasan por derrotarlo aquí, mi señor?

—Aparte de la guarnición del fuerte y sin contar con los trescientos que vos habéis traído, dispongo de novecientos hombres. Harald se estrellará contra estos muros.

Observé cómo Etelredo, Etelhelmo y Etelnoth, *ealdorman* de Sumorsæte, hacían gestos de asentimiento.

—Por otra parte, cuento con quinientos hombres más en Silcestre —añadió Etelredo, como si tal apoyo fuera decisivo.

—¿Y qué van a hacer allí, mear en el Temes mientras nosotros peleamos? —apostillé.

Etelreda esbozó una sonrisa; su hermano Eduardo se revolvió incómodo. Mi querido padre Beocca, mi tutor durante la niñez, me dedicó una resignada mirada de reconvención. Alfredo se limitó a emitir un suspiro.

—Si se deciden por el asedio, los hombres de lord Etelredo pueden hostigar al enemigo —me explicó el rey.

—Según eso, mi señor, ¿depende nuestra victoria de que Harald se decida a atacarnos aquí, de que acceda a que acabemos con los suyos cuando traten de traspasar estos muros?

Alfredo guardó silencio. Dos gorriones alborotaban entre los cabrios. A espaldas de Alfredo, los mocos de un grueso y humeante velón de cera de abeja resbalaban hasta el altar; un monje se apresuró a despabilar la mecha: la llama se avivó de nuevo con fuerza y el resplandor se reflejó en un relicario dorado situado más arriba que parecía contener una mano amojamada.

—Harald hará lo que sea con tal de derrotarnos —apuntó Eduardo; era la primera vez que intervenía en la conversación.

—¿Por qué habría de hacerlo —repliqué—, si nosotros solos nos bastamos? —pregunta que provocó un murmullo de disconformidad por parte de los cortesanos allí presentes, comentarios que preferí pasar por alto—. Permitidme que os diga lo que Harald tiene pensado, mi señor —continué, mirando a Alfredo—: llevará a los suyos al norte y se dispondrá a avanzar sobre Wintanceaster, donde hay un montón de plata, convenientemente amontonada según vuestras órdenes en vuestra nueva catedral y, mientras vuestro ejército no se mueva de aquí, poco habrá de esforzarse para echar abajo los muros de la ciudad. Si, por el contrario, tomase la decisión de atacarnos aquí —añadí, alzando la voz para acallar las airadas protestas del obispo Asser—, bastará con que nos ponga cerco y, de brazos cruzados, espere a que muramos de hambre. ¿De cuánta comida disponemos?

El rey le hizo una seña a Asser para que dejase de farfullar.

—¿Qué haríais vos, lord Uhtred? —me preguntó Alfredo, no sin cierto pesar. Se sentía viejo, cansado y enfermo; la invasión de Harald podía poner en peligro todo lo

que hasta entonces había conseguido.

—Os aconsejaría, mi señor, que lord Etelredo diese las órdenes oportunas para que sus quinientos hombres cruzasen el Temes y se dirigiesen a Fearnhamme.

Aparte del lastimero aullido de un podenco en algún rincón de la iglesia, no se oía una mosca. Todos tenían los ojos puestos en mí. Noté cómo el color volvía de nuevo a alguno de aquellos rostros. Llevaban tanto tiempo sin saber qué hacer que estaban pidiendo a gritos un buen mandoble de firmeza.

Alfredo rompió el silencio.

—¿Fearnhamme? —preguntó, cauteloso.

—Así es, mi señor —respondí, mirando a Etelredo; ni su macilento rostro traslucía nada, ni ninguno de los presentes hizo comentario alguno.

Más de una vez me había parado a pensar en la región que se extendía al norte de Æscengum. En la guerra no basta sólo con tener en cuenta los efectivos y suministros de que disponemos; tampoco hay que olvidar colinas y valles, ríos y pantanos, lugares donde la tierra y el agua pueden servirnos de ayuda para derrotar al enemigo. Durante mis innumerables idas y venidas entre Lundene y Wintanceaster, muchas eran las veces que había pasado por aquellas tierras de Fearnhamme, y por dondequiera que fuese siempre había reparado en la configuración del terreno y en cómo sacarle provecho si los enemigos andaban al acecho.

—En Fearnhamme, hay una colina al norte del río... —apunté.

—¡Sí, señor! Sé dónde está; hay un terraplén —dijo uno de los monjes que estaban de pie, a la derecha de Alfredo.

Volví la vista y descubrí a un hombre de rostro rubicundo y nariz ganchuda.

—¿Y vos quién sois? —le pregunté.

—Oslac, señor —contestó—, el abad del monasterio.

—Y esa elevación, ¿está en buenas condiciones? —le pregunté.

—La excavaron nuestros antepasados —respondió el abad Oslac—; ahora está cubierta de hierba casi por completo, pero el desmonte es profundo y la loma está bien asentada.

Había muchos de esos terraplenes en Britania, mudos testigos de las contiendas que habían asolado aquellas tierras antes de que apareciésemos nosotros, los sajones, para librar nuestras propias batallas.

—¿La cima es lo bastante elevada como para llevar a cabo una buena defensa? —pregunté al abad.

—Si contáis con los hombres necesarios, nadie estaría en condiciones de arrebatarnos la posición —afirmó Oslac, muy seguro. Me fijé mejor en él, y reparé en la cicatriz que le surcaba el puente de la nariz. El abad Oslac había sido guerrero antes que fraile, no me cabía duda.

—Pero, ¿por qué tentar a Harald para que nos ataque allí, cuando tenemos

Æscengum, con sus murallas y sus almacenes repletos de víveres? —insistió Alfredo.

—¿Cuánto nos durarían las provisiones, mi señor? Disponemos de suficientes hombres detrás de estos muros como para contener al enemigo hasta el día del juicio final, pero nos quedaríamos sin víveres mucho antes de Navidad.

Las fortalezas no disponían de provisiones para abastecer a un ejército numeroso. Estaban concebidas para entretener al enemigo hasta que un ejército en condiciones, tropas realmente preparadas, atacase a los sitiadores en campo abierto.

—Pero, ¿por qué en Fearnhamme? —insistió Alfredo.

—Porque allí acabaremos con Harald —fue lo primero que se me vino a la cabeza, al tiempo que le decía a Etelredo—: Ordenad a los vuestros que se dirijan a Fearnhamme, primo, y daremos buena cuenta de los daneses.

Tiempo atrás, Alfredo habría manifestado sus dudas y rebatido mis argumentos pero, para entonces, estaba demasiado fatigado y enfermo como para llevarme la contraria y, por si fuera poco, no estaba de humor para que el resto de los presentes pusiera en duda mis planes. Por otra parte, había llegado al convencimiento de que, si de presentar batalla se trataba, podía fiarse de mí. Cuando ya daba por hecho que contaría con su beneplácito, me sorprendió con un gesto insólito. Se volvió hacia los curas y le hizo señas a uno de ellos para que se acercase; el obispo Asser tomó por el codo a un fraile joven y achaparrado, y lo condujo hasta el sitio que ocupaba el rey. El monje en cuestión tenía un rostro anguloso y duro y, a pesar de la tonsura, unos cabellos negros tan tiesos y recios como el pelo de un tejón. De no haber sido por aquellos ojos blanquecinos, cualquiera lo habría tenido por un hombre bien parecido. Me imaginé que era ciego de nacimiento. Se acercó a tientas hasta el sitio que ocupaba el rey y, cuando lo encontró, se arrodilló a los pies de Alfredo, quien, con gesto afectuoso, acarició la reclinada cabeza del fraile.

—¿Qué tal, hermano Godwin? —le preguntó con mucho miramiento.

—Aquí estoy, mi señor, aquí me tenéis —contestó el monje, con una voz que más bien parecía un ronco susurro.

—¿Habéis escuchado la propuesta de lord Uhtred?

—Por supuesto, mi señor; claro que sí —repuso el hermano Godwin, alzando sus ciegos ojos hacia el rey. No dijo nada más durante un rato; al cabo, su rostro comenzó a esbozar guiños, a gesticular y a desencajarse, emitiendo sonidos inarticulados, como si estuviera poseído por un espíritu maligno. Lo que más me sorprendió fue que Alfredo, lejos de manifestar asombro, aguardase pacientemente hasta que, por fin, el joven monje recuperó su expresión habitual—. Todo saldrá bien, mi rey, todo saldrá bien —dijo muy convencido el hermano Godwin.

Alfredo pasó de nuevo la mano por la cabeza del hermano Godwin y, sonriente, me miró.

—Lo haremos tal como habéis apuntado, lord Uhtred —dijo con determinación

—. Llevaréis a vuestros hombres a Fearnhamme —añadió mirando a Etelredo, antes de volverse hacia donde yo estaba—; mi hijo se pondrá al frente de las tropas sajonas.

—Como dispongáis, mi señor —contesté con respeto. Azorado y nervioso, Eduardo, el más joven de cuantos estábamos en la iglesia, no dejaba de mirarnos a su padre y a mí.

—Y vos —añadió el rey, mirando a su hijo—, estaréis a lo que tenga a bien disponer lord Uhtred.

Etelredo, en cambio, incapaz de contenerse por más tiempo, preguntó con altivez:

—¿Quién nos garantiza que los paganos acudirán a Fearnhamme?

—Yo —contesté con aspereza.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —insistió Etelredo.

—Os digo que Harald acudirá a Fearnhamme, y que allí se dejará la vida —repuse.

En cuanto a eso, me equivocaba.

* * *

Unos correos se encargaron de llevar las órdenes para que los hombres de Etelredo estacionados en Silcestre se pusieran en camino hacia Fearnhamme al amanecer del día siguiente. Una vez llegados al lugar, tenían que ocupar la colina que se alzaba al norte del río. Aquellas tropas serían el yunque sobre el que los soldados concentrados en Æscengum harían las veces de martillo. Si queríamos atraer a Harald hasta el yunque, teníamos que dividir nuestras fuerzas, quebrantando una de las normas elementales por las que se rige la guerra. Según los cálculos más optimistas que manejaba, contábamos con quinientos hombres menos que los daneses. Dividir nuestro ejército era, pues, como invitar a Harald a que acabara con nosotros por separado. —Confío en lo que me han dicho, mi señor —le aseguré al rey aquella noche—: que Harald es un necio, que no se aviene a razones.

El rey me había citado en la muralla de la fortaleza que miraba al este. Había llegado con su habitual séquito de curas, pero los había despedido para conversar a solas conmigo. Durante un rato, se quedó mirando el mortecino resplandor de los incendios que, en lontananza, indicaban los lugares que los hombres de Harald habían saqueado, y me di cuenta de que, en realidad, lo que le apenaba eran las iglesias que hubieran ardido.

—¿Estáis seguro de que es un necio, que no se aviene a razones? —me preguntó en voz baja.

—Eso me dijisteis, mi señor —contesté.

—Es salvaje, impredecible y se deja llevar por repentinos accesos de cólera —me explicó el rey. Alfredo recompensaba con generosidad toda información que le proporcionasen sobre los hombres del norte y disponía de datos precisos sobre sus

caudillos. Harald se había dedicado a saquear Frankia antes de que sus habitantes se avinieran a darle cuanto pedía a cambio de que los dejase tranquilos. Estaba seguro de que los espías de Alfredo le habían contado al rey todo lo que necesitaba saber sobre Harald el Pelirrojo—. Por cierto, ¿sabéis la razón del apodo? —me preguntó.

—Según me han contado, mi señor, antes de cada batalla sacrifica un caballo a Thor y se empapa los cabellos en la sangre del animal.

—Así es —me confirmó Alfredo, reclinándose en una de las estacas—. ¿Qué os hace pensar que acudirá a Fearnhamme?

—Acudirá a mi reclamo. Le tenderé una celada y, sin pensárselo dos veces, se abalanzará sobre nuestras espadas.

—¿Vais a serviros de la mujer? —se interesó Alfredo, con un ligero estremecimiento.

—Todo el mundo dice que está muy unido a ella, mi señor.

—Lo sé; pero seguro que tiene otras rameras a su disposición —dijo el rey.

—No será ése el único motivo para que acuda a Fearnhamme, mi señor, pero sí una buena razón, de peso.

—Las mujeres trajeron el pecado al mundo —comentó en voz tan queda que apenas llegué a oírle. Apoyado contra las estacas de roble del parapeto, dirigió la mirada hacia la aldea de Godelmingum, unos pocos kilómetros al este de donde estábamos. Tras pedir a sus habitantes que la abandonaran, en su lugar, había enviado a cincuenta de los míos que se mantenían alerta y nos avisarían en cuanto los daneses se dejasen ver—. Confiaba en que ya hubiesen dado por perdido este reino —añadió en tono quejumbroso.

—Siempre han soñado con apoderarse de Wessex —le dije.

—Sólo le pido a Dios —continuó, haciendo caso omiso de la perogrullada que yo acababa de soltar— que mi hijo llegue a reinar en un Wessex en paz.

Guardé silencio. Ninguna ley establecía que un hijo debiera suceder a su padre en el trono; de haberla habido, Alfredo nunca habría sido rey de Wessex. Había sucedido a su hermano como rey, pero su hermano tenía un hijo, Etelwoldo, que soñaba con ser rey de Wessex a toda costa. Cuando murió su padre era un niño, pero ahora que ya andaba por los treinta, era un hombre dotado de una vitalidad embriagadora, nunca mejor dicho. El rey suspiró hondo y, al cabo, recuperó el temple.

—Eduardo os necesitará a su lado como consejero —dijo.

—Será para mí un honor, mi señor —contesté.

No le gustó el tono protocolario de mi respuesta. Noté cómo se revolvía por dentro, y me dispuse a escuchar una más de sus reprimendas habituales. Sin embargo, continuó en voz baja y cargada de dolor:

—Dios me ha colmado de bendiciones, lord Uhtred. Cuando accedí al trono, se me antojaba imposible que pudiéramos plantar cara a los daneses. Hoy, con la ayuda

de Dios, de Wessex hemos hecho un reino. Tenemos iglesias, monasterios, escuelas, leyes. Hemos levantado una nación a la medida de los preceptos divinos, y me resisto a creer que, por voluntad suya, todo esto haya de desaparecer cuando me dispongo a comparecer ante Él.

—Ojalá que sea dentro de muchos años —dije en el mismo tono ceremonioso que había empleado hacía un momento.

—No digáis sandeces —refunfuñó molesto. Se estremeció, cerró los ojos un instante y, cuando habló de nuevo, su voz sonó aún más queda y melancólica—. Noto cómo la muerte me ronda, me acecha como una emboscada: sé que está ahí, y que no tengo forma de evitarla. Me llevará por delante, acabará conmigo, pero no me gustaría que acabase con Wessex de paso.

—Si tal es la voluntad de vuestro dios —repuse con aspereza—, ni Eduardo ni yo podemos hacer nada por evitarlo.

—No somos marionetas en manos de Dios. Somos instrumentos suyos; tendremos el destino que nos hayamos merecido —replicó enojado, mientras me observaba con disgusto; nunca me había perdonado que dejase de lado el cristianismo y abrazase de nuevo mi antigua religión—. ¿Acaso vuestros dioses no os otorgan una recompensa si os habéis portado bien en la vida?

—Mis dioses son veleidosos, mi señor —había escuchado tal palabreja de labios del obispo Erkenwald, quien la había esgrimido contra mí como un insulto; una vez que me enteré de su significado, reconozco que me hizo gracia. Así es: mis dioses son caprichosos.

—¿Cómo podéis venerar a dioses tan mudables? —se interesó Alfredo.

—No se trata de eso.

—Pero si acabáis de decir...

—Son caprichosos y se complacen en serlo —le interrumpí—. Mi obligación no consiste en adorarlos, sino en procurarles diversión; si así lo hago, obtendré mi recompensa en la vida futura.

—¿Procurarles diversión? —repitió extrañado.

—¿Qué tiene de raro? ¿Acaso no tenemos gatos, perros y halcones para nuestro disfrute? Los dioses nos crearon con idéntica finalidad. ¿Para qué os creó vuestro dios?

—Para servirle —afirmó con determinación—. Si fuera un gato al servicio de Dios, me dedicaría a cazar los ratones del mal. Ésa sería mi obligación, lord Uhtred, en eso consistiría mi deber.

—Pues yo creo que el mío pasa por derrotar a Harald y rebanarle la cabeza, porque entiendo que eso complacerá a mis dioses.

—Vuestros dioses son crueles —comentó estremecido.

—Los hombres son crueles —repliqué—. Los dioses nos hicieron a su semejanza.

Algunos son bondadosos; otros, despiadados. Igual nosotros. Si a los dioses así les place, será mi cabeza la que acabe rodando por el suelo a manos de Harald —añadí, al tiempo que acariciaba el amuleto del martillo.

Alfredo compuso una mueca de desagrado.

—Dios os hizo instrumento suyo. No sé por qué os eligió precisamente a vos, un pagano, pero el caso es que así lo decidió y debo reconocer que me habéis servido con lealtad.

Se expresó con tanta vehemencia que me pilló desprevenido. Incliné la cabeza a modo de reconocimiento y musité:

—Gracias, mi señor.

—Por eso os pido que, del mismo modo, sirváis a mi hijo —añadió.

Tenía que haber imaginado que ahí era adonde quería ir a parar. Con todo, la petición me sorprendió. Guardé silencio un momento, tratando de pensar una respuesta adecuada.

—Juré serviros, mi señor, y así lo he hecho; pero también tengo mis propias batallas que librar —acabé por decir.

—Bebbanburg —dijo con acritud.

—Es mío —repuse con firmeza—; antes de morir, me gustaría que mi estandarte ondease sobre sus puertas y que mi hijo fuera lo suficientemente fuerte para defenderlo.

Volvió a mirar los incendios que provocaba el enemigo. Reparé en los resplandores lejanos y dispersos, y me imaginé que Harald todavía no había convocado a los suyos. En aquella región devastada, su tiempo le llevaría reunirlos a todos; razón de más para pensar que la batalla no se libraría al día siguiente, sino un día más tarde.

—Bebbanburg —continuó Alfredo—, un islote de ingleses rodeado de un mar de daneses.

—Así es, mi señor —repuse, fijándome en la reverencia con que pronunciaba el vocablo «ingleses», término que designaba a todos los pueblos que, desde el mar, habían recalado en aquellas tierras, ya fuesen sajones, anglos o jutos, pero que, en boca de Alfredo y en aquel momento, era un claro indicio de la medida de sus ambiciones.

—La mejor forma de conservar Bebbanburg —añadió— pasa por que esté rodeado de más tierra inglesa.

—¿Os referís a expulsar a los daneses de Northumbria?

—Tal es la voluntad de Dios —respondió—, y me gustaría que mi hijo fuera capaz de semejante hazaña.

Me miró a los ojos y, durante un momento, no fue el rey, sino el padre, quien me habló.

—Ayudadle, lord Uhtred —me suplicó—. Vos sois mi *dux bellorum*, mi señor de los ejércitos; con vos al frente, mis hombres confían en alcanzar la victoria. Expulsad, pues, a los enemigos de Inglaterra, recuperad vuestras propiedades y haced que mi hijo reine con tranquilidad en el trono que Dios le tiene reservado.

No trataba de adularme; lo decía como lo sentía. Yo era el señor de la guerra de Wessex, en efecto, y orgulloso estaba de mi condición. Entraba en combate revestido de oro, de plata y de orgullo. Debería de haberme dado cuenta que mi actitud no era del agrado de los dioses.

—Quiero que prestéis juramento de lealtad a mi hijo —dijo Alfredo, en voz baja y también tajante.

Aunque se me llevaban los demonios, pregunté con todo el respeto:

—¿Qué clase de lealtad, mi señor?

—Quiero que sirváis a Eduardo con la misma lealtad que a mí.

Así que Alfredo pretendía atarme para siempre a Wessex, a ese reino cristiano tan alejado de mi hacienda en el norte; en Bebbanburg, una ciudadela erigida sobre una enorme peña en el mar del Norte, había pasado los diez primeros años de mi vida. Cuando por primera vez fui a la guerra, mi padre dejó el fortín al cuidado de un tío mío, y ese pariente me lo había robado.

—Prestaré juramento ante vos, mi señor, no ante otro —repuse.

—Ya tengo vuestro juramento —replicó el rey, con aspereza.

—Y lo mantendré —añadí.

—¿Y qué pasará cuando yo falte? —me preguntó con amargura.

—Entonces, mi señor, volveré a Bebbanburg, lo recuperaré y pasaré el resto de mis días a la orilla del mar.

—¿Y si una amenaza se cerniera sobre mi hijo?

—En ese caso, Wessex saldría en su defensa, igual que yo ahora.

—¿Qué os induce a pensar que sois vos quien me defendéis? —me echó en cara visiblemente molesto—. ¿Cómo os atrevéis a llevar mi ejército a Fearnhamme, si ni siquiera tenéis la certeza de que Harald vaya a presentar batalla en esos contornos?

—Lo hará —repuse.

—¡Eso no podéis saberlo!

—Le obligaré a hacerlo —insistí.

—¿Cómo? —quiso saber.

—Los dioses lo harán por mí —le dije.

—¡Estáis chalado! —concluyó.

—Si no os fiáis de mí —repuse altivo—, vuestro yerno estará encantado de servir os como señor de vuestros ejércitos, aunque quizá preferiréis poner os mismo al frente, o darle una oportunidad a Eduardo.

Se estremeció, pero de ira en aquella ocasión. Cuando me respondió, el tono de su

voz era conciliador, sin embargo.

—Sólo quería saber por qué estáis tan seguro de que el enemigo reaccionará como suponéis.

—Porque los dioses son caprichosos —repliqué con arrogancia—, y estoy en condiciones de ofrecerles un bonito espectáculo.

—¿Cómo es eso? —preguntó con un gesto de cansancio —Harald es un necio, pero un necio enamorado —le expliqué—. Tenemos a su amada. La llevaré a Fearnhamme, y él morderá el anzuelo, porque no puede vivir sin ella. Aun en el caso de que no tuviera a esa mujer en mis manos, tened por seguro que también acudiría —concluí.

Pensé que iba a burlarse de mí. Sin embargo, sopesó lo que acababa de decirle y juntó las manos como si se dispusiera a orar.

—No sé si creeros. Pero el hermano Godwin me asegura que nos conduciréis a la victoria.

—¿El hermano Godwin? —tenía curiosidad por saber más acerca de aquel singular monje ciego.

—Habla con Dios —respondió Alfredo, muy seguro de lo que decía.

A punto estuve de soltar una carcajada, pero pensé que, efectivamente, por medio de señales y portentos, los dioses se ponen en comunicación con nosotros.

—¿Es ese fraile quien os inspira todas las decisiones que tomáis, mi señor? —le pregunté, decepcionado.

—Dios me ayuda en todo lo que emprendo —respondió Alfredo, desafiante, antes de darse media vuelta al escuchar la campana que llamaba a los cristianos a la oración en la nueva iglesia de Æscengum.

Porque los dioses son caprichosos, y yo estaba a punto de ofrecerles un bonito espectáculo. Igual que Alfredo estaba en lo cierto al afirmar que yo era un necio.

* * *

¿Qué quería Harald? O ya puestos, ¿qué buscaba Haesten? En cuanto a éste, el más listo y ambicioso de los dos, la respuesta no podía ser más sencilla: quería tierras, aspiraba a ser rey.

Los hombres del norte habían ido a Inglaterra en busca de reinos; los más afortunados se habían sentado en un trono. Del norte había venido el rey de Northumbria, al igual que el de Anglia Oriental, y Haesten no se conformaba con menos. Aspiraba a ceñirse una corona, disfrutar de riquezas y mujeres, ostentar la dignidad regia. Sólo dos lugares podían ofrecerle tales cosas: Mercia y Wessex.

Carente de rey y rodeada de guerras por todas partes, Mercia ofrecía mejores posibilidades. El norte y el este del territorio estaban en manos de poderosos *jarls* daneses, que disponían de su propia guardia personal de guerreros bien adiestrados y

atrancaban las puertas de sus lugares de residencia al caer la noche, mientras que el sur y el este eran tierras sajonas. Los sajones que allí vivían todo lo fiaban a la protección que les dispensaba mi primo Eitelredo, y éste estaba en condiciones de proporcionársela gracias a los cuantiosos bienes que había heredado y al constante apoyo de su suegro, el rey Alfredo. Mercia no formaba parte de Wessex, pero seguía las pautas marcadas por ese reino, de modo que, por detrás de Eitelredo, siempre estaba presente la larga mano de Alfredo. Por gusto, Haesten bien podría haber puesto los ojos en Mercia, empresa para la que habría encontrado aliados tanto en el norte como en el este del territorio, pero, a la postre, se hubiera visto abocado a enfrentarse con los ejércitos de la Mercia sajona y del Wessex de Alfredo. Y Haesten era hombre precavido. Había asentado su campamento en un inhóspito lugar de la costa de Wessex, y no había provocado ningún altercado de consideración. Se mantenía a la espera, convencido de que Alfredo le ofrecería dinero con tal de que se marchara, como así había sido; mientras, al acecho, cuantificaba los desmanes que las tropas de Harald pudieran causar.

Muy probablemente, Harald también aspiraba a un trono, pero, por encima de todo, soñaba con adueñarse de cualquier cosa de relumbrón, ya fuera plata, oro o mujeres. Era como un niño que, cuando ve algo que le gusta, chilla y patalea hasta que lo consigue. Mientras con codicia acumulaba fruslerías, el trono de Wessex bien podría ir a parar a sus manos, pero no era ése el objetivo que perseguía. Se había dejado caer por Wessex atraído por sus riquezas, y se dedicaba al saqueo y al pillaje. Haesten, mientras tanto, se mantenía a la expectativa. Creo que, en el fondo, Haesten confiaba en que las aguerridas hordas de Harald debilitasen la posición de Alfredo, de forma que él pudiera hacer su entrada en escena y erigirse en dueño y señor del territorio. En sus maquinaciones, Wessex era como un toro, y los hombres de Harald, *terriers* sedientos de sangre que atacaban en manada; aunque muchos perdieran la vida en el empeño, entre todos extenuarían a la res y allanarían el camino a Haesten, el mastín que remataría la faena. De modo que, si quería disuadirlo, antes tenía que derrotar a las más poderosas huestes de Harald. No podía consentir que el toro perdiese empuje y, para evitarlo, tenía que acabar con los *terriers*, peligrosos y bravos pero también indisciplinados. Tenía que tentarlos con una pieza realmente apetitosa, y eso era lo que tenía pensado hacer, sirviéndome de la incomparable belleza de Skade.

A la mañana siguiente, cuando advirtieron la presencia de un nutrido grupo de daneses, los cincuenta hombres que había apostado en Godelmingum se retiraron de la aldea, cruzaron el río y galoparon hasta Æscengum mientras, desde la otra orilla, el enemigo atisbaba los vistosos estandartes que ondeaban en el muro oriental de la ciudadela, pendones cargados de cruces y santos, toda la parafernalia de la corte de Alfredo. Para cerciorarme de que el enemigo se percataba de la presencia del rey tras los muros de la ciudadela, pedí a Osferth que, revestido con una espléndida capa y

portando una reluciente diadema de bronce en la cabeza, con paso majestuoso, se dejase ver en lo alto de la muralla.

Osferth, uno de los míos, era el bastardo de Alfredo. A pesar del innegable parecido que guardaba con su padre, pocos estaban al tanto de semejante circunstancia. Era hijo de una criada a quien Alfredo había seducido cuando el cristianismo aún no había aherrojado su alma. En un descuido, sin venir a cuento, el rey me lo comentó en confianza, no sin confesarme que era una espina que llevaba clavada en el corazón.

—Un recordatorio —me dijo— del pecador que una vez fui.

—Dulce pecado es ése, mi señor —repuse, sin darle importancia.

—La mayoría de los pecados lo son —replicó el rey—; así los adereza el diablo.

¿Cómo, si no de retorcida, calificar una religión que nos lleva a considerar los placeres como pecados? Sin embargo, los antiguos dioses, los mismos que nunca nos exigieron la renuncia a tales deleites, andan ahora de capa caída. El pueblo les da la espalda; la gente prefiere el látigo y el yugo del dios crucificado de los cristianos.

De modo que, aquella mañana, Osferth, prueba viviente del pecado de juventud de Alfredo, representó el papel de rey. Dudo que lo disfrutase, porque detestaba a su padre, que había deseado que fuese cura. Tras rebelarse contra el destino que le tenían preparado, Osferth se había convertido en uno de los hombres de mi guardia. No era un luchador nato, como Finan, pero entendía el arte de la guerra a las mil maravillas. Y ya se sabe: la inteligencia es un arma de acerado filo y largas miras.

Todas las contiendas concluyen en un muro de escudos donde, enardecidos y cegados por una furia devastadora, los hombres pelean, hacha y espada en mano; el secreto para salir bien librados reside en mantener a raya al enemigo hasta que, llegados a ese estado de paroxismo, la rabia acumulada juegue a nuestro favor. Exhibiendo a Osferth en lo alto de los muros de Æscengum, buscaba el modo de tentar a Harald: donde el rey hubiera establecido su residencia, trataba de dar a entender al enemigo, por fuerza tenía que haber riquezas. Los invitaba, pues, a acercarse a la ciudadela y, por si eso no fuera suficiente, dispuse que Skade se mostrase ante los guerreros daneses que se habían congregado en la otra orilla del río.

Lanzaron contra nosotros algunas flechas, pero, en cuanto reconocieron a Skade, cejaron en el empeño. Sin quererlo, también ella vino en mi ayuda cuando les conminó:

—¡Venid y acabad con ellos!

—Le taparé la boca —se ofreció Steapa.

—Dejad que la puta grite cuanto quiera —repuse.

Fingía que no sabía hablar inglés, pero el caso es que me dirigió una mirada cargada de desprecio antes de insistir a los que estaban al otro lado del río.

—¡Son unos cobardes! —les gritaba—. ¡Los sajones son unos cobardes! Decidle

a Harald que podrá acabar con ellos como si fueran ovejas.

Se acercó a la empalizada, pero no pudo llegarse hasta la muralla, porque había dado órdenes de que le atasen una soga alrededor del cuello, que sujetaba uno de los hombres de Steapa.

—Decidle a Harald que aquí tiene a su puta —grité a los del otro lado del río—, y que es un poco escandalosa. ¡Tal vez le cortemos la lengua y se la enviamos para la cena!

—¡Cabrón de mierda! —me espetó, antes de alzarse sobre la defensa y hacerse con una de las flechas que se habían alojado en las estacas de roble.

Ya Steapa se disponía a arrebatársela, cuando le hice una seña para que retrocediera. La muchacha nos ignoró. Contempló con atención la punta de la flecha; con un brusco giro de muñeca, la separó del astil emplumado, y lo lanzó al otro lado del muro. Me echó una mirada, se llevó la punta de la flecha a los labios, cerró los ojos y besó el acero. Musitó algo que no llegué a oír, acercó los labios al acero de nuevo, lo escondió bajo la túnica, pareció dudar un instante y clavó la punta de la flecha en uno de sus senos. Cuando, radiante, mostró a todos el acero ensangrentado, me miró de nuevo y arrojó la punta de la flecha al río, al tiempo que alzaba las manos y la cara a aquel cielo de finales de verano. Gritó para que los dioses la escucharan y cuando, por fin, su alarido se extinguió, se volvió y me dijo como quien habla del tiempo:

—Estáis maldito, Uhtred.

No cedí al impulso de acariciar el martillo que llevaba al cuello porque, de hacerlo, habría dejado claro a ojos de todos que su maldición me daba miedo, terror que traté de disimular con un bufido.

—¡No gastes saliva, zorra!

Con todo, me llevé la mano a la espada y, con un dedo, acaricié la cruz de plata incrustada en la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*. Aquella cruz no significaba nada para mí, pero era un regalo de Hild, una antigua amante, por entonces abadesa de acendrada piedad. ¿Acaso se me pasó por la cabeza que tocar la cruz sería lo mismo que acariciar el martillo? Los dioses no lo vieron así, desde luego.

—Cuando era niña —dijo de improviso Skade, recurriendo a un tono coloquial, como si fuéramos amigos de toda la vida—, mi padre pegaba a mi madre sin ton ni son.

—A lo mejor era como vos —repliqué.

Pasó por alto el comentario, y continuó:

—En cierta ocasión, le rompió las costillas, un brazo y la nariz. Aquel mismo día, más tarde, me llevó con él a los pastos altos para que le ayudase con el ganado. Tenía doce años. Recuerdo los copos de nieve que volaban por el aire y que estaba muy asustada. Quería preguntarle por qué había pegado a mi madre, pero no me atrevía a

hacerlo, no fuera a sacudirme a mí también. Al final me lo aclaró. Me dijo que tenía pensado que contrajera matrimonio con su mejor amigo, y que mi madre había puesto el grito en el cielo. A mí me parecía también un hombre detestable, pero me dijo que tal era su decisión y que debía casarme con él.

—¿He de sentir lástima por vos? —le pregunté.

—Cuando pasábamos junto al borde de un acantilado, le di un empujón —continuó—; recuerdo cómo rodaba entre los copos de nieve, mientras yo observaba cómo rebotaba contra las rocas y oía los alaridos que daba. Se partió la espalda —añadió con una sonrisa—. Pero allí lo dejé. Cuando regresé con el ganado, todavía seguía vivo. Bajé a trompicones entre las peñas, y me meé en su cara antes de que muriera —concluyó, sin apartar su serena mirada de mí—. Aquélla fue la primera maldición que pronuncié, lord Uhtred, pero no la última. Permitid que me vaya, y os la levantaré.

—¿Pensáis que asustándome os dejaré volver al lado de Harald? —le pregunté con despreocupación.

—Lo haréis —dijo muy segura—, acabaréis por ceder.

—Lleváosla —ordené; estaba harto de aquella mujer.

* * *

A eso del mediodía, apareció Harald. Me avisó uno de los hombres de Steapa. Subí de nuevo a lo alto de la muralla, y pude comprobar que Harald el Pelirrojo, acompañado de cincuenta guerreros con cota de malla, estaba al otro lado del río. En su estandarte, en lo alto de un mástil coronado por una calavera de lobo pintada de rojo, destacaba la hoja de un hacha.

Era un hombre de descomunales proporciones. Su caballo era enorme también, pero, en comparación con la talla de Harald el Pelirrojo, hasta la montura parecía enana a su lado. Estaba demasiado lejos como para distinguirlo con claridad pero, al igual que su poblada barba, alcanzaba a ver con claridad sus cabellos rubios, largos, espesos y, desde luego, no manchados de sangre. Contempló un instante la muralla de Æscengum, se despojó del tahalí, arrojó el arma a uno de sus hombres y espoleó el caballo hasta el río. Aunque era un día caluroso, por encima de la cota de malla llevaba una enorme capa de piel de oso negro, que le hacía parecer más grande. Lucía adornos de oro en las muñecas y en el cuello; de oro eran también los aderezos que tachonaban la brida de su montura. Espoleó el caballo hasta el centro del río, allí donde el agua le cubría las botas por entero. Desde los muros de la ciudadela, cualquiera de los arqueros podría haberle disparado una flecha. Como se había tomado la molestia de hacer evidente que iba desarmado, supuse que venía a parlamentar, así que ordené a los míos que ni se les ocurriese pulsar la cuerda de los arcos. Se quitó el yelmo y clavó los ojos en los hombres que había en lo alto de la

pared defensiva hasta que dio con la reluciente diadema de Osferth. Como nunca había visto a Alfredo en persona, confundió al bastardo con su padre.

—¡Alfredo! —gritó.

—El rey no tiene a bien hablar con salteadores —le respondí.

Harald esbozó una sonrisa. Tenía una cara tan ancha como una horca de las de recoger cebada, la nariz ganchuda y curvada, la boca ancha, la mirada feroz de un lobo.

—Así que vos sois Uhtred, el hijo de un mierda —me imprecó a modo de saludo.

—Y vos Harald, el que no tiene cojones —repuse con un insulto a la altura del que me había dedicado.

Se me quedó mirando. Ahora que lo veía más de cerca reparé en lo sucios, apelmazados y grasientos que llevaba tanto sus rubios cabellos como la barba, como los de un cadáver que hubiera estado enterrado en un estercolero. El río se agitaba alrededor de su montura.

—Decidle a vuestro rey —me dijo a voces— que, si quiere evitarse un mal trago, haría bien en cederme el trono.

—Os invita a que vengáis por él y lo toméis —repuse.

—Pero antes —añadió, al tiempo que se inclinaba para acariciar el cuello del caballo—, debéis devolverme lo que es mío.

—No tenemos nada vuestro —contesté.

—A Skade —afirmó.

—¿Os pertenece? —pregunté poniendo voz de sorpresa—. ¿Acaso una puta no es de aquel que paga por ella?

Me dirigió una mirada cargada de odio.

—Si vos o cualquiera de los vuestros la ha tocado —dijo señalándome con un dedo enfundado en un guante de piel—, juro por el carajo de Thor que me encargaré de acabar con vosotros tan lentamente que, cuando escuchen vuestros gritos, hasta los muertos se revolverán en sus grutas de hielo.

«Es un insensato», pensé. Cualquier hombre en sus cabales habría simulado que poco o nada le importaba la mujer en cuestión, pero Harald ya nos había desvelado su precio.

—¡Quiero verla! —exigió.

Hice como que me lo pensaba. Como quería que el danés se deleitase en el cebo que le tenía preparado, ordené a dos de los hombres de Steapa que fueran en su busca. Aun con la cuerda atada al cuello, su belleza y su dignidad contenida destacaban por encima de cuantos estábamos en la muralla. En aquel momento, pensé que era lo más parecido a una reina que había visto en mi vida. Se acercó a la empalizada y sonrió a Harald, que obligó a su caballo a dar unos pasos adelante.

—¿Os han tocado? —le preguntó a voces.

Tras dedicarme una sonrisa burlona antes de responderle, alzó la voz y dijo:

—No son lo bastante hombres, mi señor.

—Jurádmelo! —gritó el guerrero, a todas luces desesperado.

—Os lo juro —repuso la joven, y sus palabras sonaron como una caricia.

Harald obligó a moverse al caballo hasta situarse de perfil frente a la ciudadela, alzó una mano enguantada y me señaló:

—La exhibisteis desnuda, Uhtred, hijo de un mierda.

—¿Queréis tal vez que os la vuelva a mostrar en cueros?

—Os sacaré los ojos por lo que hicisteis —dijo, mientras Skade rompía a reír—.

Dejadla marchar y no os quitaré la vida: tan sólo os colgaré de una cuerda para que todo el mundo pueda veros ciego y desnudo.

—Gemís como un cachorro —repliqué.

—¡Quitadle esa cuerda del cuello y soltadla ahora mismo! —exigió.

—¡Venid a por ella y lleváosla, cachorrito! —grité a mi vez.

Me sentía como pez en el agua. Tenía para mí que Harald estaba dando muestras más que sobradas de que era no sólo necio, sino testarudo también. Quería a Skade por encima incluso de Wessex y, desde luego, más de lo que pudiera anhelar todos los tesoros del reino de Alfredo. Recuerdo que pensé que había conseguido traerlo a mi terreno, que lo tenía atrapado al otro extremo del sedal. En ese momento, volvió grupas, e hizo señas al nutrido y cada vez más numeroso grupo de guerreros que se agolpaba en la otra orilla.

De entre la espesa arboleda que crecía al otro lado del río, surgió una hilera de mujeres y niñas. Eran sajonas, de las nuestras; iban atadas una a otra para ser vendidas como esclavas. Aparte de arrasar el este de Wessex, los hombres de Harald capturaban a cuantas niñas y mujeres jóvenes encontraban a su paso y, tras refocilarse con ellas, las embarcaban rumbo a los mercados de esclavos de Frankia. En aquel momento, las niñas y mujeres cautivas estaban en la otra orilla del río. A una orden de Harald, las obligaron a ponerse de rodillas. La más pequeña sería de la edad de mi hija Stiorra, y todavía recuerdo con qué ojos me miraba. Veía en mí a un señor de la guerra en toda su gloria; yo sólo veía sus rostros de resignación ante el infortunio.

—Comenzad —ordenó Harald a sus hombres.

Uno de los suyos, una bestia de sonrisa feroz, con pinta de ser muy capaz de tumbar a un buey, se colocó detrás de la mujer que se encontraba en el extremo sur de la hilera de cautivas. Llevaba un hacha de guerra en la mano, la levantó en el aire y la dejó caer con todas sus fuerzas: la hoja le partió la cabeza en dos hasta quedar alojada en el pecho de la prisionera. A pesar del estruendo del río, oí el chasquido de la hoja del hacha contra el hueso, y vi un chorro de sangre que se alzó por el aire a mayor altura que Harald montado a caballo.

—Una —gritó Harald, al tiempo que hacía una seña al guerrero cubierto de

sangre que, tras dar un paso a la izquierda, se colocó detrás de una niña que no paraba de gritar tras haber visto cómo había perecido su madre. El hacha ensangrentada se alzó de nuevo.

—Esperad —dije a voces.

Harald alzó una mano y el hombre del hacha se detuvo; me dirigió una sonrisa burlona:

—¿Decíais algo, lord Uhtred?

No respondí. Sólo tenía ojos para aquel remolino de sangre que la corriente llevaba río abajo. Un hombre cortó la soga que unía el cuerpo de la mujer muerta a su hija; de una patada, lanzó el cadáver al agua.

—Hablad, lord Uhtred, os lo ruego —dijo el danés con afectada cortesía.

Había treinta y tres mujeres y niñas. Algo tenía que hacer, o todas correrían la misma suerte.

—Dejadla libre —ordené en voz baja. Cortaron la cuerda que Skade llevaba atada al cuello, y le dije—: Marchaos.

Confiaba en que, al saltar desde la empalizada, se rompiese las piernas, pero llegó al suelo con agilidad, escaló la pared más alejada del foso y echó a andar hasta el río. Harald espoleó a su montura, le tendió una mano y, de un salto, se montó tras el borrén posterior de la silla. Me miró, se llevó un dedo a la boca y, a continuación, me señaló con la mano.

—Estáis maldito, lord Uhtred —dijo con una sonrisa; Harald azuzó al animal y volvieron a la otra orilla del río, donde mujeres y niñas habían quedado de nuevo ocultas tras la espesura.

Harald se había salido con la suya.

Por si fuera poco, Skade aspiraba a ser reina y Harald quería dejarme ciego.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —rezongó Steapa, con su vozarrón.

—Acabar con ese cabrón —repuse y, como una casi imperceptible sombra en un día plomizo, sentí el peso de su maldición.

* * *

Aquella noche, mientras contemplaba el resplandor de las fogatas de los campamentos daneses, no las de Godelmingum, más cercanas a nosotros y más resplandecientes, sino el fulgor mortecino de otras hogueras más distantes, reparé en que el cielo estaba casi negro. Las últimas noches, se veían fuegos dispersos por todo Wessex oriental; ahora, parecían mucho más próximos: los hombres de Harald acudían a su llamada. Estaba claro que pensaba que Alfredo no se iba a mover de Æscengum; por eso reunía sus fuerzas, no para asediarnos, sino para lanzar seguramente un repentino y audaz ataque contra Wintanceaster, capital del reino de Alfredo.

Algunos daneses habían cruzado el río y galopado alrededor de las murallas de la ciudadela, pero la mayoría seguía sin moverse de la orilla opuesta. Las cosas estaban saliendo como yo quería. Aunque aquella noche tenía el corazón en un puño, no me quedaba otra que dar muestras de coraje.

—Mañana, el enemigo cruzará el río, mi señor —le dije a Eduardo, el hijo de Alfredo—. Irán a por mí en cuanto salga de estos muros con los míos; esperad a que dejen atrás la ciudadela, calculad una hora más o menos y lanzaos en su persecución.

—Entendido —repuso, nervioso.

—Pisadles los talones, pero no entabléis combate hasta que no hayáis llegado a Fearnhamme.

—¿Y qué hacemos si se vuelven contra nosotros? —preguntó Steapa, de pie y al lado de Eduardo, con gesto hosco.

—No lo harán —repliqué—. No os mováis de aquí hasta que su ejército haya pasado; luego, seguid sus pasos hasta llegar a Fearnhamme.

Aunque el plan parecía sencillo, no las tenía todas conmigo. El grueso del ejército enemigo cruzaría el río como una exhalación; a los más rezagados les llevaría todo el día. Eduardo era quien tenía que calcular una hora aproximadamente desde que pasase la mayoría de los hombres de Harald y, cumplido ese tiempo, perseguir a los daneses hasta Fearnhamme, sin preocuparse de los que se quedaban atrás. No era una decisión fácil de tomar, pero para eso, para aconsejarle, contaba con la ayuda de Steapa, un hombre no muy despierto quizá, pero dotado de un instinto letal del que yo me fiaba por completo.

—Y una vez en Fearnhamme... —comenzó a balbucir Eduardo, antes de quedarse callado.

Una luna medio llena asomó entre las nubes, alumbrando su rostro angustiado y carente de color. Aunque se parecía mucho a su padre, no era de extrañar que careciera de la determinación de su progenitor. No tendría más de diecisiete años, y en él habían descargado la responsabilidad de un hombre hecho y derecho. Cierto que Steapa estaría a su lado, pero si aspiraba a ser rey, tenía que ejercitarse en el difícil arte de tomar decisiones.

—Lo de Fearnhamme será como coser y cantar —repuse, quitándole hierro al asunto—. Yo estaré al norte del río con los hombres de Mercia. Nos situaremos en una colina protegida por terraplenes. Los hombres de Harald cruzarán el río por el vado y vendrán a por nosotros. Vos los atacaréis por la retaguardia y, cuando comencéis a pelear, nosotros caeremos sobre la vanguardia de sus tropas.

—¿Coser y cantar? —comentó Steapa, con un deje socarrón.

—Atrapados entre nuestros dos ejércitos, los aplastaremos —remaché.

—Con la ayuda de Dios —añadió Eduardo con firmeza.

—Incluso sin ella —rezongué.

Durante casi una hora, hasta que la campana le recordó sus obligaciones espirituales, Eduardo no dejó de hacerme toda clase de preguntas. Era como su padre: quería estar al tanto de todo, tenerlo todo previsto y calculado, pero se trataba de guerrear y, en el fragor del combate, no hay patrones establecidos que valgan. Pensaba que Harald seguiría mis pasos, y confiaba en que Steapa condujese el grueso del ejército de Alfredo tras los hombres del danés, pero no podía asegurar nada al hijo del rey. Él quería estar plenamente seguro de lo que iba a pasar; yo tenía una batalla entre manos. Cuando se fue a rezar con su padre, me sentí mucho mejor.

Steapa también me dejó. Me quedé solo en lo alto de la muralla. Al darse cuenta de la sensación de agobio que me embargaba, los centinelas me hicieron un hueco entre ellos. Por eso, cuando escuché unas pisadas que se acercaban, no hice caso, con la esperanza de que quienquiera que fuese se volviese por donde había venido y me dejase en paz.

—Lord Uhtred —dijo una voz gentilmente burlona, cuando dejé de oír pasos a mis espaldas.

—Lady Etelfleda —contesté, sin volverme siquiera.

Se acercó hasta acomodarse a mi lado; nuestras capas se rozaron.

—¿Cómo está Gisela?

Acaricié el martillo de Thor que llevaba al cuello.

—A punto de parir de nuevo.

—Vuestro cuarto hijo.

—Así es —repuse, al tiempo que elevaba una plegaria a los dioses para que Gisela saliera con bien del alumbramiento—. ¿Cómo está Elfwynn? —le pregunté a mi vez; Elfwynn era la hija de Etelfleda, una niña todavía.

—Creciendo día a día.

—¿Hija única?

—Y seguirá siéndolo —repuso Etelfleda, melancólica, mientras yo admiraba su delicado perfil a la luz de la luna, la conocía desde pequeña; la más alegre y decidida de los hijos de Alfredo; en aquel momento, sin embargo, se le notaba tensa, como sobrecogida tras despertar de un mal sueño—. Mi padre está furioso con vos —añadió.

—¿Y cuándo no lo está?

Esbozó un amago de sonrisa que, al instante, se le borró de los labios.

—Quiere que prestéis juramento a Eduardo.

—Lo sé.

—¿Por qué no queréis hacerlo?

—Porque no soy un esclavo dispuesto a ponerme al servicio de un nuevo amo.

—¡Menuda novedad! No, si va a resultar que tampoco sois una mujer... —comentó con sarcasmo.

—Pienso irme con mi familia al norte —repuse.

—Cuando muera mi padre —replicó Eteflada vacilante—, el día que falte mi padre, ¿qué será de Wessex?

—Pues que Eduardo se hará cargo del reino.

—Os necesita —comentó, mientras yo me encogía de hombros—. Mientras vos sigáis con vida, lord Uhtred —continuó—, los daneses se lo pensarán dos veces antes de atacar.

—Harald no lo ha dudado.

—Porque es un necio —insistió con desprecio—. Mañana acabaréis con él.

—Quién sabe —dije con cautela.

Eteflada se volvió al escuchar el murmullo de los hombres que salían de la iglesia.

—Mi esposo —pronunció tales palabras con asco— ha enviado un mensaje a lord Aldelmo.

—¿Será, pues, Aldelmo quien se ponga al frente de las tropas de Mercia?

La joven asintió con la cabeza. Conocía bien a Aldelmo, el favorito de mi primo, un hombre listo y artero, cuya ambición no conocía límites.

—Confío en que vuestro esposo le haya ordenado que se dirija a Fearnhamme —dije.

—Eso hizo —repuso Eteflada, antes de añadir en voz baja y de forma atropellada—: Pero también le ha recomendado que, si considera que el enemigo es muy superior, se vuelva al norte.

Ya sospechaba yo que algo así podía pasar.

—O sea, que Aldelmo mantendrá a salvo el ejército de Mercia.

—¿Cómo, si no, podría mi esposo adueñarse de Wessex cuando mi padre desaparezca? —preguntó Eteflada con un deje de cándida inocencia.

Volví los ojos hacia ella, pero la joven se limitaba a contemplar las fogatas de Godelmingum.

—Supongo que Aldelmo irá con ánimo de pelear —dije.

—No, si eso puede suponer una merma para el ejército de Mercia.

—En ese caso, mañana no me quedará otra que obligarle a que cumpla con su deber.

—Vos no tenéis autoridad para ordenarle nada —replicó Eteflada.

—Siempre queda este recurso —repuse, acariciando la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*.

—Y él, de quinientos hombres detrás —añadió Eteflada—. Pero hay una persona a la que sí obedecerá.

—¿Os referís a vos?

—Así que mañana partiré con vos.

—Vuestro esposo no lo permitirá —le dije.

—Por supuesto que no; pero no tiene por qué enterarse —contestó con tranquilidad—. Además, me haréis un gran favor, lord Uhtred.

—Siempre a vuestro servicio, señora —repuse sin pensarlo.

—¿De verdad? —preguntó, alzando la mirada hasta que sus ojos se encontraron con los míos.

Contemplé su hermoso rostro apesadumbrado; y me di cuenta de que lo decía en serio.

—Por supuesto, señora —repuse con gentileza.

—En ese caso —continuó con rabia—, mañana acabad con ellos, matad a todos los daneses. Hacedlo por mí, lord Uhtred —mientras me acariciaba la mano con las yemas de los dedos—, matadlos a todos.

Había amado a un danés y lo había perdido por culpa de una espada. Ahora, quería acabar con ellos como fuera.

Tres son las hilanderas que se afanan en las raíces que crecen a los pies de Yggdrasil, el árbol de la vida, las mismas que habían dispuesto una madeja del más fino hilo de oro para tejer la vida de Etefleda. En aquellos años, sin embargo, y a medida que lo entretejían, aquel hilo resplandeciente se transformaba en oscura labor. Las tres hilanderas están al tanto de nuestro futuro. El regalo que los dioses hacen al género humano es que no vemos a dónde nos conducen sus hebras.

Escuché los cantos de los daneses que estaban acampados al otro lado del río.

Al día siguiente, les obligaría a seguirme hasta la vieja colina que se alzaba junto a ese mismo río, y acabaría con ellos.

CAPÍTULO IV

El día siguiente era jueves, el día dedicado a Thor. Lo consideré un buen presagio. En su momento, Alfredo se había propuesto cambiar los nombres de los días de la semana, de forma que el jueves pasara a ser el día de María, o el del *Haligast*, el espíritu de la divinidad, que ya no me acuerdo muy bien, pero la idea se esfumó como rocío al sol en verano. Le guste o no al rey, en el Wessex cristiano, los nombres de Tyr, Odín, Thor y Frigg se siguen recordando cada semana.

Aquel día de Thor, pues, antes de que el sol despuntase, mientras más de seiscientos jinetes se agolpaban en la larga arteria que recorría la ciudadela, en medio del barullo habitual en tales ocasiones, a saber, estribos que se rompen y hombres a todo correr en busca de repuestos, niños que corretean entre gigantescos caballos, espadas que reciben un último repaso, el humo de los hogares flotando como niebla entre las casas, el repicar de la campana de la iglesia, los cantos de los monjes, me disponía a llevar a doscientos guerreros hasta Fearnhamme. Mientras, de pie en lo alto de la muralla, observaba la orilla más alejada del río.

Los daneses que, el día anterior, habían cruzado hasta la ribera donde se alzaba la ciudadela, habían regresado al campamento al caer la noche. Entre los árboles, aún quedaban atisbos de la humareda de las fogatas que habían prendido, pero los únicos enemigos que llegaba a distinguir eran dos vigías agazapados a la orilla del río. Por un momento, cedí a la tentación de echarlo todo a rodar, cruzar el río con seiscientos hombres y dejar que hicieran de las suyas en el campamento de Harald. No tardé en volver a la realidad. Reparé en que la mayoría estaría en Godelmingum y que, para cuando llegásemos, estarían más que despiertos. Libraríamos un tumultuoso combate, los daneses no tardarían en caer en la cuenta de que nos superaban en número y nos harían trizas. Por otro lado, quería cumplir la promesa que le había hecho a Etefleda, y acabar con todos ellos.

Procurando que se notase, al salir el sol ejecuté la primera maniobra que había planeado: sonaron las trompas en Æscengum, la puerta del norte se abrió de par en par y cuatrocientos jinetes salieron de estampida y se dispersaron por la explanada. Los primeros en llegar se agruparon en la orilla del río, delante de las narices de los daneses, y aguardaron a que saliese el resto. Una vez que los cuatrocientos jinetes se hubieron agrupado, se dirigieron hacia el oeste y picaron espuelas hasta adentrarse en un terreno arbolado que iba a dar al camino que llevaba hasta Wintanceaster. No me moví de donde estaba, sin perder de vista a los daneses, que se agolpaban tratando de adivinar qué sucedía al otro lado del río. Estaba seguro de que ya habían enviado emisarios para advertir a Harald de lo que pasaba e informarle de que el ejército sajón emprendía la retirada.

Sólo que no se trataba de una retirada, pues, una vez al amparo de los árboles, los

cuatrocientos jinetes volvieron grupas y regresaron a la ciudadela por la puerta del oeste, fuera del campo de visión de nuestros enemigos. En ese instante, bajé hasta la calle principal de la fortaleza y me acerqué a *Smoka*, ya ensillado. Iba vestido para la guerra: cota de malla, oro y acero. Con los ojos entrecerrados para resguardarse de la luz del sol tras dejar atrás la sagrada oscuridad, Alfredo se asomó a la puerta de la iglesia. Respondió a mi saludo con una leve inclinación de cabeza, pero no dijo nada. Mientras, mi primo Etelredo no paraba de despotricar: quería saber dónde andaba su esposa. Escuché cómo un criado le decía que estaba rezando con las monjas, lo que pareció tranquilizarlo, al menos de momento, antes de decirme a voces que las tropas de Mercia estarían esperándonos en Fearnhamme.

—Aldelmo es un muy buen guerrero: le gusta pelear —aseguró.

—Bueno es saberlo —repuse, fingiendo tan buena disposición como mi primo, del mismo modo que Etelredo me ocultaba las instrucciones secretas que había enviado a Aldelmo para que emprendiese la retirada hacia el norte si consideraba que nuestros enemigos eran superiores en número; incluso retiré la mano del alto arzón de la silla de *Smoka*, se la tendí y le dije en voz alta—: Será una victoria sonada, lord Etelredo.

Mi primo se quedó sorprendido ante trato en apariencia tan afable por mi parte y me estrechó la mano, no sin insistirme:

—Con la ayuda de Dios, primo, siempre con la ayuda de Dios.

—Rezo para que así sea —respondí. El rey me miró con cara de pocos amigos, pero yo le dediqué mi mejor sonrisa—. Poneos en marcha en el momento oportuno —le grité a Eduardo, el hijo de Alfredo—, y seguid siempre los consejos de lord Etelredo.

Sin saber qué responder, Eduardo miró a su padre; al no encontrar la ayuda que esperaba, azorado, se limitó a asentir:

—Así lo haré, lord Uhtred. Id con Dios.

Dios bien podría venir conmigo, pero Etelredo seguro que no. Había optado por unirse a las tropas sajonas que partirían en pos de los daneses, y formar parte así del martillo que aplastaría a los hombres de Harald contra el yunque de sus guerreros de Mercia. Por un momento me temí lo peor y que se decidiese a venir conmigo, pero Etelredo se decantó finalmente por lo más sensato, es decir, permanecer al lado de su suegro, de forma que, si Aldelmo optaba por la retirada, nadie podría señalarle con el dedo. Aunque sospechaba que había otra razón: cuando Alfredo falleciera, Eduardo sería designado rey, a no ser que el consejo real, el *witan*, se inclinase por un hombre de mayor edad y experiencia; Etelredo sólo pensaba en el renombre que podría alcanzar si, en esa ocasión, luchaba del lado de los sajones.

Me puse el yelmo con la cabeza de lobo en la cimera y, con el codo, indiqué a *Smoka* que avanzase hasta Steapa, quien, con aspecto feroz bajo la cota de malla y

armado hasta los dientes, esperaba a la puerta de una herrería de la que salía una buena humareda. Me acerqué a él y le di una palmada en el yelmo.

—¿Sabéis qué es lo que tenéis que hacer? —le pregunté.

—Decídmelo una vez más —rezongó malhumorado—, y os arranco el hígado y lo aso a fuego lento.

—Nos veremos esta noche —le dije con una sonrisa.

Aunque pretendía que todo el mundo retuviese la impresión de que sería Eduardo quien se pondría al frente de los sajones, con Etelredo como consejero, lo cierto es que sólo confiaba en Steapa para que todo saliera como había planeado. Quería que fuese Steapa quien decidiera en qué momento los setecientos soldados habrían de salir de *Æscengum* para ir en pos de los daneses. Si abandonaban la fortaleza demasiado pronto, Harald podría dar media vuelta y hacer una escabechina; si salían demasiado tarde, los setecientos hombres que se disponían a seguir mis pasos perecerían sin duda en *Fearnhamme*.

—Alcanzaremos una victoria que pasará a los anales —le dije a Steapa.

—Si Dios quiere, mi señor —contestó.

—Si vos y yo lo queremos —respondí despreocupado.

Me incliné y, de manos de un sirviente, recogí mi macizo escudo de madera de tilo y me lo eché a la espalda; luego espoleé a *Smoka* y me dirigí a la puerta norte, donde se encontraba el pintoresco carromato de Alfredo con un tiro de seis caballos. Habíamos enganchado caballos al pesado carruaje porque eran más veloces. Con cara de malas pulgas, *Osferth*, ataviado con una capa de color azul chillón y una diadema de bronce en la cabeza, era el único ocupante de la carreta. Los daneses no estaban al tanto de que Alfredo procuraba evitar en lo posible los símbolos propios de la realeza, y pensaban que, por fuerza, un rey había de llevar corona. De ahí que le hubiera rogado al joven que se ciñese aquella fruslería reluciente; del mismo modo, había convencido al abad *Oslac* para que me prestase dos de los relicarios menos valiosos del monasterio. Uno de ellos era una caja de plata repujada con imágenes de santos y muescas de azabache y ámbar incrustadas, que había albergado unos huesos de los dedos del pie de san *Cedda*, sustituidos para la ocasión por unos cuantos guijarros que dejarían atónitos a los daneses si, como esperaba, se apoderaban del carromato. El segundo relicario, también de plata, contenía una pluma de paloma, porque todo el mundo sabía que Alfredo no iba a ninguna parte sin aquella pluma de la paloma que Noé había soltado en el arca. Además de los relicarios, cargamos en la carreta un cofre zunchado con hierro, medio lleno de plata que, seguramente, no volveríamos a ver, pero que, tal como yo lo imaginaba, nos reportaría pingües beneficios. Con una cota de malla bajo el hábito talar, el abad *Oslac* había insistido en unirse a los doscientos hombres que vendrían conmigo; al costado izquierdo llevaba además un escudo y, atada a su vigorosa espalda, un hacha de tamaño descomunal.

—Parece que habéis hecho un buen uso de ella —le comenté al darle la bienvenida, tras reparar en la ancha hoja mellada.

—Ha enviado a unos cuantos paganos al infierno, lord Uhtred —repuso muy satisfecho.

Sonreí y piqué espuelas hasta la puerta de la ciudadela, donde el padre Beocca, mi viejo y recto amigo, aguardaba para darnos la bendición.

—Que Dios vaya con vos —me dijo, cuando me llegué a él. Era cojo, bizco, peinaba canas y caminaba con bastón, y también uno de los mejores hombres que había conocido en mi vida, aunque tenazmente opuesto a casi todas mis ocurrencias.

—Rezad por mí, padre —le supliqué.

—Siempre lo hago —repuso.

—¡Y no permitáis que Eduardo abandone la ciudadela con los suyos demasiado pronto! ¡Fiaos de Steapa! Puede parecer tan lerdo como una chirivía, pero de pelear sabe, y mucho.

—Rezaré para que Dios los ilumine —respondió mi viejo amigo, al tiempo que alzaba su bondadosa mano para estrechar la mía, ya enfundada en el guantelete—. ¿Qué tal Gisela?

—Quizá ya haya sido madre de nuevo. ¿Cómo está Thyra?

El rostro se le encendió como la yesca al contacto con el fuego. Aquel hombre feo y lisiado, del que hasta los niños se mofaban por la calle, se había casado con una danesa de increíble belleza.

—¡Dios vela por ella! —exclamó—. ¡Es una perla de gran valor!

—Lo mismo que vos, padre —repliqué, al tiempo que, para su desesperación, le revolvía los cabellos canos.

Finan se situó a mi lado.

—Todo en orden, mi señor.

—¡Abrid las puertas! —grité.

El carromato fue el primero en cruzar el portalón. Sus santurrones estandartes se balancearon de un modo alarmante hasta acomodarse a las roderas del camino; tras el armatoste, mis doscientos hombres con sus relucientes cotas de malla. Todos en dirección oeste. Mientras el sol brillaba sobre la regia carreta, las banderas al viento y el bramido de las trompas anunciaron nuestra salida. Éramos el señuelo, y los daneses nos habían visto. Daba comienzo la cacería.

* * *

A la cabeza del cortejo, el carruaje se desplazaba con lentitud por una vereda que iba a dar al camino que llevaba a Wintanceaster. Un danés avisado se habría preguntado la razón de que, si lo que pretendíamos era emprender la retirada hacia esa plaza, hubiéramos utilizado la puerta norte de Æscengum, en lugar de la

occidental, que desembocaba directamente en el camino que allí llevaba, pero, en mi opinión, Harald no se detendría en tales menudencias. Sólo pensaría en que el rey de Wessex dejaba el fortín y ponía tierra por medio, dejando la ciudadela en manos de la guarnición que la defendía. Los hombres del *fyrd* no eran guerreros adiestrados, sino campesinos, peones, carpinteros o albañiles. Harald, sin duda, acariciaría la idea de atacar aquellos muros, pero no pensaba que fuera a ceder a semejante tentación teniendo a su alcance una pieza mucho más importante y, en apariencia, vulnerable, como lo era el propio Alfredo. Los ojeadores daneses ya le habrían advertido de que el rey de Wessex iba campo a través en un lento carromato, escoltado por un destacamento de poco más de cien jinetes, y seguro que ordenaría a sus tropas que fuesen a por él.

Finan estaba al frente de los hombres que marchaban en retaguardia, con la misión de avisarme cuando nuestros perseguidores estuvieran a punto de darnos alcance. Yo no me apartaba de la carreta. Cuando llegamos al camino de Wintanceaster, una media milla al oeste de Æscengum, un agraciado jinete se puso a mi altura. Era Etelfleda, embutida en una larga cota de malla que parecía hecha de eslabones de plata cosidos a una túnica de piel de ciervo, tan ceñida y pegada a su cuerpo menudo que me imaginé que la llevaba abrochada a la espalda con presillas y corchetes, porque nadie sería capaz de embutir la cabeza y los hombros en una cota de malla tan ajustada. Se cubría, además, con una capa blanca de rayas rojas; al costado, una espada reposaba en una vaina blanca. Del pomo de su silla de montar colgaba un viejo yelmo abollado con su visera y todo que, seguramente, se habría calado para cubrirse la cara antes de abandonar la fortaleza. También había tomado la precaución de cubrir sus llamativas capa y armadura bajo un raído manto negro, que arrojó a la cuneta en el momento en que se situó a mi lado. Me dedicó una sonrisa tan radiante de felicidad como la que mostrase tiempo atrás, antes de contraer matrimonio. Con un movimiento de cabeza me indicó la vacilante carreta.

—¿Mi hermanastro?

—Sí. Ya lo habéis visto otras veces.

—No tantas. ¡Cómo se parece a su padre!

—Así es; no como vos, gracias al cielo —repliqué, y se echó a reír—. ¿De dónde habéis sacado esa cota de malla? —me interesé.

—A Etelredo le gusta que me la ponga —repuso—. La encargó en Frankia para mí.

—¿Eslabones de plata? —pregunté con gesto de sorpresa—. Podría atravesarlos con un palo.

—No creo que mi esposo la adquiriese para ver cómo peleo, sino para que la luciera en su presencia —respondió en tono cortante.

Natural, pensé. Etelfleda se había convertido en una preciosa mujer, al menos

cuando la sombra de la desdicha no empañaba su belleza. Era una muchacha de tez y ojos claros, labios sensuales y rubios cabellos. Tan inteligente como su padre y, desde luego, mucho más que su marido, con quien se había unido en matrimonio por una sola razón: unir las tierras de Mercia y el Wessex de Alfredo. En ese sentido, que no en otros, el matrimonio había sido un éxito.

—Contadme cosas de Aldelmo —le rogué.

—Ya estáis al tanto de todo lo que hay que saber sobre él —me replicó.

—Sé que no le caigo bien —dije, sin darle importancia.

—¿Acaso hay alguien que os aprecie? —me preguntó, con una sonrisa. Al darse cuenta de que se acercaba demasiado al renqueante carromato, obligó al caballo a ir más despacio. Llevaba unos finos guantes de cabritilla, sobre los que relucían seis magníficos anillos de oro y piedras preciosas—. Aldelmo —continuó en voz baja— es el consejero de mi marido, y le ha llevado al convencimiento de dos cosas. La primera, que Mercia necesita un rey.

—Vuestro padre no lo permitirá —repuse. En lo que a la autoridad regia se refería, Alfredo prefería que Mercia no apartase los ojos de Wessex.

—Pero mi padre no vivirá para siempre —añadió—, y Aldelmo le ha convencido también de que un rey necesita un heredero —al ver la cara que puse, se echó a reír—. ¡No estoy hablando de mí! ¡Con Elfwynn ya tuve bastante! —afirmó estremecida—. Es el peor dolor que he pasado en mi vida. Por si fuera poco, mi querido esposo se siente molesto con Wessex. Le incomoda depender de Wessex, detesta la mano que le da de comer. No, a él lo que le gustaría es tener un heredero con alguna bonita muchacha de Mercia.

—No estaréis diciéndome...

—No, jamás se le ocurriría quitarme la vida —afirmó en tono jovial—, pero estaría encantado si pudiera divorciarse de mí.

—¡Vuestro padre jamás lo consentiría!

—Si fuera sorprendida en adulterio, se avendría a otorgar su consentimiento —dijo, no sin cierto desaliento. Me la quedé mirando, sin dar crédito a lo que acababa de oír; al ver la cara de incredulidad que ponía, me dirigió una sonrisa cargada de intención—. Bueno, fuisteis vos quien me pidió que os contase cosas de Aldelmo...

—De modo que Etelredo desea que vos...

—Así es; de ese modo, tendría las manos libres para encerrarme en un monasterio y olvidarse incluso de que existo.

—¿Y Aldelmo alienta semejante atropello?

—Por supuesto; claro que sí —repuso con una sonrisa, como si mi pregunta estuviera fuera de lugar—. Por fortuna, cuento con vasallos sajones que están de mi parte, pero ¿qué pasará cuando mi padre muera? —dejó caer, encogiéndose de hombros.

—¿Se lo habéis contado a vuestro padre?

—Se lo he comentado, pero no creo que esté dispuesto a admitirlo. Como sabéis, todo lo fía a la fe y la oración. Me envió un pasador para el pelo que había pertenecido a santa Milburga, convencido de que eso me daría fuerzas para seguir adelante.

—¿Por qué no os cree?

—Cree que no son sino zozobras que me invento. Por otra parte, piensa que Etelredo es muy leal a su persona. Y mi madre, ni que decir tiene, adora a mi marido.

—Me lo imagino —comenté con tristeza. La esposa de Alfredo, Ælswith, natural de Mercia como Etelredo, era una criatura amargada—. Podríais recurrir al veneno —le propuse—; conozco a una mujer en Lundene que prepara unas pócimas letales.

—¡Uhtred! —me reprendió, pero antes de que llegase a decir algo más, uno de los hombres de Finan se llegó al galope hasta nosotros desde la retaguardia, levantando terrones de los campos que se extendían junto al camino.

—¡Mi señor! —gritó—. ¡Tenemos que darnos prisa!

—¡Osferth! —llamé a voces. Encantado, nuestro supuesto rey saltó del carromato de su padre y, de un brinco, se encaramó a la silla de un caballo. Arrojó la diadema de bronce a la carreta y se puso un yelmo.

—¡Deshaceos del carromato! —le grité al cochero—. ¡Arrojadlo a la cuneta!

Se las compuso para empotrar dos de las ruedas en la cuneta, y allí dejamos el pesado vehículo, volcado, con los espantados caballos enganchados al tiro. Finan y los hombres de la retaguardia venían a toda velocidad por el camino; picamos espuelas por delante de ellos y nos internamos en un terreno arbolado donde aguardamos hasta que se unieron a nosotros. Cuando llegaron a nuestro lado, atisbamos a los primeros daneses. Aunque se acercaban a galope tendido, supuse que la carreta abandonada y las bagatelas que habíamos dejado en su interior los entretendrían un rato. En efecto, los primeros en llegar se detuvieron junto al carromato, mientras nosotros nos poníamos fuera de su alcance.

—Esto empieza a parecer una carrera de caballos —me comentó Finan.

—Los nuestros son más veloces —le contesté, lo que probablemente era cierto, porque los daneses iban a lomos de cabalgaduras de toda condición, fruto de la rapiña, mientras que nosotros montábamos algunos de los mejores caballos de Wessex. Eché un último vistazo a nuestros enemigos, que, pie a tierra, inspeccionaban el carruaje; luego nos adentramos entre los árboles—. ¿Cuántos son? —le pregunté a voces a Finan.

—Cientos —me respondió, con una feroz sonrisa.

Me imaginé, pues, que en la cacería participaban todos los hombres en condiciones de cabalgar de que Harald disponía. El danés debía de estar gozando ya las mieles del triunfo. Una vez que sus hombres habían saqueado Wessex oriental,

había conseguido que el ejército de Alfredo huyera en desbandada de Æscengum, lo que le abría las puertas para campar a sus anchas por el centro del reino. Antes de entregarse a tales placeres, sin embargo, su intención no era otra que capturar a Alfredo en persona, de ahí la saña con que nos perseguían y, sin pararse a pensar en lo indisciplinadas que eran sus huestes, creía que la fortuna le sonreía. Para aquella encarnizada cacería, Harald había dado rienda suelta a sus hombres con tal de que el rey de Wessex cayera en sus manos.

Buscábamos la manera de atraerlos, de seducirlos, de tentarlos, en definitiva. Para no perder de vista a nuestros perseguidores, no galopábamos tan rápido como nuestras monturas nos permitían. Sólo nos dieron alcance en una ocasión en que, a nuestra derecha y un poco apartado, cabalgaba Rypere, uno de mis mejores hombres, cuando, de repente, su montura hundió una pata en una topera. Estaría a unos treinta pasos de nosotros; oí el chasquido de un hueso al romperse, vi cómo Rypere se iba al suelo y cómo su caballo, aturdido, se desplomaba relinchando de dolor. A lomos de *Smoka*, ya me volvía para ayudar al caído, cuando reparé en un reducido grupo de daneses que se acercaba a toda velocidad. En ese momento, le grité a otro de los míos:

—¡Lanza!

Empuñé la pesada asta de fresno del arma y piqué espuelas para salir al encuentro de aquellos primeros daneses que, al galope, se disponían a acabar con Rypere. Lo mismo hicieron Finan y una docena de hombres. Al vernos, los daneses trataron de esquivarnos, pero ya los cascos de *Smoka*, con los ollares dilatados, arrancaban terrones del suelo; lanza en ristre, embestí contra el costado del primer danés que se me venía encima. El asta de fresno retrocedió; mi mano enguantada se deslizó por la madera: había acertado. Al instante, la sangre tiñó los intersticios entre los eslabones de la cota de malla que llevaba. Solté el arma de forma que el moribundo ni se movió de la silla, cuando ya otro danés se abalanzaba sobre mí blandiendo una espada; paré el golpe con el escudo y, presionando las rodillas, obligué a *Smoka* a volver grupas, mientras Finan, de un mandoble, le destrozaba la cara a otro de nuestros adversarios. Me hice con las riendas de la montura del hombre que había alanceado y se la acerqué a Rypere.

—¡Libraos de ese cabrón y a caballo! —le grité.

Ya los daneses que habían salido con vida se retiraban. Eran menos de una docena. Por lo veloces que eran las caballerías que montaban, probablemente se trataba de una avanzadilla. En el tiempo que tardaron en recibir refuerzos, nosotros ya nos habíamos escabullido del lugar. Las piernas de Rypere eran demasiado cortas para los estribos de su nueva montura, y no dejaba de lanzar maldiciones por verse obligado a cabalgar agarrado al borrén de la silla. Finan me dijo con una sonrisa:

—Se van a enojar, mi señor.

—Tengo la intención de sacarles de quicio.

Eso era lo que pretendía: que se mostrasen intrépidos, arrojados, confiados. Aquel día de verano, mientras galopábamos por un camino tapizado de ranúnculos que serpenteaba al antojo del curso de un arroyo, Harald iba siguiendo los pasos que yo había imaginado. ¿Me sentía confiado? Es arriesgado pensar que el enemigo va a responder siempre según nuestros cálculos, pero aquel día dedicado a Thor estaba más que convencido de que Harald caería en la trampa que con tanto celo le había tendido.

El camino llegaba hasta el vado, donde cruzaríamos el río para llegarnos a Fearnhamme. Si de verdad hubiéramos tenido la intención de ir a Wintanceaster, nos habríamos quedado en la orilla sur del río y habríamos seguido la calzada romana que se perdía por el oeste. Eso era lo que quería que pensaran los daneses. Así que, cuando llegamos al río, nos detuvimos en la ribera sur del vado. Quería que nuestros perseguidores nos vieran, que creyesen que no sabíamos qué camino tomar, que imaginasen incluso que nos tenían amedrentados.

Estábamos en campo abierto, un prado a la vera del río, donde los lugareños llevaban las ovejas y las cabras a pastar. Al este, por donde venían los daneses, una arboleda boscosa; al oeste, el camino que Harald suponía que íbamos a seguir; al norte, las ruinas de los pilares de piedra del puente que los romanos construyeran sobre el río Wey. La colina de Fearnhamme se alzaba al otro lado de lo que quedaba de las pilastras. Miré a lo alto de la loma: no había nadie.

—¡Aldelmo y los suyos ya tendrían que estar ahí! —rezongué, señalando al altozano.

—¡Mi señor! —me advirtió Finan.

Los daneses, que venían pisándonos los talones, se agrupaban en las lindes del bosque, a una media milla al este de donde nos encontrábamos. Podían vernos perfectamente; se dieron cuenta de que éramos demasiados para lanzar un ataque hasta que no llegasen más de los suyos, pero su número iba en aumento a cada minuto que pasaba. Miré al otro lado del río. Nadie. El antiguo terraplén de la colina, el lugar que, según mis planes y contando con la presencia de quinientos guerreros de Mercia, había pensado utilizar como yunque estaba desierto. ¿Sería capaz de hacerles frente con los doscientos hombres que venían conmigo?

—¡Mi señor! —me advirtió Finan de nuevo. Los daneses, que para entonces ya nos doblaban en número, se disponían a abalanzarse sobre nosotros.

—¡Al vado! —grité.

Estrecharía el lazo de todos modos. Obligamos a nuestros fatigados caballos a adentrarse en el profundo vado que cruzaba el río un poco más arriba del puente. Tras ganar la otra orilla, ordené a mis hombres que picasen espuelas hasta la cima de la colina. Quería que nuestros enemigos creyesen que estábamos muertos de miedo, que

habíamos renunciado a nuestro propósito de llegar a Wintanceaster, que buscábamos refugio en la loma más próxima.

Dejamos atrás la aldea de Fearnhamme, donde, además de una bonita villa romana carente de tejado, se veían unas cuantas pallozas alrededor de una iglesia de piedra. El lugar estaba desierto. Sólo quedaba una vaca que, desconsolada, mugía para que la ordeñasen. Supuse que, ante los rumores de que los daneses merodeaban por aquellos contornos, los lugareños habrían huido.

—¡Confío en que esos miserables estén ahí arriba! —le dije a voces a Etelfleda, que no se había apartado de mi lado.

—¡Estarán! —me respondió.

Parecía muy segura de lo que decía, pero yo no las tenía todas conmigo. Según su esposo, la primera obligación de Aldelmo era que las tropas de Mercia saliesen incólumes. ¿Se habría negado a avanzar hasta Fearnhamme? Si así fuera, con mis doscientos hombres tendría que hacer frente a todo un ejército de daneses que nos venía pisando los talones. Olfateando la victoria, cruzaron el río, picaron espuelas y llegaron a Fearnhamme. Aún oía sus alaridos guerreros cuando, a lomos de *Smoka*, coroné la loma cubierta de hierba en que se había convertido el antiguo terraplén y comprobé con mis propios ojos que Etelfleda tenía razón. Allí estaba Aldelmo con sus quinientos hombres. Allí estaban, en efecto. Si no los habíamos visto antes era porque Aldelmo había ordenado que se ocultasen en el lado norte del antiguo terraplén, fuera de la vista de cualquier enemigo que pudiera acercarse por el sur.

De forma que, tal como había planeado, contaba con setecientos hombres en el altozano, y confiaba en la aparición de otros setecientos procedentes de *Æscengum*. Entre ambos ejércitos, unos dos mil desenfrenados, intrépidos y confiados daneses que pensaban que estaban a punto de hacer realidad el viejo sueño vikingo: la conquista de Wessex.

—¡Muro de escudos! —ordené a los míos—. ¡Muro de escudos!

Había que entretener un rato a los daneses, y no se me ocurrió mejor manera que formar un muro de escudos en lo alto de la colina. Hubo un momento de confusión mientras mis hombres echaron pie a tierra y corrieron hasta el terraplén, pero eran guerreros duchos y bien entrenados y no tardaron en juntar sus escudos. Tras dejar atrás la aldea, cuando los daneses llegaron al pie de la ladera, se encontraron con el muro de bordes herrados de nuestros escudos de madera de sauce. Al ver las lanzas, las espadas y las hachas, y comprobar la hondura del desmonte, se detuvieron en seco. Montones de hombres seguían cruzando el río y muchos más aún salían de entre los árboles que crecían en la orilla sur. No tardarían mucho en reunir los guerreros necesarios para acabar con mi ridículo muro de escudos. Por el momento, no se movían de donde estaban.

—¡Estandartes! —grité. Habíamos llevado nuestras divisas: mi pendón con la

cabeza del lobo y la banderola del dragón de Wessex. Quería que ondeasen al viento para enconar los ánimos del enemigo.

Alto, de tez macilenta, Aldelmo se había adelantado para saludarme. Yo no le caía bien y no se molestó en ocultarlo. Tampoco pudo evitar un gesto de sorpresa al ver el número de daneses que se disponían a cruzar el vado.

—Dividid a los vuestros en dos grupos, y decidles que formen a ambos lados de los míos —le apremié, al tiempo que gritaba—: ¡Rypere!

—¡Señor!

—¡Llevaos una docena de hombres y atad los caballos! —nuestras monturas vagaban de un lado a otro del altozano, y temía que alguna acabara por despeñarse.

—¿Cuántos daneses son? —me preguntó Aldelmo.

—Los suficientes para llevar a cabo una buena carnicería —respondí—. Traed a vuestros hombres.

Al oírme, se revolvió. Era un hombre enjuto, ataviado con una larga y soberbia cota de malla adornada con lunas crecientes de bronce unidas a los eslabones. Llevaba una capa de lino azul, forrada de rojo y, al cuello, una cadena de oro macizo de dos vueltas; botas y guantes, de cuero negro; un tahalí tachonado de cruces doradas; recogía sus largos cabellos negros, perfumados y aceitados, en un moño a la altura de la nuca con ayuda de un pasador de oro con púas de marfil.

—Cumplo órdenes —me dijo, altivo.

—Exacto. Decid, pues, a vuestros hombres que se pongan en marcha. Tenemos que liquidar a unos cuantos daneses.

Nunca me había podido ver y, con más razón, desde que le había roto la mandíbula y la nariz, descomponiendo su bonita cara, a pesar de que aquel día, ya lejano, él iba armado y yo, no. Apenas se atrevía a mirarme, aunque no perdía de vista, desde luego, a los daneses que se agolpaban al pie de la colina.

—Tengo órdenes de velar por las fuerzas de lord Eitelredo.

—Tales órdenes han sido modificadas, lord Aldelmo —dijo una voz cantarina a nuestras espaldas; Aldelmo se dio media vuelta y, sin salir de su asombro, contempló la sonrisa que, desde la alta silla de su montura, le dirigía Eteflada.

—Señora —repuso, al tiempo que hacía una reverencia y volvía a clavar los ojos en mí—, ¿os acompaña lord Eitelredo?

—Mi esposo me envía para transmitir nuevas órdenes —contestó Eteflada con dulzura—. Está tan convencido de que la victoria será nuestra que os ruega que no os mováis de este lugar a pesar del abultado número de nuestros adversarios.

Confundido ante la inesperada presencia de Eteflada y pensando que yo no estaba al tanto de las últimas órdenes que había recibido de Eitelredo, en lugar de responder se limitó a preguntar:

—¿Es vuestro esposo quien os envía, señora?

—¿Quién, si no? —preguntó a su vez una seductora Etelfleda—. ¿Acaso pensáis, señor, que si de verdad corriera algún peligro, mi esposo habría consentido en que viniera?

—No, señora —contestó Aldelmo, cada vez menos convencido.

—¡A pelear! —gritó Etelfleda a los hombres de Mercia, antes de obligar a volverse a la yegua rucia que montaba para que los soldados pudieran verla y escucharla con toda claridad—. ¡Vamos a acabar con los daneses! Mi esposo me envía para que sea testigo de vuestro arrojo. ¡No me decepcionéis y acabad con ellos!

Los hombres la aclamaron. Entre vítores, paseó ante ellos a lomos de su montura. Siempre había pensado que Mercia era un territorio dejado de la mano de Dios, devastado y asolado, oprimido y carente de autoridad. Pero en aquel momento pude comprobar cómo Etelfleda, radiante con su cota de malla de plata, era capaz de levantar la moral de aquellos soldados. Comprendí que la adoraban, que no tenían en gran aprecio a Etelredo, que Alfredo no era para ellos sino un personaje lejano y rey de Wessex, por más señas, que sólo Etelfleda les inspiraba coraje y les llenaba de orgullo.

Seguían llegando daneses al pie de la colina. Unos trescientos habían desmontado y habían formado otro muro de escudos. Hasta entonces sólo sabían de los doscientos hombres que venían conmigo. Iba siendo hora, pues, de hacerles morder el anzuelo.

—¡Osferth! —grité—. ¡A caballo! ¡Aproximaos con pausada dignidad!

—¿Es necesario, mi señor?

—Por supuesto.

Exhibimos a Osferth a caballo bajo los estandartes. El muchacho lucía capa y un yelmo que me encargué de realzar con mi cadena de oro, de forma que, desde lejos, pareciese el yelmo de un rey. Al verlo, escuchamos los insultos que los daneses le dedicaban desde los pies de aquella suave ladera. Osferth parecía un rey de verdad, aunque cualquiera que conociese a Alfredo no habría tardado en darse cuenta de que no se trataba del rey de Wessex, porque no iba rodeado de curas, pero supuse que Harald nunca repararía en semejante detalle. Me hizo gracia ver cómo Etelfleda, movida por la curiosidad, llevó su yegua hasta colocarse al lado del caballo que montaba su hermanastro.

Volví la vista hacia el sur. Los daneses seguían vadeando el río. No olvidaré lo que entonces vi mientras viva. Del otro lado del río, sólo veía daneses a caballo, las nubes de polvo que levantaban sus monturas, mientras más jinetes picaban espuelas para llegar al vado, deseosos de presenciar la destrucción de Alfredo y de su reino. Eran tantos los que se disponían a cruzarlo, que no les quedó otra que sumarse a la larga hilera que se había formado al otro lado del río.

A disgusto, Aldelmo daba órdenes a los suyos para que avanzasen. Etelfleda les había insuflado valor, y se sentía atrapado entre el desdén de la dama y el entusiasmo

de sus hombres. Al pie de la colina, los daneses vieron cómo mi pequeño muro se ensanchaba: más escudos, más espadas, más estandartes. Seguían siendo muy superiores a nosotros en número, pero ya se habían dado cuenta de que, si pretendían tomar la loma al asalto, tendrían que echar mano de la mitad de su ejército. Un hombre que llevaba una capa negra y empuñaba el mango colorado de un hacha de guerra ponía orden en las filas de Harald. En aquel momento, calculé que serían unos quinientos los hombres que componían el muro de escudos enemigo, aunque no dejaban de sumarse más y más guerreros. Me fijé en que algunos daneses no habían descabalgado, y supuse que planeaban un ataque por la retaguardia cuando los dos muros de escudos se enfrentasen. Nuestros enemigos se encontraban a unos doscientos pasos de nosotros, lo bastante cerca como para ver los cuervos, hachas, águilas y serpientes pintados en sus escudos tachonados de hierro. Con estruendo guerrero, algunos comenzaron a aporrear los escudos con las armas que llevaban en la mano. Otros nos insultaban a voces, llamándonos nenazas o cabrones hijos de puta.

—Un poco escandalosos, ¿no os parece? —me comentó Finan. Me limité a sonreír. Alzó la espada desenvainada hasta la altura de la visera del yelmo y besó la hoja—. ¿Os acordáis de aquella muchacha frisona que encontramos en las marismas? Aquello sí que era gritar.

¡Qué curiosas las cosas que se nos vienen a la cabeza antes de entrar en combate! La joven en cuestión había escapado de manos de un negrero danés, y estaba aterrorizada. Me paré a pensar un momento qué habría sido de ella.

Aldelmo estaba nervioso, tanto que fue capaz de superar la aversión que me tenía y se me acercó.

—¿Y si Alfredo no aparece? —me preguntó.

—En tal caso, si queremos bajarles los humos, cada uno de nosotros habrá de liquidar a dos daneses —respondí, aparentando una seguridad que no tenía. Si los setecientos hombres de Alfredo no llegaban a tiempo, el enemigo nos rodearía, conoceríamos la derrota, y allí pereceríamos.

A pesar de la aglomeración que se apiñaba en el angosto vado, sólo la mitad de los daneses había cruzado el río, y eran muchos los jinetes que seguían llegando desde el este, que se sumaban a la multitud que aguardaba para pasar al otro lado del río Wey. Entre tanto, la aldea de Fearnhamme sufría el asalto de hombres que echaban abajo las techumbres de paja en busca de tesoros ocultos. La vaca que esperaba que la ordeñasen yacía muerta en mitad del villorrio.

—¿Qué... —preguntó un Aldelmo balbuciente—, qué pasaría si las fuerzas de Alfredo no llegan a tiempo?

—Pues que todos los daneses habrán cruzado el río.

—Y vendrán a por nosotros.

Me imaginé que Aldelmo ya pensaba en retirar a los suyos. A nuestra espalda, al

norte, se alzaban unas colinas más altas, que ofrecían mejor refugio; hasta era posible que, si efectuábamos la retirada con prontitud, llegásemos a cruzar el Temes antes de que los daneses cayesen sobre nosotros y nos destrozasen. A menos que los hombres de Alfredo llegasen a tiempo, seguramente perderíamos la vida y, en ese momento, sentí la fría caricia de la serpiente de la muerte que me atenazaba el corazón, que retumbaba como un tambor de guerra. La maldición de Skade, pensé, y de repente me di cuenta de la magnitud del riesgo que estaba corriendo.

Había dado por sentado que los daneses harían exactamente lo que yo había planeado, y que el ejército sajón occidental aparecería en el momento preciso. Sin embargo, allí estábamos, en la cima de un otero, rodeados de enemigos cada vez más numerosos. En la otra orilla del río, aún quedaban muchos guerreros, pero, en menos de una hora, todos los efectivos de Harald habrían cruzado el Wey y, temeroso de la que se nos podía venir encima, llegué a intuir la inminencia del desastre. Recordé la amenaza de Harald de que me sacaría los ojos, me castraría y me exhibiría atado al extremo de una soga. Acaricié el martillo y apreté la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*.

—Si las tropas sajonas occidentales no aparecen... —comenzó a decir Aldelmo, con voz ronca y cargada de intención.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Etelfleda a nuestras espaldas.

A lo lejos, entre los árboles, se atisbaban los destellos que el sol arrancaba del acero.

Y aparecieron más jinetes, centenares de hombres a caballo.

El ejército de Wessex había llegado.

Los daneses habían caído en la trampa.

* * *

Los poetas tienden a ser grandilocuentes. Viven de la labia, y los bardos de mi casa temen que, si no abultan los hechos, dejaré de pagarles lo que les he prometido. Recuerdo escaramuzas en que hasta doce de mis hombres podrían haber perdido la vida pero, en boca de esos vates, de hacerles caso, las carnicerías se contarían por millares: a tenor de sus interminables composiciones, ni un solo día de mi vida habría dejado de proporcionar carroña a los cuervos; pero ningún juglar exageraría lo bastante a la hora de referir la carnicería que tuvo lugar aquel día de Thor junto al río Wey.

Una acción rápida, por otro lado. Entre que las partes enfrentadas se arman de valor, intercambian insultos y acechan las maniobras previas del contrario, la mayoría de las batallas tardan mucho en dar comienzo. Pero Steapa, al frente de los setecientos hombres de Alfredo, tras reparar en la confusión que imperaba en la orilla sur del río, en cuanto le pareció que disponía de los hombres necesarios, cargó contra

el adversario. Según me contó más tarde, Etelredo hubiera preferido esperar a reunidos a todos, pero Steapa no le hizo caso. Comenzó, pues, con trescientos hombres, con la esperanza de que los demás se les uniesen a medida que, desde la arboleda, salieran a campo abierto.

Los trescientos soldados atacaron al enemigo por la retaguardia, donde, como era de suponer, se habían quedado los más rezagados de los hombres de Harald, los más renuentes a la hora de cruzar el río, criados y mozos, mujeres y niños, cargados con el botín del pillaje. Ninguno estaba en condiciones de pelear. No sólo no había muro de escudos, sino que carecían de escudos. Para cuando los daneses deseosos de entrar en combate habían cruzado el río y se disponían a iniciar el asalto a la colina, en la otra orilla ya había dado comienzo la cruenta carnicería.

—Como matar lechones —me contaría Steapa más tarde—, sangre y chillidos por doquier.

Los jinetes sajones se abalanzaron sobre los daneses. Steapa iba al frente de los hombres de la guardia de Alfredo, del resto de los míos y de los avezados guerreros de Wiltunscir y Sumorsæte, es decir, de los más diestros a la hora de pelear, y pertrechados con las mejores armas. El inesperado ataque causó confusión. Los daneses, incapaces de formar un muro de escudos, en vano echaron a correr. La única salida que les quedaba era el vado, donde se agolpaban los hombres que aún no habían cruzado el río. Nuestros aterrorizados adversarios se precipitaron sobre ellos, impidiéndoles formar un muro de escudos, mientras las huestes de Steapa repartían hachazos, mandobles y cuchilladas a diestro y siniestro. Desde los bosques colindantes, más sajones se unieron a la lucha: caballos cubiertos de sangre hasta las cernejas, espadas y hachas que hendían y sajaban. A pesar del sufrimiento que le infligía la silla de montar, Alfredo había soportado la cabalgada, y observaba la pelea desde el lindero del bosque, mientras curas y monjes elevaban cánticos de alabanza a su dios por haber permitido aquella carnicería de paganos, que ya teñía de sangre los humedales al sur del río Wey.

Eduardo, un muchacho menudo, participó en el combate al lado de Steapa. Más tarde, el propio Steapa, orgulloso del comportamiento de que había dado muestras el joven, aseguraba:

—Un chaval con arrestos —me comentó.

—¿Sabe manejar la espada?

—Buen juego de muñeca —afirmó sin dudarlo.

Antes incluso que Steapa, Etelredo se dio cuenta de que eran tantos los cadáveres que los jinetes no podrían seguir avanzando, y convenció al *ealdorman* Etelnoth de Sumorsæte para que ordenase a cien de los suyos que desmontasen y formasen un muro de escudos. El muro avanzó con contundencia y, a medida que, heridos o muertos, caían caballos, más sajones se sumaban a la fila que, imparable como una

hilera de segadores hoz en mano, seguía adelante. Ya en lo alto, el sol fue testigo de una matanza en la que, sin capacidad de reagruparse y de plantar cara, cientos de daneses perdieron la vida en la orilla sur del río. Muchos murieron; otros cruzaron el río como pudieron; otros fueron hechos prisioneros.

Con todo, la mitad más o menos del ejército de Harald había cruzado el vado. A pesar de la carnicería que se había producido a sus espaldas, eran hombres dispuestos a luchar, guiados por un solo propósito: acabar con nosotros. Seguido por un criado que llevaba un caballo de carga, el propio Harald se contaba entre ellos. Se acercó unos pasos al impresionante muro de escudos de los suyos para cerciorarse de que presenciábamos el ritual al que recurría para amedrentar a sus enemigos. Imponente, con su capa y su cota de malla, se plantó delante de nosotros, extendió los brazos como un crucificado, sosteniendo una colosal hacha de guerra en la mano derecha; tras asegurarnos a voces que acabaríamos siendo pasto de los cenagosos gusanos de la muerte, mató al caballo. Acabó con el animal de un hachazo; mientras la bestia se retorció entre estertores de muerte, le abrió la barriga y hundió la cabeza descubierta en las sanguinolentas entrañas de la caballería. Mis hombres observaban en silencio. Harald, sin prestar atención al caballo que coceaba al aire, mantuvo la cabeza hundida en el vientre del animal; a continuación, con la cara ensangrentada y los cabellos también cubiertos de sangre, que le caía a chorros por la barba poblada, se incorporó y se volvió para mirarnos. Harald el Pelirrojo estaba dispuesto para el combate.

—¡Thor! —gritó, al tiempo que alzaba la cara y el hacha al cielo—. ¡Thor! —repitió, señalándonos con el hacha—. ¡Acabaremos con todos vosotros! —bramó, mientras un criado le tendía el escudo con una gran hacha pintada.

No estoy seguro de que Harald supiera lo que había pasado en la otra orilla del río, porque se lo ocultaban las chozas de la aldea de Fearnhamme. Debía de estar al tanto de que los sajones atacaban la retaguardia de sus tropas y, desde luego, seguro que a lo largo de la mañana le habían informado de escaramuzas varias, porque, como Steapa habría de referirme más tarde, los encontronazos entre las fuerzas sajonas que habían salido de Æscengum y los daneses que se habían quedado rezagados por el camino fueron constantes. Sin embargo, Harald sólo tenía ojos para la colina de Fearnhamme, donde pensaba que tenía a Alfredo en sus manos. No le importaba perder una batalla en la orilla sur si, del otro lado del río, eso le deparaba la conquista de un reino. De modo que ordenó a los suyos que siguieran adelante.

En mis planes, y gracias al antiguo terraplén, había contado con dejar que los daneses viniesen a por nosotros, pero cuando, entre grandes alaridos, los hombres de Harald avanzaron, comprendí que no las tenían todas consigo. Harald bien podía no haberse dado cuenta del desastre que se había abatido sobre aquellos de los suyos que estaban en la otra orilla, pero muchos de sus hombres volvían la vista atrás, tratando de saber qué pasaba al otro lado: pendientes de que los atacasen por la espalda, no

estaban atentos al combate que se disponían a librar. Teníamos que tomar la iniciativa, pues. Envainé mi espada *Hálito-de-serpiente* y empuñé mi espada corta, *Aguijón-de-avispa*.

—¡Ariete, ariete! —ordené a gritos.

Mis hombres me entendieron a la primera. Era una maniobra que habían ensayado centenares de veces, hasta aburrirse. Tantas horas de práctica, sin embargo, dieron sus frutos cuando me llegué hasta el extremo del terraplén y, de un salto, salvé el desmante.

El ariete no era sino una formación en cuña, una punta de lanza humana, la forma más rápida, a mi entender, de desbaratar un muro de escudos. Aunque Finan trató de tomarme la delantera, me puse al frente. Sorprendidos de que dejáramos atrás el terraplén, o quizá porque en ese momento cayeron en la cuenta de la celada que les había tendido, los daneses refrenaron sus ímpetus. Sólo tenían una forma de salir con bien de la trampa: acabar con nosotros. Al vernos, Harald les ordenó a los suyos que fuesen colina arriba, mientras yo transmitía las órdenes contrarias a mis hombres, de forma que el combate se entabló de inmediato. Yo dirigía mi ariete hacia los pies de la suave ladera; él apremiaba a los suyos en sentido contrario. Pero los daneses estaban aturridos, amedrentados, y su muro de escudos se vino abajo incluso antes de que llegásemos. Algunos hombres obedecían las órdenes de Harald; otros parecían dudar; el caso es que en la línea de escudos aparecieron las primeras fisuras, aunque en el centro, donde ondeaba el estandarte de la cabeza de lobo y Harald enarbolaba el hacha, el muro de escudos se mantenía firme. Allí era donde se concentraban los mejores hombres del danés, y contra ellos dirigí mi ariete.

Lanzábamos estremecedores alaridos. En el brazo izquierdo, notaba el peso del escudo con su reborde de hierro; *Aguijón-de-avispa* en la mano derecha, una espada corta que ni pintada para asestar puñaladas. *Hálito-de-serpiente*, mi espléndida espada, tan aparatosa como un hacha de mango largo, era un estorbo en un muro de escudos. De sobra sabía que, cuando nos enfrentáramos, me encontraría tan cerca del enemigo como de una mujer querida y, en ese choque, una hoja corta era letal.

Sin dudar, me fui a por Harald. No llevaba casco; para aterrorizar a sus enemigos, todo lo fiaba a la sangre que lo empapaba y resplandecía bajo la luz del sol. En verdad, daba miedo ver a un hombretón de su envergadura, aullando, con la mirada desencajada, el pelo rojo y apelmazado chorreando sangre, la hoja del hacha en el escudo, blandiendo un hacha de guerra de mango corto y doble hoja. Como un loco, sin apartar los ojos de mí, como una máscara gesticulante y sanguinolenta, lanzaba gritos sin parar. Recuerdo que, cuando corríamos colina abajo, pensé que descargaría el hacha sobre mí, lo que me obligaría a levantar el escudo, momento que no desaprovecharía el guerrero de oscura tez que iba a su lado para asestarme una puñalada por debajo y rajarme la barriga. Pero Finan venía conmigo, y eso

significaba que al hombre de tez oscura le había llegado su hora.

—¡Acabad con ellos, acabad con todos! —grité, remedando el grito de guerra de Etelfleda.

Aunque así era, ni siquiera me volví para comprobar si venían con nosotros los hombres de Aldelmo. Sólo sentía la angustia exaltada de quien se dispone a pelear en un muro de escudos.

—¡Acabad con ellos! —grité de nuevo.

Los escudos entrechocaron.

Los poetas dicen que en Fearnhamme había seis mil daneses, aunque, en ocasiones, no dudan en afirmar que eran no menos de diez mil, cifra que sin duda irá a más a medida que pase el tiempo. En mi opinión, Harald acudió a aquellos contornos con unos mil seiscientos guerreros, porque parte de su ejército no se movió de las proximidades de Æscengum. Desde luego, estaba al frente de muchos más hombres de los que se concentraban cerca de la ciudadela y de los que acudieron a Fearnhamme. Había traído desde Frankia unos doscientos barcos, suficientes para transportar a cinco o seis mil guerreros. Pero menos de la mitad disponían de montura, y no todos los jinetes estuvieron presentes en Fearnhamme. Algunos se habían quedado en Cent, que reclamaban como territorio conquistado; otros se dedicaban al pillaje en Godelmingum. Así las cosas, ¿con cuántos hombres hubimos de vérnoslas? Es posible que la mitad de los hombres de Harald hubiera cruzado el río, de modo que, entre las tropas al mando de Aldelmo y mis hombres, nos enfrentamos a no más de ochocientos guerreros; eso sin contar que no todos se habrían unido al muro de escudos, sino que seguirían saqueando las chozas de Fearnhamme. Los poetas me aseguran que nos sobrepasaban en número; tengo para mí, sin embargo, que nosotros éramos más. Y más disciplinados, aparte de la ventaja del terraplén.

Nos lanzamos con ímpetu contra el muro de escudos.

Arremetí con mi escudo. Para que un ariete produzca el resultado apetecido, ha de concluir en un choque tan violento como fulminante. Recuerdo haber lanzado el grito de guerra de Etelfleda, haber dado una última zancada con todo el peso del cuerpo concentrado en el brazo izquierdo y el pesado escudo que empuñaba; que mi escudo chocó contra el de Harald y que el danés retrocedió, mientras yo arremetí con *Aguijón-de-avispa* por debajo del borde inferior de mi escudo; que la hoja se clavó y penetró. Es un recuerdo vago, un poco confuso. Sé que Harald descargó el hacha sobre mí porque la hoja me desgarró el espaldar de la cota de malla, aunque sin llegar a la piel. Es probable que mi último salto me llevase a caer dentro de la trayectoria que llevaba el arma. Más tarde, descubrí que tenía un enorme moratón en el hombro izquierdo debido, supongo, al golpe que me propinó con el mango del hacha. Pero, en el momento de la contienda, no sentí ningún dolor.

Hablo de contienda, cuando lo cierto es que fue visto y no visto. Recuerdo la estocada de *Aguijón-de-avispa*, la sensación de la hoja al hundirse en la carne, y supe que había herido a Harald, quien, desviado por la fuerza y el empuje con que habíamos iniciado el ataque, se situó a mi izquierda zafándose de mi espada corta. Finan, a mi derecha, me protegía con su escudo, mientras yo me enfrentaba con la segunda hilera de guerreros, asestando puñaladas sin parar. Seguí adelante. Estrellé el tachón del escudo contra un danés, y vi cómo Rypere le clavaba una lanza en un ojo. Entre sangre y gritos, apareció una espada por mi derecha, que se coló entre mi cuerpo y el escudo, pero yo no cejaba, mientras Finan descargaba su espada corta contra el brazo de aquel hombre y el arma caía lentamente al suelo. Arremetí contra unos cuantos hombres más; los míos me empujaban desde atrás; mis movimientos se tornaron más lentos. Lanzaba rápidas y profundas estocadas, y recuerdo aquel momento de la contienda como un remanso de silencio. Seguro que no hubo tal, pero así lo recuerdo cuando pienso en Fearnhamme: me parece ver las bocas abiertas y los dientes podridos de nuestros adversarios, sus muecas, los destellos metálicos de las armas. Recuerdo que flexionaba las piernas para saltar y abrirme paso; también el hacha que apareció por mi izquierda y cómo Rypere la detuvo con su escudo, que se partió en dos. Recuerdo que tropecé con el cuerpo del caballo que Harald había sacrificado a Thor, y que me levantó en vilo un danés que trató de rajarme con una espada corta, intento que frustró la hebilla de oro de mi tahalí. Recuerdo cómo le clavé *Aguijón-de-avispa* entre las piernas y cómo la retiré, mientras sus ojos desencajados sólo expresaban un terrible dolor, cómo desapareció de mi vista de repente, y cómo de repente también, cuando menos me lo esperaba, ya no quedaban escudos por delante, sino un huerto, un montón de estiércol y una choza con la techumbre destrozada y esparcida por el suelo. Recuerdo todo eso, pero no recuerdo ni un solo ruido.

Etelfleda me dijo más tarde que nuestro ariete había embestido contra el muro de escudos de Harald como un meteoro. Es posible que, visto desde la cima de la colina, diese esa impresión. A mí la maniobra se me antojó lenta y pesada. Pero el caso es que lo conseguimos. Desbaratamos el muro de escudos de Harald y dio comienzo la verdadera carnicería.

Una vez roto el muro de escudos, en lugar de hombres que ayudaban a quienes tienen al lado, cada guerrero tuvo que valerse por sí mismo, mientras los sajones y los soldados de Mercia seguían formando un frente de escudos, acuchillando, rajando y asestando puñaladas contra sus desconcertados enemigos. Como la chispa prende en los rastrojos, así cundió el pánico entre los daneses, que emprendieron la huida. Lo único que lamenté fue que hubiéramos dejado los caballos en el altozano, al cuidado de los mozos; de no haber sido así, los habríamos perseguido y dado caza desde atrás. Sin embargo, no todos los daneses huyeron. Los jinetes que habían pensado rodear la

colina y caer sobre nosotros desde el otro lado cargaron contra nuestro muro de escudos. Todo el mundo sabe lo remisos que se muestran los caballos a embestir contra un muro de escudos consistente. Lanza en ristre, los guerreros a caballo arremetieron contra nuestro muro de escudos y nos obligaron a retroceder. Más daneses acudieron en su ayuda. Mi ariete ya no tenía forma de cuña, pero mis hombres seguían juntos y les obligué a hacer frente a aquel inesperado ataque. Un caballo se me acercó por detrás y me golpeó con las patas; con el escudo, me defendí de sus cascos. El animal trató de morderme, y el jinete descargó un tajo que detuve con el borde metálico de mi escudo. Mis hombres ya rodeaban a los atacantes que, al darse cuenta del peligro que corrían, escaparon. Entonces entendí el motivo de su embestida: habían acudido para rescatar a Harald. Dos de los míos se habían hecho con el estandarte del danés. La roja calavera de lobo todavía se mantenía en lo alto del asta, mientras el propio Harald, cubierto de sangre, yacía aturdido en medio de un guisantal. Grité a los míos que no lo dejaran escapar, pero un caballo, montado por un hombre que repartía mandobles a diestro y siniestro, se interpuso en mi camino. Clavé la hoja de *Aguijón-de-avispa* en la panza del animal y vi cómo, arrastrándolo por los pies, retiraban a Harald del lugar. Un gigantesco danés lo subió a una montura ensillada, y otros hombres se llevaron animal y jinete de allí. Traté de alcanzarlos, pero *Aguijón-de-avispa* se había clavado en el caballo, que se retorció, mientras el jinete no cejaba en sus vanos intentos de acabar conmigo. Solté la empuñadura de mi espada corta, lo agarré por la muñeca y di un tirón. Cuando el jinete se precipitó al suelo desde la silla, oí un alarido.

—¡Matadlo —ordené al hombre que estaba a mi lado, mientras volvía a por *Aguijón-de-avispa*.

Demasiado tarde. Aunque malherido, los daneses se las habían compuesto para sacar de allí a Harald con vida.

Devolví *Aguijón-de-avispa* a su funda y me hice con *Hálito-de-serpiente*. Ya no habría más muros de escudos aquel día; el resto de la jornada lo dedicaríamos a cazar daneses por los senderos de Fearnhamme y sus alrededores. La mayoría de los hombres de Harald huyeron hacia el este, pero no todos. Nuestro ataque combinado había puesto en apuros a las hordas danesas, divididas en dos, y algunos emprendieron la huida hacia el oeste, internándose en Wessex. Ya los primeros jinetes sajones cruzaban el río y se disponían a perseguirlos. Los daneses que sobrevivieran caerían en manos de los campesinos de aquellos parajes. Más numerosos eran los hombres que se habían dirigido hacia el este, los que llevaban a su jefe herido. Trataron de reagruparse media milla más allá, aunque, tan pronto como aparecieron nuestros jinetes, emprendieron la retirada de nuevo. Algunos incluso se quedaron en Fearnhamme y buscaron refugio en las chozas, donde cayeron como ratas. A gritos, pedían misericordia, pero no la encontraron: ninguno habíamos olvidado el

despiadado mandato de Etelfleda.

Maté a uno que se había encaramado a un montón de estiércol. Con la ayuda de *Hálito-de-serpiente*, le obligué a bajar y le rebané el pescuezo con la punta de mi espada. Finan acorraló a dos más en una cabaña; corrí en su ayuda; para cuando eché la puerta abajo, ya estaban muertos. Finan me arrojó un brazalete de oro, y ambos salimos de nuevo a la luminosa y confusa claridad que nos rodeaba. Unos jinetes recorrían a paso lento la única calle de la aldea, en busca de víctimas. Oí unos gritos que venían de detrás de una choza; Finan y yo nos pusimos en marcha a toda prisa, y nos encontramos con un fornido danés que, ataviado con relucientes brazaletes de oro y de plata y una cadena también de oro al cuello, peleaba con tres de los hombres de Mercia. Supuse que debía de ser un armador, uno de los que habían puesto sus naves a disposición de Harald con la esperanza de recibir a cambio espléndidas propiedades, cuando lo único que habría de sacar en limpio era una sepultura en tierra sajona. Certero y rápido, con la espada y el escudo abollado plantaba cara a sus atacantes. Nada más ver cómo iba pertrechado para el combate, se percató de mi rango; en ese instante, los tres soldados de Mercia dieron un paso atrás, como si me cedieran el privilegio de acabar con aquel grandullón.

—Empuñad vuestra espada con fuerza —le dije.

Asintió con la cabeza, y se quedó mirando el martillo que llevaba al cuello. Sudaba, pero no de miedo. Era un día caluroso, y llevábamos jubones de cuero y cotas de malla.

—Guardadme un sitio en el salón de los dioses —insistí.

—Soy Othar.

—Y yo, Uhtred.

—Othar, el Jinete de la Tormenta —añadió.

—Me suena ese nombre —le dije, con cortesía, aunque no era así.

Othar quería que supiese su nombre para que pudiera decir a los suyos que había muerto en condiciones, igual que yo le había rogado que empuñase la espada con fuerza para que encontrase un hueco en el salón del Valhalla donde, tras su muerte, iban a parar todos los guerreros que perdían la vida en combate. Aunque ya soy viejo y achacoso, por entonces siempre llevaba conmigo una espada, de forma que, si me llegaba la muerte, pudiera alcanzar ese remoto salón donde me estarían esperando hombres como Othar, con quienes aspiro a encontrarme algún día.

—Mi espada —dijo, al tiempo que levantaba el arma y se la llevaba a los labios— se llama *Fuego resplandeciente*. Ha sido mi fiel compañera —y añadió—: ¿Uhtred de Bebbanburg?

—Así es.

—Conocí a Ælfric el Generoso —continuó Othar.

Tardé un par de segundos en darme cuenta de que se refería a mi tío, el que me

había arrebatado mi heredad en Northumbria.

—¿El Generoso, decís?

—¿Cómo, si no untando a los daneses para que lo dejen tranquilo, habría conservado sus tierras? —me preguntó Othar, a su vez.

—Confío en acabar también con él —respondí.

—Cuenta con muchos guerreros —dijo Othar, al tiempo que, tratando de pillarme por sorpresa, me asestaba una rápida estocada con *Fuego reluciente*, con la vana esperanza de llegar al Valhalla jactándose de haber acabado conmigo. Pero yo fui tan rápido como él y *Hálito-de-serpiente* detuvo el golpe, al tiempo que arremetí con el tachón de mi escudo, obligándolo a retroceder; volví mi espada contra él, y me di cuenta de que ni siquiera trató de esquivar a *Hálito-de-serpiente* cuando le rebanó el cuello.

Aparté su mano inerte de *Fuego reluciente*. Me había decidido por rajarle el pescuezo para que la cota de malla no sufriese desperfectos. Las cotas de malla son caras, un trofeo tan valioso como los brazaletes que relucían en los brazos de Othar.

Fearnhamme quedó sembrado de muertos y colmado de vivos exultantes. Los únicos daneses que sobrevivieron fueron aquellos que habían buscado refugio en la iglesia, y sólo gracias a que, para entonces, Alfredo había cruzado el río y decretado que estaban acogidos a sagrado. Con el rostro contraído de dolor, permaneció en la silla de su corcel, rodeado de curas, mientras los daneses salían de la iglesia. Con la espada ensangrentada, allí estaban también Etelredo, y Aldelmo, que parecía satisfecho. Habíamos obtenido una importante victoria. Las noticias de la matanza no tardarían en llegar dondequiera que se hiciesen a la mar los hombres del norte, y los armadores caerían en la cuenta de que ir a Wessex era el camino más corto hacia la sepultura.

—Demos gracias a Dios —me saludó Alfredo.

Con la cota de malla ensangrentada, me di cuenta de que, como Aldelmo, también yo sonreía. Al padre Beocca casi se le saltaban lágrimas de alegría. En ese instante y a lomos de su montura, apareció Etefleda, acompañada por dos hombres de Mercia que llevaban a un prisionero.

—Os quería muerto, lord Uhtred —dijo con orgullo; no lardé en darme cuenta de que el prisionero era el jinete que montaba el caballo que había despanzurrado con mi espada corta.

Skade.

Boquiabierto, Etelredo miró a su esposa, preguntándose sin duda qué hacía en Fearnhamme, y vestida con aquella cota de malla, por si fuera poco; pero no tuvo ocasión de hacerlo en voz alta, porque Skade comenzó a lanzar alaridos. Unos gritos aterradores, como de mujer a quien acecha el gusano de la muerte. Se arrojó al suelo y comenzó a retorcerse, mientras se mesaba los cabellos.

—¡Os maldigo a todos! —gritó entre sollozos.

Con las manos, cogía tierra a puñados y se la restregaba por sus negros cabellos, se la metía en la boca, sin dejar de contorsionarse, de lanzar gritos. Uno de sus captores le había quitado la cota de malla que llevaba durante el combate, y sólo se cubría con una túnica ajustada que, de repente, desgarró, dejando al aire sus pechos. Se los embadurnó de tierra, y no pude por menos de sonreír al fijarme en cómo Eduardo, al lado de su padre, no le quitaba los ojos de encima. En cuanto a Alfredo, a los padecimientos de su enfermedad se unía el disgusto.

—Hacedla callar —ordenó.

Uno de los hombres de la guardia de Mercia le dio un golpe en la cabeza con el asta de una lanza, y Skade cayó al suelo de lado. Tierra y sangre se mezclaron en sus cabellos, tan negros como plumas de cuervo. Pensé que se había quedado sin sentido, pero de repente lanzó un escupitajo y me miró:

—¡Estáis maldito! —rezongó.

En ese instante, una de las hilanderas tomó mi hebra en sus manos. Prefiero pensar que tendría reparos. Quizá no, y se limitó a sonreír. Dudase o no, el caso es que la aguja de hueso se desvió y comenzó a tejer por el lado más oscuro.

Wýrd bið ful āræd.

CAPÍTULO V

*Afiladas hojas que no se arredran, letales puntas de lanza,
cuando Etelredo, al frente de la matanza, con miles acaba,
De roja sangre tiñendo el río, a fuerza de mandobles crecido.
en pos, Aldelmo, noble guerrero, los pasos de su señor sigue,
y luchando con bravura, en la batalla a los enemigos diezma.*

Y así todo el romance, líneas y más líneas, versos y más versos. Aunque acabará en el fuego, así reza el pergamino que tengo ante mí. Ni siquiera aparece mi nombre. Por eso voy a quemarlo. Los hombres y las mujeres fallecen; el ganado muere; pero la fama perdura de boca en boca, como el estribillo de una canción. ¿Por qué las generaciones futuras habrían de cantar las glorias de Etelredo? Aquel día demostró coraje, sin duda. Pero no fue él quien ganó la batalla de Fearnhamme, sino yo.

Debería exigir a mis bardos que escribieran romances que hablasen de mí, pero bastante tienen con haraganear al sol y beberse mi cerveza. Además, y para ser sincero, los poetas me aburren. Los aguanto por respeto a mis invitados, que confían en escuchar cómo recitan sus ditirambos a los acordes del arpa. La curiosidad me llevó a adquirir este pergamino, que me dispongo a quemar, a un monje que vende cosas de este tipo entre la nobleza. Era natural de esas tierras que, en su día, fueron conocidas como Mercia. Normal que los poetas allí nacidos ensalcen esos parajes de los que, de no ser por ellos, nunca nadie habría tenido noticia, y propalen tales patrañas aunque, en ese aspecto, los monjes les saquen mil leguas. Los anales de nuestra época han sido escritos por curas y frailes, y bien puede un hombre haber salido huyendo de cien batallas y no haber matado a un danés en su vida que, si unta a la Iglesia como es debido, siempre será descrito como un héroe.

Dos fueron las razones por las que se ganó la batalla de Fearnhamme. La primera, que Steapa, al frente de los hombres de Alfredo, llegó en el momento preciso, lo que, visto ahora, bien podría no haber sido así. Oficialmente, Eduardo el Heredero estaba al mando de lo que era la mitad del ejército sajón, y tanto él como Etelredo gozaban de mucha más autoridad que Steapa. Ambos insistieron en que se había precipitado al dar la orden de salir de Æscengum y trataron de oponerse a tal decisión, pero Alfredo no les hizo caso. El rey estaba demasiado enfermo para ponerse a la cabeza de su ejército, pero, como yo, había aprendido a fiarse del olfato natural de Steapa. Y así fue cómo los jinetes de Wessex se encontraron con la desorganizada retaguardia de las fuerzas de Harald, cuando la mitad de los daneses estaba a la espera de cruzar el río.

La segunda, en mi opinión, la celeridad con que mi ariete desbarató el muro de escudos de los hombres de Harald. A veces, tales embestidas no salen como uno

espera, pero contábamos con la ventaja que nos proporcionaba el terraplén y con que los daneses, a mi entender, se desmoralizaron al ver la carnicería que se produjo en la otra orilla.' Por eso se ganó la batalla.

*Dios nos concedió la victoria, bendito sea Eitelredo,
quien, junto al río, desbarató el muro de escudos.
Y también Eduardo, noble Eduardo, hijo de Alfredo,
quien, bajo la protección de los ángeles, contempló
cómo al caudillo de los del norte derrotaba Eitelredo...*

Quemarlo sería un benévolo final para semejante sarta de mentiras. Quizá lo rompa en pedazos y lo arroje a las letrinas. Estábamos demasiado agotados para organizar una persecución en condiciones, y los hombres no acababan de creerse lo fácil que había sido alcanzar la victoria. Por otra parte, habían encontrado cerveza, hidromiel y vino de Frankia en las alforjas de los daneses y, vagando de un lado para otro mientras contemplaban la carnicería que habían perpetrado, muchos se emborracharon. Algunos comenzaron a arrojar al río los cadáveres de nuestros enemigos. Eran tantos que los cuerpos se atoraron en los pilares del puente romano, lo cegaron, y el agua retenida inundó las orillas cercanas al vado. Hicimos un montón con las cotas de malla, y apilamos las armas que recogimos. En un establo y bajo vigilancia, encerramos a los pocos prisioneros que hicimos; fuera, lloriqueaban sus mujeres y sus hijos. Skade fue conducida a un granero vacío, donde dos de los míos la custodiaban. Seguido por todos los curas y monjes que con él había llevado, Alfredo, como era de esperar, se retiró a la iglesia para dar gracias a su dios. Antes de ir a orar, el obispo Asser hizo un alto. Contempló los cadáveres esparcidos y el botín que habíamos obtenido, y me dedicó una fría mirada. Extrañado, me observaba como si fuera uno de esos terneros de dos cabezas que se exhiben en las ferias. Con un gesto, dio a entender a Eduardo que lo acompañase a la iglesia.

Eduardo pareció dudar. Era un muchacho tímido, pero estaba claro que se veía en la necesidad de decirme algo y que no encontraba las palabras adecuadas. Así que me adelanté.

—Aceptad mis parabienes, mi señor —le dije.

Frunció el ceño y, durante un instante, pareció tan confundido como Asser. Se estremeció y se irguió.

—No soy un necio, lord Uhtred.

—Jamás os he tenido por tal —contesté.

—Tenéis que enseñarme —añadió.

—¿Qué debo enseñaros?

—A hacer una cosa así —acertó a decir, señalando con fugaz gesto de horror los cadáveres que había a nuestro alrededor.

—Tenéis que meteros en la cabeza del enemigo, mi señor —repuse—, y pensar en cómo actuar con más contundencia.

Le habría dicho más cosas, pero en ese momento vi a Cerdic entre dos chozas. Sin querer, me volví en parte, me distrajo la severidad con que el obispo Asser reclamaba la presencia de Eduardo y, cuando volví la vista de nuevo, Cerdic había desaparecido. Imposible que estuviese allí, pensé, pues le había dicho que se quedase en Lundene y velase por Gisela. Me imaginé que era una de esas tarascadas que a veces nos juega la mente cuando estamos cansados.

—Mirad, mi señor —me reclamó Sihtric, que había sido uno de mis criados y ahora era uno de los hombres de mi guardia, arrojando una pesada cota de malla a mis pies—. Está hecha de eslabones de oro —añadió, muy agitado.

—Quédatela —le dije.

—¿Cómo? —preguntó mirándome con cara de extrañeza.

—Tu mujer tiene gustos caros, ¿no es así? —en contra de mis consejos y sin mi permiso, Sihtric se había casado con una puta, Ælswith, pero aquello ya era agua pasada y, para mi sorpresa, el matrimonio marchaba bien; tenían dos hijos, dos chavales preciosos—. Quédatela —le insistí.

—Gracias, mi señor —contestó, al tiempo que recogía la cota de malla.

El tiempo discurre con lentitud.

Es curioso cómo se me olvidan algunas cosas. A decir verdad, no soy capaz de revivir el momento en que guiaba mi ariete contra el muro de escudos de Harald. ¿Le estaba mirando a la cara? ¿De verdad me acuerdo de la sangre del caballo recién sacrificado que, en forma de gotas, le saltaba de la barba cuando movía la cabeza? ¿Acaso no estaba más pendiente del hombre que se encontraba a su izquierda y que trataba de proteger a Harald con su escudo? Muchas son las cosas que se me han olvidado, pero no el momento en que Sihtric se hizo con aquella cota de malla. Me quedé mirando a un hombre que llevaba una docena de caballos capturados al enemigo por el vado desbordado. Me fijé en dos hombres que arrastraban unos cuerpos para dar salida al agua que se había remansado junto a las ruinas del puente: pelirrojo y de pelo rizado, uno de ellos; el otro reía con ganas alguna ocurrencia de su compañero. Tres hombres arrojaban cadáveres al río, cegando el puente con tanta rapidez que los otros dos no daban abasto. Un perro flaco se rascaba cerca de donde Osferth, el hijo bastardo de Alfredo, conversaba con lady Etelfleda; me extrañó que no estuviera en la iglesia con su padre, su hermano y su marido, igual que me sorprendió la rápida relación de amistad que había surgido entre los dos hermanastros. Recuerdo a Oswi, mi nuevo mozo, conduciendo a *Smoka* por la calle y deteniéndose a hablar con una mujer; en ese instante, caí en la cuenta de que, tras haber corrido a esconderse en alguno de los bosques cercanos tan pronto como habían visto hombres armados al otro lado del río, los habitantes de Fearnhamme ya estaban

regresando. Otra mujer, que se cubría con una capa de un dudoso color amarillo, cuchillo en mano, trataba de cortar el dedo que enlucía un anillo de un danés muerto. Recuerdo un cuervo, revoloteando en oscuros círculos por aquel aire que olía a sangre, y que me conmoví al verlo. ¿Sería uno de los dos cuervos de Odín? ¿Hasta los dioses tendrían noticia de aquella matanza? Rompí a reír a carcajadas, lo que no me cuadra mucho, porque recuerdo que en aquel instante el silencio se cernía sobre la aldea.

Hasta que escuché la voz de Etefleda.

—Mi señor —se había acercado a mí y me miraba—, Uhtred —añadió con dulzura.

Finan, dos pasos por detrás de ella; con él iba Cerdic. Fue entonces cuando lo supe. Caí en la cuenta, y no pude articular palabra. Etefleda se acercó más y me puso una mano en el hombro.

—Uhtred —repitió; creo que la miré a la cara; cubiertos de lágrimas, sus ojos azules parecían resplandecer más—. Durante el parto —dijo en voz baja.

—No —contesté con voz queda—. No.

—Sí —dijo ella.

Finan me miraba con rostro compungido.

—No —protesté en voz alta.

—La madre y la criatura —añadió Etefleda, muy bajito.

Cerré los ojos. Sólo negrura a mi alrededor, mi mundo se había vuelto negro. Mi Gisela había muerto.

* * *

Wyn eal gedreas. Es un verso de otro romance que a veces han recitado en mi casa. Es un canto desgarrado, así que por fuerza ha de ser sincero. *Wyrð bið ful āræd*, asegura: el destino es inexorable. Y también, *wyn eal gedreas*: toda alegría ha desaparecido.

Había perdido la alegría de vivir; estaba sumido en la oscuridad. Más tarde, Finan me dijo que había aullado como un lobo, y quizá sea cierto. No lo recuerdo. El dolor debe permanecer oculto. El hombre que, por vez primera, afirmó que nada puede alterar el curso del destino no dudaba en asegurar que habíamos de aherrojar nuestros más recónditos sentimientos. Nada bueno cabe esperar de un espíritu sombrío, decía, y más vale ocultar los pesares. Y sí, es posible que aullase de dolor, pero retiré la mano de Etefleda, me encaré con los hombres que estaban arrojando cadáveres al río, y ordené que dos de ellos fuesen a ayudar a los dos que trataban de retirar los cuerpos que cegaban los restos de los pilares del puente.

—Bajad los caballos del altozano —incredé a Finan.

Ni se me ocurrió pensar en Skade en esos momentos; de lo contrario, nada habría

hecho por evitar que *Hálito-de-serpiente* se cobrase su alma depravada. Fue su maldición, como habría de comprender más tarde, la que se había llevado por delante la vida de Gisela: había muerto la misma mañana en que Harald no me había dejado otra alternativa que ponerla en libertad. Apesadumbrado, Cerdic había galopado sin descanso hasta *Æscengum*, por un territorio infestado de daneses, para llevarme la noticia, y encontrarse con que ya nos habíamos marchado.

Cuando se enteró, Alfredo vino a verme, me tomó del brazo y echamos a andar por la única calle de *Fearnhamme*. Cojeaba; los hombres se apartaban para dejarnos pasar. Apretándome el codo con fuerza, hasta en una docena de ocasiones pareció que iba a decirme algo, pero no fue capaz de articular palabra. Por fin, se detuvo ante mí, me miró a los ojos y dijo:

—No sé por qué Dios nos manda estas desgracias —aunque yo guardaba silencio, continuó—: Vuestra esposa era un regalo del cielo —frunció el ceño, y lo que me dijo a continuación debió de resultarle tan difícil como generoso por su parte—. Elevo plegarias a vuestros dioses para que os reconforten, lord *Uhtred*.

Me llevó a continuación a la villa romana, que hacía las veces de residencia real, donde me encontré con un *Etelredo* visiblemente incómodo, y con un bendito padre *Beocca* que me estrechó la mano diestra pidiendo a su dios, entre lágrimas, que se apiadase de mí: Gisela habría sido pagana, pero *Beocca* la quería con locura. Aunque no podía ni verme, el obispo *Asser* me dedicó unas amables palabras, mientras el hermano *Godwin*, el monje ciego que capaz era de discernir en la mente de Dios, emitía un sonoro lamento hasta que el prelado se lo llevó de mi lado. Más tarde, *Finan* vino a verme con una jarra de hidromiel, y me cantó melancólicas melodías irlandesas. Me emborraché tanto que me olvidé de todo. Fue el único que me vio llorar aquel día. Jamás se lo dijo a nadie.

—Tenemos órdenes de regresar a *Lundene* —me dijo *Finan* al día siguiente; ajeno a todo cuanto me rodeaba, me limité a asentir—. El rey se vuelve a *Wintanceaster* —añadió—. Los lores *Etelredo* y *Eduardo* se encargarán de ir tras los pasos de Harald.

Los hombres que aún quedaban en pie de su maltrecho ejército habían cruzado el *Temes* en dirección norte, hasta que Harald, malherido e incapaz de seguir adelante, les ordenó que buscasen un refugio. Dieron con una isla cubierta de espinos, un lugar llamado *Torneie*, como no podía ser de otra manera, un islote en medio del río *Colaun*, no lejos de su confluencia con el *Temes*. Los hombres de Harald lo fortificaron: levantaron una imponente empalizada de espinos y dispusieron terraplenes. Allí los encontraron lord *Etelredo* y *Eduardo el Heredero*, y decidieron ponerles sitio. A las órdenes de *Steapa*, los hombres de la guardia de Alfredo escudriñaron *Cent* en dirección este, expulsando de aquellas tierras a los hombres de Harald que aún quedaban y recuperando gran parte del botín que habían reunido. La de *Fearnhamme* fue una victoria sonada, que confinó a Harald en un islote insalubre,

mientras el resto de sus hombres se hicieron a la mar en las naves que allí los habían llevado y abandonaron Wessex, aunque muchos de ellos se unieron a Haesten, que seguía acampado en la costa norte de Cent.

Yo estaba en Lundene. Todavía se me saltan las lágrimas al recordar cómo me recibió mi hija, Stiorra, mi pequeña huérfana de madre, que se abrazó a mí y no me soltaba. Los dos lloramos a lágrima viva; la estreché contra mí como si sólo ella pudiera atarme a la vida. Acurrucado contra el ama, Osbert, el benjamín, también lloraba. Uhtred, mi hijo mayor, seguro que había llorado hasta que se le secaron los ojos, pero no en mi presencia, y no por una contención digna de encomio, sino porque me tenía miedo. Era un chico tímido y melindroso, que me sacaba de quicio. Le había insistido en que aprendiera a manejar la espada, pero carecía de dotes para tal menester. Lo había llevado río abajo a bordo del *Lobo plateado*, pero no mostró entusiasmo por los barcos ni por el mar.

Venía conmigo en el barco el día en que volví a ver a Haesten. Habíamos salido de Lundene antes del amanecer. Bajo una luna mortecina, nos dejábamos llevar por la corriente. Alfredo había dispuesto —le encantaba dictar leyes— que los hijos de los *ealdormen* y *thegns* fuesen a la escuela, pero yo me negué a que mi hijo Uhtred acudiera al establecimiento que, a tal fin, había fundado el obispo Erkenwald en Lundene. No me importaba que mi hijo aprendiese a leer y a escribir, aunque tengo para mí que ambas habilidades están sobrevaloradas, pero no quería que escuchase las enseñanzas del obispo. Erkenwald me insistió para que le mandase al chico, pero le dije que Lundene formaba parte de Mercia, como así era por entonces y, en consecuencia, territorio no sujeto a las leyes de Alfredo. El obispo torció el morro, pero no consiguió hacerme cambiar de parecer. Prefería que mi hijo se adiestrase en las artes de la guerra y, para aquel día, a bordo del *Lobo plateado*, le había dicho que se pusiera un jubón de cuero y le había proporcionado un tahalí a su medida para que se acostumbrase a los pertrechos guerreros. En lugar de sentirse orgulloso, parecía avergonzado.

—¡Esos hombros, atrás! —le grité—. ¡Ponte derecho! ¡No eres un cachorrito!

—Sí, padre —gimoteó, con los hombros gachos mientras miraba al muelle.

—Cuando yo falte, serás el señor de Bebbanburg —añadí, pero no respondió.

—Deberíais llevarlo a Bebbanburg, mi señor —comentó Finan.

—Sí, quizá lo haga —repuse.

—Basta con poner rumbo norte y con que la travesía sea agradable —añadió Finan para animarlo, mientras le daba una palmada en la espalda—. Ya verás; te va a encantar, Uhtred. A lo mejor avistamos una ballena.

Mi hijo se lo quedó mirando, sin decir nada.

—Bebbanburg es una fortaleza que se alza junto al mar —le expliqué a mi hijo—, una gran ciudadela, barrida por el viento, batida por las olas, inexpugnable —añadí,

tragándome las lágrimas al recordar la de veces que había acariciado el sueño de ver a Gisela convertida en señora de aquel lugar.

—No es inexpugnable, mi señor —me corrigió Finan—, porque nosotros la tomaremos.

—Así será —repuse, aunque sin entusiasmo, ni siquiera ante la idea de tomar al asalto aquella plaza fuerte que me pertenecía y acabar de paso con mi tío y con todos los suyos.

Me aparté de mi apático hijo y me fui hasta la proa, bajo la cabeza de lobo; oteé el horizonte hacia el este, por donde ya apuntaba el sol. Allí, entre la bruma que se esparcía bajo el sol naciente, en la neblina en que mar y aire se confundían con el horizonte, en los reflejos que rielaban por encima del tranquilo oleaje, atisé los barcos, toda una flota.

—¡Espacio! —ordené.

Nuestros remos se alzaban y se hundían en el agua de forma tan pausada que más parecía que la bajamar nos empujase hacia aquella flota que se dirigía rumbo al norte, hacia nosotros.

—¡Fuera remos! —grité, y la nave aún redujo más la velocidad hasta detenerse y virar de costado en el sentido de la corriente.

—Debe de ser Haesten —conjeturó Finan, que se había situado a mi lado.

—Se va de Wessex —dije.

Estaba seguro de que era Haesten, y no me faltaba razón. Al cabo de un momento, uno de los barcos se separó de la flota y reparé en los destellos de las palas de aquellos remos que, con tanto esfuerzo, los hombres manejaban para acercarse a nosotros. A sus espaldas, los otros barcos seguían rumbo norte. Ahora que se les habían sumado las tripulaciones que habían desertado de los ejércitos de Harald, eran muchos más que las ochenta embarcaciones que Haesten había llevado hasta Cent. El barco que se había apartado de la flota ya estaba cerca de nosotros.

—Es el *Dragón errante* —dije, tras identificar la nave, el navío que había entregado a Haesten el día en que se había quedado con la plata de Alfredo a cambio de dos miserables rehenes.

—¿Escudos? —preguntó Finan.

—No —repuse. Si Haesten hubiera pensado en atacarnos no habría venido en un solo barco, de modo que nuestros escudos siguieron donde estaban, en el pantoque del *Lobo plateado*.

El *Dragón errante* retiró los remos a una distancia no superior a medio cuerpo de un barco; durante un momento, nuestras dos tripulaciones se quedaron mirándose. Luego, observé cómo Haesten se encaramaba al altillo del timón y me dirigía un saludo.

—¿Puedo subir a bordo? —preguntó a gritos.

—Por supuesto —respondí a voces.

Observé la diestra maniobra de los remeros de popa para virar, acercándola a la de nuestra nave. Los largos remos de ambos navíos permanecieron desarmados mientras los dos barcos se juntaban. Luego, Haesten, de un salto, subió a bordo del nuestro. Otro hombre me saludaba desde el altillo del *Dragón errante*. Me fijé mejor en él, y reparé en que era el padre Willibald. Le devolví el saludo, antes de salir al encuentro de Haesten.

Iba con la cabeza descubierta. Se me acercó con las palmas de las manos vueltas hacia mí en un gesto de impotencia y, con grave pesadumbre, acertó a decirme:

—¡Cuánto lo siento, mi señor! —y su voz sonó pesarosa y convincente—. No tengo palabras, lord Uhtred.

—Era una buena mujer —respondí.

—Y tanto. No sabéis cuánto lo siento, mi señor.

—Gracias.

Miró de soslayo a mis remeros, seguramente para hacerse una idea de las armas que llevaban, y se volvió a mí de nuevo.

—Tan triste suceso ha empañado las noticias que me han llegado de vuestra victoria. Un gran triunfo.

—Que parece haberos convencido de que debéis abandonar Wessex —repliqué cortante.

—Tras el acuerdo que alcanzamos, traté de marcharme, mi señor; pero tuvimos que reparar algunos de los barcos —añadió, al tiempo que se fijaba en Uhtred y no pasaba por alto los tachones de plata que adornaban el tahalí del chico—. ¿Vuestro hijo?

—Así es. Mi hijo Uhtred —repuse.

—Magnífico muchacho —mintió Haesten.

—Uhtred, ¡ven aquí!

Nervioso, sin dejar de mirar a todos lados, como temeroso de que alguien pudiera hacerle daño, el chaval se acercó a nosotros, con la dignidad de un patito mareado.

—Este hombre es el *jarl* Haesten, danés —le dije—. Día llegará en que acabaré con él o él acabará conmigo —Haesten se reía para sus adentros; mi hijo no apartaba los ojos de la cubierta—. Si fuera él quien acabase conmigo —añadí—, tienes la obligación de acabar con él.

Haesten esperó una respuesta por parte del joven Uhtred, pero el chico se quedó cohibido, mientras el danés esbozaba una sonrisa malévola.

—¿Qué tal mi hijo, lord Uhtred? —preguntó, como quien no quiere la cosa—. ¿Qué tal se desenvuelve en su papel de rehén?

—Hará cosa de un mes que ahogué al pequeño bastardo —contesté.

Haesten se echó a reír al escuchar mentira tan grosera.

—Ni falta que hubieran hecho rehenes —exclamó, a la vez que, con un gesto, apuntaba al *Dragón errante*—. Yo cumpliré mi parte. Ahí tenéis al padre Willibald que os lo confirmará. Iba a enviarlo a Lundene con una carta. ¿Tendríais la amabilidad de llevarlo hasta allí, mi señor?

—¿Sólo al padre Willibald? ¿No dejé dos curas en vuestras manos? —le pregunté sorprendido.

—El otro murió de un atracón de anguilas —dijo, restando importancia al asunto—. ¿Os llevaréis a Willibald con vos?

—Claro que sí —contesté, sin dejar de mirar la flota que seguía adelante, hacia el norte—. ¿Adónde os dirigís?

—Al norte —respondió Haesten, como si nada—; a Anglia Oriental o a cualquier otra parte. No a Wessex, desde luego.

No quería decirme a dónde se dirigían, pero estaba claro que sus barcos ponían rumbo a Beamfleot. Allí nos habíamos enfrentado cinco años antes, y es muy posible que Haesten no guardase buen recuerdo de aquel sitio. Aquel lugar, en la ribera norte del estuario del Temes, ofrecía dos ventajas singulares. De un lado, la ensenada conocida como Hothlege, al resguardo de la isla de Caninga, donde bien podían refugiarse trescientos barcos, y el viejo fuerte, en lo alto de la verde colina que se alzaba a sus espaldas, de otro. Era un sitio seguro, mucho más que el campamento que, sólo con la intención de extorsionar a Alfredo con tal de que se marchara de allí, Haesten había plantado en la costa de Cent. En Beamfleot, dispondría de una fortaleza prácticamente inexpugnable, al tiempo que se mantenía a muy escasa distancia de Lundene y de Wessex. Era taimado como una serpiente.

El padre Willibald no pensaba lo mismo. Fue preciso acercar los dos barcos hasta tocarse para que el cura pasase a gatas de uno a otro. Se tumbó cuan largo era en la cubierta del *Lobo plateado*, y dirigió a Haesten un cordial gesto de despedida, que me hizo sonreír antes de que, de un salto, el danés regresase a su embarcación.

El cura se me quedó mirando sin saber qué decir. Tan pronto su rostro revelaba pesadumbre como alegría, expresiones que iban acompañadas de gestos nerviosos como si tratase de dar con las palabras más adecuadas a ambos estados de ánimo. Pesó más la congoja.

—Mi señor, decidme, os lo ruego, que no es cierto lo que me han contado.

—Lo es, padre.

—¡Dios mío! —exclamó, negando con la cabeza y santiguándose—. Todas las noches, señor, rezaré por su alma y por las almas de vuestros hijos —al observar mi tristeza, su voz pareció quebrarse, pero, en esta ocasión, pudo más la alegría que sentía—. Traigo magníficas, espléndidas noticias, mi señor —y sin hacer caso de la cara que ponía, se volvió para recoger el triste morrión que, con sus pertenencias, le habían arrojado desde el *Dragón errante*.

—¿Qué noticias son ésas? —me interesé.

—Tienen que ver con el *jarl* Haesten, mi señor —me contestó, entusiasmado—. Me ha pedido que bautice a su esposa y a sus dos hijos, mi señor —añadió muy sonriente, invitándome a compartir su alegría.

—¿Que os ha pedido qué? —le pregunté sorprendido.

—¡Que su familia quiere el bautismo! ¡He escrito una carta en su nombre, dirigida a nuestro rey! Parece que nuestra labor ha dado sus frutos, mi señor. La esposa del *jarl*, que Dios la colme de bendiciones, ¡ha visto la luz y desea participar de la redención de Nuestro Señor! Ha aprendido a amar a Nuestro Salvador, mi señor, y su esposo le ha dado el consentimiento para que se convierta —me lo quedé mirando con la esperanza de que mi gesto de desdén lo bajase de las nubes, pero Willibald no era hombre propenso al desaliento, así que volvió a la carga con entusiasmo—: ¿No os dais cuenta, mi señor? Si su esposa se convierte, él seguirá sus pasos. Siempre pasa lo mismo, mi señor: la esposa es la primera en adentrarse por el camino de la salvación, ¡y cuando ella lo emprende, el esposo la sigue!

—Nos está engatusando para que nos durmamos en los laureles, padre —repliqué.

El *Dragón errante* ya se había unido a la flota, que seguía adelante, rumbo norte.

—El *jarl* es un alma que no encuentra sosiego —continuó Willibald—; más de una vez me lo ha dicho —añadió alzando los brazos al cielo, donde una miríada de aves acuáticas agitaba las alas en dirección sur—. Cuando un pecador se arrepiente, hay regocijo en el cielo, mi señor. ¡Está a un paso de ser redimido! Y cuando un caudillo se convierte, su pueblo le imita y sigue a Cristo.

—¿Caudillo, decís? —rezongué—. Haesten no es más que una cagarruta, una mierda pinchada en un palo. Lo único capaz de desasosegarlo, padre, es la codicia. No nos quedará más remedio que matarlo.

Willibald hizo oídos sordos a mis sarcásticas palabras, y fue a sentarse al lado de mi hijo. Me quedé mirándolos mientras hablaban, y me pregunté por qué Uhtred nunca prestaba atención a las conversaciones que yo mantenía con él y, sin embargo, escuchaba embelesado los comentarios de Willibald.

—¡Ojito con llenarle la cabeza de pájaros! —grité.

—De eso, precisamente, estábamos hablando, mi señor —repuso el cura, con agudeza—, de los lugares adonde migran en invierno.

—¿Adónde van?

—Supongo que al otro lado del mar —apuntó.

La corriente perdió fuerza, se encalmó y cambió de sentido, de modo que nos dejamos llevar y la seguimos río arriba. Pensativo, me acomodé en el altillo junto a Finan, que mantenía con firmeza el imponente timón. Mis hombres remaban pausadamente, encantados de ir en el sentido de la corriente, mientras cantaban el himno de Aegir, dios del mar, y de Rán, su esposa, y de sus nueve hijas, divinidades a

las que conviene encomendarse para que un barco salga con bien de aguas turbulentas. Lo canturreaban porque sabían que me gustaba. En aquel instante, se me antojó anodino y carente de sentido, de modo que no me uní a ellos. Me limité a contemplar la capa de humo que se cernía sobre Lundene, aquella negrura que mancillaba el cielo estival, y pensé que me hubiera gustado ser pájaro, volar y desaparecer por encima de la nada.

* * *

La carta de Haesten pareció devolver la vida a Alfredo. Según él, la misiva era una muestra más del favor divino, afirmación con la que el obispo Erkenwald estuvo de acuerdo, como no podía ser de otra manera. Al decir del prelado, el mismo dios que había acabado con los paganos en Fearnhamme había obrado el milagro en el corazón de Haesten. Willibald partió para Beamfleot con una carta de invitación dirigida a Haesten para que acudiese a Lundene con su familia, donde Alfredo y Etelredo actuarían como padrinos de Brunna, del joven Haesten y de Horic, el de verdad. Nadie se molestó en recordar que el rehén sordomudo también era hijo del danés. El desliz quedó barrido por el entusiasmo que reinaba en Wessex a finales de aquel verano que, poco a poco, dejaba paso al otoño.

El rehén sordomudo quedó adscrito a mi servicio. Me dio por llamarlo Harald. Era un muchacho despierto, y lo puse a trabajar en la armería, donde pronto destacó por su destreza con la piedra de amolar y no tardó en dar muestras de interés por toda clase de armas. Por si fuera poco, tenía a Skade presa en casa. Nadie quería hacerse cargo de ella. Durante un tiempo la exhibí en una jaula a la puerta de casa, pero tal humillación poco consuelo era para la maldición que me había caído encima. Nada valía como rehén, puesto que su amado se lamía las heridas en el islote de Torneie. Así que una noche me la llevé río arriba en uno de los barcos pequeños que teníamos al otro lado del puente en ruinas de Lundene.

El islote estaba cerca de la ciudad. Con una treintena de hombres a los remos, llegamos a la confluencia con el río Colaun antes del mediodía. Nos adentramos lentamente en el pequeño río. No había gran cosa que ver. Los hombres de Harald, menos de trescientos, habían levantado un muro de tierra coronado por una tupida empalizada de espino. Tras aquella defensa de pinchos, sobresalían algunas lanzas, pero no se veía ni una sola techumbre: en Torneie no había madera para hacer cabañas. Perezoso, entre marismas y cañaverales, el río discurría a ambos lados del islote; a lo lejos, los dos campamentos de las fuerzas sajonas que habían puesto sitio a la isla. Un par de barcos de Mercia, además, permanecían amarrados en mitad de la corriente para impedir que los daneses pudieran recibir víveres.

—Ahí está vuestro enamorado —le dije a Skade, señalando a los espinos. Ordené a Ralla, que iba al timón, que nos acercara a la isla lo más que pudiera y, cuando la

proa de la nave ya casi tocaba los juncos, llevé a rastras a la joven y repetí—: Ahí tenéis a vuestro amante, cojo, impotente.

Algunos daneses que habían desertado nos habían informado de que Harald había resultado herido en la pierna izquierda y en la entepierna. *Aguijón-de-avispa* le había penetrado por debajo del faldón de la cota de malla; recordé cómo, tras dar en hueso, arremetí con fuerza, de forma que el acero había seguido su camino muslo arriba, desgarrando músculos y cortando venas hasta la entepierna. La pierna se le había gangrenado, y habían tenido que amputársela. Pero seguía con vida, y quizá fuera su odio implacable lo que mantenía vivos a sus hombres, que se encaraban con un futuro que nada tenía de prometedor.

Skade no abrió la boca. Se quedó mirando el muro coronado de espinos tras el que sobresalían las puntas de lanza. Llevaba una túnica de esclava, muy ceñida a la altura de su estrecha cintura.

—Se han comido hasta los caballos; se alimentan de anguilas, ranas y peces —le dije.

—Saldrán adelante —repuso en tono sombrío.

—Están atrapados —añadí con desdén—, y esta vez Alfredo no les ofrecerá oro para que se marchen. Este invierno, cuando ya no tengan qué comer, Alfredo acabará con ellos, de uno en uno, ¿me oís?

—Sobrevivirán —insistió.

—¿Acaso sois capaz de leer el futuro?

—Así es —replicó. Acaricié el martillo de Thor.

La odiaba y, sin embargo, me costaba apartar los ojos de ella. Se le había dispensado el don de la belleza, no muy diferente de la elegancia de las armas: una hermosura refinada, contundente, resplandeciente. Aun cautiva, desgredada y cubierta de harapos como estaba, llamaba la atención. Sus labios y sus espesos cabellos dulcificaban los ángulos de su rostro. Mis hombres no le quitaban los ojos de encima. Soñaban con que se la entregase para gozar de ella y, después, matarla. La consideraban una bruja danesa, tan peligrosa como apetecible. De sobra sabía que había sido su maldición la que me había arrebatado a Gisela y que nada habría dicho Alfredo si la hubiese ejecutado, pero no podía hacerlo: me tenía hechizado.

—Sois libre de ir con ellos —le dije.

Se me quedó mirando con sus enormes ojos oscuros, y no dijo nada.

—Saltad del barco —añadí. No estábamos lejos de la orilla que, en pendiente, subía a Torneie; le bastaba con nadar un par de pasos, haría pie y enseguida estaría en tierra firme—. ¿Sabéis nadar?

—Sí.

—Id a su lado, pues —insistí, armándome de paciencia—. ¿No aspiráis a ser reina de Wessex? —le pregunté en tono de mofa.

Volvió la vista de nuevo hacia la isla lóbrega.

—Tengo sueños en los que se me aparece Loki —me dijo en voz baja.

Loki era un dios renegado, la vergüenza de Asgard, un dios que merecía la muerte. Loki era para nosotros lo que la serpiente del paraíso para los cristianos.

—¿Os habla de maldades? —le pregunté.

—Está triste —respondió—, y no para de hablar. Yo procuro consolarlo.

—¿Qué tiene eso que ver con que saltéis del barco?

—No es ése mi destino.

—¿Os lo ha dicho Loki?

Asintió con la cabeza.

—¿Os dijo que seríais reina de Wessex?

—Sí —repuso tranquilamente.

—Pero Odín es más fuerte —le dije. Ojalá Odín hubiera pensado más en Gisela y menos en Wessex. En ese momento, me pregunté por qué los dioses habrían consentido que los cristianos se alzaran con la victoria en Fearnhamme en lugar de permitir que los suyos se apoderasen de Wessex; pero ya se sabe que los dioses son caprichosos y traviosos, aunque ninguno tan loco como el pícaro Loki—. ¿Y qué os dice Loki en estos momentos? —le pregunté con aspereza.

—Que me deje llevar.

—No os necesito. Así que saltad del barco, nadad y morid de hambre.

—No es ése mi destino —repitió con voz apagada, como si su alma careciera de vida.

—¿Qué tal si os doy un empujón?

—No lo haréis —repuso muy convencida, y estaba en lo cierto.

La dejé en la proa, mientras el barco viraba y la corriente nos llevaba de vuelta al Temes y a Lundene. Aquella noche la saqué de la despensa donde la tenía encerrada. Le dije a Finan que nadie se metiese con ella, que la dejasen ir donde quisiese, que era libre. A la mañana siguiente, engurruñada y en silencio, seguía en el patio de mi casa, sin quitarme los ojos de encima.

Trabajó como esclava en las cocinas. Las criadas y las otras esclavas le tenían miedo. Siempre callada y lánguida, como si la vida la hubiese abandonado. La mayoría de las personas que trabajaban en mi casa eran cristianas y, cuando se cruzaban con ella, se santiguaban; con todo, obedecieron mis órdenes y nadie la molestó. Podía haberse marchado cuando hubiera querido, pero se quedó. Podía habernos envenenado a todos, pero nadie cayó enfermo.

El otoño trajo vientos fríos y húmedos. Salieron correos hacia las tierras del otro lado del mar y los reinos galeses para anunciar el bautizo de la familia de Haesten, acompañados de invitaciones para enviar testigos a la ceremonia. Como es de suponer, Alfredo consideraba que la decisión de Haesten de sacrificar a su esposa y a

sus hijos era una hazaña no menor que la de Fearnhamme, y ordenó que engalanasen las calles de Lundene con banderolas para dar la bienvenida a los daneses. Alfredo se presentó en la ciudad a última hora de una tarde en que llovía a cántaros. Nada más llegar, se dirigió al palacio que ocupaba el obispo Erkenwald en lo alto de la colina, al lado de la iglesia reconstruida. Aquella misma noche se celebró un oficio de acción de gracias al que me negué a asistir.

A la mañana siguiente, acudí al palacio con mis tres hijos. Etelredo y Etelfleda, que cuando las circunstancias así lo exigían simulaban ser un matrimonio bien avenido, también estaban en Lundene. Etelfleda me dijo que le encantaría que mis tres hijos jugasen con su hija.

—¿Significa eso que no tenéis pensado ir a la iglesia? —le pregunté.

—Allí estaré —me dijo, con una sonrisa—. Confiamos en que Haesten no falte.

Las campanas de todas las iglesias de la ciudad repicaban para recibir a los daneses. A pesar de la incesante y fría lluvia del este que caía, las calles estaban atestadas.

—Vendrá —repuse.

—¿Por qué estáis tan seguro?

—Se pusieron en camino al amanecer —había apostado vigías en las marismas del estuario del Temes; al alba, mis ojeadores habían encendido fogatas para advertirme de que los barcos habían dejado atrás la ensenada de Beamfleot y se dirigían río arriba.

—Lo único que busca es que mi padre no vaya contra él —dijo Etelfleda.

—Es una comadreja de mierda.

—Va tras Anglia Oriental —continuó—. Eohric es un rey débil y Haesten no dudaría en ceñirse su corona.

—Es posible —repuse no muy convencido—; pero estoy seguro de que preferiría quedarse con Wessex.

Etelfreda negó con la cabeza.

—Mi marido tiene un informador en su campamento, y le asegura que Haesten se dispone a atacar Grantaceaster.

Grantaceaster era la plaza donde el nuevo rey danés de Anglia Oriental había establecido su capital. Una ofensiva bien pensada bastaría para que Haesten se hiciese con el trono. Porque, sin duda, iba detrás de una corona, y todo el mundo coincidía en afirmar que Eohric era un gobernante débil. Pero Alfredo había firmado un tratado con Guthrum, el monarca que lo había precedido, por el que Wessex se comprometía a no intervenir en los asuntos internos de Anglia Oriental. De modo que, si las ambiciones de Haesten pasaban por aquel trono, ¿por qué buscaba complacer a Alfredo? Estaba claro que Haesten quería apoderarse de Wessex, pero la victoria de Fearnhamme le había abierto los ojos acerca de los riesgos que entrañaban sus

ambiciosos proyectos. En ese momento, caí en la cuenta de que había un trono vacante, y todas las piezas encajaron.

—Creo que está más interesado en Mercia —aventuré.

Etelreda reflexionó un momento, y negó de nuevo con la cabeza.

—En ese caso, se enfrentaría con nosotros y con Wessex. El espía de mi marido está convencido de que Anglia Oriental es su objetivo.

—Ya veremos.

Eché un vistazo a la estancia contigua, donde los niños se entretenían con unos juguetes de madera.

—Uhtred ya tiene edad para ir a la iglesia —comentó.

—No voy a dejar que reciba una educación cristiana —repliqué muy decidido.

Me dedicó una sonrisa levemente desdeñosa, acompañada de aquel precioso mohín que tantas veces le había visto de niña.

—Mi querido lord Uhtred, el caso es ir siempre contra corriente.

—¿Qué me decís de vos, señora? —pregunté a mi vez, recordando que había estado a punto de fugarse con un danés.

—Mi marido y yo estamos en el mismo barco —respondió con un suspiro; aparecieron unos sirvientes para anunciar que Etelredo reclamaba su presencia. Al parecer, Haesten se acercaba a las murallas de la ciudad.

Llegó en el *Dragón errante*, que quedó fondeado en uno de los carcomidos embarcaderos que había más allá de mi casa. Con mantos de piel y coronas de bronce, Alfredo y Etelredo acudieron a recibirlo. Sonaron las trompas y retumbaron los tambores al ritmo de una briosa marcha que quedó un tanto deslucida cuando, al arreciar la lluvia, se destensaron las pieles de las cajas. Supongo que por consejo de Willibald, Haesten se presentó sin armadura y sin armas, aunque su largo manto de cuero era lo bastante holgado como para ocultar una espada. Llevaba las trenzas de la barba recogidas con unas tiras de cuero, y hubiera jurado que en una de ellas disimulaba el amuleto del martillo. Su esposa y sus dos hijos vestían blancos hábitos penitenciales y, descalzos, se unieron al cortejo que ya se disponía a subir hasta la cima de la colina de Lundene.

Su mujer se llamaba Brunna, aunque aquel día recibiría un nuevo nombre cristiano. Menuda y rechoncha, miraba nerviosa a todas partes como si temiese que las multitudes que se agolpaban en las estrechas calles fueran a hacerle algo. Me llamó la atención lo poco agraciada que era. Para Haesten, un hombre ambicioso que aspiraba a ser reconocido como uno de los grandes señores de la guerra, el donaire de su esposa era tan importante como su esplendorosa armadura o las riquezas de que hacían gala sus secuaces. Pero Haesten no se había casado con Brunna por sus atractivos. Se había unido en matrimonio con ella por la dote, de la que se había servido para iniciar su encumbramiento. Era su esposa, pero me imaginé que no era

su compañera de cama, ni de casa ni de nada. Deseaba que se bautizase porque para él no significaba nada, aunque Alfredo, con su elevada visión del matrimonio, jamás habría comprendido tamaña hipocresía. Dudo mucho que sus hijos se tomaran el bautismo en serio, y estoy seguro de que, en cuanto dejaran atrás Lundene, les ordenaría que se olvidasen de la ceremonia en cuestión. La religión puede influir y mucho en los niños, de ahí que más valga educarlos en el sentido común.

Un coro de monjes abría el cortejo, seguido por unos niños que llevaban ramas verdes; detrás, más frailes, un grupo de abades y obispos, y Steapa, al frente de cincuenta hombres de la guardia real, que marchaban justo delante de Alfredo y sus invitados. El rey, que no se encontraba bien, caminaba despacio. Se había negado a subirse a una carreta. Habían recuperado el viejo carrozco que habíamos volcado en los alrededores de Fearnhamme, pero Alfredo insistió en ir a pie para acercarse a su dios con humildad. De vez en cuando, se apoyaba en Etelredo, de forma que el rey y su yerno cojeaban penosamente mientras enfilaban colina arriba. Etelfleda iba un paso por detrás de su marido; tras ella y después de Haesten, los embajadores de Gales y Frankia que habían acudido como testigos del milagro de la conversión de aquellos daneses.

Haesten pareció dudar a la hora de entrar en la iglesia. Sospecho que pensaba que le tendían una celada. Pero Alfredo le animó a hacerlo. Recelosos, los daneses entraron en el templo, donde lo más amenazador que vieron fue una bandada de frailes con sus hábitos negros. La iglesia daba cobijo a una preciosa y pequeña nave. Yo no tenía pensado acudir, pero Alfredo me había enviado un emisario para que no faltase. Así que allí estaba, al fondo del templo, observando el humo que echaban unos imponentes velones y escuchando los cánticos de los monjes que, a ratos, quedaban amortiguados por la intensa lluvia que caía sobre la techumbre de paja. Una multitud se había congregado en la pequeña explanada que se extendía a la puerta del santuario, desde donde, subido a un taburete, un cura desastrado repetía a voz en cuello las palabras del obispo Erkenwald para que la muchedumbre, calada hasta los huesos, tuviese la oportunidad de oírlas a pesar del viento y la lluvia.

Llenas hasta la mitad de agua del Temes, ante el altar había tres cubas con zunchos de plata. Brunna, que no entendía nada, fue invitada a introducirse en el barril del centro. Cuando se metió en el agua fría, lanzó un grito de espanto, y allí se quedó, tiritando y con los brazos cruzados sobre el pecho. Sin contemplaciones, sus hijos fueron a parar a las cubas situadas a los lados; luego, los obispos Erkenwald y Asser vertieron sendos cazos de agua sobre las cabezas de los espantados muchachos.

—¡Mirad que el espíritu desciende sobre vosotros! —gritó el obispo Asser, al tiempo que calaba a los neófitos.

A continuación, ambos obispos secaron los cabellos de Brunna, y pronunciaron su nuevo nombre cristiano, Etelbruna. Alfredo no cabía en sí de gozo. Ateridos, los tres

daneses no dejaban de temblar, mientras un coro de niños ataviados con túnicas blancas entonaba un cántico que parecía no tener fin. Recuerdo que Haesten se volvió despacio, me buscó con la mirada y alzó una ceja haciendo grandes esfuerzos para no echarse a reír. Sospeché que se lo había pasado en grande con la humillación acuosa a que había sido sometida su poco atractiva mujer.

Al finalizar la ceremonia, Alfredo se quedó un rato conversando con Haesten; luego, los daneses se marcharon, cargados de regalos. El rey les entregó un cofre repleto de monedas, un gran crucifijo de plata, unos evangelios y un relicario con un hueso de un dedo de la mano de san Etelburgo, un santo al que, por lo visto, lo habían subido al cielo con unas cadenas de oro, pero que debió de dejarse un dedo por el camino. Cuando el *Dragón errante* comenzó a apartarse del embarcadero, la lluvia caía con más fuerza si cabe. Escuché cómo Haesten les gritaba una orden a los remeros y observé cómo las palas se hundían en las inmundas aguas del Temes y la nave ponía rumbo al este.

Por la noche se había organizado una fiesta para celebrar los acontecimientos de aquel día grande. Al parecer, Haesten había disculpado su asistencia, una falta de cortesía por su parte, ya que el banquete y la cerveza eran en su honor. Probablemente, fue una sabia decisión por su parte. Si bien no estaba permitido llevar armas en la residencia real, la cerveza seguramente habría sido motivo de querellas entre sajones y hombres de Haesten. En cualquier caso, Alfredo restó importancia al gesto. Estaba de veras encantado. Quizá ya se hubiera percatado de que la muerte lo acechaba. Aun así, no olvidaba que su dios le había colmado de bondades: había contemplado la cruel derrota de Harald y había asistido al bautizo de los parientes más próximos de Haesten.

—Creo que dejaré un Wessex en condiciones —oí que le decía al obispo Erkenwald.

—Confío en que pasen muchos años antes de que eso ocurra, mi señor —contestó Erkenwald con unción.

—Eso está en manos de Dios, obispo —dijo Alfredo, dándole una palmada en el hombro.

—Pero Dios escucha las plegarias de su pueblo, mi señor.

—En ese caso, rezad por mi hijo —respondió el rey, al tiempo que se volvía hacia Eduardo, quien, incómodo, ya estaba sentado en la mesa de respeto.

—Siempre lo hago —repuso el obispo.

—Hacedlo ahora, pues —insistió Alfredo, de buen talante—, para que Dios tenga a bien bendecir este banquete.

Erkenwald aguardó a que el rey se sentase en la cabecera de la mesa principal y, en voz alta, recitó una larga oración, pidiendo a su dios que bendijese aquella comida, que se estaba enfriando, y dándole gracias por la paz que tan buen futuro auguraba

para Wessex.

Pero su dios no lo escuchaba.

* * *

Fue precisamente durante aquella celebración cuando comenzaron los problemas. Me imagino que los dioses se aburrían con nosotros. Echaron un vistazo a la tierra, repararon en lo contento que parecía Alfredo y, caprichosos como son, decidieron que ya había llegado la hora de jugar un rato a los dados.

Estábamos en el espléndido palacio romano, un edificio de ladrillo y mármol, parcheado aquí y allá con pajas y zarzas sajonas. Había un estrado reservado para el trono en el que, para la ocasión, se había dispuesto un largo caballete cubierto con manteles verdes, que hacía las veces de mesa. Flanqueado por Ælswith, su esposa, y Etelfleda, su hija, Alfredo se sentaba en el centro del lado más largo de aquella mesa improvisada. Aparte de las criadas, eran las únicas mujeres allí presentes. Etelredo estaba sentado a continuación de Etelfleda, y Eduardo, al otro lado de su madre. Los otros seis asientos los ocupaban el obispo Erkenwald, el obispo Asser y los representantes de más alto rango de otros reinos. En uno de los extremos del estrado, acompañándose al arpa, un juglar entonaba un largo himno de alabanza al dios de Alfredo.

En el piso, a los pies del estrado, entre las columnas de la estancia, se habían montado otros cuatro caballetes que sustituían a otras tantas mesas, donde comían los invitados, eclesiásticos y guerreros en confusa mezcolanza. Entre Finan y Steapa, me acomodé en el rincón más apartado del recinto. He de confesar que estaba de muy mal humor. No me cabía la menor duda de que habíamos asistido a una tomadura de pelo por parte de Haesten. El rey, uno de los hombres más prudentes que he conocido en mi vida, sentía debilidad por su dios, y ni se le pasó por la cabeza que las supuestas concesiones del danés respondieran a una calculada estrategia política. Según Alfredo, todo era mucho más sencillo: su dios había obrado un milagro. Tanto por su yerno como por sus propios espías, estaba al corriente de que Haesten ambicionaba el trono de Anglia Oriental, pero no era un asunto que le preocupase en demasía, puesto que ya se había resignado a que ese territorio estuviera en manos danesas. Soñaba con recuperarlo, pero tenía muy clara la diferencia entre lo que era posible y lo que no dejaba de ser sino un deseo inalcanzable. En los últimos años de su vida, Alfredo siempre se refería a sí mismo como rey de los Angelcynn, es decir, rey de los ingleses, entendiendo por tal que su autoridad se extendía sobre todos los territorios britanos donde se hablaban lenguas sajonas. De sobra sabía que tal título era una quimera, no una realidad. Alfredo había afianzado el territorio de Wessex y ejercía su autoridad sobre gran parte de Mercia, pero el resto de los Angelcynn eran súbditos de los daneses, y poco podía hacer para cambiar las cosas. Aun así, se sentía

orgullosa de haber hecho de Wessex un reino respetado, capaz de derrotar al gran ejército de Harald y obligar a Haesten a que solicitase el bautismo para los suyos.

Tales eran las cosas que me rondaban por la cabeza, mientras Steapa mascullaba más que hablaba algo que apenas podía oír, y Finan contaba chistes malos, que yo le reía. Lo único que deseaba era salir de allí cuanto antes. Las celebraciones de Alfredo tenían poco de festivas. La cerveza era escasa, y los espectáculos elegidos, siempre de carácter edificante. Tres monjes salmodiaron una larga plegaria en latín; a continuación, un coro de niños interpretó una cancioncilla acerca de si eran los corderos de dios, que bastó para que Alfredo se sintiera casi en éxtasis.

—¡Maravilloso! ¡Realmente precioso! —exclamó cuando los chavales, ataviados con sobadas túnicas, dieron por concluida la marramizada.

Me temí lo peor, que estuviera a punto de pedirles que entonaran otra canción. Pero el obispo Asser se inclinó por detrás de Ælswith y debió de proponer algo que hizo que al rey se le iluminasen los ojos.

—Hermano Godwin —llamó en voz alta al monje ciego—. ¡Hace ya unas cuantas semanas que no nos cantáis nada!

El joven monje pareció sorprendido. Uno de los comensales lo tomó del brazo y lo acompañó hasta el lugar que hasta entonces habían ocupado los niños, que, en aquel instante y al cuidado de una monja, abandonaban el recinto. Allí estaba el hermano Godwin, solo, mientras el arpista arrancaba algunos acordes de las cuerdas de crin de caballo de su instrumento. En ningún momento se me pasó por la cabeza que el monje ciego se pusiera a cantar, pero el caso es que comenzó a echar la cabeza adelante y atrás, mientras la música sonaba más rápida e inquietante. Algunos de los presentes se santiguaron; el fraile empezó a emitir una especie de sordo lamento.

—Está chiflado —le dije a Finan en un susurro.

—No, mi señor —me respondió en el mismo tono, al tiempo que se señalaba la cruz que siempre llevaba al cuello—; está poseído. He visto santones en Irlanda que hacían cosas parecidas —añadió en voz baja.

—El espíritu habla a través de él —intervino Steapa, sobrecogido.

Alfredo debió de escuchar nuestros cuchicheos, porque nos miró con gesto de disgusto. Nos callamos la boca. De repente, Godwin comenzó a retorcerse y profirió un grito que retumbó por las paredes de la estancia. Antes de escaparse por el agujero practicado en el tejado de la villa romana, el humo de los braseros parecía pegársele alrededor del cuerpo.

Mucho tiempo después, me enteré de que había sido el obispo Asser quien había descubierto al hermano Godwin, un joven monje ciego, confinado en una celda del monasterio de Æthelingæg. Así lo había dispuesto el abad, convencido de que el joven estaba como una cabra. Pero el obispo Asser había llegado a la conclusión de que Godwin escuchaba realmente la voz de su dios, y llevó al monje a presencia de

Alfredo, quien, al enterarse que procedía del mismo lugar en que había superado el momento más crítico de su reinado, lo recibió con los brazos abiertos.

Godwin comenzó a gemir. Emitía unos sonidos parecidos a los de alguien que está sufriendo lo indecible; el arpista retiró las manos de su instrumento. Desde las oscuras estancias traseras del palacio, unos perros respondieron con aullidos a tales gañidos.

—Es el espíritu santo que desciende —musitó Finan con fervor.

En ese instante, Godwin lanzó un grito estremecedor, como si le estuvieran sacando las tripas.

—Alabado sea Dios —dijo Alfredo.

El rey y su familia no le quitaban los ojos de encima. El monje estaba de pie en la posición de un crucificado; al cabo, bajó los brazos y comenzó a hablar. Se estremecía mientras hablaba; su voz tan pronto se alzaba como se volvía un susurro, tan pronto profería alaridos como se tornaba inaudible. Al principio, sus palabras sonaron incoherentes, como si hablase una lengua desconocida. Poco a poco, sin embargo, en medio de aquella jerigonza, comenzaron a escucharse frases llenas de sentido. Alfredo era el elegido de Dios. Wessex, la tierra prometida, que manaba leche y miel. Las mujeres habían traído el pecado al mundo. Los resplandecientes ángeles de Dios nos guardaban bajo sus alas. El Altísimo es terrible. Las aguas de Israel se habían convertido en sangre. La puta de Babilonia está entre nosotros.

Hizo un alto tras decir esto último. El arpista, que había discernido una cierta cadencia en las frases sincopadas de Godwin, tocaba suavemente, pero las manos dejaron de pulsar las cuerdas de nuevo cuando el monje, con su mirada carente de expresión, recorrió la estancia y compuso un gesto de sorpresa.

—¡La puta! —comenzó a gritar—. ¡La puta, la puta, la ramera está entre nosotros! —al tiempo que emitía una especie de maullido; las piernas le flaquearon y comenzó a sollozar.

Nadie dijo nada. Nadie se movió. Escuché el viento que soplaba por el agujero del tejado; pensé en mis hijos, a quienes había dejado en los aposentos de Etelfleda, y me pregunté si estarían escuchando aquella locura.

—¡La puta! —repitió Godwin, convirtiendo esa palabra en un prolongado y palpitante aullido; se puso en pie de nuevo, y pareció de pronto estar en sus cabales—. La puta se ha instalado entre nosotros, mi señor —le dijo a Alfredo con voz normal.

—¿La ramera? —preguntó el rey, por si había oído mal.

—¡La puta! —gritó Godwin de nuevo, antes de recobrar la cordura—. La puta, mi rey, el gusano de la fruta podrida, la rata que se esconde en el granero como la langosta en el trigal, o la enfermedad en el hijo de Dios. Atribula a Dios, mi señor —añadió, antes de echarse a llorar.

Acaricié el martillo de Thor. Godwin estaba mucho más loco de lo que yo había imaginado, pero los cristianos allí presentes lo miraban arrobados, como si fuera un regalo llovido del cielo.

—¿Dónde está Babilonia? —le pregunté a Finan en un susurro.

—No lo sé, mi señor. Muy lejos de aquí, quién sabe; puede que incluso más lejos que Roma —me contestó en voz baja.

Godwin sollozaba en silencio, pero no decía nada. Con un gesto, Alfredo indicó al músico que se pusiera a tocar.

Pulsó las cuerdas de nuevo, Godwin reaccionó y retomó su cantinela.

—Babilonia, donde reside el demonio —gritó—. La puta es la hija del diablo, la levadura del pan se revendrá. La puta está entre nosotros. La puta murió y el maligno la resucitó. La puta nos destruirá. ¡Detente! —ordenó al músico que, sobrecogido, no dudó en acercar las manos de las cuerdas para que dejaran de vibrar.

—Dios está de nuestra parte. ¿Quién podrá destruirnos? —preguntó Alfredo con voz afable.

—La ramera puede acabar con nosotros —dijo el obispo Asser; no estaba muy seguro, pero pensé que me había mirado a mí, aunque dudo que pudiera verme porque estaba sentado en la penumbra.

—¡La puta, necio! —le gritó el monje a Alfredo—. ¡La puta!

Nadie le reprendió por haber llamado necio al rey.

—¡Dios velará por nosotros! —aseguró el obispo Erkenwald.

—La puta estaba entre nosotros, y la puta murió y Dios la envió al fuego del infierno; el diablo la resucitó, y aquí la tenemos de nuevo —afirmó Godwin con aplomo—. ¡Está aquí! ¡Su hedor corrompe al pueblo elegido de Dios! ¡Debe ser descuartizada y sus pútridos restos arrojados a las profundidades del mar! ¡Así lo manda Dios! ¡Dios, que se lamenta en el cielo porque no obedecéis sus mandamientos, os ordena que matéis a la puta! ¡Dios está afligido y apesadumbrado! ¡Dios está afligido! ¡Como gotas de fuego, las lágrimas de Dios caerán sobre nosotros! ¡Y es la puta quien le hace llorar!

—¿Quién es la ramera? —preguntó Alfredo.

Finan me apretó el brazo a modo de advertencia.

—Antes se llamaba Gisela —acababa de musitar Godwin.

Al principio, pensé que había oído mal. Pero los hombres me miraban, y Finan me sujetaba el brazo. Estaba seguro de que había entendido mal, pero entonces el monje empezó a canturrear de nuevo.

—Gisela, la gran puta, ahora se llama Skade. ¡Inmundicia con humano disfraz, la puta de la podredumbre, una cagada del diablo con pechos, una puta, esa Gisela! ¡Dios la mató porque era inmunda y ahora ha vuelto a la vida!

—No —me dijo Finan, aunque sin apremio, al ver que me ponía en pie.

—¡Lord Uhtred! —gritó Alfredo. Esbozando una media sonrisa, el obispo Asser no dejaba de mirarme, mientras el monje por él instruido aún se retorció y gritaba—. ¡Lord Uhtred! —alzó de nuevo la voz el rey, dando un manotazo en la mesa.

Un par de zancadas y ya estaba en mitad de la estancia; agarré a Godwin por los hombros y le obligué a volver sus ciegos ojos hacia mí.

—¡Lord Uhtred! —volvió a decir Alfredo, puesto en pie.

—Mientes, monje —le dije.

—¡Era inmunda! —continuó Godwin, escupiéndome y dándome puñetazos en el pecho—. Vuestra esposa era la puta del diablo, una puta detestada por Dios, y vos sois instrumento del maligno, ¡vos, el marido de una puta, pagano y pecador!

Se armó un alboroto. No me daba cuenta de nada. Sólo atendía a la cólera que me consumía, que estallaba, que inundaba mis oídos con sus aullidos. No llevaba armas. Era una residencia real, y nadie podía llevarlas. Y aquel monje loco me pegaba y me gritaba. Alcé la mano derecha y la descargué sobre él.

Sólo a medias lo alcancé. Presintiendo el golpe antes de recibirlo quizá, dio un paso atrás con rapidez, y sólo acerté a darle en la mandíbula, dislocándosela, de forma que el mentón se le desencajó y comenzó a sangrar por la boca. Escupió un diente y dio un salto salvaje hacia mí.

—¡Basta! —gritó Alfredo.

Los hombres por fin reaccionaron, pero me pareció que se movían con excesiva lentitud, mientras Godwin me lanzaba sanguinolentos esputos.

—¡Amante de una puta! —rezongó, o eso creo que fue lo que dijo.

—¡Basta! ¡Os lo ordeno! —exigió Alfredo.

—¡Marido de una puta! —dijo la boca ensangrentada con toda claridad.

Le golpeé de nuevo, y aquel segundo golpe le partió el cuello.

No pretendía matarlo, sólo hacerle callar, pero oí el crujido del cuello al quebrarse, y cómo, de forma grotesca, se le caía la cabeza hacia un lado; tropezó después con uno de los braseros y sus cabellos cortos y negros se prendieron fuego. Se desplomó sobre los mosaicos rotos que cubrían el suelo, y la estancia se impregnó de un hedor a pelo chamuscado y a carne quemada.

—¡Detenedlo! —gritó el obispo Asser.

—¡Acabad con él! —le secundó el obispo Erkenwald.

Horrorizado, Alfredo no me quitaba los ojos de encima. Su esposa, que siempre me había odiado, gritaba que había llegado la hora de que pagase por mis pecados.

Finan me tomó del brazo y me arrastró hasta la puerta.

—¡A casa, mi señor! —me dijo.

—¡Steapa, detenedlo! —ordenó Alfredo.

Pero Steapa me apreciaba. Vino hacia mí, pero no tan rápido como para impedir que llegase a la puerta, donde los hombres de la guardia del rey no hicieron grandes

alardes por detenerme. Bastó un gesto amenazador de Finan para que apartasen las espadas. Y me arrastró a la noche.

—¡Venid, deprisa! —me dijo.

Echamos a correr colina abajo hacia el río oscuro.

Detrás de nosotros, un monje muerto y una trifulca.

SEGUNDA PARTE

VIKINGO

CAPÍTULO VI

Furioso, sin arrepentirme de lo que había hecho, iba de un lado al otro de la amplia estancia que daba al río, donde los criados, amedrentados y en silencio, avivaban el fuego. Es curioso cómo corren las noticias en una ciudad. Al cabo de unos minutos, una muchedumbre silenciosa se agolpaba en el exterior de la casa para ver qué deparaba la noche. Finan había atrancado las puertas que daban al exterior y ordenado que encendiesen antorchas en el patio de la mansión. Al contacto con las llamas, las gotas de lluvia chisporroteaban y arrancaban destellos de las losas del pavimento. Como vivían cerca, uno por uno fueron llegando mis hombres; algunos, beodos. Finan o Cerdic los recibían en el portalón, y les ordenaban que se pertrechasen de cotas de malla y armas.

—¿Acaso pensáis que habrá pelea? —le pregunté a Finan.

—Son hombres de armas —fue su respuesta.

Tenía razón. Me puse la cota de malla. Me vestí como el señor de la guerra que era. Me preparé para el combate: brazaletes de oro en los brazos, mis dos espadas a la cintura; nada más abrocharme el tahalí, apareció el emisario de Alfredo.

No era otro que el padre Beocca. Con la sotana salpicada del barro de las calles y calado hasta los huesos, mi viejo amigo venía solo. Temblaba. Acerqué un taburete al hogar y le eché un manto de piel por encima de los hombros. Tomó asiento, y acercó su mano buena a la fogata. Finan, que lo había acompañado desde la entrada, decidió quedarse. Reparé en Skade, acurrucada en un rincón oscuro de la estancia. Cruzamos una mirada y, con gesto escueto, le indiqué que no se moviese de donde estaba.

—¿Habéis mirado debajo del suelo? —me preguntó de improviso el padre Beocca.

—¿Qué he de mirar?

—Los romanos —me dijo— calentaban estas villas con una gloria que difundía el calor por el suelo.

—Lo sé.

—Nosotros, sin embargo, practicamos agujeros en los tejados de sus mansiones y encendemos fogatas —dijo con tristeza.

—Si seguís empeñado en andar por la calle en noches tan frías y húmedas como ésta, acabaréis por caer enfermo —le advertí.

—Claro que muchos de esos suelos se han venido abajo —continuó, como si se tratase de una observación que no podía dejar pasar por alto, al tiempo que daba unos golpes en las baldosas con el bastón en el que se apoyaba para caminar—. Parece que éstas se conservan bien, sin embargo.

—Me gusta un buen fuego.

—Un hogar siempre es agradable —repuso Beocca, dirigiéndome una mirada

cargada de bondad y una sonrisa—. En el monasterio de Æscengum se las ingeniaron para colmar de aguas sucias ese espacio bajo el suelo, y no les quedó más remedio que echar la villa abajo y construir una nueva, ¡algo que en realidad fue una bendición!

—¿Una bendición, decís?

—Pues sí, porque entre las inmundicias encontraron unas cuantas monedas de oro. Me imagino que, en medio del hedor, Dios les ayudaría a dar con ellas, ¿no os parece?

—Mis dioses tienen mejores cosas que hacer que andar revolviendo en la mierda.

—¡Eso es porque nunca buscáis oro en los muladares! —exclamó Beocca, riendo de buena gana—. Ya veis, Uhtred —añadió encantado—, por fin he podido demostraros que mi dios es más fuerte que vuestros falsos ídolos —sonrió, pero el gesto risueño se le borró de la cara, dejando al descubierto su rostro viejo y cansado. Adoraba a Beocca. Había sido mi tutor durante la niñez; siempre tan recto, me sacaba de quicio; era un buen hombre—. Tenéis de plazo hasta el amanecer —me dijo.

—¿Plazo para qué?

Me habló con voz desganada, apurado por lo que había venido a decirme.

—Para presentaros ante el rey y mostrar arrepentimiento, sin cota de malla ni armas. Os humillaréis ante él. Le entregaréis a esa bruja. Todas las propiedades que tenéis en Wessex han sido requisadas. Satisfaréis una deuda de sangre a la Iglesia a cambio de la vida del hermano Godwin, y vuestros hijos quedarán retenidos como prenda hasta que efectuéis el pago.

Silencio.

Unas cuantas chispas saltaron por el aire. Dos de mis podencos entraron en la estancia. Uno de los perros se acercó, olfateó las ropas de Beocca y emitió un gemido; luego, los dos animales se acomodaron junto al hogar, dirigiéndome una mirada con sus melancólicos ojos antes de cerrarlos.

—¿A cuánto asciende la deuda de sangre? —preguntó Finan por mí.

—Mil quinientos chelines —respondió Beocca.

—¿Por matar a un monje loco? —me revolví.

—A cambio de la vida de un santo —repuso Beocca.

—Que estaba como una cabra —refunfuñé.

—Loco, pero santo —insistió el cura con dulzura.

Una deuda de sangre es el precio que hay que pagar por matar a alguien. Si mato a alguien, hombre o mujer, sin razón, contraigo una deuda de sangre con sus parientes, cuya cuantía dependerá del rango de la persona desaparecida, lo que me parece justo. Pero el precio que Alfredo había estipulado en mi caso era como para satisfacer un regicidio.

—Para saldar esa deuda, tendría que desprenderme de casi todas mis propiedades,

y acabáis de decirme que el rey las ha incautado.

—También debéis prestar juramento de fidelidad al Heredero —añadió Beocca, que, en lugar de enfadarse conmigo y ponerse hecho un basilisco como tenía por costumbre a medida que su exasperación iba en aumento, aquella noche parecía tranquilo.

—De modo que el rey no sólo quiere hundirme en la miseria, sino que pretende atarme a su hijo de por vida —respondí.

—Y obligará a esa bruja a volver al lado de su marido —continuó Beocca dirigiendo la mirada al oscuro bulto que era Skade, cuyos ojos resplandecían en el rincón más lóbrego de la estancia—. Skirnir ha ofrecido una recompensa si le es devuelta.

—¿Skirnir? —pregunté; el nombre no me sonaba de nada.

—Skirnir es su marido —repuso el cura—. Un frisio.

Miré a Skade, que asintió vigorosamente con la cabeza.

—Si lo hacéis, la matará —dije.

—¿Tanto os importa? —se interesó Beocca.

—No me gusta enviar mujeres a la muerte.

—La ley de Moisés establece que acabemos con las hechiceras —continuó Beocca—; además, en este caso, es una adúltera, de modo que su marido está en su derecho de matarla, si tal es su deseo.

—¿Es cristiano ese Skirnir? —ni Skade ni el padre Beocca me respondieron—. ¿Os matará? —le pregunté a la mujer, que asintió—. O sea que mientras no pague mi deuda de sangre, preste juramento de fidelidad a Eduardo y me decida a enviar a esa mujer a una muerte segura, mis hijos serán considerados rehenes.

—El rey ha dispuesto que vuestros hijos reciban los cuidados necesarios en casa de lady Eteflada —dijo Beocca, mirándome de arriba abajo con su ojo bueno—. ¿Por qué os habéis vestido para guerrear? —Como no contesté, Beocca se limitó a encogerse de hombros—. ¿Acaso pensabais que el rey os enviaría sus guardias para prenderos?

—Todo podría ser.

—¿Y os habríais enfrentado a sus hombres? —me preguntó sorprendido.

—Así habrían caído en la cuenta de con quién tenían que habérselas —repliqué.

—¡Habéis matado a un hombre! —Beocca, por fin, sacaba a relucir sus redaños—. Sé que el hombre os había injuriado, ¡pero por su boca hablaba el Espíritu Santo! ¡Le golpeasteis, Uhtred! El rey ha pasado por alto el primer mamporro, pero no el segundo, ¡y debéis pagar por ello! —se echó hacia atrás, y pareció agotado de nuevo—. Ha fijado una cantidad que entra dentro de vuestros posibles. El obispo Asser le insistía para que fuera mucho mayor, pero el rey optó por mostrarse benévolo.

En el hogar, de repente, uno de los troncos se vino abajo; los perros se

sobresaltaron, se agitaron y emitieron un gemido. El fuego cobró nueva vida, iluminando la estancia y proyectando temblorosas sombras. Miré a Beocca a través de las llamas.

—¡El obispo Asser! —exclamé, lanzando un salivazo con rabia.

—¿Qué pasa con él?

—Que Godwin era un títere en sus manos.

—El obispo advirtió que la santidad habitaba en él, sí.

—Vio la forma de hacer realidad sus ambiciones y, de paso, librar a Wessex de mi presencia.

Desde el momento en que, con mis manos, había acabado con la vida de aquel monje, no había dejado de pensar en lo ocurrido durante el banquete; cada vez estaba más convencido de que Asser estaba detrás de las barbaridades que había proferido el fraile loco. El obispo pensaba que ya ningún peligro se cernía sobre Wessex. Desbaratado el ejército de Harald y bautizada la familia de Haesten, el reino no tenía necesidad de un señor de la guerra, pagano por más señas, y Asser se había servido de aquel monigote para predisponer a Alfredo en mi contra.

—Esa mierda retorcida de galés le inspiró a Godwin lo que tenía que decir. No era el Espíritu Santo quien hablaba por su boca, padre, sino el obispo Asser.

Beocca me miró desde el otro lado de las llamas que brillaban con intensidad.

—¿Sabíais que las llamas del infierno no dan luz? —me preguntó.

—No, no lo sabía —respondí.

—Es uno de esos misterios que Dios no nos ha revelado —rezongó mientras se ponía en pie; se desprendió de la capa de piel y se apoyó con fuerza en el bastón—. ¿Qué debo decirle al rey?

—¿Es vuestro Dios la causa de que haya infierno? —le pregunté.

Frunció el entrecejo y se quedó pensativo.

—Buena pregunta —dijo al cabo, aunque sin darme ninguna respuesta—. Casi como la mía. ¿Qué debo decirle al rey?

—Que mañana al alba tendrá mi respuesta.

—¿Y cuál será esa respuesta, lord Uhtred? —volvió a la carga Beocca, esbozando algo parecido a una sonrisa.

—Mañana al alba la tendrá.

Beocca hizo un gesto de asentimiento.

—Os llegaréis hasta palacio solo, sin armas, sin cota de malla y pobremente vestido. Unos hombres se harán cargo de la hechicera. Vuestros hijos os serán devueltos en cuanto abonéis cien chelines; disponéis de un plazo de seis meses para satisfacer el precio de vuestra deuda de sangre —renqueante, echó a andar hacia la puerta que daba al patio; se volvió y me miró a los ojos—: Dejadme morir en paz, lord Uhtred, os lo suplico.

—¿Cómo, gracias a mi humillación?

—No; con la tranquilidad de saber que vuestra espada se pondrá al servicio del rey Eduardo, que Wessex quedará en buenas manos y que la obra de Alfredo no se echará a perder tras su muerte.

Aquella fue la primera vez que escuché el nombre de Eduardo precedido del tratamiento de rey.

—Tendréis mi respuesta al amanecer —insistí.

—Que Dios os guarde hasta entonces —repuso Beocca, y cojeando se adentró en la noche.

Escuché el estruendo del portalón de la calle al cerrarse y los ruidos que indicaban que la tranca había vuelto a su sitio, y me acordé de Ravn, el escaldo ciego, el padre de Ragnar el Viejo, cuando me decía que nuestras vidas son como una travesía por un mar desconocido; que, en ocasiones, cansados de aguas encalmadas y suaves brisas, no nos queda otra que empuñar con fuerza la barra del timón y poner proa hacia las nubes grises, las olas encrespadas, los traicioneros torbellinos. «Tal es nuestra forma de rendir homenaje a los dioses», me había dicho, aunque nunca llegué a entender muy bien a qué se refería. Pero en el estruendo de la puerta que se cerraba, me pareció escuchar el eco de la barra del timón que, con firmeza, marca el rumbo.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó Finan.

—Os diré lo que no voy a hacer —repuse de mal talante—. No prestaré juramento de fidelidad a ese maldito mocoso.

—Eduardo no es un niño —replicó Finan con calma.

—Es un nenaza, un pequeño bastardo —repuse encolerizado—, embelesado con su dios, como su padre, y amamantado con la leche avinagrada de las tetas de la puta de su mujer. No le prestaré juramento de fidelidad.

—Pronto será el rey de Wessex —apuntó Finan.

—¿Y por qué? Porque vos y yo hemos defendido su reino, ¡vos y yo! Si Wessex es lo que es, amigo mío, es gracias a un redrojo irlandés y a un pagano de Northumbria que miran por el reino, cosa que ellos suelen olvidar con facilidad.

—¿Canijo yo? —se sobresaltó Finan, con una sonrisa.

—Mirad la estatura que tenéis —le dije. Me encantaba gastarle bromas acerca de su corta talla, característica engañosa, porque su rapidez con la espada era prodigiosa—. Espero que su dios maldiga su puto reino —añadí, lanzando un escupitajo. Me fui hasta un arcón colocado en un rincón, lo abrí, rebusqué en su interior hasta encontrar un hatillo y se lo acerqué a Skade; sentí una punzada de dolor al tocar el cuero que lo envolvía: aquellas cosas habían pertenecido a Gisela—. Echad un vistazo a esto —le dije, al tiempo que le arrojaba el atadizo.

Desenvolvió las varas de aliso, dos docenas en total, ninguna más larga que el antebrazo de un hombre, brillantadas y relucientes con cera de abeja. Al ver aquellos

objetos de magia pagana, Finan se santiguó. Yo había aprendido a confiar en lo que nos dicen las runas. Skade las sostuvo en una mano, las alzó, cerró los ojos, las dejó caer al suelo y se inclinó sobre ellas para descifrar su significado.

—Ni siquiera será capaz de predecir su propia muerte por ese medio —me advirtió Finan en voz baja, dándome a entender que no debía fiarme de lo que me dijera.

—Todos hemos de morir —dijo Skade—, pero las varas nada dicen de mí.

—¿Qué dicen? —pregunté.

Se quedó mirando la disposición en que habían caído.

—Veo una plaza fuerte —comentó por fin—. Y agua, agua de color gris.

—¿Gris? —me extrañé.

—Así es, mi señor —repuso, y aquélla fue la primera vez que me distinguió con ese tratamiento—, gris como los gigantes de hielo —añadió, y supe que se refería al norte, a ese mundo helado desde donde los gigantes de hielo escudriñan el mundo.

—¿Y qué hay de la fortaleza? —le pregunté.

—Arde, mi señor. Arde y arde, no para de arder. Las cenizas ennegrecen la arena de sus orillas.

Le indiqué que guardase las varas, y salí a la terraza, en mitad de la noche, bajo un cielo negro y cubierto de nubes que, enojadas, descargaban una fina llovizna. Escuché el bramido del agua al chocar contra los pilares del antiguo puente y pensé en Stiorra, mi hija.

—¿Gris? —me preguntó Finan, que estaba a mi lado.

—Quiere decir el norte —respondí—, y Bebbanburg está en el norte, y un viento del sur arrastrará sus cenizas hasta las playas de Lindisfarena.

—El norte —musitó Finan.

—Decid a los hombres que dejo la decisión en sus manos. Pueden quedarse aquí, al servicio de Alfredo, o venirse conmigo. Lo mismo os digo a vos.

—De sobra sabéis cuál será.

—Que el *Lobo plateado* esté listo al amanecer.

Cuarenta y tres hombres se vinieron conmigo. El resto se quedó en Lundene. Cuarenta y tres guerreros, veintiséis esposas, cinco furcias, un montón de chiquillos y dieciséis podencos. Hubiera querido llevarme mis caballos, sobre todo a *Smoka*, pero el barco carecía de esas estructuras de madera que sirven para que los caballos no sufran percances durante la travesía. Le acaricié el hocico con tristeza por tener que dejarlo. Skade se embarcó con nosotros: quedarse en Lundene le habría supuesto una muerte segura. Había colocado la cota de malla, mis armas, yelmos y escudos, además de un arcón con mis riquezas, bajo el atillo del timón; vi cómo ella colocaba un pequeño hatillo con sus ropas en el mismo lugar.

No disponíamos de una tripulación al completo, pero sí de los hombres

suficientes, que ocuparon las bancadas de los remeros. Apuntaba el alba cuando di la orden de que colocasen la cabeza de lobo en la proa. El mascarón, con sus amenazantes fauces, se guardaba bajo el altillo de la proa, y sólo se sacaba cuando estábamos lejos de nuestras aguas. Desafiar a los espíritus que protegen nuestro terruño con tallas de dragones amenazadores, lobos que aúllan o cuervos es como tentar la mala suerte. Carente de patria, me di el gustazo de que el lobo plantase cara a los espíritus que protegían Lundene. Alfredo había enviado hombres para custodiar mi casa. Aunque aquellos guerreros pertrechados para el combate vieron cómo trajinábamos en el embarcadero cercano a la terraza, ninguno movió un dedo cuando soltamos amarras y remamos hasta que el *Lobo plateado* salió a la impetuosa corriente del Temes. Me volví y contemplé la ciudad bajo la capa de humo que se cernía sobre ella.

—¡Arriba! —gritó Finan, y veinte remos se alzaron por encima de las sucias aguas del río—. ¡Abajo! —dijo después, y el barco se puso en marcha hacia el amanecer.

Nadie me mandaba. Era un proscrito. Era libre. Volvía a ser un vikingo.

* * *

Hacerse a la mar es siempre estimulante. Todavía bajo la impresión de la desaparición de Gisela, aunque sólo en parte, aquella singladura me devolvía la esperanza. Es gratificante contemplar las olas grises desde el barco, ver cómo la cabeza de lobo arremete contra los rompientes y los surca dejando atrás un estallido de espuma, sentir el soplo del fuerte y frío viento, ver que la vela se tensa como la tripa de una mujer preñada, escuchar el murmullo del mar cuando arremete contra el casco, sentir cómo se estremece la barra del timón en la mano, como si de los propios latidos de la nave se tratase.

Cinco años hacía que no llevaba un barco más allá de las anchurosas aguas del estuario del Temes. Una vez que dejamos atrás los traicioneros bajíos de la punta de Fughelness y viramos hacia el norte, desplegué la vela, ordené que retirasen los remos y dejé que el *Lobo plateado* surcase el mar a sus anchas. Pusimos rumbo norte, hacia el ancho océano, hacia ese mar bronco y airado donde tantos barcos zozobran. A nuestra izquierda, la suave y monótona costa de Anglia Oriental; un mar gris, que se confundía con un horizonte no menos plomizo, a nuestra derecha; por delante de nosotros, lo desconocido.

Cerdic venía conmigo, igual que Sihtric, Rypere y la mayoría de mis mejores hombres. Me sorprendió que Osferth, el bastardo de Alfredo, se uniese a nosotros. En silencio, había subido a bordo casi de los últimos. Al ver cómo, sorprendido, levantaba una ceja, me dedicó una especie de sonrisa y se dirigió a su puesto en las bancadas de los remeros. Mientras trincábamos los remos a los pernos que servían

para cazar la vela al largo mástil, le había preguntado si estaba seguro de la decisión que había tomado.

—¿Qué razón habría para no unirme a vos? —replicó.

—Que sois hijo de Alfredo; y sajón, por más señas —contesté.

—Como la mitad, o quizá más, de los hombres que os acompañan —repuso, echando un vistazo a la tripulación.

—Poca gracia le hará a vuestro padre que os hayáis puesto de mi lado.

—¿Acaso le debo algo? —replicó con acritud—. ¿No pretendía que fuera monje o cura y así olvidarse hasta de que existo? Si me hubiera quedado en Wessex, ¿qué trato me habría dispensado? ¿De favor? —continuó con una risotada amarga.

—Es posible que nunca más volváis a Wessex —le dije.

—Si así fuera, daría gracias a Dios —respondió, al tiempo que esbozaba una sonrisa—. Ya no huele mal, mi señor —añadió.

—¿Cómo?

—El hedor de Lundene; ya no se nota —apuntó.

Y así era. Estábamos en mar abierto. Atrás quedaban las calles llenas de inmundicia. Navegamos a vela durante todo el día. Aparte de unos cuantos botes de pescadores que, al ver nuestra erguida cabeza de lobo, se apartaron de nuestra ruta, mientras sus ocupantes remaban como locos para huir de la amenaza del *Lobo plateado*, no nos cruzamos con ningún barco. Al caer la tarde, nos acercamos a la costa, arriamos la vela y, a golpe de remo, nos adentramos en un brazo de mar poco profundo para pasar la noche. El año ya estaba avanzado para una travesía como la que habíamos emprendido, y no tardó en envolvernos el relente nocturno. Como no llevábamos caballos, no podíamos explorar aquellos parajes en busca de un lugar adecuado para desembarcar. Nada temía porque, a excepción de una cabaña con techumbre de caña al norte y a lo lejos, no veía ningún lugar habitado, y quienesquiera que viviesen en aquella choza tendrían más miedo de nosotros que nosotros de ellos. Pisábamos un lodazal de juncos, largas hierbas y entrantes bajo un cielo barrido por el viento. Hablo de acampada cuando en realidad lo único que hicimos fue extender nuestras capas sobre una espesa franja de malas hierbas y madera de deriva. Dejé vigías en el barco y aposté centinelas en los extremos del islote. La noche estaba nubosa; encendimos hogueras y pasamos el rato cantando.

—Necesitamos más hombres —me comentó Finan, sentado a mi lado.

—Lo sé —repuse.

—¿Dónde los encontraremos?

—En el norte —le dije.

Me disponía a ir a Northumbria, lejos de Wessex y sus curas, un lugar donde un buen amigo mío tenía una fortaleza en un recodo de un río, y mi tío usurpaba una plaza fuerte a la orilla del mar. Volvía a mi tierra.

—Si nos atacasen... —comenzó a decir Finan, sin concluir la frase.

—Eso no pasará —contesté con aplomo.

Cualquier barco, por el mero hecho de salir al mar, se convertía en posible señuelo de piratas. Pero el *Lobo plateado* era un barco de guerra, no un mercante. Más largo que cualquiera de las naves de carga, ancho de casco y de poco calado, poseía la agilidad propia de un buque de guerra. Visto desde lejos, eran tantas las mujeres que iban a bordo, que cualquiera habría pensado que íbamos armados hasta los dientes. Un par de barcos podrían atreverse con nosotros, pero hasta eso me parecía improbable, dada la cantidad de presas fáciles que surcaban el mar.

—Pero sí, no os falta razón, necesitamos hombres y plata —admití.

—¿Plata? ¿Qué otra cosa guardáis en el interior de ese enorme cofre? —me preguntó con una sonrisa, moviendo la cabeza hacia el barco varado.

—Plata; pero necesitamos más, mucha más —respondí, para añadir al ver la cara de sorpresa que ponía—: Soy el señor de Bebbanburg —le expliqué— y, para tomar esa fortaleza, necesito hombres, Finan. Tres mesnadas por lo menos, y aun así me quedaré corto.

Asintió.

—¿De dónde vamos a sacar la plata?

—La robaremos, claro está.

Se quedó mirando el refulgente corazón de la fogata, donde la madera de deriva ardía con fuerza. Hay quien asegura que es posible predecir el futuro gracias a las cambiantes formas que se observan en las ascuas llameantes; quizás estuviese tratando de adivinar lo que el destino nos tenía reservado. De repente, frunció el ceño.

—La gente ha aprendido a guardar la plata —dijo en voz baja—. Hay demasiados lobos, y las ovejas se han vuelto precavidas.

—Cierto —repuse.

Durante mi infancia, cuando los hombres del norte aparecieron de nuevo en las costas de Britania, saquear era como un juego de niños. Los vikingos desembarcaban, mataban y robaban. Pero, en aquel momento, todo objeto de valor se guardaba tras una empalizada custodiada por lanzas, aunque todavía quedaban monasterios e iglesias que fiaban su defensa a su dios crucificado.

—Y no podéis robar iglesias —añadió Finan, que debía de estar pensando lo mismo que yo.

—¿Cómo que no?

—La mayoría de los hombres son cristianos y os seguirán a donde haga falta, pero no cruzarán el umbral del infierno —dijo.

—En ese caso, robaremos a los paganos —repliqué.

—Los paganos, señor, son quienes se dedican al saqueo.

—En ese caso, disponen de la plata que me hace falta.

—¿Y qué hay de ella? —me preguntó Finan en un susurro, mirando a Skade, acurrucada cerca de donde yo estaba, por detrás del círculo de personas que se arremolinaba junto a la fogata.

—¿Qué pasa con ella?

—Las mujeres no la pueden ni ver, mi señor. Le tienen miedo.

—¿Por qué?

—De sobra lo sabéis.

—¿Por bruja? —me volví para mirarla—. Skade, ¿sois capaz de predecir el futuro? —le pregunté.

Me miró en silencio durante un rato. Un ave nocturna graznó en las marismas y quizás aquel grito estridente la devolvió a la realidad, porque enseguida agitó la cabeza en sentido afirmativo.

—A veces llego a vislumbrarlo, mi señor —respondió.

—En ese caso, decidnos qué veis —le ordené—. Poneos en pie y decidnos qué columbráis.

Vaciló un momento y se puso en pie. Con los cabellos negros sueltos, como si fuera soltera, y un rostro tan pálido que resplandecía, envuelta en una capa de paño negro, más parecía una alargada y espectral figura surgida de la noche. Los graznidos se fueron apagando hasta desaparecer. Observé que algunos de los míos se santiguaban.

—Decidnos lo que veis —insistí.

Alzó su lívido rostro hacia las nubes, y así se quedó durante un buen rato, sin despegar los labios. Todos guardamos silencio. De repente, se estremeció y, sin querer, no pude por menos que acordarme de Godwin, el hombre al que había matado. Siempre temidos por quienes los rodean, hay hombres y mujeres que son capaces de escuchar los cuchicheos de los dioses. Estaba convencido de que Skade podía ver y oír cosas que a nosotros nos estaban vedadas. Al cabo de un rato, cuando ya parecía que no iba a decirnos nada, rompió a reír.

—Decidnos —le insté, molesto.

—Os pondréis al frente de ejércitos, mi señor, tan numerosos que ensombrecerán la faz de la tierra —dijo—; a vuestro paso y con la sangre de vuestros enemigos, las cosechas se multiplicarán.

—¿Y qué será de esta gente? —le pregunté, señalando a los hombres y mujeres que la escuchaban.

—Vos, su señor, les proporcionaréis riquezas; gracias a vos se harán ricos.

Hubo murmullos alrededor de la hoguera. Les gustaba lo que oían. Los hombres siguen a un señor sólo si éste les colma de regalos.

—¿Y cómo podemos estar seguros de que no mentís? —le pregunté.

—Si miento, mi señor, que caiga ahora mismo fulminada —repuso, abriendo los

brazos, dispuesta a aceptar el golpe del martillo de Thor. Aparte del lamento del viento entre las cañas, el crepitar de la madera de deriva y la cadencia susurrante del agua al compás de la marea, no se oyeron otros ruidos.

—¿Y en cuanto a vos? ¿Qué será de vos? —me interesé.

—Seré más grande que vos, mi señor —contestó, entre los abucheos de algunos de los presentes; pero su respuesta no me molestó.

—¿A qué os referís, Skade? —le pregunté.

—Correré la suerte que las hilanderas decidan, mi señor —respondió.

Le hice un gesto para que se sentase. Me remonté a muchos años atrás, cuando otra mujer, también al tanto de los cuchicheos de los dioses, me había dicho que me pondría al frente de ejércitos. En aquel momento, sin embargo, era el más despreciable de los hombres, un hombre que había quebrantado el juramento que había pronunciado, un hombre que huía de su señor.

Estamos unidos por juramentos de lealtad. Cuando un hombre me jura fidelidad, sé que es más que un hermano para mí, mi vida es suya igual que la suya me pertenece, y eso era lo que había jurado a Alfredo. En eso pensaba, mientras los míos volvían a canturrear y Skade seguía acurrucada a mis espaldas. Como hombre que había jurado lealtad a Alfredo, estaba obligado con él. En vez de eso, había faltado a mi juramento, lo que me privaba de todo honor y me convertía en un hombre despreciable.

No fijamos el curso de nuestras vidas. Las tres hilanderas tejen los hilos. *Wýrd bið ful āræd*, decimos, y así es: el destino es inexorable. Mas si estamos obligados a aceptar nuestro destino y las hilanderas saben cuál ha de ser, ¿a cuenta de qué tantos juramentos? Se trata de un asunto que me ha traído de cabeza durante toda la vida. Lo más parecido a una respuesta que he encontrado es que quienes tales promesas hacemos somos hombres y nuestro destino está en manos de los dioses. Los juramentos no son sino vanas tentativas del hombre por domeñar su destino. Atisbar la senda de nuestros afanes queda fuera de nuestro alcance. Pronunciar un juramento es como gobernar un barco: si el viento y las corrientes del destino son demasiado fuertes, hasta la barra del timón ha de ceder. Así, hacemos juramentos, pero nada podemos contra el destino. Al huir de Lundene había renunciado a mi honor, pero el destino ya se había encargado de arrebatármelo antes. Así me consolaba aquella noche oscura en la fría costa de Anglia Oriental.

Y también por otro motivo. Me desperté en mitad de la noche, y me acerqué al barco. Con la subida de la marea, la popa se mecía con suavidad.

—Marchad con vuestras mujeres y dormid un rato —les dije a los centinelas; aunque ya bajas, nuestras hogueras aún resplandecían en tierra firme—. Yo me quedaré de guardia.

Aunque poca falta hacía. No había enemigo alguno en las proximidades, pero

tengo por costumbre apostar vigías. De modo que me senté en la popa y pensé en el destino y en Alfredo, en Gisela y en Isolda, en Brida y en Hild, en las mujeres que había conocido y en las vueltas que da la vida. No presté atención a la leve sacudida de la popa varada cuando alguien, de un salto, se subió al barco, ni dije nada cuando la espectral figura se acercó entre las bancadas de los remeros.

—No fui yo quien la mató, mi señor —dijo Skade.

—Me echaste una maldición, mujer.

—Erais mi enemigo —contestó—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Una maldición que acabó con la vida de Gisela —añadí.

—No fue la maldición —repitió.

—¿Cuál fue vuestra imprecación, pues?

—Imploré a los dioses que, cautivo, os dejasen a merced de Harald —dijo.

Me la quedé mirando por vez primera desde que subiera al barco.

—Pues no os salió bien —comenté.

—No.

—Menuda hechicera estáis hecha.

—Sólo soy una bruja asustada —repuso.

Mandaría azotar a un hombre por no estar alerta cuando está de guardia. Aquella noche, sin embargo, un millar de enemigos podrían habérsenos echado encima, porque yo no cumplí con mi deber. Llevé a Skade hasta el angosto hueco que había bajo el altillo del timón, la tendí en el suelo y, cuando acabamos, los dos lloramos a lágrima viva. No dijimos nada; nos quedamos tumbados y abrazados. Sentí cómo el barco se separaba del lecho de arena y, gracias a las amarras, se mecía suavemente. Pero no me moví. Me abracé más a Skade. No quería que aquella noche acabase.

Me había convencido a mí mismo de que había renegado de Alfredo porque trataba de arrancarme un juramento, una promesa que yo no quería hacer: ponerme al servicio de su hijo. Pero no era del todo cierto. Tampoco podía aceptar otra de sus condiciones: precisamente la que tenía que ver con la mujer a la que estaba abrazado.

—Ya es hora de que nos vayamos —dije, al oír voces. Más tarde, me enteré de que Finan nos había visto y había ordenado a la tripulación que se quedase en tierra. Trataba de apartarme de ella, pero Skade no me soltaba.

—Sé dónde podéis encontrar todo el oro del mundo —me dijo.

—¿Todo el oro del mundo? —le pregunté, mirándole a los ojos.

Esbozó una sonrisa.

—Os lo aseguro, mi señor, más del que podáis soñar —me susurró—; el oro que, en secreto, guarda un dragón encantado, mi señor.

Wýrd bið ful āræd.

* * *

Saqué una cadena de oro del cofre donde guardaba mis tesoros y se la puse al cuello para que todo el mundo estuviese al tanto de su nueva condición, por si alguien no se había dado cuenta. Pensé que los míos la mirarían con peores ojos, pero no fue así: se mostraron aliviados. La consideraban como una amenaza, y ya era uno de los nuestros. Pusimos rumbo norte. Rumbo norte. Bajo cielos grises, impulsados por un viento sur que nos deparaba espesas e incesantes nieblas, bordeamos la suave costa de Anglia Oriental. Cuando la bruma del mar se tornaba demasiado densa, buscábamos el abrigo de una cala poco profunda. Si la niebla caía por sorpresa y no nos daba tiempo a encontrar una ensenada segura, nos alejábamos de los bancos de arena próximos a la costa donde corríamos el riesgo de naufragar.

La niebla nos retrasó. Tardamos seis largos días en llegar a Dumnoc. Arribamos a ese puerto una tarde brumosa; a remo, enfilamos la desembocadura del río entre relucientes islotes de arena poblados de aves acuáticas. Aunque unas varas blancas de mimbre acotaban el canal, ordené que uno de los hombres, desde proa y con un remo, tantease el fondo, no fuera que los postes nos llevaran a chocar con un bajío y el barco se fuese a pique. Había retirado la cabeza de lobo para advertir que nos acercábamos en son de paz, pero los vigías que, desde una destartada torre de madera, vigilaban la ensenada enviaron a un muchacho a la ciudad para que avisase de nuestra presencia.

Dumnoc era una magnífica y próspera ciudad portuaria situada en la orilla sur del río, protegida por una empalizada para frenar cualquier ataque desde tierra firme. El puerto, sin embargo, un enjambre de embarcaderos donde se agolpaban barcos de pesca y cargueros, se abría directamente al agua. Llegamos casi con la pleamar, y reparé en cómo las olas, más allá de los bancos de arena, llegaban a lamer las defensas de la ciudad. Las casas más cercanas al mar se aupaban en unos pegollos achaparrados. Debido al clima, todas las construcciones de la ciudad mostraban una pátina gris plateada. Era un lugar agradable. Un penetrante olor a salitre y marisma impregnaba el aire. Recordatorio de que Guthrum, un danés que había ocupado el trono de Anglia Oriental, había decidido que su reino fuera cristiano, una cruz de madera remataba la torre de una iglesia, el edificio más alto de la ciudad.

A mi padre nunca le cayeron bien los pobladores de aquel territorio porque, en tiempos, se habían aliado con Mercia en contra de Northumbria. Más tarde, mucho tiempo después, durante mi niñez, aquellas gentes proporcionaron casa, comida y caballos a las hordas danesas que conquistaron mi tierra, aunque pagaron cara su traición, pues, a continuación, los invasores se apoderaron de Anglia Oriental, que seguía siendo un reino danés, aunque entonces pasase por cristiano, como proclamaba la torre de aquella iglesia. Con la niebla extendiéndose hasta más allá de la cruz en lo alto, llevamos el barco al centro del río, frente a los embarcaderos. Viramos entonces, obligando a la nave a girar sobre sí misma manejando sólo los remos de un costado;

una vez que su proa descabezada quedó mirando al mar, di la orden de amarre junto a un enorme carguero que estaba atracado en el mayor de los muelles.

—¿Todo dispuesto por si tenemos que salir a escape, mi señor? —preguntó Finan con una sonrisa.

—Como tiene que ser. Acuérdate del *Escorpión marino* —contesté.

Se echó a reír. Poco después de que Lundene hubiera caído en nuestras manos, sin saber que un ejército de sajones, poco amigo de los daneses, había ocupado la plaza, un barco danés se había llegado a la ciudad y atracado en uno de los embarcaderos. Al darse cuenta de lo que pasaba, la tripulación regresó al barco a toda prisa. Para salir del apuro y escapar río abajo, no les quedaba otra que virar la nave en dirección contraria. Pero pudo más el miedo que tenían: acabaron por destrozar los remos y llevarla de vuelta al embarcadero, donde nos hicimos con ella. Era un barco espantoso, de pantoque resbaladizo, que hacía aguas por todas partes. Acabé por hacerlo astillas, y aproveché las cuadernas para asentar las techumbres de unas cuantas cabañas que estábamos levantando en la parte oriental de la ciudad.

Un hombre de barriga abultada y cara de lelo, con una cota de malla herrumbrosa, saltó desde el muelle al barco carguero. Una vez allí, tras obtener el correspondiente permiso, se asomó y se dejó caer sobre el costado del *Lobo plateado*.

—Guthlac, alguacil de Dumnoc —se presentó—. ¿Quiénes sois? —preguntó con altivez, respaldado como estaba por una docena de hombres pertrechados de espadas y hachas que lo habían acompañado hasta el embarcadero.

No es de extrañar que se pusiera nervioso; éramos superiores en número.

—Mi nombre es Uhtred —respondí.

—Uhtred, de dónde, si puede saberse —insistió Guthlac en danés, haciéndose el gallito, como si nada le importase el aterrador aspecto de mi tripulación; lucía largos bigotes atados con unos cordeles embreados que le llegaban hasta mucho más abajo de su bien rasurado mentón; no dejaba de pellizcarse uno de los dos mechones, de lo que deduje que estaba nervioso.

—Uhtred de Bebbanburg —dije.

—¿Y dónde cae eso de Bebbanburg?

—En Northumbria.

—Pues sí que andáis lejos de casa, Uhtred de Bebbanburg —repuso el alguacil, sin apartar los ojos de nuestro pantoque para ver qué carga llevábamos—. Pero que muy lejos —insistió—. ¿Os dedicáis al comercio?

—¿Acaso tenemos aspecto de mercaderes? —le pregunté.

A orillas del agua, por delante de las casas más próximas al mar, se había congregado un grupo de hombres. Como la mayoría no llevaba armas, supuse que eran curiosos.

—De merodeadores más bien —dijo Guthlac—. Hace cosa de un par de semanas

hubo un ataque como a dos millas al sur de aquí. Quemaron un caserío, mataron a los hombres y se llevaron a las mujeres. ¿Cómo puedo estar seguro de que no fuisteis vosotros?

—No tenéis forma de saberlo —repuse con aplomo, frente a la hostilidad con que había formulado la pregunta.

—En tal caso, quizá debería pedirlos que no os mováis de donde estáis hasta que, para bien o para mal, clarifiquemos el asunto.

—Y quizá vos deberíais pulir vuestra cota de malla —repliqué.

Me miró con ojos de rabia, me aguantó la mirada unos segundos y, tras agachar las orejas, preguntó:

—Y bien, ¿qué os trae por aquí?

—Venimos a por comida y cerveza.

—De eso no andamos escasos —dijo, y esperó a que cesasen los graznidos de unas gaviotas—. Pero antes tendréis que satisfacer el muellaje que ha establecido el rey: dos chelines —añadió, adelantando una mano.

—Dos peniques y arreando.

Dejamos la cosa en cuatro peniques, dos de los cuales sin duda fueron a parar a la faltriquera de Guthlac. Éramos libres, pues, de desembarcar, aunque el alguacil insistió, y no sin razón, en que no lleváramos armas, sólo cuchillos cortos.

—La del Ganso es una buena taberna —aseguró, apuntando a un enorme edificio del que colgaba una enseña con un ganso pintado—. Podéis aprovisionaros de arenque seco, ostras secas, harina, cerveza y putas sajonas.

—¿Es vuestra la taberna? —me interesé.

—¿Y qué si lo es?

—Que espero que la cerveza que sirvan sea mejor que el recibimiento que nos ha dispensado su propietario —repuse.

Se echó a reír.

—Bienvenidos a Dumnoc —dijo, al tiempo que saltaba de nuevo al carguero—. Tenéis mi permiso para pasar aquí la noche sin armar bulla. Si cualquiera de vosotros se mete en líos, ¡os encerraré a todos! —guardó silencio y se quedó mirando a la popa de nuestro barco—. ¿Quién es?

Seguro que la había visto antes, pero no apartaba los ojos de Skade, envuelta en su manto negro, de manera que su pálido rostro resplandecía aún más a última hora de aquella neblinosa tarde. Llevaba la cadena de oro al cuello.

—Se llama Edith. Es una puta sajona —le dije.

—Edith —repitió—. ¿Qué tal si me la vendéis?

—Quizá podáis permitirnoslo algún día —repuse. Los dos nos quedamos mirándonos con desconfianza. Guthlac esbozó un desmañado adiós y se volvió por donde había venido.

Echamos a suertes para ver quiénes bajarían a tierra aquella noche. Quería que unos cuantos hombres se quedasen de guardia en el barco. Osferth se ofreció voluntario para ponerse al frente de los centinelas. En un cuenco, pusimos veintitrés guisantes secos y veinte monedas de plata. Con la escudilla en las manos, Finan se colocó a mis espaldas, mientras yo miraba de frente a los hombres. De uno en uno y al azar, Finan extraía guisantes o monedas y los sostenía en alto. «¿Quién se quedará con esto?», preguntaba, y yo señalaba a uno de los hombres sin saber si lo que Finan tenía en la mano era guisante o moneda. A quienes les tocaron los guisantes, tuvieron que quedarse con Osferth. Los demás bajaron a tierra. Desde luego que podría haber decidido qué hombres debían permanecer a bordo, pero las mesnadas responden mejor si se ven que quien está al mando es un hombre justo. Los niños se quedarían en el barco; las mujeres de quienes se disponían a bajar a tierra irían con ellos.

—No os mováis de la taberna —les advertí—. Estamos en territorio hostil. ¡No os separéis!

La ciudad podía ser poco acogedora, pero, como taberna, la del Ganso no estaba nada mal. La cerveza era fuerte, recién fermentada en unas enormes barricas que había en un patio interior. Trozos de quillas de barcos naufragados adornaban la techumbre del establecimiento. Una buena fogata de madera de deriva ardía en un hogar situado en el centro del local y lo mantenía caliente. Había mesas y bancos corridos. Antes de que mis hombres se pusiesen a beber, dediqué un rato al regateo y adquirí arenque ahumado, lonchas de tocino, barricas de cerveza, pan y anguilas ahumadas, y les ordené que llevasen los víveres al *Lobo plateado*. Para cerciorarse de que ninguno de nosotros portaba armas, Guthlac había apostado hombres en el extremo del embarcadero que daba a tierra. Yo me guardé a *Aguijón-de-avispa* en una vaina y me la eché a la espalda, disimulándola bajo la capa. Estaba seguro de que la mayoría de mis hombres también iban armados. Así que me acerqué mesa por mesa, y les dije que no armasen alboroto.

—No, a menos que queráis véros las conmigo —les advertí; comentario que recibieron con risotadas.

El local parecía un sitio tranquilo. Un grupo de lugareños, sajones todos, bebían sin prestarnos atención. A Sihtric, que le había tocado uno de los chelines de plata en el sorteo, le ordené que se diera unas cuantas vueltas hasta el patio.

—Mirad si hay hombres armados —le dije.

—¿Teméis algo, mi señor? —me preguntó.

—Que nos jueguen una mala pasada —repuse.

El *Lobo plateado* bien valía las rentas anuales de un *thegn* que fuera dueño de una extensa hacienda, y Guthlac debía de haberse percatado de que llevábamos dinero a bordo. Mientras Osferth y los suyos defendiesen el extremo del embarcadero, apoderarse del barco no les iba a resultar tarea fácil. En la taberna, sin embargo, los

hombres borrachos eran presa fácil, y temía que tomaran a algunos de nosotros como rehenes y exigiesen un elevado rescate. De forma que, cada poco, Sihtric traspasaba la puerta que daba al patio trasero y regresaba al cabo negando con la cabeza.

—¡Menuda piltrafa de vejiga! —se mofó con socarronería uno de los nuestros.

Estaba sentado con Skade, con Finan y con Ethne, su mujer, que era escocesa, en un rincón del local, ajeno a las fuertes risotadas y las canciones a voz en cuello que me llegaban de las otras mesas. Me preguntaba cuántos hombres habría en Dumnoc y por qué habría tan pocos en la taberna del Ganso. Me preguntaba si los demás estarían afilando ya las armas. Me preguntaba también dónde estaría escondido todo el oro del mundo.

—¿Dónde decís que está todo el oro del mundo? —le pregunté a Skade.

—En Frisia.

—Extenso territorio.

—Mi esposo tiene una fortaleza a la orilla del mar —añadió Skade.

—En ese caso, contadnos cosas de vuestro marido.

—Skirnir Thorson —dijo.

—Sé su nombre.

—Le gusta decir de sí mismo que es el Lobo del Mar —añadió, mirándome, pero cerciorándose de que Ethne y Finan estaban escuchando.

—Puede decir de sí mismo lo que guste, que no por eso ha de ser verdad —repuse.

—Es un hombre respetado —afirmó, y se puso a hablarnos de Skirnir, y lo que dijo tenía sentido.

Las costas de Frisia eran un avispero de nidos de piratas que, resguardados tras bajíos traicioneros y dunas en constante movimiento, habían establecido allí su guarida.

Cuando Finan y yo nos convertimos en esclavos de Sverri, en más de una ocasión remamos en aquellas aguas donde las palas de los remos se atoraban en la arena o en el lodo, y en las que nuestro amo, patrón avezado, que se movía con soltura por aquellos canales, había dado esquinazo al barco de enseña roja que nos perseguía. Me imaginé que Skirnir se conocía aquellas aguas al dedillo. Se hacía llamar *jarl*, «señor» entre los daneses, pero en realidad era un pirata despiadado, al acecho de cualquier barco. Los habitantes de aquellas islas vivían a cuenta de los naufragios que allí se producían y de la piratería, hordas de hombres sanguinarios que no solían llegar a viejos, aunque Skade insistía en que a Skirnir le había ido muy bien. Apresando barcos o exigiendo el tributo correspondiente a las naves que se aventuraban por aquellos parajes, se había convertido en un hombre rico y temido.

—¿De cuántas naves dispone? —pregunté a Skade.

—La última vez que estuve allí, dieciséis barcos pequeños y dos grandes.

—¿Cuándo fue la última vez que anduvisteis por allí?

—Hace dos veranos.

—¿Por qué os marchasteis? —se interesó Ethne.

Skade intercambió una mirada de complicidad con la escocesa, pero ésta hizo como que no se daba cuenta. Era una impetuosa mujer menuda y pelirroja a la que habíamos librado de la esclavitud, y fiel a Finan por encima de todo, a quien había dado un hijo y una hija. Dándose cuenta de los derroteros que tomaba la conversación, antes de que su esposo entrase en combate quería hacerse una idea cabal de qué podría pasar.

—Me marché porque Skirnir es un cerdo —contestó Skade.

—¡Hombres! —comentó Ethne, lo que le valió un codazo de Finan en las costillas.

Reparé en una criada que echaba más leños al hogar. El fuego se avivó, y otra vez me pregunté por qué habría tan pocos hombres en la taberna.

—Skirnir folla como un cerdo, ronca como un cerdo y maltrata a las mujeres.

—¿Cómo llegasteis a escapar de semejante animal? —insistió Ethne.

—Cayó en sus manos un barco que llevaba un cofre repleto de monedas de oro —siguió contando Skade—; con parte del botín, decidió adquirir nuevas armas en Haithabu, y me llevó con él.

—¿Por qué? —le pregunté yo.

—Porque no soportaba la idea de separarse de mí —repuso sin dejar de mirarme a los ojos.

—Pero ordenaría a sus hombres que estuvieran pendientes de vos —le dije con una sonrisa.

—Tres mesnadas.

—¿Y aun así trabasteis relación con Harald?

—La verdad es que ni siquiera llegamos a conocernos. Él me miró y yo le miré; no hubo nada más —dijo moviendo la cabeza.

—¿Qué pasó entonces?

—Que aquella noche Skirnir estaba borracho y roncando, como el resto de los hombres. Así que me fui de allí, me llegué hasta el barco de Harald y nos hicimos a la mar. Ni siquiera había cruzado media palabra con él.

—¡Alto ahí! —les grité a dos de los míos que se estaban peleando a cuenta de una de las putas de la taberna. Aquellas furcias se ganaban la vida en un altillo al que se llegaba subiendo por una escala de mano, y uno de ellos trataba de impedir que el otro trepase—. Tú, primero —le dije al que estaba más borracho—, y tú después, o los dos a la vez, ¡qué más da! Pero dejad de pelearos por ella —y me quedé pendiente de lo que hacían hasta que se tranquilizaron; me volví a Skade, y le dije—: Adelante con Skirnir.

—Es dueño de la isla de Zegge; vive en un *terpen*.

—¿Un *terpen*?

—Montículos hechos por el hombre —me explicó—, la única forma de que la mayoría de esas islas sean habitables. Con madera y arcilla, levantan un montículo, construyen cabañas y dejan que el mar se lleve el material sobrante. Así levantó Skirnir la fortaleza de Zegge.

—Y dispone también de una flota.

—Algunos barcos son muy pequeños —me aseguró Skade. Aun así, calculé que Skirnir contaba al menos con trescientos, si no eran quinientos, guerreros que obedecían sus órdenes, mientras que nosotros sólo éramos cuarenta y tres—. No todos sus hombres residen en Zegge. Es un sitio muy pequeño. La mayoría vive en islas cercanas.

—¿Y decís que vive en una fortaleza?

—Una gran casa, en realidad, construida en un *terpen*, y una empalizada que la rodea.

—Pero para llegar allí, habrá que dejar atrás las otras islas —al tiempo que pensaba que cualquier barco que se aventurase por aquel intrincado canal de aguas poco profundas se arriesgaba a que lo persiguiesen los hombres de Skirnir, y ya me hacía idea de cómo sería un desembarco en Zegge con dos tripulaciones enemigas pisándonos los talones.

—En esa mansión —continuó Skade, bajando la voz—, hay un agujero en el suelo que conduce a una cámara revestida de madera de olmo, que es donde está el oro.

—Donde antes estaba el oro —la corrigió Finan.

—No podría vivir sin él —aseveró—. Es generoso con sus hombres. Compra armas, cotas de malla, barcos, remos, comida. Compra esclavos. Pero guarda el resto. Le encanta abrir la trampilla y contemplar su tesoro. Cuando lo mira, le dan escalofríos de emoción. No puede evitarlo. Una vez preparó un lecho de monedas de oro.

—¿Se os clavaban en la espalda? —se interesó Ethne, con sorna.

Skade pasó por alto la pregunta, y continuó sin apartar los ojos de mí.

—Hay bastante oro y plata en esa cámara, mi señor, como para hacer realidad vuestros sueños.

—Otros hombres lo habrán intentado —comenté.

—Pues sí —contestó—, pero el agua, la arena y las mareas son defensas tan pertinaces como las murallas de piedra, mi señor, y sus íntimos le son leales. Tiene tres hermanos y seis primos que obedecen sus órdenes sin rechistar.

—¿Tiene hijos? —preguntó Ethne.

—No conmigo, pero tiene varios con sus esclavas.

—¿Por qué os casasteis con él? —volvió a la carga la esposa de Finan.

—Fui vendida. Tenía doce años, mi madre no tenía dónde caerse muerta, y Skirnir estaba obsesionado conmigo.

—Todavía lo está —dije pensativo, recordando que la recompensa que había ofrecido a cambio de recuperar a Skade había llegado incluso a oídos de Alfredo.

—Ese cabrón cuenta con muchos hombres —intervino Finan, no muy convencido.

—También yo puedo encontrar hombres —murmuré, al tiempo que me volvía porque Sihtric acababa de entrar a toda prisa por la puerta de atrás del local.

—Hombres, mi señor —me dijo—. No menos de treinta. Van armados.

Mis sospechas eran fundadas. Guthlac me andaba buscando las vueltas, iba detrás de mi tesoro, de mi barco y de mi mujer.

Y yo iba detrás del oro de Skirnir.

CAPÍTULO VII

Abrí de golpe la puerta de la calle: había más hombres en el muelle. Me pareció que no se esperaban que fuera a asomarme, porque casi todos dieron un paso atrás. Serían unos cincuenta cuando menos, algunos pertrechados de lanzas y espadas, aunque la mayoría empuñaba hachas, hoces o palos, lo que me llevó a pensar que eran ciudadanos a los que Guthlac había embaucado para llevar a cabo semejante fechoría. Lo que más me inquietó fue comprobar que algunos llevaban arcos. No habían tratado de apoderarse del *Lobo plateado*. Podía verlo en la otra punta del muelle a la mortecina luz de las hogueras de los secaderos de arenques, que ardían por encima de la marea alta que anegaba la pequeña playa. Los macilentos destellos procedían de las cotas de malla, las puntas de las lanzas, las espadas y las hachas que empuñaban Osferth y sus hombres, que habían formado un muro de escudos que parecía inexpugnable.

Cerré la puerta de la taberna, y eché la tranca por dentro. Estaba claro que Guthlac no parecía dispuesto a entablar combate con los hombres de Osferth, sino que su intención era capturarnos y servirse de nosotros como rehenes a cambio del barco.

—No nos va a quedar otra que pelear —les dije a los hombres. Saqué a *Aguijón-de-avispa* de su escondrijo y observé, complacido, cómo aparecían más y más armas, casi todas espadas cortas, como la que yo llevaba. Rorik, un danés que había caído en mis manos durante una de las incursiones de castigo que habíamos llevado a cabo en Anglia Oriental y que me había prestado juramento de fidelidad con tal de no volver con su antiguo amo, se las había arreglado para ocultar un hacha de guerra—. Tanto con los que nos esperan ahí fuera —indicando la puerta de delante—, como ahí detrás —señalando al patio donde se alzaba la destilería de cerveza.

—¿Cuántos son, señor? —me preguntó Cerdic.

—Demasiados —contesté.

Confiaba en que fuéramos capaces de abrirnos paso hasta el *Lobo plateado*. Unos ciudadanos armados con hoces y palos no suponían un grave obstáculo para mis guerreros, pero los arqueros apostados en el exterior podían causarnos numerosas bajas, y bastante menguados andábamos de efectivos. Aunque los arcos que había visto eran de caza, no por eso sus flechas eran menos letales para hombres desprovistos de cota de malla.

—Si son tantos, mi señor —apuntó Finan—, mejor atacar ahora que esperar a que sean muchos más.

—O resistir hasta que se cansen —repuse, en el mismo instante en que alguien llamaba tímidamente a la puerta trasera. Hice un gesto a Sihtric para que desatrancase la puerta y dejase entrar al inesperado visitante. Cara a cara, me encontré con un

lamentable individuo, enjuto y atemorizado, cubierto con una raída sotana sobre la que colgaba una cruz de madera que, nervioso, no dejaba de acariciar. Se nos quedó mirando de hito en hito durante un segundo antes de entrar en la taberna, lo suficiente para echar un vistazo a los hombres armados que había en el patio, antes de que Sihtric cerrase y atrancase la puerta a sus espaldas—. ¿Sois cura? —le pregunté; respondió afirmativamente con la cabeza—. ¿De modo que Guthlac prefiere enviar a un cura en vez de dar la cara?

—El alguacil no pretende haceros ningún daño, mi señor —dijo el cura. Era danés, lo que no dejó de sorprenderme. Sabía que los daneses de Anglia Oriental se habían convertido al cristianismo, pero pensaba que sólo había sido un gesto de cara a la galería para soslayar la amenaza que representaba el Wessex de Alfredo. Sin embargo, estaba claro que algunos daneses sí que se habían convertido al cristianismo.

—¿Cómo os llamáis, padre?

—Cuthberto, mi señor.

—¿Un nombre cristiano? —inquirí con un respingo.

—Es la costumbre tras la conversión —respondió inquieto—; Cuthberto fue un santo ejemplar.

—Sé quién fue, incluso he visto sus despojos —repliqué—. Si Guthlac no pretende hacernos daño, ¿podemos regresar al barco?

—Sí en cuanto a vuestros hombres, mi señor —dijo el padre Cuthberto, azorado—, con tal de que vos y la mujer no os mováis de aquí.

—¿La mujer? —me extrañé, como si no hubiera entendido lo que acababa de decirme—. ¿Acaso Guthlac pretende que me quede aquí con una de sus putas?

—¿Una de sus putas? —repitió Cuthberto, como si la pregunta estuviera fuera de lugar, antes de negar vigorosamente con la cabeza—. No, mi señor; se refiere a esa mujer, a Skade.

De modo que Guthlac estaba al tanto de quién era Skade y, probablemente, lo había sabido desde el momento en que atracamos en Dumnoc. Maldije la niebla que nos había retrasado tanto. Alfredo habría pensado, y con razón, que pondríamos rumbo a algún puerto de Anglia Oriental en busca de provisiones; sin duda, habría ofrecido una recompensa al rey Eohric por nuestra captura, y a Guthlac no se le había ocurrido una forma más rápida, que no fácil, de hacerse rico—. ¿Sólo vais detrás de nosotros dos? —pregunté al cura.

—Nada más, mi señor —repuso el padre Cuthberto—. Si os entregáis, vuestros hombres son libres de partir mañana mismo con la marea.

—Venid, pues, a por la mujer —contesté, al tiempo que pasaba *Aguijón-de-avispa* a Skade, que se puso en pie en cuanto tuvo la espada en sus manos—. ¡Toda vuestra! —le dije al cura.

El padre Cuthberto observó cómo, con parsimonia, Skade deslizaba un dedo por el filo de la hoja de la espada, al tiempo que obsequiaba al cura con una sonrisa que le heló la sangre.

—¡Mi señor! —acertó a decir con voz lastimera.

—¡Toda vuestra! —le dije de nuevo.

Skade mantenía la espada a la altura de la cintura con la hoja apuntando hacia arriba. Poco más necesitó el padre Cuthberto para hacerse una idea de cómo aquel reluciente acero le rajaría la barriga de arriba abajo. Con gesto de preocupación, y apurado al observar las feroces sonrisas de mis hombres, se armó de valor.

—Bajad la espada, mujer —la instó, haciendo un gesto con la mano—, y venid conmigo.

—¡Lord Uhtred acaba de deciros que me prendáis!

Cuthberto se humedeció los labios con la lengua.

—Va a matarme, señor —me dijo con ojos suplicantes.

Hice como que me paraba un momento a pensar en lo que acababa de decir, y moví la cabeza en sentido afirmativo.

—Es más que probable —respondí.

—Debo consultarlo con el alguacil —añadió sacando fuerzas de flaqueza y echando casi a correr hacia la puerta.

Hice una seña a Sihtric para que lo dejara salir, y recuperé la espada que Skade tenía en las manos.

—Podríamos echar una carrera hasta el barco, señor —apuntó Finan, tras echar una ojeada por un agujero que había en la puerta delantera del local. Estaba claro que no tenía muy buena opinión de los hombres que nos habían tendido aquella celada.

—¿Habéis reparado en que algunos llevan arcos? —le pregunté.

—Así que era eso —repuso, apartándose de la puerta—; esas cosas pueden hacer una buena avería en tripas rebosantes de cerveza. ¿Esperaremos, pues, hasta que se cansen?

—O hasta que se me ocurra una idea mejor —contesté.

En ese momento se oyó otro golpe, más fuerte en esta ocasión, en la puerta de atrás; una vez más le ordené a Sihtric que retirase la tranca.

En el umbral apareció Guthlac, con la misma cota de malla, aunque se había calado un yelmo y llevaba un escudo para mejor protegerse.

—¿Una tregua mientras hablamos? —propuso.

—¿Acaso estamos enfrentados? —pregunté.

—Lo que digo es que escuchéis lo que vengo a deciros y que, luego, me dejéis marchar —dijo malhumorado, pellizcándose uno de sus largos y negros bigotes.

—Hablemos, pues; luego, podréis marcharos —convine.

Con cautela, entró en el local, observando no sin cierta sorpresa lo bien

perrechados que estaban mis hombres.

—He pedido a mi señor que envíe tropas de refuerzo —comenzó.

—Prudente decisión, porque con los hombres que contáis no tenéis nada que hacer.

—¡No buscamos pelea! —exclamó con cara de preocupación.

—Pues nosotros sí, y nos encanta la idea —repuse—. Nada mejor que una buena pelea para culminar una velada en una taberna, ¿no os parece?

—¿Y qué tal una mujer? —propuso Finan, dirigiéndole una sonrisa a Ethne.

—Cierto —admití—. Primero, la cerveza; luego, una pelea y, para finalizar, una mujer. Como en el Valhalla. Avisadnos cuando estéis dispuesto, Guthlac, y nos pondremos a ello.

—Entregaos, mi señor —replicó—. Nos habían advertido que cabía la posibilidad de que os dejaseis caer por aquí. Al parecer, Alfredo de Wessex os anda buscando. No desea arrebatáros la vida, mi señor. Sólo os quiere a vos, a vos y a esa mujer.

—No tengo intención de ponerme en manos de Alfredo —contesté.

Guthlac lanzó un suspiro, y se armó de paciencia.

—No vamos a permitir que os vayáis de aquí, mi señor. Ahí fuera os esperan catorce cazadores con sus arcos correspondientes. Qué duda cabe de que acabaréis con algunos de los míos, mi señor, otro crimen más que vendrá a sumarse a los que ya habéis perpetrado. Pero mis arqueros matarán a algunos de los vuestros, y eso es lo que no deseamos. Vuestros hombres y vuestro barco son libres de irse cuando quieran; no así vos, ni tampoco esa mujer, la tal Edith —dijo mirando a Skade.

—En ese caso, venid a por mí —repuse con una ancha sonrisa—. Pero recordad que soy el hombre que acabó con Ubba Lothbrokson a orillas del mar.

Guthlac se quedó mirando la espada que llevaba, se estiró el bigote de nuevo y dio un paso atrás.

—No moriré traspasado por ese hierro, no, señor —repuso—. Esperaré a que lleguen las tropas, que os apresarán y acabarán con vuestros hombres. Por eso, mi consejo es que os entreguéis antes, mi señor.

—Queréis que me entregue a vos para así cobrar la recompensa.

—¿Qué hay de malo en eso? —me preguntó en mal tono.

—¿A cuánto asciende?

—Mucho dinero —repuso—. ¿Os entregaréis, pues?

—Esperad fuera —le dije—; ya tendréis noticias mías.

—¿Qué va a ser de ellos? —me preguntó echando una mirada a los lugareños que permanecían atrapados con nosotros en el local. Ninguno valía nada como rehén, así que consentí en que se marcharan con Guthlac. Salieron al patio trasero como alma que lleva el diablo, encantados de haberse librado de una carnicería que se imaginaban que acabaría con el suelo de la taberna teñido de rojo.

Guthlac era un necio. Lo que tendría que haber hecho era cargar contra la taberna y reducirnos o, si sólo quería que no saliéramos de allí hasta que llegaran las tropas, haber cegado las dos salidas con algunos de los enormes barriles de cerveza que guardaba en el patio. En lugar de eso, había dividido en dos mitades los efectivos con los que contaba. Calculé, pues, que habría unos cincuenta hombres entre nosotros y el *Lobo plateado*, y otros tantos en el patio trasero. Pensé que los míos bien podrían abrirse camino entre los cincuenta que nos separaban del muelle, pero también reparé en las bajas que sufriríamos antes de llegar al barco. Como ninguno llevábamos cota de malla, los arcos acabarían con la vida de unos cuantos hombres y mujeres antes de que empezase el cuerpo a cuerpo. Buscaba el modo de salir de allí sin que ninguno de los míos resultara muerto o herido.

Ordené a Sihtric que echase un vistazo al patio trasero a través de una rendija que había en la pared de adobe. Otro de los míos estaba pendiente del muelle.

—Avisadme en cuanto comiencen a retirarse.

—¿Retirarse? ¿Por qué habrían de hacerlo, mi señor? —me preguntó Finan con una sonrisa no exenta de burla.

—Hay que procurar que el enemigo actúe siempre como más nos convenga —repuse, y me encaramé a la escala que llevaba al altillo de las putas donde, en uno de los jergones de paja y abrazadas, había tres chicas. Con una sonrisa en los labios, les pregunté—: ¿Qué tal, señoras? —ninguna contestó, limitándose a observar cómo, con *Aguijón-de-avispa* en las manos, la emprendía con la parte interior de aquella baja techumbre—. No tardaremos en salir de aquí —les dije en inglés— y, si lo tenéis a bien, os acogeremos como merecéis. Muchos de mis hombres no tienen mujer, y más vale casarse con un guerrero que servir de puta para ese danés gordinflón. ¿O acaso es un rufián en condiciones?

—No —repuso una de ellas muy bajito.

—¿Os azota? —les pregunté por decir algo.

Había echado abajo un buen montón de cañas y el humo del hogar de la taberna comenzó a salir por aquella improvisada chimenea. Sin duda, Guthlac se habría percatado del agujero que había practicado en el techo de su local, pero me imaginé que no enviaría a ninguno de los suyos a reparar el estropicio porque, para eso, habrían necesitado escalas.

—¡Finan! —grité en dirección al interior de la taberna—. ¡Acercadme fuego!

Como confirmación de que Guthlac había visto el estrago que había causado, una flecha vino a clavarse en la techumbre. Debió de suponer que trataba de sacar a mis hombres a través del agujero del techo, y a la techumbre apuntaban sus arqueros, pero no estaban en el sitio adecuado para que sus flechas fueran a caer en la nueva brecha. Sólo de través podían disparar los arcos hacia el boquete que había abierto, lo que significaba que cualquiera que tratase de escapar por allí habría resultado herido en

cuanto se encaramase a la techumbre. Pero no era ésa la razón de que hubiera echado abajo parte del cañizo.

—No tardaremos en salir de aquí —les dije a las chicas—; si queréis venir con nosotros, tenéis que vestiros, bajar por la escala y esperarnos a la puerta del local.

Mi plan no podía ser más sencillito. Me limité a lanzar tan lejos como pude tizones en llamas de la madera de deriva que ardía en el hogar de la taberna, y aguardé hasta ver cómo caían sobre las techumbres de paja de las casas próximas. Me quemé la mano, pero eso fue lo de menos en comparación con las llamas resplandecientes que salían de los tejados de caña. No menos de doce de mis hombres se encargaban de que, a lo largo de la escala, los tizones llegasen a mis manos, mientras yo lanzaba trozos de madera ardiendo tan lejos como podía, intentando prender fuego a cuantas casas quedaban a mi alcance.

Cuando una ciudad empieza a arder por los cuatro costados, nadie se queda de brazos cruzados. Los incendios siempre provocan pánico, porque la paja y la madera arden con facilidad y el fuego que prende en una casa no tarda en extenderse a otras. Como no podía ser de otra manera, al oír los gritos de sus mujeres y sus hijos los hombres de Guthlac lo dejaron plantado. Con rastrillos, trataron de echar abajo las techumbres que ardían sobre los cabrios y acarreaban barreños de agua desde el río. Lo único que nos quedaba por hacer, pues, era abrir la puerta de la taberna y correr hacia el barco.

Eso fue lo que hicieron la mayoría de los míos y dos de las putas, que echaron a correr por el embarcadero hasta el barco, defendido por los hombres de Osferth, revestidos de acero y armados hasta los dientes. Finan y yo, sin embargo, nos escabullimos por el callejón que discurría junto a la taberna. Entre los gritos de los hombres, los ladridos de los perros y los graznidos de las gaviotas alertadas por el estruendo, la ciudad en llamas ofrecía un espectáculo espeluznante. Todo parecía crepitar a nuestro alrededor. Asustada y con tal de poner a salvo sus enseres como fuera, la gente daba gritos incoherentes. Montones de cañizo en llamas cubrían las calles; las chispas enrojecían el cielo. Tratando de que la taberna no fuera pasto de las llamas, Guthlac les ordenaba a voces a los suyos que echasen abajo la casa más cercana al local, pero, en la confusión reinante, nadie le hacía caso. Del mismo modo que nadie reparó en nuestra presencia cuando Finan y yo llegamos a la calle a espaldas de la taberna.

Llevaba en la mano uno de los leños preparados para alimentar la fogata de la taberna y lo lancé con fuerza, de forma que acerté a darle de refilón a Guthlac en el casco; el danés se vino al suelo como un buey alanceado entre los ojos. Lo agarré de la cota de malla y lo arrastré por el callejón hasta el embarcadero. Estaba tan gordo que hube de recurrir a tres de mis hombres para subirlo al carguero y, desde allí, arrojarlo a la cubierta del *Lobo plateado*. Tras comprobar con satisfacción que toda la

tripulación estaba a salvo, soltamos amarras. A golpe de remo y ciando, el barco hizo frente a la marea hasta que el agua comenzase a bajar.

Contemplamos Dumnoc en llamas. Envueltas en lenguas de fuego que crepitaban como si salieran de un horno y lanzando chispas al cielo nocturno, seis o siete casas estaban ardiendo. Los incendios iluminaban el lugar, difundiendo una vacilante y cruda luz al otro lado del río. Unos hombres derribaban casas para abrir brechas con la esperanza de que las llamas no saltasen a otras construcciones, y una cadena humana acarreaaba barreños de agua desde el río. Era un espectáculo entretenido de ver. Cuando volvió en sí, Guthlac se encontró sentado en el angosto altillo de la proa, sin su cota de malla y atado de pies y manos. Había ordenado que volviesen a colocar la cabeza de lobo en su sitio.

—Disfrutad de la vista, Guthlac —le aconsejé.

Farfulló algo hasta que, de pronto, se acordó de la bolsa que llevaba colgada a la cintura, donde había guardado la plata que le había pagado por las provisiones. Tras rebuscar en su interior, comprobó que las monedas habían desaparecido. Sin dejar de refunfuñar, alzó la vista y entonces sí pudo ver al guerrero que había acabado con Ubba Lothbrokson a orillas del mar: allí estaba, con mi atuendo guerrero al completo, cota de malla, yelmo y *Hálito-de-serpiente* colgando de mi tahalí adornado con tachones de plata.

—Sólo cumplía con mi deber, mi señor —acertó a decir.

Vi hombres de armas en tierra, y deduje que ya habían llegado las tropas de quienquiera que fuese el señor de Guthlac. No suponían ningún peligro, a menos que decidieran embarcarse en alguno de los barcos amarrados, pero no parecían albergar tales intenciones. Se limitaban a contemplar la ciudad en llamas; sólo de vez en cuando, se volvían a mirarnos.

—¡Por lo menos podían hacer algo útil, no sé, como mear en las llamas, por ejemplo! —se lamentó Finan, antes de echar un vistazo a Guthlac—. ¿Qué vamos a hacer con éste, mi señor?

—Había pensado dejarlo en manos de Skade —repuse; Guthlac la miró, ella le sonrió y al danés le dieron escalofríos—. Cuando la conocí —le expliqué a Guthlac —, acababa de torturar a un *thegn*. Os aseguro que acabó con él; y no de un modo agradable, precisamente.

—Sólo quería saber dónde guardaba el oro —se excusó la mujer.

—Nada, pero que nada agradable —insistí, mientras Guthlac retrocedía.

El barco llegó a donde repuntaba la marea. Había pleamar y el río parecía más ancho, pero no nos valía de mucho porque bajo aquella superficie ondulante que emitía destellos rojizos había bancos de fango y arena. La marea no tardaría en comenzar a bajar, pero prefería esperar hasta que hubiera suficiente luz para distinguir las varas que delimitaban el canal, de modo que los hombres maniobraron

con los remos para mantenernos alejados de la ciudad en llamas.

—Tendríais que haber irrumpido con vuestros hombres en la taberna cuando estábamos bebiendo —le comenté a Guthlac—; habríais perdido unos cuantos pero, al menos, habríais tenido una oportunidad.

—¿Por qué no me dejáis ir a tierra? —me suplicó.

—Lo haré —le respondí de buen talante—, pero todavía no. ¡Mirad!

Entre llamaradas, nubes de humo y chispas que las vigas y los cabrios lanzaban al aire al estrellarse contra el suelo, una de las casas incendiadas se vino abajo. Acababa de prenderse fuego la techumbre de la taberna del Ganso y, a medida que las llamas se avivaban, mis hombres lo celebraban.

Con las primeras luces del día y sin que nadie nos lo impidiese, enfilamos río abajo. Remamos hasta llegar al final del canal, donde el agua rompía con fuerza contra los largos bancos de arena y, una vez allí, liberé a Guthlac de sus ataduras, lo empujé hasta la popa del *Lobo plateado* y, juntos, nos quedamos en el altillo. La corriente nos arrastraba con fuerza hacia el mar, y el barco se estremecía al embestir las olas que agitaba el viento.

—Anoche, cuando llegamos, nos disteis la bienvenida a Dumnoc, y nos concedisteis permiso para pasar la noche en la ciudad con tal de no armar bulla, ¿os acordáis? —se me quedó mirando—. No cumplisteis con la palabra dada —le dije, mientras él callaba la boca—, no señor —insistí, y lo único que hizo fue darme la razón, aterrorizado—. ¿Seguís con la idea de volver a pisar tierra firme?

—Así es, mi señor —respondió.

—En vuestras manos está —le dije, y lo arrojé por la borda.

Dio un grito, se oyó un chapoteo cuando cayó al agua, y Finan dio la orden de remar a toda prisa.

Más tarde, muchos días después, Osferth me preguntó por qué había matado a Guthlac.

—Ningún daño podía haceros, mi señor, era un pobre diablo —me dijo.

—Se trata de una cuestión de respeto —repliqué para sorpresa de Osferth—. Se atrevió a desafiarme —continué—; si lo hubiera dejado con vida, se habría jactado de que había plantado cara a Uhtred de Bebbanburg y había salido con bien del trance.

—¿Sólo por eso tenía que morir, mi señor?

—Así es —repliqué.

Así murió Guthlac, en efecto. Remamos hasta llegar a alta mar, mientras yo contemplaba cómo el alguacil se debatía en la estela que dejábamos atrás. Durante un par de minutos, consiguió mantener la cabeza fuera del agua; luego, se hundió. Izamos la vela, notamos cómo el barco se acompasaba con el viento y pusimos rumbo norte.

* * *

Tuvimos más jornadas de niebla; pasamos muchos días y sus correspondientes noches en calas desiertas. Hasta que, de repente, un día, el viento viró al este, el aire se aclaró, y el *Lobo plateado* enfiló al norte. El invierno ya se dejaba sentir. El último día de travesía fue una jornada luminosa y fría. Habíamos pasado la noche alejados de la costa, y llegamos a nuestro destino a la mañana siguiente. Con la cabeza de lobo erguida de nuevo en la proa, las pequeñas embarcaciones de pesca que se cruzaban con nosotros emprendían la huida hacia los islotes de roca que salpicaban el mar, donde las focas lanzaban destellos al sol y unos atareados frailecillos revoloteaban sin cesar. Ordené que arriasen la vela y, aprovechando el empuje de las olas grises, a golpe de remo nos acercamos a la playa.

—Aquí está bien —le grité a Finan.

Cesó el ajetreo de los remos y, lentamente, la nave se puso al paio. Desde la proa, Skade y yo mirábamos al oeste. Iba pertrechado de mis mejores atavíos como señor de la guerra: cota de malla, yelmo, espada y brazaletes.

Me acordé entonces de aquel día ya muy lejano en que, en esa misma playa, había contemplado con asombro cómo tres barcos ponían rumbo al sur, dispuestos a cabalgar las olas, como *Lobo plateado* se aprestaba a hacer en aquellos momentos. Era un niño entonces, y aquélla era la primera vez en mi vida que veía daneses. Recordé la maravillosa sensación que experimenté al ver aquellas embarcaciones tan ágiles y hermosas, la simetría de las bancadas de los remos que, como alas mágicas, subían y bajaban. Sorprendido, había observado cómo el jefe danés, armado hasta los dientes, saltaba de remo en remo, jugándose la vida a cada paso, mientras escuchaba cómo mi padre y mi tío echaban pestes de los recién llegados. Pocas horas después, mi hermano había muerto. En cuestión de semanas, mi padre había seguido el mismo destino; mi tío me había usurpado Bebbanburg, y yo había entrado a formar parte de la familia del jefe de los remeros, Ragnar el Temerario. Aprendí danés, luché con los daneses, me olvidé de Cristo y me convertí en adorador de Odín. Todo había empezado en aquel lugar, en Bebbanburg.

—¿Vuestra patria chica? —se interesó Skade.

—Así es —porque yo, Uhtred de Bebbanburg, estaba contemplando la imponente fortaleza asentada sobre una roca que miraba al mar.

Desde detrás de unas defensas de madera, los hombres de la guarnición me devolvían la mirada. Por encima de ellos, en un mástil que se alzaba sobre el hastial de la mansión que daba al mar, ondeaba al viento el estandarte de mi familia, la cabeza de lobo, el mismo que había ordenado izar en el palo de nuestro barco, aunque el aire estaba encalmado y casi no se agitaba.

—Sólo así sabrán que estoy vivo y, mientras siga con vida, no estarán tranquilos —le dije a Skade. En ese momento, el destino me metió una idea en la cabeza, y supe con certeza que nunca recuperaría Bebbanburg, que nunca sería capaz de subir por

aquellas peñas y trepar por aquellos muros, a menos que hiciera lo mismo que había visto hacer a Ragnar muchos años antes. La perspectiva era aterradora, pero así es el destino, inexorable. Pacientes y con las agujas dispuestas, las hilanderas me observaban y, a menos que aceptase su envite, mi aventura terminaría en fracaso. Tenía que correr por encima de los remos—. ¡Remos listos! —ordené a los veinte remeros que ocupaban el costado del barco que miraba a tierra—. ¡Mantenedlos rectos; sujetadlos bien!

—Mi señor... —me advirtió Skade, pero sólo me fijé en el fulgor de sus ojos.

Me había ataviado con mi armadura completa para que los hombres de mi tío que guardaban Bebbanburg me vieran como el señor de la guerra que era. Les brindaba la oportunidad de que, llegado el caso, contemplasen cómo perecía: con el peso que llevaba encima, un solo paso en falso por la hilera de largos remos bastaría para que mis huesos fueran a parar al fondo del mar. Pero estaba convencido de lo que iba a hacer: si un hombre de verdad quiere algo, ha de arriesgarlo todo.

Me hice con *Hálito-de-serpiente*, y la mantuve en alto para que la guarnición de la fortaleza contemplase los destellos que el sol arrancaba de su largo acero. Me encaramé a la amurada del barco.

El secreto para recorrer una hilera de remos consiste en pasar de uno a otro con rapidez, pero no tan deprisa que dé la sensación de una alocada carrera. Eran veinte los pasos que tenía que dar bien erguido, como si no fuera nada del otro mundo, pero recuerdo cómo se mecía el barco y el miedo que me atenazaba cuando, de uno en uno, cada remo cedió bajo mis pies. Conseguí dar las veinte zancadas y, desde el último remo, tomé impulso para subir a popa, donde Sihtric me sujetó entre los vítores de mis hombres.

—Sois un maldito loco, mi señor —exclamó Finan, orgulloso.

—¡Nos veremos las caras! —les grité a los de la fortaleza, aunque dudo que llegasen a oírlo. Las olas rompían con fuerza y se retiraban de la playa. La helada cubría de blanco las peñas que se alzaban más arriba. Era una fortaleza de aspecto gris blanquecino: ése era mi hogar—. Algún día, todos viviremos ahí —les grité a los míos; el barco dio media vuelta, izamos la vela de nuevo y pusimos rumbo sur. Me quedé mirando aquellos muros hasta que los perdimos de vista.

Ese mismo día, enfilamos la embocadura de aquel río que tan bien conocía. Habíamos retirado la cabeza de lobo de la proa porque estábamos en territorio amigo. En lo alto de la colina, el faro y el monasterio en ruinas; a sus pies, la playa donde el barco de la enseña roja me había recogido, y entonces, con la pleamar, llevé el *Lobo plateado* hasta la costa pedregosa donde permanecían varados más de treinta barcos, vigilados desde un pequeño baluarte que se alzaba en la cima de la colina, junto a las ruinas del monasterio. No hice más que saltar a tierra y pisar los guijarros, que ya unos jinetes salían del fortín a nuestro encuentro. No cayeron en la cuenta de quiénes

éramos hasta que no se situaron a nuestro lado. Apuntándome con la lanza, uno de ellos me preguntó:

—¿Quién sois?

—Uhtred de Bebbanburg.

La punta de la lanza se inclinó y el hombre esbozó una sonrisa.

—Hace tiempo que os esperábamos, mi señor.

—Había niebla.

—Sed bienvenido, mi señor. Disponed de cuanto queráis, de todo lo que necesitéis.

Allí encontramos cobijo, comida, cerveza, buena compañía y, a la mañana siguiente, caballos para Finan, para Skade y para mí. Nos dirigimos hacia el sur, no muy lejos de allí. Los hombres también vinieron con nosotros. Una carreta tirada por bueyes cargaba con el cofre del tesoro, las cotas de malla y las armas. Al cuidado de la guarnición, atrás, en el río, habíamos dejado el *Lobo plateado* a buen recaudo. Íbamos camino de la imponente fortaleza, un sitio donde de sobra sabía que seríamos bien recibidos. El señor de la plaza fuerte salió cabalgando a nuestro encuentro. Farfullaba frases incoherentes, gritaba, reía, hasta que, como yo, saltó del caballo y los dos nos dimos un abrazo en mitad del camino.

Ragnar. El *jarl* Ragnar, amigo y hermano. Ragnar de Dunholm, danés y vikingo, señor del norte, me estrechaba entre sus brazos antes de propinarme un puñetazo en el hombro.

—Estáis mucho más viejo, más viejo y más feo —me dijo.

—Cada día me parezco más a vos —repliqué.

Rió la ocurrencia. Di un paso atrás y observé cuánto le había aumentado la barriga después de tantos años sin vernos. No es que estuviera gordo; es que daba la impresión de que todo él era más colosal si cabe, pero con el mismo buen humor de siempre.

—¡Bienvenidos! —gritó a los míos—. ¿Cómo es que habéis tardado tanto?

—Culpa de la niebla —le expliqué.

—Me imaginé que, a lo peor, habíais muerto; pero lo pensé mejor y supuse que los dioses no están todavía preparados para disfrutar de vuestra lastimosa compañía —dijo. Calló un momento, como si recordase algo de repente; el gesto se le endureció; arrugó el ceño, y sin mirarme a los ojos, me dijo—: Lloré cuando me enteré de lo de Gisela.

—Gracias.

Meneó la cabeza en sentido afirmativo; luego, me pasó un brazo alrededor del cuello, y los dos echamos a andar. Se había destrozado la mano del escudo, con la que me abrazaba, en la batalla de Ethandun, donde Alfredo había derrotado al gran ejército de Guthrum. En aquella ocasión, yo luchaba del lado de Alfredo, y Ragnar,

mi mejor amigo, en las filas de Guthrum.

Ragnar se parecía muchísimo a su padre. Rostro amplio y generoso, ojos relucientes y la sonrisa más franca que he visto en mi vida. Era rubio, como yo, y muchas veces nos habían tomado por hermanos. Su padre me había tratado como a un hijo, y si algún hermano tenía, ése era sin duda Ragnar.

—¿Os habéis enterado de lo que pasó en Mercia? —me preguntó.

—No.

—Pues que las tropas de Alfredo cayeron sobre Harald —me dijo.

—¿En dónde, en Torneie?

—Dondequiera que se hubiera refugiado. Lo que sé es que Harald estaba postrado, sus hombres se morían de hambre, no tenían escapatoria y les superaban en número. Las tropas de Mercia y Wessex decidieron acabar con ellos.

—¿Así que Harald ha muerto?

—¡Claro que no! —exclamó Ragnar encantado—. ¡Harald es un danés de los pies a la cabeza! Plantó cara a esos cabrones, y tuvieron que salir de allí con el rabo entre las piernas —grandes risotadas—. Tengo entendido que Alfredo no está muy contento que digamos.

—Nunca lo está —repuse—. Está embobado con su dios.

Ragnar se volvió y echó una ojeada a Skade, que seguía a lomos de su montura.

—¿Es ésa la mujer de Harald?

—Sí.

—Parece afligida —comentó—. ¿Vamos a devolvérsela a Skirnir?

—No.

—¿Así que ya no es la mujer de Harald? —añadió con una sonrisa de complicidad.

—No.

—Pobrecilla —exclamó, y se echó a reír.

—¿Qué sabéis de ese Skirnir?

—Que ofrece un montón de oro a quien se la devuelva.

—¿Y Alfredo, también ofrece oro por mí?

—¡Faltaría más! —exclamó Ragnar, de buen humor—. Estaba pensando si no ataros como a un carnero y, así, ser más rico de lo que soy.

A la vista de Dunholm, en lo alto de un enorme peñasco en un recodo del río, calló la boca. El estandarte con el ala de águila ondeaba en lo alto de la fortaleza.

—Bienvenido a casa —me dijo con afecto.

Estaba en el norte y, por primera vez en muchos años, me sentía libre.

* * *

Brida nos esperaba en la fortaleza. Nacida en Anglia Oriental, era la mujer de

Ragnar. Me estrechó entre sus brazos sin decirme nada y, en ese momento, reparé en cuánto había sentido la muerte de Gisela.

—Son cosas que pasan —le dije.

Dio un paso atrás y me pasó un dedo por la cara, mirándome como si quisiera atisbar los estragos del paso de los años.

—Su hermano también se está muriendo —me susurró.

—Pero, ¿sigue siendo rey?

—Ragnar es quien manda aquí —me aclaró—. Pero no se opone a que Guthred ostente el título de rey.

Desde su capital, que había establecido en Eoferwic, Guthred, el hermano de Gisela, hombre bondadoso pero débil de carácter, era la cabeza visible de Northumbria. Si aún ocupaba el trono era porque Ragnar y los otros grandes *jarls* del norte se lo consentían.

—Se ha vuelto loco —añadió Brida, con crudeza—, está loco, pero es feliz.

—Mejor que estar loco y amargado.

—Los curas cuidan de él, pero le da por no comer. Arroja la comida contra las paredes, y proclama a los cuatro vientos que es Salomón.

—¿Así que sigue siendo cristiano?

—Adora a todos los dioses, por si las moscas —repuso enojada.

—¿Ha pensado Ragnar en adoptar el título de rey? —le pregunté.

—Nunca ha dicho nada —repuso Brida en voz baja.

—¿Lo veríais con buenos ojos?

—Sólo quiero que Ragnar encuentre su destino —respondió, y sus palabras se me antojaron preñadas de malos augurios.

Aquella noche se celebró un banquete en el salón de la fortaleza. Estaba sentado al lado de Brida. El resplandor de una crepitante fogata iluminaba su rostro anguloso y oscuro. Aunque más vieja, guardaba un cierto parecido con Skade; de hecho, desde el primer momento, las dos se mostraron recelosas al advertir la semejanza. Acompañándose al arpa, en un extremo del recinto, un juglar desgranaba un romance acerca de una incursión que Ragnar había llevado a cabo en Escocia, pero era tal el griterío que resultaba imposible seguir el hilo de esas peripecias. Uno de los hombres de Ragnar fue dando tumbos hasta la puerta, pero vomitó antes de llegar a salir al aire libre. Unos perros se encargaron de adecentar el desaguisado; el hombre volvió a su sitio y, a voces, pidió más cerveza.

—La verdad es que aquí estamos muy a gusto —comentó Brida.

—¿Acaso no os parece bien?

—Ragnar es feliz —dijo en voz baja para que no la oyera su amante, que estaba sentado a su derecha, entre Skade y ella—. Bebe demasiado —para añadir con un suspiro—: ¿Quién lo hubiera imaginado?

—¿Qué, que a Ragnar le gustase la cerveza?

—Que hayáis llegado a ser tan temidos —respondió, mirándome como si no me hubiera visto en su vida—. Ragnar el Viejo estaría orgulloso de los dos —añadió.

Al igual que yo, Brida se había criado en casa de Ragnar. Pasamos la niñez juntos; más tarde, fuimos amantes; para entonces, éramos amigos. Era una mujer prudente, todo lo contrario que Ragnar el Joven, exaltado y cabezota, pero lo bastante sensato como para no echar en saco roto los consejos de Brida. Lo único que lamentaba era no haber tenido hijos, lo que no había impedido que Ragnar engendrara numerosos bastardos. Una de ellas, precisamente, atendía las mesas durante el banquete. Ragnar la tomó por el codo y le preguntó: —¿Eres mía?

—¿Vuestra, mi señor?

—Que si eres hija mía.

—¡Pues claro, mi señor! —respondió alborozada.

—Ya me lo parecía —dijo, al tiempo que le daba una palmada en el trasero—. ¡Hago unas chicas preciosas, Uhtred!

—¡Y tanto!

—Los chicos tampoco están nada mal —añadió con una encantadora sonrisa, antes de soltar un ruidoso eructo.

—No ve el peligro —continuó Brida, que era la única que no se reía a carcajadas. Siempre se había tomado la vida muy en serio.

—¿Qué le estáis contando a Uhtred? —se interesó Ragnar.

—Hablábamos de la plaga que está acabando con la cebada este año —repuso.

—¡Qué más da! Ya compraremos en Eoferwic —contestó sin darle importancia, antes de volverse para hablar con Skade.

—¿A qué peligro os referís? —le pregunté.

Brida bajó la voz de nuevo.

—Alfredo ha hecho de Wessex un reino poderoso.

—Lo sé.

—Y es ambicioso.

—No le queda mucho tiempo por delante; poco importan sus afanes —repliqué.

—Tiene ambiciones para su hijo —añadió irritada—. Quiere ampliar más al norte el dominio sajón.

—Cierto —repuse.

—Lo que supone una amenaza para nosotros —continuó en el mismo tono—. ¿Acaso no se hace llamar rey de los Angelcynn? —Al ver que asentía, me apretó el brazo con apremio—. Northumbria ya tiene demasiados habitantes de habla inglesa. Lo que quiere es imponernos a sus curas, a sus hombres refinados.

—Cierto —repliqué una vez más.

—Hay que pararle los pies —dijo con serenidad, antes de mirarme fijamente a

los ojos—. ¿No habréis venido para espiarnos?

—No —le dije.

—Os creo —admitió, mientras jugueteaba con un trozo de pan, sin perder de vista las bancadas ocupadas por escandalosos guerreros—. Es muy sencillo, Uhtred —añadió con frialdad—: Si no acabamos con Wessex, Wessex acabará con nosotros.

—Los sajones tardarán años en llegar a Northumbria —dije, tratando de quitar hierro al asunto.

—¿Acaso el resultado final no ha de ser el mismo? —me preguntó, con acritud—. Y no, no habrán de pasar muchos años. Mercia está dividida y muestra signos de debilidad. Dentro de pocos años, Wessex se apoderará de ese territorio. Se harán con Anglia Oriental más tarde, y los tres reinos unidos nos atacarán —y añadió con amargura—: De sobra sabéis, Uhtred, que donde los sajones ponen el pie, nuestros dioses acaban por desaparecer. Imponen su propio dios, sus normas, su cólera y ese pavor que acoquina a la gente. —Como yo, Brida había sido educada en la fe cristiana, pero se había convertido al paganismo—. Tenemos que detenerlos antes de que se pongan en marcha; debemos ser los primeros en atacar, y cuanto antes.

—¿Pronto queréis decir?

—Haesten piensa invadir Mercia —prosiguió con una voz que más parecía un susurro—, lo que obligará a Alfredo a movilizar sus tropas al norte del Temes. Tenemos que aprestar una flota y desembarcar en la costa sur de Wessex —su mano apretaba con fuerza mi brazo—, porque el año que viene no habrá un Uhtred de Bebbanburg que defienda el reino de Alfredo.

—No me digáis que aún seguís con lo de la cebada —rezongó Ragnar—. Por cierto, ¿cómo está mi hermana? ¿Sigue casada con ese cura viejo y lisiado?

—Y bien feliz que está a su lado —repuse.

—¡Pobre Thyra! —exclamó Ragnar, mientras yo pensaba en las jugarretas que nos gasta el destino, en los recónditos vericuetos que siguen sus hilos.

Thyra, la hermana de Ragnar, estaba casada con Beocca. Formaban una pareja tan poco corriente que nadie acababa de creérselo. Thyra había encontrado la verdadera felicidad. ¿Qué decir de mi suerte? Aquella noche me sentía como si el mundo en que hasta entonces me había movido se hubiera vuelto del revés. Durante muchos años, obligado por un juramento de lealtad, mi deber había consistido en defender Wessex. Así lo había hecho, y nunca mejor que en Fearnhamme. De repente, allí estaba yo, escuchando las diatribas de Brida, que soñaba con destruir Wessex. Los Lothbrok lo habían intentado y habían fracasado; antes de ser derrotado, Guthrum había estado a punto de conseguirlo; en el caso de Harald, había sido una calamidad. ¿Acaso estaba Brida tratando de convencer a Ragnar para que se hiciese con el reino de Alfredo? Eché una ojeada a mi amigo, quien, dando golpes en la mesa con un cuerno de cerveza al ritmo de la música, cantaba hasta desgañitarse.

—Para conquistar Wessex —le dije a Brida—, necesitaréis no menos de cinco mil hombres y otros tantos caballos; y un cosa más, disciplina.

—Los daneses son mejores guerreros que los sajones —replicó haciendo oídos sordos a mi advertencia.

—Pero sólo pelean cuando les apetece —aduje con aspereza.

Los ejércitos daneses eran hordas de circunstancias. formadas por *jarls* que ponían sus hombres a disposición de cualquier caudillo ambicioso, y que se disolvían tan pronto como olfateaban otra presa más fácil. Eran como manadas de lobos, prestos a caer sobre un rebaño, que se amilanan si son muchos los perros que defienden las ovejas. Los daneses y los hombres del norte siempre andaban al acecho de algún territorio que fuera blanco fácil, hasta el punto de que a veces bastaba un rumor acerca de un monasterio indefenso para que un montón de buques carroñeros se hiciera a la mar. Pero también había sido testigo de la facilidad con que tales ataques eran repelidos. Los reyes de la cristiandad habían erigido fortines por doquier, y los daneses no eran hombres dados a largos asedios. Siempre iban en busca de hacerse rápidamente con el botín, incluso miraban de establecerse en tierras fértiles. Atrás quedaban los tiempos de las conquistas fáciles, de los saqueos de ciudades indefensas, arrasadas por hordas de guerreros poco curtidos. Si Ragnar o cualquier otro hombre del norte soñaban con el reino de Wessex, más les valía disponer de un ejército de hombres disciplinados y dispuestos al asedio. Volví a mirar a mi amigo, aturdido entre tanto jolgorio y tanta cerveza, y no logré imaginármelo armado de la paciencia necesaria para echar abajo las cautelas defensivas planeadas por Alfredo.

—Pero vos sí podríais hacerlo —dijo Brida, muy bajito.

—¿Acaso leéis mis pensamientos?

Se acercó más a mí y me susurró:

—El cristianismo es una enfermedad que se extiende como la peste. Tenemos que detenerlo.

—Si eso es lo que quieren —repuse—, ya se encargarán los dioses.

—Nuestros dioses prefieren pasárselo en grande. Están vivos, Uhtred. Viven, ríen, disfrutan. ¿Qué hace su dios en cambio? Siempre está urdiendo algo, es vengativo, ceñudo, taimado. Es un dios siniestro y solitario, Uhtred, y nuestros dioses le dan la espalda. En eso se equivocan.

Esbocé una sonrisa. De todos los hombres y mujeres que conocía, Brida era la única persona a quien no le importaba poner en solfa la conducta de los dioses, ni siquiera tratar de hacer su trabajo. Pero tenía razón. El dios cristiano era lóbrego y amenazador. No le gustaban los festines, las risotadas, la cerveza ni el hidromiel. Establecía normas y reclamaba disciplina. Eso era precisamente lo que necesitábamos, si de derrotarlo se trataba.

—Echadme una mano —me suplicó Brida.

Observé a dos malabaristas que lanzaban al aire tizones incandescentes, mientras estruendosas risotadas resonaban por la estancia, y sentí un repentino acceso de odio hacia la bandada de curas con sotanas negras que rodeaba a Alfredo, hacia aquel tropel de clérigos que renegaban de la vida, cuyo único placer consistía en condenar los placeres.

—Necesito hombres —le dije a Brida.

—Ragnar los tiene.

—Necesito hombres que se pongan a mis órdenes; sólo dispongo de cuarenta y tres. Necesito diez veces más.

—Si saben que sois vos quien se pone al frente de un ejército contra Wessex —me dijo—, los hombres os seguirán.

—No, si no tengo oro —repuse, intercambiando una mirada con Skade, que me observaba intrigada, deseosa de saber qué secretos me estaba contando Brida al oído—. Oro —repetí—, oro y plata. Necesito oro.

* * *

No me quedé tranquilo. Necesitaba saber si, más allá de Dunholm, alguien más estaba al corriente de las aspiraciones de Brida de acabar con Wessex. Me aseguré que sólo lo había hablado con Ragnar, pero todo el mundo sabía lo lenguaraz que era su marido. Un cuerno de cerveza bastaba para que revelase todos los secretos del mundo a quienquiera que estuviese a su lado y, si había comentado tales planes con alguien, con una persona tan sólo, Alfredo no tardaría en estar al tanto de sus ambiciones. Por eso respiré tranquilo cuando Offa, sus mujeres y sus perros se dejaron caer por la fortaleza de Dunholm.

Offa era sajón, natural de Mercia, y había sido cura. Alto y delgado, su gesto siempre adusto daba a entender que había contemplado todos los desatinos que en el mundo abundan. Ya era viejo, un anciano de pelo cano, lo que no impedía que, con sus dos mujeres a cuestas y su compañía de *terriers* amaestrados, siguiera recorriendo Britania de punta a cabo. Los exhibía en ferias y festejos, obligándoles a andar sobre las patas traseras, a bailar de dos en dos, a saltar a través de aros y, como broche final, uno de los perros cabalgaba a lomos de un poni, mientras sus compañeros, con unos bolsines de cuero, recogían las monedas que les echaban los espectadores. No se trataba de un espectáculo deslumbrante, desde luego, pero a los niños les encantaban los *terriers*, y Ragnar se quedaba extasiado mirándolos.

Había abandonado el sacerdocio, lo que le había granjeado la animadversión de los obispos, pero gozaba de la protección de todos los mandamases de Britania, porque su verdadera forma de ganarse la vida no pasaba por sus exhibiciones caninas, sino por su extraordinaria capacidad de traer y llevar informaciones. Hablaba con

todo el mundo, sacaba sus propias conclusiones y las vendía al mejor postor. Alfredo se había servido de él durante años. Gracias a sus perros, Offa tenía acceso a casi todas las casas de postín, prestaba atención a los cuchicheos que en ellas oía y llevaba de un lado para otro las cosas de las que se enteraba; así se ganaba la vida.

—A estas alturas, ya debéis de ser rico —le dije el día que llegó.

—Qué bromista sois, mi señor —replicó. Rodeado de sus ocho perros que, sumisos, formaban un semicírculo a sus espaldas, estaba sentado en una mesa a las puertas de la mansión de Ragnar, quien, encantado con su inesperada aparición, ya disfrutaba de antemano de las carcajadas que nunca faltaban durante la actuación de los animales. Una criada le había servido pan y cerveza.

—¿Dónde guardáis tanto dinero? —le pregunté.

—¿De verdad queréis saberlo, mi señor? —me preguntó Offa a su vez; con tal de que le pagasen, Offa tenía respuestas para todo.

—El año va casi vencido para que hayáis decidido venir al norte —comenté.

—Rara vez disfrutamos de un invierno tan suave, ¿verdad? Voy al norte por cuestiones de trabajo, ciertos asuntos que tienen que ver con vos —me dijo, mientras rebuscaba en un enorme zurrón de piel y sacaba un pergamino cerrado y sellado que puso encima de la mesa—. Es para vos, mi señor.

Me hice con el escrito. El sello no era sino un manchón de cera sin distintivo alguno, y parecía intacto.

—¿Qué dice? —le pregunté.

—No pensaréis que lo he leído —repuso, ofendido.

—Estoy seguro. Así que ahorradme la molestia.

—Mucho me temo que no es nada importante, mi señor —me dijo, con una sonrisa de complicidad—. Vuestro corresponsal no es otro que vuestro amigo, el padre Beocca. Dice que vuestros hijos están bien en casa de lady Etelfleda, y que Alfredo sigue enojado con vos, pero que no pondrá precio a vuestra cabeza si regresáis al sur, donde, como vuestro amigo os recuerda, os obliga un juramento de lealtad. El padre Beocca concluye su misiva diciendo que todos los días reza por vuestra alma y os exige que no descuidéis las obligaciones que habéis contraído.

—¿Exige?

—Con todas las letras, mi señor —me aseguró Offa, con una sonrisa apenas esbozada.

—¿Nada más?

—Nada más, mi señor.

—Así que puedo quemar la carta.

—Una pena desperdiciar el pergamino, mi señor. Mis mujeres saben cómo rascar la piel y dejarlo en condiciones de ser utilizado de nuevo.

—En ese caso, que lo rasquen a conciencia —le dije, devolviéndole la carta—.

¿Qué pasó en Torneie?

Offa meditó durante unos segundos la pregunta que acababa de hacerle y, tras sopesar que no habría de pasar mucho tiempo antes de que todo el mundo estuviera al corriente, decidió que podía decírmelo sin cobrarme nada a cambio.

—Con intención de poner fin a la ocupación del islote por parte del *jarl* Harald, el rey Alfredo ordenó el ataque. Lord Steapa llevaría a los suyos en barco río arriba, al tiempo que lord Etelredo y Eduardo el Heredero atacarían por la parte menos profunda del río. Ambas tentativas concluyeron en fracaso.

—¿Cómo es posible?

—Harald había colocado estacas afiladas en el lecho del río, los barcos sajones chocaron contra ellas y la mayoría ni llegaron al islote. En cuanto a lord Etelredo, sus hombres se atascaron, así de sencillo: se hundieron en el lodo. Los hombres de Harald los hostigaron con flechas y lanzas, y ni un solo sajón llegó hasta la empalizada de espino. Una carnicería, mi señor.

—¿Una matanza, decís?

—Los daneses hicieron una salida, mi señor, y degollaron en el río a casi todos los hombres de lord Etelredo.

—Contadme algo agradable; decidme que lord Etelredo también perdió la vida, por ejemplo.

—Sigue con vida, mi señor —repuso Offa.

—¿Y Steapa?

—También.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Ésa es una buena pregunta, mi señor —dijo Offa, como quien no quiere la cosa, y esperó hasta que vio la moneda encima de la mesa—. Los consejeros del rey están divididos, mi señor —prosiguió, al tiempo que se guardaba la plata en la faltriquera—, pero estoy convencido de que se impondrá la postura prudente del obispo Asser.

—Que aconseja...

—Pagar a Harald, como ya habréis imaginado.

—¿Sobornarlo para que se marche? —le pregunté, sorprendido. ¿En qué cabeza podría caber la idea de pagar para que se fuese a una banda de daneses fugitivos que habían mordido el polvo de la derrota?

—Muchas veces, con plata se consigue lo que no está al alcance del acero —aseveró Offa.

—Diez hombres y un mozo bastarían para recuperar Torneie —dije indignado.

—Quizá, si vos estuvierais al mando, mi señor. Pero da la casualidad de que estáis aquí.

—Como podéis ver.

Más hube de pagar por enterarme de lo que Brida ya me había contado, a saber, que Haesten, a salvo en su fortaleza en lo alto de Beamfleot, tenía pensado atacar Mercia.

—¿Se lo habéis dicho a Alfredo? —le pregunté.

—Por supuesto. Pero sus otros informadores le dicen lo contrario, y piensa que estoy equivocado.

—¿Y es eso cierto?

—Rara vez me equivoco, mi señor —repuso.

—¿Se encuentra Haesten en condiciones de apoderarse de Mercia?

—Ahora mismo, no. Tras vuestra victoria en Fearnhamme, muchos de los hombres de Harald se unieron a él, pero estimo que necesitará muchos más hombres.

—¿Es posible que venga a buscarlos a Northumbria? —le insistí.

—Me imagino que cabe esa posibilidad —me contestó, y esa respuesta bastó para enterarme de todo lo que quería saber: que ni siquiera Offa, con su extraordinario olfato para toda clase de secretos, estaba al tanto de los sueños de Brida de que Ragnar se pusiese al frente de un ejército para marchar contra Wessex. De haberlo sabido, Offa habría dejado entrever que los daneses de Northumbria tenían mejores cosas que hacer que atacar Mercia; de momento, viendo que no había posibilidad de sacarme más dinero, había pasado por alto mi pregunta—. Pero cada día son más los barcos que se unen a las fuerzas del *jarl* Haesten —continuó Offa— y, en primavera, dispondrá de los hombres que necesita. Estoy seguro de que también llamará a vuestra puerta, mi señor.

—Supongo —repliqué.

Offa estiró sus largas y escuálidas piernas por debajo de la mesa. Uno de los perros gimoteó; su dueño hizo un chasquido con los dedos y el animal no volvió a rechistar.

—El *jarl* Haesten —añadió con cautela— estaría dispuesto a ofreceros oro a cambio de que os unáis a él.

No pude por menos de sonreír.

—No habéis venido aquí como mensajero, Offa. Si Alfredo hubiera querido enviarme una misiva, disponía de formas más baratas de hacérmela llegar que dando rienda suelta a vuestra codicia. —Si bien pareció ofendido al escuchar mis palabras, no dijo nada—. Fue Alfredo quien le dijo al padre Beocca que me escribiese, ¿no es eso? —pregunté, para ver cómo Offa movía levemente la cabeza en sentido afirmativo—. De modo que Alfredo os ha enviado para enterarse de lo que tengo en mente.

—Todo Wessex arde en deseos de saberlo —repuso muy digno.

Depositó dos monedas de plata encima de la mesa.

—En ese caso, contádmelo vos —le rogué.

—¿Que os cuente qué, mi señor? —contestó, sin apartar la vista de las monedas.

—Contadme qué tengo pensado hacer —repuse.

Sonrió al ver que le pagaba por darme una respuesta que nadie sabía mejor que yo.

—Muy generoso por vuestra parte, mi señor —dijo, mientras sus largos dedos aprisionaban las monedas—. Alfredo piensa que vais a por vuestro tío.

—Podría ser.

—Para eso, mi señor, necesitáis hombres, y dinero para pagarlos.

—Tengo plata.

—No la suficiente, mi señor —añadió Offa, muy seguro de lo que decía.

—Quizá debiera unirme a Haesten.

—Imposible, mi señor; no podéis ni verlo.

—¿De dónde sacaré, pues, el dinero? —pregunté.

—Skirnir, claro está —replicó Offa, sin apartar sus ojos de los míos.

Impertérrito, me atreví a preguntarle:

—¿Figura Skirnir en vuestra lista de confidentes?

—No soporto las travesías en barco, mi señor, así que procuro evitarlas en la medida de lo posible. No he hablado nunca con él.

—¿Así que Skirnir no está al corriente de lo que me traigo entre manos?

—Hasta donde yo sé, mi señor, tengo entendido que Skirnir piensa que todo el mundo pretende robarle. Así que si está preparado para hacer frente a todo el mundo, también los estará para plantaros cara a vos.

Negué con la cabeza.

—No, Offa. Está preparado para disuadir a cualquier ladrón, pero no para enfrentarse a un señor de la guerra.

El de Mercia alzó una ceja, señal inequívoca de que tenía que darle más dinero. Puse una moneda más encima de la mesa, que desapareció en su insaciable faltriquera.

—Estará listo para recibirlos como merecéis, mi señor, porque vuestro tío bien podría advertirle de cuáles son vuestras intenciones.

—Porque vos se lo diréis a mi tío, ¿no es así?

—Si me paga, por supuesto que lo haré.

—Debería mataros ahora mismo, Offa.

—Cierto, mi señor, deberíais, pero no lo haréis —me respondió con una sonrisa.

De modo que Skirnir estaría al tanto de mi llegada, y disponía de barcos y de hombres. Pero no se puede luchar contra el destino. Tenía que ir a Frisia.

CAPÍTULO VIII

Traté de convencer a Ragnar para que se viniese conmigo, pero me despachó con unas cuantas risotadas.

—¿No pretenderéis que me moje el culo a estas alturas del año?

Era un día frío. Después de dos días de fuertes lluvias que, procedentes del mar, se habían abatido sobre nosotros, los campos estaban anegados. Ya no llovía, pero la tierra estaba empapada, el aire soplaba cargado de humedad, las apagadas tonalidades del invierno ensombrecían el paisaje.

Treinta de los míos y cuarenta de los hombres de Ragnar, todos con cotas de malla, yelmos y armas, cabalgábamos por las colinas. Llevábamos los escudos al costado de las caballerías o a la espalda; enfundadas en sus vainas, largas espadas pendían de nuestras cinturas.

—Tengo que hacerlo ahora, en invierno, aprovechando que Skirnir está convencido de que no me verá por allí hasta la primavera —le dije.

—Eso es lo que vos creéis —repuso—; no olvidéis que a lo mejor también sabe que sois un loco de atar.

—Por eso os lo digo; venid conmigo, peleemos juntos de nuevo —insistí.

Sonrió, pero no se volvió a mirarme.

—Podéis disponer de Rollo —uno de sus mejores guerreros—, y de cuantos voluntarios se ofrezcan a ir con él. ¿Os acordáis de Rollo?

—Pues claro.

—Tengo otras obligaciones que atender aquí —dijo sin darme más explicaciones.

No era por cobardía por lo que rechazaba mi invitación. Nadie podía acusar a Ragnar de no tener arrestos. Más bien creo que era por pereza. Se sentía a gusto, y pretendía que nada perturbase su bienestar. Al llegar a la cima de una loma, refrenó su montura y anunció al tiempo que apuntaba a una ancha franja de costa que se extendía a nuestros pies.

—Ahí lo tenéis: el reino de los ingleses.

—¿El qué? —me revolví indignado, mientras miraba aquella tierra oscurecida por la lluvia, sus suaves colinas, sus pequeñas tierras de cultivo delimitadas por cercas de piedra.

—Así lo llaman ellos —dijo Ragnar—, el reino de los ingleses.

—No es un reino —repliqué molesto.

—Así lo llaman, os digo —repitió pacientemente—. Vuestro tío ha hecho una espléndida labor —mientras acogía con grandes carcajadas las arcadas que yo simulaba—. Vedlo de este modo: todo el norte es danés, menos las tierras de Bebbanburg.

—Porque ninguno de vosotros es capaz de tomar la fortaleza —ataqué de nuevo.

—A lo peor es imposible. Mi padre siempre dijo que era empresa hartó difícil.

—Yo la tomaré —aseguré.

A lomos de nuestras monturas, descendimos las colinas. El viento que venía del mar arrancaba las últimas hojas de los árboles. Los pastos parecían oscuros; las techumbres de los caseríos, casi negras, mientras respirábamos los vigorizantes aromas del año que tocaba a su fin. Me detuve en una alquería desierta. Al vernos llegar, sus habitantes habían corrido a esconderse en los bosques. Eché un vistazo a un granero, y comprobé que la cosecha había sido buena.

—Se está haciendo cada vez más rico —comenté, refiriéndome a mi tío—. ¿Por qué no arrasáis sus tierras?

—Lo hacemos de tanto en tanto, cuando nos aburrimos —respondió—; en represalia, él destroza las nuestras.

—¿Por qué no se las arrebataís, y dejáis que se muera de hambre en la fortaleza? —le pregunté.

—Algunos lo han intentado. O les planta cara, o les da dinero para que se vayan.

Se comentaba que mi tío, que se hacía llamar Ælfric de Bernicia, disponía de más de cien guerreros tras los muros de aquella fortaleza, y que podía reunir hasta cuatro veces más en los pueblos que estaban bajo su tutela. Era un reino muy pequeño, en realidad. Por el norte, se extendía hasta las orillas del Tuede; al otro lado del río, la tierra de los escoceses, un pueblo que no cejaba en sus incursiones para aprovisionarse de ganado y grano. Al sur de las tierras de Bebbanburg discurría el Tinan, el río donde habíamos dejado varado nuestro barco; al oeste, unas cuantas colinas. Todas las tierras más allá de las colinas y al sur del Tinan estaban en manos de daneses. Los territorios al sur del río eran los dominios de Ragnar.

—En ocasiones llevamos a cabo incursiones en las tierras de vuestro tío —me contó—, pero si le arrebatamos veinte vacas, él hace lo propio y se queda con veinte de nuestras reses. Por otra parte, cuando los escoceses se ponen cargantes... —añadió encogiéndose de hombros, dejando la frase en el aire.

—Los escoceses nunca dejan de dar guerra.

—Los hombres de vuestro tío les paran los pies —acabó por admitir Ragnar.

De eso se trataba, pues; después de todo, Ælfric de Bernicia no era tan mal vecino. A cambio de que lo dejasen tranquilo, repelía y castigaba a los escoceses y, de paso, echaba una mano a los daneses. Así era cómo había conservado Bebbanburg, un enclave cristiano en un territorio infestado de daneses. Mi tío era el hermano más pequeño de mi padre, y siempre había sido el listo de la familia. Si no lo hubiera odiado tanto, podría haber llegado a sentir admiración por él. Si algo tenía claro Ælfric era que su supervivencia estaba vinculada a aquella gran fortaleza, el lugar donde yo había nacido, el sitio que siempre había considerado como mi hogar. Antaño había sido un antiguo reino, cuyo rey residía en Bebbanburg. Mis

antepasados habían sido reyes de Bernicia. Sus dominios se extendían incluso hasta aquellas tierras que, en su insolencia, los escoceses reclamaban como suyas; por el sur, hasta Eoferwic. Pero Bernicia cayó en manos de Northumbria, territorio que, a su vez, sucumbió a manos de los daneses. Y allí seguía la antigua fortaleza y las tierras que la rodeaban, restos venerables de un antiguo reino inglés.

—¿Os habéis visto con Ælfric? —le pregunté a Ragnar.

—Muchas veces.

—¿Cómo es que no lo matasteis en mi nombre?

—Porque era en momentos de tregua.

—Contadme cosas de él.

—Viejo, canoso, taimado, observador.

—Me habían dicho que estaba enfermo.

—Tiene casi cincuenta años. ¿Qué hombre que siga vivo a esa edad no padece algún achaque? —repuso encogiéndose de hombros.

El primogénito de mi tío también se llamaba Uhtred, un nombre que era toda una afrenta. Durante generaciones, los primogénitos de nuestra familia habían llevado ese nombre y, caso de que les sobreviniera la muerte, el hijo que les seguía en edad pasaba a llamarse Uhtred. Al ponerle ese nombre, mi tío daba por sentado que sus descendientes serían los señores de Bebbanburg, y que su peor enemigo no eran los daneses, ni los escoceses siquiera, sino yo. Más de una vez había tratado de eliminarme, y no cejaría en su empeño mientras le quedase un soplo de vida. Había puesto precio a mi cabeza, pero yo no era hombre que se dejase matar por las buenas, y habían pasado años desde que el último de sus guerreros lo intentase. Colina abajo, me acercaba a sus dominios, a lomos de un caballo prestado que alzaba las patas como podía entre bostas de ganado. Me llegaba el olor del mar y, aunque no se veían las olas, por el este, el cielo mostraba ya el aspecto desolado del aire que se cierne sobre el agua.

—¿Sabrá que andamos por aquí? —le comenté a Ragnar.

—Seguro. Siempre está pendiente.

Sin duda algunos jinetes ya habrían picado espuelas hasta Bebbanburg para avisar de que unos daneses andaban por las colinas. Desde el primer momento, supe que nos observaban, y que mi tío no se imaginaría que yo iba con ellos. Sus vigías le habrían dicho que habían avistado el estandarte del ala de águila de Ragnar, porque yo no enarbolaba el mío; al menos, no todavía.

Por delante de nosotros y desplegados a ambos lados, llevábamos nuestros propios ojeadores. La misma vida que, durante tantos años, había llevado. Dondequiera que un danés revoltoso de Anglia Oriental se hubiera sentido con arrestos para robar un par de ovejas o llevarse una vaca de algún pasto próximo a Lundene, nosotros nos tomábamos la revancha. La configuración del terreno era muy

diferente, sin embargo. En las proximidades de Lundene, la tierra era llana; en aquellos parajes, en cambio, las suaves colinas ocultaban gran parte del terreno y a nuestros vigías no les quedaba otra que no separarse mucho de nosotros. No vieron nada que les llamase la atención, y decidieron tomarse un respiro en un altozano arbolado, donde nos unimos a ellos.

Allí abajo estaba mi casa.

Era una fortaleza de colosales dimensiones que, a lomos de un enorme peñasco y unida a tierra firme por una escueta lengua de arena, se alzaba entre nosotros y el mar. Rodeada de altas dunas por el norte y por el sur, la ciudadela se adelantaba hasta el litoral, dando cobijo a una ensenada amplia y poco profunda donde permanecían amarrados unos botes de pesca. Al igual que la fortaleza, también el pueblo había ido a más. Cuando era niño, si un hombre se aventuraba por aquel espetón arenoso, al final del camino se encontraba con una empalizada de madera en la que destacaba una ancha puerta coronada por un adarve almenado. Aquella entrada, conocida como la Puerta Baja, seguía en el mismo sitio, y si el enemigo conseguía traspasarla, no tenía más remedio que salvar una segunda puerta defendida por otra empalizada de madera erigida en la propia peña. Pero la segunda cerca había desaparecido; en su lugar, se alzaba un alto muro de piedra carente de puerta. La entrada principal, la conocida como Puerta Alta, había desaparecido, de modo que si los agresores, tras superar la empalizada exterior, conseguían llegar a la herrería y a las cuadras, no podían sino trepar por aquel nuevo muro de piedra, una muralla de altura y espesor considerables, dotada de su propio adarve, desde donde la guarnición que defendía la ciudadela podía lanzar flechas, lanzas, agua hirviendo, piedras o cualquier otro objeto contra las fuerzas atacantes.

La vieja puerta estaba situada en el extremo sur de la fortaleza, pero mi tío había desbrozado un sendero a lo largo de la playa por el lado que daba al mar, de forma que cualquier extraño que allí se acercase no podía sino seguir el camino que llevaba a la nueva puerta, situada en el lado norte de la ciudadela. Como el nuevo sendero arrancaba en la cerca exterior, cualquier atacante tendría que dejar atrás la vieja empalizada y la Puerta Baja antes de emprenderlo y seguirlo a la sombra de las murallas que daban al mar, desde donde, si pretendía abrirse paso hasta la nueva puerta, defendida también por un lienzo de piedra, les lanzarían todos los proyectiles imaginables. Si los agresores conseguían traspasar la puerta nueva, les esperaba un segundo cerco amurallado con sus correspondientes defensores, que los atacantes tendrían que salvar antes de llegar al corazón de la ciudadela, un risco coronado por dos casonas y una iglesia. Penachos de humo salían de las techumbres que albergaba la fortaleza.

Solté una maldición por lo bajo.

—¿Qué andáis rumiando? —me preguntó Ragnar.

Pensaba que Bebbanburg era inexpugnable.

—Me preguntaba quién estará al cuidado de *Smoka* —dije.

—¿*Smoka*?

—El mejor caballo que he tenido en mi vida.

Sin dejar de mirar la fortaleza, Ragnar se rió para sus adentros.

—Un animal incomparable, ¿no es así?

—Basta con llevar barcos al extremo norte —aventuré. Si las naves tocaban tierra cerca de donde se alzaba la puerta nueva, los atacantes no tendrían que abrirse paso a mamporros para traspasar la Puerta Baja.

—La playa se torna angosta por aquel lado —me advirtió Ragnar, aunque lo más seguro es que yo conociese mejor que él las aguas que rodeaban Bebbanburg—, y ni soñéis con la posibilidad de llegar hasta el puerto con vuestros barcos —añadió, al tiempo que señalaba la dársena donde permanecían amarradas las barcas de pescadores—. Sólo pequeñas embarcaciones, ya lo veis, no mayores que una tina para tomar un baño. Quizá si aprovecháis una de esas mareas altas de primavera, dispondréis de una hora más o menos; eso sin contar que, cuando marea y viento arrecian, el canal es como una casa de putas. Podéis daros por satisfecho si vivís para contarlo.

Incluso si consiguiese llevar una docena de mesnadas hasta cerca de la nueva puerta, ¿cómo impedir que los defensores enviaran una tropa por el sendero para mejor atraparnos? Sin embargo, eso sólo podría pasar si mi tío hubiera tenido noticias de que se preparaba un ataque inminente y hubiera reunido suficientes hombres como para disponer de un grupo de soldados que llevase a cabo el contraataque. Así las cosas, reflexioné, sólo quedaba la posibilidad de un ataque por sorpresa. Una acción de tales características también entrañaba dificultades, no obstante. Los centinelas avistarían los barcos que se aproximaban y la guarnición se pondría sobre las armas; mientras, los hombres tendrían que ir a gatas entre olas hasta pisar tierra y, cargados con escalas y armas, recorrer unos cien pasos antes de llegar al nuevo muro de piedra donde tendrían que detenerse. Para entonces, poco quedaría ya de la sorpresa inicial, y los defensores habrían tenido tiempo más que sobrado de concentrar sus fuerzas en la nueva puerta. Visto así, ¿no sería mejor realizar dos ataques simultáneos? Tal solución suponía establecer un asedio formal, es decir, disponer de trescientos o cuatrocientos hombres que bloqueasen la lengua de tierra que iba hasta la Puerta Baja para evitar que la guarnición de la ciudadela recibiese refuerzos por ese lado mientras los barcos se aproximaban a la nueva puerta, al tiempo que asaltaban ese acceso. Con esa maniobra, conseguiría dividir a los defensores, pero necesitaría otros tantos hombres cuando menos para asaltar la nueva puerta; en otras palabras, me harían falta unos mil hombres, unas veinte mesnadas, sin contar esposas, criados, esclavos y niños, unas tres mil bocas que alimentar en total tirando por lo bajo.

—Tiene que haber alguna forma —murmuré.

—Nadie se ha apoderado de Bebbanburg —dijo Ragnar.

—Ida lo consiguió.

—¿Ida?

—Un antepasado mío. Ida, el Portador de la Llama, uno de los primeros sajones que se establecieron en Britania.

—¿Cómo era la fortaleza que conquistó?

—Más bien pequeña, supongo —repuse, encogiéndome de hombros.

—A lo mejor no era más que una simple cerca de espino al cuidado de unos salvajes medio en cueros —comentó Ragnar—. La mejor forma de conquistar la ciudadela es dejar que esos cabrones se mueran de hambre.

Era una posibilidad, desde luego. Un reducido ejército que bloquease el acceso por tierra, mientras unos cuantos barcos escudriñaban la costa para impedir la llegada de víveres a los sitiados. Pero el mal tiempo podría obligar a las naves abandonar aquellas aguas, y pequeñas embarcaciones de los alrededores podrían llegar a la fortaleza. Por otra parte, rendir Bebbanburg por el hambre llevaría no menos de seis meses, nada menos que medio año alimentando a todo un ejército y tratando de convencer a los inquietos daneses de que no podían moverse de allí hasta que no atacásemos. Eché un vistazo a las islas Farnea, donde las olas rompían con fuerza contra las rocas. Gytha, mi madrastra, solía contarme anécdotas de san Cuthberto, que predicaba a las focas y a los frailecillos que vivían en aquellas peñas. Cubierto de piojos, llevó una vida de ermitaño en aquellas islas, alimentándose de percebes y de helechos, de modo que los cristianos tenían aquellos peñascos por lugar sagrado, aunque de escasa utilidad para mí: no había dónde guarecer la flota con la que pensaba establecer el bloqueo porque ni había calas en aquellas islas dispersas ni tampoco ensenada alguna en Lindisfarena, un poco más al norte, una isla mucho más extensa, donde se veían las ruinas de un monasterio, pero nada ni lo más remotamente parecido a un fondeadero.

Al ver Lindisfarena me acordé de cómo, siendo niño todavía, Ragnar el Viejo había degollado a los monjes que allí vivían. Aquel mismo día, Ragnar me dio su permiso para acabar con Weland, un hombre enviado por mi tío para liquidarme: espada en mano, lo ensarté y le fui dando cortes y tajos, dejando que se desangrase hasta morir en espantosa agonía. Contemplaba aquella isla, recordando la muerte de algunos enemigos, cuando Ragnar me dio un codazo.

—Parece que hemos llamado su atención —me dijo.

Por la Puerta Baja salían unos cuantos jinetes. A ojo, calculé que serían unos setenta, lo que indicaba que mi tío no venía en busca de pelea. Ningún hombre acompañado por un centenar de guerreros arriesgaría la vida de diez de los suyos en una escaramuza sin importancia, así que deduje que estaba haciendo una exhibición

de fuerza a nuestra altura para evitar cualquier incidente. Observé cómo los jinetes subían por la falda de la colina a nuestro encuentro. Armados y con escudos, llevaban cotas de malla y yelmos. Se detuvieron a unos cuatrocientos pasos de donde estábamos; todos, menos tres, que siguieron adelante, no sin desprenderse ostentosamente de espadas y escudos antes de separarse de sus compañeros. Tampoco llevaban estandarte alguno.

—Quieren parlamentar —me dijo Ragnar.

—¿Viene mi tío con ellos?

—Sí.

Los tres refrenaron sus monturas a medio camino de los dos grupos de hombres armados.

—Podría matar ahora mismo a ese cabrón —dije.

—Eso, y su hijo se convertiría en su heredero —comentó mi amigo—, y todo el mundo estaría al tanto de que habíais matado a un hombre desarmado que venía en son de paz.

—¡Hijo de puta! —le grité a Ælfric, antes de desprenderme de mis dos espadas, arrojárselas a Finan y espolear mi caballo prestado. Casi había confiado en que los acompañantes de mi tío fueran dos de sus hijos. De haber sido así, bien podría haber sucumbido a la tentación de acabar con los tres. Pero los hombres que venían con él eran dos imponentes guerreros, seguramente los mejores de que disponía.

Nos esperaron junto a los restos nauseabundos de una oveja. Me imaginé que la habría atacado un lobo que, ahuyentado por los perros, había abandonado los despojos, rebosantes de gusanos, picoteados por los cuervos, sobre los que zascandileaba un enjambre de moscas. El viento llevaba hasta nuestras narices un espantoso hedor, razón más que probable de que Ælfric hubiese elegido aquel sitio.

Mi tío tenía un aspecto distinguido. Delgado, de cara alargada, una imponente nariz ganchuda, y unos ojos tan oscuros como cautelosos. El pelo, lo poco que sobresalía del yelmo, era blanco por completo. Tranquilo y sin ningún temor, me observó cuando llegamos a su lado.

—Me imagino que sois Uhtred —me espetó a modo de saludo.

—Uhtred de Bebbanburg —repuse.

—En tal caso, debo felicitaros —replicó.

—¿Por qué?

—Por vuestra victoria sobre Harald. Vuestro triunfo fue motivo de regocijo para muchos y buenos cristianos.

—Que no para vos, imagino.

Ælfric pasó por alto injuria tan desabrida y, muy serio, se dispuso a hablar con mi acompañante.

—*Jarl* Ragnar, recibo encantado esta visita de vuestra parte, pero deberíais

haberme advertido de vuestra llegada. Habría preparado un banquete de bienvenida.

—Sólo queríamos que los caballos trotasen un poco —contestó Ragnar, en tono cordial.

—Pues os habéis alejado un tanto de casa —observó mi tío.

—No así de la mía —apostillé.

Sus ojos oscuros fueron a posarse en mí.

—Siempre sois bienvenido, Uhtred —me dijo—. Podéis volver a casa cuando queráis. Tened por seguro que siempre seréis recibido como corresponde.

—Y tanto que lo haré —repliqué.

Durante un instante, nadie dijo nada. Mi caballo pateó para quitarse el lodo de una pata. Las dos hileras de hombres armados no nos quitaban el ojo de encima. Mientras, yo sólo tenía oídos para las gaviotas que graznaban a lo lejos, cerca del mar. Aquel estruendo había sido el ruido que, obstinado como el mar, había escuchado durante mi niñez.

—De pequeño —dijo mi tío, quebrando aquel insólito silencio—, erais desobediente, testarudo y necio. Veo que no habéis cambiado.

—Eso preguntádselo a Alfredo de Wessex. De no haber sido por mi cabezonería impertinente, no sería rey —repuse.

—Alfredo sabía cómo llevaros —remachó mi tío—. Erais como un perro. Os daba de comer y os mantenía a su lado. Pero como el necio que sois, os habéis apartado de él. ¿Quién os dará de comer ahora?

—Yo —afirmó Ragnar, sin dudar.

—Pero vos, mi señor —dijo Ælfric con respeto—, no disponéis de tantos hombres como para ver cómo mueren al pie de mis muros. Uhtred tendrá que buscarse sus propios guerreros.

—Hay muchos más daneses en Northumbria —intervine de nuevo.

—Ya; pero los daneses quieren oro. ¿Acaso creéis que guardo suficiente tras esas murallas como para levantar en armas a todos los daneses de Northumbria contra Bebbanburg? —me preguntó esbozando un atisbo de sonrisa—. Antes, tendréis que disponer de vuestro propio oro, Uhtred —aguardó un instante por si decía algo; un cuervo encaramado a un árbol desnudo protestaba molesto: nuestra presencia le impedía acercarse a la oveja muerta—. ¿Acaso pensáis que vuestra *aglæcwif* os conducirá hasta el oro? —me preguntó.

La *aglæcwif*, la mujer echada a perder, la bruja; se refería a Skade.

—No tengo semejante monstruo a mi lado —respondí.

—Os tienta con las riquezas de su esposo —insistió.

—¿Ah, sí?

—¿Quién, si no? Pero Skirnir está al corriente de todo.

—¿Acaso se lo habéis dicho vos?

Hizo un gesto de asentimiento.

—Me pareció que no estaría de más enviarle noticias de su esposa. Cuestión de cortesía, nada más, con un vecino del otro lado del mar. Estoy seguro de que, en primavera, Skirnir os recibirá con unos brazos tan abiertos como los que yo os tendería si, en algún momento, se os ocurriese volver a casa —recalcó mucho la palabra «casa», como si le hubiese congelado en la lengua, antes de hacerse de nuevo con las riendas de su montura—. No tengo más que deciros —concluyó, haciendo un gesto de saludo a Ragnar y a los suyos, y los tres se dieron media vuelta.

—¡Os mataré a vos y a vuestra mierda de hijos! —le grité.

Alzó una mano al desgaire, y siguió adelante.

Recuerdo que pensé que me había ganado por la mano. Ælfric se había tomado la molestia de abandonar su ciudadela para tratarme como si fuera un mequetrefe, y regresaba a ese lugar maravilloso a orillas del mar, fuera de mi alcance. Me quedé paralizado.

—¿Qué hacemos ahora? —me preguntó Ragnar.

—¡Le colgaré de las tripas de sus hijos y me mearé en su cadáver! —repose.

—¿Y cómo lo haréis?

—Con oro.

—¿El del Skirnir?

—¿Qué otro, si no?

Ragnar obligó a dar media vuelta a su caballo.

—También hay plata en Escocia y en Irlanda —comentó.

—Bien protegida por hordas de salvajes —repliqué.

—¿Por qué no Wessex? —continuó como quien no quiere la cosa.

Como no me había movido del sitio, Ragnar se volvió a mi lado.

—¿Wessex? —repetí.

—Se comenta que las iglesias de Alfredo acumulan riquezas sin cuento.

—Y tanto —repliqué—. Tantas tienen que les rebosan y pueden permitirse el lujo de enviar plata al papa. Hay oro en sus altares. Hay dinero en Wessex, amigo mío, mucho dinero.

Ragnar hizo una seña a sus hombres y dos de ellos se acercaron con nuestras espadas. Tras ceñirnos los tahalíes a la cintura, nos sentimos menos desvalidos. Los dos hombres se alejaron de nuevo y nos dejaron a solas. La brisa que llegaba del mar me traía el olor de mi casa, enmascarando el hedor de la oveja muerta.

—¿Pensáis atacar Wessex el año que viene? —le pregunté.

Se quedó callado un momento y, encogiéndose de hombros, dijo:

—Brida cree que me estoy poniendo gordo y que me he vuelto comodón.

—No le falta razón.

Esbozó una leve sonrisa, y me preguntó:

—¿Por qué luchamos, Uhtred?

—Para eso nacimos —repuse sin pensarlo.

—Para llegar a un lugar del que podamos decir que es nuestro hogar, un sitio donde ya no tengamos que pelear nunca más —apuntó.

—¿Os referís a Dunholm?

—Es una fortaleza segura, tanto o más que Bebbanburg; allí me encuentro muy a gusto —comentó.

—¿Y Brida insiste para que os vayáis?

Asintió.

—Y está en lo cierto —admitió con desmayo—. Si nos quedamos de brazos cruzados, Wessex se extenderá como una peste y habrá curas por doquier.

Oteamos el futuro. Sumidos en una nebulosa preñada de esperanza, atisbamos por ver si distinguimos un signo que nos dé razón de por dónde discurrirá nuestro destino. Toda la vida había intentado comprender el pasado, una remota época de esplendor de la que aún quedan vestigios en toda Britania. Vemos todavía las grandes mansiones de mármol que levantaron los romanos, seguimos los caminos que ellos trazaron, cruzamos los puentes que construyeron, pero todo eso está a punto de desvanecerse. El mármol se resquebraja por culpa de las heladas; los muros se vienen abajo. Alfredo y quienes le secundaban creían que estaban llevando la civilización a un diabólico mundo de iniquidad, pero lo único que hacían era dictar normas, infinidad de preceptos y leyes que no eran sino el reflejo de una aspiración, porque la realidad era otra: los fortines, las murallas, las lanzas en lo alto de las defensas, el destello de los yelmos al amanecer, el miedo ante la presencia de jinetes armados, el retumbar de los cascos, los gritos de las víctimas. Alfredo estaba orgulloso de sus escuelas, de sus monasterios, de sus iglesias recargadas de plata, realidades innegables porque unas espadas las defendían. ¿Qué era Wessex en comparación con Roma?

Ordenar las ideas no es tarea fácil, pero creo, siempre lo he creído, que vagamos de la luz a la oscuridad, del resplandor al caos, y que quizá sea bueno seguir esa deriva. Mis dioses nos enseñan que el mundo se disgregará en el caos. Es posible, pues, que estemos asistiendo a los últimos tiempos, que incluso viva lo bastante para ver cómo las colinas se vienen abajo, el mar hierve y los cielos arden mientras los verdaderos dioses pelean entre sí. Frente a tamaño desastre, Alfredo construía escuelas. Sus curas correteaban de un lado para otro como ratones en una techumbre echada a perder, imponiendo sus reglas, como si la mera obediencia bastase para impedir el cataclismo. No matarás, predicaban, al tiempo que nos instaban a nosotros, hombres de guerra, a exterminar a los paganos. No robarás, proclamaban, y falsificaban títulos de propiedad para hacerse con los bienes de otros. No cometerás adulterio, sancionaban, mientras como liebres en celo en primavera no dejaban de

rondar a las esposas de los demás.

Nada tiene sentido. El pasado es como la estela de un barco que permanece en un mar desvaído; nada atisbamos del futuro.

—¿En qué estáis pensando? —me preguntó Ragnar, de buen humor.

—En que Brida tiene razón.

—¿Debo marchar contra Wessex?

Asentí con la cabeza, aun sabiendo que no quería embarcarse en una empresa donde tantos otros habían fracasado. Hasta ese instante, de un modo u otro, me había pasado la vida atacando o defendiendo Wessex. ¿Por qué Wessex? ¿Qué representaba para mí? Wessex era un territorio sajón, de normas impuestas, baluarte en Britania de una religión oscurantista. Yo creía en los antiguos dioses, en esos mismos dioses que los sajones habían adorado hasta que aparecieron unos misioneros llegados de Roma, los mismos que les habían inculcado tantas necesidades. Pero el caso es que yo había luchado por Wessex. En numerosas ocasiones, los daneses habían tratado de apoderarse de Wessex, y siempre Uhtred de Bebbanburg había echado una mano a los sajones. A orillas del mar, había acabado con Ubba Lothbrokson, igual que me había desgañitado en el muro de escudos que había vencido al gran ejército de Guthrum, o había derrotado a Harald. Tantos como lo habían intentado eran los daneses que habían fracasado, y yo había contribuido a su derrota, porque el destino había dictaminado que yo debía luchar del lado de los curas.

—¿Queréis convertirlos en rey de Wessex? —le pregunté.

—¡No! ¿Y vos? —contestó riendo.

—Yo quiero ser el señor de Bebbanburg.

—También yo quiero ser el señor de Dunholm, pero... —y dejó la frase en suspenso.

—Si no los detenemos —concluí—, vendrán a por nosotros.

—Merece la pena luchar por eso —añadió Ragnar, renuente—, o nuestros hijos acabarán por ser cristianos.

No pude evitar un gesto de desagrado al pensar en mis propios hijos viviendo en casa de Etelfleda. Estarían recibiendo una educación cristiana. Para entonces, a lo peor ya habían sido bautizados; sólo de pensarlo, sentí cólera y remordimiento. ¿Debería haberme quedado en Lundene y haber aceptado con humildad el destino que Alfredo tuviera dispuesto para mí? En cierta ocasión, Alfredo me había humillado obligándome a acercarme de rodillas a uno de sus malditos altares; eso no volvería a suceder.

—Iremos a Wessex, os coronaré rey, y os defenderé como he defendido a Alfredo —le dije.

—El año que viene —convino Ragnar.

—Pero no podré hacerlo con una mano delante y otra detrás —continué con cierta

aspereza—. Necesito oro; necesito hombres.

—Podéis ponerlos al frente de los míos —propuso Ragnar.

—Os deben lealtad a vos. Quiero contar con mis propios hombres. Me hace falta oro.

Asintió. Entendía lo que estaba diciendo. A un hombre se le juzga por sus hechos de guerra, por el respeto que impone, por el número de hombres que le son fieles. Todo el mundo me tenía por un señor de la guerra pero, hasta ese momento, sólo estaba al frente de un puñado de hombres, y gente como mi tío podían darse el gusto de injuriarme. Necesitaba hombres. Necesitaba oro.

—¿Así que pensáis llegaros a Frisia en pleno invierno? —me preguntó Ragnar.

—¿Para qué si no me habrían enviado los dioses a Skade? —repuse.

Y en ese momento fue como si la niebla se disipase y, por fin, tuviera claro el camino que debía seguir. El destino me había enviado a Skade; ella me llevaría hasta Skirnir. El oro de Skirnir me permitiría reunir a los hombres que, a mis órdenes, plantarían cara a los fortines de Wessex. Me apoderaría de la plata del dios de los cristianos y, gracias a ella, levantaría un ejército con el que me apoderaría de Bebbanburg.

Todo estaba tan claro que me parecía hasta fácil.

Dimos media vuelta y nos pusimos en marcha hacia Dunholm.

* * *

La proa del *Lobo plateado* hendió una ola provocando un estallido de motas blancas que se abatieron sobre la cubierta como proyectiles de hielo. Un agua verdosa y heladora saltó por encima de la proa y anegó el pantoque.

—¡Achicad! —grité, y los hombres que no iban a los remos comenzaron a arrojar agua por la banda, mientras la cabeza de lobo del mascarón parecía dispuesta a asaltar el cielo—. ¡A los remos! —ordené a voces, y las palas arremetieron contra el agua; la embarcación se precipitó en una hondonada y las cuernas se estremecieron al chocar contra el fondo. Me encanta el mar.

No había permitido que mujeres y niños viniesen con nosotros, así que a bordo íbamos mis cuarenta y tres hombres, y Skade, porque sabía dónde estaba Zegge, la isla arenosa donde Skirnir ocultaba su tesoro. Nos acompañaban, además, treinta y cuatro de los hombres de Ragnar, todo ellos voluntarios. Una vez a bordo, pusimos rumbo este, plantando cara a un crudo viento invernal. No era el mejor momento para hacerse a la mar. En invierno, los barcos permanecían amarrados y los hombres se quedaban en sus chozas al amor de la lumbre. Como sabía que Skirnir no me esperaba hasta la primavera, decidí jugármela y emprender la travesía en pleno invierno.

—¡El viento cobra fuerza! —me gritó Finan.

—¡Suele pasar! —repliqué, lo que me hizo acreedor de una mirada cargada de celos. Finan no disfrutaba del mar como yo. Durante meses compartimos bancada como remeros; soportó con entereza penalidades sin cuento, pero nunca se había sentido tranquilo en el mar.

—¿Qué tal si viramos y nos volvemos? —preguntó.

—¿Por esta ligera brisa? ¡Ni lo soñéis! —vociferé por encima del aullido del viento, al tiempo que una bofetada de agua helada en la cara me obligaba a dar un paso atrás—. ¡Con fuerza, cabrones! —grité—. ¡Remad, si en algo apreciáis la vida!

Remamos, pues, y seguimos con vida. Una mañana gélida, con viento flojo, rodeados de un mar de color plomizo, arribamos a las costas de Frisia. La mejoría del tiempo había permitido que algunos barcos abandonasen las ensenadas donde se cobijaban. Seguí a uno de ellos por los intrincados canales que desembocaban en el mar interior, una franja de aguas poco profundas que separa las islas del continente. Ocho eran los remeros del barco que seguíamos, cuya carga quedaba oculta bajo un gran manto de piel, señal de que llevaban sal, harina o cualquier otra mercancía que había que proteger de la lluvia. Al advertir nuestra presencia, el timonel se asustó. Lo único que veía era un barco con una cabeza de lobo, atestado de guerreros: pensó que íbamos a abordarlos. A voces, le expliqué que sólo queríamos que nos guiase por los canales. La marea estaba subiendo, así que, aunque hubiéramos encallado, no nos habríamos ido a pique. El carguero nos condujo sanos y salvos hasta aguas más profundas donde, por primera vez, nos encontramos con los esbirros de Skirnir.

Un barco mucho más pequeño que el nuestro permanecía anclado una media milla más allá de donde el canal confluía en el mar interior. Calculé que debía de llevar una tripulación de unos veinte hombres. Aunque la aparición del *Lobo plateado* les puso sobre aviso, estaba claro que acechaban los canales, dispuestos a abordar cualquier nave. Supuse que saldrían al encuentro del carguero pero, sin perdernos de vista, no se movieron de donde estaban. El timonel del barco que nos guiaba me señaló la embarcación, que seguía en el mismo sitio.

—Tengo que pagarles, señor.

—¿A quién, a Skirnir? —le pregunté.

—Es uno de sus barcos.

—¡Pagad, pues! —le dije en inglés, dado lo parecidos que son el frisón y nuestro idioma.

—Me preguntarán quiénes sois, mi señor —me contestó, y comprendí el temor que sentía. Los hombres del barco tendrían curiosidad por saber quiénes éramos y exigirían respuestas pertinentes del patrón del carguero, quien, caso de no ofrecerles una explicación convincente, bien podría acabar en el agua.

—Decidles que somos daneses que volvemos a casa, que mi nombre es Lief Thorrson y que si quieren dinero, que vengan y me lo reclamen.

—No lo harán, señor —repuso el timonel—: una rata no se mete en la boca del lobo.

Sonreí al oír este proverbio.

—Decid a esas ratas que no queremos hacerles nada, que regresamos a nuestra tierra y que os hemos seguido por el canal, nada más —al tiempo que le arrojaba una moneda en la que aparecía la leyenda *Christiano Religio*, dando a entender que veníamos de Frankia, porque no quería que supiesen que habíamos salido de Britania.

Observé cómo el carguero se acercaba al barco de Skirnir. Skade, que se había agazapado en el angosto hueco bajo el altillo del timón, se aupó a mi lado.

—Es el *Escorpión marino* —dijo señalando al barco de Skirnir—. El patrón se llama Haakon, y es primo de mi marido.

—¿Podría reconocerlos?

—Claro que sí.

—En ese caso, que no os vea —le dije.

Se revolvió al escuchar aquella orden directa, pero no replicó.

—No se acercarán a nosotros —aventuró.

—¿Estáis segura?

—A no ser que disponga de una ventaja de cuatro o cinco naves contra una, Skirnir no suele molestar a los barcos de guerra.

Volví a mirar al *Escorpión marino*.

—¿Y decís que cuenta con dieciséis barcos como ése?

—Hace dos años, tenía dieciséis embarcaciones de ese tamaño y dos barcos más grandes.

—Ya, pero de eso hace dos años —repuse de mal humor.

Nos habíamos metido en la guarida de Skirnir, donde, si bien sus hombres nos superaban con creces, no por eso se andarían con menores cautelas. Le informarían de que un barco vikingo merodeaba por sus aguas, y se lo pensaría dos veces antes de atacar, no fueran a llegar más vikingos con sed de venganza. ¿Se le habría pasado por la cabeza siquiera que Uhtred de Bebbanburg se hubiera aventurado a realizar la travesía en invierno? Aunque no fuera así, seguramente tendría curiosidad por saber algo más de Lief Thorrson, y no pararía hasta darse por satisfecho.

Ordené que retirasen la cabeza de lobo de la proa, y pusimos rumbo al continente. El *Escorpión marino* no hizo nada por salir a nuestro encuentro, pero comenzó a seguirnos. Cuando ordené a los míos que dejaran de remar, como si estuviéramos esperándolos, dieron media vuelta y se alejaron de nosotros. Volvimos a ponernos en marcha y los perdimos de vista.

Busqué un lugar donde ocultarnos, pero había tantas embarcaciones que se me antojó una tarea casi imposible. Dondequiera que buscásemos abrigo, siempre podía vernos una embarcación pequeña y, de barco en barco, la información llegaría a oídos

de Skirnir. Si de verdad fuéramos un barco danés de paso, camino de su tierra antes de que cayesen las largas noches de invierno, pensaría que no nos quedaríamos más de dos o tres días en sus dominios. Permanecer más tiempo allí sólo serviría para alimentar sus sospechas. Allí, en las traicioneras aguas arenosas del mar interior, nosotros éramos la rata, y Skirnir, el lobo.

Despacio, navegamos en dirección nordeste durante todo el día. Skirnir estaría puntualmente informado de que hacíamos lo que él había imaginado, es decir, que estábamos de paso, y no le sorprendería que buscásemos un lugar donde refugiarnos para pasar la noche. Lo encontramos en una ensenada en la costa del continente, un aluvión de marismas, arena y entrantes al que apenas si se le podía llamar costa. Era un cañaveral habitado por aves acuáticas, donde se alzaban unas cuantas chozas. En la orilla sur de la ensenada, una pequeña aldea de no más de doce cabañas y una pequeña iglesia de madera. Un pueblo de pescadores, que observaban con preocupación la presencia de nuestro barco, temerosos de que bajásemos a tierra y les despojásemos de lo poco que tenían. Para su tranquilidad, les compramos anguilas y arenques, les pagamos con plata de Frankia y les obsequiamos con uno de los barriles de cerveza que traíamos de Dunholm.

Me llevé a seis de los daneses de Ragnar conmigo; los demás se quedaron a bordo del *Lobo plateado*. Durante un buen rato, nos jactamos de lo bien que se nos había dado la campaña de aquel verano en las remotas tierras del sur.

—Traemos el barco cargado de oro y plata a rebosar —les aseguré a los lugareños, que nos miraban como si trataran de imaginarse la vida de unos hombres que se hacían a la mar para saquear costas lejanas y apoderarse de inagotables tesoros.

Gracias a la cerveza, me las apañé para que me hablasen de Skirnir pero, aparte de que disponía de hombres y de barcos, que tenía familia y que era el señor del mar interior, no les sonsaqué casi nada. Desde luego, era un hombre que sabía lo que se traía entre manos: no ponía dificultades al paso de buques de guerra, como el nuestro, pero las demás embarcaciones tenían que pagar por surcar los canales seguros que llevaban a las islas donde había establecido su guarida. Si un patrón no pagaba, se hacía con la carga y el barco, cuando no con la vida del moroso.

—Así que todo el mundo paga —aseguró apesadumbrado un hombre.

—¿Y Skirnir? ¿A quién paga Skirnir? —pregunté.

—¿Señor? —se extrañó, como si no hubiese entendido mi pregunta.

—¿Quién le da permiso a él para residir en estos parajes? —insistí, aunque ninguno supo responderme—. Debe de haber un señor de estas tierras —continué, señalando a la oscuridad que se extendía más allá de la fogata. Si había un señor que consentía que Skirnir impusiese sus normas en aquellas aguas, los habitantes de la aldea no lo conocían. Ni siquiera el cura, un hombre tan desgredado y sucio como sus

feligreses, sabía si existía un señor de aquellas marismas—. En vuestro caso, ¿qué os reclama Skirnir? —le pregunté.

—Comida, mi señor —respondió el cura.

—Y hombres —añadió uno de los lugareños.

—¿Hombres?

—Los jóvenes se van con él, señor; de ahí salen las tripulaciones de sus barcos.

—¿Se ofrecen voluntarios?

—Les paga plata —rezongó un hombre.

—También se lleva a las muchachas —añadió el cura.

—Es decir, que recompensa a sus hombres con plata y mujeres.

—Así es, mi señor.

De modo que no sabían cuántos barcos tenía Skirnir, aunque el cura no dudó al decir que sólo contaba con dos naves del tamaño de nuestro *Lobo de plata*. Lo mismo nos dijeron a la noche siguiente, cuando buscamos cobijo en otra ensenada donde había otra aldea en aquella costa desolada.

Dejando a nuestra derecha el continente y las islas, llevábamos remando todo el día en dirección noroeste. En un momento dado, Skade apuntó a Zegge pero, desde donde estábamos, poco se diferenciaba de las otras islas. En muchas se advertía una suerte de montículos, los *terpen*, pero estábamos tan lejos que poco más apreciábamos. A veces, sólo el atisbo de una oscura silueta recortada nos revelaba que, más allá del horizonte, se alzaba uno de aquellos islotes.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó Finan aquella noche.

—No lo sé —hube de admitir.

Sonrió. El agua lamía el casco del *Lobo de plata*. Dormíamos en el barco. Envueltos en sus capotes, la mayoría de los hombres habían encontrado acomodo entre las bancadas, mientras Skade, Finan, Osferth y Rollo, el jefe de los hombres de Ragnar, conversaban conmigo en el altillo del timón.

—Skirnir dispone de unos cuatrocientos hombres —dije.

—De cuatrocientos cincuenta, más bien —apuntó Skade.

—Seis por cabeza —aseveró Rollo, un hombre sin dobleces, como Ragnar; bonachón y de cara redonda, que causaba una impresión engañosa, pues, aunque joven, tenía fama de luchador imbatible. Yo le llamaba Rollo el Peludo, no porque sus rubios cabellos le llegasen a la cintura, sino porque adornaba su ancho tahalí con mechones de pelo arrancados a sus contrincantes.

—Ojalá los sajones se dejaran el pelo más largo —se había lamentado en cierta ocasión durante la travesía.

—Si lo hicieran —repuse—, tendríais que ceñiros diez tahalíes como ése.

—La verdad es que ya tengo siete —me dijo con una sonrisa.

—¿Cuántos hombres guardan Zegge? —le pregunté a Skade.

—No más de cien.

Osferth escupió una raspa de pescado.

—¿No estaréis pensando en que nos dejemos caer sobre Zegge, verdad, mi señor?

—La cosa no acabaría bien —repuse—; no sabríamos cómo salir de esos bancos de arena.

Si algo había aprendido de los lugareños era que las aguas que rodeaban Zegge eran poco profundas, que los canales se adaptaban a las inestables configuraciones de la arena al albur de la intensidad de la corriente, y que era imposible discernir los canales que allí conducían.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

Una estrella errante cruzó el cielo, un fugaz parpadeo de luz que se perdió en mitad de la noche. Ya tenía la respuesta. Había pensado en atacar los barcos de Skirnir; acabar de uno en uno con los más pequeños para minar su resistencia, pero había llegado a la conclusión de que, al cabo de un par de días como mucho, se daría cuenta de lo que estaba pasando y recurriría a sus dos naves grandes para quitarnos de en medio. Por otra parte, no veía claro qué podía hacer para tenerlo a nuestra merced: en aquellos islotes, había encontrado el refugio perfecto, y me harían falta diez barcos como el mío para plantarle cara en su terreno.

De modo que no me quedaba otra que tentarlo para que abandonase su seguro escondrijo, y sonreí para mis adentros.

—Vais a traicionarme Osferth —dije.

—¿Cómo?

—¿Quién es vuestro padre?

—De sobra sabéis quién es —repuso malhumorado; jamás le había gustado que le recordasen que era el bastardo de Alfredo.

—Vuestro padre ya es mayor, su heredero designado es un hombre de poca experiencia y vos sois un guerrero que vais en busca de oro como sea.

—¡Lo que vos digáis!

—Necesitáis oro para reunir un ejército, porque queréis ser rey de Wessex.

—¡Eso no es cierto! —rezongó.

—Pues sí, porque sois el hijo bastardo de un rey y un temible guerrero. Y mañana me dejaréis de lado.

Le expliqué lo que íbamos a hacer.

* * *

Todo lo que de verdad merece la pena implica un riesgo. A veces, cuando pienso en aquellos días, no dejo de sorprenderme al recordar los peligros que corrimos en Frisia. A pequeña escala, recurrí a la misma táctica que había utilizado para llevar a Harald hasta Fearnhamme: una vez más, dispersé las fuerzas con que contaba y todo

lo fié a que el enemigo reaccionase como yo quería. Y utilicé de nuevo a Skade como cebo.

Era muy hermosa, una belleza tan inquietante como retorcida. Bastaba verla para desearla, y conocerla mejor para desconfiar de ella, pero su extraordinaria belleza capaz era de acabar con cualquier recelo: su rostro anguloso, de piel suave, ojos enormes y boca carnosa; negros y relucientes cabellos, cuerpo lánguido. Por supuesto que la mayoría de las muchachas son hermosas, aunque no sea fácil la vida que les ha tocado en suerte. Como sucesivas tormentas, los partos desgarran sus cuerpos; por si fuera poco, las interminables tareas de moler el grano y de hilar no dejan de cobrarse el correspondiente tributo en bellezas tan tempranas. A pesar de que ya tenía más de veinte años, Skade conservaba, sin embargo, aquella lozanía. De sobra lo sabía ella y bien que la preocupaba, pues, gracias a esa belleza, había dejado atrás la casa de una pobre viuda y había llegado a sentarse en las mesas de respeto de importantes mansiones. Gustaba de decir a quien quería oírlo que la habían vendido a Skirnir cuando, en realidad, lo había recibido con los brazos abiertos, antes de que la desilusionase porque, a pesar de los cuantiosos tesoros que el frisón guardaba, no tenía otras ambiciones más allá de las islas de Frisia. Se había entregado de lleno a la piratería como modo de vida y, para él, carecía de sentido ir más lejos en busca de algo que tenía al alcance de la mano. Así, Skade conoció a Harald, que le prometió poner Wessex en sus manos y, más tarde, se unió a mí.

—Os está utilizando —me había advertido Brida en Dunholm.

—Ya llegará la hora de que me lo cobre —había respondido yo.

—Tenemos una docena de putas por estos parajes que os saldrían mucho más baratas —añadió Brida con desdén.

¿Con qué propósito se servía Skade de mí? Me había pedido que le entregase la mitad del tesoro de su esposo, es cierto, pero ¿qué planes tenía? Cuando se lo pregunté, se limitó a encogerse de hombros, como si la pregunta la trajese sin cuidado. Más tarde, aquella misma noche, antes de la amañada traición de Osferth, se sinceró conmigo y me preguntó cuál era la razón de que quisiera apoderarme del dinero de su marido.

—Ya lo sabéis.

—¿Para recuperar vuestra fortaleza?

—Así es.

Guardó silencio durante un rato. El agua golpeaba suavemente contra las hiladas del *Lobo plateado*. Escuchaba los ronquidos de los hombres y los sigilosos pasos de los centinelas en la proa y, junto al timón, por encima de nuestras cabezas.

—¿Y qué haréis después? —me preguntó.

—Seré el señor de Bebbanburg —repuse.

—¿Igual que Skirnir es el señor de Zegge?

—Hubo una época —le dije— en que los dominios del señor de Bebbanburg se extendían a lo lejos por el norte y, por el sur, hasta el Hambre.

—¿Northumbria también?

—Sí.

Me tenía embrujado. Mis antepasados nunca habían estado al frente de los destinos de Northumbria, sólo habían llegado a gobernar la parte norte de ese reino, cuando quedó dividido en dos coronas. Pero yo se lo ofrecía como fantástico tributo. Mantenía vivas sus esperanzas de ser reina, porque eso era lo que ella quería. Quería gobernar y, para eso, necesitaba a un hombre que se pusiese al frente de sus guerreros y, por aquella época, yo era ese hombre.

—Ahora, el rey de Northumbria es Guthred, ¿no es así? —me preguntó.

—Loco y enfermo —repuse.

—¿Qué pasará cuando muera?

—Pues que otro ocupará su puesto.

Deslizó un largo muslo sobre el mío, me pasó una mano acariciante por el pecho y me dio un beso en el hombro.

—¿Quién? —me preguntó.

—El más fuerte —contesté.

Me besó de nuevo, se tendió y se quedó callada, perdida en sus ensoñaciones. Mientras, yo soñaba con Bebbanburg, con sus estancias barridas por el viento, con sus pequeñas tierras de labranza, sus gentes recias y austeras. También medité en el riesgo que nos disponíamos a correr en cuanto amaneciese.

Antes, aquella misma noche, al abrigo de la oscuridad, habíamos cargado un pequeño bote con cotas de malla, armas, yelmos y mi coraza de hierro. Llevamos tan preciosa carga hasta la desierta ribera al norte de la ensenada y la ocultamos entre los juncos. Dejé a dos hombres de guardia, y les ordené que procurasen que no les viera nadie.

Por la mañana, cuando los pescadores se acercaban a los botes amarrados, empezó la trifulca. Nos pusimos a dar gritos, intercambiamos insultos y, cuando los lugareños dejaron de lado sus quehaceres y volvieron la vista al barco, dio comienzo la pretendida reyerta, con entrechocar de espadas, estruendo de aceros contra escudos de madera y gritos de hombres heridos, aunque nadie había sufrido daño alguno. Durante la pantomima, algunos de mis hombres se morían de la risa, pero desde la orilla de la ensenada debió de parecer real; poco a poco, parte de la tripulación quedó arrinconada en la popa del *Lobo de plata*, y comenzaron a lanzarse al agua para ponerse a salvo. Yo era uno de ellos. Sin cota de malla; sólo llevaba conmigo a *Aguijón-de-avispa*, empuñándola con fuerza mientras caía al agua. Skade saltó al mismo tiempo. Nuestro barco estaba anclado en la ribera sur de la cala, lejos de las aguas más profundas que discurrían por el centro del canal, y ni siquiera tuvimos que

nadar. Pataleé durante un rato hasta que hice pie en un fondo de lodo, tiré de Skade con fuerza y la arrastré hasta la aldea. Mientras, los hombres que se habían quedado en el barco se mofaban de nosotros. Osferth arrojó una lanza que pasó rozándome; no me dio de milagro.

—¡Así os pudráis! —gritó Osferth.

—¡Vos y vuestra puta! —añadió Finan. Otra lanza acabó en el agua; me hice con ella, mientras nos afanábamos por el desnivel que subía hasta la playa.

Éramos treinta y dos, menos de la mitad de la tripulación; el resto se había quedado en el *Lobo plateado*. Calados y chorreando agua, llegamos a la playa; ninguno de nosotros llevaba cota de malla; algunos ni siquiera portaban armas.

Los lugareños no salían de su asombro. Algunos de los pescadores, que habían interrumpido sus quehaceres para mirar la pelea, ya se disponían a hacerse a la mar. Antes de que lo hicieran procuré que tuvieran la oportunidad de fijarse bien en Skade, cubierta con una túnica de tela fina que, empapada como estaba, se le pegaba al cuerpo aterido, y con aderezos de oro, tanto en el cuello como en las muñecas. Los aldeanos quizá no la hubieran reconocido, pero seguro que aquella mujer no se les olvidaría.

Un par de barcas de pesca seguían amarradas. Andando por el agua, me acerqué y me aupé a una de ellas. En la playa, tratando de secarse, el reducido grupo que había saltado del barco se agolpaba alrededor de una hoguera donde ahumaban arenques. Entre ellos, estaban Rollo y diez de los hombres de Ragnar; el resto eran de los míos.

Observamos cómo los hombres de Osferth izaban la piedra que utilizábamos como ancla y, despacio, con sólo diez remos a cada lado, sacaban el *Lobo plateado* de la ensenada. Me llevé un pequeño susto cuando, tras virar hacia el nordeste, unas dunas me impidieron ver la madera clara del casco. Un barco es como una fortaleza, y yo había dejado atrás sus muros. Acaricié el martillo de Thor, a modo de silenciosa plegaria para que los dioses no nos dejaran de la mano.

Estaba seguro de que Skirnir acabaría por enterarse de la reyerta, de que el *Lobo plateado* sólo llevaba la mitad de sus tripulantes y de la presencia de una mujer alta, de cabellos negros y adornos de oro. Sabría que nos habían abandonado sin cotas de malla y con pocas armas. Le había tendido una trampa, la carnaza estaba servida y confiaba en que el lobo cayese en el cepo.

En el bote de aquellos pescadores, cruzamos la ensenada y, al llegar a la otra orilla, encendimos una fogata con madera de deriva. No nos movimos de allí en todo el día, como si no supiéramos dónde ir. A última hora de la mañana, comenzó a llover; al cabo de un rato aquel cielo gris rasante nos recompensó con un chaparrón en condiciones. Arrojamamos unas cuantas ramas a la hoguera y, mientras las llamas plantaban cara al aguacero, aprovechamos para recoger las armas y las cotas de malla que habíamos escondido la noche anterior. Contando los hombres que se habían

quedado de guardia, disponía de treinta y cuatro guerreros. Envié a un par de ellos para que echasen un vistazo por la parte más elevada de la ensenada. Habían crecido a orillas del ancho estuario donde el Temes sale al encuentro con el mar, unas riberas muy parecidas a las de la playa donde habíamos varado el bote. Los dos sabían nadar, y se movían con soltura por los cañaverales; les dije lo que andaba buscando y allá que se fueron a ver si daban con algo parecido. Regresaron a última hora de la tarde, cuando la lluvia ya no era tan intensa.

Al caer la noche, cuando las barcas de pesca regresaron aprovechando la subida de la marea, con seis de mis hombres, crucé al otro lado de la ensenada y les ofrecí un puñado de monedas de plata a cambio de pescado. Como todos llevábamos espada, los aldeanos nos recibieron con un respeto casi reverencial.

—¿Qué hay por allí? —les pregunté señalando a lo alto de la ensenada.

Sabían que, tierra adentro, había un monasterio, pero que quedaba lejos. Sólo tres de ellos habían estado por allí.

—Está a un día de viaje —aseguraron los lugareños, apabullados.

—Si vuelvo al mar, Skirnir nos atraparé —comenté. No dijeron nada. La sola mención de ese nombre bastaba para meterles el miedo en el cuerpo—. Tengo entendido que es un hombre muy rico —añadí.

Uno de los viejos del lugar se santiguó. Había visto ídolos de madera en la aldea, pero por lo visto había también cristianos. Aquel rápido gesto me dio a entender que lo había asustado.

—Guarda su tesoro en un enorme montículo, mi señor —dijo en voz baja—, custodiado por un enorme dragón.

—¿Un dragón, decís?

—Un dragón que echa fuego, mi señor, con unas alas negras que ocultan la luna —dijo santiguándose de nuevo, aunque, para quedarse más tranquilo, se sacó el amuleto del martillo del inmundo blusón que llevaba encima y lo besó.

Nos fuimos con el pescado al otro lado de la ensenada y, aprovechando la última hora de la marea alta, a golpe de remo, llevamos nuestro bote de pesca tierra adentro. Éramos tantos que la barca a duras penas se mantenía a flote. Al pasar, las gentes que por allí vivían no nos quitaban el ojo de encima hasta que nos perdían de vista. Seguimos remando entre cañaverales y bancos de lodo hasta que llegamos al lugar elegido por los ojeadores. Habían hecho un buen trabajo. Era lo que yo andaba buscando: una isla entre dunas, rodeada de una maraña de canales y sólo accesible por dos puntos. Llevamos la barca a tierra, y encendimos otra fogata de madera de deriva. El día tocaba a su fin. Las oscuras nubes se habían desplazado hacia el oeste, de forma que negras sombras se cernían sobre el mar de Skirnir; mientras, por el este, la tierra refulgía bajo los rayos del sol de poniente. Distinguí las humaredas de tres aldeas y a lo lejos, en el horizonte, unas bajas colinas que arrancaban donde

terminaban la arena y las marismas. Supuse que el monasterio se alzaría en una de aquellas lomas, pero estábamos demasiado lejos como para verlo. Unas nubes cargadas de lluvia acabaron por ocultar el sol y todo quedó en penumbra. A una voz de Rollo, me volví y vi unos barcos que se acercaban a la costa con las últimas luces del día. Dos grandes navíos abrían la marcha, seguidos por un tercero, de madera más clara que los otros, que se desplazaba más despacio porque no disponía de suficientes remeros. Parecía que venían de las islas.

El *Lobo plateado* era el tercero de aquellos buques. Los otros dos, de madera más oscura, los barcos grandes de Skirnir.

El lobo había acudido a la llamada de la zorra.

CAPÍTULO IX

Le había pedido a Finan que se hiciera el loco, algo que se le daba muy bien; no al extremo de que pareciese un demente, pero sí un loco peligroso con quien una palabra a destiempo podía desencadenar un baño de sangre. Para la gente que no lo conocía, Finan podía resultar aterrador: pequeño y enjuto, puro nervio concentrado en un cuerpo canijo, de rostro huesudo y estragado. Darse de bruces con Finan era como toparse con alguien que había sufrido todo lo imaginable: guerras, esclavitud, penalidades sin cuento; un hombre, en definitiva, que nada tenía que perder. Con eso contaba para que Skirnir tratase con consideración a la tripulación del *Lobo plateado*. Aparte de que pensase en la posibilidad de perder a algunos de sus hombres durante la refriega, poco más podía hacer para impedir que Skirnir se apoderase del barco y degollase a cuantos iban a bordo. No sería una pérdida irreparable para el frisón, desde luego, pero veinte o treinta bajas le supondrían un buen descalabro. Sin olvidar que Osferth y Finan eran portadores de un precioso regalo y, al menos hasta donde Skirnir sabía, parecían dispuestos a echarle una mano para que se lo quedase. Me figuraba que, de buenas a primeras, también le habría gustado agenciarse el barco, pero supuse que no lo intentaría hasta que yo hubiese desaparecido y Skade estuviera a buen recaudo. Por eso le había dicho a Finan que lo amedrentase.

Una vez que abandonaron la ensenada, Osferth y Finan bordearon la costa hasta que, como si no supieran dónde ir, a golpe de remo se plantaron en el mismo centro del mar interior, y allí se quedaron al paio, mecidos por las olas.

—Veíamos las barcas de pesca que surcaban el agua a toda prisa, y estábamos convencidos de que se dirigían a Zegge —me comentaría Finan más adelante.

Como era de esperar, Skirnir estaba al corriente de la reyerta que se había producido en la ensenada y de cómo el barco vikingo navegaba sin rumbo fijo. Para satisfacer su curiosidad, sin moverse de su guarida, envió a uno de sus dos grandes navíos a ver qué pasaba. El más pequeño de sus hermanos había hablado con Finan y Osferth; por ellos, se había enterado de que se habían amotinado contra Uhtred de Bebbanburg, y que Uhtred y Skade, con un reducido grupo de hombres, habían recalado en algún punto de aquel atolladero de islotes y entrantes.

—Permití que el hermano pequeño subiera a bordo —me contó Finan más tarde —, le mostré las cotas de malla y las armas que habíamos amontonado, y le dije que eran las vuestras.

—¿Así que pensó que estábamos desarmados?

—Le conté que os habíais llevado una espada corta, pero muy pequeña —me aclaró Finan.

Grageld, el hermano de Skirnir, ni siquiera se detuvo a contar las cotas de malla, ni se acercó al montón de espadas, lanzas y hachas. De haberlo hecho, se habría dado

cuenta de que Finan le estaba engañando, porque allí sólo había cotas de malla y armas para la mermada tripulación del *Lobo plateado*. Muy al contrario, creyó a pies juntillas lo que el irlandés le estaba diciendo.

—Así que decidimos contarle lo que habíamos acordado —continuó Finan.

Una historia que se apoyaba en un hecho cierto. Aunque adornándolo un poco, Finan le explicó que habíamos ido a las islas de Frisia para hacernos con el tesoro de Skirnir.

—Le dije que nos habíamos enterado de que el oro estaba a buen recaudo, que os habíamos apremiado para que devolviérais a Skade a su marido, y que vos os habíais negado, a pesar de que ninguno de nosotros podíamos ver a esa puta. Grageld me dijo que hacíamos bien en odiarla.

—¿Tan mal le caía?

—No le caía bien a ninguno de ellos, mi señor, pero Skirnir la echaba de menos. Su hermano pensaba que era víctima de un hechizo.

Finan me reveló esos detalles en la mansión de Skirnir, mientras yo miraba a Skade de soslayo, contra el resplandor de una enorme fogata que ardía en el centro de la estancia: una *aglæcwif*, pensé, una bruja. Muchos años antes, el padre Beocca me había referido una historia de aquella época remota, de aquellos días lejanos en que los hombres se servían de reluciente mármol para levantar sus edificaciones, hechos que se remontaban a aquellos tiempos en que el mundo aún no se había convertido en el lugar inhóspito y siniestro que es ahora. Por una vez en su vida, la historia nada tenía que ver con su dios ni con sus profetas, sino que se refería a una mujer que había escapado de su marido porque se había enamorado de otro hombre; que el marido dispuso una gran flota para recuperarla y que, al final, quemaron la ciudad hasta los cimientos y mataron a todos los varones que en ella vivían, y todo por culpa de una *aglæcwif* desaparecida hace tanto tiempo.

Los poetas dicen que luchamos por la gloria, por las riquezas, por nuestro honor y nuestro terruño. A lo largo de mi vida, sin embargo, no han sido menos las ocasiones en que he peleado por una mujer. En ellas reside el poder.

Muchas veces escuché cómo Ælswith, la amargada esposa de Alfredo, quejosa de que Wessex no le otorgase el título de reina, lo achacaba a que el nuestro era un mundo de hombres, y puede que tuviera razón. Pero las mujeres ejercen su poder sobre los hombres. Por cuestiones de mujeres, interminables flotas se hacen a la mar; en su nombre, se arrasan altivas mansiones; en su honor, yacen enterrados innumerables guerreros.

—Como bien podréis imaginar, Grageld quería que fuésemos a ver a Skirnir sin falta —continuó Finan—, pero le respondimos que no. Cuando nos preguntó qué habíamos ido a buscar entonces, le dijimos que íbamos por la recompensa, porque queríamos que Osferth fuera rey y, para conseguirlo, necesitábamos plata.

—¿Se lo creyó?

—¿Acaso hacen falta razones para ir en busca de plata? —preguntó Finan, encogiéndose de hombros—. Pues claro que nos creyó, mi señor, y Osferth estuvo de lo más convincente.

—Cuando les conté mis pretensiones —añadió Osferth, torciendo el gesto—, por un momento casi llegué a creerme lo que estaba diciendo.

Me eché a reír.

—No iréis a decirme que os gustaría ser rey, Osferth.

Sonrió; cuando sonreía, el parecido que guardaba con su padre era realmente extraordinario.

—No, mi señor —afirmó con humildad.

—No estoy muy seguro de que Grageld supiera quién era Alfredo —continuó Finan—. Por supuesto que había oído su nombre, igual que conocía las monedas acuñadas por el rey, pero parecía pensar que Wessex era un lugar que estaba allí al lado. Así que le conté que era un país donde los fresnos daban plata, que el rey era un hombre ya viejo y cansado, que Osferth sería el nuevo rey y que le gustaría estar en buenas relaciones con Skirnir.

—¿Y se creyó tales patrañas?

—¡Y tanto que sí! Quería que fuésemos a Zegge, pero le dije que no. No estaba dispuesto a llevar el *Lobo plateado* por esos canales, mi señor, y que se hiciesen con el barco, así que nos quedamos donde estábamos. Skirnir llegó a bordo del segundo buque. Se situaron a ambos lados del nuestro, y me dio en la nariz que estaban pensando en apresarnos.

Eso era lo que yo me había temido. No me costó mucho imaginarme el *Lobo plateado* y su menguada tripulación, flanqueado por dos barcos atestados de guerreros.

—Pero ya habíamos pensado en esa posibilidad —continuó Finan, encantado— y, con ayuda del mástil transversal, habíamos izado el ancla de piedra.

Las piedras que utilizábamos como ancla eran unos enormes pedruscos redondos, del tamaño de la muela de un molino y un agujero horadado en el centro. Finan había utilizado el palo del barco a modo de palanca, de tal manera que no había duda en cuanto al mensaje que daba a entender tan complicado equilibrio. Si una de las dos naves de Skirnir iniciaba el ataque, desplazarían la piedra hacia el barco en cuestión, de un hachazo cortarían la maroma de la que pendía y, al caer, el pedrusco destrozaría el pantoque del buque agresor. De modo que Skirnir ganaría un barco pero perdería otro; así que, con buen tino, apartó sus embarcaciones del *Lobo plateado*, como si jamás se le hubiera pasado por la cabeza la idea de apoderarse de nuestra nave.

—Magnífica treta —comenté.

—Se le ocurrió a Osferth, mi señor —reconoció Finan—; lo teníamos todo

preparado, antes incluso de que se pusieran a nuestro lado.

—¿Y Skirnir se creyó lo que le contasteis?

—Era lo que estaba deseando oír, ¡y claro que se lo creyó, mi señor! Saltaba a la vista que sólo quería recuperar a Skade, no pensaba en otra cosa.

—Y zarpasteis en su busca.

—Eso fue lo que hicimos, mi señor —dijo Finan, con una sonrisa.

Los tres barcos llegaron a la ensenada cuando tanto el día como la marea ya se retiraban. Sabía que Skirnir no vendría a por nosotros hasta que la subida de la marea no anegase de nuevo la cala. Aun así, aposté vigías. No pasó nada y, aunque no lo pareciera, echamos una cabezadita. Recuerdo que estaba despierto, tendido en el suelo, pensando que no podría dormirme cuando, en sueños, vi cómo Gisela me sonreía, hasta que me desperté sobresaltado al ver unos guerreros a los que lanzas y escudos se les iban de las manos. Me quedé un rato tumbado en la arena, contemplando las estrellas; me puse en pie y estiré los brazos y las piernas para desentumecerlos.

—¿Cuántos hombres habrá traído, mi señor? —me preguntó Cerdic, junto a las resplandecientes llamas de la fogata que trataba de avivar. No era hombre que se arredrase, pero aquella noche no se había podido quitar de la cabeza la imagen de los dos enormes barcos acercándose a la costa.

—Dos tripulaciones —repuse. En ese momento caí en la cuenta de que era el que más había dormido; al oír mi voz, los hombres se acercaron a la hoguera—. Dos tripulaciones, así que cien o ciento cincuenta hombres.

—¡Santo Dios! —exclamó Cerdic, acariciando la cruz que llevaba al cuello.

—Son sólo piratas —dijo Rollo en voz alta.

—Explicádselo vos —le pedí, encantado de que fuese el hombre de Ragnar quien pusiese al tanto a los míos.

De pie, junto a las llamas, Rollo les explicó:

—Los hombres de Skirnir son como perros asilvestrados; se abalanzan sobre los más débiles, pero se quedan paralizados si la presa es más fuerte. No están acostumbrados a pelear en tierra firme, ni saben lo que es un muro de escudos. Nosotros, sí.

—Le gusta decir de sí mismo que es el Lobo del Mar —añadí—, pero Rollo está en lo cierto: es un perro, no un lobo. ¡Nosotros somos los lobos! ¡Nos hemos enfrentado a los mejores guerreros de Dinamarca y Britania y los hemos mandado a la tumba! Sabemos lo que es un muro de escudos. ¡Antes de que el sol llegue a su cénit, habremos acabado con Skirnir!

No es que viéramos mucho el sol en realidad, porque, tras un amanecer ceniciento, el día estaba anubarrado. Rápidas y muy bajas, las nubes pasaban por encima de nosotros camino del mar, enredándose en las marismas. El agua fue a más

con la subida de la marea, inundando las márgenes del entrante donde nos habíamos refugiado. Subí a lo alto de la duna; desde allí, vi los tres barcos que, lentamente, se dirigían a la ensenada. Skirnir aprovechaba la subida de la marea: sus hombres remaban hasta que el barco, con la cabeza de un animal en la proa, encallaba, y allí se quedaban hasta que la marea les ahorraba unas cuantas remaduras. Sonreí para mis adentros al reparar en que sus dos barcos iban por delante y el *Lobo plateado* los seguía. Skirnir, confiado en que contaba con hombres de sobra y cegado ante la posibilidad de recuperar a Skade, ni por un momento había pensado que el enemigo también iba pisándole los talones.

¿Qué vería Skirnir en aquellos momentos? Desde la proa del primero de los barcos, donde estaba encaramado, sólo acertaría a ver a cinco hombres sin cota de malla en lo alto de una duna. Pensando que se disponía a capturar a una caterva de fugitivos que no tenían donde caerse muertos, estaba tranquilo. Cuando se acercaron lo bastante, llamé a Skade para que se situara a mi lado.

—Si cayeseis en sus manos, ¿qué os haría? —le pregunté.

—Humillarme, deshonrarme y quitarme la vida —repuso.

—¿Y creéis que estará dispuesto a pagar por semejante barbaridad? —le pregunté, pensando en la recompensa que había ofrecido por Skade.

—La arrogancia es un vicio caro —replicó.

—¿Por qué no hacer de vos una esclava más?

—Por lo mismo —contestó—. En una ocasión, mató a una esclava que le había engañado. Primero, se la entregó a sus hombres para que hicieran con ella lo que bien les viniera en gana; luego, la ató a una estaca, y la despellejó viva, mientras sujetaban a la madre de la moribunda para que no se perdiese los alaridos de su hija.

Sin querer, me acordé de Edwulf, despellejado vivo en la iglesia de su propiedad, pero no dije nada. Me limité a observar cómo se acercaba el barco de Skirnir. La ensenada se estrechaba demasiado como para que los remos se hundiesen en el agua, y los remeros los usaban como pértigas. La marea subía lentamente. Cuando llegase a su máximo, el nivel del agua aumentaría con rapidez pero, para entonces, el danés ya se habría dado cuenta de que ni toda el agua del mundo le habría bastado, a pesar de que, si bien angosta, la rada era lo bastante profunda para el calado de sus naves.

—Hora de prepararnos —dije.

Bajé por la otra cara de la duna, donde Skirnir no podía verme, y Oswi, mi criado, me ayudó a embutirme en la cota de malla. Al pasármela por la cabeza, aspiré el olor agrio del cuero, pero agradecí el instante en que volví a sentir aquel peso sobre los hombros. Oswi me colocó el tahalí en la cintura y me lo ciñó.

—Siempre detrás de mí —le ordené.

—Como mandéis, mi señor.

—Si las cosas no salen como tenemos pensado —le dije—, echa a correr como

una liebre, ve tierra adentro, al monasterio, y pide asilo.

—Así lo haré, señor.

—Pero todo irá bien —le aseguré.

—Lo sé, señor —repuso con entereza. Era un huérfano de once años a quien habían encontrado rebuscando en el lodo debajo de la terraza de mi mansión de Lundene. Uno de mis hombres lo acusó de ladrón y lo condujo a mi presencia para que ordenase que le diesen unos cuantos azotes. Pudo más el fulgor que observé en los ojos de aquel rapaz, y preferí hacerle mi criado. Le estaba enseñando a desenvolverse con la espada hasta que llegara el día en que, como con Sihtric, el criado que había tenido antes, hiciese de Oswi un guerrero.

Me fui hasta el otro lado de la duna y comprobé cómo el barco de Skirnir dejaba atrás nuestra barca, encallada y abandonada. Pasaba lo bastante cerca como para proferir insultos y oí cómo denigraba a Skade, sola en lo alto de la duna. La llamaba puta, le decía que era una cagada del demonio, al tiempo que le aseguraba que a gritos le suplicaría que la arrastrase a las puertas del infierno.

—Llegó la hora —le dije a Rollo, mientras recogía mi escudo de madera de tilo, con la cabeza de lobo de Bebbanburg pintada en el centro.

Rollo se hizo con un hacha de guerra, y besó la ancha hoja del arma.

—Pronto quedarás saciada, pequeña —le prometió.

—¡Están muy cerca! —gritó Skade desde lo alto de la duna.

La isla que habíamos elegido tenía forma de luna en cuarto creciente, con la duna como panza redondeada del astro: los cuernos se adentraban en la ensenada; la marisma rellenaba su cóncavo seno. La duna era accesible desde los cuernos, pero la marisma, de unos cien pasos de ancho y ciento cincuenta de fondo, era un inconveniente. Los hombres bien podían aventurarse en aquellos cañaverales, pero sólo podrían avanzar con lentitud. El cuerno más próximo al mar era también el más ancho, una lengua de arena que permitía el acceso al islote. Diez hombres bastarían para cegarlos, y disponía de una veintena. El resto quedó al mando de Rollo, con órdenes de defender el otro cuerno y de no dejarse ver hasta que Skirnir enviase a los suyos por aquel lado.

¿Con qué se encontró el danés? Con un muro de escudos, formado por hombres que portaban yelmos y cotas de malla, pertrechados de relucientes armas. Nada que ver, desde luego, con los amedrentados fugitivos que esperaba encontrarse, sino guerreros dispuestos para la batalla. En ese instante, debió de pensar que Finan y Osferth le habían engañado, pero se lo habría tomado como una mentira piadosa, una engañifa acerca de armas y cotas de malla. Tan desesperado estaba por recuperar a Skade, que debió de suponer que todo lo demás era verdad. A lo mejor hasta llegó a pensar que los burlados eran ellos. En cualquier caso, se sentía seguro, porque éramos muy pocos frente a ellos, tan numerosos, aunque cuando vio el muro de escudos se lo

pensó dos veces.

Cuando nos dejamos ver, el timonero de Skirnir ya había puesto rumbo a la orilla. El danés alzó una mano, y los hombres soltaron los remos que usaban como pértigas. Aparte de la molestia de tener que bajar a tierra y reducir a un pequeño grupo de hombres desnortados, Skirnir había pensado que no tenía mucho más que hacer aquella mañana encapotada, pero las armas que empuñábamos y el muro de escudos que habíamos formado le llevaron a reconsiderar la situación. Se dio media vuelta, y les gritó algo a los remeros, mientras señalaba la ensenada. Estaba claro que les ordenaba que llevasen el barco hasta el otro cuerno para rodearnos. De repente, y para mi sorpresa, saltó desde la proa, lo mismo que quince de sus hombres. Chapoteando, se dirigieron a tierra, mientras el barco se retiraba. Skirnir y el reducido grupo que lo acompañaba estaban a unos cincuenta pasos de nosotros, pero no tardarían en recibir refuerzos de los tripulantes del segundo barco, que se acercaba a toda prisa. No me moví de donde estaba.

Ni siquiera se volvió para comprobar si el *Lobo plateado* los seguía. De haberlo hecho, ¿habría tenido motivos para asustarse? La proa del más rezagado de los tres buques estaba atestada de hombres con yelmos y cotas de malla, incluso acerté a distinguir el escudo negro de Finan.

—¡Uhtred! —me llamó a voces Skirnir.

—¡Aquí me tenéis!

—¡Devolvedme a la puta! —gritó. Era un hombre gordo, con cara de torta, ojos pequeños y una larga barba negra que le llegaba hasta el pecho—. ¡Devolvédmela y me marcharé! ¡Devolvedme a la puta, y os dejaré en paz el resto de vuestra miserable vida!

—¡Aún no he acabado de solazarme con ella! —repuse.

Volví la vista a la izquierda, y advertí que el barco en el que había llegado Skirnir estaba a punto de llegar al otro cuerno y que, de un momento a otro, la tripulación pondría el pie en tierra. Mientras tanto, el segundo barco había encallado a espaldas de Skirnir, y los hombres que iban a bordo saltaban a tierra por los costados. La playa en la que lo habían varado era tan pequeña que no cabían más de treinta, así que el resto, quizás otros tantos, tuvieron que quedarse en la nave. Poco a poco, el *Lobo plateado* también se aproximaba.

—Oswi —llamé en voz baja.

—¿Mi señor?

—Dile a Rollo que se una a nosotros.

Sentí entonces la euforia del vencedor. Contando los del *Lobo plateado*, disponía de setenta hombres, y había conseguido que Skirnir hiciera lo que yo pretendía, a saber, dividir sus fuerzas. Aunque todavía quedaban algunos en el barco, sesenta o setenta de los suyos se disponían a plantarnos cara; el resto se había ido al otro

extremo por el que también se podía acceder al islote y, si bien una vez en tierra podrían atacarnos por la retaguardia, en aquel preciso instante la isla estaba en mis manos. Escuché el estruendo que produjo el *Lobo plateado* cuando, con la proa, embistió contra el barco encallado, y en ese momento grité:

—¡Adelante!

Con determinación y disciplina guerreras, nos pusimos en marcha. Podíamos haber cargado en ariete, como en Fearnhamme, pero preferí que los hombres de Skirnir sufriesen en sus carnes la angustiosa sensación del miedo. De modo que avanzamos despacio, una primera y cerrada fila de escudos que se solapaban, mientras los hombres que venían detrás golpeaban sus escudos con las espadas que llevaban al ritmo de nuestros pasos.

—¡Vamos a acabar con esos cabrones! —grité; alarido que mis hombres corearon sin pensarlo.

Paso a paso, lenta pero inexorablemente, seguimos avanzando; las espadas que asomaban entre nuestros escudos eran portadoras de letales promesas.

Marchábamos de ocho en fondo. Al llegar donde la lengua de arena comenzaba a ensancharse, los hombres de Rollo se unieron a nosotros por la derecha. La mayoría de los que iban en primera línea llevaban lanzas; yo empuñaba a *Hálito-de-serpiente*. No era el arma más adecuada para el cuerpo a cuerpo que exige un muro de escudos, pero supuse que los hombres de Skirnir, poco acostumbrados a aquella modalidad de combate, no opondrían gran resistencia. Lo suyo era abalanzarse por sorpresa sobre un banco medio indefenso y matar a diestro y siniestro a hombres asustados. En aquel momento, sin embargo, tenían que vérselas con guerreros bien pertrechados de espadas y lanzas. Más Finan, que, desde atrás, inició el ataque.

Dejó sólo dos mozos a bordo del *Lobo plateado*. La marea seguía subiendo; la corriente empujaba la nave contra el segundo de los barcos pirata de Skirnir. Finan y los suyos saltaron desde proa, y echaron a correr entre las bancadas de los remeros del otro buque lanzando alaridos guerreros y, quizá por un momento, Skirnir pensó incluso que acudían en su ayuda. Pero debió de ser sólo eso, un momento, porque al instante Finan puso manos a la obra y comenzó la carnicería.

Al mismo tiempo que nosotros.

—¡Ahora! —grité, y nuestro muro de escudos embistió: lanzas en busca de enemigos que ensartar, espadas que desgarraban la carne del rival; arremetí con *Hálito-de-serpiente* por debajo del escudo de un frisón y hundí y giré con violencia su larga hoja en el blando vientre del pirata.

—¡Acabad con ellos! —les animé a gritos. Finan repitió el mismo alarido.

Las puntas de las lanzas hendieron carne frisona. Luego, los hombres se deshicieron de las largas astas de fresno, y empuñaron las espadas o las hachas que les pasaban los que venían detrás. Los hombres de Skirnir no se habían dispersado

porque no tenían sitio donde hacerlo. Si ya estaban confinados en un espacio reducido, la embestida de los míos les obligó a retroceder hasta la oscura proa de su barco, mientras el ataque de Finan obligaba a desplazarse hasta el altillo de proa a los que aún seguían a bordo. Seguimos adelante hasta que no tuvieron posibilidad de pelear, e iniciamos el ingrato trabajo que supone la lucha en un muro de escudos. Cerdic, a mi derecha, utilizaba la hoja de su hacha como garfio para obligar al hombre que tenía enfrente a bajar el escudo; tan pronto como lo conseguía, yo hundía la punta de *Hálito-de-serpiente* en la garganta del adversario, mientras Cerdic dejaba caer la hoja del hacha y le destrozaba la cara. A continuación, enganchaba otro escudo. Rollo gritaba en danés. Se había desprendido de su escudo y empuñaba el hacha con ambas manos mientras canturreaba el himno a Thor. Rorik, uno de los daneses que venía conmigo, permanecía de rodillas a mis espaldas, agitando una lanza con la que hería en las piernas a los piratas frisonos, que se desplomaban; una vez en el suelo, los matábamos.

La carnicería tuvo lugar en un espacio angosto. Habíamos pasado horas, días, semanas y meses entrenándonos para esa clase de pelea. No importa cuántas veces haya participado un hombre en un muro de escudos, que sólo saldrá con bien si está de sobra entrenado, lo ha repetido muchas veces y lo ha practicado a fondo. Y los hombres de Skirnir carecían de semejante preparación. Eran marineros; algunos ni siquiera llevaban escudo: en las peleas en barco, donde no es fácil mantener el equilibrio y las bancadas de los remeros son otros tantos obstáculos, una gran plancha redonda de madera con rebordes de hierro es un estorbo. Sin entrenamiento y mal pertrechados, acabamos con ellos. Estaban aterrorizados. Ni siquiera nos veían la cara. La mayoría de nuestros yelmos estaban provistos de barboquejo, de forma que nuestros adversarios sólo veían hombres de metal, con máscaras de metal y jubones de metal, y el acero de nuestras armas que los traspasaba, mientras, incansables, seguíamos adelante, guerreros revestidos de metal que enarbolaban inmisericordes espadas protegidos tras escudos que se solapaban. Su sangre tiñó de rojo la marea de agua salada que anegaba la ensenada aquella mañana gris.

Finan fue quien más bregó. Guerrero curtido, disfrutaba de lo lindo cuando de pelear en circunstancias difíciles se trataba y, dando gritos y repartiendo muerte a diestro y siniestro, supo guiar a sus hombres a lo largo del barco de color oscuro. Cantó la canción de la espada, elevando el tono de la melodía a medida que daba a su espada lo que ésta le demandaba, mientras Rollo, hundido en la marisma hasta los muslos, descargaba mortíferos hachazos, a uno y otro lado, impidiendo que algún enemigo escapase. Hasta que los frisonos, que habían pasado de sentirse más que confiados a estar cagados de miedo, comenzaron a arrojar las armas. De rodillas, pedían clemencia a voces, mientras yo les gritaba a los que marchaban en último lugar que se diesen media vuelta y se preparasen para hacer frente a los hombres que

llevaba el barco en el que había llegado Skirnir al otro extremo de la ensenada, y que imaginaba a punto de aparecer por la retaguardia.

Llegaron a lo alto de la duna a tiempo de darse cuenta de que la pelea había concluido. Unos pocos, los más sensatos, habían saltado por el otro costado del barco y, como podían, trataban de alejarse por la marisma. La mayoría de los hombres de Skirnir habían muerto o habían sido hechos prisioneros. Acogotado contra las hiladas varadas de su segundo barco, con la punta de la lanza de Cerdic bajo las barbas, que lo sujetaba para que no escapase, Skirnir era, precisamente, uno de los cautivos.

—¿Acabo con él, mi señor?

—Espera un poco —repuse, pensando en otra cosa, al ver que nuestros nuevos adversarios acababan de llegar—. ¡Rollo, que no se muevan de ahí!

Rollo formó un muro de escudos con los hombres a su cargo, y empezó a gritarles a los atemorizados frisonos que se acercasen para mejor probar la sangre que teñía sus armas. Pero no se movieron de donde estaban.

Se oyó un alarido. Era uno de los de Frisia que, en el suelo, pataleaba en el agua enrojecida y poco profunda de la orilla. Skade se acercó al herido y, lentamente, le clavó un puñal en un ojo tratando de llegar al cerebro.

—¡Basta ya! —le grité.

El hombre profería alaridos mientras los restos sanguinolentos del globo del ojo se le desparramaban por la mejilla ensangrentada. Se volvió, me miró y en su cara observé la expresión feroz de un animal acorralado.

—Los odio —dijo, y volvió a hundir el puñal de nuevo, mientras el hombre aullaba y se cagaba por la pata abajo.

—¡Sihtric! —llamé a voces; Sihtric se acercó al hombre y le clavó la espada en la garganta, poniendo fin a tanto sufrimiento.

—¡Voy a acabar con todos! —me susurró Skade, temblando de rabia—. ¡Él, él será el primero! —añadió señalando a Skirnir.

—¡Se ha vuelto loca! —me dijo en voz baja Finan, que había saltado del barco para situarse a mi lado, mientras hundía en el agua la hoja de su espada para limpiar la sangre—. ¡Dios mío, está tan fuera de sus cabales como una puta en celo!

Horrorizados, mis hombres no apartaban los ojos de Skade. Porque una cosa es acabar con un adversario, otro guerrero a fin de cuentas, durante la contienda, y otra muy distinta no mostrar respeto con el caído. He matado muchas veces, y sé que la carnicería puede continuar mucho después de haber terminado el combate, que es la sed de sangre y el miedo lo que ayuda a mantenerse en pie a los hombres que forman un muro de escudos, pero cuando tal ansia se ha saciado, llega el momento de la clemencia.

—¿No estaréis acaso pensando en dejarlos con vida? —me espetó.

—Cerdic —dije sin volverme a mirarlo siquiera—, que sea rápido.

Oí, pero no vi cómo moría Skirnir. La punta de la lanza se clavó con tanta fuerza que le traspasó la garganta y fue a clavarse en el maderámen del barco.

—¡Quería matarlo yo! —aulló Skade.

Sin hacerle caso, eché a andar; dejé atrás a Rollo y me acerqué a los frisonos que no habían participado en la refriega. Aquellos hombres, unos sesenta en total quizá, eran la tripulación de Skirnir; en silencio, esperaron a que llegase. Me había desprendido del escudo, de modo que pudieron ver la sangre que salpicaba mi cota de malla, la sangre que me corría por la visera del yelmo, la sangre coagulada en la hoja de *Hálito-de-serpiente*. Con un lobo de plata por cimera, mi tahalí estaba adornado con tachones de oro; de oro eran también los brazaletes que relucían a pesar de la sangre. Veían a un señor de la guerra, que se acercó a diez pasos de ellos para hacerles saber que los piratas no le daban miedo.

—Soy Uhtred de Bebbanburg —les dije—, y ésta es mi propuesta: podéis elegir entre seguir con vida o morir.

A mis espaldas, Rollo había comenzado a aporrear el escudo, y sus hombres empezaron a golpear las hojas de sus espadas contra la madera de tilo al siniestro compás de la muerte que les acechaba.

—Somos daneses y sajones —les dije—, pero, por encima de todo, guerreros. Nos encanta luchar. Por las noches, en nuestras casas, musitamos romances que hablan de los hombres que hemos matado, de las mujeres que hemos dejado viudas y de los chavales que se han quedado huérfanos. Podéis elegir, pues, entre ofrecerme una nueva peripecia que cantar o desprenderos de vuestras armas.

Depositaron las armas en el suelo. A quienes las llevaban, les pedí que se quitasen también las cotas de malla, y a todos, los jubones de piel. Me hice con sus botas, sus tahalíes, sus corazas y sus armas; las apilamos en el *Lobo plateado*; después, quemamos los dos barcos grandes de Skirnir. Ardieron bien; grandes llamaradas consumieron los mástiles, en medio de un humo negro que ascendía hasta aquellas nubes tan bajas.

Skirnir había salido a nuestro encuentro con ciento treinta y un hombres. Habíamos acabado con veintitrés, y otros dieciséis estaban malheridos. Uno de los hombres de Rollo había perdido un ojo de un lanzazo, y Ælric, uno de los sajones que venían conmigo, estaba en las últimas. Había peleado al lado de Finan, pero había tropezado con una de las bancadas de los remeros y le habían dado un hachazo en la espalda. Me arrodillé a su lado en la arena, le obligué a sujetar con firmeza la empuñadura de la espada, y le prometí que entregaría oro a su viuda y que me ocuparía de sus hijos como si de los míos se tratase. Me oía, pero no podía hablar; no aparté mi mano de la suya hasta que oí un estertor y el cuerpo se le estremeció en el momento en que su alma emprendió el viaje a la larga oscuridad. Nos llevamos el cadáver y lo enterramos en el mar. Era cristiano, así que Osferth recitó una plegaria

por el difunto Ælric, antes de que lo enviásemos rumbo a la eternidad. Retiramos otro de los cadáveres, el de Skirnir. Lo desnudamos y lo colgamos de la cabeza de lobo de la proa para que todo el mundo supiera que lo habíamos derrotado.

Utilizando los remos como pértigas, sacamos el *Lobo plateado* de la ensenada aprovechando la bajada de la marea. Cuando la cala se ensanchó, viramos y comenzamos a remar, remolcando la pequeña barca de pescadores que habíamos dejado junto a la aldea. Salimos, por fin, al mar, y el *Lobo plateado* se estremeció al entrar en contacto con las primeras olas. Las nubes grises que habían cubierto el lugar donde se había producido la matanza comenzaban a deshilacharse, y un pálido rayo de sol fue a reflejarse en el mar picado.

—No deberíais haberlos dejado con vida —me dijo Skade.

—¿A quién os referís, a los hombres de Skirnir? ¿Para qué matarlos? Los hemos derrotado.

—Tendrían que estar todos muertos —insistió rencorosa, antes de volverse a mirarme con rabia—: ¡Habéis dejado a dos de sus hermanos con vida! ¡Tendríais que haberlos matado!

—Pero los he dejado con vida —repuse; sin Skirnir y sus dos grandes barcos, poco mal podían hacer, pero Skade no opinaba lo mismo.

—¡Cobarde! —me insultó.

Me la quedé mirando.

—Tened cuidado con lo que decís, mujer.

Se encerró entonces en un silencio mohíno.

Sólo llevamos con nosotros a un prisionero, el patrón del barco de Skirnir. Era un hombre ya mayor, tendría más de cuarenta años. Tras tanto tiempo entornando los párpados para mejor soportar los reflejos del sol en el mar, sus ojos no eran sino dos resquicios agrietados en un rostro atezado por la sal y los elementos. Lo utilizamos como guía.

—Si mi barco encalla en un banco de arena —le advertí—, le diré a Skade que acabe con vos a su manera.

Durante la travesía hasta Zegge, el *Lobo plateado* ni rozó siquiera un banco de arena. Era un canal sinuoso, con postes plantados a propósito como señuelo para confundir a posibles atacantes y arrastrarlos a los bajíos, pero el miedo que le infundía Skade bastó para que lo cruzásemos sin percance. Sin sobresaltos, pues, llegamos al anochecer, precedidos del cadáver que colgaba del mascarón. La espuma de las olas había lavado los restos de Skirnir; al olerlo, las gaviotas comenzaron a graznar, revoloteando alrededor de la proa, deseosas de satisfacer su voracidad.

Hombres y mujeres nos observaban mientras avanzábamos por el tortuoso canal que discurría entre dos de los islotes interiores hasta que entramos en unas aguas remansadas, salpicadas aún por los trémulos reflejos dorados del sol que se ocultaba.

Los vigías eran esbirros de Skirnir que no se habían hecho a la mar con su señor al amanecer. Al ver los desafiantes escudos que habíamos colgado de las amuradas de nuestro barco y contemplar el cadáver que se balanceaba desnudo al extremo de una maroma, ninguno trató de plantarnos cara.

Como de allí habían zarpado las dos tripulaciones que habíamos derrotado y allí vivían los muertos, los heridos y los supervivientes que habíamos abandonado a su suerte en el islote, había menos gente en Zegge que en las dos islas que habíamos dejado atrás. Una multitud de mujeres se acercó al grisáceo embarcadero de madera que sobresalía a los pies del montículo donde se alzaba la mansión de Skirnir. Las mujeres observaron cómo se acercaba nuestro barco y, cuando algunas de ellas reconocieron el cadáver que exhibíamos a modo de trofeo, abandonaron a toda prisa el muelle, llevándose a sus hijos de la mano. Ocho hombres armados y con cotas de malla salieron a nuestro encuentro. Al ver el número de los míos que desembarcaba, depusieron las armas con gestos más que notorios. Supieron entonces que su señor había muerto, pero a ninguno de ellos se le pasó por la cabeza hacer un gesto siquiera por dejar a salvo el honor del difunto.

Y así, a la luz del crepúsculo de aquel día, llegamos a la casona que dominaba el montículo de Zegge. Alcé la vista y contemplé su negro y abultado contorno, y me acordé del dragón que dormitaba junto a su recóndito tesoro de oro y de plata. De los aleros de la alta techumbre sobresalían unos enormes cuernos de madera, que se alzaban hacia el cielo que se oscurecía por momentos, donde rielaban ya las primeras estrellas.

Dejé quince hombres de guardia en el barco, y fui montículo arriba, fijándome en cómo estaba construido: enormes vigas de madera formaban un rectángulo alargado, que habían rellenado de arena; un rectángulo más reducido se asentaba sobre el primero, y otro más, encima; completaba la estructura una última capa donde se alzaba una empalizada, que nada defendía ya, puesto que la puerta de madera maciza estaba abierta de par en par. Muerto su señor, los hombres de Skirnir ya no tenían a nadie por quien luchar.

La puerta de la casona estaba encajada en unos enormes huesos curvos, a modo de jambas, que debían de haber pertenecido a algún monstruo marino. Con Rollo y Finan a mi lado, espada en mano, crucé el umbral. En el centro de la estancia, una fogata en la que crepitaba con estrépito la madera de deriva cubierta de sal que en ella ardía. Detrás de nosotros, Skade. Al verla, los criados de la casa sintieron escalofríos. El intendente de Skirnir, un hombre rechoncho, me recibió con una profunda reverencia.

—¿Dónde está el tesoro? —le pregunté, sin ceremonias.

Demasiado asustado para decir nada, Skade lo empujó a un lado.

—¡Fanales! —ordenó a gritos a los sirvientes, que no tardaron en regresar con

unas candelas. A su luz mortecina, me condujo hasta una puerta al fondo de la estancia por la que se accedía a una pequeña cámara cuadrada, repleta de pieles de foca.

—Aquí dormía —me señaló.

—¿Encima del dragón?

—El dragón era él; un cerdo y un dragón, eso es lo que era —añadió con desprecio, al tiempo que se arrodillaba y retiraba las hediondas pieles.

Le dije al gordinflón del intendente que le echase una mano. Finan me miró y levantó una ceja, preguntándose qué habría allí; a mí, la sonrisa no se me iba de los labios.

Para recuperar Bebbanburg, necesitaba hombres. Para asaltar aquella imponente muralla de piedra y pasar a cuchillo a los hombres de mi tío, necesitaba guerreros y, para tenerlos a mi servicio, necesitaba oro, necesitaba plata: para hacer realidad aquel sueño tanto tiempo acariciado, necesitaba un tesoro custodiado por un dragón. Por eso no dejaba de sonreír, mientras el intendente y Skade retiraban el enorme montón de pieles que ocultaban el escondrijo.

Hasta que, a la luz de las humeantes candelas, apareció una portezuela.

Era una trampa de madera oscura y maciza, con una argolla de hierro. Me acuerdo de cierta ocasión, hace muchos años, en que el padre Beocca me contó que, estando de visita en un monasterio de Sumorsæte, extasiado, el abad le había mostrado una ampolla de cristal que contenía leche de los pechos de la virgen María.

—Me quedé sobrecogido, Uhtred —me dijo el cura, muy serio—. Temblaba como una hoja a merced del viento. ¡No me atreví a tomar la ampolla en mis manos por miedo a romperla, tal era el temblor que me agitaba!

Creo que yo no temblaba en aquel momento, pero sí sentí una impresión parecida, la sensación de estar a punto de alcanzar algo que parecía imposible. Mi futuro yacía bajo aquella trampa. Allí estaban depositadas mis esperanzas, el porvenir de mis hijos, mis ansias de libertad bajo los cielos del norte.

—¡Abridla! ¿A qué estáis esperando? —les apremié.

Rollo y el intendente tiraron de la argolla. La portezuela estaba recia, fuertemente adherida al suelo, y tuvieron que emplearse a fondo para levantarla. De repente, la pesada puerta cedió, los dos dieron un traspié y dejaron un boquete al descubierto.

Di un paso adelante y eché un vistazo al interior.

Rompí a reír con ganas.

* * *

Allí no había ningún dragón. Jamás he visto uno, por otra parte, aunque me han asegurado que existen y he escuchado descripciones de tan terroríficas bestias, de ojos malévolos del color de la púrpura y cuellos alargados, que echan fuego por la

boca y agitan sus enormes alas, del tamaño de la vela de un barco. Más bien parecen fruto de una pesadilla. Aunque me he aventurado lejos en aguas del norte y he llegado a esas regiones donde los reflejos del hielo hacen que hasta el cielo parezca blanco, nunca he llegado tan al norte, a esos parajes helados donde, al parecer, buscan cobijo durante la noche.

Ni rastro de dragón, pues, en el escondrijo de Skirnir; sólo un esqueleto humano y unas cuantas ratas que, sobresaltadas, alzaron sus ojos pequeñuelos y parpadeantes al percibir el resplandor de nuestros toscos fanales antes de escabullirse por los resquicios de las planchas de olmo que sostenían las paredes del pozo. Las últimas en desaparecer fueron dos que estaban en el interior de la caja torácica del muerto, que echaron a correr por las costillas antes de dirigirse a toda prisa a su madriguera.

A medida que mis ojos se habituaban a la oscuridad, pude ver monedas y trozos de plata. Primero, cuando las ralas corrían por encima, oí un tintineo; luego, me pareció atisbar Algo, cuando contemplé el brillo apagado que se desparramaba por los talegos de piel que los habían guardado. Las ratas habían roído los costales.

—¿Y ese cadáver? —pregunté.

—Es el de un hombre que trató de robar el tesoro de lord Skirnir, mi señor —me susurró el intendente.

—¿Confinado en este agujero hasta morir?

—Así es, mi señor. Primero, le arrancaron los ojos; luego, le cortaron los tendones; por fin, lo encerraron aquí para que disfrutase de una muerte lenta.

Skade sonreía.

—Vaciadlo por completo —le ordené a Finan, antes de llevar a trompicones al intendente hasta la estancia principal—. Esta noche, prepararéis cena para todos.

Eché un vistazo a la estancia. Sólo había una mesa, así que la mayoría de los míos tendría que apañárselas en aquel suelo mohoso. Se había hecho de noche. La única luz que allí había era la que nos dejaba la enorme fogata que alimentábamos con leños que mis hombres arrancaban de la empalizada exterior. Me senté a la mesa y, mientras lo depositaban ante mí, contemplé el tesoro de Skirnir. Cuando abrieron la trampilla, me había entrado una especie de risa floja porque, incluso con la poca luz que teníamos, el tesoro no me había parecido gran cosa. ¿Qué había esperado encontrar, un reluciente montón de oro, entreverado de piedras preciosas?

Amargas habían sido mis risotadas, porque el tesoro de Skirnir no era nada del otro mundo, en realidad. Se jactaba de lo rico que era, y ahora salía a la luz la verdad que se ocultaba tras tanta ostentación, la realidad que ocultaba bajo su hediondo lecho de pieles de foca. No era pobre, sin duda, pero su tesoro no iba mucho más allá del que habría acumulado un hombre cuya única ocupación consistía en arrebatar fragmentos de plata a pequeños armadores.

Mis hombres no perdían ripio de lo que había encima de la mesa. Era importante

que vieran lo que habíamos conseguido, para que no pensaran que les engañaba a la hora del reparto del botín. Y lo que vieron fue plata más que nada; había también dos piezas de oro, dos finos torques de varios hilos. Puse uno en el montón de Rollo y sus hombres, y el otro, en la parte que correspondía a los míos. El resto eran monedas: plata de Frankia sobre todo, unos cuantos chelines sajones, y un puñado de esas enigmáticas monedas de inscripciones abigarradas que nadie entiende y que, por lo visto, proceden de un gran imperio que hay hacia Oriente. Había cuatro lingotes de plata también, pero la mayor parte del tesoro no eran sino fragmentos de plata. Aparte de las que robaban en sus incursiones, los hombres del norte no acuñaban moneda; por eso intercambiaban trozos de plata por mercancías, cuando no les quedaba otro remedio. Si un vikingo se apodera de un brazalete de plata y, llegado el caso, se ve en la necesidad de adquirir algo, troceará el brazalete en cuestión, y el mercader de turno procederá a pesar en una balanza los fragmentos de plata. El intendente nos proporcionó una de esas romanas, y pesamos la plata y las monedas: poco más de treinta libras.

Una cantidad nada desdeñable. Todos volveríamos a casa siendo algo más ricos. Con la parte del tesoro que me correspondía, difícilmente podría reclutar una mesnada para guerrear una temporada siquiera. Contemplé el tesoro una vez repartido cuando, en uno de los platillos, todavía quedaban algunos trozos de plata, y supe que con eso no recuperaría Bebbanburg. No podía reunir un ejército, ni disponía del dinero suficiente para hacer realidad mis sueños. Con el alma en un puño, pensé en cómo se estaría riendo mi tío, que no tardaría en enterarse de que había emprendido la travesía, me había hecho con el tesoro y la desagradable sorpresa que me habría llevado. Mientras pensaba en cuánto estaría disfrutando de la situación, a Skade no se le ocurrió nada mejor que decir:

—Me prometisteis que me daríais la mitad.

Estampé el puño contra la mesa con tanta fuerza que los pequeños montones de plata se estremecieron.

—Jamás dije semejante cosa —bramé.

—Dijisteis...

Con un dedo la apunté, y se calló la boca.

—¿Queréis que os meta en el agujero? —le pregunté—. ¿Queréis vivir entre ratas en el escondrijo donde guardaba la plata?

Mis hombres sonrieron. Desde que habíamos llegado a Frisia, habían caído en la cuenta de lo mal que les caía Skade, quien, en aquel momento, se percató de que no podía ni verme. Yo había empezado a detestarla antes, en cuanto había observado la crueldad que se escondía tras su belleza. Era como una espada encantada por el espíritu de la codicia: una hoja de resplandeciente acero, y un corazón tan negro como la sangre. Más tarde, aquella misma noche, me reclamó su parte de nuevo, y le

recordé que, si bien me había pedido la mitad del tesoro de su marido, yo nunca le había prometido nada.

—Y no me vengáis con maldiciones de nuevo —le dije—, porque si tal hacéis, os venderé como esclava, aunque antes os desfiguraré. ¿Queréis lucir un rostro estragado? ¿Queréis que haga de vos una mujer fea? Si no es eso lo que queréis, guardaos vuestras maldiciones.

No sé dónde pasaría aquella noche, ni me preocupé en saberlo.

Zarpamos de Zegge al amanecer. Quemé las seis embarcaciones pequeñas que Skirnir había dejado en el embarcadero, pero no prendí fuego a la casona. Ya se encargaban el viento y el mar de arrasarla. Esos islotes desaparecen lo mismo que aparecen: los canales cambian su curso de año en año; los desplazamientos de la arena provocan la aparición de nuevas islas. La gente se asienta en esos islotes sólo durante unos cuantos años, hasta que las corrientes arrastran la tierra de nuevo. Cuando, muchos años después, regresé a aquellos parajes, la isla de Zegge casi había desaparecido, como si nunca hubiera existido.

Regresamos a nuestra tierra. Durante la travesía, el tiempo fue bueno: el sol centelleaba en el mar, el cielo estaba despejado y el aire era fresco. Sólo cuando nos acercamos a las costas de Britania, aparecieron nubes de nuevo y el viento cobró fuerza. Me llevó algún tiempo dar con un paraje que me sirviera de referencia; luego, tuvimos que remar de lo lindo con viento del norte de cara hasta la desembocadura del Tinan; ya casi de noche, llevamos el *Lobo plateado* río arriba hasta los pies del monasterio en ruinas. Lo dejamos varado. Al día siguiente salimos para Dunholm.

No lo sabía entonces, pero nunca volvería a ver aquel barco.

Era una noble embarcación.

TERCERA PARTE

VELANDO ARMAS

CAPÍTULO X

En pleno invierno, padecí unas fiebres. Por suerte, pocas veces en mi vida he estado enfermo pero, a la semana de llegar a Dunholm, me entró una tembladera acompañada de sudores fríos; la cabeza me estallaba, como si un oso la arañase por dentro. Brida me preparó un lecho en una cabaña, donde había una hoguera encendida día y noche. El invierno era frío, pero hubo momentos en los que pensaba que el cuerpo me ardía, y otros en que tiritaba como si estuviera acostado sobre hielo, a pesar de que el fuego crepitaba con tanta viveza en el hogar de piedra que hasta las vigas de la techumbre se chamuscaban. No podía comer; me sentía desgano. A veces, me despertaba en mitad de la noche y pensaba en Gisela y en mis hijos y me echaba a llorar. Más tarde, Ragnar me contó que deliraba en sueños, pero no recuerdo nada de aquellos desvaríos. Sólo que estaba convencido de que no saldría de aquélla, y que, por eso, le pedí a Brida que me atase la mano a la empuñadura de *Aguijón-de-avispa*.

Brida me llevaba infusiones de hierbas con hidromiel, me obligaba a tomar miel a cucharadas y se cercioraba de mantener a Skade y sus insidias alejadas de la cabaña.

—Os odia —me dijo una noche fría, en que el viento parecía que fuera a arrancar la techumbre y abombaba la recia cortina de cuero que hacía las veces de puerta.

—Será porque no le di una parte de la plata.

—Ni más ni menos.

—No era un tesoro; nada que ver con lo que ella aseguraba —dije.

—Niega que os haya lanzado una maldición.

—¿Qué otra cosa puede haberme postrado?

—La atamos a un poste y la azotamos con látigo —añadió—, y juró que ella no os había maldecido.

—Estoy seguro de que sí —dije con rabia.

—Con la espalda ensangrentada, todavía lo negaba.

Me quedé mirando a Brida, sus ojos oscuros, su rostro ensombrecido por aquellos indomables cabellos negros.

—¿Quién empuñaba el látigo?

—Yo mismo —repuso tranquilamente—. Luego, la llevé a la piedra.

—¿A la piedra?

Con un gesto, señaló al este.

—Al otro lado del río, Uhtred, hay una colina en cuya cima se yergue una piedra de tamaño descomunal. Allí la colocaron los antiguos pobladores de estas tierras. Es algo portentoso. Tiene pechos.

—¿Pechos?

—Así está tallada —dijo, al tiempo que se llevaba las manos a sus pequeños

senos—. Es una piedra de altura considerable, más alta que vos —añadió—. Allí la llevé aquella noche; encendí hogueras a los dioses, coloqué unas calaveras en círculo y le dije que convocaría a los demonios hasta que la piel se le pusiera amarilla y blancos se le volvieran los cabellos, la cara se le llenase de arrugas, se le cayeran los pechos y se le encorvase la espalda. Y se puso a dar alaridos.

—¿Hubierais sido capaz de algo así?

—Al menos eso pensó ella —repuso Brida, con sonrisa taimada—. Me juró por su vida que no os había lanzado maldición alguna. Estoy segura de que decía la verdad.

—¿Así que esto son sólo unas fiebres?

—Más que fiebres, andancio. Otros están igual que vos. La semana pasada murieron dos hombres.

Todas las semanas venía un cura y me sangraba. Era un lúgubre sajón que predicaba su evangelio en la pequeña aldea que se alzaba en la cara sur de la fortaleza de Ragnar. El danés había llevado la prosperidad a aquellos parajes, y la aldea medraba con rapidez: el olor a madera recién serrada era tan intenso como el hedor de las aguas fecales que, colina abajo, iban a parar al río. Como era de esperar, Brida se había opuesto a la construcción de la iglesia, pero Ragnar había dado su consentimiento.

—Me pusiera como me pusiese, habrían adorado al dios que les hubiera venido en gana —me explicó—, y los sajones de por aquí eran cristianos antes de que yo llegase a estas tierras. Algunos han vuelto a venerar a los dioses verdaderos. El primer cura que anduvo por aquí pretendió echar abajo la piedra de Brida, y me llamó hijo de puta y pagano del demonio cuando se lo impedí. Así que lo ahogué. Éste de ahora parece un poco más razonable.

El nuevo cura, por otra parte, tenía fama de buen curandero, aunque Brida, que de hierbas sí entendía, no le permitía prepararme pócima alguna. Se limitaba, pues, a abrirme una de las venas del brazo y observaba cómo la sangre, espesa y a ritmo pausado, caía en un cuenco de asta. Cuando terminaba, tenía órdenes de arrojar la sangre al fuego y restregar la escudilla, algo que siempre hacía a regañadientes por tratarse de un ritual pagano: Brida exigía que no quedase ni rastro de sangre para que nadie pudiera echarme un hechizo.

—Me sorprende que Brida os permita acceder al interior de la fortaleza —le dije un día, cuando mi sangre, burbujeante todavía, siseaba sobre los leños.

—¿Lo decís tal vez porque no puede ver a los cristianos, mi señor?

—Precisamente.

—Hace tres inviernos, también ella cayó mala —me explicó el cura—; cuando todos mis antecesores se dieron por vencidos, el *jarl* Ragnar me hizo llamar. Y la sané, quiero decir, que Nuestro Señor tuvo a bien curarla a través de mí. Desde

entonces, parece que soporta mejor mi presencia.

Igual que toleraba la presencia de Skade. Una trivialidad habría bastado para que acabase con ella, pero Skade había convencido a Ragnar de que no hacía daño a nadie, y mi buen amigo, que no gustaba de degollar mujeres, y menos aún si eran bonitas, la puso a trabajar en las cocinas de su mansión.

—Algo que ya había hecho en la cocina de mi casa, en Lundene —le dije a Brida.

—Y así fue cómo se coló en vuestro lecho —repuso con aspereza—, aunque supongo que no tendría que esforzarse demasiado.

—Es maravillosa.

—Y vos, tan necio como siempre. Ahora, caerá en manos de otro como vos, y nos veremos metidos en líos otra vez. Le dije a Ragnar que tenía que haberla abierto en canal, desde la entrepierna hasta el cuello, pero es tan cretino como vos.

Para la festividad de Yule, ya estaba en pie, pero no pude participar en las competiciones que tanto complacían a Ragnar, carreras, demostraciones de fuerza, y lo que más le gustaba, la lucha libre, peleas en las que él mismo participó venciendo a seis adversarios, hasta que cayó frente a un esclavo, un gigante sajón que recibió un puñado de plata como recompensa. Durante la tarde de aquel gran día, estaba previsto que los perros de la fortaleza azuzasen a un toro, espectáculo con el que Ragnar disfrutaba tanto que reía hasta que se le saltaban las lágrimas. El toro, un animal salvaje y fuerte, embestía por la explanada que se abría entre las casas, atacando en cuanto veía una posibilidad y lanzando por los aires a los perros más osados, que caían al suelo destripados, aunque, al final, había perdido tanta sangre que los perros se abalanzaron sobre él.

—¿Qué fue de *Nihtgenga*?—le pregunté a Brida cuando, con un bramido, el toro se desplomó, acosado por una furibunda manada de perros rabiosos.

—Murió hace mucho, mucho tiempo —repuso Brida.

—Era un buen perro —añadí.

—Y tanto —dijo, mientras observaba cómo los perros desgarraban la panza tumefacta de la res postrada.

Skade, al otro lado de la explanada, hizo como que no me veía.

El banquete de Yule fue un auténtico festín. Al igual que su padre, Ragnar celebraba las fiestas invernales por todo lo alto. En el centro de la estancia principal, se alzaba un enorme abeto, adornado con monedas de plata y piedras preciosas. Entre las criadas que nos sirvieron las carnes de vaca, de cerdo y de venado, el tocino, las morcillas, el pan y la cerveza, Skade cumplía su cometido, como si yo no estuviera presente. Los hombres no le quitaban los ojos de encima, como era de esperar. Uno que estaba achispado intentó abrazarla y sentarla en su regazo. Al verlo, Ragnar dio un puñetazo tan fuerte en la mesa que vertió un cuerno de vino; fue tal el golpetazo que el hombre se desasíó de Skade de inmediato.

Había arpistas y rapsodas. Los escaldos recitaban versos en los que cantaban las glorias de Ragnar y de su familia; extasiado, mi amigo escuchaba las hazañas que atribuían a su padre.

—Repítelo —bramaba, cuando referían una proeza poco conocida. Se sabía casi todos los romances y los canturreaba. De repente, dio un manotazo en la mesa que sobresaltó al juglar—. ¿Qué acabáis de cantar? —preguntó.

—Que vuestro padre, mi señor, sirvió a las órdenes del gran Ubba.

—¿Y quién acabó con Ubba?

—Un perro sajón, mi señor —repuso el escaldo con gesto intranquilo.

—¡Aquí tenéis al perro sajón en cuestión! —gritó, al tiempo que alzaba mi brazo.

El mensajero llegó cuando los hombres aún le reían la gracia. Surgió de la nada, sin que, de buenas a primeras, nadie advirtiese la presencia de aquel danés alto que, con cota de malla, por los salteadores de caminos, y manchados de barro los bajos de la coraza, las botas y la vaina ricamente adornada de su espada, había cabalgado sin parar desde Eoferwic, como supimos más tarde. Aunque debía de estar cansado, una ancha sonrisa iluminaba su rostro.

Ragnar fue el primero en darse cuenta.

—¡Grimbald! —gritó el nombre del recién llegado, a modo de saludo—. Siempre es mejor presentarse al principio de una celebración que no cuando ésta toca a su fin. Pero no os preocupéis, ¡todavía queda comida y cerveza!

Grimbald se inclinó ante Ragnar.

—Os traigo noticias, mi señor.

—¿Nuevas que no pueden esperar? —preguntó Ragnar, de buen talante.

Se acallaron las voces. Los hombres se preguntaban qué sería lo que había impulsado a Grimbald a ir hasta allí con tanta prisa en una noche tan fría y lluviosa.

—Noticias que os encantará escuchar, mi señor —dijo Grimbald, sin perder la sonrisa.

—¿Acaso ha bajado el precio de las vírgenes?

—Alfredo de Wessex ha muerto, mi señor —anunció tras una pausa.

Durante un momento, no se oyó una mosca. A continuación, empezaron los vítores. Los hombres aporreaban las mesas con las manos y daban gritos de contento. Aunque medio borracho, Ragnar tuvo la buena ocurrencia de alzar las manos reclamando silencio.

—¿Cómo os habéis enterado?

—Ayer recibimos la noticia en Eoferwic —dijo Grimbald.

—¿Quién os lo contó? —pregunté.

—Un cura de Wessex, mi señor —contestó el espigado mensajero, uno de los hombres de la guardia de Guthred, el rey loco, que, si bien no me conocía, al verme sentado en el lugar de honor junto a Ragnar, optó por distinguirme con tal título.

—¿Así que ahora su vástago es el nuevo rey? —se interesó Ragnar.

—Eso dicen, mi señor.

—El rey Edmundo —comentó Ragnar—. Nos va a llevar un tiempo acostumbrarnos a ese nombre.

—Eduardo —le corregí.

—Edmundo, Eduardo, ¿qué más da? No va a tener mucho tiempo de disfrutarlo —repuso Ragnar, encantado—. ¿Qué tal es el chaval? —me preguntó.

—Inquieto.

—Así que no es un guerrero.

—Su padre tampoco lo era —repliqué—, pero derrotó a todo danés con pretensiones de arrebatarse el trono que se le puso por delante.

—Vos lo hicisteis por él —dijo Ragnar de buen humor, dándome una palmada en la espalda.

Encantados con las nuevas perspectivas que se abrían para ellos, los hombres hablaban a voces. Recuerdo, sin embargo, que volví la vista hacia una de las mesas de más abajo y reparé en Osferth, muy callado, absorto. Ragnar me susurró al oído:

—No parecéis muy contento, Uhtred.

¿Cómo me sentía en aquel momento? No era el hombre más feliz del mundo, desde luego. Nunca me había gustado Alfredo, tan santurrón, tan serio, tan inflexible. Sólo soñaba con establecer el orden. No tenía otra aspiración que la de reducir el mundo real a un conjunto de parcelas, organizado y sumiso. Le encantaba coleccionar libros y redactar leyes. Pensaba que si todos los hombres, mujeres y niños seguían las normas, disfrutaríamos del reino de los cielos aquí en la tierra, y había dejado de lado los placeres terrenales. De joven, había disfrutado de tales deleites y, como prueba, allí estaba Osferth. Más tarde, no obstante, dio por buena la doctrina del dios crucificado de los cristianos de que todo placer es pecado, y trató de redactar leyes que condenasen el pecado, tarea tan imposible como la de ensamblar una esfera con agua.

No me caía bien Alfredo, pues. Pero siempre había sabido que estaba al lado de un hombre excepcional. Era reflexivo, sin un pelo de tonto; de mente rápida y abierta a cualquier idea, con tal de que no chocase con sus convicciones religiosas. Un rey que no pensaba que la corona que ceñía hiciese de él un ser omnisciente; en ese sentido, era un hombre humilde que, por encima de todo, había tratado de ser recto, que no es lo mismo que agradable. Creía también en el destino, idea en que todas las religiones parecen estar de acuerdo, aunque ambos lo afrontábamos de forma diferente porque, para Alfredo, nuestro destino se identificaba con el progreso: aspiraba a un mundo mejor; enfoque que yo no compartía, porque nunca he creído que en nuestras manos esté la posibilidad de mejorar el mundo, sino de sobrellevarlo como mejor podamos en su deriva hacia el caos.

—Sentía respeto por Alfredo —le confesé a Ragnar. Con todo, no estaba seguro de que la noticia fuera cierta. Los rumores van y vienen como las telas de araña en verano, así que le hice una seña a Grimbald para que se acercase y le pregunté—: ¿Qué fue lo que dijo exactamente el cura?

—Que Alfredo estaba en la iglesia de Wintanceaster; que se había desmayado durante una ceremonia y que lo llevaron a la cama.

Lo que tenía sentido.

—¿Y su hijo es el nuevo rey?

—Eso dijo el cura.

—¿Sigue Harald acorralado en Wessex? —se interesó entonces Ragnar.

—No, mi señor —repuso el mensajero—. Alfredo le entregó plata para que se marchara.

Ragnar reclamó silencio, y le pidió a Grimbald que repitiese en voz alta lo que le había dicho sobre Harald. Los hombres prorrumpieron en nuevos vítores al enterarse de que el *jarl* malherido había recibido dinero a cambio de abandonar Torneie. Los daneses reciben con alborozo cualquier noticia referente a que los sajones pagan a compatriotas suyos con tal de verse libres de ellos: les da nuevos ánimos para atacar tierras sajonas con la esperanza de recibir un trato no menos ventajoso.

—¿Adónde se fue Harald? —le preguntó Ragnar. Reparé en la atención con que escuchaba Skade.

—Se unió a Haesten, mi señor.

—¿En Beamfleot? —le pregunté.

Grimbald no lo sabía.

Las noticias acerca del fallecimiento de Alfredo y del enriquecimiento del malherido Harald hicieron que el banquete fuera aún más bullicioso. Por una vez, ni siquiera hubo altercados cuando el hidromiel, la cerveza y el vino corrieron por las mesas. Todos los presentes, a excepción quizá de un puñado de los míos, que eran sajones, veían una nueva oportunidad de invadir y saquear los ricos campos, pueblos y ciudades de Wessex.

Y tenían razón. Wessex atravesaba una situación delicada, de no ser por un pequeño detalle.

La noticia sólo era un rumor.

Alfredo seguía con vida.

* * *

En la estación más lóbrega del año, todos los habitantes de las regiones del norte de Britania dieron por bueno el rumor, que Brida saludó con renovados bríos.

—Es una señal de los dioses —afirmó muy convencida, e instó a Ragnar a convocar una reunión de los *jarls* del norte.

La asamblea quedó fijada para principios de la primavera, cuando hubiesen pasado las lluvias del invierno y los vados estuvieran de nuevo en condiciones. La perspectiva de que hubiera guerra bastó para sacar a Dunholm del sopor invernal en que estaba sumido: en la aldea y en la fortaleza, los herreros comenzaron a forjar hojas de espada, y Ragnar envió mensajes a todos los armadores haciéndoles saber que pensaba reclutar tropas en primavera. Los rumores acerca de tan halagüeños pronósticos acabarían por llegar sin duda a Frisia y a la lejana Dinamarca, y hombres codiciosos acudirían al llamamiento de Northumbria, aunque Ragnar sólo había dejado entrever la posibilidad de que necesitaba hombres para invadir la tierra de los escoceses.

A oídos de Offa, el cura renegado de Mercia, llegaron también tales rumores y, a pesar del mal tiempo, se fue al norte con sus perros domesticados. Decía a quien quería oírle que estaba más que acostumbrado a los aguaceros helados de los últimos días del año, tan habituales en Northumbria, pero saltaba a la vista que sólo quería enterarse de los planes de Ragnar. Por una vez, el danés se mostró reservado y no permitió que Offa accediese a la imponente fortaleza que, a lomos de una peña, se alzaba sobre el río. Tengo para mí que Brida le amenazó con que, si tal hacía, se daría por ofendida, y Ragnar siempre accedía a lo que su mujer le pedía.

Simulando estar borracho, en compañía de Finan y Osferth, fui a ver a Offa a una taberna al pie de la fortaleza.

—Me enteré de vuestra enfermedad, mi señor. Me alegra comprobar que os habéis recuperado —me dijo.

—¿Es cierto que Alfredo de Wessex ha estado malo también? —preguntó Osferth.

Como siempre, antes de responder Offa sopesó si proporcionar gratis una información que podría reportarle algún dinero, y debió de llegar a la conclusión de que pronto todo el mundo estaría al tanto de lo que sabía. Por otra parte, si había ido allí era para sonsacarnos toda la información que pudiera.

—Se desmayó en la iglesia; los médicos pensaron que de ésa no salía —contestó—. Estuvo muy mal. Os aseguro que hasta dos veces le dieron la extremaunción, pero Dios se apiadó de él.

—Dios le adora —dije arrastrando las sílabas y aporreando la mesa para pedir más cerveza.

—No lo bastante para que se haya recobrado por completo —repuso Offa, con cautela—. Aún está muy delicado.

—Siempre ha sido débil —repliqué, lo cual era cierto en cuanto a su salud, que no en lo tocante a su determinación; lo dije con rabia, como si pretendiera injurarlo; Offa se me quedó mirando, preguntándose hasta qué punto estaba borracho en realidad.

Más de una vez me he burlado de los curas cristianos que siempre andan diciendo que no hay mejor prueba de la religión que profesan que los milagros que Cristo realizó para, a renglón seguido, afirmar que tales poderes taumatúrgicos desaparecieron con él. Si un cura fuese capaz de sanar a un lisiado o de que un ciego recuperase la vista, creería en su dios. Sin embargo, en aquella ocasión, en aquella taberna llena de humo al pie de las altas murallas de la fortaleza de Dunholm, se produjo un milagro: Offa no sólo nos pagó la cerveza, sino que pidió más.

Siempre he tolerado la bebida mejor que la mayoría de los hombres. No obstante, en aquel momento, y aun sin perder ni ripio de lo que hablábamos, el establecimiento me daba vueltas, como las volutas del humo que salían del hogar de la taberna. Le conté a Offa unos cuantos chismorreos acerca de Skade, reconocí la decepción que me había llevado con el tesoro de Skirnir y me lamenté amargamente de no disponer de dinero ni de hombres suficientes. Al escuchar esta última queja, tan propia de un beodo, Offa vio los cielos abiertos.

—¿Para qué necesitáis hombres, mi señor? —me preguntó.

—Todos necesitamos hombres —contesté.

—Cierto —apuntó Finan.

—Muchos hombres —intervino Osferth.

—Cuanto más, mejor —añadió Finan, fingiendo estar mucho más borracho de lo que yo estaba.

—Tengo entendido que los *jarls* del norte piensan reunirse aquí —comentó Offa, de pasada. Ardía en deseos de saber cuáles eran nuestros planes.

Toda Britania estaba al tanto de que los señores de Northumbria estaban invitados a Dunholm, pero nadie sabía a cuento de qué aquella convocatoria; si se enteraba de algo, Offa podría hacerse rico.

—¡Por eso necesito hombres! —le dije, muy serio.

Offa me sirvió más cerveza. Reparé en que él apenas si había dado un sorbo de su cuerno.

—Los *jarls* del norte tienen hombres de sobra —dijo—, pero me he enterado de que el *jarl* Ragnar ofrece plata a las huestes que quieran unírsele.

Me incliné hacia él como si me dispusiera a desvelarle un secreto.

—¿Cómo podría tratar con ellos de igual a igual, si sólo dispongo de una mesnada y —tras soltar un eructo—, para colmo, escasa?

—Todo el mundo os respeta, mi señor —dijo, tratando de no echarse para atrás a pesar de la espantosa vaharada de cerveza que recibió.

—Necesito hombres, hombres, hombres —insistí.

—Hombres de verdad —añadió Osferth.

—Lanzas y espadas danesas —remachó Finan, nostálgico.

—Entre todos los *jarls*, cuentan con hombres más que sobrados para acabar con

los escoceses —dejó caer Offa a modo de señuelo.

—¡Escoceses! —repliqué con desdén—. ¡No se merecen ni una tripulación! —proseguí, mientras Finan me daba un codazo, gesto que simulé no haber advertido—. ¿Qué es Escocia? —pregunté irritado—. Una tierra yerma, poblada de salvajes ataviados con un sucinto taparrabos para esconder la polla. Cualquier territorio sajón es mejor que el reino de Alba —y escupí al pronunciar el nombre del más extenso de los feudos de Escocia—. Una panda de cabrones peludos, con carámbanos en vez de carajos, eso son. ¿A quién pueden interesar esas tierras?

—Pero eso es lo que busca el *jarl* Ragnar, ¿no es así? —volvió Offa a la carga.

—Así es —respondió Finan.

—Acabar con esa monserga —añadió Osferth, pero Offa no les escuchaba; me miró y yo le devolví la mirada.

—Bebbanburg —le dije en confianza.

—¿Bebbanburg, mi señor? —me preguntó, sobresaltado.

—¿Acaso no soy el señor de Bebbanburg? —inquirí.

—Por supuesto, mi señor —repuso.

—¡Escoceses! —exclamé con desprecio, mientras reclinaba la cabeza en los brazos como si me dispusiera a dormir un rato.

Al cabo de un mes, toda Britania estaba al corriente del motivo por el que el *jarl* Ragnar estaba reclutando hombres. La noticia llegó a Alfredo, postrado en cama, igual que a Etelredo, señor de Mercia. Hasta es probable que en Frankia también estuvieran al tanto. Al parecer y gracias a eso, Offa se hizo tan rico que compró un precioso caserío y pastos en Liccelfeld, y ya empezaba a pensar seriamente en casarse con una muchacha joven. Es de suponer que el dinero para tales dispendios salió de la bolsa de mi tío Ælfric, a quien Offa acudió tan pronto como el tiempo se lo permitió. La noticia que le llevó fue que el *jarl* Ragnar estaba dispuesto a echar una mano a su amigo lord Uhtred para recuperar Bebbanburg, que aquel verano habría guerra en Northumbria.

Entretanto, Ragnar enviaba espías a Wessex.

* * *

Quizá no hubiera sido mala idea reunir un ejército para invadir Escocia. Los habitantes de aquellas tierras eran tan levantiscos como lo son ahora y, hasta me atrevería a decir, seguirán siéndolo hasta el final de los tiempos. A finales de aquel invierno, una partida de escoceses saquearon las tierras al norte de los dominios de Ragnar. Mataron a no menos de quince hombres, y se llevaron ganado, mujeres y niños. El danés decidió tomar represalias, y allá que me fui con veinte de mis hombres más cien de los suyos. Fue una incursión decepcionante. Ni siquiera estábamos seguros de cuándo pisábamos territorio escocés: la frontera era tan

cambiante como las alianzas de poder que establecían los señores de ambos lados. Al cabo de dos días, llegamos a una aldea miserable y desierta. Al ver que nos acercábamos, sus habitantes habían huido, llevándose el ganado con ellos. Los muros de las casas eran de piedra sin desbatar, con unas techumbres de adobe tan bajas que casi tocaban el suelo; hasta los estercoleros eran más altos que aquellas cabañas. Destrozamos los cabrios, echamos las techumbres abajo, y esparcimos estiércol de caballo en la pequeña iglesia de piedra. Pocos más desmanes pudimos cometer. Al norte, en la cima de una colina, cuatro jinetes nos observaban.

—¡Cabrones! —gritó Ragnar, aunque estaban demasiado lejos para que le oyesen.

Como nosotros, los escoceses también recurrían a ojeadores, jinetes que no llevaban pesadas cotas de malla como los nuestros, aunque sí una lanza como única arma. Montaban briosos y veloces corceles y, aunque a veces fuimos tras ellos, nunca les dimos alcance.

—Me pregunto al servicio de quién estarán —comenté.

—Lo más seguro es que sean hombres de Domnal, el rey de Alba —aventuró Ragnar, no sin escupir al pronunciar el nombre del reino.

Domnal era el señor de gran parte de las tierras al norte de Northumbria. Todo aquel territorio era conocido como Escocia, porque, en su mayor parte, estaba en manos de los escoceses, una tribu salvaje procedente de Irlanda aunque, al igual que en el caso de Inglaterra, escasa era la entidad que sustentaba el topónimo en cuestión. Domnal estaba al frente del más grande de aquellos reinos. Aparte de las islas barridas por las tempestades de la costa occidental, donde despiadados *jarls* noruegos habían establecido sus minúsculos feudos, había también otros señoríos, casos de Dalriada y Strathclota. Mi padre siempre decía que entrar en tratos con los escoceses era como castrar gatos monteses a dentelladas. Por suerte, aquellos felinos salvajes se pasaban la mayor parte del tiempo peleando entre ellos.

Una vez que arrasamos la aldea, temiendo que la presencia de los cuatro ojeadores fuese indicio de la proximidad de un ejército más numeroso, nos dirigimos a tierras más altas, pero no vimos a nadie. Al día siguiente, pusimos rumbo al oeste en busca de algún ser vivo en quien poder tomarnos la revancha. Tras cabalgar durante cuatro días, aparte de una cabra enferma y un buey cojo, no vimos a nadie. Los exploradores nos seguían a todas partes. Incluso cuando en cierta ocasión una espesa niebla cubrió las colinas, circunstancia que aprovechamos para emprender una ruta distinta, en cuanto se disipó, volvieron a dar con nosotros. Nunca se acercaban demasiado; se limitaban a observarnos.

Volvíamos a nuestro territorio siguiendo la cordillera de grandes montes que divide Britania. Hacía frío y aún quedaba nieve en las quebradas de aquellas tierras altas. No habíamos conseguido desquitarnos de la incursión de los escoceses, pero nos sentíamos felices montando a caballo al aire libre, con nuestras espadas al

costado.

—Derrotaré a estas bestias sanguinarias cuando hayamos acabado con Wessex —me prometió Ragnar, animoso—. Llevaré a cabo tal saqueo que no lo olvidarán así como así.

—¿De verdad pensáis marchar sobre Wessex? —le pregunté; cabalgábamos los dos solos, unos cien pasos por delante de los nuestros.

—¿Marchar sobre Wessex? —repitió encogiéndose de hombros—. ¿Queréis saber la verdad? No. Estoy bien donde estoy.

—Entonces, ¿por qué os disponéis a hacerlo?

—Porque Brida tiene razón. Si no nos apoderamos de Wessex, los de Wessex nos doblegarán.

—No, mientras vos sigáis con vida —repliqué.

—Pero tenemos hijos —continuó; todos bastardos, aunque a Ragnar poco le importaba la legitimidad de sus vástagos: los quería a todos por igual, y soñaba con que uno de ellos se convirtiese en señor de Dunholm cuando él faltase—. No quiero que ninguno de mis hijos tenga que postrarse ante ningún rey de Wessex. Quiero que sean libres.

—¿De modo que pensáis erigiros en rey de Wessex?

Soltó una risotada que más pareció un portentoso relincho.

—¡Claro que no! Yo sólo quiero ser el *jarl* de Dunholm, amigo mío. A lo mejor vos aspiráis a ser rey de Wessex.

—Yo quiero ser el *jarl* de Bebbanburg.

—Ya daremos con alguien dispuesto a hacer de rey —dijo quitándole importancia—. ¿Qué os parecen Sigurd, o Cnut, por decir alguien? —Sigurd Thorrson y Cnut Ranulfson eran, después de Ragnar, los señores más poderosos de Northumbria y, a menos que unieran sus hombres a los nuestros, no teníamos posibilidad de hacernos con Wessex—. Conquistaremos Wessex —me dijo Ragnar en confianza—, y nos repartiremos sus riquezas. ¿Que necesitáis hombres para recuperar Bebbanburg? La plata amontonada en las iglesias de Wessex os bastará y os sobrará para apoderaros de doce fortalezas como la de Bebbanburg.

—Tenéis razón.

—¡Pues alegrad esa cara! ¡La suerte nos sonrío!

Cabalgábamos por lo alto de un monte. A nuestros pies, una intrincada maraña de arroyos centelleaba por valles recogidos. Abarcaba con la vista parajes a millas de distancia, pero ni una choza ni un árbol en el anchuroso panorama que contemplaban mis ojos. Eran tierras yermas, cuyos pobladores malvivían gracias a sus rebaños de ovejas, aunque nuestra presencia los había llevado a alejarse de aquellos contornos. Empuñando sus largas lanzas, los ojeadores escoceses nos observaban desde la colina que se alzaba al este, mientras, más el sur, el altozano por el que íbamos acababa

abruptamente en una larga pendiente que bajaba hasta un valle escondido y encajonado donde confluían dos arroyos. Precisamente allí, en el umbrío lugar donde los dos regatos, al unirse, pugnaban con unas peñas, había catorce hombres. No se movían del sitio donde los dos arroyos convergían. Estaba claro que nos estaban esperando, igual que no menos claro estaba que debía de tratarse de una celada. Los catorce hombres eran el cebo que nos habían preparado; seguro que había muchos más cerca. Volvimos la vista atrás, por donde habíamos venido, pero no vimos a nadie en la larga cresta que habíamos recorrido; tampoco atisbamos ningún movimiento en las colinas más cercanas. Los cuatro ojeadores, que no nos habían perdido de vista ni un momento, espolearon sus monturas ladera abajo, entre los brezos, con intención de unirse al grupo más numeroso.

—¿Qué se imaginarán que vamos a hacer? —preguntó Ragnar, sin perder de vista a los catorce hombres.

—Que bajaremos hasta allí.

—¡Qué remedio! —dijo pausadamente—. Si tan seguros estaban, ¿por qué tomarse tantas molestias para atraernos a este lugar? —frunció el ceño, echó una rápida ojeada a las colinas que nos rodeaban, pero ni rastro del enemigo—. ¿Son escoceses? —preguntó.

Finan, que tenía vista de lince, se acercó a nosotros.

—Lo son —dijo.

—¿Cómo podéis estar tan seguro?

—Porque uno de ellos luce el símbolo de la paloma —repuso Finan.

—¿Una paloma? —se extrañó Ragnar; en su cabeza, como en la mía por otra parte, un hombre debía echar mano de símbolos guerreros, como el águila o el lobo.

—Es la divisa de Collum Cille, mi señor —le explicó Finan.

—¿Quién es ése?

—San Columbano, mi señor, un santo irlandés, que anduvo por tierras de los pictos, de donde expulsó a un gigantesco monstruo y lo confinó en un lago de por aquí. Muy venerado por los escoceses, mi señor.

—¡Hay que ver qué apañados, estos santos! —comentó Ragnar, pensando en otra cosa. Volvió la vista atrás de nuevo, confiando en que nuestros adversarios aparecieran en la cima, pero en la montaña no había nadie.

—Dos de ellos son prisioneros —explicó Finan, sin perder de vista a los hombres del valle—; uno de ellos es un niño.

—¿Será una celada? —se preguntó Ragnar en voz alta. Tras reflexionar que sólo a un necio se le ocurriría abandonar un altozano por aquel sitio, pensó que los catorce hombres, que ahora eran dieciocho tras la llegada de los ojeadores, no buscaban pelea, y tomó una decisión—: ¡Vamos allá!

Y allá que nos fuimos dieciocho de nosotros, ladera abajo. Cuando llegamos al

terreno llano del valle, dos de los escoceses nos salieron al encuentro, y Ragnar, imitando su gesto, alzó una mano para que sus hombres se detuvieran. De forma que sólo él y yo nos acercamos a los desconocidos, un hombre y un muchacho. El hombre, que era quien, bajo una larga capa azul, lucía el símbolo de la paloma bordado en el jubón, era un poco más joven que yo. Cabalgaba muy erguido; llevaba al cuello una fina cadena de oro de la que pendía una cruz de oro macizo. Era un hombre apuesto, sin barba, de resplandecientes ojos azules. Iba descubierto, dejando al aire sus cortos cabellos castaños, al estilo sajón. A lomos de un joven potro, el muchacho, de unos cinco o seis años, llevaba la misma vestimenta, de lo que deduje que aquel hombre debía de ser su padre. Los dos detuvieron sus monturas a unos pocos pasos de donde estábamos, y el hombre, que llevaba una espada con una empuñadura cuajada de piedras preciosas, me miró, desvió la mirada a Ragnar y volvió a clavar sus ojos en mí.

—Soy Constantin, hijo de Aed, príncipe de Alba; éste es mi hijo Cellach mac Constantin, también príncipe de Alba, a pesar de su corta edad —nos dijo en danés, aunque se notaba que no dominaba bien la lengua, al tiempo que dirigía una sonrisa a su hijo. Siempre me ha sorprendido lo poco que tardamos en darnos cuenta de si alguien nos cae bien o no; aunque escocés, debo decir que Constantin me cayó bien desde el primer momento—. Me imagino que uno de vosotros sois el *jarl* Ragnar, y el otro, el *jarl* Uhtred, pero os ruego tengáis a bien disculparme por no saber distinguirlos.

—Yo soy Ragnar Ragnarsson —dijo Ragnar.

—Sed bienvenido —se apresuró a saludarle Constantin con cortesía—. Espero que hayáis disfrutado de vuestras andanzas por nuestras tierras.

—Tanto —repuso Ragnar— que volveré, no os quepa duda, sólo que con más hombres para que también ellos disfruten de los placeres que ofrecen.

Al oírle, Constantin se echó a reír; intercambió unas palabras con su hijo en su propia lengua, y el niño se nos quedó mirando con unos ojos como platos.

—Le he dicho que ambos sois temibles guerreros —nos aclaró Constantin—, y que llegará el día en que deberá aprender a enfrentarse con hombres como vosotros.

—Constantin no es un nombre escocés, ¿verdad? —le pregunté.

—Tal es mi nombre, no obstante —repuso—; un recordatorio de que debo seguir el ejemplo del gran emperador que convirtió su pueblo al cristianismo.

—Menuda faena les gastó —comenté.

—Lo hizo tras derrotar a los paganos —dijo Constantin con una sonrisa, aunque bajo aquellos modales tan afables se ocultaba una voluntad de acero.

—¿Sois el sobrino del rey de Alba? —se interesó Ragnar.

—Domnal es mi tío, sí. Ya es un hombre mayor. No vivirá mucho más.

—¿Y vos le sucederéis a título de rey? —preguntó Ragnar de nuevo.

—Si Dios quiere, así será, sí —se expresaba de forma pausada, pero algo me advirtió que la voluntad de su dios iba a coincidir con las aspiraciones del propio Constantin.

El caballo prestado que yo montaba soltó un bufido, y dio unos pasos hacia un lado. Lo tranquilicé. Los dieciséis hombres que venían con nosotros estaban a nuestras espaldas, con las manos en la empuñadura de sus espadas. Pero los escoceses no hicieron ni un solo gesto de hostilidad. Miré a lo alto de las colinas, y comprobé que no había nadie.

—No os hemos tendido una celada, lord Uhtred —dijo Constantin—, pero no podía pasar por alto esta oportunidad de conoceros. Unos emisarios de vuestro tío han venido a vernos.

—¿En busca de ayuda? —pregunté con desdén.

—Dice que si este verano los nuestros se le unen para luchar contra vos, nos recompensará con un millar de chelines de plata —me explicó Constantin.

—¿Y por qué habríais de atacarme?

—Porque, para entonces, habréis puesto sitio a Bebbanburg —repuso.

Asentí.

—O sea que, además de Ælfric, ¿tendré que acabar también con vos?

—Otro blasón para vos —replicó—, aunque me gustaría proponeros otro modo de arreglar las cosas.

—¿De qué se trata? —preguntó Ragnar.

—Vuestro tío no es el más magnánimo de los hombres —me dijo Constantin—. Bienvenido sea un millar de chelines de plata, claro está, pero me parece una suma demasiado corta para embarcarnos en tamaño conflicto.

En ese momento, entendí por qué Constantin se había tomado tantas molestias para que aquel encuentro fuera secreto: si hubiera enviado emisarios a Dunholm, mi tío se habría enterado y habría albergado sospechas de una posible traición.

—¿Cuál es, pues, vuestro precio? —pregunté.

—Por tres mil chelines —repuso Constantin—, los guerreros de Alba estarían dispuestos a quedarse en casa durante todo el verano.

Ni por lo más remoto podía reunir esa cantidad, pero Ragnar asintió. Aunque no fueran tales nuestras intenciones, Constantin estaba convencido de que nuestros planes no eran otros que atacar Bebbanburg. Ragnar, en cambio, se temía una invasión de sus tierras por parte de los escoceses mientras él anduviera por Wessex. Era una posibilidad que siempre tenía presente, porque bien se había preocupado Alfredo de estar en buenas relaciones con los reyes escoceses, para mantener así a raya a los daneses del norte de Inglaterra.

—¿Qué os parecerían —propuso Ragnar con cautela— tres mil chelines de plata, si os comprometéis a que vuestros guerreros no pisen Northumbria durante un año?

Constantin se paró a reflexionar. La propuesta de Ragnar apenas difería de la solución que el escocés había planteado; en lo tocante a matices, sin embargo, y aunque nimia, la disparidad era considerable. El príncipe fijó sus ojos en mí, y comprobé lo lejos que llegaba su astucia: acababa de darse cuenta de que quizás aspirásemos a algo más que Bebbanburg.

—Podría darlo por bueno —dijo, haciendo un gesto afirmativo.

—¿Pensará lo mismo el rey Domnal? —le pregunté.

—Hará lo que yo le diga —repuso, muy seguro de lo que decía.

—¿Qué garantías tenemos de que mantendréis vuestra palabra? —añadió Ragnar.

—Os he traído un presente —contestó, haciendo una seña a los suyos. Obligaron a descabargar a los dos prisioneros que, con las manos atadas, cruzaron el arroyo y se acercaron a Constantin—. Estos dos son hermanos míos; ellos fueron quienes llevaron a cabo la incursión en vuestras tierras. Os devolveré a las mujeres y los niños que se llevaron cautivos; por el momento, podéis quedároslos.

Ragnar se quedó mirando a los dos hombres barbudos.

—¿Dos vidas en prenda? Cuando hayan muerto, ¿qué os impediría romper la palabra dada?

—Dejo tres vidas en vuestras manos —repuso Constantin, poniendo una mano en el hombro de su hijo—. Cellach es mi primogénito y muy querido hijo. Os lo entrego como rehén. Si uno de mis hombres se adentra en tierras de Northumbria blandiendo una espada, podéis deshaceros de Cellach.

Me acordé de la satisfacción que había mostrado Haesten cuando me había entregado a su falso hijo como rehén. Pero no había duda de que Cellach era hijo de Constantin: el parecido entre ambos era extraordinario. Miré al muchacho y, en ese instante, lamenté que mi hijo mayor careciera de la desenvoltura y la determinación de aquel chaval.

Ragnar se lo pensó un momento, y no vio inconveniente alguno. Espoleó su montura, y tendió la mano a Constantin.

—Os haré llegar la plata —le prometió.

—En ese momento, yo os entregaré a Cellach —aseguró Constantin—. ¿Os importa que con mi hijo vayan algunos criados y un tutor?

—Serán bien recibidos —contestó Ragnar.

—Creo que hemos cerrado un buen trato —dijo Constantin; parecía satisfecho.

Eso fue lo que acordamos. Los escoceses se fueron por su lado. Desnudamos a los prisioneros, y Ragnar los mató de inmediato con su propia espada. Lenta y sigilosa, la niebla bajaba de las montañas, y nos dispusimos a partir a toda prisa. Dejamos los cadáveres decapitados de los escoceses en el lugar donde convergían los dos regatos, montamos en nuestros caballos y nos fuimos hacia el sur.

Ragnar cabalgaba con la tranquilidad que le procuraba saber que la frontera norte

de su territorio se mantendría en paz mientras él guerreaba en Wessex. Había alcanzado un buen acuerdo, sin duda. Pero algo me decía que no podía fiarme del todo. Constantin me había caído bien, sí, pero su inteligencia penetrante y sutil auguraba que, llegado el caso, sería un adversario tan difícil como formidable. ¿Cómo se las había arreglado para celebrar aquel encuentro secreto con Ragnar? Estaba claro que propiciando la incursión que había desencadenado nuestra represalia para, más tarde, traicionar a los hombres a los que había dado la orden de llevar a cabo el saqueo. Era saga/ y era joven. Ese nombre habría de acompañarme durante mucho tiempo y, de haber sabido entonces lo que ahora sé, en aquel preciso instante, tanto al padre como al hijo, les habría rebanado el cuello.

Al menos mantuvo su palabra durante los siguientes doce meses.

* * *

La primavera tardó en llegar aquel año pero, en cuanto se dejó sentir, la tierra reverdeció. Nacieron los corderos, los días se hicieron más largos y templados, y los hombres empezaron a pensar en guerrear.

Los otros dos *jarls* más poderosos de Northumbria, Sigurd Thorrson y Cnut Ranulfson, se presentaron a un tiempo en Dunholm. Tras ellos, una retahíla de señores de menor rango, todos daneses, desde luego, y en condiciones de contribuir con no menos de cien hombres adiestrados para la guerra cada uno. Todos acudieron con unos cuantos guerreros, criados y esclavos, de forma que incluso los espaciosos aposentos de la fortaleza de Ragnar resultaron insuficientes, y hubo que acomodar a algunos de los jefes de menor importancia en la aldea que se alzaba en la cara sur de la ciudadela.

Tras pasar la jornada en deliberaciones, hubo banquetes e intercambio de presentes. Los *jarls* habían acudido a Dunholm con la idea de que queríamos reunir hombres para asaltar la fortaleza de Bebbanburg, pero Ragnar los sacó de su error desde el primer día.

—Os aseguro que si no nos andamos con ojo, Alfredo acabará por enterarse de que, en realidad, pensamos marchar sobre Wessex —les advirtió Ragnar—, porque algunos de vosotros se lo diréis a algunos de los vuestros que, a su vez, se lo contarán a otros y, en cuestión de días, Alfredo estará al cabo de la calle.

—Así que mantened la boca cerrada —rezongó Sigurd Thorrson.

El *jarl* Sigurd era un hombre alto y mal encarado, con una barba dividida en dos enormes trenzas que se enroscaba alrededor de su poderoso cuello. Sus propiedades se extendían desde el sur de Northumbria hasta el norte de Mercia, y se había curtido peleando con los guerreros de Mercia. Menos apabullante, su amigo, Cnut Ranulfson, era del mismo temple que Finan. Tenía fama de ser el mejor con la espada en toda Britania y, gracias a ella y a las huestes que, por su posición, podía mantener, se había

apoderado de los territorios limítrofes con los de Sigurd. Aunque sólo tenía treinta años, sus cabellos eran tan blancos como la nieve, y tenía los ojos más claros que haya visto en mi vida, lo que, junto con el color de su pelo, le otorgaba una aureola espectral. De sonrisa pronta, disponía de un repertorio inagotable de chanzas.

—Una vez tuve una esclava sajona tan bonita como ésa —me dijo la primera vez que nos vimos, mientras no quitaba los ojos de una de las esclavas de Ragnar, que llevaba unas fuentes de madera a la estancia principal—, hasta que un día, bebiendo leche, se me murió —añadió apesadumbrado.

—¿Acaso estaba agria?

—No, es que la vaca se le cayó encima —concluyó Cnut, muerto de risa.

Con gesto grave, Cnut escuchó el vibrante discurso en el que Ragnar anunció que pensaba ponerse al frente de un ejército para invadir Wessex, explicando cómo los sajones del oeste habían ampliado los límites de su reino y cuáles eran las ambiciones que los guiaban en cuanto a Mercia, Anglia Oriental después, y Northumbria como colofón.

—El rey Alfredo gusta decir de sí mismo que es el rey de los Angelcynn; en mis tierras, se habla inglés, igual que en las vuestras. Si nos quedamos de brazos cruzados, los ingleses acabarán con nosotros.

—Ya, pero Alfredo se muere —intervino Cnut.

—Así es, pero sus aspiraciones le sobrevivirán —apuntó Ragnar—. Wessex sabe que su mejor defensa es el ataque, y de sobra sabéis que los sajones sueñan con ampliar sus fronteras hasta las lindes de los territorios ocupados por los escoceses.

—Ojalá esos cabrones los doblegasen —dijo alguien de forma desabrida.

—Si no hacemos nada —insistió Ragnar—, el día menos pensado Northumbria caerá en manos de Wessex.

Asistía a una discusión acerca del poder real que representaba Wessex y, aunque de eso estaba más al tanto que cualquiera de los allí reunidos, guardé silencio. Les dejé que siguieran hablando y se diesen cuenta de cómo eran las cosas en realidad hasta que, gracias a las explicaciones de Ragnar, comprendieron que Wessex era un reino preparado para guerrear. Los fortines, con las guarniciones del *fyrd*, eran sus baluartes defensivos, pero su fuerza para combatir residía en el cada vez más importante número de guerreros que podrían ponerse a las órdenes del estandarte real. Más cautos, entre los daneses, cada uno iba a lo suyo: nunca se habían organizado al estilo del Wessex de Alfredo. Cada *jarl* danés miraba por su territorio, y no estaba dispuesto a seguir las órdenes de un igual. Era posible unirlos, como Harald había hecho, pero al primer contratiempo las tropas se dispersarían en busca de incursiones menos arriesgadas.

—¿Así que habremos de tomar los fortines? —refunfuñó Sigurd, sin acabar de creérselo.

—Harald se apoderó de uno —dijo Ragnar.

—Tengo entendido que estaba a medio edificar —replicó Sigurd, volviendo la vista a mí, que asentí.

—Si queréis conquistar Wessex, antes tendremos que tomar los fortines —añadió Ragnar, con una sonrisa que pretendía transmitir tranquilidad—. Reunamos una gran flota y dirijámonos a la costa sur del reino. Tomaremos Exanceaster y, a continuación, marcharemos sobre Wintanceaster. Alfredo colegirá de ello que nos disponemos a atacar desde el norte, cuando en realidad iniciaremos la ofensiva por el sur.

—Sus barcos atisbarán la flota y sus guerreros nos estarán esperando —apuntó Cnut.

—Los guerreros sajones estarán entretenidos peleando con mis hombres —afirmó alguien desde el fondo de la estancia—, así que sólo tendréis que enfrentaros con las tropas de Alfredo.

Quien así hablaba se encontraba en el umbral de la puerta; el sol brillaba con tanta intensidad que ninguno pudimos distinguirlo con claridad.

—Tengo pensado atacar Mercia —anunció el hombre con voz firme y segura—. Las tropas de Alfredo acudirán en defensa de ese territorio y, libre de ellas, Wessex caerá como fruta madura en vuestras manos —el hombre dio unos cuantos pasos adelante, seguido por una docena de guerreros con cotas de malla—. Mis respetos, *jarl* Ragnar, y a todos vosotros —añadió alzando la mano para saludar a los presentes.

Era Haesten. Aunque no había sido invitado a la reunión, allí estaba, sonriente y cubierto de relucientes cadenas de oro. Aunque el día estaba templado, llevaba una ostentosa capa de piel de nutria con unas singulares franjas de seda amarilla para que todos supieran lo rico que era. Tras su aparición, hubo un momento de confusión como si nadie supiera muy bien cómo tratarlo, si como amigo o como intruso, hasta que Ragnar se puso en pie de un salto y dio un abrazo al recién llegado.

Pasaré por alto las aburridas deliberaciones que mantuvieron durante los dos días siguientes. Los hombres reunidos en Dunholm capaces eran de reunir el mayor ejército danés que hubiera pisado Britania pero, al tanto como estaban de que Wessex había repelido todos los ataques anteriores, no acababan de decidirse. Ragnar tuvo que emplearse a fondo para convencerles de que las circunstancias no eran las mismas: Alfredo estaba enfermo; ya no era el caudillo joven y arrojado de años atrás; su hijo carecía de experiencia y, sin duda para complacerme, no pasó por alto que Uhtred de Bebbanburg había desertado de las filas sajonas. Cuando ya todo el mundo pareció estar de acuerdo en que era posible marchar sobre Wessex, comenzó la discusión sobre quién sería el rey de ese territorio. Aunque había supuesto que el debate sobre ese asunto tan espinoso no habría de concluir nunca, Sigurd y Cnut, en privado, habían llegado a un arreglo: Sigurd ocuparía el trono de Wessex y, cuando

falleciese el enfermo, loco y melancólico Guthred, Cnut ostentaría la corona de Northumbria. Ragnar, por su parte, no tenía intención alguna de trasladarse al sur; tampoco yo. Y si bien Haesten había confiado en que le ofrecieran la corona de Wessex, se conformó con que le dejaran ser rey de Mercia.

La aparición de Haesten contribuyó en gran medida a que la idea de atacar Wessex no pareciese del todo descabellada. Ninguno de los reunidos se fiaba de él, pero pocos albergaban dudas en cuanto a sus intenciones de conquistar Mercia. Lo que iba buscando en realidad era que nuestras tropas se uniesen a las suyas, y no hubiera sido mala idea, porque unidos habríamos constituido un ejército imbatible, pero jamás nos habríamos puesto de acuerdo sobre quién habría de estar al frente del mismo. De modo que se acordó que, desde su fortaleza de Beamfleot, Haesten marcharía hacia el oeste con al menos dos mil hombres y, cuando las tropas de Wessex salieran a su encuentro, la flota de Northumbria atacaría la costa sur del reino. Todos los presentes juraron guardar el secreto acerca de tales planes, aunque tenía para mí que, a no mucho tardar, tan solemne juramento acabaría siendo un secreto a voces.

—Así que seré rey de Mercia —me comentó Haesten la última noche, durante un multitudinario banquete a la luz de la gran hoguera que, una vez más, iluminaba la estancia principal.

—Sólo si conseguís mantener alejados a los sajones durante el tiempo que sea necesario —le advertí, consejo que acogió con gesto displicente como si fuera cosa hecha—. Tomad un fortín de Mercia y obligadles a que os pongan sitio —ésa fue mi recomendación.

Mordió un muslo de ganso, mientras la grasa le resbalaba por la barba.

—¿Quién estará al frente de los sajones?

—Eduardo, lo más seguro, asesorado por Etelredo y Steapa.

—Que no son como vos precisamente, amigo mío —replicó, hundiéndome el hueso del ave en el antebrazo.

—Mis hijos están en Mercia —gruñí—. Cercioraos de que salgan con bien.

Haesten reparó en el tono grave que había empleado.

—Os lo juro por mi vida: vuestros hijos estarán a salvo —dijo apretándome el brazo como si quisiera tranquilizarme para, a continuación, preguntarme señalando a Cellach con el hueso—. ¿Quién es ese chaval?

—Un rehén escocés —repuse.

Hacía una semana que, rodeado de un pequeño séquito, Cellach había llegado a Dunholm: dos soldados velaban por él; dos criados lo vestían y le servían la comida; un cura corcovado miraba por su educación. El chico me gustaba: era un chaval fuerte, que había aceptado el destierro con valentía. Ya había hecho amigos entre los rapaces de la fortaleza y, siempre que podía, se saltaba las clases del jorobado y se

dedicaba a hacer diabluras por las murallas o a corretear por las peñas de la abrupta pendiente sobre la que se alzaba Dunholm.

—Ningún problema por parte de los escoceses, pues —comentó Haesten.

—Si se les ocurre ponerse a mear a este lado de la marca fronteriza, adiós al chaval.

Haesten sonrió.

—Así que yo seré rey de Mercia, Sigurd estará al frente de Wessex y Cnut se hará cargo de Northumbria. Pero, ¿y vos?

Le serví hidromiel y reflexioné un momento mientras contemplaba a un hombre que hacía malabarismos con unas antorchas.

—Me apoderaré de la plata de Wessex y recuperaré Bebbanburg —repuse.

—¿No queréis ser rey de ningún sitio? —me preguntó, como si no acabara de creérselo.

—Quiero recuperar Bebbanburg; nada me hará cambiar de idea —contesté—. Me traeré a mis hijos, los veré crecer y nunca me iré de allí.

Haesten no dijo nada. Pensé que, en realidad, ni me había escuchado. Como en trance, sólo tenía ojos para Skade. Aun ataviada con la túnica gris que llevaban todas las criadas, su belleza resplandecía como una luminaria en la oscuridad. Creo que, si en ese momento, le hubiera arrebatado las cadenas de oro que llevaba al cuello, ni siquiera se habría dado cuenta. No podía apartar la vista de ella, y Skade, al sentir su mirada, se volvió, y sus ojos se encontraron.

—Bebbanburg; nada me hará cambiar de idea —repetí.

—Sí, ya os he oído —repuso distraído, sin apartar la vista de Skade. En la bulliciosa estancia, los demás dejamos de existir para ellos. Sentada al otro extremo de la mesa de respeto, Brida había advertido el intercambio de miradas y, con una ceja levantada, se volvió hacia mí. Me encogí de hombros.

Aquella noche, Brida se sentía feliz. Gracias al ascendiente que tenía sobre Ragnar, había perfilado el futuro de Inglaterra: sus ambiciones, sus miras, que pasaban por arrasar Wessex y acabar con el poder de aquellos curas que, con sus intrigas, difundían su evangelio, le habían abierto los ojos a su marido. Todos pensábamos que, al cabo de un año, el único rey cristiano de Inglaterra sería Eohric, de Anglia Oriental, que no tardaría en cambiar sus creencias en cuanto viese cómo habían cambiado las tornas. Pues ya no sería Inglaterra, sino Dinaterra. Todo parecía tan sencillo, tan fácil, tan al alcance de la mano que, en aquella noche de risotadas y cadencias de arpa, de cerveza y camaradería, ninguno de nosotros podía imaginar que algo saliera mal. Mercia era un territorio que languidecía, Wessex no parecía tan imbatible, y nosotros éramos los daneses, los tan temidos guerreros llegados del norte.

Al día siguiente, el padre Pyrlig se dejó caer por Dunholm.

CAPÍTULO XI

Aquella noche hubo tormenta. Anunciada por recios vientos que barrían la fortaleza, irrumpió con violencia desde el norte. Al poco, las nubes oscurecieron las estrellas y los relámpagos estremecieron el cielo. La tempestad me sorprendió en la misma cabaña donde había sudado y tiritado cuando había estado enfermo. No tardé en oír los primeros goterones. Caían con tanta fuerza sobre la techumbre que más parecía que una riada se abatiese sobre la fortaleza de Dunholm. Los cielos se habían abierto y el estruendo de la lluvia era tal que silenciaba los truenos. Me levanté de la cama y, tras echarme una manta de piel de oveja por encima de los hombros, me acerqué al umbral de la cabaña y levanté la cortina de cuero. La chica que estaba en la cama conmigo, una esclava sajona, gimoteaba asustada; le dije que viniera a mi lado. Le tendí la manta para cubrirla, se apretó contra mí y, deslumbrada por los fogonazos, se quedó contemplando la oscuridad fragorosa. Dijo algo, aunque no sabría decir qué. El viento y la lluvia se llevaron sus palabras.

La tormenta se marchó tan de repente como había llegado. Observé cómo los rayos descargaban más al sur, mientras la lluvia perdía intensidad. Luego, fue como si la noche contuviese la respiración tras el bramido de la tempestad. Aunque había dejado de llover, el agua seguía cayendo desde los aleros; algunas gotas se colaban por la techumbre y siseaban en los rescoldos de la hoguera. Puse más leños en las ascuas, unas cuantas ramas secas, y las llamas no tardaron en avivarse. La cortina de cuero seguía levantada, y pude ver los resplandores que salían de otras cabañas y de las dos casonas. Nadie pegó ojo aquella noche en Dunholm. La muchacha se tumbó en la cama de nuevo y, arrebujaada entre mantas y pieles, no apartaba sus relucientes ojos de mí cuando saqué a *Hálito-de-serpiente* de la vaina y pasé despacio la hoja por las llamas recién avivadas. Por dos veces repetí la operación, deslizando lentamente las dos caras de su larga hoja; luego, froté el acero con la manta de lana de oveja que llevaba encima.

—¿Para qué hacéis eso, mi señor? —me preguntó.

—No lo sé —repuse, y no mentía; lo único que sabía era que *Hálito-de-serpiente*, como cualquier otra espada, había sido templada a fuego y que, de vez en cuando, me gustaba ponerla en contacto con ese elemento para preservar el encantamiento que la hubiera poseído en el momento en que había sido forjada. Besé con respeto el acero aún caliente y lo devolví a la vaina—. Armas y muerte, nuestras únicas certezas —añadí.

—Sin olvidarnos de Dios, mi señor —susurró.

En silencio, esboqué una sonrisa. Me preguntaba si mis dioses se ocupaban de nosotros. Quizás ésa fuera la ventaja que ofrecía el dios de los cristianos, que había convencido a sus fieles de que miraba y velaba por ellos, que estaba pendiente de

ellos. Pero todavía nadie me ha demostrado que mueran menos niños cristianos que paganos, o que los cristianos se vean libres de enfermedades, pestes o incendios. No obstante, los cristianos no dudaban en decir que su dios los amaba.

Oí el chapoteo de unos pasos en el exterior. Alguien se acercaba, y de prisa, a la cabaña. Si bien me sentía a salvo tras los muros de la fortaleza de Ragnar, instintivamente alargué la mano en busca de *Hálito-de-serpiente*. Ya acariciaba su empuñadura cuando un hombre fornido traspasó el umbral, que seguía abierto.

—Jesús bendito, qué frío hace ahí fuera! —dijo.

Solté la espada al ver que era el padre Pyrlig, que corría a agacharse al otro lado de la fogata.

—¿Acaso no podíais conciliar el sueño? —le pregunté.

—Santo Dios, ¿quién sería capaz de dormir con semejante tormenta? —contestó—. Sólo un sordo, un ciego, un borracho o un necio se atreverían a descabezar un sueño con este tiempo. Aun desnudo como estáis, como Dios os trajo al mundo, os doy los buenos días, mi señor —saludó con una sonrisa en los labios, al tiempo que volvía la cabeza y sonreía a la esclava—. ¡Que Dios te bendiga a ti también, hija mía!

Al ver al recién llegado, la joven se puso nerviosa y no apartaba sus ojos inquietos de mí.

—Es un buen hombre —le dije para que se quedase tranquila—; además es cura.

El padre Pyrlig no llevaba sotana, sólo unos calzones y un jubón. Se había presentado en la fortaleza la noche anterior. Si Frida lo había recibido con frialdad, Ragnar había disfrutado de lo lindo con las desmesuradas proezas guerreras que el cura le había contado. Cuando el danés decidió irse a la cama, el cura ya estaba beodo. O sea, que no había tenido ocasión de conversar con mi viejo amigo.

Me hice con una capa que colgaba de una clavija y me la abroché al cuello. La lana estaba húmeda.

—¿Os ama vuestro Dios? —le dije a modo de saludo.

—¡Menuda pregunta, mi señor! —contestó, riendo de buena gana—. Procura mantenerme a muchas millas de distancia de mi mujer. ¿Qué mayor bendición puede esperar un hombre? Por si fuera poco, ¡mira que tenga la barriga llena y me lo pase bien! ¿Ya os he contado lo de aquella esclava que se me murió mientras bebía leche?

—Que la vaca se le cayó encima —respondí con desgana.

—¡Tiene gracia el tal Cnut! —aseveró Pyrlig—. Lo sentiré mucho cuando tengáis que acabar con él.

—¿Que yo voy a matarlo? —me sorprendí, mientras la muchacha me miraba atónita.

—Probablemente no os quede otra salida —repuso el cura.

—No le hagas caso —le dije a la chica—; está desvariando.

—Soy galés, querida niña —le aclaró a la esclava, antes de volverse hacia mí y

espetarme—: ¿Podéis explicarme, mi señor, por qué un buen galés tendría que hacerse cargo de las obligaciones de un sajón?

—Porque sois un mierda entrometido, y sólo dios sabe qué mal culo os habrá parido. El caso es que aquí estáis —repliqué.

—Dios se sirve de insólitos instrumentos para llevar a cabo sus inescrutables designios —dijo Pyrlig—. ¿Por qué no os adecentáis y venís conmigo a contemplar el amanecer?

Como el obispo Asser, el padre Pyrlig era un galés que se había abierto camino al servicio de Alfredo, aunque me dijo que no venía de Wessex, sino de Mercia.

—La última vez que estuve en Wintanceaster fue en Navidad. ¡Pobre Alfredo, está muy enfermo! Parece un cadáver andante, renqueante, me atrevería a decir.

—¿Qué os llevó hasta Mercia?

—Deseaba ver cómo andaban las cosas —me dijo con mucho sigilo, igual que con no poco misterio añadió—: Esa mujer suya...

—¿La mujer de quién?

—Ælswith. ¿Cómo se le ocurriría a Alfredo casarse con ella? Debería atiborrarle de mantequilla y nata, obligarle a comer un poco de carne de vez en cuando.

En lo tocante a mantequilla y nata, el padre Pyrlig ya se había zampado toda la ración que le correspondía en esta vida. Era un hombre barrigudo, de hombros anchos, siempre animoso. En lugar de pelo, lucía unas greñas enmarañadas; tenía una sonrisa contagiosa, y practicaba su religión con desenfado, aunque nunca con ligereza. Estaba de pie a mi lado en lo alto de la puerta sur de Dunholm, donde le conté cómo Ragnar y yo nos habíamos apoderado de la fortaleza. Antes de hacerse cura, Pyrlig había sido guerrero. Se lo pasó en grande con mis peripecias para colarme a hurtadillas en el recinto de la ciudadela por la esclusa de la cara oeste hasta abrir la puerta en la que estábamos, y cómo Ragnar había traspasado el umbral con sus intrépidos guerreros daneses y se había adentrado en la fortaleza derrotando y matando a los hombres de Kjartan.

—¡Cuánto me habría gustado participar en tan singular combate!

—¿Qué os trae por aquí?

—¿Acaso no puede uno venir a ver a un viejo amigo? —me dijo con una sonrisa.

—Cumplís órdenes de Alfredo —contesté malhumorado.

—Ya os lo he dicho. Vengo de Mercia, no de Wessex —añadió, inclinándose sobre el adarve—: ¿Os acordáis de la noche antes de que Lundene cayese en vuestras manos?

—Claro que sí. Me dijisteis que os habíais vestido del modo más adecuado para rezar: cota de malla y dos espadas.

—¿Qué mejor momento para rezar que antes de una batalla? Aquélla fue también bastante singular, amigo mío.

—Y tanto.

—Pero antes de eso, mi señor, pronunciasteis un juramento —continuó.

Noté cómo me hervía la sangre, con la misma fuerza con que bajaba el río, crecido tras el aguacero.

—¡Al diablo Alfredo y sus juramentos! ¡Que se vaya al infierno! ¡Le di a ese cabrón los mejores años de mi vida! ¡De no haber estado de su lado, ni siquiera estaría sentado en el trono de Wessex! ¡De no ser por mí, Harald el Pelirrojo sería rey, y Alfredo estaría pudriéndose en su tumba! ¿Y cómo me lo agradece? De vez en cuando me hace una caricia como si fuera un perro sarnoso. Luego, permite que esa mierda de monje demente injurie a Gisela, y me ordena que me arrastre ante él y le pida perdón por haber matado a ese cabrón. Sí —dije, volviéndome para ver la cara de torta de Pyrlig—, pronuncié un juramento. Y ahora, permitidme que os diga que lo estoy rompiendo, que lo he quebrantado. Me importa un carajo que los dioses me castiguen; en cuanto a Alfredo, por mí como si se pudre en el infierno.

—Dudo que vaya al infierno —aseveró Pyrlig en tono mesurado.

—¿No pensaréis que sueña con ir a vuestro cielo, con todos esos curas y monjes, esas monjas revenidas, verdad? Antes preferiría verme en el infierno. No, padre, no respeto el juramento que pronuncié ante Alfredo. Podéis volver a su lado y decirle que no me une a él ningún juramento, que entre él y yo no hay lazos de fidelidad, obligación o lealtad que valgan. ¡Es un cabrón bisojo y costroso, un desagradecido, peor que un pedo maloliente!

—Por lo que veo, le conocéis mejor que yo —replicó Pyrlig sin inmutarse.

—¡Por mí, ya puede ciscarse en el juramento! Volved a Wessex, y decidle que ésa es mi respuesta —rezongué.

Oí un grito y me volví; un criado daba voces a un caballo que no le obedecía. Uno de los señores daneses se disponía a partir, y de buena hora al parecer. A lomos de sus monturas, un grupo de guerreros, con casco y cota de malla, aguardaban junto a dos caballos ensillados. Dos de los hombres de Ragnar corrieron hasta la puerta que se abría bajo nuestros pies, y retiraron la tranca.

—No he venido por indicación de Alfredo —dijo Pyrlig.

—¿Acaso ha sido ocurrencia vuestra venir hasta aquí y recordarme mi juramento? No necesito que nadie me refresque la memoria.

—Faltar a un juramento es un...

—¡Lo sé! —grité.

—Los hombres los quebrantan sin cesar —continuó el cura pausadamente, mientras volvía los ojos al sur donde, en lo alto de las colinas, asomaban las primeras luces grises del alba—. Tal vez ésa sea la razón por la que hemos establecido leyes tan severas y estrictas en cuanto a su cumplimiento, porque sabemos que muchas veces no se respetan. Creo que Alfredo está al tanto de que no pensáis volver, y eso le

entristece. Si Wessex se viese atacado, se vería privado de su mejor espada. Con todo, no ha sido él quien me ha pedido que viniese. El rey cree que Wessex está mejor sin vos. Sueña con edificar un reino a la medida de Dios, y vos erais una espina que llevaba clavada.

—Pues como los daneses vuelvan a dejarse caer por Wessex, va a necesitar muchas espinas como ésa —refunfuñé.

—El rey confía en Dios, lord Uhtred, todo lo deja en manos de Dios.

Me eché a reír. A ver cómo defendía Wessex el dios de los cristianos cuando los daneses de Northumbria arribasen a sus costas en verano.

—Si Alfredo no quiere que vuelva —le dije—, ¿por qué me hacéis perder el tiempo?

—Por el juramento que pronunciasteis la víspera de la batalla de Lundene —insistió Pyrlig—. La persona ante quien jurasteis es quien me ha pedido que viniera a veros.

Me lo quedé mirando y me dio por pensar que escuchaba las carcajadas de las Nornas, de las tres hilanderas que, sin desmayo, tejen los hilos de nuestro destino.

—No es posible —dije, aunque sin irritación ni enojo.

—Fue ella quien me lo pidió.

—No —repetí.

—Necesita vuestra ayuda.

—¡No! —me revolví.

—Me pidió que os recordase que, en cierta ocasión, jurasteis que siempre estaríais de su lado.

Cerré los ojos. Era cierto, desde luego. ¿Había olvidado las palabras que había pronunciado la noche antes de que nos apoderásemos de Lundene? No, no las había olvidado, pero jamás habría imaginado que estuviera atado por semejante juramento.

—No —dije de nuevo, aunque mi negativa más bien sonó como un susurro.

—Todos somos pecadores, mi señor —dijo Pyrlig con delicadeza—, pero hasta la Iglesia reconoce que hay pecados que son peores que otros. El juramento que pronunciasteis ante Alfredo entrañaba determinadas obligaciones que, ya fuera en propiedades o en plata, serían recompensadas con largueza. Hacéis mal en quebrantar vuestro juramento y, pues que así lo pienso, os lo digo. También creo que Alfredo no cumplió con sus obligaciones para con vos. Pero el juramento que pronunciasteis ante la dama, lo hicisteis movido por el amor, y no podéis quebrantarlo sin renegar de vuestra alma.

—¿Por amor? —pregunté con voz desafiante.

—Amabais a Gisela, lo sé, y jamás quebrantasteis las promesas que le hicisteis. Igual que amáis también a la dama que me envía. Siempre la habéis amado. Lo veo en vuestra cara y lo percibo en su rostro. Los dos pareéis no daros cuenta de algo

que deslumbra a cuantos están a vuestro alrededor.

—No —dije.

—Lo está pasando mal —añadió Pyrlig.

—¿Por qué? —pregunté por decir algo.

—Su esposo es un hombre de mente enferma.

—¿Está loco acaso?

—No más de lo que vos sabéis.

Bajo mis pies, rechinaron los goznes de la puerta cuando las dos hojas se abrieron hacia el exterior. Con las piernas al aire, embozado en varias capas, Ragnar se despedía de los jinetes que cruzaban la puerta principal de la fortaleza, en medio de un estruendo de cascos que restallaban contra el camino empedrado que, ladera abajo, llevaba a la aldea. Uno de los caballeros se volvió. Era Haesten, que alzó una mano a modo de saludo, gesto al que correspondí, aunque me quedé de piedra cuando el jinete que le seguía también se volvió en la silla: era Skade, que me dirigió una feroz sonrisa. Debió de ver la cara de sorpresa que puse, porque se echó a reír; picó espuelas y su montura se precipitó rauda peñas abajo.

—Eso sí me da mala espina —comenté, sin dejar de mirarla—, más de lo que os imagináis.

—¿Lo decís porque Haesten tenga pensado atacar Mercia? —preguntó Pyrlig.

No dije nada, aunque dudaba que Haesten hubiese sabido guardar el secreto en cuanto a las intenciones que albergaba.

—Me refiero a la mujer que va con él —respondí.

—Las mujeres trajeron el pecado al mundo —continuó Pyrlig—, y Dios permite que lo sigan esparciendo, pero la verdad es que, al igual que vos, supongo, no me imagino un mundo sin ellas.

—¿Quiere que acuda a su lado?

—Así es —dijo el cura—; por eso me envió a buscaros. También me pidió que os dijera que, si no podíais cumplirla, os liberaba de vuestra promesa.

—En tal caso, no tengo que ir.

—No.

—Pero pronuncié un juramento.

—Sí.

Ante Etelfleda. Tras quitarme de encima el peso de Alfredo, había disfrutado de mi recobrada libertad. Pero era su hija quien reclamaba mi presencia. Y Pyrlig estaba en lo cierto. No podemos faltar a los juramentos que hacemos por amor.

* * *

Había pasado aquel invierno como el timonel que, sumido en la niebla, perdido, se deja llevar por la corriente, carente de norte y de rumbo, a merced del viento. Pero

la bruma se había disipado. Las hilanderas me habían desvelado la marca costera que andaba buscando y, si bien no era el paisaje que tanto había anhelado, dejé que mi nave bogase en esa dirección.

Claro que había hecho un juramento a Etefleda. Casi todas las promesas que había formulado ante su padre, como el juramento que había pronunciado ante Etefleda, por otra parte, me los habían arrancado en contra de mi voluntad, a veces incluso a regañadientes. La promesa de estar siempre a su servicio fue el precio que tuvo a bien estipular a cambio de unos cuantos hombres que le pedí para llevar a cabo una acción temeraria sobre Lundene, y no olvidaba cuánto me escoció en su momento, pero el caso era que me había postrado ante ella y jurado.

Conocía a Etefleda desde niña, la única de los hijos de Alfredo que había salido pizpireta, inquieta y alegre; había visto también cómo esas cualidades languidecían tras el matrimonio con mi primo. En los meses y años que habían transcurrido desde aquel juramento, había llegado a quererla, no tanto como a Gisela claro está, amiga de Etefleda por otra parte, sino como a la muchacha chispeante cuya luz mengua por la crueldad de los hombres. La había servido y la había protegido. En aquella ocasión en que me pedía que lo hiciera de nuevo, su demanda me dejó sumido en un mar de dudas. Me afané en llenar como fuera los días que vinieron a continuación, y me dediqué a cazar y a ejercitarme con las armas. Hasta que Finan, que solía ser mi adversario con la espada, un día dio un paso atrás y, a veces, me preguntó si pretendía acabar con él.

—Disculpadme —acerté a decir.

—Es por culpa de ese cura galés, ¿verdad? —me preguntó.

—Es cosa del destino —sentencié.

—¿Adónde nos llevará el destino en esta ocasión, mi señor? —añadió.

—Al sur, al sur —repliqué, rebelándome contra lo que acababa de decir. Era un hombre del norte; Northumbria era mi terruño, pero las hilanderas estaban empeñadas en que fuera al sur.

—¿Al lado de Alfredo? —preguntó Finan, sin acabar de creérselo.

—No; junto a Etefleda —le dije; y cuando pronuncié su nombre, supe que no podía retrasarlo por más tiempo.

Así que, a la semana de que Haesten se hubiera marchado de Dunholm, fui a ver a Ragnar y le conté una mentira. No quería que pensase que lo estaba traicionando.

—Me voy para proteger a mis hijos —le aseguré.

—Seguro que Haesten no les hará nada —me dijo para tranquilizarme.

—Pero Skade, sí.

Se paró a pensarlo un momento, y asintió.

—No os falta razón.

—Capaz es de venderlos como esclavos —añadí, cariacontecido—; no puede ni

verme.

—Creo que hacéis bien en ir —convino.

Y así me fui de Dunholm, y mis hombres, unidos a mí por un juramento de fidelidad, y sus familias se vinieron conmigo, y Ragnar cayó entonces en la cuenta de que me iba para siempre. Observó cómo los míos cargaban caballos albardones con cotas de malla y armas y, dolido y confuso, se me quedó mirando y me preguntó:

—¿Acaso tenéis pensado volver a Wessex?

—No —le aseguré, y lo que decía era cierto.

Cuando se enteró, furiosa, Brida me espetó:

—¿Dónde os vais?

—Al lado de mis hijos.

—¿Volveréis aquí con ellos? —quiso saber Ragnar, un tanto molesto.

—La amiga que cuida de mis hijos se encuentra en dificultades —contesté, sin responder a su pregunta.

Brida cortó por lo sano cualquier evasiva.

—¿Os referís a la hija de Alfredo? —preguntó con desdén.

—Sí.

—Odia a los daneses —añadió Brida.

—Ha recurrido a mí en busca de ayuda, y no puedo negarme —le dije a Ragnar.

—Las mujeres os ofuscan —rezongó Brida—. ¿Qué hay de vuestra promesa de haceros a la mar con Ragnar?

—No hubo tal —me revolví.

—¡Os necesitamos! —imploró Ragnar.

—¿A quién? ¿A mí y a mi media mesnada?

—Si no participáis en la conquista de Wessex —recalcó Brida—, no tendréis parte en el botín que obtengamos en Wessex y, sin eso, Uhtred, podéis despediros de Bebbanburg.

—Voy en busca de mis hijos —insistí obcecado. En ese momento, tanto Ragnar como Brida supieron que, en el mejor de los casos, les estaba diciendo una verdad a medias.

—Siempre fuisteis más sajón que danés —dijo Brida, mofándose de mí—. Queréis ser danés, pero no tenéis agallas.

—Quizás estéis en lo cierto —admití.

—Deberíamos mataros ahora mismo —afirmó Brida, y lo decía muy en serio.

Ragnar puso una mano en el brazo de Brida para que callase la boca; luego, me dio un abrazo.

—Hermano —dijo, estrechándome contra él un instante.

De sobra sabía, igual que yo, que volvía al lado de los sajones, que siempre estaríamos en bandos opuestos; lo más que podía hacer era prometerle que nunca me

enfrentaría con él.

—¿Vais a contarle a Alfredo nuestros planes? —volvió a la carga Brida. Por más que Ragnar intentase que me fuese en paz, su mujer se mostraba implacable.

—Odio a Alfredo —repuse—, y deseo que os lo paséis en grande destruyendo su reino.

Pues ahí queda escrito, y lo suyo me ha costado: tan doloroso es el recuerdo que guardo de aquella despedida. Brida me detestaba, Ragnar estaba triste, y yo me porté como un cobarde. Alegué que sólo miraba por la suerte de mis hijos cuando, en realidad, estaba traicionando a un amigo. Durante todo el invierno, Ragnar me había dado cobijo y mantenido a mis hombres, y yo le abandonaba. Estaba feliz por tenerme a su lado y, aunque no le apetecía nada la campaña de Wessex, había pensado que era una buena oportunidad de volver a guerrear juntos. Pero el caso es que me fui, y él me dejó marchar. Brida hubiera sido capaz de matarme aquel día; Ragnar entendió mejor mis motivos. Así, un día despejado de primavera cambió mi vida. *Wyrð bið ful.*

Nos pusimos en camino hacia el sur. Pasó mucho rato antes de que despegase los labios. Dándose cuenta del estado de ánimo en que me encontraba, el padre Pyrlig no abrió la boca hasta que yo rompí aquel taciturno silencio.

—¿Decíais que mi primo está majareta? —le pregunté.

—Sí y no —respondió.

—Gracias por aclararme las cosas —contesté.

Esbozó una media sonrisa. Cabalgaba a mi lado, con los ojos casi entornados para protegerse del sol.

—Quiero decir que no está tan loco como el pobre Guthred —dijo al cabo de un rato—; no tiene alucinaciones, no conversa con los ángeles, ni le ha dado por comer hierba. Lo que le saca de quicio es que no es rey. Sabe que, tras su muerte, Mercia pasará a manos de Wessex, pues tales son los designios de Alfredo y sus deseos suelen hacerse realidad.

—En tal caso, ¿por qué os ha enviado Eteflada a buscarme?

—Vuestro primo aborrece a su esposa —continuó Pyrlig en voz baja, de forma que no le oyeran ni Finan ni Sihtric, que cabalgaban al lado. Al escuchar el agudo silbido de un pastor desde una lejana colina, un perro apartó unas ovejas de nuestro camino. Tras un suspiro, el cura continuó—: Cada vez que ve a Eteflada se acuerda de las cadenas con que Alfredo lo tiene maniatado. Le gustaría ser rey, pero no puede ceñirse la corona porque Alfredo no lo permitiría.

—¿Así que Alfredo aspira a ser rey de Mercia también?

—Alfredo sueña con ser rey de todos los ingleses —repuso Pyrlig—, y si no puede vanagloriarse de tal título, será su hijo quien ostente esa corona. Por eso no puede haber otro rey sajón. Un rey es un ungido de Dios, un hombre consagrado; no

puede haber otro rey que, investido de la dignidad regia, se interponga en su camino.

—Y eso saca a mi primo de sus casillas.

—Eso es; y pretende pagarla con su mujer.

—¿Cómo?

—Divorciándose de ella.

—Alfredo no lo permitirá —dije quitándole importancia al asunto.

—Pero el rey está enfermo. Podría fallecer en cualquier momento.

—Divorciarse de ella, lo que significa... —y me paré a reflexionar un momento. Etelfleda ya me había hablado de las intenciones que albergaba su esposo, pero seguía pensando que no era para tanto—. ¡No, jamás se atrevería a eso!

—Lo intentó cuando todos pensábamos que Alfredo estaba a las puertas de la muerte —dijo Pyrlig—; Etelfleda se enteró de lo que tramaba y buscó refugio en el convento de monjas de Lecelad.

—¿En la frontera de Wessex?

Pyrlig asintió con la cabeza.

—Así estará más cerca de su padre, si lo intentan de nuevo; que lo harán —admitió.

Solté una maldición en voz baja.

—¿Se trata de Aldelmo? —pregunté.

—Lord Aldelmo, sí señor —admitió Pyrlig.

—¿Quiere meterla en la cama con Aldelmo? —insistí alzando la voz, sin acabar de creérmelo.

—Lord Etelredo estaría encantado, y qué decir de lord Aldelmo, que lo disfrutaría mucho más —repuso el cura, malhumorado—. Si lo consigue, Etelredo tendrá la prueba de adulterio que exige la Iglesia, la encerrará en un monasterio y se acabó el matrimonio. Será libre para casarse de nuevo, engendrar un heredero y, tan pronto como Alfredo fallezca, proclamarse rey.

—¿Quién vela, pues, por ella y por mis hijos? —me interesé.

—Las monjas.

—¿Ningún hombre que la proteja?

—El oro sale de las manos de su marido, no de ella —dijo Pyrlig—. Muchos hombres querrían hacerlo, por supuesto, pero no tiene nada que ofrecerles a cambio.

—Ahora sí —repliqué con ferocidad, picando espuelas al caballo que había comprado en Dunholm.

Lo cierto es que no tenía mucho dinero. Había adquirido más de setenta caballos para emprender aquel viaje, y la poca plata que me quedaba cabía en dos alforjas. Pero aún llevaba conmigo a *Hálito-de-serpiente* y a *Aguijón-de-avispa* y, como las tres hilanderas habían decidido cambiar el curso de mi vida una vez más, también tenía un motivo: estar al lado de Etelfleda.

Lecelad no era sino un montón de cabañas dispersas en la orilla norte del Temes, en la confluencia con el Lec, un arroyo que bajaba de los pantanos. Había un molino de agua cerca de un embarcadero, donde se veían unos pocos botes amarrados que hacían aguas por todos lados. En el extremo oriental de la única calle de la aldea, que no era sino una travesía de charcas cenagosas, rodeado de una empalizada, que me imaginé levantada allí más por evitar que las monjas escapasen que para repeler cualquier ataque desde el exterior, el convento; por detrás, más allá de los muros ennegrecidos por la lluvia, una lóbrega y fea iglesia de madera y adobe, cuyo campanario arañaba las nubes bajas y cargadas de lluvia que llegaban del oeste. En la otra orilla del Temes, un amarradero de madera, donde se acurrucaba un grupo de hombres que se resguardaban de la lluvia bajo una especie de toldo que habían improvisado con unos palos. Todos llevaban cotas de malla; habían dejado las espadas apoyadas contra un sauce. Avancé por el embarcadero y, sirviéndome de las manos como bocina, les grité:

—¿A quién servís?

—A lord Etelnoth —contestó a voces uno de los hombres.

Embozado en una capa de color oscuro, ocultos mis cabellos rubios bajo una caperuza, no me reconoció.

—¿Qué os trae por aquí? —chillé de nuevo.

Un encogimiento de hombros fue la respuesta a mi pregunta; no tenían ni idea.

La orilla sur del río era territorio sajón, motivo sin duda por el que Etelfleda se había decidido por Lecelad. En un momento de apuro, podía cruzarlo y pasar al reino de su padre, aunque Alfredo, que consideraba sagrado el vínculo matrimonial, se mostraría renuente a darle asilo por temor al escándalo que pudiera suscitarse. Supuse, no obstante, que había ordenado a Etelnoth, *ealdorman* de Sumorsæte, que no perdiera de vista el convento, aunque sólo fuera por estar al tanto de cualquier movimiento sospechoso que observase en la orilla de Mercia. Ya tenían algo de qué informarle, pensé.

—¿Quién sois vos, mi señor? —me preguntó a voces el hombre, desde la otra ribera.

Quizá no me hubiera reconocido, pero sin duda se había percatado de que iba al frente de una cuadrilla de jinetes, y quién sabe si, a pesar del tiempo, desapacible y lluvioso, reparado en algún destello del llamativo broche de oro con que sujetaba mi capa. En lugar de responder a su pregunta, me volví a Finan que, a lomos de su montura, me dijo con una sonrisa de oreja a oreja:

—Sólo son treinta, mi señor.

Le había ordenado que echase un vistazo por el pueblo y se enterase de cuántos

hombres vigilaban el convento.

—¿Nada más?

—Hay otros en una aldea más al norte —añadió.

—¿Quién está al frente?

—Un pobre cabrón que, al vernos, casi se caga por la pata abajo.

Los treinta hombres destacados en Lecelad estaban allí probablemente por orden de mi primo y, probablemente también, para cerciorarse de que Etelfleda no traspasaba los muros del siniestro convento. Me aupé en la silla de montar, empapada y resbaladiza, apoyando el pie derecho en el estribo.

—Vamos a acabar con ese avispero —anuncié.

Llevé a mis hombres hacia el este, dejando atrás cabañas, montones de estiércol y unos cerdos que andaban hozando. Al vernos pasar, algunos lugareños se asomaron a la puerta. Al final de la calle, delante del convento, un grupo de hombres con jubones de cuero y yelmos oxidados. Si tenían órdenes de impedir que nadie entrase en el convento, no parecían muy decididos a cumplirlas, porque, apenas vernos llegar, con gesto hosco se echaron a un lado. Hice como que no los veía. Ni me preguntaron quién era ni trataron de darnos el alto.

Di una patada contra el portón del convento, que sólo sirvió para que se viniese al suelo el agua acumulada en el dintel. Mi caballo soltó un relincho, y di una segunda patada, bajo la atenta mirada de los soldados de Mercia. Uno de ellos echó a correr por un callejón. Supuse que iría en busca de refuerzos.

—Me parece que vamos a tener pelea antes de que acabe el día —le dije a Finan.

—Eso espero, mi señor —repuso con gesto alicaído—. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez...

Se abrió un pequeño postigo del portón y por el hueco asomó el rostro de una mujer.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Resguardarnos de la lluvia —contesté.

—Los aldeanos os darán cobijo —dijo la mujer, al tiempo que pretendía cerrar el postigo; se lo impedí con el pie.

—Podéis abrir el portón, o quedaros a ver cómo lo hacemos astillas.

—Son amigos de lady Etelfleda —intervino el padre Pyrlig en ese momento.

El postigo se abrió de nuevo.

—¿Sois vos, padre?

—El mismo, hermana.

—¿Es que ya nadie tiene modales en este mundo de Dios? —preguntó la monja.

—Es un animal, hermana; no puede evitarlo —respondió el cura, al tiempo que me dedicaba una sonrisa.

—Apartad ese pie —ordenó la mujer de mal talante; cuando lo hice, cerró el

postigo, y oí cómo retiraba la tranca y el chirrido del portón al abrirse de par en par.

Desmonté.

—Esperadme aquí —les dije a los míos, y eché a andar hacia el patio del convento.

La lóbrega iglesia ocupaba el ala sur del recinto. Unas construcciones bajas de madera con techumbres de paja, donde imaginé que dormían, comían e hilaban las monjas, cerraban los otros tres lados del recinto. La monja, que se presentó como la abadesa Werburga, me saludó con una reverencia.

—¿Sois de verdad amigo de lady Etelfleda? —me preguntó. Era una mujer entrada en años, tan baja que apenas me llegaba a la cintura, de gesto adusto.

—Lo soy.

Werburga no pudo evitar un gesto de desagrado al observar el martillo de Thor que llevaba colgado al cuello.

—¿Cómo os llamáis? —me preguntó, pero en ese momento se oyó un chillido; una niña salió por una puerta y echó a correr como loca por el patio encharcado.

Era Stiorra, mi hija, que se me vino encima, echándome los brazos al cuello y rodeándome la cintura con las piernas. Me alegré de que estuviera lloviendo, de lo contrario la monja habría podido tomar por lágrimas las gotas que me corrían por la cara, como así era en realidad.

—Sabía que vendrías —exclamó muy orgullosa—, lo sabía, lo sabía.

—¿No seréis lord Uhtred? —preguntó la abadesa.

—Así es.

—Gracias a Dios —dijo la monja.

Mientras Stiorra me contaba los percances por los que habían pasado, Osbert, el benjamín, había llegado corriendo hasta mí y trataba de subírseme por la pierna. A Uhtred, el mayor, no lo vi por ningún lado. Tomé a Osbert en mis brazos, y le di una voz a Finan para que entrasen los hombres.

—No sé cuánto tiempo nos quedaremos —informé a la abadesa—, pero los caballos necesitan establo y forraje.

—¿Pensáis acaso que esto es una posada? —preguntó la monja.

—¿No volverás a marcharte otra vez, verdad? —me preguntaba mi hija sin parar.

—No, no, claro que no —le dije, antes de quedarme callado.

Etelfleda había aparecido en el umbral y, en contraste con la oscuridad que se cernía a sus espaldas, a pesar del día tan gris y apagado que hacía, aun ataviada con una capa y una caperuza de basta tela de color marrón, estaba deslumbrante.

Me acordé de la profecía que Isolda pronunciara muchos años atrás, cuando Etelfleda no era mucho mayor que Stiorra, un presagio anunciado cuando Wessex pasaba por el peor momento, cuando los daneses campaban a sus anchas y Alfredo no era sino un fugitivo en los pantanos. Isolda, aquella enigmática y encantadora mujer,

oscura como las tinieblas, había augurado que Alfredo me daría poder, quede oro sería mi mujer.

Me quedé mirando a Etelfleda, ella me devolvió la mirada y, en ese momento, supe que cumpliría la promesa que acababa de hacerle a mi hija: no volvería a marcharme.

Dejé a los niños en el suelo, no sin advertirles que se mantuviesen alejados de los cascos de las caballerías, y crucé el patio encharcado, sin hacer caso de las monjas que se habían asomado al vernos llegar. Había pensado en hacerle una reverencia. Al fin y al cabo, era hija de rey y esposa del hombre que estaba al frente de los destinos de Mercia, pero, al ver que por su rostro se deslizaban lágrimas de felicidad, en vez de inclinarme abrí los brazos y ella echó a correr; mientras la estrechaba contra mí, sentí su cuerpo que se estremecía. Quizá llegó a oír los latidos de mi corazón que, en mi pecho, palpitaba como un gran tambor batiente.

—Habéis venido —me dijo.

—Aquí me tenéis.

—Sabía que lo haríais.

Le retiré la capucha para contemplar sus cabellos, tan rubios como los míos, y sonreí.

—Una mujer de oro —exclamé.

—Estáis loco —repuso sonriendo.

—¿Qué va a pasar ahora? —le pregunté.

—Me imagino —dijo, apartándose con suavidad de mi lado y volviendo a cubrirse los cabellos con la caperuza— que mi esposo tratará de quitaros de en medio.

—¿Cuántos hombres puede reunir —le pregunté, al tiempo que echaba cuentas—, unos mil quinientos guerreros curtidos?

—Por lo menos.

—Ningún problema en ese caso —repuse alegremente—. Cuento con no menos de cuarenta hombres.

Aquella misma tarde aparecieron los primeros soldados de Mercia.

Llegaban desde el norte, en grupos de diez o veinte cada vez, acordonando el convento como podían. Observándolos desde el campanario de la iglesia, conté unos cien guerreros, aparte de los que estaban por llegar.

—¿A qué se dedicaban los treinta hombres de la aldea, a vigilar por si se os ocurría marcharos de aquí? —pregunté a Etelfleda.

—Tenían órdenes de impedir que llegaran víveres al monasterio —contestó—, aunque no lo hacían muy bien. Los suministros nos llegaban en barca, por el río.

—¿Pretendían mataros de hambre?

—Mi esposo pensó que así me obligaría a dejar el convento y volver a su lado.

—¿No con vuestro padre?

—Me habría obligado a volver junto a mi marido —se quejó, torciendo el gesto.

—¿Estáis segura?

—El matrimonio es un sacramento, Uhtred —dijo con voz cansina—, santificado por Dios; de sobra sabéis que mi padre jamás ofenderá a Dios.

—¿Por qué, entonces, Etelredo no os sacó de aquí?

—¿Y atacar un monasterio? ¡Mi padre habría puesto el grito en el cielo!

—Sin duda —dije, mientras observaba cómo por el norte llegaba un grupo mucho más numeroso de jinetes.

—Convencidos de que mi padre podía fallecer de un momento a otro — comprendí que se refería a mi primo y a su amigo Aldelmo—, se mantenían a la espera.

—Pero vuestro padre sigue vivo.

—Y se recupera, gracias a Dios —dijo Etelfleda.

—Pues nosotros estamos en apuros —repuse, porque la nueva partida de jinetes, no menos de cincuenta, cabalgaba bajo un estandarte, lo que me dio a entender que quienquiera que fuera el hombre que estaba al frente de las tropas que vigilaban el convento venía a por nosotros. Cuando los jinetes estuvieron más cerca, vi las dos hachas de guerra de enormes hojas y cruzadas que ondeaban en la enseña que seguían.

—¿De quién es esa divisa?

—Es el blasón de Aldelmo —contestó Etelfleda, abatida.

Doscientos hombres rodeaban el monasterio en aquellos momentos, y Aldelmo, a lomos de un alto corcel de guerra negro, acompañado por dos curas y una docena de soldados, se situó a cincuenta pasos del portón del convento. A sus espaldas y con gesto no menos severo que el de su señor, los guerreros, que portaban escudos con la divisa de Aldelmo, contemplaban las puertas cerradas. ¿Se imaginaba Aldelmo lo que le esperaba en el interior? Seguramente lo sospechaba, pero dudo que llegase a saberlo a ciencia cierta. Habíamos atravesado Mercia por el extremo oriental, allí donde los daneses eran aún fuertes, y pocos de los habitantes de la Mercia sajona se habrían percatado de que íbamos camino del sur. Con todo, Aldelmo debió de maliciarse que yo andaba por allí, porque ni siquiera trató de entrar en el convento, a no ser que hubiera recibido órdenes de no ofender a su dios cometiendo sacrilegio. Alfredo podría llegar a perdonar a Etelredo como el causante, que lo era, de la infelicidad de su hija, pero jamás le habría perdonado que ofendiese a su dios.

Bajé al patio.

—¿A qué está esperando? —me preguntó Finan.

—A que salga yo —repuse.

Me vestí para el combate: cota de malla resplandeciente, tahalí, botas, el yelmo

con la cimera del lobo y mi escudo con la divisa del lobo también, aparte de un hacha de guerra y mis dos espadas envainadas. Ordené que abrieran una de las hojas del portón del convento y, solo, eché a andar. No iba a caballo porque no había podido comprar una buena montura de guerra.

Eché a andar en silencio, bajo la atenta mirada de los hombres de Aldelmo. Si hubiera tenido una pizca de valor, habría cabalgado hasta donde yo estaba y me habría descuartizado con la larga espada que colgaba de su cintura o, si carecía del coraje suficiente, bien podría haber ordenado a los suyos que me hicieran trizas. En cambio, se quedó donde estaba, mirándome.

Me detuve a unos doce pasos de él, y me eché el hacha de guerra al hombro. No me abroché las carrilleras del yelmo para que sus hombres pudieran verme la cara.

—¡Hombres de Mercia! —grité, de forma que no sólo me oyeran los guerreros de Aldelmo, sino también los soldados sajones que estaban al otro lado del río—. ¡En cualquier momento, el *jarl* Haesten invadirá vuestras tierras! Ha reunido a millares de hombres, hombres codiciosos, daneses armados de lanzas y espadas, daneses que violarán a vuestras esposas, venderán a vuestros hijos como esclavos y saquearán vuestras tierras. ¡Su ejército será mucho más numeroso que las hordas que derrotasteis en Fearnhamme! ¿Cuántos de vosotros estuvisteis allí?

Los hombres se miraron entre sí, pero ninguno levantó la mano ni proclamó que hubiera estado presente en tan trascendental victoria.

—¿Acaso os avergonzáis de vuestro triunfo? —les pregunté—. ¡Fuisteis los artífices de una matanza que será recordada mientras el hombre siga hollando estos parajes! ¿Os avergonzáis, empero? ¿Cuántos de vosotros estuvisteis en Fearnhamme?

Algunos se animaron y alzaron el brazo; de repente uno de ellos dio una voz y, al momento, la mayoría comenzó a lanzar vítores, como si se felicitaran por haber estado allí.

Sin saber qué hacer, Aldelmo levantó la mano reclamando silencio; no le hicieron caso.

—¿A quién queréis al frente para luchar contra el *jarl* Haesten, que se dispone a marchar sobre vosotros —grité con más fuerza—, seguido de vikingos y piratas, asesinos y traficantes de esclavos, armados con lanzas y espadas, portadores de muerte y fuego? ¿Acaso no fue lady Eteflada quien os infundió valor para alzaros con la victoria en Fearnhamme? ¿De verdad queréis que siga encerrada en un convento? Me rogó que viniese y que pelease de nuevo a vuestro lado. Y aquí me tenéis. ¿Y así me recibís, con espadas y lanzas? ¿Quién queréis que se ponga al frente de vosotros para luchar contra el *jarl* Haesten y sus asesinos? —dejé la pregunta en el aire durante un instante, y apunté con el hacha a Aldelmo—: ¿A él o a mí? —grité.

Qué necio era aquel hombre. En ese momento, bajo las ráfagas de lluvia que, a ratos, aún llegaban por el oeste, debería haber acabado conmigo al instante o, de lo

contrario, haberme dado un abrazo. Podría haber saltado de la silla de su montura y haberme ofrecido su amistad, fingir una alianza para ganar tiempo hasta que viese la forma de deshacerse de mí sin tener que dar cuenta a nadie. Sin embargo, atemorizado, no se movió de donde estaba. Era un cobarde, siempre lo había sido, valiente sólo frente a los más débiles; el miedo se le notaba en la cara, en aquel gesto de desconcierto, incapaz de articular palabra, hasta que uno de los suyos se inclinó y le susurró algo al oído.

—Ese hombre —dijo, señalándome— es un proscrito de Wessex.

Aunque no sorprendente, aquello sí era nuevo para mí. Había quebrantado el juramento que había hecho a Alfredo, así que pocas salidas le había dejado aparte de declararme fuera de la ley, convirtiéndome en posible presa por tanto para cualquiera que tuviera el valor de atraparme.

—¡De modo que soy un proscrito! ¡Acercaos, pues, y acabad conmigo! —grité—. ¿Quién os protegerá cuando se presente el *jarl* Haesten?

Aldelmo recuperó la compostura, y musitó algo al hombre que le había susurrado al oído, y aquel hombre, un guerrero fornido, espoleó su caballo. Espada en mano, sabía lo que se hacía. No se acercó a mí como un loco, sino pausadamente. Venía con intención de matarme; aun hundidos como los tenía en la negrura del yelmo, pude leerlo en sus ojos. Con el brazo en tensión, ya alzaba la espada para asestar el golpe que, aunando el peso de hombre y montura, su hoja descargaría contra mi escudo y me haría perder el equilibrio. El caballo volvería sobre sus pasos y, espada en mano, me atacaría por la espalda. Se imaginaba que, como él, yo sabía lo que se disponía a hacer, y le noté más tranquilo al ver que yo alzaba el escudo, porque eso significaba que estaba haciendo lo que él pensaba que iba a hacer. Apretó las mandíbulas, picó espuelas, y su caballo, un enorme animal gris, saltó como una flecha, mientras su espada resplandecía como un relámpago en el aire plomizo.

En aquel golpe se concentraba toda la formidable fuerza de aquel hombre. Vino hacia mí por la derecha. Yo sujetaba el escudo con la mano izquierda; con la derecha empuñaba el hacha. Hice dos cosas.

Clavé una rodilla en tierra, y levanté el escudo por encima de la cabeza, de forma que lo coloqué casi en horizontal sobre el yelmo, al tiempo que alargué el hacha entre las patas del caballo hasta donde me daba el asta.

La espada golpeó contra mi escudo, resbaló al contacto con la madera, restalló contra el tachón y, en ese instante, el caballo, enredadas las patas traseras en el hacha, dio un relincho y trastabilló. El animal sangraba por una cerneja. Cuando el jinete arremetió de nuevo, me encontró en pie; para entonces, tanto él como su montura marchaban con paso vacilante: el golpe que descerrajó no arrancó sino un chirrido del borde herrado de mi escudo. Aldelmo ordenó a los suyos que acudiesen en ayuda de su campeón, pero Finan, Sihtric y Osferth, montados y armados, ya habían dejado

atrás la puerta del convento, y los hombres del de Mercia parecieron dudar, mientras yo me acercaba al guerrero. Descargó de nuevo la espada, a pesar de lo atemorizada que parecía la caballería; con el escudo, desvié el golpe hacia el suelo y, sin más miramientos, alargué el brazo, así por la cintura al jinete, que, asustado, dio un grito, y tiré de él con todas mis fuerzas. Cayó de la silla, fue a estrellarse contra la tierra mojada y, durante no más de un segundo, pareció confuso. En cuanto se puso en pie, el caballo, sin dejar de relinchar, se apartó de él. El escudo que llevaba en el brazo izquierdo estaba cubierto de barro.

Di un paso atrás y me hice con *Hálito-de-serpiente*; pude oír el siseo de la hoja al deslizarse por la angosta garganta de la vaina.

—¿Cómo os llamáis? —le pregunté. En aquel momento me di cuenta de que más de los míos habían salido del convento; Finan los retenía.

El hombre se abalanzó contra mí, con la esperanza de arrojarme al suelo con su escudo, pero me eché a un lado y pasó de largo.

—¿Cómo os llamáis? —insistí.

—Beornoth —me dijo.

—¿Estuvisteis en Fearnhamme? —le pregunté, y asintió con la cabeza—. No he venido hasta aquí para acabar con vos, Beornoth.

—He jurado lealtad a mi señor —repuso.

—Un hombre indigno —sentenció.

—Nadie mejor que vos para saberlo, vos que habéis quebrantado vuestros juramentos —replicó, y cargó de nuevo contra mí.

Alcé el escudo y paré el golpe, pero bajó el arma con rapidez, pasando la espada por debajo de mi escudo, y la hoja me acertó en la pantorrilla. Como esas estocadas son tan traicioneras, siempre llevaba botas con unas varillas de hierro cosidas por dentro. Algunos se protegen las piernas con grebas, pero tales piezas metálicas bastan para disuadir al contrincante de intentar tal maña, mientras que, con las tiras de hierro ocultas, parece que las piernas quedan al aire, lo que invita a asestar esa estocada que, en realidad, supone el final del adversario. Las varillas frenaron en seco el golpe de Beornoth, que se llevó una buena sorpresa, instante que aproveché para golpearle en la cara con la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*, que sujetaba con fuerza con la mano cubierta con el guantelete. Tambaleándose, dio un paso atrás. Me dolía la pierna izquierda por la estocada que me había propinado pero, con la nariz rota, el otro sangraba; estampé el escudo contra él, obligándole a retroceder de nuevo; arremetí una vez más con el escudo y, esa vez, cayó al suelo de espaldas; le di una patada para apartar el brazo con el que sostenía la espada, le puse un pie en la barriga y situé la punta de *Hálito-de-serpiente* a la altura de su boca. Me dirigió una mirada cargada de odio, mientras se preguntaba si tendría tiempo de enarbolar la espada contra mí, pero supo que no podría hacerlo: un sencillo movimiento de mi mano, y se

ahogaría en su propia sangre.

—¡Guardad silencio, Beornoth! —le ordené en voz baja para, a continuación, gritar a los hombres de Aldelmo—. ¡No he venido aquí para matar a hombres de Mercia! ¡He venido para luchar contra Haesten! —añadí, apartándome del guerrero y retirando la espada de su cara—. ¡En pie! ¡Marchaos! —le dije.

Vacilante, se incorporó, sin saber si la pelea había concluido o no. Ya no había odio en su mirada, sólo desconcierto.

—He jurado que acabaría con vos —dijo.

—¡No seáis necio, Beornoth! —repuse con tono cansino—. Acabo de perdonaros la vida, así que me pertenecéis —le di la espalda, y grité—: ¡Lord Aldelmo envía a un bravo guerrero para que lleve a cabo lo que él no se atreve a hacer! ¿Vais a obedecer las órdenes de un cobarde?

Allí había hombres que se acordaban de mí, y no sólo por lo de Fearnhamme, sino también de cuando habíamos tomado Lundene. Como guerreros que eran, lo que querían era estar a las órdenes de un hombre que les condujese a la victoria. Aunque sabían que Aldelmo no era como ellos, estaban confusos, indecisos. Todos aquellos hombres de Mercia le habían jurado fidelidad, y algunos de ellos, gracias a sus generosas dádivas, se habían hecho ricos. Ésos fueron precisamente quienes espolearon sus monturas y se acercaron a su señor, al tiempo que, con las manos, tentaban las empuñaduras de sus espadas.

—En Fearnhamme —dijo una voz a mis espaldas—, lord Aldelmo pensó en emprender la huida. ¿Creéis que es el hombre que necesitamos para defendernos? —era Etelfleda, a lomos de mi caballo, ataviada con sus ropas conventuales, aunque con sus rubios cabellos al aire—. ¿Quién consiguió que llevarais a cabo aquella matanza? ¿Quién defendió vuestros hogares? ¿Quién veló entonces por vuestras esposas y vuestros hijos? ¿A las órdenes de quién preferís servir? —les preguntó.

Uno de los guerreros de Mercia gritó mi nombre, y los demás le imitaron. Aldelmo había perdido el envite y lo sabía. Ordenó a voces a Beornoth que acabase conmigo, pero el guerrero no se movió de donde estaba. A la desesperada, ordenó a quienes se le habían acercado que me descuartizaran.

—¡Lo que menos falta hace ahora es que empecéis a pelearos entre vosotros! ¡No tardaréis en encontraros cara a cara con vuestros verdaderos enemigos! —dije a voces.

—¡Maldito seáis! —rezongó uno de los hombres de Aldelmo que, espada en mano, espoleó su montura, gesto que acabó con la indecisión que los había paralizado. Otros empuñaron sus espadas y, de repente, todo fue confusión.

Cada hombre decidió por su cuenta, a favor o en contra de Aldelmo, aunque la mayoría estaba en contra. Otros, sin embargo, siguieron el ejemplo del hombre que se había lanzado a por mí, que ya descargaba su espada; desvié el golpe con el escudo,

mientras los que venían detrás se arremolinaban donde yo estaba y sólo se oyó el entrecuchar de espadas. Finan se encargó del primer atacante. Reparé en que Osferth había llevado su caballo hasta situarlo delante de Eteflada para proteger a su hermanastra, aunque no corría peligro. Eran los hombres de Aldelmo los que se estaban llevando la peor parte. El propio Aldelmo, muerto de miedo, se las compuso para sacar a su caballo de tan inesperada como encarnizada pelea. Aunque llevaba la espada en la mano, lo único que quería era salir de allí pero, rodeado como estaba por todas partes, al verme cayó en la cuenta de que me sacaba ventaja, porque él iba a caballo y yo no, y dio media vuelta y se abalanzó sobre mí para matarme.

Atacó a la desesperada, como quien ya no tiene nada que perder. No se paró a pensar en cómo atacar, como Beornoth, sino que se llegó a mi lado tan rápido como le fue posible y descargó su espada con todas sus fuerzas. Mantuve a *Hálito-de-serpiente* en posición vertical y aguanté el golpe. Conocía bien mi espada y lo resistente que era. Había estado presente cuando Ealdwulfo, el herrero, había forjado los cuatro vástagos de hierro y los tres de acero en una única y larga hoja. Con ella, había peleado y matado, la había cruzado con hojas empuñadas por sajones, daneses, normandos y frisonos. La conocía bien y me fiaba de ella, y cuando la espada de Aldelmo se encontró con la mía, se produjo un estruendo que debió de oírse incluso en la otra orilla del río, y entonces supe lo que había pasado.

La espada se le había partido, se le había roto. El extremo quebrado, las dos terceras partes de la hoja, me dio en el yelmo y fue a parar al barro. Entonces, me encaré con Aldelmo, que, con un remedo de espada en la mano, trató de huir. No había salida. La pelea había concluido. Los hombres que habían acudido en su ayuda estaban muertos o desarmados. Los dos nos quedamos en medio del círculo que formaron los guerreros que se habían puesto de mi parte. Aldelmo refrenó el caballo y se me quedó mirando. Abrió la boca, pero no fue capaz de articular palabra.

—¡Pie a tierra! —le dije y, al ver que dudaba, grité de nuevo—: ¡Desmontad! —Beornoth se hizo cargo del caballo—. ¡Dadle vuestra espada! —le ordené.

A pie, Aldelmo parecía inseguro. Llevaba escudo y tenía en sus manos la espada de Beornoth pero, en lugar de mostrar coraje para luchar, se lamentaba. Es desagradable matar a un hombre en esas condiciones, así que lo despaché con rapidez. Una estocada por encima del escudo con su divisa le obligó a alzarlo, momento en que dejé caer *Hálito-de-serpiente* sin llegar a asestar el golpe, propinándole sólo un tajo en el tobillo izquierdo, aunque con la fuerza suficiente para derribarlo. Hincó la rodilla en el suelo, y mi espada le mordió en uno de los lados del cuello. Pero llevaba una caperuza de malla bajo el yelmo, y los eslabones aguantaron. Del golpe, cayó de bruces en un charco; descargué mi espada de nuevo, y entonces cedió la cota de malla que le protegía el cuello, y brotó la sangre salpicando a los jinetes que estaban más cerca. Gritaba y temblaba sin parar. Retiré la hoja y coloqué

la punta de la espada en el boquete de sangre y acero desgarrado, se la clavé con fuerza en la garganta y la giré. Sin dejar de temblar y sangrando como un cerdo, cayó muerto.

Arrojé su estandarte al Temes; puse las manos en forma de bocina de nuevo y les grité a los hombres que estaban al otro lado del río:

—¡Ya podéis decirle a Alfredo que Uhtred de Bebbanburg ha regresado!

Sólo que en aquella ocasión estaba del lado de Mercia.

* * *

Eteflada insistió en que Aldelmo recibiera un entierro cristiano. En el pueblo, había una iglesia pequeña, no mucho mayor que una vaquería, con una cruz clavada en el aguilón, rodeada de un cementerio. Allí cavamos las fosas para los seis hombres que habían muerto. No todas las tumbas tenían lápida, de modo que uno de los hombres que manejaban las palas tropezó con un cadáver y, tras desgarrar el sudario de tela que lo envolvía, dejó al descubierto trozos de carne y huesos malolientes. Colocamos a Aldelmo en una de las fosas y, como eran tantos los hombres de Mercia que habían servido a sus órdenes, por no herirles en su dignidad, permití que lo enterrasen con sus mejores galas y su cota de malla. De todos modos, me quedé con el yelmo, una cadena de oro y su caballo. El padre Pyrlig rezó una oración sobre las tumbas recién cerradas, y nos marchamos del lugar. Como mi primo estaba en sus propiedades, cerca de Gleawecestre, allí nos dirigimos. Contaba con más de doscientos hombres, la mayoría de Mercia, rebeldes sin duda desde el punto de vista de mi primo.

—¿Queréis que mate a Etefredo? —pregunté a Eteflada.

—Claro que no —repuso asustada.

—¿Por qué no?

—¿Aspiráis a ser el señor de Mercia? —replicó.

—No.

—Aparte de ser mi marido, es el *ealdorman* más importante de Mercia —dijo, para añadir encogiéndose de hombros—: Me guste o no, estoy casada con él.

—No podríais seguir casada con un muerto.

—El asesinato también es pecado —añadió con dulzura.

—Pecado —dije con desdén.

—Algunos pecados son tan graves que ni siquiera una vida entera de penitencia basta para que nos sean perdonados.

—En ese caso, permitidme que peque —apunté.

—Sé de los sentimientos que alberga vuestro corazón —me dijo— y, si no os refrenase, sería tan culpable como vos.

Farfullé algo, y me despedí de cualquier manera de la gente que se postraba

cuando pasamos por aquella aldea de techumbres de paja, estercoleros y cerdos. Los lugareños no tenían ni idea de quiénes éramos, pero de sobra sabían lo que representaban cotas de malla, armas y escudos. Quizá contuvieran la respiración hasta que nos vieron partir, pero pronto, pensé, los daneses llegarían por el mismo camino, y aquellas techumbres arderían y sus hijos serían vendidos como esclavos.

—Supongo que cuando os llegue la hora de la muerte, querréis pasar el trance con una espada en la mano —comentó Etefleda.

—Pues claro.

—¿Por qué?

—De sobra sabéis la razón.

—Porque así iréis al Valhalla. Cuando yo muera, Uhtred, me gustaría ir al cielo. ¿Acaso pensáis impedírmelo?

—Claro que no.

—Entonces no puedo cometer un pecado tan espantoso como el asesinato. Etefredo debe, pues, seguir con vida. Además —añadió con una sonrisa—, mi padre nunca me perdonaría que hubiera asesinado a Etefredo, o que hubiera permitido que vos acabarais con él. Y no quiero que mi padre se disguste. Le tengo cariño.

Me eché a reír.

—Hagáis lo que hagáis, vuestro padre se sentirá molesto.

—¿Por qué lo decís?

—Porque habéis recurrido a mí en busca de ayuda.

Etefleda me dirigió una mirada cargada de sentido.

—¿A quién pensáis que se le ocurrió semejante idea?

—¿Cómo? —le pregunté boquiabierto, mientras ella reía—. ¿Vuestro padre quería que yo acudiese en vuestra ayuda?

—¡Pues claro! —repuso.

Me sentí como un pelele. Pensaba que había escapado de las garras de Alfredo, y era él quien había conseguido que volviera al sur. Aunque debía de estar al tanto de todo, bien se había guardado Pyrlig de decir nada.

—¡Si vuestro padre no puede ni verme! —acerté a decirle a Etefleda.

—En eso, estáis errado. Piensa que sois como un podenco caprichoso al que, de vez en cuando, hay que darle un azote —me explicó con una sonrisa de reconvención, al tiempo que se encogía de hombros—. Sabe que Mercia está en el punto de mira, Uhtred, y teme que Wessex no pueda ser de gran ayuda.

—Wessex siempre ha sacado a Mercia de tales apuros.

—No, si los daneses desembarcan en las costas de Wessex —me dijo, y a punto estuve de echarme a reír a carcajadas.

Tanto empeño como habíamos puesto en Dunholm para que nadie supiera nada de lo que teníamos pensado, y Alfredo ya andaba con los preparativos para hacer frente

a lo que habíamos planeado. Con tal de que fuera al sur, no había dudado en servirse de su hija. Lo primero que pensé fue en lo listo que era. Luego, me pregunté qué pecados estaría dispuesto a pasar por alto hombre tan perspicaz, si de verdad quería evitar que los daneses acabasen con el cristianismo en Inglaterra.

Dejamos atrás la aldea, y cabalgamos por soleados parajes. La hierba reverdecía y crecía con rapidez. El ganado, lejos de las cuatro paredes donde había pasado el invierno, retozaba a sus anchas. Una liebre, sentada sobre las patas traseras, se nos quedó mirando; se alejó asustada, se acomodó de nuevo y se volvió a mirarnos. El camino que seguíamos nos llevaba hacia unas suaves colinas. Aquéllas eran buenas tierras, con agua a raudales y fértiles, los terrenos soñados para cualquier danés. A mí, que conocía los parajes de donde procedían y había visto cómo arañaban el magro sustento que a duras penas sacaban de pequeñas parcelas de tierra arenosa y peñascos, no me extrañaba nada que quisieran apoderarse de Inglaterra.

Cuando el sol ya se ponía, dejamos atrás otra aldea. Una muchacha que, con ayuda de un balancín sobre los hombros, llevaba dos barreños de leche, se asustó tanto al ver hombres armados que dio un tropezón al tratar de doblar la rodilla, vertió el precioso líquido por las roderas del camino y se echó a llorar. Le arrojé una moneda de plata, suficiente para que se secara las lágrimas, y le pregunté si por allí cerca vivía algún señor. Nos señaló hacia el norte, donde, tras una tupida hilera de olmos, atisbamos un precioso caserío rodeado de una cerca medio desmoronada.

El *thegn* de aquella aldea se llamaba Ealdhith. Era un hombre corpulento y pelirrojo que se quedó horrorizado al ver el número de animales y jinetes que buscaban un sitio donde pasar la noche.

—No puedo daros de comer a todos —rezongó—. Además, ¿quiénes sois?

—Mi nombre es Uhtred —contesté—, y la dama es lady Etefleda.

—Señora —dijo, doblando una rodilla en tierra.

Ealdhith nos dio bien de cenar aunque, a la mañana siguiente, no dejaba de lamentar que hubiéramos acabado con todos sus barriles de cerveza. Para mejor consolarlo, le resarcí con un eslabón de oro que corté de la cadena que había llevado Aldelmo. No nos contó grandes novedades aunque, por supuesto, estaba al tanto de que Etefleda había estado cautiva en el convento de Lecelad.

—Le mandábamos huevos y harina, mi señor —me dijo.

—¿Por qué?

—Pues porque estoy a un tiro de piedra de Wessex, y quiero que los sajones traten con amabilidad a mis gentes.

—¿Habéis visto daneses por aquí esta primavera?

—¿Daneses, mi señor? ¡Esos cabrones ni se acercan! —parecía muy seguro de lo que decía, lo que explicaba el estado de deterioro de la cerca—. Nosotros nos dedicamos a labrar la tierra y a sacar adelante el ganado —añadió con cautela.

—Si lord Etelredo os convocase, ¿acudiríais a guerrear a su lado? —le pregunté.

—Rezo para que eso no ocurra, mi señor. Pero claro que acudiría. Dispongo de seis buenos guerreros.

—¿Estuvisteis en Fearnhamme?

—Me lo perdí, mi señor, porque me había roto una pierna —y se levantó las polainas para enseñarme una pantorrilla magullada—. Por suerte, salí de aquélla.

—Estad preparado para acudir en cualquier momento —le advertí.

—¿Va a haber guerra? —preguntó santiguándose.

—Siempre puede haber conflictos —repuse, aupándome a la silla del magnífico corcel de guerra de Aldelmo. No acostumbrado a mí, el animal se agitó un poco; le pasé una mano por el cuello.

Con el aire fresco de la mañana, nos pusimos en camino hacia el oeste. Mis hijos venían conmigo. En sentido contrario, apareció un mendigo, que se puso de rodillas en la cuneta para dejarnos pasar y nos tendió una mano destrozada.

—Me hirieron durante la toma de Lundene —decía; en aquella época, eran muchos los heridos de guerra que se dedicaban a mendigar. Le di a mi hijo Uhtred una moneda de plata y le dije que se la arrojase al hombre; así lo hizo, aunque añadiendo:

—¡Que Cristo te ayude!

—¿Qué has dicho? —le pregunté.

—Ya le habéis oído —dijo Etelfleda, que cabalgaba a mi izquierda, con una sonrisa.

—He formulado un deseo piadoso, padre —respondió mi hijo.

—¡No irás a decirme que te has hecho cristiano! —repuse con un bufido.

Se sonrojó pero, antes de que dijera nada, Osferth se acercaba al galope desde atrás, sorteando a los hombres que nos seguían.

—¡Mi señor, mi señor!

—¿Qué pasa?

No dijo nada; se limitó a señalar el camino por el que habíamos venido.

Me volví y vi una espesa nube de humo que, por el este, se alzaba en el horizonte. ¡Cuántas columnas de humo no habré visto en mi vida, y cuántas no habré provocado! Señales inequívocas de guerra.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Etelfleda.

—Haesten —repuse, sin pensar en la necedad de mi hijo—. ¡Tiene que ser Haesten! —no se me ocurría otra explicación.

La guerra había comenzado.

CAPÍTULO XII

Setenta de nosotros nos dirigimos hacia la columna de humo, que más parecía una mancha oscura que se desplazase con lentitud por el horizonte brumoso. La mitad de los que venían conmigo eran de los míos; la otra mitad, hombres de Mercia. Dejé a mis hijos en la aldea, y ordené a Osferth y a Beornoth que no se movieran de allí hasta que volviéramos.

Etelfleda insistió en acompañarnos. Traté de disuadirla, pero se negó a atender mis razones.

—Son mis tierras, mi gente —insistió con determinación—; quiero ver qué les ha pasado.

—Probablemente, nada —le dije.

Con frecuencia se producen incendios. En todas las casas, bajo las techumbres de paja, siempre hay hogares al aire, y todo el mundo sabe lo mal que casan chispas y paja. Con todo, tuve un presagio, y me embuté en la cota de malla antes de emprender el camino de regreso. Nada más ver el humo, lo primero que sospeché era que se trataba de Haesten y, aunque bien pensado tal explicación se me antojaba inverosímil, no era capaz de quitarme de la cabeza aquel presentimiento.

—No se ve humo por ningún otro lado —apuntó Finan cuando ya llevábamos medio camino recorrido. Lo normal es que si una partida saquea un territorio, prenda fuego a todas las aldeas que encuentre a su paso; pero sólo se veía una oscura columna de humo que se alzaba hacia el cielo—. Además, y si es allí donde hay fuego, Lecelad queda muy lejos de Anglia Oriental —añadió.

—Tenéis razón —rezongué.

Lecelad caía muy a desmano del campamento de Haesten en Beamfleot; era un enclave tan adentrado en territorio sajón que cualquier ejército danés que pretendiese atacarlo se exponía a un grave peligro. Aparte de una chispa perdida y una techumbre reseca, como Finan y yo nos empeñábamos en creer, nada más parecía tener sentido.

No había duda de que el fuego era en Lecelad. Íbamos por un terreno tan llano y arbolado que tardamos un rato en situarlo. Todas nuestras dudas se disiparon cuando llegamos lo bastante cerca para distinguir el resplandor de las llamas, a pesar de la humareda. Hasta entonces habíamos seguido el curso del río; en aquel instante, decidí abandonarlo de forma que nos acercáramos a la aldea desde el norte. Se me había ocurrido que los daneses tendrían que emprender la huida por ese lado y que, a lo mejor, teníamos una posibilidad de cortarles la retirada. Si bien la razón me llevaba a pensar que sólo era un percance doméstico, el instinto me decía que había algo más.

Llegamos al camino que iba a la aldea desde el norte, lleno de pisadas de caballos. El tiempo había sido seco, así que las marcas de los cascos no se apreciaban con claridad pero, a simple vista, hubiera jurado que no eran las que habían dejado

los hombres de Aldelmo que, tan sólo un día antes, habían seguido esa misma ruta hasta la aldea. Había demasiadas huellas, y las que se dirigían hacia el norte habían borrado casi por completo las de las caballerías que la habían hollado en sentido contrario. Quienes hubieran pasado por Lecelad ya estaban fuera de nuestro alcance.

—Han estado por aquí y se han ido —dijo el padre Pyrlig, que llevaba un enorme espadón atado a la cintura por encima de la sotana.

—Cien como poco —añadió Finan, tras examinar las huellas que se veían a ambos lados del camino.

Volví la vista al norte, pero no acerté a distinguir nada. Si los jinetes de la partida no hubieran estado ya demasiado lejos, habría atisbado al menos una nube de polvo. Nada, sin embargo, perturbaba la tranquilidad de los verdes campos.

—Vamos a ver qué han hecho esos cabrones —dije, dando media vuelta hacia el sur.

Quienquiera que se hubiera dejado caer por allí y ya se hubiera marchado, y estaba convencido de que eran hombres de Haesten, había actuado con rapidez. Supuse que habrían llegado a Lecelad al atardecer, habrían causado cuantos desmanes les hubieran venido en gana y habrían partido al amanecer. Sabían que se habían adentrado peligrosamente en la Mercia sajona, y no habían perdido el tiempo. Habían actuado con celeridad y se habían dado toda la prisa del mundo por volver a lugar seguro. Mientras, nosotros nos adentrábamos en el olor cada vez más penetrante de madera quemada. De madera y de carne quemadas.

El convento había desaparecido o, más bien, había quedado reducido a un esqueleto ardiente de vigas de roble que se vino al suelo cuando llegamos. Fue tal el estrépito que mi caballo, asustado, retrocedió. De los rescoldos salió un gran remolino que formó una enorme nube de humo que arrastró el viento.

—¡Dios mío! —exclamó Eteflada, santiguándose. Horrorizada, miraba a un lado de la empalizada que no había ardido donde, con los brazos abiertos y pegados a las estacas, se veía un pequeño cuerpo desnudo—. ¡No! —gritó, al tiempo que espoleaba su caballo a través de las pavesas esparcidas por el suelo.

—¡Volved! —le grité, pero Eteflada, tras saltar de la silla de su montura, se arrodilló a los pies del cadáver de una mujer: la abadesa Werburga. La habían crucificado en la empalizada. Unos grandes clavos oscuros le traspasaban las manos y los pies. A pesar de lo menuda que era, su escaso peso había bastado para desgarrarle la carne, los tendones y los huesos alrededor de los clavos, de forma que las heridas se habían agrandado y unos hilillos de sangre reseca serpenteaban por sus escuálidos brazos.

—Era una buena mujer, Uhtred —exclamó Eteflada. En ese instante, la tumefacta mano derecha de la abadesa se desprendió del clavo que la sujetaba, el cadáver se desplazó y el brazo descolgado pasó rozando la cabeza de Eteflada, que

dio un grito; luego, tomó entre las suyas aquella mano destrozada y cubierta de sangre, y la besó—. Me ha dado su bendición, Uhtred. Aun después de muerta me ha bendecido. ¿No lo habéis visto?

—Apartaos de ella —le dije de buenas maneras.

—¡Me ha tocado!

—Apartaos —volví a decir. Cedió a que la alejase del cadáver y la apartase del calor de las llamas que ardían a pocos pasos de donde estábamos.

—Debemos enterrarla como Dios manda —insistió Eteflada, tratando de apartarse de mí para volver junto a la crucificada.

—Y así se hará —le aseguré, sin permitirle acercarse.

—¡No dejéis que se queme! —me suplicó con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Las llamas del infierno no han de lamer su cuerpo! ¡Permitidme que la aparte del fuego!

El cadáver de Werburga estaba muy cerca de las llamas que consumían el otro lado de la empalizada, que no tardarían en prender donde estábamos nosotros. Aparté a Eteflada, regresé junto al cadáver de la abadesa, arranqué su cuerpo menudo de los dos clavos que aún la sujetaban y me la eché al hombro, cuando una ráfaga de aire levantó una espesa nube de humo negro que me envolvió por completo. Noté el calor del fuego a mis espaldas y comprendí que la empalizada entera estaba ardiendo. Pero el cadáver de Werburga estaba a salvo. Boca abajo, lo deposité en la orilla del río; Eteflada lo cubrió con un manto. Las tropas sajonas debían de haber solicitado refuerzos porque, sin ocultar su asombro, unos cuarenta hombres nos miraban desde la otra orilla.

—¡Por Dios, por san Patricio y por san José! —se le escapó a Finan, que había llegado a mi lado, mientras contemplaba a Eteflada, arrodillada junto al cuerpo sin vida de la abadesa. Al ver que prefería que la dama no escuchase lo que había venido a decirme, me lo llevé río abajo, hacia el molino que también ardía por los cuatro costados—. ¡Esos cabrones han profanado la tumba de Aldelmo!

—¡Yo lo llevé a ella! ¡Qué más da lo que hayan hecho con sus restos!

—Lo mutilaron —dijo Finan, enfurecido—. Lo desnudaron, le quitaron la cota de malla y descuartizaron el cadáver. Cuando quisimos darnos cuenta, unos cerdos lo estaban devorando —añadió al tiempo que se santiguaba.

Volví los ojos hacia la aldea. La iglesia, el convento y el molino habían ardido, pero sólo habían prendido fuego a dos de las cabañas, aunque supuse que todas habrían sido saqueadas. Los asaltantes debían de llevar prisa, porque sólo habían incendiado lo poco que allí había de valor, sin tiempo para arrasar Lecelad por completo.

—Sabía que Haesten era un ser despreciable, pero, ¿a cuento de qué mutilar un cadáver y crucificar a una mujer? Eso no es propio de él —comenté.

—Fue Skade, mi señor —apuntó Finan, haciéndole señas a un hombre que

llevaba una cota de malla corta y un yelmo de bordes herrumbrosos—. ¡Tú, ven aquí! —gritó.

El hombre se postró de rodillas ante mí y se quitó el yelmo.

—Me llamo Cealworth, mi señor; estoy al servicio del *ealdorman* Etelnoth —se presentó.

—¿Formáis parte del grupo de centinelas apostado al otro lado del río? —le pregunté.

—Sí, mi señor.

—Lo atrapamos cuando se disponía a cruzar el río en un bote —añadió Finan—. Ahora cuéntale a lord Uhtred lo que viste.

—Era una mujer, mi señor —me explicó Cealworth, muy nervioso—, una mujer alta, de cabellos negros. La misma que... —pero se calló la boca, como si hubiera pensado que más le valía guardar silencio.

—Continuad —le dije.

—La misma mujer que vi en Fearnhamme, después de la batalla.

—¡Poneos en pie! —le ordené—. ¿Queda algún lugareño con vida? —le pregunté a Finan.

—Algunos —repuso con gesto de abatimiento.

—Unos pocos consiguieron cruzar el río a nado, mi señor —aseguró Cealworth.

—Los pocos que han sobrevivido dicen lo mismo que éste —añadió Finan.

—¿Skade?

—Al parecer, ella era quien iba al frente, mi señor —asintió el irlandés.

—¿Nadie ha visto a Haesten?

—Si anduvo por aquí, nadie reparó en él.

—Era la mujer quien daba las órdenes, mi señor —insistió Cealworth.

Me quedé mirando al norte, y me pregunté qué habría pasado en el resto de Mercia. Busqué reveladoras columnas de humo, pero ni rastro. Etelfleda se acercó a mí y, sin pensármelo dos veces, le pasé un brazo por los hombros. No se apartó.

—¿Por qué habrán elegido precisamente este lugar? —se preguntó Finan.

—Venían a por mí —dijo Etelfleda con amargura.

—Ésa podría ser una buena razón, señora —convino el irlandés.

En cierto modo, tenía sentido. Estaba convencido de que Haesten habría enviado espías a Mercia, mercaderes o vagabundos, cualquiera que pudiera deambular de un sitio a otro sin despertar sospechas; se habría enterado de que Etelfleda estaba confinada en Lecelad, y habría considerado que ésa sí que era una pieza valiosa y más que útil como rehén. Pero, ¿por qué enviar a Skade para hacerse con ella? Aunque me lo callé, pensé que lo más probable era que hubiera ido en busca de mis hijos. Los espías de Haesten le habrían informado de que los tres estaban con Etelfleda, y Skade no podía ni verme. No había crueldad en el mundo capaz de saciar

el odio que ella sentía. Caí en la cuenta de que mis sospechas iban por buen camino y me estremecí. Si hubiera pasado por allí dos días antes, se habría llevado a mis hijos y yo estaría a su merced. Acaricié el martillo de Thor.

—Enterremos a los muertos, y vayámonos de aquí —me limité a decir.

Una abeja vino a posarse en mi mano derecha, la que tenía apoyada en el hombro de Etelfleda. No traté de espantarla para no retirar el brazo. Sentí cómo se posó en mi mano; su cosquilleo mientras se acercaba al dedo pulgar. Pensé que echaría a volar pero, cuando menos me lo esperaba, me clavó el aguijón. Solté una maldición al sentir la picadura, acabé con ella de un manotazo y, de paso, le di a Etelfleda un buen susto.

—Restregaos una cebolla en esa picadura —me dijo.

No podía perder el tiempo en buscar una cebolla, así que la dejé como estaba. Sabía que aquella mordedura era un mal presagio, un mensaje de los dioses; aunque nada bueno auguraba, preferí no darle más vueltas.

Enterramos a los muertos. La mayoría de las monjas habían quedado reducidas a minúsculos cuerpos quemados que abultaban poco más que un niño, así que metimos a todas en la tumba de su abadesa crucificada. El padre Pyrlig rezó un responso, y de nuevo nos pusimos en camino hacia el oeste. Para cuando volvimos al lado de Osferth y Beornoth, de los hombres que habían quedado a sus órdenes y de mis hijos, tenía la mano tan hinchada que apenas podía doblar los dedos para sujetar las riendas del caballo, y mucho menos, desde luego, empuñar una espada.

—Dentro de una semana, habrá desaparecido —intentó sosegar me Finan.

—Ojalá dispusiéramos de esos siete días —dije con pesimismo, mientras, sorprendido, el irlandés me miró y yo me limité a encogerme de hombros—. Los daneses se han puesto en marcha, y no sabemos qué está pasando —añadí.

Nos desplazábamos con las esposas y las familias de los hombres que venían conmigo, lo que nos retrasaba en demasía, de modo que ordené a unos cuantos que se quedasen al cuidado y, más despacio, siguieran nuestros pasos, mientras nosotros picábamos espuelas hacia Gleawecestre. Pasamos la noche en las colinas que se alzan al oeste de la ciudad. Al amanecer, vimos unas manchas de humo en el cielo por el norte y por el este. Demasiadas para contarlas; en algunos lugares, estaban tan próximas que formaban oscuros manchones que podían pasar por nubes, aunque yo creía que se trataba de otra cosa.

—Mis pobres tierras —dijo Etelfleda con preocupación nada más verlas.

—Haesten —comenté.

—Mi marido ya debería haberse puesto en marcha para pararles los pies —añadió.

—¿Acaso dudáis que lo haya hecho?

—Esperará a que vuelva Aldelmo para que le diga qué debe hacer —repuso

negando con la cabeza.

Me eché a reír. Habíamos llegado a lo alto de las colinas que se asoman al valle por el que discurre el río Sæfern. Detuve mi caballo, y eché un vistazo a las propiedades de mi primo, al sur de Gleawecestre. De haber dispuesto de una casona de la mitad de las dimensiones de la que tenía su hijo, el padre de Etelfredo se habría dado más que por satisfecho; junto a la nueva y suntuosa mansión, se alzaban las cuadras, una iglesia, unos establos y un enorme granero construido sobre pilastras de piedra para mantener a las ratas a raya. Una empalizada rodeaba todas las construcciones, las nuevas y las antiguas. A medio galope, bajamos la colina. En lo alto del portón, unos centinelas vigilaban desde un adarve de madera. Debieron de reconocer a Etelfleda, porque, sin darnos el alto siquiera, ordenaron que abrieran las enormes puertas de par en par.

Una vez en el amplio patio, salió a recibirnos el intendente de Etelfredo, quien, si se llevó una sorpresa al ver a Etelfleda, nada dejó traslucir, limitándose a hacerle una profunda reverencia y darle la bienvenida. Unos esclavos nos presentaron unos cuencos de agua para que nos lavásemos las manos y unos mozos de cuadra se hicieron cargo de los caballos.

—El señor está en la estancia principal —le dijo el servidor a Etelfleda; por primera vez, dio muestras de nerviosismo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la joven.

—Perfectamente, gracias a Dios —repuso, mientras me echaba una ojeada antes de volver la vista hacia la dama—. ¿Habéis venido para asistir al consejo?

—¿Qué consejo? —se interesó Etelfleda que, tras hacerse con un paño de lana que le tendía el esclavo, se secaba las manos.

—Los paganos andan revueltos, mi señora —informó el intendente con prudencia, antes de volver a clavar sus ojos en mí.

—Lord Uhtred de Bebbanburg —le aclaró Etelfleda, con fingida indiferencia—. Sí, hemos venido para el consejo.

—Anunciaré a vuestro esposo vuestra llegada —repuso el criado, quien, sobresaltado al oír mi nombre, sin querer había dado un paso atrás.

—No hace falta que nos anunciéis —replicó Etelfleda con aspereza.

—En ese caso, si no os importa, entregadme vuestras espadas —dijo el intendente.

—¿Alguno de los que están ahí dentro va armado? —pregunté.

—Sólo los hombres de la guardia del *ealdorman*, mi señor; nadie más.

Tras dudarle un momento, acabé por entregarle las dos espadas que llevaba. Lo normal era que nadie portase armas en presencia de un rey. Estaba claro, pues, que Etelfredo se sentía tan cerca de serlo que reclamaba idéntica cortesía, si bien más que de buenos modales, se trataba de una cautela para evitar cualquier reyerta sangrienta

entre hombres ebrios al final de un banquete. Dudé un rato si desprenderme o no de *Hálito-de-serpiente*, pero supuse que su larga hoja sería vista como una provocación en toda regla.

Conmigo venían Osferth, Finan, el padre Pyrlig y Beornoth. La mano me dolía a rabiar; se me había puesto roja y estaba tan hinchada que bien pensé que un simple roce con el filo de un cuchillo bastaría para que se reventase como fruta en sazón. Cuando pasamos del patio soleado a la oscura penumbra de la estancia principal de Etelredo, la oculté bajo la capa.

Frente a la reacción comedida del intendente al ver a Etelfleda, la actitud de su marido fue más allá de toda medida. En un primer momento, al vernos entrar, pareció montar en cólera, molesto por la interrupción; luego, se mostró más tranquilo, porque debió de pensar que era Aldelmo quien había llegado; cuando se dio cuenta de quiénes éramos, durante un instante más que grato para nosotros, se quedó aterrorizado. Estaba sentado en un sitial que más parecía un trono, situado en el estrado donde, habitualmente, se colocaba la mesa de respeto durante los banquetes. Adornaba su pelirroja cabeza una fina diadema de bronce, que no difería mucho de una corona. Llevaba una gruesa cadena de oro por encima del jubón bordado y una capa teñida de color escarlata oscuro con adornos de piel. En la parte posterior de la tarima, dos soldados de pie, pertrechados de espadas y escudos, montaban guardia; a ambos lados de Etelredo, dos curas sentados de cara a cuatro bancos atestados situados a sus pies. Los dieciocho hombres que los ocupaban se volvieron a ver quiénes éramos. El cura que estaba a la derecha de mi primo era el obispo Asser, mi eterno rival, quien, sin salir de su asombro, me miraba con unos ojos como platos. Estaba claro que nada sabía de los tejemanejes de Alfredo para que yo regresase.

Fue Asser quien, en un gesto más que revelador, rompió el silencio. Aunque estuviera en la mansión de Etelredo, *ealdorman* de Mercia, no por eso el obispo galés dejaba de llevar la voz cantante, una prueba más del ascendiente de Alfredo sobre la Mercia sajona, de esa influencia que, en el fondo, a Etelredo tanto incomodaba. Aun impaciente por que Alfredo falleciese para así sustituir la diadema que llevaba por una corona en condiciones, necesitaba del respaldo que Wessex le proporcionaba. La misión del obispo Asser, astuto y taimado, no era otra que cerciorarse de que se cumplían las órdenes de Alfredo. Puesto en pie, me señaló con un dedo descarnado.

—¡Vos! —exclamó, mientras un par de podencos corrían a saludar a Etelfleda, que intentaba tranquilizarlos, y la voz del prelado tronaba por encima de los comentarios de los presentes—. ¡Pero si sois un proscrito! —aulló.

Le dije que guardara silencio pero, como es natural, siguió apostrofándome, cada vez más fuera de sí, hasta que el padre Pyrlig se dirigió a él en galés. No entendí ni palabra de lo que le dijo el cura; sólo sé que Asser calló la boca, aunque siguió farfullando por lo bajo y señalándome con el dedo. Supongo que el padre Pyrlig

debió de explicarle las artimañas de Alfredo para que yo volviese del norte; pero de poco consuelo debió de servirle semejante explicación al obispo, que me tenía por esbirro del demonio de su religión, esa criatura a la que llaman Satán. En cualquier caso, guardó silencio cuando Etelfleda subió al estrado y, tras dar un chasquido con los dedos, un criado se apresuró a acercarle una silla. Se llegó a Etelredo y le dio un afectado beso en la mejilla delante de todos, al tiempo que le susurraba algo al oído que le hizo sonrojarse. Luego, tomó asiento a su lado y entrelazó su mano con la de su marido.

—Sentaos, obispo —le dijo a Asser, antes de volverse con gesto grave a los señores allí reunidos—. Traigo malas noticias. Los daneses han arrasado el convento de Lecelad. Todas las monjas han muerto, así como mi apreciado lord Aldelmo. Que Dios se apiade de sus almas.

—Amén —rezongó el padre Pyrlig.

—¿Cómo murió lord Aldelmo? —se interesó el obispo Asser.

—Tiempo habrá de hablar de tan lamentables sucesos. Antes hemos de tomar una decisión acerca de un asunto mucho más apremiante —repuso Etelfleda, sin mirar siquiera al obispo—. En estos momentos, lo que más importa es saber si estamos en condiciones de derrotar al *jarl* Haesten.

Hubo un momento de confusión. Ninguno de los señores allí reunidos sabía del alcance de la invasión de Haesten. En cuestión de pocas horas habían llegado a Gleawecestre no menos de doce mensajeros, portadores todos de estremecedoras noticias sobre despiadados e inesperados ataques llevados a cabo por jinetes daneses. Tras escuchar el relato de tales sucesos, llegué a la conclusión de que Haesten pretendía sembrar el caos en Mercia. Debía de marchar al frente de dos o tres mil hombres; los habría dividido en grupos más reducidos, y los habría enviado a asolar, saquear y arrasar el norte del territorio. De ese modo, era imposible saber de cuántos daneses estábamos hablando, pues andaban por todas partes.

—¿Qué pretenden? —se preguntó Etelredo con voz lastimera.

—Quiere ocupar vuestro puesto —afirmé.

—No sois quién para hablar aquí —rezongó Asser.

—Obispo —terció Etelfleda tajante—, si tenéis algo útil que aportar, sois libre de decir lo que queráis. Si tan sólo aspiráis a ser un estorbo, os ruego que vayáis a la iglesia y presentéis vuestras quejas ante Dios —palabras que fueron acogidas con pasmo y en silencio. Como enviado de Alfredo, el obispo Asser era quien llevaba la voz cantante en aquella asamblea, autoridad que Etelfleda acababa de retirarles delante de todos. Con calma, sostuvo la mirada indignada del prelado hasta que éste apartó la vista—. Las cuestiones a las que hemos de dar respuesta son bastante sencillas. ¿Cuántos daneses son? ¿Qué vienen buscando? ¿Cuántos hombres podemos reunir para hacerles frente? ¿De dónde van a salir los hombres que necesitamos?

Se notaba que Etelredo estaba aún visiblemente molesto por la aparición de su esposa. Los señores allí presentes debían de estar al tanto de sus desavenencias. Sin embargo, allí estaba Etelfleda, de la mano de su esposo, como si nada. Nadie se atrevió a cuestionar su presencia. El propio *ealdormati* estaba tan confundido que consintió en que fuera su esposa quien presidiese el consejo, y lo hizo con desenvoltura. Los ojos de Etelfleda transmitían una delicada dulzura pero, tras aquella mirada bondadosa, se ocultaba una mente tan despierta como la de su padre y una voluntad no menos firme que la de su madre.

—No habléis todos a la vez —exigió, alzando la voz por encima del barullo—. Lord Ælfwold —interpeló con una sonrisa a un hombre de gesto hosco, sentado en el banco más próximo al estrado—, tengo entendido que vuestras tierras han sufrido los ataques más devastadores. En vuestra opinión, ¿de cuántos enemigos estamos hablando?

—De entre dos y tres mil hombres —repuso el aludido, sin tenerlas todas consigo—. Aunque bien podrían ser más. No sabría deciros.

—¿Se desplazan en pequeños grupos?

—Una docena de cuadrillas cuando menos, si no son una veintena.

—¿De cuántos hombres disponemos para hacerles frente? —preguntó a su marido, con voz respetuosa.

—De mil quinientos —repuso Etelredo, de mal talante.

—¡Seguro que tenemos más! —exclamó Etelfleda.

—Vuestro padre —contestó mi primo, sin disimular el retintín con que pronunció tales palabras— reclama la presencia de quinientos de los nuestros para defender Lundene.

—Pensaba que eran sajones los hombres de la guarnición de la ciudad —observé; lo decía con conocimiento de causa, no en vano había estado al frente de ella durante cinco años.

—Alfredo ha dejado trescientos hombres en Lundene —dijo el obispo Asser, tratando de adoptar un tono conciliador—; los demás han salido para Wintanceaster.

—¿Y eso?

—Haesten nos advirtió de que vos y los *jarls* del norte —repuso el obispo, torciendo el gesto y tomando aire, incapaz de controlar los espasmos que sacudían aquella cara de comadreja que tenía— habíais decidido marchar sobre Wessex. ¿Es eso cierto? —preguntó sin disimular su rabia.

Dudé un instante. Nada había dicho de los proyectos de Ragnar porque era amigo mío, y pensé que ya se encargaría el destino de desvelar los planes de Northumbria. Pero Haesten le había tomado la delantera, y la estratagema le había salido bien: había conseguido que las tropas sajonas saliesen de Mercia.

—¿Y bien? —se impacientó Etelredo, al darse cuenta del apuro por el que estaba

pasando.

—Los *jarls* de Northumbria hablaron de la posibilidad de llevar a cabo un ataque contra Wessex —salí como pude.

—¿Y creéis que tendrá lugar? —se interesó Asser.

—Es probable —contesté.

—Probable —repitió el obispo Asser, arrastrando las sílabas—. ¿Qué papel os han asignado, lord Uhtred? —pronunció mi nombre con una sorna tan afilada como la hoja de *Hálito-de-serpiente*—. ¿El de engañarnos, traicionarnos acaso, matar más cristianos quizá? —dijo, poniéndose en pie de nuevo—. En nombre de Cristo —gritó—, ¡exijo que este hombre sea hecho prisionero!

Nadie movió un dedo para hacerse cargo de mí. Al desgaire, Etelredo hizo una seña a los dos soldados que estaban a sus espaldas, que tampoco se movieron de donde estaban.

—Lord Uhtred está aquí para protegerme —intervino Etelfleda.

—Contáis con los guerreros de todo un pueblo para ese menester —replicó Asser, extendiendo el brazo en un gesto que abarcaba a todos los ocupantes de los bancos.

—¿Por qué habría de echar mano de los guerreros de mi pueblo, si ya tengo a lord Uhtred para que me defienda?

—Porque lord Uhtred no es de fiar —remachó el obispo con voz cortante.

—Todos habéis escuchado a este galés, a este feto malparido —dije a los hombres allí sentados—. ¿Acaso ha nacido el sajón que se fíe de lo que diga un galés? ¿Cuántos de los aquí presentes no habéis perdido amigos, hijos o hermanos a manos de los galeses? Si los daneses son los peores enemigos de Mercia, los galeses no les van a la zaga. ¿Vamos a recibir lecciones de lealtad de un galés?

Escuché cómo el padre Pyrlig farfullaba algo a mis espaldas, pero en galés. Sospecho que me insultaba, pero de sobra sabía por qué me había expresado de semejante modo. Estaba apelando a la profunda desconfianza que, de antiguo, los galeses inspiraban a los habitantes de Mercia. Desde los tiempos remotos en que nuestros antepasados se establecieron en Mercia, los galeses se habían dedicado a saquear tierras sajonas, llevándose el ganado, las mujeres y las riquezas. Llamaban a nuestro territorio la *tierra perdida* y, desde siempre, en los corazones de los galeses anida el deseo de obligar a los sajones a volverse al otro lado del mar. Razones más que suficientes para que pocos de los presentes mostrasen simpatía hacia tan ancestrales enemigos.

—¡Los galeses son cristianos —gritó Asser— y, en estos momentos, todos los cristianos debemos estar unidos para hacer frente a la inmundicia pagana que amenaza nuestra fe! Mirad —añadió, señalándome de nuevo con el dedo—, lord Uhtred luce el símbolo de Thor. ¡Es un idólatra, un pagano, un enemigo de nuestro Señor Jesucristo!

—También es amigo mío —afirmó Etelfleda— y, por mi vida, que respondo de él.

—Es un idólatra —repitió el obispo, que pensaba que ése era el peor insulto que podía dedicarme—. ¡Quebrantó su juramento de fidelidad! ¡Mató a un santo! Es enemigo declarado de cuanto tenemos por más sagrado, es..., es... —y se quedó sin palabras.

Guardó silencio, porque me había subido al estrado y, propinándole un fuerte empujón en el pecho, lo había obligado a sentarse. Me apoyé en uno de los brazos de la silla que ocupaba, y le dije:

—¿Acaso aspiráis al martirio? —le pregunté.

Tomó aire como si fuera a contestarme, pero debió de pensar que más le valía guardar silencio; con una sonrisa, contemplé aquel rostro iracundo y le pasé una mano por su macilenta mejilla, antes de volverme junto a los bancos.

—Estoy aquí para luchar por lady Etelfleda —proseguí—, que ha venido para luchar por Mercia. Si alguno de vosotros pensáis que mi ayuda va a suponer un descalabro para vuestra tierra, estoy seguro de que la dama tendrá a bien dispensarme de mi juramento y me marcharé.

Ninguno de los señores parecía desear tal cosa. Se revolvieron incómodos hasta que Ælfwold, que había padecido las incursiones de las hordas de Haesten, terció para encauzar la discusión.

—No disponemos de suficientes hombres para plantar cara a Haesten —dijo con desánimo—, no sin la ayuda de Wessex.

—Pero con eso no podemos contar, ¿no es así, obispo? —tan encolerizado estaba que no dijo nada; se limitó a asentir—. Va a producirse un ataque contra Wessex, y Alfredo tendrá que echar mano de todo su ejército para repelerlo. Así que tendremos que vérnoslas con Haesten nosotros solos.

—¿Cómo? —preguntó Ælfwold—. ¡Los hombres de Haesten tan pronto están por todas partes como no se los ve! Si enviamos un ejército contra ellos, se limitarán a mosconear a nuestro alrededor.

—Retiraos a los fortines. Los hombres de Haesten no disponen de medios para asediar ciudadelas fortificadas. La guarnición defiende los baluartes. Llevad el ganado y la plata tras sus muros. Por muchas aldeas que Haesten pueda incendiar, no está en condiciones de tomar un fortín bien defendido.

—¿O sea, que hemos de permitir que arrase Mercia, mientras nos agazapamos muertos de miedo tras esos muros? —se lamentó Ælfwold.

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Etelredo.

Dudé de nuevo. Por lo que sabíamos, Haesten había desarrollado una nueva táctica. Cuando, un año antes, Harald había invadido Wessex, se había presentado con

un gran ejército y la impedimenta que lo acompaña, mujeres y niños, animales y esclavos. Pero, de ser ciertas las noticias que nos llegaban, Haesten lo fiaba todo a sus jinetes. Para saquear Mercia, además de sus hombres, contaba con los que habían quedado con vida del ejército de Harald y con los guerreros daneses de Anglia Oriental que, veloces, se desplazaban a lo largo de muchas millas, quemando y robando cuanto encontraban a su paso. Si marchábamos contra ellos, podrían encontrar la forma de esquivarnos; o de agruparse, si nos adentrábamos en terreno peligroso. Pero si nos quedábamos de brazos cruzados, Mercia se vería tan menguada que sus pobladores volverían los ojos hacia los daneses en busca de protección. Todo apuntaba, pues, a que debíamos llevar a cabo un ataque que doblegase a los daneses, antes de que siguiesen adelante con su labor de destrucción. Teníamos que dar un golpe de mano.

—¿Y bien? —preguntó Asser, pensando que mis vacilaciones daban a entender que no sabía qué hacer.

Lo medité un rato todavía, porque no pensaba que fuera posible.

Pero no se me ocurrió nada mejor.

Todos tenían los ojos puestos en mí; algunos no ocultaban su disgusto; para otros, representaba su última esperanza.

—Lord Uhtred —me urgió Etelfleda con dulzura.

Les expuse mi plan.

* * *

No resultó tan sencillo. Etelredo estaba empeñado en que Haesten quería tomar Gleawecestre.

—La convertirán en centro de operaciones para marchar contra Wessex —argumentaba mi primo, secundado por el obispo Asser, recordando cómo, muchos años antes, Guthrum había elegido Gleawecestre como punto de encuentro del ejército danés que más cerca había estado de conquistar Wessex.

El prelado le daba la razón, probablemente porque pretendía que los *thegns* rechazasen mi plan. Al final, fue Etelfleda quien zanjó la cuestión.

—Yo voy con Uhtred —dijo—. Quienes así lo deseáis podéis venir con nosotros.

Etelredo no estaba dispuesto a seguirme. Nunca había sido santo de su devoción, pero en aquellos momentos no podía ni verme porque había librado a Etelfleda de sus garras. Quería derrotar a los daneses; pero, por encima de todo, deseaba la muerte de Alfredo, dejar a su esposa de lado y que el sitial que ocupaba se convirtiese en un trono de verdad.

—Reuniré el ejército en Gleawecestre —proclamó, mirando a los hombres que ocupaban los bancos—, e impediremos cualquier ataque contra Wessex. Tal es mi decisión. Confío en que todos os unáis a mí, y os pido que así lo hagáis. Dentro de

cuatro días volveremos a vernos.

Etelfleda me dirigió una mirada inquisitiva.

—Lundene —le dije moviendo sólo los labios.

—Yo parto para Lundene —anunció—. Dentro de cuatro días, allí me reuniré con aquellos de vosotros que, como yo, aspiren a expulsar a los paganos de Mercia.

Si yo hubiera sido Etelredo, habría frenado en seco el desafío de Etelfleda en aquel mismo instante. Disponía de hombres armados en la estancia, mientras que ninguno de nosotros lo estábamos; una escueta orden habría bastado para que acabasen conmigo allí mismo. Pero no tuvo coraje. Sabía que otros hombres me esperaban detrás de aquellas puertas y quizá se asustó ante las represalias que pudieran tomar. Cuando me acerqué a él, se estremeció y alzó los ojos dirigiéndome una mirada hosca y nerviosa.

—Etelfleda sigue siendo vuestra esposa —le dije en voz baja—, pero si muere de forma inexplicable, si enferma, o si me llegan rumores de que ha sido víctima de un hechizo, daré con vos, primo, y os sorberé los ojos hasta arrancároslos de las cuencas y os los escupiré en la garganta hasta que muráis ahogado —y añadí con una sonrisa—: Enviad hombres a Lundene, y velad por vuestras tierras.

No envió a nadie a Lundene, como tampoco lo hicieron la mayoría de los señores de Mercia. Mi idea les daba miedo, y prefirieron quedarse a la sombra de Etelredo, quien, por otra parte, era el único que estaba en condiciones de dispensar favores, porque Etelfleda era casi tan pobre como yo. De modo que el grueso del ejército de Mercia se concentró en Gleawecestre y allí se quedó, a las órdenes de Etelredo, a la espera de un ataque por parte de Haesten que nunca llegó a producirse.

El danés estaba dedicado en cuerpo y alma a saquear Mercia. Durante los pocos días que hube de esperar en Lundene, tras escuchar lo que nos contaban los fugitivos que recalaban en la ciudad, comprendí que los daneses se movían a la velocidad del rayo, apoderándose de todo lo que tuviera algún valor, ya fuera una laya de hierro, unos arreos o un niño. Todo iba a parar a Beamfleot, donde, dominando una de las orillas del Temes, Haesten había establecido su cuartel general, un fortín donde iba reuniendo un tesoro, un botín al que podría dar salida en Frankia. Sus triunfos bastaron para que, al reclamo de la inminente caída de Mercia, llegaran más daneses del otro lado del mar que se unieron a él con la esperanza de quedarse con algunas de las tierras en que se dividiría el territorio una vez conquistado. Haesten tomó algunas ciudades, aquellas que no estaban fortificadas, y la plata de sus iglesias, conventos y monasterios acabó en Beamfleot. Por su parte, Alfredo envió tropas, aunque escasas, a Gleawecestre, porque por todas partes se hablaba de que una gran flota había zarpado desde Northumbria hacia el sur. La situación era más que confusa.

Y yo, mano sobre mano. Al cabo de los cuatro días acordados, sólo disponía de ochenta y tres hombres, los de mi propia y escuálida mesnada y los pocos que habían

acudido a la llamada de Etelfleda. Beornoth era uno de ellos, pero la mayoría de los hombres que se habían puesto de mi parte en Lecelad habían optado por quedarse del lado de Etelredo.

—Habríamos sido más, mi señor —me dijo Beornoth—, pero tienen miedo de caer en desgracia a los ojos del *ealdorman*.

—¿Por qué? ¿Qué podría pasarles?

—Que se quedaría con todo lo que tienen, mi señor. Viven gracias a sus favores.

—Pero vos estáis aquí.

—Porque me perdonasteis la vida, mi señor —repuso.

En mi antigua casa vivía el nuevo jefe de la guarnición, Weohstan, un curtido sajón que había tomado parte en la batalla de Fearnhamme. La noche de perros en que llegué a Lundene sin avisar a nadie, me enteré de que el obispo Erkenwald había ordenado a Weohstan que me pusiese bajo arresto, pero éste prefirió ignorar el mandato que había recibido. Muy al contrario, vino a verme a la residencia real de Mercia en la ciudad, en lo que antaño había sido la mansión del gobernador de Roma.

—¿Habéis venido para luchar contra los daneses, mi señor? —me preguntó.

—Pues claro —contestó Etelfleda en mi lugar.

—En ese caso, no creo que cuente con hombres suficientes como para haceros prisionero —dijo Weohstan.

—¿De cuántos soldados estáis hablando?

—Trescientos —replicó, con una sonrisa.

—No, no creo que sean suficientes —le dije con aplomo.

Le conté lo que tenía pensado, y se mostró escéptico.

—Os ayudaré en lo que pueda —me prometió, no muy convencido.

Había perdido casi todos los dientes, de modo que, cuando hablaba, más que palabras emitía un siseo interminable. Tenía más de treinta años, calvo del todo, rubicundo de cara, bajo de estatura y ancho de hombros. Su habilidad con las armas y su rudeza lo convertían en un jefe indiscutible. Pero era también un hombre cauto, a quien no habría dudado en confiar la defensa de una muralla, pero con quien jamás contaría para dirigir un ataque por sorpresa.

—Podéis serme de gran ayuda ahora —le dije la primera vez que nos vimos, y le pedí un barco.

Frunció el ceño mientras se lo pensaba y, tras sopesar que no arriesgaba gran cosa si se avenía, me dijo:

—Pero traedlo de vuelta, mi señor.

El obispo Erkenwald trató de impedirme que me llevase el barco río abajo. Se acercó al embarcadero, al pie de mi antigua casa. Con tacto, Weohstan se buscó algún cometido en otra parte y, aunque el prelado acudió a la cita con su guardia personal, los tres hombres que lo acompañaban de poco le valían frente a mi mesnada. El

obispo se encaró conmigo.

—Soy el gobernador de Lundene —me dijo, y así era—, y os ordeno que abandonéis la ciudad.

—Estaba a punto de hacerlo —repuse, señalando al barco que me esperaba.

—¡Pero no en uno de nuestros barcos!

—En ese caso, impedídmelo.

—Obispo —intervino Etefleda, situándose a mi lado.

—Las mujeres no deben inmiscuirse en cosas de hombres —la recriminó Erkenwald.

Etefleda dio un respingo.

—Vuestro sitio, señora, está al lado de vuestro marido.

Le pasé un brazo por el hombro y me lo llevé hasta la terraza donde Gisela y yo habíamos pasado tantas y tan tranquilas veladas. Mucho menos corpulento que yo, Erkenwald trató de oponer resistencia; cuando por fin le solté, no dijo nada. El río rugía al precipitarse por la brecha del antiguo puente romano, y tuve que alzar la voz.

—¿Cómo están las cosas entre Etefredo y Etefleda? —le pregunté.

—Nadie debe entrometerse en el sacramento del matrimonio —repuso, negándose a hablar del asunto.

—Pero vos no tenéis un pelo de tonto, obispo.

Alzó sus oscuros ojos hacia mí, y dijo:

—San Pablo, bendito apóstol, nos enseña que las mujeres han de ser sumisas con sus maridos. ¿Pretendéis acaso que predique lo contrario?

—Siempre os tuve por hombre sensato —repliqué—. Los daneses quieren acabar con vuestra religión. Saben que, debido al delicado estado de salud de Alfredo, Wessex ha perdido fuelle. Expulsarán a los sajones de Mercia y, luego, la emprenderán con Wessex. Si no hacemos nada, obispo, en cuestión de pocas semanas os encontraréis con una lanza danesa clavada en la barriga y os convertiréis en un mártir más. Etefleda quiere pararles los pies y estoy aquí para ayudarla.

Debo reconocer que Erkenwald no me acusó de traición, pero sí que se revolvió furioso.

—Eso es lo que quiere también su marido, ¿acaso lo dudáis? —dijo con firmeza.

—Y también que Mercia se separe de Wessex —añadí; no abrió la boca porque sabía que tenía razón—. Así que ¿de quién os fiáis más para no sumaros a la nómina de los mártires, de Etefredo o de mí? —le pregunté.

—En Dios confío —repuso, sin dar su brazo a torcer.

—Sólo me quedaré aquí unos pocos días; en vuestra mano está ayudarme o ponerme zancadillas. Pero habéis de saber que, si os enfrentáis conmigo, estaréis allanando el camino para que los daneses se alcen con la victoria.

Miró de reojo a Etefleda, y advertí cómo temblaba su cara enjuta. Barruntaba

algo pecaminoso en la alianza que componíamos la hija de Alfredo y yo; al mismo tiempo, no lograba quitarse de la cabeza la imagen que le acababa de describir, la de un danés con cota de malla hundiéndole la espada en la barriga.

—Devolved el barco —rezongó, lo mismo que me había dicho Weohstan; se dio media vuelta y se marchó.

El barco en cuestión era el *Haligast*, el navío que en su día utilizara Alfredo para desplazarse por el Temes. Su frágil salud le había llevado a renunciar a aquellas travesías, y la pequeña embarcación, tras haber sido llevada a través de la traicionera brecha que se abría entre los pilares del puente, se utilizaba como barco de vigilancia. La patroneaba Ralla, un viejo conocido.

—Es ligera y veloz —dijo a propósito de la nave.

—¿Más rápida que el *Lobo plateado*? —me interesé, porque Ralla conocía a fondo mi barco.

—Ni punto de comparación, mi señor, pero toma bien el viento y, si los daneses se nos acercan demasiado, siempre podemos desplazarnos por aguas poco profundas.

—Cuando yo estaba al frente —dije con la boca pequeña—, eran los daneses quienes procuraban huir de nosotros.

—Las cosas cambian —constató Ralla, con nostalgia.

—¿Acaso los paganos están atacando barcos? —se interesó Eteflada.

—Hace ya dos semanas que no vemos un carguero —contestó Ralla—, así que supongo que sí.

Era Eteflada quien había insistido en venir conmigo. Yo hubiera preferido que no nos hubiese acompañado, pues siempre he pensado que no hay que exponer a las mujeres a más peligros de los necesarios, pero también había aprendido a no llevarle la contraria a la hija de Alfredo. Quería participar en la campaña contra los daneses, y no había forma de disuadirla. Así que allí estaba, con Ralla, con Finan y conmigo, en el altillo del timón del *Haligast*, mientras los diestros remeros de Ralla conducían el barco río abajo.

¡Cuántas veces no habría hecho esa travesía! Observaba los relucientes bancos de lodo que dejábamos atrás y miles de recuerdos se me agolpaban en la cabeza a medida que recorríamos los sinuosos recodos de río. Íbamos en el sentido de la corriente, de modo que poco tenían que esforzarse con los puños de los remos los treinta hombres que los manejaban para que el barco fuese río abajo. Batiendo las alas, unos cisnes se apartaron de nuestro camino; por encima de nuestras cabezas, camino del sur, surcaban el cielo bandadas de pájaros. Poco a poco, a medida que el río se ensanchaba hasta llegar a confundirse con el mar, perdimos de vista los cañaverales. Viramos levemente hacia el norte y el *Haligast* se dispuso a bordear la costa de Anglia Oriental.

Qué de recuerdos cuando contemplé el llano y monótono perfil de lo que era East

Sexe, una tierra delimitada por humedales que, poco a poco, daban paso a campos cultivados, sobre los que, inesperadamente, se alzaba la enorme colina arbolada que tan bien conocía. Talados los árboles que la coronaban, la cima se asemejaba a una cúpula de hierba sobre la que, por encima del Temes, asomaba un enorme fortín: Beamfleot. Allí había estado cautiva Etelfleda, que se quedó mirando en silencio el promontorio; con la suya buscó mi mano y la apretó, recordando sin duda aquellos días en que había sido rehén, aunque rehén enamorada, que había perdido a su amado ensartado en la espada de su propio hermano.

A los pies del fuerte, el terreno caía abruptamente hasta una aldea llamada también Beamfleot, a orillas de la fangosa ensenada que formaba el Hothlege, un riachuelo que discurría entre el poblado y Canninga, un islote de cañaverales que el mar cubría durante la marea alta, cuando el viento del este soplaba con fuerza. Reparé en que no había un barco más en el Hothlege; casi todos estaban encallados en la playa que se extendía a los pies de la colina, custodiados desde unos nuevos fortines que habían levantado en el extremo oriental de la ensenada, que no eran sino un par de barcos desarbolados que habían varado en las orillas con la quilla al aire, a modo de muro defensivo. Supuse que allí seguiría la cadena que iba de lado a lado del arroyo para impedir que bajeros enemigos se internasen por el angosto canal.

—Acercaos —le pedí a Ralla.

—No pretenderéis que encallemos.

—No; sólo os pido que os aproximéis.

De no haber sido por la picadura de abeja en el dedo, que seguía hinchado y con la piel tirante, yo mismo me habría puesto al timón del *Haligast*. Me desprendí de la mano de Etelfleda para aliviarme el picor.

—Si os rascáis, no mejorará —me dijo, sujetándome la mano de nuevo.

Finan había trepado a lo alto del mástil y, con su vista de lince, contaba los barcos daneses.

—¿Cuántos? —le pregunté, impaciente.

—Cientos —me dijo para, al cabo, darme una cifra más ajustada a la realidad—.

Unos doscientos.

Era imposible hacer un cálculo más exacto: había tantos mástiles como pimpollos en árboles que retoñan, y no pocos navíos estaban desarbolados y sus quillas ocultas tras otros cascos.

—¡Santa María! —musitó Etelfleda, al tiempo que se santiguaba.

—Unos nueve mil hombres —calculó Ralla, frunciendo el ceño.

—No será para tanto —contesté.

Muchos eran los navíos de los supervivientes del ejército de Harald; la mitad de sus tripulantes habían perdido la vida en Fearnhamme. Con todo, aventuré que Haesten disponía de no menos del doble de hombres de los que habíamos estimado

en Gleawecestre, es decir, unos cinco mil, la mayoría de los cuales se dedicaba al saqueo de Mercia en aquel preciso instante, aunque muchos eran también los que se habían quedado de guardia en Beamfleot, los mismos que, desde lo alto del muro, no nos perdían de vista. Las hojas de sus espadas centelleaban bajo los rayos del sol pero, con los ojos entrecerrados y tras observar atentamente la formidable muralla que coronaba la escarpada ladera, me pareció que el fortín no estaba en muy buenas condiciones.

—¡Finan! —grité al cabo de un rato—. ¿Veis por casualidad brechas en la muralla?

Tardó un momento en contestar.

—¡Han construido un nuevo fuerte, mi señor! ¡En la misma orilla!

Desde la cubierta del *Haligast*, no podía verlo, pero me fiaba de Finan, que tenía mucha mejor vista que yo. Al poco, bajó del mástil y nos explicó que todo parecía indicar que Haesten había abandonado el fortín que estaba en lo alto de la colina.

—Los de ahí arriba son sólo vigías, mi señor. El grueso de la tropa se concentra junto a la ensenada. Ahí sí que han levantado una muralla de no te menees.

—¿Por qué habrán renunciado a esa posición privilegiada?

—Demasiado alejada de los barcos —dije.

De sobra lo sabía Haesten, que ya había peleado en aquel lugar, donde sus hombres se las habían compuesto en su día para incendiar los barcos de Sigefrid, antes de que los normandos bajasen de lo alto de la colina hasta la orilla para impedirselo. El danés no sólo había cortado el paso al riachuelo que discurría al pie de la colina, sino que los dos barcos varados y volcados custodiaban la desembocadura, y había erigido una nueva y formidable fortaleza en tierra firme. Los barcos que había reunido estaban encallados entre los dos baluartes defensivos. Lo que significaba que podríamos apoderarnos del viejo fortín sin demasiadas dificultades, pero de poco nos serviría conquistar aquel enclave elevado, si la nueva fortaleza quedaba fuera de nuestro alcance.

—No lo pude ver muy bien —dijo Finan—, pero me pareció que el nuevo fortín estaba asentado en una isla.

—Lo que sin duda dificultará nuestros planes —comenté en voz baja.

—¿Creéis que lo conseguiremos? —preguntó Etelfleda, cariacontecida.

—¡Qué remedio! —repuse.

—Pero si carecemos de hombres...

—Por el momento —insistí, sin dar mi brazo a torcer.

Mi plan era apoderarnos del fortín donde se hacinaban los prisioneros que había hecho Haesten, todas las mujeres y los niños que pensaba vender como esclavos, la nueva fortaleza, donde guardaba también el botín. Suponía que allí estaría la familia de Haesten, así como, probablemente, los familiares de los daneses que arrasaban

Mercia. Sus barcos, por otra parte, también se encontraban al abrigo del fuerte. Si tomábamos el fortín, no sólo recuperaríamos las riquezas arrebatadas por Haesten, liberaríamos a docenas de rehenes y destruiríamos una flota danesa, sino que nos alzaríamos además con una victoria que echaría por tierra los sueños de nuestros enemigos y levantaría la moral de los sajones. Semejante proeza no significaba que fuésemos a ganar la guerra, pero supondría un serio revés para Haesten; muchos de sus seguidores perderían la fe que en él habían depositado y lo dejarían de lado. Porque, ¿qué clase de caudillo podía ser un hombre que no era capaz de defender a las familias de sus guerreros? Etefredo pensaba que defendía mejor los intereses de Mercia si esperaba a que Haesten se decidiese a lanzar un ataque contra Gleawecestre. Yo creía que la mejor forma de defenderlos era atacando a Haesten donde menos se lo esperaba. Teníamos que dismantelar su centro de operaciones, destruir su nota y recuperar el botín que había reunido.

—¿De cuántos hombres disponéis? —me preguntó Ralla.

—Ochenta y tres, según el último recuento —contesté.

Se echó a reír.

—¿Y cuántos necesitáis para tomar Beamfleot?

—Dos mil.

—¿Y decís que no creéis en milagros? —comentó.

Etefleda me apretó la mano.

—Acabaremos por reunirlos —dijo, aunque no parecía muy convencida.

—Es posible —repuse, sin apartar la vista de los barcos varados en aquella bien defendida ensenada y sin dejar de pensar que, en cierto modo, Beamfleot era tan inexpugnable como Bebbanburg—. ¿Y si no aparecen? —musité.

—¿Qué haréis? —me preguntó Etefleda.

—Llevaros a vos y a mis hijos al norte, pelear hasta juntar la plata que necesito para reunir un ejército y recuperar Bebbanburg —repliqué.

Alzó sus ojos hacia mí, y me dijo:

—No; ahora mi puesto está en Mercia, Uhtred.

—En una Mercia cristiana, claro —apostillé no sin desaliento.

—Así es; en Mercia y cristiana. ¿Qué hay de vos, lord Uhtred?

Alcé la vista hacia los relucientes destellos que arrancaba la luz del sol de las puntas de las lanzas que empuñaban los vigías apostados en lo alto de la colina de Beamfleot.

—Que soy un necio —confesé con rabia—, un loco.

—Mi loco —contestó, poniéndose de puntillas y dándome un beso en la mejilla.

—¡A los remos, a los remos! —gritó Ralla. Empujó con fuerza el gobernalle, y el *Haligast* viró hacia el sur y, luego, hacia el oeste. Dos enormes barcos enemigos, con sus hileras de remos que, al subir y bajar, reflejaban el sol, abandonaban la ensenada,

dejando atrás los nuevos fortines contruidos tras las quillas de los barcos volcados.
Mientras, nosotros íbamos río arriba.
Como el necio que era, yo soñaba con apoderarme de Beamfleot.

CAPÍTULO XIII

Al día siguiente, el *ealdorman* Ælfwold se presentó en Lundene. Sus propiedades se encontraban al norte de la Mercia sajona, la zona más castigada por los daneses; si aún las conservaba era gracias a los guerreros que había reclutado, a los sobornos que había repartido entre sus enemigos y a los enfrentamientos que había librado. Era viejo, viudo ya y estaba cansado de luchar.

—Tan pronto como acabamos de recoger la cosecha, aparecen los daneses. Es como si ellos y las ratas se pusiesen de acuerdo.

Con él venían cerca de trescientos hombres, casi todos bien pertrechados y adiestrados.

—Lo mismo les daría morir a vuestro lado que pudrirse en Gleawecestre —añadió. No tenía dónde ir; una de las cuadrillas de Haesten había incendiado la casona donde vivía—. Me largué —admitió, tras haber enviado a sus criados, a sus hijas y a sus nietos a Wessex, con la esperanza de que allí estarían a salvo—; estoy acostumbrado a combatir contra doscientos de esos cabrones, pero no con millares. ¿Es cierto que los *jarls* del norte están decididos a atacar a Alfredo? —me preguntó.

—Así es —contesté.

—¡Que Dios nos asista!

La gente se mudaba a la antigua ciudad. Lundene es, en realidad, dos ciudades: la romana, en la parte alta, y la nueva ciudad sajona, hacia el oeste, más allá del río Fleot. La antigua era un recinto de altos muros de piedra y columnas de mármol desconchadas; la nueva no era sino un pantano maloliente de cañizos y espinos, donde sus pobladores decían estar más tranquilos porque, según ellos, los edificios romanos en ruinas estaban habitados por fantasmas. Sin embargo, como temían más a las huestes de Haesten que a cualquier espectro, cruzaban el río Fleot y buscaban refugio en los antiguos edificios. La ciudad apestaba. Los pozos negros y las cloacas que los romanos habían excavado no daban abasto; las calles eran un muladar. El ganado se guardaba en el antiguo circo romano; los cerdos deambulaban por cualquier parte. A las órdenes de Weohstan, los hombres de la guarnición vigilaban las altas y sólidas murallas. Romanos eran la mayoría de los torreones; allí donde el paso del tiempo se había ensañado con la piedra, se habían erigido vigorosas empalizadas de roble.

Todos los días, Finan, al frente de un grupo de jinetes, recorría los parajes que se extendían al norte y al este de la ciudad, y siempre nos decía lo mismo: que los daneses siempre acababan por volver al este.

—Todo se lo llevan a Beamfleot, el botín y los esclavos —nos decía.

—¿Se quedan allí?

Negó con la cabeza.

—Regresan a Mercia —me dijo con rabia; como no disponíamos de hombres para hacer frente a los jinetes daneses, no le quedaba otra que mantenerse al acecho.

A bordo del *Haligast*, Ralla vigilaba la parte baja del río y reparó en cómo, del otro lado del mar, llegaban más y más daneses. Se había corrido la voz de que el desorden imperaba tanto en Wessex como en Mercia, y no dejaban de llegar mesnadas que no querían renunciar a su parte del botín. Mientras Haesten assolaba los campos de Mercia, Etelredo aguardaba en Gleawecestre un ataque que nunca llegó a producirse. Un día después de que Ælfwold llegase con los suyos a Lundene, recibimos la noticia que tanto tiempo llevaba esperando. Una flota de Northumbria había arribado a Defnascir, donde habían establecido un campamento más arriba del río Uisc, lo que significaba que el ejército sajón de Alfredo se había movilizado para defender Exanceaster.

A los sajones parecía haberles mirado un tuerto. Una semana después de la incursión que había realizado río abajo, estaba sentado en la estancia principal de la mansión, contemplando las sombras que las llamas dibujaban en los altos techos; hasta allí, desde la siniestra iglesia de Erkenwald, que quedaba cerca del palacio de Mercia, llegaban los cánticos de los monjes. Si me hubiera encaramado al tejado, a lo lejos, hacia el norte y el oeste, habría visto el resplandor de los incendios. Mercia estaba ardiendo.

Fue aquella noche cuando Ælfwold se dio por vencido.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados, mi señor —me dijo durante la cena —; la ciudad cuenta con hombres suficientes para defenderla y mis trescientos soldados hacen falta en otra parte.

Compartía mesa con mis compañeros de entonces, Etelfleda, Finan, el de Mercia, el padre Pyrlig y Beornoth.

—Si dispusiera de otros trescientos guerreros... —y me avergoncé nada más decirlo; aun cuando el destino me hubiese favorecido con otros trescientos hombres, no me habría acercado ni con mucho a la cifra que necesitaba para tomar Beamfleot. Etelredo nos había ganado por la mano. Habíamos tratado de lanzarle un desafío y nos había salido mal.

—Si estuvierais en mi lugar, mi señor —me preguntó tranquilamente el astuto Ælfwold —, ¿qué haríais?

Le respondí con sinceridad.

—Volvería al lado de Etelredo, y trataría de convencerlo para que atacase a los daneses.

Con la cabeza en otra parte, el de Mercia jugueteaba con un trozo de muela de molino que se había encontrado mientras partía un trozo de pan. Sólo pensaba en los daneses, en la batalla que sabía que habría que librar, en la batalla que temía que acabase en derrota. Meneó la cabeza y, sin inmutarse, nos anunció:

—Siento deciros que mañana partiré con los míos hacia el oeste.

—No tenéis otra elección —repuse.

Me sentía como un hombre que hubiera perdido casi todo a los dados y, como un necio, hubiera arriesgado lo poco que me quedaba en una última jugada, y vuelto a perder. ¿Qué me había creído, que los hombres acudirían a mi lado atraídos por mi nombre? Todos se habían arrimado a quienes les ofrecían oro. Etelredo no estaba dispuesto a que yo me saliese con la mía: había abierto los cofres donde guardaba sus tesoros y recompensado con grandes sumas a quienes se unieran a sus filas. Yo necesitaba mil hombres, y no era capaz de encontrarlos; sin ellos, estaba atado de pies y manos. Con tristeza, recordé la profecía que Isolda había pronunciado tantos años atrás: que Alfredo me cedería el poder, que marcharía al frente de huestes aguerridas, que a mi lado habría una mujer de oro.

Aquella noche, en la planta superior del palacio delante de un jergón, contemplé los apagados resplandores de los lejanos incendios que se alzaban más allá del horizonte, y deseé haberme quedado en Northumbria. Me dio por pensar que, desde la muerte de Gisela, había ido de un lado para otro, sin rumbo fijo. En un momento dado, había creído que la llamada de Etelfleda daría un nuevo sentido a mi vida para, al cabo, descubrir que todo había sido una quimera. Me quedé de pie junto a la ventana, un enorme arco de piedra que se recortaba contra el cielo, hasta donde llegaban las melopeas de las tabernas, voces de hombres que discutían, risas de mujeres... Y me dio por pensar que Alfredo me había retirado el poder que me había otorgado, que las aguerridas huestes anunciadas no eran sino aquella mermada mesnada de hombres que comenzaban a dudar de sí, conmigo, llegarían a alguna parte.

—¿Qué vais a hacer? —me preguntó Etelfleda, a mis espaldas.

Con los pies descalzos sobre las losas de piedra, sin hacer ruido, no la había oído llegar.

—No lo sé —reconocí.

Se acercó y se quedó a mi lado. Me rozó la mano que tenía apoyada en el alféizar, y dibujó con delicadeza mi pulgar inflamado con uno de sus dedos.

—La hinchazón ha desaparecido —observó.

—También el picor —dije.

—¿Os dais cuenta? —comentó risueña—. La picadura no era un mal presagio.

—Lo fue —repuse—; todavía tengo que descubrir su alcance.

No apartó de la mía su mano, ligera como una pluma.

—El padre Pyrlig dice que soy yo quien debe elegir.

—¿Elección?

—Entre volver al lado de Etelredo o recluirme en un convento de monjas en Wessex.

Asentí. Confundidos con las canciones y risotadas que salían de las tabernas y en contraste con su monótona salmodia, los monjes seguían con sus cánticos en la iglesia. Ya fuera a fuerza de cerveza o de rezar, la gente sólo quería olvidar. Todo el mundo entendía el significado de aquellos resplandores en el cielo: el fin estaba cerca.

—¿Convertisteis a mi hijo mayor al cristianismo? —le pregunté.

—No; llegó a la fe por sí mismo —respondió Etelfleda.

—Me lo llevaré al norte y le quitaré esas tonterías de la cabeza —Etelfleda no dijo nada; se limitó a apretarme la mano—. ¿Un convento de monjas? —le pregunté con frialdad.

—Soy una mujer casada —me dijo—, y la Iglesia establece que, si no estoy junto al marido que Dios ha tenido a bien concederme, debo llevar una vida virtuosa —yo seguía mirando el horizonte tiznado por los incendios allí donde las llamas enrojecían la parte baja de las nubes. Por encima de Lundene, el cielo estaba despejado, sin embargo; la luz de la luna dibujaba las sombras alargadas de los salientes de las tejas de la cubierta romana—. ¿En qué estáis pensando?

—En que, a menos que derrotemos a los daneses, no quedará ni un solo convento en pie.

—¿Qué será de mí? —dejó caer.

Sonreí.

—El padre Beocca solía hablar de la rueda de la fortuna —comenté, no sin preguntarme por qué me habría referido al cura como si ya formara parte del pasado. ¿Comprendí que el final estaba cerca? ¿Acaso aquellos fuegos lejanos avanzarían lentamente hacia nosotros, hasta que también Lundene ardiese por completo y no quedase un solo sajón sin chamuscar en Britania?—. En Fearnhamme, fui el señor de la guerra de vuestro padre. Ahora, ya lo veis, soy un fugitivo que ni siquiera es capaz de llenar las bancadas de un barco.

—Mi padre dice de vos que sois su hacedor de milagros —dijo Etelfleda, entre risas—. Es cierto, así os llama.

—Y lo sería, si se aviniese a proporcionarme unos cuantos hombres —repuse desalentado.

Pensé de nuevo en la profecía de Isolda, que Alfredo me otorgaría poder y que mi mujer sería de oro. Por fin, aparté la vista de los lejanos incendios, volví los ojos a los rubios cabellos de Etelfleda y la tomé en mis brazos.

Al día siguiente, Ælfwold se marcharía de Lundene y ya no tendría a nadie de mi parte.

* * *

Los primeros en llegar fueron tres jinetes. Se presentaron al amanecer, cruzando

al galope el inmundo valle del Fleot hasta llegar a las puertas de la ciudad. Escuché el sonido de la trompa que, desde las murallas, nos advertía de su presencia; me vestí a toda prisa, me calcé las botas, di un beso a Etelfleda y eché a correr escaleras abajo hasta la entrada del palacio, a donde llegué cuando tres hombres con cota de malla traspasaban el umbral, machacando con sus pisadas las ya destartadas baldosas. Los mandaba un hombre alto, de rostro aguerrido y con barba, que se detuvo a dos pasos de mí.

—Algo de cerveza quedará en esta ciudad que huele a mierda —dijo, mientras yo no salía de mi asombro—. Dadme algo para desayunar —gritó y, sin poder contenerse, se echó a reír. Era Steapa, a quien acompañaban dos soldados más jóvenes. A gritos, llamé a los criados para que trajesen cerveza y algo de comer, sin creermelo del todo lo que veían mis ojos—. Os he traído mil doscientos hombres —añadió muy satisfecho.

Me quedé sin habla.

—¿Mil doscientos? —repetí con un hilo de voz.

—Los mejores hombres de Alfredo —contestó—, y también al Heredero.

—¿Eduardo? —estaba tan aturdido que no sabía ni lo que me decía.

—A Eduardo, sí, y a mil doscientos de los mejores hombres de Alfredo. Nos hemos adelantado —me explicó, al tiempo que se volvía y hacía una reverencia a Etelfleda que, embozada en una enorme capa, acababa de llegar—. Vuestro padre os envía saludos, mi señora.

—Nos manda a vuestro hermano y a mil doscientos hombres —añadí.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Etelfleda.

A medida que se conocía la noticia, la estancia se iba llenando de gente. Por allí se dejaron caer mis hijos, el obispo Erkenwald, Ælfwold y el padre Pyrlig, Finan y Weohstan.

—Eduardo el Heredero irá al frente de las tropas —dijo Steapa—, pero tendrá muy presentes los consejos de lord Uhtred.

El obispo Erkenwald no salía de su asombro. No hacía más que mirarnos a Etelfleda y a mí, supuse que rastreando trazas de pecado con la misma desazón con que un *terrier* olfatea el terreno por el que ha pasado el zorro.

—¿Estáis aquí por orden del rey? —le preguntó a Steapa.

—Así es, mi señor.

—¿Y qué hay de los daneses de Defnascir?

—Ahí siguen, tocándose... —empezó a decir Steapa, que se ruborizó al darse cuenta de que había estado a punto de decir algo que bien podría haber incomodado a un obispo, por no hablar de la hija de un rey.

—¿Tocándose los huevos, quizá? —concluí la frase.

—Por el momento, parecen tranquilos, mi señora —musitó Steapa; hijo de

esclavos, a pesar de su rango, era el jefe de la guardia personal de Alfredo, se sentía intimidado en presencia de Etelfleda—. En cualquier caso, el rey quiere que le devolváis sus hombres cuanto antes —prosiguió—, por si a los daneses de Northumbria les da por animarse.

—En ese caso, desayunad y regresad junto a Eduardo —le aconsejé—, y decidle de mi parte que no entre en la ciudad —no quería tener al ejército sajón merodeando entre las tentadoras tabernas y putas de Lundene—. Que rodee la ciudad por el norte y se dirija hacia el este —le ordené.

—Esperaban reponer víveres —repuso Steapa, arrugando el entrecejo.

Me encaré con el obispo Erkenwald.

—Enviaréis comida y cerveza al ejército. Los hombres de Weohstan escoltarán las provisiones.

El obispo, molesto por el tono que había empleado, pareció dudar, pero terminó por plegarse a mis órdenes. Sabía que hablaba con la autoridad que me había otorgado el rey.

—¿Adónde debo enviar los suministros? —preguntó.

—¿Os acordáis de Thunresleam? —le dije a Steapa.

—¿La antigua mansión en lo alto de la colina, mi señor?

—Allí me reuniré con Eduardo, y también con vos —y añadí para el obispo—: Enviad allí el avituallamiento.

—¿A Thunresleam? —preguntó el prelado receloso, imaginándose más maldades al escuchar aquel topónimo que hedía a paganismo.

—Eso es, al Bosque de Thor, cerca de Beamfleot —repuse. El obispo se santiguó, pero no se atrevió a decir nada—. Vos y cien de los vuestros vendréis conmigo —le dije a Weohstan.

—Tengo órdenes de defender Lundene —adujo Weohstan, intranquilo.

—Mientras estemos en Beamfleot, ningún danés se acercará a Lundene —repuse—. Dentro de dos horas, nos pondremos en marcha.

Empleamos casi cuatro horas en los preparativos. Pero con los hombres de Mercia que había traído Ælfwold, los sajones de Weohstan y los míos, éramos más de cuatrocientos los jinetes que, con un retumbar de cascos, salimos por la puerta este de la ciudad. Dejé a mis hijos al cuidado de las criadas de Etelfleda, porque la hija de Alfredo insistió en venir con nosotros. Traté de disuadirla, diciéndole que no debía poner su vida en peligro, pero se negó en redondo a quedarse en Lundene.

—¿Acaso no me prometisteis que siempre estaríais a mi servicio? —me preguntó.

—¡Y bien necio que fui! Sí, así es.

—En ese caso, las órdenes las doy yo —me dijo con una sonrisa.

—Sí, querido patito —lo que me valió un buen mamporro en el brazo. De recién casados, Etelredo siempre la llamaba así; la sacaba de quicio. Pero ahora cabalgaba a

la sombra de mi estandarte, el de la cabeza de lobo; los hombres de Weohstan se agrupaban bajo el dragón de Wessex; los guerreros de Ælfwold seguían una banderola en la que ondeaba la cruz de los cristianos.

—Quiero tener mi propio estandarte —dijo Etelfleda.

—Pues dibujadlo —contesté.

—Llevará gansos —aseguró.

—¡Gansos! ¿Nada de adorables patitos?

Me traspasó con la mirada.

—Los gansos son el símbolo de santa Werburga —me explicó—. En cierta ocasión en que una enorme bandada de gansos asolaba un campo de maíz, Werburga se puso a rezar y Dios hizo que las aves se fueran de allí. ¡Un milagro!

—¿Y fue la abadesa de Lecelad quien lo hizo?

—¡No, no! La abadesa llevaba el mismo nombre que la santa, pero santa Werburga murió hace mucho tiempo. Quizá figure también en mi estandarte. ¡Siempre vela por mí! Anoche la recé, y ya veis lo que me ha concedido —añadió, señalando a los hombres que nos seguían—. ¡Mis plegarias fueron escuchadas!

Me pregunté si habría rezado antes o después de haber estado en mi cámara, pero pensé que si no me enteraba tampoco pasaba nada.

Cabalgábamos al norte de las monótonas marismas que bordeaban el Temes, un territorio que pertenecía a Anglia Oriental, aunque cerca de Lundene no había grandes haciendas. En su día, en aquellos parajes se alzaban preciosos caseríos y pueblos industriosos, pero las frecuentes incursiones y represalias de unos y otros habían reducido a cenizas las mansiones y convertido los poblados en aterrorizadas aldeas. Sobre el papel, el rey danés de aquellas tierras, Eohric, era cristiano, y había firmado un tratado de paz con Alfredo por el que se comprometía a mantener a sus daneses alejados de Mercia y de Wessex, un pacto que se respetaba tanto como si ambos reyes, de común acuerdo, hubieran tomado la decisión de prohibir la cerveza a sus súbditos. Los daneses cruzaban la frontera cuando les parecía, y los sajones actuaban a la recíproca, así que cabalgábamos por aldeas devastadas. Al vernos llegar, sus habitantes corrían hacia los pantanos o en dirección a los bosques que poblaban las escasas y bajas colinas. Pasamos de largo.

Beamfleot se alzaba en el extremo sur de una larga hilera de colinas que nos cerraban el paso. Eran montes boscosos; por encima del pueblo, donde más altas y escarpadas eran las laderas, en la verde cima que se asomaba sobre el río, el viejo fortín. Nos desviamos hacia el norte, tomando el empinado sendero que llevaba hasta Thunresleam, y seguimos adelante con cautela. Los daneses podrían haber advertido nuestra presencia y enviar tropas que nos atacasen cuando íbamos colina arriba cruzando espesas arboledas. Ordené a Etelfleda y a las dos doncellas que la acompañaban que se colocasen en el centro de la columna, y dispuse que todos los

hombres empuñasen los escudos y tuviesen las armas a mano. Escuché el canto de los pájaros que levantaban el vuelo entre las hojas de los árboles, y permanecí atento por si oía el tintineo de unos arreos, el ruido sordo de unos cascos por el verdín o un grito repentino, anuncio de una carga de jinetes vikingos que se nos vinieran encima desde lo alto de la colina. Pero los únicos arrullos que se oían entre las hojas eran los de las palomas que espantábamos a nuestro paso. Estaba claro que los defensores de Beamfleot nos habían dejado toda la colina para nosotros, y ni un solo danés trató de cortarnos el paso.

—¡Qué locura! —exclamó Finan, cuando llegamos a la cima—. Podía haber sido una buena escabechina.

—Se sienten a salvo —le expliqué—, o están convencidos de que las murallas de su fortín les bastan y les sobran para pararnos los pies.

—O no son muy duchos en estas lides.

—¿De cuándo acá habéis visto a un danés que no sepa luchar?

A medida que nos acercábamos a la antigua mansión de Thunresleam, enviamos hombres para que echasen un vistazo entre los árboles que nos rodeaban. No vieron a nadie. Años atrás, en aquel mismo lugar mantuvimos conversaciones con los hermanos normandos Sigefrid y Erik, contra quienes más tarde libramos una encarnizada batalla en la ensenada que se abría a los pies del fortín. Qué lejanos se me antojaban aquellos tiempos. Sigefrid y Erik habían muerto. Haesten había salido con vida de la refriega, y allí estaba de nuevo, dispuesto a enfrentarme con él, aunque ninguno de nosotros sabía con certeza si había regresado a Beamfleot. De hacer caso a los rumores, seguía por Mercia devastando cuanto encontraba a su paso, lo que significaba que confiaba en que la guarnición del fuerte podía valerse por sí misma.

Había decidido establecer mi campamento junto a la mansión de madera de roble de Thunresleam. La otrora espléndida construcción llevaba muchos años abandonada; las pilastras, carcomidas; la techumbre, ennegrecida, húmeda y hundida; las enormes vigas del techo, llenas de cagadas de pájaros; las malas hierbas crecían por doquier en el suelo. De la altura de un hombre más o menos, a las puertas de la mansión, había una columna de piedra con un agujero horadado, repleto de guijarros y trozos de tela, ofrendas votivas que allí dejaban los lugareños, que habían huido al vernos llegar. El pueblo, donde estaba seguro que había una iglesia, estaba a una milla hacia el este. Pero los cristianos de Thunresleam sabían que el altozano y la antigua mansión estaban dedicados a Thor, y hasta allí se acercaban para rezarle al antiguo dios. Los hombres nunca acaban de sentirse a salvo. A pesar de lo poco que me gusta el dios de los cristianos, no niego su existencia, y reconozco que, en circunstancias difíciles, le he rezado a él igual que a mis propios dioses.

—¿Vamos a levantar una empalizada? —me preguntó Weohstan.

—No.

—¿De verdad? —insistió sin quitarme los ojos de encima.

—Talad cuantos árboles podáis, pero nada de empalizada —le ordené.

—Pero...

—¡Que ni hablar de empalizada!

Sabía que me la estaba jugando, pero si levantábamos una empalizada, mis hombres se sentirían a salvo, y de sobra sabía lo reacios que podían mostrarse a abandonar el recinto. Más de una vez había reparado en cómo los toros, espectáculo que alegraba algunas de nuestras celebraciones, elegían una parte del recinto como refugio y, con terrible fiereza, se defendían de los perros que los acosaban; pero, intranquilos en cuanto ponían una pezuña fuera del terreno que habían acotado, los perros, al olfatear el miedo, los atacaban con fiereza renovada. No quería que mis hombres se sintieran a salvo. Los quería vigilantes y alerta. Quería que comprendiesen que su seguridad no pasaba por agazaparse tras una empalizada que ellos mismos hubieran levantado, sino en tomar el fortín del enemigo. Y estaba decidido a tomarlo cuanto antes.

Ordené a los hombres de Ælfwold que talasen los árboles que se alzaban al oeste y despejasen los bosques que se extendían hasta el pie de la colina y más allá, de forma que tuviéramos una buena perspectiva del terreno hasta Lundene. Si los daneses que andaban por Mercia regresaban, quería verlos llegar. Puse a Osferth al frente de los centinelas con órdenes de actuar como una cortina de humo entre nosotros y Beamfleot, y advertirnos de cualquier salida que llevasen a cabo los daneses. Ocultos a los ojos de quienes guardaban el viejo fortín allá en lo alto, nuestros vigías habían de mantenerse al acecho en los bosques y, si aparecía el enemigo, plantarle cara entre los árboles. Los hombres de Osferth los entretendrían, hasta que yo llevase el grueso de las tropas contra nuestros atacantes. Por eso, ordené que todos los hombres durmiesen con la cota de malla puesta y las armas al alcance de la mano.

Le pedí a Ælfwold que cubriese los flancos norte y oeste. Sus hombres tenían que estar pendientes de la llegada de las provisiones y, aunque a lo lejos el humo aún tiznaba el horizonte, hacer frente a los refuerzos que pudieran enviar los hombres de Haesten. Impartidas tales órdenes, con cincuenta de los míos, me dispuse a explorar el terreno que rodeaba nuestro campamento, donde sólo se oía el golpeteo de las hachas que mordían los árboles. Conmigo venían Finan, Pyrlig, Osferth y, cómo no, Eteflada, que ningún caso había hecho de mi recomendación de que se mantuviese alejada del peligro.

Nos dirigimos a la aldea de Thunresleam, un villorrio perdido de hacinadas cabañas de recias techumbres, que se alzaban alrededor de las ruinas chamuscadas de lo que en tiempos había sido una iglesia. En cuanto nos vieron llegar colina arriba, sus habitantes corrieron a esconderse; algunos, los más osados, se atrevieron a dejar

los bosques que se alzaban más allá de unas pequeñas parcelas donde, entre los surcos, verdeaban ya brotes tempranos de trigo, cebada y centeno. Eran sajones; los primeros en acercarse seguían a un fornido campesino tuerto, de pelo castaño y enmarañado, y manos ennegrecidas de tanto trabajar. El hombre se quedó mirando la cruz que ondeaba en el estandarte de Ælfwold. Se lo había pedido prestado para que nadie nos tomase por daneses y, desde luego, la cruz debió de llamar la atención del tuerto, que se postró ante nosotros y, por señas, indicó a quienes lo seguían que lo imitasen.

—Soy el padre Heahberht —se presentó; me dijo que era el cura de aquel pueblo y de otras dos aldeas más al este.

—No tenéis pinta de cura —contesté.

—Si así fuera, mi señor, estaría muerto —repuso—. La bruja del fortín mata a todos los curas que se cruzan en su camino.

Volví la vista hacia el sur aunque, desde donde estábamos, no se veía el viejo fuerte de la colina.

—¿Bruja, decís?

—Se llama Skade, mi señor.

—Sé quién es.

—Quemó la iglesia, mi señor.

—Y se llevó a las mujeres, mi señor, incluso a las niñas —añadió una mujer llorando a lágrima viva—. Me arrebató a mi pequeña de tan sólo diez años, mi señor.

—¿Cómo ha podido...? —empezó a decir Etelfleda, dejando la pregunta en el aire al darse cuenta de que ya sabía la respuesta.

—¿Han abandonado el antiguo fortín, el que está en lo alto de la colina? —me interesé.

—No, mi señor —respondió el cura—. Lo utilizan como puesto de vigilancia. Tenemos que llevarles la comida, mi señor.

—¿Cuántos hombres hay allí arriba?

—Unos cincuenta, mi señor. También disponen de caballos.

No dudaba que era cierto lo que decía el cura, pero los daneses por fuerza tenían que habernos visto llegar y supuse que, para entonces, habrían enviado refuerzos a la vieja fortaleza.

—¿Cuántos hombres defienden el nuevo fortín? —le pregunté.

—No nos dejan acercarnos, mi señor —dijo el padre Heahberht—, pero he echado un vistazo desde la colina de Haethlegh, y no fui capaz de contarlos —añadió nervioso, mientras no apartaba de mí su ojo ciego, blancuzco y ulcerado, temblando de miedo, no porque fuéramos enemigos suyos, como los daneses, sino por nuestro rango. Trató de hablar tan pausadamente como le fue posible—: Son cientos, mi señor. Tres mil hombres partieron hacia el oeste, pero dejaron aquí, en Beamfleot, a

sus mujeres y a sus hijos.

—¿Fuisteis capaz de hacer un recuento de los que se marcharon?

—Lo intenté, mi señor.

—¿Y decís que sus mujeres y sus hijos siguen aquí? —quiso saber Eteflada.

—Viven en los barcos varados, señora —repuso el cura que, por lo visto, era un hombre observador; le recompensé con una moneda de plata.

—¿Quién está al mando del fuerte, el propio Haesten? —le pregunté.

El padre Heahberht negó con la cabeza.

—Skade, mi señor.

—¿Skade está al frente?

—Eso tenemos entendido, mi señor.

—¿Y decís que Haesten no ha regresado? —insistí.

—No, mi señor, al menos hasta donde sabemos —y nos contó cómo Haesten había comenzado a levantar el nuevo fortín tan pronto como había llegado con sus barcos desde Cent—. Nos obligaron a talar robles y olmos, mi señor.

—Tengo que echar un vistazo a ese nuevo fortín —dije. Le entregué otra moneda al padre Heahberht, y espoleé mi caballo, cruzando entre dos caseríos y pisoteando un campo de cebada.

Mientras cabalgaba, no dejaba de pensar en Skade, en su crueldad, en el desesperado afán de mando que la dominaba. Podía conseguir que los hombres se plegasen a sus deseos, pero ¿estaría en condiciones de desplegarlos en orden de batalla? Haesten no era un necio y, si hubiera dudado de ella, no la habría puesto al frente, igual que yo tampoco dudaba de que contaría con tropas suficientes y estaría rodeada de buenos consejeros. Espoleé mi montura de nuevo y me dirigí hacia el sur, internándome en la arboleda. Los míos venían detrás. Cabalgué como un loco, sin preocuparme de si había daneses agazapados en aquellos bosques; no vi ninguno. Tenía la sensación de que los hombres de la guarnición de Skade estaban felizmente instalados tras aquellos muros, confiados en que serían capaces de repeler cualquier ataque.

Llegamos al borde del altozano, allí donde el suelo parecía desplomarse hacia la maraña de ensenadas y entrantes que surcaba las marismas. Más allá, en la ribera sur del ancho estuario del Temes, apenas visible entre la bruma, cuatro barcos zascandileaban en la vasta extensión de agua que titilaba. Eran naves danesas que vigilaban el río al acecho de posibles presas y de cualquier barco de guerra sajón que, desde Lundene, se aventurase río abajo.

A mi derecha, Caninga, la ensenada y el increíble número de barcos varados en la costa del islote. Apenas si se veía el nuevo fortín al otro lado de la empinada colina donde se alzaba el antiguo fuerte. ¿Qué había dicho el padre Heahberht? Que sólo cincuenta hombres guardaban las viejas murallas. Desde donde estaba, atisbé los

destellos de las puntas de las lanzas que vigilaban la puerta norte, y me pareció no sólo que eran más de cincuenta, sino que el muro que defendían estaba en buenas condiciones. Comprendí que si bien la muralla sur, la que daba a la ensenada, estaba deteriorada, no podía decirse lo mismo de las defensas que miraban a tierra firme, que estaban en buen estado.

—Skade nos ha visto llegar y ha enviado refuerzos al antiguo fuerte —colegí.

—Desde luego, ahí arriba hay lanzas más que de sobra —dijo Finan.

—Tendremos que tomar los dos fuertes —repuse.

—¿Y si dejamos que ése se venga abajo? —propuso el irlandés, señalando la antigua fortaleza.

—No quiero que esos cabrones nos ataquen por la espalda cuando asaltemos el nuevo fortín. De modo que, antes, tendremos que acabar con ellos —repliqué.

Finan no dijo nada. Nadie abrió la boca. La guerra que llevábamos librando durante toda la vida había obligado a los gobernantes a erigir plazas fuertes, porque sólo con bastiones se ganaban las guerras. Para defender Wessex, Alfredo había construido fortines, que no eran sino baluartes de mayores dimensiones y bien defendidos. Etelredo de Mercia seguía el ejemplo de su suegro. Hasta donde sabíamos, Haesten no se había atrevido todavía a atacar ninguno de esos fortines, porque sabía que sus hombres perecerían en los fosos al pie de las altas murallas. Por eso, buscaba el modo de sangrar a Mercia y rendir a los defensores de aquellas plazas por el hambre, antes de intentar un ataque contra sus muros. Los dos fuertes de Beamfleot no eran fortines propiamente dichos, pero no por eso sus defensas eran menos formidables. Disponían de murallas, de fosos erizados de estacas y, sin duda, también había fosos al pie de la ensenada. Detrás de aquellas murallas, hombres que sabían matar, lanzas y espadas danesas que nos acechaban no en una fortaleza, sino en dos.

—¿Tendremos que tomar los dos fuertes? —se aventuró a preguntar Etelfleda, rompiendo el silencio.

—El primero será cosa fácil —contesté.

—¿Fácil, mi señor? —dijo Finan, con una aviesa sonrisa.

—Y rápida —añadí, dejando entrever una confianza que lejos estaba de sentir.

Aparte de sus dimensiones, el viejo fuerte era imponente. Dudaba que los daneses hubiesen destinado los hombres necesarios para defender sus muros palmo a palmo. Una vez que las tropas de Eduardo el Heredero se unieran a las nuestras, me imaginaba que contaría con suficientes hombres para atacar el viejo fuerte por varios puntos a la vez. Nuestros asaltos minarían la capacidad de resistencia de los defensores hasta que, en una de éstas, abríamos una brecha. No era un gran plan, pero sería efectivo, aunque me temía que el coste en vidas sería alto. Ante la escasez de alternativas, tenía que hacer lo imposible. Tenía que tomar dos fuertes, y, a fuer de

sincero, no tenía ni idea de cómo apoderarme del segundo, el más nuevo, desde la costa. Pero no me quedaba otra salida.

A lomos de nuestras monturas, volvimos al campamento.

* * *

A la mañana siguiente, las cosas se torcieron. Fue como si los daneses acabaran de darse cuenta de la amenaza que representábamos y hubieran tomado la decisión de llevar a cabo lo que tendrían que haber hecho el día anterior.

Sabían que habíamos establecido nuestro campamento junto a la vieja mansión de Thunresleam. Había apostado un buen número de centinelas en los bosques que se extendían al sur de aquel sitio, pero sin duda algunos se las habían ingeniado para despistarlos y habían acechado la explanada que habíamos despejado alrededor de la mansión. De modo que Skade, o quienquiera que la estuviera aconsejando, había decidido que un ataque al amanecer causaría tantas bajas que cundiría el desaliento en nuestras filas. Una idea magnífica. Previendo por dónde podían ir las cosas, en mitad de aquella noche estrellada, puse a todos mis hombres en pie. Ordené a los centinelas que regresasen al campamento, me cercioré de que no faltaba ninguno de los nuestros, ensillamos los caballos, nos embutimos las cotas de malla y nos fuimos, dejando los rescoldos de las fogatas a medio apagar, como si estuviésemos durmiendo. Hicimos tanto ruido al marchar que debimos perturbar la paz de los muertos del pequeño cementerio de Thunresleam. Como el estruendo entre los daneses no debía de ser menor, ni siquiera se les pasó por la cabeza que nos hubiéramos marchado.

—No pensaréis hacernos esto todas las mañanas —rezongó Ælfwold.

—Si piensan atacarnos, ahora es el momento —repose—. Mañana, ya habremos ocupado el fuerte de allí arriba.

—¿Mañana? —se sorprendió.

—Siempre y cuando Eduardo llegue hoy —repliqué.

Pensaba atacar la vieja fortaleza tan pronto como me fuera posible; sólo necesitaba contar con los guerreros necesarios para llevar a cabo ocho o nueve ataques simultáneos.

Llegamos al pueblo, y nos quedamos a la espera de acontecimientos. Éramos cuatrocientos hombres en condiciones de presentar batalla. Como sabía que era posible que los daneses se hubiesen dado cuenta de nuestra estratagema, insistí en que nadie echase pie a tierra. Los aldeanos, a quienes habíamos despertado, nos llevaron cerveza amarga; el padre Heahberht, nervioso como siempre, me ofreció un cuenco de un tan inesperado como excelente hidromiel. Le pedí que les llevara un poco a Etelfleda y a sus dos doncellas, las únicas mujeres que venían con nosotros.

—Si los daneses se deciden a atacarnos —le dije—, quedaos aquí con los

hombres de la guardia.

Puso cara de ya veremos, pero por una vez no me llevó la contraria.

Todavía era de noche. Sólo se oía el tintineo de las bridas y el ruido sordo de las desasosegadas pezuñas de los caballos. De vez en cuando, alguien decía algo, pero la mayoría de los hombres cabeceaba a lomos de sus monturas. Salía humo por los agujeros de las techumbres de las cabañas; se escuchaba el lúgubre ulular de una lechuza en los bosques; sentí cómo un desangelado escalofrío se apoderaba de mi espíritu. No era capaz de quitarme de encima esa sensación. Acaricié el martillo de Thor y elevé una plegaria a los dioses para que me enviaran una señal, pero la única respuesta fue el lastimero canto de la lechuza. ¿Cómo iba a tomar los dos fuertes? Por un momento temí que los dioses me hubieran dejado de lado, que hubiera caído en desgracia a sus ojos por haber desertado de Northumbria para volver al sur. ¿Qué era lo que, en cierta ocasión, le había dicho a Alfredo? Que estábamos en este mundo para diversión de los dioses, pero ¿qué disfrute podían depararles mis desplantes? Pensé en la decepción que se había llevado Ragnar; al recordarlo, sentí que algo se rompía en mi interior. Recordé el desdén de Brida, y comprendí que me lo había ganado a pulso. Aquel amanecer, mientras, a mis espaldas, el cielo se teñía de gris, me vi como un ser despreciable, sin ningún porvenir, una sensación tan dolorosa que rayaba en la desesperación. Me revolví en la silla y busqué a Pyrlig. El cura galés era de los pocos a quienes me atrevía a abrir mi alma sin reservas y quería saber su opinión. Antes de que llegase a dar con él, alguien gritó:

—¡Se acerca un jinete, mi señor!

Había dejado a Finan al frente de un puñado de hombres como únicos centinelas. Se habían apostado en las lindes de los campos de cultivo, a medio camino entre el pueblo y la antigua mansión. El irlandés acababa de enviarme a uno de los suyos para avisarme de que los daneses se habían puesto en marcha.

—Se acercan por los bosques, mi señor —me dijo—; andan rondando por nuestro campamento.

—¿Cuántos son?

—No sabría decirlos. Más bien parecen una horda.

Lo que bien podía interpretarse como que eran doscientos, o dos mil. La prudencia me aconsejaba esperar hasta que Finan hiciera un recuento más preciso, pero me sentía tan desanimado, tan hundido, tan desesperado por atisbar una señal de los dioses que me acerqué a Etelfleda y le dije:

—Quedaos aquí con los hombres de la guardia —y, sin esperar respuesta, desenvainé a *Hálito-de-serpiente*; me sentí más tranquilo al escuchar el siseo de la larga hoja de acero que se deslizaba por la garganta de la vaina—. ¡Los daneses atacan el campamento! ¡A por ellos! —grité, al tiempo que espoleaba mi caballo, el mismo que había montado Aldelmo, un buen animal, bien adiestrado, al que todavía

no estaba demasiado hecho, sin embargo.

Ælfwold azuzó el suyo y se puso a mi altura.

—¿Cuántos son? —preguntó.

—¡Muchos! —le dije.

Me sentía temerario, imprudente; sabía que estaba cometiendo una locura. Me imaginé que, en cuanto cayesen sobre el campamento, los daneses se darían cuenta de que nos habíamos largado y se pondrían en guardia. Como no quería que llegaran a darse cuenta siquiera, puse mi caballo al trote. Los míos, más de trescientos, me seguían al galope, cuando ya las primeras luces del día se reflejaban en los surcos arados y los pájaros alzaban el vuelo en los bosques que teníamos delante.

Me volví en la silla, y contemplé lanzas y espadas, hachas y escudos. Guerreros sajones, cotas grises de malla en aquel gris amanecer, gestos fieros bajo los yelmos, y noté cómo crecían en mi interior las ansias de luchar. Quería matar. Me sentía tan desmoralizado que me dejé llevar por la idea de que tenía que ponerme en manos de los dioses. Si querían que siguiera con vida, si las hilanderas habían decidido que el hilo de mi existencia volviese a discurrir por su dorada trama, sobreviviría a aquel amanecer. Entre presagios y señales, así nos pasamos la vida. Me puse al galope para descubrir cuál era la voluntad de los dioses. Una locura.

Me sobresalté al ver que unos jinetes se nos acercaban por la izquierda. No eran otros que Finan y los siete hombres que se habían quedado con él, que se unían a nosotros.

—¡Deben de ser trescientos o cuatrocientos! —me gritó.

Asentí con la cabeza, y espoleé mi caballo de nuevo. La senda que llevaba a la antigua mansión era lo bastante ancha para permitir el paso de cuatro o cinco jinetes de frente. Probablemente, Finan esperaba que diera la orden de detenernos al llegar a la explanada que habíamos despejado alrededor de la antigua mansión y que los hombres formasen en hilera entre los árboles, pero ya todo me daba igual.

Vimos luz más adelante. El alba era todavía gris; por el oeste, las sombras de la noche ennegrecían el horizonte. Una luz inesperada, roja y brillante. Fuego. Pensé que los daneses habían incendiado la techumbre de la mansión, igual que nosotros nos disponíamos a avivar su propia destrucción. Vi los linderos del bosque, los troncos caídos que habíamos abatido el día anterior, el tenue resplandor de los rescoldos de las fogatas del campamento, oscuras siluetas de hombres y caballos, los destellos que las llamas arrancaban de sus cascos, cotas de malla y armas. Espoleé mi montura de nuevo y lancé un grito de guerra:

—¡A por ellos!

Nos abalanzamos sobre ellos en desorden, salimos de entre los árboles, con espadas y lanzas, inflamados de odio y coraje. En cuanto llegamos al claro, comprendí que nos superaban en número. Ante nuestras narices, una hueste de

daneses, no menos de cuatrocientos, la mayoría todavía a caballo. Casi todos andaban merodeando por el campamento, y sólo unos pocos se percataron de nuestra llegada tras atisbar nuestros caballos y espadas a la luz del amanecer. El grupo más numeroso se encontraba en el extremo occidental del claro que habíamos despejado; miraban la tierra oscura que se alargaba hasta los pálidos destellos de las hogueras de Lundene. Quizá se imaginaban que habíamos renunciado a tomar los fuertes, que al amparo de la noche habíamos emprendido la huida hacia la ciudad a lo lejos. Nada de eso; llegamos por el este, con la luz del día cada vez más intensa a nuestras espaldas. Se volvieron al oír los primeros gritos, los primeros alaridos.

Rojos parecíamos bajo el resplandor de las llamas de la techumbre ardiente de la antigua mansión. Rojos eran los destellos que el fuego arrancaba de los dientes al descubierto de nuestros caballos, de nuestras cotas de malla, de nuestras armas, cuando, sin dejar de gritar, descargué la espada contra el primero que me salió al paso. Iba a pie; blandía una lanza de hoja ancha con la que trató de arremeter contra mi montura, pero *Hálito-de-serpiente* lo alcanzó en la sien. Volví a levantarla y la dejé caer sobre otro danés, sin pararme a mirar qué le había hecho, picando espuelas para que cudiese el pánico. Los habíamos pillado por sorpresa y, durante un rato, nos erigimos en señores de la barbarie. Habíamos abandonado el sendero y asestábamos tajos a diestro y siniestro contra los hombres que, a pie, trataban de apoderarse de cuanto encontraban alrededor de los rescoldos de las fogatas que habíamos encendido. Vi cómo Osferth le destrozaba la cabeza a uno con el canto de la hoja de un hacha, arrancándole el yelmo y arrojándolo después a una de las hogueras. El danés debía de tener la costumbre de limpiarse las manos en los cabellos después de comer, porque las llamas prendieron de inmediato en su pelo grasiento que, al instante, comenzó a arder con viveza. Con la cabeza en llamas como una almenara, gritó y se retorció dando tumbos hasta que un tropel de jinetes se lo llevó por delante. La pezuña de una caballería levantó una nube de chispas, y los caballos, sin jinete que los montase, se desbocaron y huyeron presas de terror. A mi lado, Finan, y también Cerdic y Sihtric. Juntos, cabalgamos al galope hacia el grupo más numeroso de jinetes montados, que seguían mirando a la tierra aún sumida en sombras que se extendía hacia el oeste. Sin dejar de vociferar, cargué contra ellos; descargué la espada sobre un hombre de barba rubia que levantó el escudo y desvió el golpe, para encontrarse con que la punta de una lanza le había entrado por debajo del escudo, le desgarraba la cota de malla y se le clavaba en la barriga. Sentí un topetazo en el escudo, pero no pude volver la vista a la izquierda porque un hombre desdentado trataba de hundir su espada en el pescuezo de mi montura. *Hálito-de-serpiente* desvió la estocada y arremetí contra su brazo, pero la cota de malla frenó el golpe. Aunque muchos de los míos acudían en nuestra ayuda, rodeados de enemigos por todas partes, no podíamos seguir adelante. Arremetí contra el danés desdentado,

pero era rápido: mi espada chocó contra su escudo, su caballo dio un traspié, Sihtric blandió el hacha, y me pareció vislumbrar unos trozos de metal entremezclados con sangre que salían volando.

Por todos los medios, trataba de que mi caballo no dejara de moverse. Entre los jinetes, daneses a pie; un tajo a las patas de mi montura bien podía hacerme caer de bruces al suelo, y un hombre nunca es tan vulnerable como cuando lo derriban de la silla de su cabalgadura. Por mi derecha, una lanza me pasó rozando la barriga para ir a estrellarse contra el extremo inferior de mi escudo, y arremetí con *Hálito-de-serpiente* contra un rostro barbudo: noté cómo le destrozaba los dientes; la retiré y embestí de nuevo para asestar un corte más profundo. Un caballo daba alaridos. Los hombres de Ælfwold se habían metido de lleno en la refriega. Habíamos conseguido dividir a los daneses. Algunos se retiraron a los pies de la colina; la mayoría se marchó por el norte o por el sur hasta el altozano, donde se reagruparon antes de abalanzarse sobre nosotros desde ambos lados, lanzando sus propios gritos de guerra. Deslumbrante y cegador, el sol ya se alzaba en el cielo, la mansión era una tea, y el aire más parecía un violento torbellino de chispas bajo aquel resplandor.

Confusión. Durante un rato nos habíamos aprovechado de la ventaja de nuestro ataque por sorpresa, pero los daneses no tardaron en reaccionar y nos rodearon. Entre caballos que patullaban, hombres que gritaban y el rudo entrechocar de aceros, todo era confusión al pie de la colina. Me dirigí hacia el norte y traté de alejar a los daneses del altozano, ya tan dispuestos como nosotros a tomarse cumplida revancha. Esquivé una estocada, sin apartar los ojos de los dientes rechinantes de un hombre que trataba de cortarme la cabeza. Fue tal la violencia del choque de las dos espadas que me dejó el brazo temblando, pero conseguí pararlo, y le golpeé en la cara con la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*. Arremetió de nuevo y me acertó en el yelmo; a pesar de que la cabeza me zumbaba por el testarazo recibido, le golpeé por segunda vez. Estábamos demasiado cerca para echar mano de mi espada, y él, con el borde de su escudo, me golpeó el brazo con que la sujetaba.

—¡Sois un mierda! —bramó.

A modo de adorno, unos cordones de lana amarilla realzaban su yelmo. Lucía unos brazaletes por encima de la cota de malla, señal inequívoca de que era un guerrero que había arrebatado más de un botín. Sus ojos encendidos me miraban con rabia. Quería acabar conmigo a toda costa. Al ver los adornos de plata de mi yelmo y que llevaba más brazaletes que él, cayó en la cuenta de que debía de ser un guerrero de renombre. Hasta era posible que supiera quién era yo, y soñase con jactarse de que había acabado con Uhtred de Bebbanburg. Los dientes le rechinaron de nuevo cuando trató de rebanarme la cara con su espada; de repente, aquella feroz mueca se convirtió en un gesto de sorpresa, abrió los ojos con desmesura, los puso en blanco y emitió una especie de gorgoteo. Sacudió la cabeza con desesperación tratando de sujetar la

espada, que se le fue de las manos en el momento en que la hoja de un hacha le cercenaba el espinazo. Sihtric enarbolaba el hacha; con un gemido, el hombre se vino al suelo en el preciso instante en que mi caballo, entre alaridos, comenzó a andar de lado; reparé en un danés que, desde el suelo, le clavaba una lanza en la panza. Finan se llevó a aquel hombre por delante, mientras yo espoleaba mi montura con los pies fuera de los estribos.

Entre relinchos, retorciéndose y lanzando coces al aire, el animal cayó al suelo, atrapándome la pierna derecha al hacerlo. Otro caballo pasó rozándome la cara. Protegiéndome el cuerpo con el escudo, traté de salir a rastras. Una estocada vino a estrellarse contra mi escudo. Un caballo pisoteó a *Hálito-de-serpiente*, y casi me quedo sin espada. De repente, me vi sumido en una vorágine de cascos de caballerías, gritos y confusión. Traté de librarme del caballo de nuevo cuando algo, no sé si pezuña o espada, me golpeó en la parte de atrás del yelmo, y el desbarajuste que me rodeaba se volvió negro por completo. Aturdido en la oscuridad en que me vi inmerso, me pareció oír que alguien profería lamentos desgarradores. Eran los míos. Un hombre trataba de arrebatarme el yelmo y, al darse cuenta de que aún seguía con vida, me había puesto un cuchillo en la boca; recuerdo que pensé en Gisela y que, a la desesperada, traté de hacerme con la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*, pero no la encontré y, pensando que me vería privado de los goces del Valhalla, comencé a dar alaridos. De repente, todo se puso rojo. Sentí calor en la cara y noté que algo rojo me resbalaba por los ojos; en ese instante, volví en mí y me di cuenta de que el hombre que con tanto ahínco había intentado matarme se moría y su sangre me corría por la cara. Con esfuerzo, Cerdic me lo quitó de encima y tiró de mí hasta sacarme de debajo del caballo muerto.

—¡Ahí la tenéis! —dijo Sihtric, poniéndome a *Hálito-de-serpiente* en la mano.

Tanto él como Cerdic iban a pie. Desde lo alto de la silla de su montura, un danés que se las prometía muy felices nos embistió con una lanza de asta gruesa pero, con su escudo astillado, Cerdic consiguió parar el golpe. Con *Hálito-de-serpiente* le acerté al jinete en un muslo con una estocada desvaída, de forma que el otro, lanza en ristre, la estampó contra mi escudo. Los daneses, que parecían estar seguros de que suya era la victoria, no cejaban en su empeño, y no dejábamos de oír los tajos que descerrajaban contra la madera de tilo.

—¡Matad los caballos! —grité, aunque mi voz más sonó como un graznido.

Por la derecha, llegaron algunos de los hombres de Weohstan y cargaron contra los daneses; vi un sajón que se retorció en la silla de montar mientras, colgando de un trozo de hueso o de un tendón, la mano con que empuñaba la lanza pendía de un brazo ensangrentado.

—Jesús, Jesús! —exclamó alguien; era el padre Pyrlig, que se había llegado a nuestro lado. El cura galés iba a pie, con su abultada barriga bajo la cota de malla,

portando una lanza como el tronco de un árbol pequeño. No llevaba escudo, así que manejaba el arma a dos manos, con la punta dirigida siempre hacia los caballos de nuestros adversarios para mantenerlos a distancia.

—¡Gracias! —les dije a Cerdic y a Sihtric.

—Deberíamos retirarnos, mi señor —propuso Cerdic.

—¿Dónde está Finan?

—¡Atrás! —gritó Cerdic que, sin más miramientos, tiró de mi hombro izquierdo y me apartó de los daneses.

Con la ayuda de muchos de los míos y de los hombres de Ælfwold, Finan peleaba a nuestras espaldas, blandiendo un hacha contra los que ocupaban el lado sur del altozano.

—¡Ojalá tuviera un caballo! —rezongué.

—¡Menudo embrollo! —exclamó Pyrlig.

Casi me eché a reír al escuchar la delicada expresión que había empleado.

Más que un embrollo era una hecatombe. Había llevado a los míos al pie de la colina y, tras haber resistido nuestro ataque, los daneses nos tenían rodeados. Había daneses por el este, por el norte y por el sur, que trataban de empujarnos hasta el altozano y echarnos a rodar por la escarpada ladera, donde nuestros cuerpos no serían sino un manchón de sangre a la luz del sol de la mañana. Al menos cien de mis sajones habían perdido sus monturas; a la desesperada, nos pusimos en círculo y tratamos de formar un muro de escudos. Aunque muchos sajones, que no todos, lucían una cruz en el escudo, había muchos muertos, algunos a manos de sus propios compañeros porque, en semejante barullo, no era fácil distinguir entre uno y otro bandos. Había muchos cadáveres de daneses también, pero los que seguían con vida nos superaban con creces. Tenían rodeado mi pequeño muro de escudos, mientras sus jinetes acosaban a los sajones que aún iban a caballo obligándoles a internarse en los bosques.

Ælfwold había perdido su caballo de guerra, y sus hombres le urgieron a unirse a nosotros.

—¡Cabrón, maldito traidor! —me espetó.

Debía de pensar que, de forma intencionada, había conducido a sus hombres a una trampa, pero sólo a mi insensata temeridad, que no traición, cabía achacar tal desastre. El de Mercia levantó el escudo como los demás mientras nos llovían mandobles por todas partes. Hundí mi espada en el pecho de un caballo, la retorcí y arremetí de nuevo. Con una tremenda embestida de su pesada lanza, Pyrlig medio levantó en volandas de la silla a un jinete danés. Pero Ælfwold estaba tendido en el suelo; con el yelmo partido en dos, la sangre y los sesos desparramados por la cara. Mantuvo, con todo, la entereza de lanzarme una mirada cargada de reproches, antes de que, con un estremecimiento, se echase a temblar. Tuve que apartar los ojos de él

para hacer frente a otro danés cuya montura había tropezado con un cadáver. Luego, los enemigos se retiraron un momento y se prepararon para atacarnos de nuevo.

—¡Señor Jesús! —acertó a decir Ælfwold, antes de que las palabras se le atragantaran en la garganta y se quedara callado para siempre.

Con los escudos astillados y ensangrentados, nuestro muro de escudos parecía aún más mermado. Los daneses se mofaban de nosotros, nos lanzaban toda clase de improperios, nos auguraban una muerte espantosa. Los hombres se arrojaron aún más. Tenía que haberles dado ánimos, pero no supe qué decirles. Por culpa de mi temeridad, se encontraban en aquella situación. Me había lanzado al ataque sin pararme a pensar en los enemigos con que me iba a encontrar. Recuerdo que pensé que, en justicia, merecía la muerte, y que me iría a la otra vida con la tranquilidad de haber arrastrado a tantos y tan valerosos hombres conmigo.

Lo único que podía hacer era morir en condiciones, así que aparté el escudo que empuñaba Sihtric y, solo, me presenté ante el enemigo. Un hombre aceptó el desafío y al galope se lanzó contra mí. No podía verle la cara, porque el sol de la mañana brillaba a sus espaldas y me cegaba, pero embestí con *Hálito-de-serpiente* contra la boca de su caballo y levanté el escudo por encima de la cabeza para frenar su estocada. El caballo retrocedió y arremetí contra su panza y fallé, cuando reparé en un hombre que blandía un hacha por mi izquierda; me aparté y resbalé en una maraña de tripas que salían de un cadáver eviscerado de un hachazo. Al verme con una rodilla en el suelo, mis hombres acudieron en mi ayuda. El caballo se vino al suelo; puesto en pie de nuevo, arremetí con furor contra el jinete; sabía que le alcanzaba en alguna parte de su cuerpo, pero como el sol me cegaba, no podría decir dónde. A mi derecha, con una lanza clavada en el pecho, un caballo de guerra echaba sangre por la boca. Aunque no recuerdo qué, sé que estaba gritando, cuando por mi izquierda apareció un grupo de jinetes. Los recién llegados proferían gritos de guerra.

Hay que aceptar la muerte con coraje, con bravura. ¿Qué otra cosa, si no, le queda al hombre? Apartándome del caballo, arremetí de nuevo, cuando una espada vino a estrellarse contra la parte superior de mi escudo, partiendo en dos el reborde de hierro y arrancando una astilla que se me clavó en un ojo. Empuñé la espada de nuevo y sentí cómo *Hálito-de-serpiente* chocaba en hueso tras desgarrar el muslo del jinete. El hombre perdió el equilibrio; aproveché para sacarme la astilla en el momento en que su espada se abatía sobre mi yelmo, donde rebotó y fue a darme en el hombro. La cota de malla atenuó el golpe, que ya había perdido empuje porque el padre Pyrlig le había clavado la lanza en un costado a mi adversario, al tiempo que me arrastraba de vuelta al muro de escudos.

—¡Gracias a Dios! —decía una y otra vez.

Guiados por el estandarte del dragón de Wessex, los recién llegados eran soldados sajones. Al frente de ellos Steapa, que valía por diez guerreros. Aparecieron por el

norte, y empezaron a hacer de las suyas entre las filas danesas.

—¡Un caballo! —grité. Alguien me trajo una buena montura. Pyrlig sujetó al inquieto animal mientras lo montaba. Calcé mis botas en unos estribos a los que no estaban acostumbradas, y grité a aquéllos de los míos que se habían quedado sin caballería que se hiciesen con una. Muchos de los animales estaban muertos, pero aún quedaban bastantes que vagaban solitarios y sin rumbo en medio de aquella carnicería.

Un tremendo estruendo nos anunció que la techumbre en llamas de la mansión se había venido abajo. De una en una fueron cayendo las vigas en llamas que, al chocar contra el suelo, arrojaban nuevas nubes de chispas al aire ennegrecido por el humo. Piqué espuelas hasta la antigua columna votiva, me encaramé en la silla, toqué el extremo superior de la piedra, y elevé una plegaria a Thor. Una lanza traspasaba el agujero horadado en la columna; enfundé a *Hálito-de-serpiente* y me hice con aquel venablo de asta alargada. Tenía la punta ensangrentada. El lancero, un danés, yacía muerto junto a la columna de piedra. Un caballo le había pateado y destrozado la cara, dejándole con un ojo colgando del borde del yelmo. Empuñé el asta de fresno, y espoleé mi montura hacia el lugar donde continuaba la refriega. La llegada de Steapa y los suyos había pillado desprevenidos a los daneses, que dieron media vuelta y, al galope, decidieron regresar al fortín. Steapa fue tras ellos. Traté de alcanzarlo, pero desapareció entre los árboles. Los guerreros sajones también salieron en su persecución. Caballos y hombres a la fuga se convirtieron en los pobladores de aquellos tupidos bosques. Finan se las compuso para dar conmigo y juntos cabalgamos, agachando la cabeza al pasar bajo las ramas. Un danés herido, que iba corriendo, se llevó un buen susto al vernos llegar y se puso de rodillas. Pasamos de largo.

—¡Señor Jesús! —gritó Finan—. ¡Por un momento pensé que no saldríamos de ésta!

—¡Y yo!

—¿Cómo supisteis que iban a aparecer los hombres de Steapa? —me preguntó, antes de ponerse al galope para dar caza a un danés que huía espoleando su caballo como un loco.

—¡No lo sabía! —respondí a voces, aunque Finan estaba tan atento a su presa que dudo que me escuchase.

Enarbolé la lanza y la apunté a los riñones del danés. El verdín que levantaban los cascos del caballo del adversario me dio en la cara; arrojé la lanza y Finan lo remató con la espada; el danés cayó al suelo. Nosotros seguimos adelante.

—Ælfwold ha muerto! —dijo Finan.

—¡Lo sé! ¡Murió creyendo que lo había traicionado!

—¡Vaya! ¡A eso lo llamo yo pensar con el culo! ¿Dónde se han metido esos

cabrones?

Los daneses se dirigían hacia el fuerte y, en su persecución, nos habíamos desviado ligeramente hacia el este. Recuerdo el verde resplandor de las hojas a la luz de sol, recuerdo haber pisoteado la madriguera de un tejón, recuerdo el retumbar de cascos en el verdín, el goce de sentirme con vida tras haber visto la muerte tan de cerca y que llegamos al lindero del bosque.

Donde no acababa la confusión.

Ante nosotros, un enorme prado verde donde solían pacer ovejas y cabras que descendía hasta un collado antes de remontar abruptamente hasta la puerta del antiguo fuerte en lo alto de la colina. Los daneses se dirigían al fortín, buscando el abrigo del foso y las murallas que lo rodeaban, mezclados con hombres de Steapa que, a caballo, los acosaban y los azuzaban.

—¡Vamos allá! —me gritó Finan, picando espuelas.

Vio la oportunidad que se nos brindaba mejor que yo, que lo primero que pensé fue en decirle que se quedara donde estaba y abortar la caótica carga de Steapa. Pero, una vez más, me dejé llevar por la temeridad. Balbucí cualquier estupidez y piqué espuelas tras los pasos de Finan.

Había perdido la noción del tiempo. No sabría decir con exactitud cuánto había durado la pelea al pie de la colina, pero recuerdo que el sol ya brillaba en lo alto, que el Temes rielaba bajo sus rayos, que teñían de un verde deslumbrante los pastos de aquel collado. Cada vez eran más los jinetes que dejaban atrás los bosques y se dirigían al fortín. El caballo de labor que montaba jadeaba y un sudor blanco le cubría las ijadas, pero seguí espoleándolo a medida que nos acercábamos a aquella turbamulta de perseguidores y perseguidos. Antes que yo, Finan se había dado cuenta de que, para cuando los daneses se decidiesen a cerrar las puertas, a lo peor ya era demasiado tarde. Pensó, y con razón, que estaban tan aterrorizados que ni siquiera se les ocurriría pensar en tal menudencia. Con tal de que los suyos cruzasen el foso y pasasen bajo el arco de madera mantendrían las puertas abiertas el tiempo que hiciera falta. Pero eran tantos los hombres de Steapa que se mezclaban con los daneses que algunos conseguirían entrar en el recinto y, si muchos de los nuestros se colaban tras sus muros, podríamos tomar el fuerte.

Más tarde, al cabo del tiempo, los poetas cantaron los hechos de aquel día, que si Steapa y yo, al alimón, habíamos atacado la antigua mansión de Thunresleam; que si, aterrorizados, los daneses se habían dado a la fuga; que si tomamos el fortín cuando nuestros enemigos aún se lamían las heridas de la derrota que les habíamos infligido... Las cosas no ocurrieron como ellos las cuentan, naturalmente, no en vano son poetas, que no guerreros. Lo cierto es que, aquel día, Steapa me libró de un desastre seguro, y que nadie atacó el fortín porque ni falta que hizo. Sólo cuando los primeros hombres de Steapa cruzaron el portón y estuvieron dentro de la fortaleza,

los daneses cayeron en la cuenta de que con los suyos también había entrado el enemigo, y dio comienzo otra lucha sin cuartel. Steapa ordenó a los suyos que dejaran las cabalgaduras y formasen un muro de escudos en la puerta, un muro de dos caras, que mirase tanto hacia el interior de la ciudadela como hacia el soleado repecho que subía hasta allí, de forma que los daneses que se hubieran quedado fuera no pudieran desbaratarlo y no les quedara otra que huir. Y eso fue lo que hicieron, picar espuelas por la escarpada pendiente que daba al oeste y cabalgar a todo galope hasta el nuevo fortín. No tuvimos más que echar pie a tierra y cruzar la puerta para unirnos al cada vez más nutrido muro de escudos que había formado Steapa en el interior de la vieja fortaleza.

Entonces vi a Skade. Nunca llegué a saber si había sido ella quien estaba al frente de los jinetes que habían incendiado la antigua mansión de Thunresleam, pero sí era ella quien estaba al mando de los hombres del viejo fuerte y los alentaba a plantarnos cara. Pero los superábamos en número. Aparte de los jinetes que seguían llegando, siguiendo las órdenes de Steapa, no menos de cuatrocientos sajones formaron el muro de escudos, todos agrupados bajo el orgulloso estandarte de Wessex, el dragón bordado salpicado de sangre, mientras Skade no dejaba de increparnos, a caballo, con cota de malla, sin casco, su larga melena negra ondeando al viento y empuñando una espada. Espoleó su montura y se abalanzó contra el muro de escudos, aunque puso buen cuidado en sortear las largas lanzas que asomaban entre los escudos redondos que se solapaban.

Weohstan llegó al frente de más jinetes, los llevó hasta el flanco derecho del muro de escudos y dio orden de atacar. A su vez, Steapa ordenó a voces que el muro de escudos se pusiera en marcha y comenzamos a ascender la suave pendiente que llevaba a las grandes construcciones que coronaban la colina. Delante de nosotros, los hombres de Weohstan marchaban velozmente. Al darse cuenta de la suerte que les esperaba, los daneses emprendieron la huida.

Así fue como tomamos el viejo fuerte. El enemigo huyó ladera abajo. Un hombre llevaba la brida del caballo que montaba Skade que, vuelta de espaldas, no nos quitaba ojo. No fuimos tras ellos. Estábamos cansados, cubiertos de sangre, magullados, heridos y desconcertados. Por otra parte, un muro de escudos formado por daneses guardaba el puente que llevaba al nuevo fortín. No todos los fugitivos se fueron hacia el puente, sin embargo; algunos obligaron a sus monturas a meterse en el agua y cruzaron la estrecha ensenada hasta llegar a Caninga.

En lo alto de las murallas del viejo fuerte ondeaba el estandarte del dragón; a su lado, la cruz de Ælfwold. Aquellas banderas proclamaban una victoria que bien podría quedar en nada, si no tomábamos el nuevo fortín que, por vez primera, tuve ocasión de contemplar a mis anchas.

Solté una maldición.

CAPÍTULO XIV

Etelfleda se acercó a mí en lo alto de la muralla. Nada más llegar, sin mediar palabra ni preocuparse de que pudieran vernos, me echó los brazos alrededor del cuello. Sentí cómo temblaba. Llevaba mi maltrecho escudo todavía colgado del brazo izquierdo, que la ocultaba a los ojos de todos cuando la estreché contra mí.

—Pensé que habíais muerto —me comentó al cabo de un rato.

—¿Quién os dijo semejante cosa?

—Nadie. Veía lo que estaba pasando —añadió.

—¿Desde dónde?

—Desde la linde del campamento —repuso tranquila.

—¿Acaso habéis perdido el juicio? —le increpé enojado, al tiempo que me apartaba de ella y la miraba de arriba abajo—: ¿Qué pretendíais, acaso que los daneses os hicieran prisionera?

—Tenéis la cara cubierta de sangre —contestó, pasándome un dedo por la mejilla—. Está reseca. ¿Ha sido muy duro?

—Pues sí, pero lo que nos queda por delante será mucho peor —respondí, moviendo la cabeza en dirección al nuevo fortín.

Se alzaba a los pies de la colina, donde el escarpado desnivel cubierto de hierba se convertía en un suave desmonte que finalizaba en una sucinta hilera de collados que llegaba hasta los cañaverales que bordeaban la ensenada. La marea, casi baja del todo a esa hora, me permitió hacerme una idea de los intrincados bancos de arena que acechaban allí donde marisma y ensenada se confundían, y entendí por qué Haesten había levantado el nuevo fortín en aquella inhóspita lengua de tierra firme y había excavado el profundo foso, que defendía el ancho muro que miraba al este de posibles ataques: había convertido la fortaleza, tres veces más larga que ancha, en una isla. El muro que discurría por el lado sur se prolongaba a lo largo de la ensenada, con el hondo canal a sus pies como defensa; las murallas que miraban al norte y al oeste daban a calas amplias, a interminables marismas siempre a merced de la marea, mientras que la defensa del lado más estrecho, la que miraba al este, donde se alzaba el portón, frente a nosotros, quedaba protegida por el nuevo foso. Un puente de madera permitía salvarlo. Una vez que los últimos en llegar estuvieron a salvo, los daneses procedieron a retirarlo llevándose los anchos tablones al interior del fuerte. Algunos lo hacían desde el agua que, en el centro del foso, no les llegaba más arriba de la cintura. De modo que era posible cruzarlo con marea baja; pobre consuelo porque la diferencia del nivel del agua entre marea alta y marea baja alcanzaba el doble de la altura de un hombre de buena estatura, lo que indicaba que, cuando era posible vadearlo, la orilla del otro lado no sería sino una empinada pendiente de lodo traicionero y viscoso.

El interior del recinto estaba atestado de cabañas, algunas con techos de madera, otras cubiertas con lonas; todas carentes de techumbres. Tal era, pues, la solución que Haesten había encontrado para protegerse de un posible lanzamiento de flechas incendiarias que prendieran fuego al fuerte. Me imaginé que la mayoría de las vigas y pilares de aquellas construcciones procedían del pueblo que habían arrasado e incendiado, cuyas ruinas aún eran visibles al este del nuevo fortín, donde la falda de la colina alcanzaba su máxima amplitud.

Aunque montones de daneses deambulaban por el interior del recinto, eran muchos más los que vivían en los barcos: más de doscientos navíos de guerra de enhiesta proa, encallados en la otra orilla de la ensenada. La mayoría estaban desmantelados; sujetos a las horquillas donde reposaban los mástiles, en algunos habían colocado unos toldos en los que se veía ropa tendida, en tanto que, a la sombra de los cascos, unos cuantos niños jugaban o nos miraban embobados. Conté, además, otros veintitrés barcos, con los mástiles enarbolados y las velas aferradas en sus correspondientes vergas. En todos había hombres a bordo, lo que me llevó a pensar que estaban preparados para hacerse a la mar en cualquier momento. Le había dado vueltas a la idea de traer unos cuantos barcos río abajo, desde Lundene pero, al contemplar aquellos navíos varados y ya dispuestos, pensé que de poca ayuda sería cualquier flotilla que pudiésemos llevar hasta allí.

Arrastrando los pies, Steapa se acercó a nosotros. Su rostro, que tanto terror inspiraba gracias a la tensa y feroz expresión de su mirada, parecía inquieto cuando, postrado ante Etefleda, se quitó el yelmo, dejando al aire su cabello enmarañado.

—Mi señora —acertó a decir, vacilante.

—Poneos en pie, Steapa —le ordenó Etefleda.

Había que verlo: un hombre capaz de llevarse por delante a una docena de daneses, un guerrero cuya espada era temida en los tres reinos, en presencia de Etefleda, se sentía acobardado, porque ella era una princesa de sangre real y él, el hijo de un esclavo.

—Lady Etefleda os ordena que os dirijáis a los pies de la colina, crucéis el foso, echéis abajo las puertas y obliguéis a salir a los daneses —le dije con voz autoritaria.

Por un momento, creyó que hablaba en serio. Me miró asustado, luego arrugó el entrecejo y no supo qué decir.

—Gracias, Steapa —le dijo Etefleda con afecto, despejando todas sus dudas—. ¡Una magnífica victoria! Yo misma me encargaré de decírselo a mi padre.

Encantado al escuchar semejante elogio, acertó a balbucir:

—Fue cuestión de suerte, mi señora.

—De vuestra mano, la suerte siempre nos sonrío. ¿Cómo está Hedda?

—¡Muy bien, señora! —sonrió, sorprendido al oír la pregunta de la dama. Nunca había sido capaz de recordar el nombre de la esposa de Steapa, una mujer menuda,

pero Etelfleda claro que se acordaba, y también del nombre de su hijo.

—¿Anda mi hermano cerca? —se interesó Etelfleda.

—Participó en la refriega —repuso Steapa—, así que debe de estarlo, mi señora.

—Voy a buscarlo —dijo.

—No sin una guardia que os acompañe —refunfuñé, temiéndome que aún merodeasen daneses fugitivos por los bosques.

—Lord Uhtred piensa que soy una niña que necesita que la protejan —se quejó la dama a Steapa.

—Debéis hacerle caso, señora —dijo el leal Steapa.

Trajeron el caballo de Etelfleda; tendí las manos para que montase. Le dije a Weohstan y a los suyos que la acompañasen hasta la humareda que aún salía de la vieja mansión en llamas. Le di a Steapa una buena palmada en la espalda: fue como darle un puñetazo a un roble.

—Gracias —le dije.

—¿Por qué?

—Por haberme salvado la vida.

—Parecíais defenderos bastante bien vos solo —musitó.

—Hasta que aparecisteis, nos estaban haciendo trizas —repuse.

Rezongó algo y se volvió a mirar el fuerte.

—Eso sí que es una cabronada. ¿Cómo vamos a tomarlo?

—Ojalá lo supiera.

—Pues algo habrá que hacer —repuso, casi urgiéndome.

—Y rápido —recalqué.

Teníamos que hacer algo y cuanto antes porque, si bien el enemigo estaba con el agua al cuello, aún contaba con los dos brazos para salir a flote, que no eran otros que las hordas salvajes que devastaban Mercia y que habían dejado barcos y familias en Beamfleot, sin olvidar que aquellos guerreros anteponian incluso sus barcos a sus familias. Los daneses eran mercenarios. Atacaban allí donde detectaban indefensión pero, tan pronto como la lucha tomaba otro cariz, volvían a sus barcos y se hacían a la mar en busca de presas más fáciles. Si destruía aquella enorme flota, las tripulaciones tendrían que quedarse en Britania y, si Wessex salía adelante, podríamos darles caza y acabar con ellos. Por seguro que estuviera Haesten de que el nuevo fortín era inexpugnable, sus hombres no tardarían en urgirle a que nos obligase a ahuecar el ala. En pocas palabras: una vez que los daneses que devastaban Mercia se dieran cuenta de que representábamos una amenaza real y que no menos reales eran las fuerzas con que contábamos, buscarían el modo de regresar para proteger sus barcos y sus familias.

—Cuanto antes —añadí.

—O sea, que tendremos que salvar ese foso —dijo Steapa, señalando a la

hondonada—, y colgar unas cuantas escalas de esos muros.

Dicho así, parecía pan comido.

—Me temo que sí —contesté.

—¡Señor Jesús! —susurró, y se santiguó.

Sonaron unas trompas desde el norte, y me volví a mirar hacia el collado donde tantos hombres y caballos muertos yacían y de donde llegaban más jinetes que salían de los bosques lejanos. Uno de ellos portaba un enorme estandarte con un dragón, lo que me dio a entender que Eduardo el Heredero había llegado. Sin bajarse de su montura, el hijo de Alfredo se detuvo a la entrada del fuerte y allí se quedó al sol, mientras criados y caballos de carga cruzaban la puerta y se dirigían a la mansión de mayores dimensiones de las dos que allí había. Ambas se encontraban en mal estado. Finan, que había ido a echarles un vistazo, se acercó a donde estábamos y nos dijo que los daneses las habían utilizado como caballerizas.

—Será como vivir en un pozo negro —comentó.

Con Etelfleda a su lado, Eduardo seguía sin decidirse a cruzar las puertas.

—¿Por qué no entra en el fuerte? —pregunté.

—Porque tienen que prepararle el trono —repuso Finan, para añadir al ver la cara que ponía—: ¡De verdad! Han venido con una alfombra, un trono y sabe Dios qué más. ¡Ah, y un altar!

—Será nuestro próximo rey —dijo el leal Steapa.

—A menos que vea la forma de acabar con ese cabrón cuando nos dispongamos a tomar esa muralla —repliqué, señalando al fortín danés. Steapa pareció sorprenderse, pero se le alegró la cara en cuanto le pregunté cómo seguía Alfredo.

—¡Tan bien como antes! —exclamó—. ¡Pensamos que se nos moría! Ahora está mucho mejor. ¡Ya ha vuelto a montar, incluso puede caminar!

—Me dijeron que había muerto.

—A punto estuvo. Le administraron los últimos sacramentos, y se recuperó. Se ha ido a Exanceaster.

—¿Qué pasa allí?

—Que los daneses han levantado un campamento y no parece que tengan intención de marcharse —dijo Steapa, encogiéndose de hombros.

—Quieren que Alfredo les dé plata a cambio de que se vayan —apunté.

Pensé en Ragnar, y me imaginé lo desdichado que debía de sentirse, con Brida apremiándolo para que se apoderase de la ciudad, una de las ciudadelas más difíciles de tomar. Situada en lo alto de una colina, a la que sólo se llegaba por escarpadas laderas, sus sólidas murallas las defendía el ejército bien entrenado de Alfredo. Por eso, al menos mientras Steapa había estado allí, los daneses no habían hecho ni ademán de tomarla.

—Haesten actuó de forma inteligente —dije.

—¿Por qué lo decís? —se interesó Steapa.

—Porque convenció a *los jarls* de Northumbria para que atacasen, con la promesa de que él se encargaría de mantener ocupado al ejército de Alfredo —le aclaré—, y luego, le contó al rey los planes de los hombres del norte para no tener que hacer frente a los sajones.

—Pues va a tener que vérselas con nosotros —dijo Steapa.

—Porque Alfredo es tan listo como él.

Alfredo sabía que Haesten era la amenaza más seria. Si conseguía derrotarlo, los de Northumbria se lo pensarían dos veces y, muy probablemente, se harían a la mar de nuevo. Pero había que mantener a raya a los hombres de Ragnar y, por esa razón, gran parte del ejército sajón se encontraba en las proximidades de Defnascir. Al mismo tiempo, el rey había enviado a su hijo y a mil doscientos de sus mejores hombres a Beamfleot. Pretendía que yo desgastase a Haesten, pero también aspiraba a mucho más.

Quería que una victoria afianzase el prestigio como guerrero de Eduardo el Heredero. Alfredo no tenía necesidad de enviar a su hijo. Así como Steapa y sus hombres me eran imprescindibles, la presencia de Eduardo me ponía en un brete. Pero Alfredo sabía que la muerte le rondaba de cerca, quería estar seguro de que su hijo le sucedería y, para conseguirlo, Eduardo tenía que labrarse un nombre como guerrero.

Por fin, las trompas anunciaron que el Heredero había entrado en el fuerte. Camino de la casona, los hombres se arrodillaban a su paso; reparé en cómo agradecía el homenaje que le rendían alzando con elegancia la mano derecha. Parecía tan joven, tan frágil. Me acordé de aquella ocasión en que Ragnar me había preguntado si quería ser rey de Wessex, y no pude evitar una inoportuna y amarga carcajada. Finan se me quedó mirando con curiosidad.

—Quiere vernos en la casona —me informó Steapa.

El edificio en cuestión olía queapestaba. Los criados habían recogido a paletadas el estiércol de caballo, lo habían amontonado a un lado y rastrillado a fondo la hedionda paja que recubría el suelo. Una nube de moscones revoloteaba en el recinto que, a pesar de todo, olía como una letrina. En cierta ocasión, al calor de una buena fogata y en ruidosa compañía, había asistido a un banquete en aquel mismo sitio; aquel recuerdo me llevó a preguntarme si todos los grandes salones de banquetes estaban condenados al deterioro.

Como no había estrado, el trono que ocupaba Eduardo se alzaba sobre una ancha alfombra; a su lado, Etelfleda, sentada en un taburete. Tras los dos hermanos, una negra bandada de curas. No conocía a ninguno de ellos, pero estaba claro que ellos sí que sabían quién era yo, porque cuatro de los seis clérigos se hicieron la señal de la cruz en cuanto me acerqué al improvisado trono.

Steapa se arrodilló ante el Heredero, Finan hizo una reverencia y yo incliné la cabeza. Aunque en vano esperó un gesto de sumisión más ampuloso por mi parte, cuando cayó en la cuenta de que no iba a arrancar de mí otro ademán, Eduardo esbozó una sonrisa forzada.

—Buen trabajo —dijo alzando su voz chillona en un cumplido tan carente de afecto como falto de convicción.

—Buen trabajo el de Steapa, señor —repuse, dándole una palmada en el hombro.

—Guerrero leal y buen cristiano —replicó Eduardo, dando a entender que yo no era ninguna de las dos cosas.

—Y también un animal, más feo que Picio, que hace que los daneses se caguen encima en cuanto lo ven —contesté.

Eduardo y los curas se sobresaltaron al oír lo que acababa de decir. El Heredero ya se disponía a echarme en cara el comentario, cuando las risas de Etelfleda resonaron en la estancia. Eduardo pareció molestarse al oírla, pero se contuvo.

—Siento que lord Ælfwold haya muerto —dijo.

—Y yo comparto ese sentimiento, señor.

—Mi padre me ha enviado para acabar con ese nido de piratas paganos —afirmó con la misma altivez con que se sentaba. Se daba cuenta de lo joven que era, de la frágil autoridad que ostentaba, pero tenía la misma mirada inteligente de su padre. Sobrepassado por las circunstancias, se le notaba el horror que sentía al verme con la cara manchada de sangre, sobrecogido entre tantos guerreros mayores que él, que ya mataban daneses cuando todavía él se aferraba a los rebosantes pezones de su ama—. La pregunta es cómo lo haremos.

—Steapa tiene la respuesta —dije.

Eduardo pareció tranquilizarse en la misma medida que Steapa se revolvía incómodo.

—Hablad, pues —le conminó el hijo de Alfredo.

Aterrorizado, Steapa me echó una mirada para que acudiese en su ayuda, así que respondí en su nombre:

—Tenemos que cruzar el foso y trepar por la muralla; sólo podemos hacerlo durante la marea baja, y los daneses lo saben, igual que saben que tendremos que intentarlo cuanto antes.

A lo que siguió un silencio. No había sino dicho en voz alta lo que todo el mundo pensaba, y Eduardo se había disgustado. ¿Qué esperaba? ¿Que dispusiera acaso de un hechizo urdido con artes paganas? ¿Pensaba quizá que unos ángeles bajarían del cielo de los cristianos para atacar a los daneses que se encontraban en el interior del fuerte? Sólo había dos formas de tomar Beamfleot. Una pasaba por dejar morir de hambre a sus moradores, pero no disponíamos de tanto tiempo. La otra tomar al asalto las murallas. En situaciones de guerra, la solución más sencilla, y casi siempre la más

sangrienta, suele ser la primera que se nos viene a la cabeza, algo que de sobra sabían los allí presentes. Imaginándose el horror de tener que escalar una alta empalizada defendida por daneses sedientos de sangre, algunos no dudaron en dedicarme miradas cargadas de reproche.

—De modo que manos a la obra —añadí, muy seguro de lo que decía—. Weohstan, vuestros hombres se encargarán de vigilar las marismas y de impedir que salgan correos de la fortaleza. Beornoth, haceos cargo de los hombres de lord Ælfwold, y atacad los barcos que, a modo de fortines, defienden el final de la ensenada. Vos, mi señor —dije, mirando a Eduardo—, os encargaréis de que vuestros hombres preparen escalas. Y vosotros —añadí, señalando a los seis curas—, ¿para qué habéis venido?

Eduardo me miró horrorizado; los curas parecieron ofendidos.

—Siempre pueden rezar, lord Uhtred —apuntó Etelfleda con dulzura.

—Pues que recen sin parar —les dije.

Silencio de nuevo. Los hombres esperaban un consejo de guerra, y a Eduardo, formalmente al frente de las tropas, le hubiera complacido una excusa para dejar bien sentado que era él quien tomaba las decisiones, pero no había tiempo para discusiones.

—Escalas, pues —convino Eduardo, desconcertado.

—Tenemos que trepar por esas murallas. Necesitaremos no menos de cuarenta —dije sin rodeos.

Eduardo parpadeó, como si dudase si darme una bofetada, pero debió de pensar que más le valía tomar Beamfleot que ganarse un enemigo, y se las arregló para componer una sonrisa y decirme:

—Las tendréis.

—En ese caso —repuse—, ya sólo nos queda salvar el foso y afianzar las escalas para trepar por esos muros.

A Eduardo se le borró la sonrisa de la cara.

Porque hasta el hijo de Alfredo sabía que muchos hombres perderían la vida, demasiados.

No había otra solución.

* * *

La primera dificultad consistía en salvar el foso. Con ese propósito, al día siguiente, me dirigí a caballo al norte. Si bien nunca llegaron a presentarse, preocupado por si a Haesten se le ocurría ordenar el regreso de sus hombres y plantar cara a nuestras tropas, enviamos numerosas partidas de exploradores hacia el oeste y hacia el norte para que nos avisasen con tiempo. Haesten, por lo visto, tenía una fe ciega en la solidez de la fortaleza y en el arrojo de la guarnición que la defendía

porque, en vez de tratar de acabar con nosotros, dio orden de que sus hordas se adentrasen más en Mercia, donde arrasaron ciudades y pueblos indefensos, cuyos habitantes se creían a salvo por su proximidad a la frontera de Wessex. Una capa de humo cubría los cielos de Mercia.

Me acerqué a Thunresleam y fui a ver al cura Heahberht. Le conté lo que tenía pensado, y Osferth, que iba al frente de los dieciocho hombres que venían conmigo, le dijo que montase en uno de los caballos de más que llevábamos.

—Seguro que me caeré al suelo —dijo Heahberht nervioso, sin apartar su ojo sano del alto corcel de guerra.

—No os pasará nada. Si os sujetáis bien, el caballo velará por vos —le tranquilicé.

Me había llevado a Osferth y a los suyos porque para ir hacia el norte teníamos que pasar por Anglia Oriental, territorio danés. Había dado por sentado que todos los daneses dispuestos a enfrentarse con los sajones ya se habrían unido a Haesten, y que quienes no se hubieran movido de sus haciendas no tenían intención de tomar parte en la contienda. Aun así, me pareció más prudente llevar un grupo numeroso. Cuando estábamos a punto de emprender la marcha hacia el norte desde Thunresleam, Osferth me advirtió que unos jinetes se acercaban. Me volví y vi cómo salían de los bosques que ocultaban Beamfleot.

Lo primero que pensé fue que habían avistado a las hordas de Haesten por el oeste y que venían a avisarnos. Hasta que reparé en que uno de ellos portaba un estandarte con un dragón, y caí en la cuenta de que era la enseña de Eduardo el Heredero. Acompañado por un montón de guerreros y un cura, el propio Eduardo se contaba entre ellos.

—Pocas veces he tenido la oportunidad de andar por tierras de Anglia Oriental —me comentó, tratando de explicarme tan inesperada aparición—, y me ha parecido que ésta sería una buena ocasión.

—Sed bienvenido, señor —repuse, en un tono que daba a entender claramente que no lo era.

—Os presento al padre Coenwulf —dijo Eduardo señalando al cura que, muy a su pesar, me saludó con una inclinación de cabeza; era un hombre de tez pálida, tendría unos diez años más que Eduardo—. El padre Coenwulf ha sido mi tutor —añadió Eduardo con afecto—; ahora es mi confesor y también amigo mío.

—¿En qué le instruisteis? —pregunté al cura que, en vez de responder, clavó en mí unos ojos tan indignados como azules.

—Filosofía y los escritos de los padres de la Iglesia —repuso Eduardo.

—De niño, sólo aprendí una cosa que me haya sido de utilidad: ojo con las estocadas que te lleguen por debajo del escudo. El padre Heahberht —dije indicando con un gesto al cura tuerto—, Eduardo el Heredero —le informé al cura del pueblo

que, al saberse en presencia de tan eximio príncipe, del susto casi se cayó del caballo.

El padre Heahberht era nuestro guía. Le había preguntado dónde podría haber barcos, y me había dicho que no hacía ni una semana había visto cómo arrastraban dos cargueros por el río hacia el norte.

—No están muy lejos, mi señor —me aclaró, al tiempo que me contó que pertenecían a un comerciante danés y que estaban varados en unas gradas para repararlos—. A lo peor, no están en condiciones de hacerse a la mar, mi señor —añadió nervioso.

—No importa; llevadnos hasta allí.

Era un día cálido y soleado. Cabalgábamos por unos magníficos campos que, como el padre Heahberht me informó, eran propiedad de un tal Thorstein, que se había ido con Haesten a Mercia. Desde luego, el danés cuidaba con esmero de su hacienda, tierras bien regadas, buenos montes, huertos en buenas condiciones.

—¿Dónde vive? —le pregunté a Heahberht.

—Allá vamos, mi señor.

—¿Es cristiano? —se interesó Eduardo.

—Eso dice —balbució el cura tuerto, sonrojándose.

Estaba claro que hubiera deseado contarnos más cosas pero, amedrentado por si no encontraba las palabras adecuadas, se limitó a mirar boquiabierto al Heredero. Eduardo le indicó con un gesto que cabalgase delante de nosotros, pero el pobre cura no sabía cómo hacer para que su caballo fuera más deprisa, de modo que Osferth se inclinó y se hizo con las bridas. Ambos se fueron al trote por delante de nosotros, con Heahberht asido al borrén de la silla de montar como si le fuera la vida en ello.

—Estos curas de pueblo... —comentó Eduardo con disgusto.

—Hacen más mal que bien —añadió Coenwulf—. Una de nuestras primeras tareas, mi señor, será educar a los curas de pueblo.

—¡Encima lleva sotana corta! —observó Eduardo no sin sarcasmo. El papa había dispuesto que los curas llevaran sotanas largas, decisión que Alfredo había aplaudido con entusiasmo.

—El padre Heahberht es un hombre bueno y no tiene un pelo de tonto —dije—. Lo que pasa es que os tiene miedo.

—¿Miedo a mí? ¿Por qué? —preguntó Eduardo.

—Porque es un campesino —contesté—, un hombre de campo que aprendió a leer. Con tantos señores jodiéndole la vida, ¿os imagináis cuánto debió de costarle hacerse cura? Por eso os tiene miedo. Si es corta la sotana que lleva es porque carece de posibles para permitirse una larga, y porque se pasa el día pisando lodo y mierda, y las vestimentas cortas se ensucian menos que las largas. ¿Cómo os sentiríais vos si fuerais un labriego que, de buenas a primeras, se encuentra en presencia del hombre que tal vez un día sea el rey de Wessex?

Eduardo no dijo nada, pero el cura Coenwulf saltó de inmediato:

—¿Tal vez? —se revolvió indignado.

—Eso he dicho —repuse en tono agrio y amenazante, una forma de recordarles que Eduardo tenía un primo, Etelwoldo, que tenía más derecho al trono que el Heredero, aunque el sobrino de Alfredo fuera una piltrafa de hombre.

Mi respuesta bastó para que Eduardo se quedase callado durante un rato, pero el padre Coenwulf no era hombre que se mordiese la lengua.

—¡Qué sorpresa nos llevamos, mi señor —dijo rompiendo el silencio—, al ver a lady Etelfleda por aquí!

—¿Sorpresa? ¿Por qué, si puede saberse? Es una mujer de arrestos.

—Permitidme que os diga, y el Heredero estará de acuerdo conmigo, que su sitio está junto a su marido, ¿no es así, mi señor?

Me quedé mirando a Eduardo, y observé que se ponía colorado.

—No, no debería estar aquí —dijo, al no ver otra salida.

Al caer en la cuenta de qué era lo que le había llevado a unirse a nosotros, casi me eché a reír a carcajadas. Lo de menos era darse una vuelta por Anglia Oriental; sólo había venido para transmitirme las instrucciones de su padre, que no eran otras que recordarle a Etelfleda cuál era su deber.

—¿Por qué me lo decís a mí? —les pregunté a los dos.

—Porque la dama en cuestión os hace caso —repuso el padre Coenwulf, obstinado.

Acabábamos de cruzar el curso de agua que marcaba la frontera y bajábamos por una larga y suave pendiente, un sendero que discurría junto a una salceda; a lo lejos, atisbábamos unos reflejos, unos brillantes destellos plateados bajo el cielo claro.

—¿O sea, que vuestro padre os ha enviado para reconvenir a vuestra hermana? —pregunté a Eduardo, como si el cura no estuviera presente.

—Como cristiano, mi obligación es recordarle sus responsabilidades —replicó el Heredero, avergonzado.

—Tengo entendido que el rey se encuentra mucho mejor —dije.

—¡Gracias a Dios! —puntualizó Coenwulf.

—Amén —contestó Eduardo.

Pero a Alfredo no le quedaba mucho tiempo de vida. Era un anciano de más de cuarenta años, y sólo pensaba en el futuro. Hacía lo que siempre había hecho, arreglar las cosas, dejarlo todo bien atado, imponer el orden en un territorio cercado de enemigos. Creía que si su reino no seguía sus normas, su siniestro dios castigaría a Wessex, y me imaginé que trataba de obligar a Etelfleda a que volviese al lado de su marido o, de no ser así, que ingresase en un convento de monjas. Alfredo no podía consentir que alguien de su familia estuviera en pecado a los ojos de todos, y esa idea me inspiró lo que hice a continuación. Miré a Eduardo de nuevo, y le pregunté como

quien no quiere la cosa:

—¿Conocéis a Osferth?

Se sonrojó al oír la pregunta; el cura Coenwulf me fulminó con la mirada para que no siguiera por ese camino.

—¿No habéis tenido la oportunidad? —insistí con fingida inocencia, antes de darle una voz a Osferth para que nos esperase.

El padre Coenwulf trató de llevar el caballo de Eduardo hacia otro lado, pero yo me hice con las riendas del animal y llevé al Heredero al lado de su hermano.

—¿Os importaría explicarme —le dije al muchacho— qué haríais para que los hombres de Mercia se alzasen en armas?

Osferth frunció el entrecejo tratando de descubrir qué oscuras intenciones me llevaban a hacerle tal pregunta. Se quedó mirando a su hermanastro, pero no lo reconoció, a pesar del extraordinario parecido que había entre ambos: la misma cara alargada de Eduardo, las mejillas hundidas por igual, los labios finos. El rostro de Osferth era más anguloso, igual que más dura había sido la vida que había llevado. Avergonzado del hijo bastardo, su padre había tratado de que fuera cura, pero Osferth había preferido seguir la senda de las armas, un arte para el que gozaba de la misma lucidez que su padre.

—Son hombres tan capaces de luchar como cualesquiera otros —repuso armándose de paciencia.

Sabía que algo me traía entre manos y trataba de descubrir qué era, de forma que sin que nos vieran Eduardo ni el padre Coenwulf, que cabalgaban a mi izquierda, dibujé en el aire el contorno de unos pechos y Osferth, a pesar de que había heredado casi la misma falta de sentido del humor que su padre, se contuvo como pudo para no echarse a reír.

—Sólo les falta un caudillo —aseguró con entereza.

—Gracias a Dios que contamos con lord Etelredo —comentó el padre Coenwulf, negándose a mirar a Osferth.

—Lord Etelredo no sería capaz ni de llevarse a una puta calada hasta los huesos a un lecho en condiciones —dije sin ocultar mi desprecio.

—Pero lady Eteflada es muy querida en Mercia —añadió Osferth, interpretando su papel a la perfección—. Ocasión tuvimos de verlo en Fearnhamme. Fue lady Eteflada quien infundió valor a los hombres de Mercia.

—Y vos tendréis que recurrir a esos hombres —le dije a Eduardo—. Si llegáis a sentaros en el trono —continué, insistiendo en el condicional para no darle un respiro—, serán los hombres de Mercia los que se encarguen de defender la frontera norte de vuestro reino. Y de sobra sabéis del poco aprecio que sienten por Wessex. Podrán ponerse de vuestro lado a la hora de pelear, pero lo harán sin sentir afecto alguno por vos. Años atrás, fueron una nación poderosa, y no les gusta que Wessex les diga lo

que tienen que hacer. Pero sienten aprecio por una de los vuestros, la misma a la que pretendéis encerrar en un convento.

—Pero el caso es que es una mujer casada... —comenzó a decir el padre Coenwulf.

—¡Basta ya! ¡Cerrad el pico de una puta vez! —repliqué enojado—. Vuestro rey recurrió a su hija para que yo regresase al sur, y aquí me tenéis, y aquí seguiré mientras Etelfleda me necesite. Pero ni por un momento penséis que estoy aquí por vos, por vuestro dios o por vuestro rey. Cualesquiera que sean vuestros planes en cuanto a Etelfleda, procurad no dejarme fuera de ellos.

Eduardo estaba tan apurado que no se atrevía ni a mirarme a los ojos. El cura Coenwulf, aún furioso, no abrió la boca. Osferth me obsequió con una sonrisa. El padre Heahberht, que había escuchado la conversación con cara de pasmo, recuperó su tímida voz y nos advirtió:

—El caserío está por ahí, mis señores —dijo, al tiempo que tomábamos un sendero surcado de rodadas de carretas, desde donde contemplé una techumbre de paja que se alzaba entre unos frondosos olmos. Me adelanté a Eduardo, y reparé en que la casa de Thorstein estaba situada en lo alto de un collado que miraba al río. Más allá, una aldea, un puñado de chozas pequeñas que se extendían a la orilla del río, donde humeaba un buen número de fogatas.

—¿Es un secadero de arenques? —pregunté al cura.

—También sacan sal, mi señor.

—¿Cuentan con una empalizada defensiva?

—Así es, mi señor.

En efecto, había una cerca que nadie vigilaba, con las puertas abiertas de par en par. Los guerreros de Thorstein se habían sumado a las tropas de Haesten y, para defender sus tierras y su familia, sólo había dejado a unos cuantos viejos, hombres que de sobra sabían que más valía transigir que enzarzarse en una refriega. Un criado salió a nuestro encuentro con un cuenco de agua. La esposa de Thorstein, una mujer de pelo cano, se nos quedó mirando desde el umbral de la casona. Cuando le devolví la mirada, se refugió en el oscuro caserón y cerró de un portazo.

La cerca rodeaba un recinto en el que, aparte de la casona del amo, se veían tres graneros, un establo y un par de gradas de madera de olmo, donde se encontraban los dos barcos que había dicho Heahberht, fuera del agua. Eran cargueros, con remaches más claros en sus abultadas bodegas allí donde los carpinteros se afanaban en clavar hiladas nuevas de madera de roble.

—¿Acaso vuestro amo es armador? —pregunté al criado.

—Siempre se han construido barcos en este lugar, mi señor —repuso el sirviente, dando a entender que Thorstein se había apoderado del astillero de un sajón.

Me volví a Osferth y le ordené:

—Que nadie moleste a las mujeres, y mirad de encontrar un carromato y unos caballos de tiro —y casi al tiempo que le decía al criado—: Traednos cerveza y comida.

—Sin falta, mi señor.

Me acerqué a un edificio bajo y alargado, junto a las gradas. Bajo la techumbre, unos gorriones tenían montada una buena. Una vez en el interior, cuando mis ojos se habituaron a la penumbra, descubrí lo que iba buscando: mástiles, vergas y velas. Ordené a mis hombres que se llevaran los palos y las velas a la carreta; luego, me fui hasta el otro extremo del cobertizo, y me quedé contemplando los remolinos que formaba el río a su paso. Al bajar, la marea dejaba al descubierto largos y empinados bancos de lodo.

—¿Por qué vergas y velas? —me preguntó Eduardo, a mis espaldas; venía solo—. El criado nos ha traído hidromiel —añadió extrañado; me tenía miedo, pero hacía notables esfuerzos por parecer afable.

—Decidme, ¿qué pasó cuando tratasteis de apoderaros de Torneie? —le pregunté.

—¿Torneie? —repitió, confundido.

—Atacasteis a Harald en aquel islote y no fuisteis capaces de tomarlo. Quiero que me digáis por qué —insistí.

Offa, el correveidile que, en compañía de sus perros, llevaba las noticias de un reino a otro, me había contado lo que había pasado, pero no había tenido ocasión de hablar con nadie que hubiera estado presente. Lo único que sabía era que el ataque contra los supervivientes de Harald se había saldado con una derrota y una abultada cifra de muertos.

Arrugó la frente.

—Lo que pasó fue que... —se detuvo, meneando la cabeza al recordar quizás a los hombres resbalando por el lodo mientras intentaban llegar a la empalizada erigida por Harald— nunca conseguimos llegar lo bastante cerca —concluyó con rabia.

—¿Qué os lo impidió?

Frunció el ceño de nuevo.

—Que había estacas en mitad del río, y mucho lodo.

—¿Acaso pensáis que lo de Beamfleot va a ser más fácil? —le pregunté, antes de añadir al leer la respuesta en su cara—: ¿Quién estaba al frente del ataque?

—Etelredo y yo —repuso.

—¿Vos? ¿Vos estabais al mando? —le pregunté con toda intención.

Se me quedó mirando, se mordió el labio inferior y, apurado, respondió:

—No.

—Vuestro padre se cercioró de que alguien velara por vos, ¿no es así? —continué—. ¿Y lord Etelredo, él sí se mantuvo al frente?

—Es un hombre valiente —repuso Eduardo, irritado.

—No habéis contestado a mi pregunta.

—Se fue con sus hombres y, gracias a Dios, se libró de la derrota —contestó, tratando de justificar la actitud de mi primo.

—¿Por qué, pues, habríais de ser el próximo rey de Wessex? —le pregunté de buenas a primeras.

—Porque yo... —balbució, antes de quedarse sin saber qué decir, mirándome con expresión lastimera. Se había acercado hasta el cobertizo para hacer las paces, y yo le estaba dando para el pelo.

—¿Acaso porque vuestro padre es el rey? —continué—. Antaño, elegíamos como rey al mejor de los hombres, no a aquél que, por casualidad, hubiera nacido del vientre de la mujer de alguien que ya lo fuera —enfurruñado y ofendido, se quedó sin palabras—. Decidme qué razón hay para que no siente a Osferth en el trono —añadí con aspereza—. Al fin y al cabo, es el mayor de los hijos de Alfredo.

—Si la sucesión no estuviera determinada de antemano, la muerte de un rey traería el caos —repuso, cauto.

—Normas. ¡Qué manía con las dichosas normas! ¿Me estáis diciendo que Osferth no puede ser rey porque su madre era una sirvienta?

—No, no puede ser rey —tuvo el coraje de responderme.

—Por suerte para vos —repliqué—, no aspira al trono; al menos, eso creo. ¿Acaso vos, sí? —aguardé hasta que hizo una leve afirmación con la cabeza—. Tenéis la ventaja de haber nacido de un vientre regio —continué—, pero necesitáis probar que merecéis tal dignidad —se me quedó mirando sin decir nada—. Queréis ser rey, pero algo tendréis que hacer para demostrar vuestra valía. Hoy, mandaréis, haréis lo que no hicisteis en Torneie, como tampoco mi primo. Os pondréis al frente de las tropas. Pero no podéis pedir a los vuestros que mueran por vos, no a menos que os vean dispuesto a morir por ellos.

Me dio la razón de nuevo con la cabeza.

—¿En Beamfleot? —me preguntó, incapaz de disimular el miedo que le producía pensar siquiera en la refriega.

—¿No queréis ser rey? Pues dirigiréis el ataque. Venid conmigo, y os explicaré cómo.

Me lo llevé fuera y fuimos andando hasta la orilla del río. La marea, casi baja del todo, dejaba al descubierto una resbaladiza pendiente de viscoso lodo de más de cuatro varas de alto.

—¿Cómo salvar esa pendiente? —le pregunté.

No dijo nada; pensativo, arrugó el entrecejo tratando de dar con la solución cuando, para su sorpresa, le empujé con fuerza hasta el borde. Dio un grito al ver que perdía el equilibrio, resbaló y su regio culo fue resbalando hasta el agua donde, aun aturdido, acertó a ponerse en pie. Además de furioso, estaba cubierto de barro de los

pies a la cabeza. El padre Coenwulf, imaginándose que trataba de ahogar al Heredero, no tardó en aparecer a mi lado y se quedó mirando al príncipe.

—Empuñad la espada y tratad de subir —le dije.

Así lo hizo; daba unos cuantos pasos, pero el resbaloso lodo podía más y, vez tras vez, acababa por volver a caer.

—¡Con ganas, poned todo vuestro empeño! —le grité—. Pensad que aquí arriba hay unos daneses y que tenéis que acabar con ellos. ¡Así que adelante!

—¿Qué estáis haciendo? —me preguntó Coenwulf.

—Educando a un rey —contesté en voz baja, antes de volver la vista a Eduardo y decirle a voces—: ¡Arriba, pedazo de cabrón! ¡Venid a por mí!

Con su molesta y pesada cota de malla encima y la larga espada en la mano, no pudo hacerlo. Trató de subir a gatas, pero siempre acababa por caer de espaldas.

—¡Eso será lo que os pase cuando tratéis de salir del foso de Beamfleo! —le dije.

Sucio y empapado como estaba, se me quedó mirando.

—¿Y si tendemos un puente? —apuntó.

—¿Cómo, a merced de un centenar de apestosos daneses arrojándonos lanzas? —le pregunté—. ¡Vamos, arriba!

Lo intentó de nuevo, y otra vez se fue al suelo. Al ver que sus hombres y los míos observábamos lo que hacía desde la orilla, Eduardo apretó los dientes, se lanzó una vez más contra la pendiente resbaladiza, y consiguió mantenerse en pie. Con la espada como punto de apoyo, comenzó a avanzar palmo a palmo entre los gritos de ánimo de los hombres. Seguía deslizándose hacia el fondo, pero estaba decidido a conseguirlo; cada paso que daba adelante era acogido con vítores. El heredero del trono de Alfredo estaba cubierto de barro, nada quedaba de su altiva dignidad, pero acababa de descubrir que se lo estaba pasando en grande, y sonreía. Plantaba con fuerza las botas en el barro, se ayudaba con la espada y, al cabo, consiguió llegar a la orilla. Puesto en pie, agradeció con una sonrisa las aclamaciones que le dedicaron. Hasta el padre Coenwulf estaba tan orgulloso que no cabía en sí.

—Para llegar al fuerte, habrá que salvar un banco de lodo no menos empinado y resbaladizo que ése —le dije—. Nunca lo conseguiremos. Los daneses no dejarán de arrojarnos flechas y lanzas. El fondo del foso será un cenagal de sangre y cadáveres. Moriremos todos.

—Las velas —replicó Eduardo, que acababa de caer en la cuenta.

—Eso es; las velas —repuse, al tiempo que ordenaba a Osferth que desplegase una de las tres que pensábamos llevarnos. Fueron necesarios seis hombres para desenrollar el enorme lienzo de lona rígida, cubierto de salitre. Unos cuantos ratones salieron precipitadamente de entre sus pliegues. Una vez extendida, les dije a los hombres que la dejaran caer sobre el banco de lodo. Como la lona es quebradiza, las

velas no son de por sí un asidero pero, gracias a las cuerdas que llevan cosidas en su interior, se convierten en una maraña de líneas entrecruzadas. A falta de escalas, recurriríamos a ese enrejado. Tomé a Eduardo por el brazo, y los dos bajamos por la vela hasta el borde del agua.

—Intentadlo de nuevo ahora. ¡Os echo una carrera! —le dije.

Y me ganó. Echó a correr hacia el lodo, puso los pies en las cuerdas de la vela y llegó arriba sin ayudarse con las manos ni una vez. Encantado, me sonrió al verme llegar tras él y, de repente, se le ocurrió una idea.

—¡A ver, ahora vosotros! —les gritó a los hombres de su guardia—. ¡Bajad hasta el río y subid aquí de nuevo!

De pronto, tanto mis hombres como los de Eduardo se lo estaban pasando en grande, todos querían trepar por la maraña de cuerdas que tensaba la lona. Eran muchos, de modo que, en un momento dado, la vela se fue al fondo. Para eso quería los palos, para asentar aquel enrejado de cuerdas en unas estacas, fijando las vergas en algún sitio de modo que aquella improvisada escala de cuerda quedase tirante y, gracias a treta tan disparatada, no se viniese abajo. Como es natural, aquel día nos limitamos a fijar la vela al banco de lodo y a echar unas cuantas carreras que Eduardo, para su satisfacción, ganó en repetidas ocasiones. Encontró ánimos incluso para conversar un momento con Osferth, aunque sólo hablaron del tiempo que hacía; al decir de los dos hermanastros, era bastante agradable. Al cabo de un rato, ordené a los hombres que dejaran de jugar a trepar por la vela que, no sin esfuerzo, hubo que volver a enrollar. Todos habían comprendido que podía ser la manera de salir del foso que rodeaba la fortaleza. Ya sólo nos quedaba dar con la forma de salvar la muralla. Aquéllos que no hubiesen perecido en el foso, casi con seguridad perderían la vida en la franja de tierra que se extendía a los pies del fortín.

El criado me trajo un pequeño cuenco de asta rebosante de hidromiel. Se lo agradecí y, sin saber por qué, en el momento en que lo tomé en mis manos, la picadura de abeja, que pensaba que ya había sanado, comenzó otra vez a molestarme. La hinchazón había desaparecido por completo, pero sentí la comezón de nuevo. Me miré la mano, y me quedé quieto, sin apartar los ojos de ella, hasta que Osferth, preocupado, me preguntó:

—¿Pasa algo, mi señor?

—Id en busca del padre Heahberht —le dije. Cuando llegó el cura, le pregunté quién había preparado el hidromiel.

—Un hombre de aspecto muy raro —me explicó el clérigo.

—Me da igual si tiene rabo o tetas; quiero ir a verlo.

Velas y vergas quedaron cargadas en el carromato, que, escoltado, se puso en marcha hacia el viejo fuerte. Con seis de mis hombres, me fui con Heahberht hasta una aldea llamada Hocheleia, un lugar tranquilo y medio apartado, poco más que un

puñado de chozas dispersas rodeadas de enormes sauces.

—¿Cómo es que Skade no quemó esa iglesia? —pregunté al padre Heahberht.

—Están bajo la protección de Thorstein, mi señor —me dijo el cura.

—¿Y por qué no vosotros, los de Thunresleam?

—Porque éstos son feudos de Thorstein, mi señor. Siervos suyos, que trabajan sus tierras.

—¿Quién es, pues, el señor de Thunresleam?

—Quienquiera que ocupe el fuerte —me dijo con rabia—. Es por aquí, mi señor —y me llevó más allá de una charca hasta una espesura donde, tras unos tupidos matorrales, a la sombra de unos árboles, se alzaba una pequeña choza con una techumbre tan pegada al suelo que más parecía un montón de paja que un sitio para vivir—. El hombre que vive en esa cabaña se llama Brun, mi señor.

—¿Brun?

—Como suena, mi señor. Hay quien dice que está loco.

Brun salió a rastras de la choza. Con aquel techo tan bajo, no tenía otra forma de asomarse al exterior. Se incorporó a medias, reparó en mi cota de malla y en los brazaletes de oro que llevaba, se postró ante mí y, con sus manos renegridas, comenzó a escarbar la tierra, mascullando algo que no llegué a entender. Al poco, de la choza salió una mujer, que se arrodilló junto al hombre, y ambos empezaron a emitir una especie de gemidos sin dejar de mover la cabeza. Los dos llevaban el pelo largo, tanto que más parecían greñas enmarañadas. El padre Heahberht les explicó por qué estábamos allí, Brun rezongó algo y, de repente, se puso en pie. Era un hombre menudo, no más alto que los enanos que se dice que viven bajo tierra. Sus cabellos eran tan espesos que le tapaban los ojos. Obligó a ponerse en pie a su mujer, que no era más alta que él y, desde luego, igual de poco agraciada, y los dos comenzaron a hablar de forma atropellada con Heahberht, en un dialecto tan cerrado que apenas si entendí una palabra.

—Dice que hemos de ir a la parte de atrás de la choza —dijo el cura.

—¿Entendéis lo que dicen?

—Bastante bien, mi señor.

Dije a los que venían conmigo que no se moviesen del sendero, atamos nuestras caballerías a un ojaranzo y seguimos a la diminuta pareja a través de unos espesos juncales donde, medio oculto entre las cañas, encontré lo que iba buscando, un colmenar donde revoloteaban enjambres de abejas, tan atareadas al parecer en aquel día templado que, sin prestarnos atención, entraban y salían sin parar de unas colmenas en forma de cono que parecían hechas de barro.

—Dice que entiende el lenguaje de las abejas, y que puede hablar con ellas, mi señor —me aclaró Heahberht.

Unos cuantos insectos se paseaban por los brazos desnudos de Brun; el enano les

susurraba algo.

—¿Qué le están contando? —pregunté.

—Le hablan de cómo anda el mundo, mi señor, y él les dice que lo siente.

—¿Por cómo va el mundo?

—Porque para conseguir la miel con la que prepara el hidromiel, mi señor, debe romper las colmenas, y las abejas se mueren. Dice que las entierra y que reza sobre sus tumbas.

Como una madre con sus pequeños, Brun les canturreaba algo.

—Sólo había visto colmenas de paja —comenté—; a lo mejor, por eso no hay que romperlas y no hace falta matar a las abejas.

Brun debió de entender lo que acababa de decir, porque se volvió furibundo y dijo algo muy deprisa.

—No le gustan esa clase de colmenas, mi señor —tradujo Heahberht, refiriéndose a las de paja—. Él sigue haciéndolas como antaño, de ramitas de avellano trenzadas y estiércol de vaca. Dice que la miel es más dulce.

—Dile lo que vengo buscando, y que le pagaré bien.

Cerramos el trato, y regresé al viejo fuerte en lo alto de la colina pensando que aún tenía una posibilidad, tan sólo una, porque así lo habían pronosticado las abejas.

* * *

Aquella noche y las dos que la siguieron, envié hombres colina abajo hasta el nuevo fortín. Tras abandonar el viejo fuerte una vez que había oscurecido, las dos primeras noches fui con ellos. Los hombres llevaban las velas, que habíamos cortado en dos, cosiéndolas como pudimos a un par de vergas cada una, de forma que disponíamos de seis amplias escalas. Cuando atacásemos de verdad, tendríamos que llevarlas hasta la ensenada, desenrollarlas y desplegarlas en la orilla opuesta; a continuación, los hombres treparían por el enrejado de cuerdas llevando las escalas de verdad, las que habrían de colgar de las murallas.

Durante aquellas tres noches, sólo llevamos a cabo simulacros de ataque. Nos acercábamos al foso, dábamos gritos, y nuestros arqueros, un centenar más o menos, disparaban flechas contra los daneses que, a su vez, arrojaban flechas y lanzas que iban a empotrarse en el lodo. Los defensores lanzaban antorchas encendidas que iluminaban la noche y, cuando se aseguraban de que no tratábamos de cruzar el foso, escuchaba voces de mando que les ordenaban que dejaran de arrojar lanzas.

Descubrí que las murallas estaban bien defendidas. Haesten había dejado una nutrida guarnición, tan numerosa que algunos daneses, de sobra en el fuerte, vigilaban los enhiestos barcos varados en la ribera de Caninga.

La tercera noche, sin embargo, no los acompañé colina abajo. Fue Steapa quien se puso al frente del simulacro, mientras yo observaba la maniobra desde los altos

muros del viejo fuerte. Al anochecer, mis hombres acercaron una carreta que habíamos traído de Hocheleia, cargada con ocho colmenas. Brun nos había explicado que el crepúsculo era la mejor hora para precintar las colmenas y aquella tarde, al ponerse el sol, había clausurado los orificios de entrada con unos emplastes de barro mezclado con estiércol de vaca que, poco a poco, se iban solidificando. Pegué la oreja a una de las colmenas y escuché un extraño zumbido que más parecía una vibración.

—Mañana por la noche, ¿seguirán vivas? —se interesó Eduardo.

—Confío en que no sea así, porque mañana al amanecer iniciaremos el ataque —le dije.

—¡Mañana! —exclamó, incapaz de ocultar la sorpresa que se acababa de llevar, lo que me complació sobremanera. Con aquellos simulacros de asalto que llevábamos a cabo nada más caer la noche, quería que los daneses pensasen que intentaríamos el ataque en serio contra el fortín hacia esa hora. Sin embargo, había tomado la decisión de iniciarlo al amanecer del día siguiente. Confiaba, no obstante, en que, como Eduardo, Skade y los suyos también creyesen que pensaba atacar al caer la noche.

—Mañana por la mañana —le dije—, aunque saldremos de aquí esta misma noche, en plena oscuridad.

—¿Hoy por la noche? —preguntó Eduardo, todavía sorprendido.

—Esta noche, sí.

Se santiguó. Eteflada, que aparte de Steapa, era la única persona a la que había confiado lo que me proponía, se acercó a mi lado y me pasó una mano alrededor del brazo. Eduardo pareció estremecerse al ver aquel gesto de afecto y, con una sonrisa forzada, dijo:

—Rezad por mí, hermana mía.

—Siempre lo hago —repuso Eteflada.

Se le quedó mirando fijamente, él le devolvió la mirada un instante y, luego, volvió los ojos a mí. Comenzó a decir algo, pero estaba tan nervioso que las primeras palabras que salieron de su boca sonaron como un graznido, aunque se repuso enseguida.

—Veo que no tenéis pensado prestarme juramento de fidelidad, lord Uhtred —dijo.

—No, mi señor.

—Y que mi hermana sí lo tiene, ¿no es así?

Eteflada me apretó el brazo con la mano.

—Ella cuenta con el juramento de mi lealtad, mi señor.

—En ese caso, no necesito vuestro juramento —añadió con una sonrisa.

Un gesto de generosidad por su parte, que yo agradecí con una reverencia.

—No necesitáis mi juramento, mi señor. Esta noche, sin embargo, vuestros hombres necesitan que les infundáis valor. Hablad con ellos, arengadlos.

No dormimos mucho aquella noche. Los hombres tenían que prepararse para la batalla. Era el momento de dar rienda suelta al miedo, el instante en que la imaginación hace que el enemigo se nos antoje más temible. Algunos de los hombres, pocos, muy pocos, huyeron del fuerte y corrieron a esconderse en los bosques. Los demás afilaban espadas y hachas. No les permití que avivaran las fogatas, porque no quería que los daneses notasen algo diferente aquella noche, de forma que casi a tientas tuvieron que amolar las armas. Se pertrecharon de botas, cotas de malla y yelmos. Contaban chistes malos. Algunos permanecían sentados con la cabeza gacha, pero todos prestaban atención a lo que les decía Eduardo, que fue acercándose a cada grupo. Recordé lo sosa que había sido la primera arenga que le escuché a su padre antes de la importante victoria de Ethandun. Eduardo no lo hizo mucho mejor, pero la seriedad con que hablaba les convenció, y escuché murmullos de aprobación cuando les prometía que él estaría en primera línea.

—Procurad que salga con vida —me dijo el padre Coenwulf, con severidad.

—Pensaba que no otro era el cometido de vuestro dios —repliqué.

—Si le pasa algo a Eduardo, su padre nunca os lo perdonará.

—Tiene otro hijo —dije, quitándole hierro al asunto.

—Eduardo es un hombre bueno, y será un buen rey —aseveró Coenwulf en mal tono.

Y era verdad. Hasta entonces, no se me había pasado por la cabeza, pero Eduardo empezaba a caerme bien. Tenía tanta fuerza de voluntad que sin duda pondría a prueba su bravura. Tenía miedo, claro, como todos, pero se lo guardaba para sí. Estaba decidido a demostrar que se merecía el título de heredero que llevaba, aun a costa y sin rebelarse contra la idea de ir al matadero. Sólo por eso, merecía mi respeto.

—Será un buen rey si está convencido de ello —le dije a Coenwulf—, pero antes tiene que convencerse por sí mismo.

El cura calló un momento, y asintió.

—Pero velad por él —me rogó.

—Tal es el encargo que le he hecho a Steapa. No creo que pueda estar en mejores manos —contesté.

Con una cota de malla herrumbrosa, una espada a la cintura y un hacha y un escudo a la espalda, el padre Pyrlig apareció delante de mí en mitad de la oscuridad.

—Los míos están dispuestos —me dijo. Le había puesto al frente de treinta hombres que tenían que llevar las colmenas colina abajo y cruzar el foso cargando con ellas.

Miré al este. Ni rastro de la luz del nuevo día por ese lado, pero ya se dejaba sentir la avanzada del alba. Acaricié el martillo de Thor que llevaba al cuello.

—En marcha —dije.

Al pie de la colina, los hombres de Steapa estaban armando una buena jarana para distraer a los daneses, mientras cientos de hombres abandonaban el viejo fuerte y, en aquella noche nubosa, bajaban la empinada pendiente. En primera fila, los hombres de Eduardo, cargando con las escalas. Vi los destellos de las antorchas al borde del foso y el brillo mortecino de las plumas de las flechas que volaban hacia la parte alta de las murallas. El aire olía a salitre y a marisma. Pensé en el beso de despedida que me había dado Etefleda, en su inesperado e impetuoso abrazo, y el miedo se apoderó de mí. Parecía tan sencillo: cruzar un foso, afianzar las escalas en la estrecha lengua de barro que se extendía entre el foso y las murallas, subir por ellas y quién sabe si morir.

Avanzábamos en desorden. Cada guerrero bajaba por la colina como podía aunque, en voz baja, sus jefes les indicaban que se agrupasen en las ruinas calcinadas de la aldea, el único lugar donde podían permanecer ocultos. Estábamos lo bastante cerca como para oír los gritos de júbilo de los daneses al comprobar que los hombres de Steapa se retiraban. Ya casi se habían consumido las antorchas que habían lanzado para iluminar el foso. Confié en que, para entonces, los enemigos hubiesen bajado la guardia, y se hubiesen ido a la cama con sus mujeres, mientras nosotros acechábamos en la oscuridad, acariciando nuestras armas y nuestros amuletos, escuchando el murmullo del agua al bajar la marea. Weohstan estaba en los montecillos de arena que emergían al retirarse el agua. Con la esperanza de que algunos de los defensores trataran de huir por allí, le había ordenado que desplegara a los suyos por la cara oeste del fortín.

Por el otro lado, hacia el este y a las órdenes de Finan, contaba con doscientos hombres para iniciar el ataque contra los dos barcos varados al final de la ensenada. Lamentaba no tener a Finan a mi lado durante la refriega, pero necesitaba a un guerrero de temple para frustrar la huida de los daneses, y no conocía a nadie tan arrojado y lúcido en combate como el irlandés.

Ni Weohstan ni Finan debían dejarse ver hasta el amanecer. Hasta ese momento, no teníamos que hacer ni un ruido. El viento del oeste nos traía una menuda y fría llovizna. Los curas rezaban. A unos cien pasos del lado más cercano del foso, los hombres de Osferth, con las velas enrolladas, permanecían agazapados entre los altos ortigales que rodeaban la aldea. Me quedé a la espera junto a ellos, a dos o tres pasos de Eduardo, quien, en silencio, apretaba con una mano la cruz de oro que llevaba al cuello. Steapa había dado con nosotros, y aguardaba junto al Heredero. Notaba el frío del yelmo en el cuello y las orejas, igual que el de la cota de malla.

Oí hablar a unos daneses. Solían enviar a algunos de los suyos a recoger las lanzas que arrojaban durante nuestros simulacros, y supuse que eso era lo que estaban haciendo a la luz mortecina de las antorchas casi apagadas. En ese momento, los distinguí, sombras espectrales en mitad de las tinieblas, y supe que estaba a punto de

amanecer, cuando el resplandor blanquecino de la muerte se abrió paso a nuestras espaldas como una mancha que se extiende por encima del horizonte. Me volví a Eduardo y le dije:

—Ahora, mi señor.

Y el joven, dispuesto a entrar en batalla, se puso en pie. Tragó saliva durante un segundo, empuñó su larga espada y gritó:

—¡Por Dios y por Wessex! ¡Adelante!

Así empezó la batalla de Beamfleot.

CAPÍTULO XV

Hay ocasiones en que todo es lo que parece hasta que, de improvisto, se produce un cataclismo y cada detalle, hasta el más nimio, cobra una importancia singular, fragmentos de realidad que, si permanecen grabados en nuestra memoria es porque sabemos que pueden ser los últimos que percibamos en nuestra vida. Recuerdo el parpadeo de una estrella que, como la vela que se consume, emitía un fulgor entre las nubes que se alzaban por el oeste, el traqueteo de las flechas en la aljaba de madera de un arquero que corría, los destellos plateados del Temes hacia el sur, las plumas desvaídas de las flechas empotradas en la empalizada de madera del fortín, el tintineo estridente de los eslabones flojos de la cota de malla y el bamboleo de los bordes de la capa de Steapa corriendo a la derecha de Eduardo. Recuerdo un perro blanco y negro, con un cordel deshilachado al cuello, que corría a nuestro lado. Aun reconociendo que no es posible, tengo la sensación de que lo hacíamos en silencio: ochocientos hombres corriendo hacia el fortín cuando los primeros rayos plateados del sol asomaban por el horizonte.

—¡Arqueros, arqueros! ¡Atentos! —gritó Beornoth.

Unos pocos daneses andaban recogiendo lanzas. Con un montón de astas en los brazos, uno de ellos se nos quedó mirando sin dar crédito a lo que veían sus ojos hasta que, de repente, le entró miedo, dejó caer las armas que llevaba y echó a correr. En lo alto de las murallas, se oyó una trompa.

Habíamos dividido a los hombres en cuadrillas, cada una con un jefe y un propósito determinados. Beornoth estaba al frente de los arqueros que se agrupaban a nuestra izquierda, justo al pie de los lóbregos caballetes del puente que se asomaban al foso. Los arqueros tenían la misión de hostigar con sus flechas a los daneses que anduviesen en lo alto de las murallas, obligándoles a agacharse para esquivarlas en vez de plantarnos cara con lanzas, hachas y espadas. Osferth iba al mando de los cincuenta hombres que tenían que ocuparse de tender las escalas de lona al otro lado del foso; tras ellos, Egwin, un curtido guerrero sajón, con cien hombres, los encargados de afianzar las escalas al muro. Los demás no teníamos otro cometido que el de atacar. Tan pronto como los hombres que llevaban las escalas hubieran salvado el foso, las tropas de ataque tenían que seguir sus pasos, trepar por las escalas y fiarlo todo al dios al que se hubieran encomendado aquella noche. Había organizado, pues, nuestras fuerzas en escuadras, algo que Alfredo, tan amante de las listas y el orden, habría aprobado sin rechistar. Pero de sobra sabía yo cómo hasta los planes mejor trazados se vienen abajo cuando cobran cuerpo en la realidad.

La trompa mugía desafiante en el amanecer. Los defensores del fuerte empezaban a llegar a lo alto de la muralla. Con ayuda de una cuerda atada a uno de los pernos de la entrada del fortín, los hombres que habían estado recogiendo lanzas trepaban por el

otro lado del foso; el último en subir tuvo la buena cabeza de cortarla antes de entrar en la fortaleza, y las hojas del portón se cerraron tras él. Nuestros arqueros no dejaban de lanzar flechas que, aparte del engorro de obligarles a empuñar sus escudos, de poco valían en mi opinión contra las cotas de malla y los yelmos de acero de los daneses. Los hombres de Osferth se precipitaron al foso. Grité a los que venían detrás que esperasen.

—¡Alto, hasta que yo diga!

Lo único que me faltaba era una barahúnda de guerreros en el fondo del foso bajo una granizada de lanzas que obstaculizasen la tarea de la cuadrilla de Osferth. Más valía que hiciesen bien su trabajo y dejaran paso a los soldados a las órdenes de Egwin.

Bajo la escasa capa de agua que lo cubría, el fondo del foso estaba erizado de estacas afiladas, que los hombres de Osferth arrancaron con facilidad del lecho de lodo. Desenrollaron las velas enrejadas y, ayudándose con las lanzas, reforzaron las vergas y las hundieron a conciencia en el lodo. Desde lo alto de la muralla les arrojaron una espuerta de carbones encendidos; un remolino de chispas acompañó su caída antes de que se apagasen al entrar en contacto con el húmedo lodazal del fondo. Nadie resultó herido; me imaginé que algún danés, muerto de miedo, habría volcado el capazo antes de tiempo. El perro ladraba al borde del foso.

—¡Escalas! —gritó Osferth, y los hombres de Egwin avanzaron, mientras los soldados a las órdenes del hijo bastardo de Alfredo arrojaban lanzas a lo alto del muro. Tras observar cómo los guerreros que cargaban con las escalas trepaban por el empinado foso, di una voz a los hombres, ya dispuestos para el ataque, para que me siguiesen hasta las escalas recién afianzadas.

Claro que las cosas no vinieron rodadas. Cuando trato de contarle a alguien cómo se desarrolla una batalla, mis descripciones siempre se quedan cortas, desvaídas. Tras la refriega, cuando el miedo ya ha quedado atrás, contamos anécdotas y, a golpe de retazos, nos hacemos una idea aproximada de cómo fueron las cosas. En el fragor del combate, empero, todo es confusión. Por supuesto que pasamos al otro lado del foso y que la red de cuerdas que tensaba las lonas cumplió su cometido, al menos durante un buen rato, y que afianzamos las escalas contra el muro del fortín enemigo. Pero me dejó tantas cosas en el tintero: los revolcones de los hombres que daban traspies en el fondo del foso tras retirarse la marea, las pesadas lanzas que se nos venían encima, el color oscuro de la sangre en el agua negra, los gritos, la sensación de no saber qué estaba pasando, la angustia, el entrechocar de espadas que nos llegaba desde las almenas, el chasquido de las flechas que dan en el blanco, los gritos de hombres que no sabían qué ocurría a su alrededor, hombres temerosos de perder la vida, hombres que gritaban a los suyos para que les acercasen unas escalas o acarreasen una estaca más a lo alto de la pendiente del foso. Por si fuera poco, el

cieno, tan espeso y pegajoso como cola de caballo. El lodo, traicionero y resbaladizo; hombres cubiertos de barro y de sangre que sé dejaban la vida en aquel cenagal y, de continuo, los insultos proferidos por los daneses desde arriba. Los alaridos de los moribundos: hombres que pedían ayuda, que llamaban a voces a sus madres, que lloraban con un pie en la tumba.

Al cabo, son las pequeñas cosas las que deciden la suerte de una batalla. Lo mismo da que asaltemos unas murallas con millares de hombres, que la mayoría fracasasen en el intento, o se echen para atrás tras cruzar el foso, o antes en el agua, que sólo unos pocos, los más arrojados y temerarios, lograrán superar el miedo que los paraliza. Recuerdo haber visto a un hombre que cargaba con una escala; la afianzó contra el muro y subió por ella espada en mano mientras, en lo alto, un danés acechaba con su pesada lanza en ristre. Le di una voz, pero la lanza volaba ya hacia su objetivo y la punta le atravesó el yelmo; con un estremecimiento, el hombre cayó de espaldas, inesperada sangre en aquel amanecer, mientras un segundo guerrero lo quitaba de en medio y, dando gritos, subía por la misma escala y, con un hacha de asta larga, arremetía contra el lancero. En ese momento, cuando la luz del sol bañaba el nuevo día, todo era confusión. Había planificado a conciencia el ataque, pero ya nada quedaba de las cuadrillas que había pensado. Algunos de los hombres estaban de pie en mitad del foso, con el agua hasta la cintura, sin poder hacer nada, porque no éramos capaces de arrimar las escalas a la muralla. Aunque deslumbrados por la salida del sol, los daneses, con sus pesadas hachas de guerra, la emprendían con las escalas, y algunos peldaños, de leña todavía verde, no resistían los empujones. Aun así, algunos valientes trataban de encaramarse a la alta empalizada. Una de las velas que utilizábamos como escalas para salir del foso se vino abajo; algunos hombres trataron de ponerla en su sitio de nuevo, a pesar de las lanzas que les llovían por todas partes. Desde las murallas arrojaron más carbones encendidos que arrancaban destellos de espadas y yelmos, pero los nuestros se revolcaban por el barro y se los quitaban de encima. Mientras, más y más mandobles se estrellaban contra los escudos.

Recogí una de las escalas que se había venido al suelo, la coloqué de nuevo contra la muralla y subí por ella. No es fácil trepar por una escala, espada y escudo en mano; me eché el escudo a la espalda y traté de encaramarme a la muralla, sujetándome con la mano izquierda a los peldaños y empuñando a *Hálito-de-serpiente* con la derecha, cuando un danés trató de hacerse con la espada por la hoja; di un tirón hacia atrás, perdí el equilibrio y fui a caer sobre un cadáver. En ese mismo instante, vi cómo Eduardo, con un yelmo con una diadema de oro y unas plumas de cisne, que lo hacían perfectamente reconocible, comenzaba a trepar por la misma escala, y cómo los daneses esperaban a que llegase a lo alto de la muralla para arrebatarse su espléndida armadura. En ese momento, Steapa dio una patada a la

escala y el Heredero cayó de bruces al barro.

—¡Dios mío! —dijo Eduardo en voz baja, como si hubiese derramado leche o cerveza; no pude por menos de echarme a reír. El asta de un hacha me acertó en el yelmo. Me volví, recogí el arma y la lancé contra las caras que me observaban desde arriba, pero pasó de largo. El padre Coenwulf ayudaba a Eduardo a ponerse en pie.

—¡No deberíais estar aquí! —le dije a voces, pero el cura no me hizo caso. Era un hombre de arrestos, sin duda, pues no llevaba armadura ni armas. Steapa protegió a Eduardo con su enorme escudo de las lanzas que les arrojaban desde arriba. Profiriendo una maldición y blandiendo un crucifijo frente a los daneses que nos insultaban, el padre Coenwulf salió con bien de aquélla.

—¡Escalas, aquí! —se oyó una voz—. ¡Aquí, escalas! —era el padre Pyrlig que no dejaba de dar gritos. Se hizo con la colmena que le pasaba uno de los suyos y se volvió de cara a la muralla—: ¡Ahí os va un poco de miel! —bramó, y lanzó la colmena hacia lo alto.

Aunque el muro tendría algo más de tres varas de alto, tuvo fuerzas para lanzar la colmena sellada por encima de las almenas. Los daneses no podían saber si se trataba de una colmena, hasta es posible que la confundieran con un pedrusco, ni se imaginaban siquiera que un hombre pudiera lanzar tan alto una piedra de ese tamaño. Una espada trató de acertarle a la colmena, que fue a caer por detrás de la muralla.

—¡Otra! —gritó Pyrlig.

La primera de las colmenas debió de estrellarse contra el adarve y hacerse añicos.

Las colmenas estaban selladas. Brun había esperado al frescor del atardecer, cuando todas las abejas se hubieran recogido, antes de taponar los orificios de entrada con lodo y estiércol. El caparazón de la primera de las colmenas, una mezcla de estiércol de vaca seco y ramitas de avellano, se cascó como un huevo.

Y las abejas salieron.

Pyrlig lanzó la segunda colmena, y uno de los nuestros le alcanzó la tercera. Una de ellas no consiguió pasar por encima de la muralla y fue a parar al lodo en el que estábamos donde, por milagro, no se rompió. Otras dos quedaron flotando en el foso. Nunca llegué a saber qué pasó con las colmenas restantes, pero con las dos primeras fue suficiente.

Las abejas hicieron parte de nuestro trabajo. Millares y millares de abejas, irritadas y confusas, comenzaron a revolotear entre los defensores del fortín; de repente, comencé a escuchar gritos sobrecogedores de dolor: les picaban en las manos y en la cara, justo lo que nos hacía falta en aquel momento. Pyrlig no dejaba de gritar para que arrimasen las escalas. Eduardo colocó una con sus propias manos y trató de subir por ella, pero Steapa lo echó a un lado y se le adelantó. Yo trepé por otra.

No puedo dar cuenta de cómo tomamos el fuerte de Beamfleot. Sólo recuerdo la confusión reinante, la confusión y las picaduras de las abejas. Sé que Steapa llegó a lo

alto de la escala y consiguió abrirse hueco blandiendo un hacha de guerra con tanta saña que casi me arrancó la cimera de la cabeza del lobo de mi yelmo; luego, lo vi en lo alto de la muralla, empuñando el hacha con mortífera precisión. Eduardo se situó a su lado. Las abejas revoloteaban a su alrededor.

—¡Dadle una voz a los vuestros para que os sigan! —le dije.

Me miró con ojos desencajados hasta que, por fin, me entendió.

—¡Por Wessex! —gritó desde lo alto del muro.

—¡Por Mercia! —grité yo, y los hombres no tardaron en unirse a nosotros.

Ni siquiera sentía las picaduras de las abejas, aunque más tarde tuve ocasión de comprobar que me habían picado no menos de una docena de veces. Pero nosotros nos esperábamos las picaduras, que a los daneses les pillaron por sorpresa. No obstante, reaccionaron con celeridad. Oí la voz de una mujer que, a gritos, les ordenaba que acabasen con nosotros, y supe que Skade andaba cerca. Un grupo de daneses avanzó hacia nosotros por el adarve; pertrechado de escudo y espada, cargué contra ellos; detuve un hachazo con el escudo y acerté con *Hálito-de-serpiente* a uno de ellos en la rodilla; Cerdic venía conmigo, Steapa se mantenía a mi izquierda; los tres gritábamos como posesos mientras nos abríamos paso por el adarve de madera que coronaba la muralla. Una lanza me acertó en el yelmo y me lo ladeó. El sol todavía brillaba por debajo de las nubes esparciendo su alargado y cegador fulgor, mientras sus rayos se reflejaban en las hojas de las espadas, en los filos de las hachas, en las puntas de las lanzas; escudo en mano, arremetía contra los daneses, repartiendo tajos con *Hálito-de-serpiente* hasta más allá de sus destellos; Steapa profería alaridos y, con su descomunal fuerza, apartaba a los defensores, y todo eran avispas a nuestro alrededor. Un danés trató de acabar conmigo de un hachazo que aguanté con el escudo; recuerdo su boca desencajada, los raigones amarillentos de sus dientes, las abejas posándose en su lengua. Eduardo, que venía detrás de mí, acabó con él de una estocada en la boca; el chorro de sangre que brotó se llevó los insectos. Alguien había conseguido hacerse con el estandarte del dragón de Wessex y lo agitaba desde lo alto del baluarte conquistado. Los hombres prorrumpieron en vítores, mientras cruzaban el foso y se encaramaban a las escalas que aún quedaban en pie.

En lo alto de la muralla, traté de abrirme paso hacia la izquierda. Steapa, que cazó al vuelo lo que iba buscando, apartó de nuestro camino a cuantos enemigos le salían al paso para despejar el camino hacia el amplio adarve que coronaba la puerta. Una vez allí, formamos un muro de escudos y plantamos cara a los daneses mientras, hacha en mano, Pyrlig y los suyos arremetían contra el portón.

Aunque ahora mismo no sea capaz de recordar qué les decía, estoy seguro de que debí de gritarles barbaridades sin cuento a los daneses, aunque nada fuera de los insultos habituales. Los daneses contraatacaron con desmesurado ímpetu, pero nuestros mejores guerreros ya estaban en lo alto de la muralla y seguían llegando

más, tantos que algunos saltaron al interior del fortín y comenzaron a pelear al pie del recinto. Uno de los hombres dio una patada a los pedazos de una de las colmenas que habíamos arrojado que aún quedaban por el suelo y salieron más abejas. Para entonces, ya estaba en lo alto del portón, agazapado tras los cadáveres de los daneses que habían tratado de echarnos de allí. Pero seguían llegando. Sus armas más terribles eran las macizas lanzas con que nos hostigaban por encima de la barrera de cuerpos, pero nuestros escudos resistieron.

—¡Tenemos que bajar a la puerta! —grité a Steapa.

Osferth oyó lo que estaba diciendo. Durante la defensa de Lundene, había saltado desde lo alto de la puerta de la ciudad; lo mismo hizo en aquel momento. En el interior del fuerte había más sajones, pero los daneses los superaban en número con creces y caían como moscas. A Osferth le dio igual; saltó al suelo justo por la parte de dentro del portalón. Se quedó un momento en cuclillas, se puso en pie y comenzó a gritar:

—¡Por Alfredo, por Alfredo, por Alfredo!

Se me antojó extraño oír aquel grito de guerra en boca de alguien como Osferth, que tan poco aprecio tenía a su padre natural. Pero el caso es que funcionó, y otros sajones saltaron desde la muralla para unirse a Osferth que, en aquel momento, esquivaba a dos daneses con su escudo al tiempo que, espada en mano, arremetía contra otros dos.

—¡Por Alfredo! —gritó otro, y vi cómo Eduardo, dando un alarido, saltaba desde la muralla y se unía a su hermanastro.

—¡Por Alfredo!

—¡Proteged al Heredero! —ordené a voces.

Steapa, que de sobra sabía que su primera obligación pasaba por proteger la vida de Eduardo, saltó también. Yo me quedé con Cerdic en la muralla. Teníamos que impedir que los daneses se apoderasen de nuevo del trozo de lienzo donde apoyábamos nuestras escalas. Tenía el escudo cosido a puyazos de lanza. La madera de tilo se astillaba, pero los cadáveres que se amontonaban a nuestros pies se alzaban como una barrera, y más de un danés tropezó con ellos para acabar sumándose a la pila de muertos. Pero seguían llegando. Un hombre empezó a apartar los cuerpos, arrojándolos al interior del fortín. Le acerté con *Hálito-de-serpiente* en el costado. Otro danés trató de alancearme. Detuve el golpe con el escudo, y lancé una estocada contra aquel rostro gesticulante embutido en un yelmo de reluciente acero; el hombre la esquivó. Observé cómo miraba al interior del fuerte y me di cuenta de que estaba pensando en saltar para atacar a los nuestros; di un brinco por encima de un cadáver y logré clavarle la espada por debajo del escudo, girándola al darme cuenta de que le rasgaba la parte superior del muslo; me dio un empujón con el escudo, pero Cerdic, que estaba a mi lado, de un hachazo le destrozó el hombro. Con las dos lanzas que

llevaba clavadas en la madera, mi escudo resultaba muy pesado. Traté de arrancarlas, pero retrocedí cuando un gigantesco danés, lanzando maldiciones, cargó contra mí blandiendo un hacha por encima de mi cabeza. Se estampó contra mi escudo, con tan buena suerte que me libró de las dos lanzas, y Sihtric descargó el hacha sobre su yelmo partiéndolo en dos. Recuerdo la sangre que goteaba por el reborde de mi escudo cuando me aparté del moribundo. Entre estremecimientos, el danés se moría. Embestí con *Hálito-de-serpiente* pasando por encima de él y oí el chirrido de la hoja al chocar contra el escudo de otro danés. A mis pies, escuchaba los gritos de los nuestros, que iban a más.

—¡Por Alfredo! —gritaban, para añadir—: ¡Por Eduardo!

Steapa, que valía por tres, con su formidable fuerza y su extraordinario manejo de la espada liquidaba a cuantos daneses se le ponían por delante. Y le llegaban refuerzos. Más y más hombres saltaban desde la muralla y formaban un muro de escudos por la parte de dentro del portalón cerrado. Los escudos de Osferth y Eduardo se solapaban. El padre Coenwulf, decidido a no perder de vista al Heredero, también había saltado; se dio media vuelta y retiró la tranca que cerraba el portón. Tardó un rato en abrirlo, porque los hombres de Pyrlig seguían descargando hachazos contra los enormes tablones, hasta que oyeron las voces de Coenwulf pidiéndoles que pararan. Se abrieron las puertas, pues, y al sol de la mañana, rodeados de humo y de enjambres de abejas que revoloteaban, llevamos la muerte a Beamfleot.

El asalto había pillado por sorpresa a los daneses, que habían confiado en que los hombres de Steapa se retirarían al amanecer, en el preciso instante en que iniciábamos el ataque, pero ni aquel contratiempo había disminuido su capacidad de respuesta ni tampoco nos había procurado una ventaja decisiva. Se habían sobrepuesto con celeridad, habían defendido la muralla con tesón y, de no haber recurrido a las abejas, es probable que nos hubieran derrotado. Cuando un enjambre de abejas enfurecidas se abalanza sobre un hombre, éste no está en las mejores condiciones de combatir, y eso fue lo que nos permitió llegar a las almenas; por si fuera poco, una vez abiertas las puertas, los sajones cruzaban el foso y, sin dudarlos, se llegaban al fuerte. Al ver la que se les venía encima, los daneses emprendieron la retirada.

Pasa muchas veces: en más de una ocasión he visto a hombres que luchan como titanes, dejando un reguero de viudas y huérfanos a su paso, ofreciendo a los poetas la oportunidad de acuñar nuevos vocablos para describir sus hazañas, que, de forma inesperada, se vienen abajo, cuando la bravura deja paso al terror. Eso fue lo que les pasó a los daneses que, de temibles enemigos, se convirtieron en hombres que huían como podían, buscando a la desesperada el modo de escapar.

Sólo tenían dos formas de salir del fortín. Algunos, los menos atinados, se retiraron hacia las construcciones que se agolpaban en el extremo oeste del fuerte; los

más, sin embargo, se abalanzaron hacia una puerta situada en la muralla sur que daba a un embarcadero de madera a orillas de la ensenada. Aun con marea baja, la cala era demasiado profunda como para cruzarla a pie, y no había puente ni nada parecido, tan sólo un barco atravesado en mitad del canal sobre el que cayeron en tromba con tal de alcanzar la ribera de Caninga, donde les aguardaban los hombres que no habían tomado parte en la defensa del fortín. Ordené a Steapa que se los quitase de en medio y, al frente de los hombres de la guardia de Alfredo, se dirigió hacia el improvisado puente. A los daneses, no obstante, pocas ganas les quedaban de pelear y huyeron por piernas.

Otros, muy pocos, dejaron atrás las murallas que miraban al sur y al oeste y pensaron en huir cruzando el foso. Pero allí se encontraron con los jinetes a las órdenes de Weohstan, que les procuraron un expeditivo y sangriento final. Más numerosos fueron los daneses que se quedaron en el interior del fuerte, concentrándose en un extremo tras un irregular muro de escudos que se desbarató en cuanto aparecieron las espadas sajonas. Las mujeres y los niños chillaban; los perros aullaban. La mayoría de las mujeres y los niños estaban en Caninga y, a gritos, pedían a sus hombres que regresaran a sus barcos. El barco, el último refugio de todo danés. Cuando las cosas se tuercen, los hombres se hacen a la mar, confiados en que las hilanderas les darán otra oportunidad. Pero la mayoría de los barcos estaban encallados: eran tantos que era imposible amarrarlos en aquel angosto canal. Los hombres que habían llegado a Caninga trataron de escapar de las garras de Steapa, algunos incluso se arrojaron a la ensenada tratando de abordar los barcos que estaban a flote, pero se encontraron con las tropas de Finan, que había permanecido al acecho hasta que los hombres que guardaban el extremo este se olvidaron de todo ante el evidente desastre que se estaba produciendo al otro lado. En ese instante, al frente de soldados sajones, hombres de la guardia del propio Alfredo, cruzó los bancos de arena.

—¡Pobres diablos! —me contaría más tarde—. ¡Sólo tuvieron tiempo de enderezar el costado que miraba al mar! Así que atacamos por el otro lado. Coser y cantar.

Tengo mis dudas. Porque dieciocho de los suyos se fueron a la tumba, y otros treinta resultaron gravemente heridos. Pero se apoderaron del barco. No podían cruzar la ensenada ni bloquear el canal, pero estaban donde yo les había dicho que estuvieran, mientras nosotros tomábamos el fortín.

Sajones vociferantes vengaban el humo que cubría los cielos de Mercia y se llevaban por delante a cualquier danés que les saliese al paso. A gritos, aquellos hombres que trataban de proteger a los suyos aseguraban que se rendían, pero hachas y espadas no atendían a razones. La mayoría de las mujeres y los niños corrieron a refugiarse en la casona, donde guardaban el incalculable botín que allí habían enviado

los hombres de Haesten.

Me había hecho a la mar hasta Frisia en busca de un tesoro, y resulta que me lo encontraba en Beamfleot: talegos de cuero rebosantes de monedas, crucifijos de plata, píxides de oro, montones de hierro, lingotes de bronce, pieles apiladas, un verdadero tesoro. Era una casona oscura. Contados rayos de sol se colaban por el hastial que, apoyado en unas astas de toro, miraba al este; la única luz del recinto procedía de la fogata situada en el centro, que iluminaba el botín dispuesto en derredor, bien a la vista, señal inequívoca para todos los moradores de Beamfleot de que Haesten, su señor, les recompensaría de tantos esfuerzos. Aquellos hombres que le habían prestado juramento de lealtad sabían que se harían ricos, y les bastaba con darse una vuelta por la casona para convencerse. Contemplaban aquel espléndido tesoro, y soñaban con nuevos barcos y nuevas tierras. Allí estaban los tesoros de Mercia, no protegidos por un dragón, sino defendidos por Skade en persona.

Que era peor que un dragón enfurecido. Tan sobrecogedora en su locura que me atrevería a decir que, en aquel momento, estaba poseída por las furias. Encaramada en lo alto del tesoro, en pie, sin yelmo, con aquellas greñas enmarañadas y negras, profiriendo improperios, con una capa también negra por encima de los hombros y una cota de malla sobre la que se había colgado cuantas cadenas de oro había podido atropar. Tras ella, en el estrado elevado donde se alzaba una enorme mesa, un montón de mujeres y niños apretujados. Vi a la mujer y a los dos hijos de Haesten, tan asustados de Skade como de nuestra presencia.

Los estridentes aullidos de Skade paralizaron a los míos que, si bien ocupaban la mitad de la estancia, parecían acobardados ante semejante furia. Habían acabado con un buen puñado de daneses que yacían por el suelo cubierto de juncos del recinto, a la sazón empapados en sangre reciente; incapaces de dar un paso adelante, no apartaban los ojos de aquella mujer que los maldecía. Con *Hálito-de-serpiente* chorreando sangre, me abrí paso entre ellos. Al verme, Skade no dudó en apuntarme con la hoja de su espada.

—¡Traidor, perjuro! —me espetó.

Me incliné ante ella, y dije en tono burlón:

—¡Reina de la marisma!

—¿Qué hay de vuestras promesas? —gritó, antes de abrir unos ojos como platos, si bien aquel gesto de sorpresa no tardó en dejar paso a la ira—. ¿Es ella? —me preguntó.

Aunque no me la esperaba, allí estaba Etelfleda. Le había dicho que no se moviese del viejo fuerte, que contemplase la refriega desde lo alto de la colina y aguardase nuestro regreso. Pero, tan pronto como había visto que los nuestros tomaban al asalto las murallas, había insistido en estar a nuestro lado. Los hombres se hicieron a un lado para dejarles paso, a ella y a los cuatro guerreros de Mercia que la

acompañaban. Llevaba una sencilla túnica de color azul pálido, con el bajo empapado tras haber cruzado el foso. Se cubría los hombros con una capa; alrededor del cuello, lucía un crucifijo de plata. Parecía una reina. Aunque no llevaba oro encima, aun con la túnica y la capa embarradas, estaba deslumbrante. Skade la observó, volvió los ojos hacia mí y comenzó a aullar como una raposa moribunda. En un santiamén, saltó desde el montón de riquezas amontonadas y, con gesto de odio, apuntó con la espada a Etelfleda.

Me puse delante. Su espada resbaló al chocar con el reborde de hierro de mi escudo astillado y la embestí con el tachón. El pesado escudo se le vino encima con tanta fuerza que soltó la espada y, dando gritos, cayó de espaldas sobre los tesoros allí amontonados. Con los ojos llenos de lágrimas, pero con voz de loca furiosa, aun tendida como estaba, me señaló con el dedo y dijo:

—¡Caiga sobre vos mi maldición! ¡Os maldigo a vos, a vuestros hijos, a vuestra esposa, vuestra vida quedará maldita por siempre como vuestra tumba, igual que el aire que respiréis, los alimentos que toméis, los sueños que tengáis, la tierra que piséis!

—¿Así me maldijisteis a mí? —preguntó alguien, desde uno de los extremos en penumbra de la estancia, algo que se arrastraba y que tiempo atrás había sido un hombre.

Era Harald, el mismo que había tratado de apoderarse de Wessex, aquél que le había prometido que haría de ella la reina de Wessex; el mismo que, gravemente herido en Fearnhamme, había buscado cobijo entre los espinos, defendiéndose de forma tan encarnizada que Alfredo le había pagado con tal de que se marchara. Se había llegado a Beamfleot, buscando la protección de Haesten. Era un hombre quebrantado y lisiado, que había visto cómo su mujer calentaba el lecho de Haesten; un hombre que, en su alma, acumulaba un odio tan grande como el que sentía Skade.

—Me maldijisteis —continuó—, porque no os proporcioné un trono —se acercó a gatas hacia ella, arrastrando sus piernas inválidas, con la única ayuda de sus brazos fuertes. Sus cabellos rubios, antes tan poblados, clareaban, y no eran sino pingajos que caían sobre su rostro contraído por el dolor—. Permitidme que haga de vos una reina —mientras se hacía con un cordón de oro del montón, una preciosa cadena de tres hilos de oro entrelazados, rematados por dos cabezas de oso con ojos de esmeralda—. ¡Seréis como una reina, amor mío! La barba le llegaba a la cintura. Con las mejillas hundidas, la mirada ojerosa, las piernas renqueantes, cubierto con una basta capa de lana, un sencillo jubón y unas polainas, allí estaba Harald el Pelirrojo: el mismo que un día, al frente de cinco mil hombres y dispuesto a arrasar Wessex, había metido a Alfredo el miedo en el cuerpo, se arrastraba por los juncos y le tendía el cordón a Skade, quien, tras mirarlo, emitió un lastimero quejido.

No aceptó la corona que le ofrecía. Él levantó el cordón de oro, se lo colocó en la

cabeza y lo dejó caer, ladeado. Skade empezó a llorar. A rastras, Harald se acercó a ella.

—¡Amor mío! —dijo, con voz quebrada por el cariño.

Etelfleda se había situado a mi lado. Sin darse cuenta, me había tomado el brazo con el que sostenía el escudo y se abrazaba a mí.

—¡Tesoro mío! —susurró Harald, acariciándole los cabellos, para añadir—: ¡Tanto como te quise!

—¡Y yo! —replicó Skade, rodeándole con sus brazos; ambos se abrazaron a la luz de la fogata.

Con un hacha en la mano, uno de los que estaban a mi lado dio un paso adelante. Lo detuve. Había visto el movimiento que Harald había hecho con la mano derecha. Sujetaba los cabellos de Skade con la mano izquierda mientras, con la derecha, rebuscaba bajo la capa que llevaba.

—¡Amor mío! —decía, sin dejar de repetirlo una y otra vez, hasta que su mano derecha se movió con rapidez. Los hombres inválidos de piernas compensan su pérdida con la fuerza de sus brazos. La hoja del cuchillo traspasó los eslabones de la cota de malla que llevaba Skade. Se quedó rígida, abrió los ojos con desmesura igual que la boca, que Harald besó, mientras dirigía el puñal hacia arriba, cada vez más arriba, rasgándole la cota de malla con aquel acero que, tras abrirle el vientre, seguía subiendo hacia el pecho, sin apartarse de él mientras la sangre manaba por aquella honda herida, hasta que con un grito postrero, aflojó el abrazo, puso los ojos en blanco y cayó de espaldas.

—¡Acabad lo que habéis empezado! —rezongó Harald, sin mirarme siquiera, mientras trataba de hacerse con la espada que Skade había soltado y que lo llevaría al Valhalla.

En ese instante, recordé cómo había matado a la mujer de Æscengum, a pesar de los gritos de su hija. Con el pie, aparté la espada. Sorprendido, alzó los ojos, y mi cara fue lo último que vio.

Nos quedamos con treinta de los barcos. El resto los quemamos. Tres consiguieron hacerse a la mar, tras dejar atrás a los hombres de Finan arrojándoles las lanzas que habían encontrado amontonadas en el pantoque de uno de los barcos varados que, como baluartes, guardaban la entrada de la ensenada. La guarnición del barco que estaba encallado en Caninga retiró la enorme cadena que bloqueaba la entrada y los tres barcos se hicieron a la mar. El cuarto no tuvo tanta suerte. Ya casi habían dejado atrás a Finan y a los suyos, cuando una certera lanza alcanzó al timonel en el pecho, que se vino al suelo, el remo del timón se quedó fijo y el barco se fue contra la orilla. La nave que venía detrás chocó con él, le abrió un boquete y empezó a hacer aguas, mientras la subida de la marea la arrastraba ensenada arriba.

Atrapar a los supervivientes en aquella maraña de marismas, cañaverales y

entrantes que era Caninga nos mantuvo ocupados todo el día. Hicimos cautivos a centenares de mujeres y niños; nuestros hombres eligieron a aquéllos que querían como esclavos. Allí fue donde conocí a Sigunn, una muchacha que no dejaba de temblar a la que descubrí en una zanja. Rubia, pálida y menuda, viuda a sus dieciséis años, porque su marido había muerto en el fuerte. Al verme llegar entre los juncos, se engurruñó.

—¡No, no, no! —no dejaba de repetir.

Le tendí la mano; al cabo de un rato, comprendiendo que el destino no le dispensaba otra salida, me dio la suya y la dejó al cuidado de Shitric.

—Velad por ella —le dije en danés, una lengua que entendía bien—. Mirad que no le pase nada.

Quemamos los fuertes. Yo era partidario de conservarlos y servirnos de ellos como fortalezas para defender Lundene. Pero Eduardo insistió en que la refriega de Beamfleot no había sido sino una incursión más en Anglia Oriental y que apoderarnos de los fuertes supondría una violación del tratado que su padre había suscrito con el rey de aquel territorio. De nada sirvió que le insistiese en que la mitad de los daneses de Anglia Oriental se habían unido a las fuerzas de Haesten. Eduardo no dio su brazo a torcer en cuanto a que había que respetar el acuerdo firmado por su padre. Así que echamos abajo las enormes murallas, apilamos los maderos en el interior y los prendimos fuego. Antes, nos llevamos el tesoro; nos hicieron falta cuatro de los barcos que nos habíamos quedado para cargarlo.

Al día siguiente, las piras seguían ardiendo. Hubieron de pasar tres días antes de que me aventurase por los rescoldos en busca de una calavera. Creo que era la de Skade, aunque no estoy seguro. Clavé el asta de una lanza danesa en la tierra calcinada, y coloqué la calavera en la moharra desportillada, con las vacías cuencas de sus ojos mirando a la ensenada donde todavía humeaba el maderámen de doscientos barcos.

—Es una advertencia de lo que les espera —expliqué al padre Heahberht, al tiempo que le entregaba un buen talego de plata—, por si a otros daneses se les ocurre volver por aquí. Si alguna vez necesitáis mi ayuda, no dudéis en venir a verme.

Cerca del foso, donde el fuego no había llegado, pero donde tantos hombres de Wessex y de Mercia se habían dejado la vida, el lodo estaba sembrado de abejas muertas.

—Decidle a Brun que rezasteis un responso por ellas.

Nos fuimos a la mañana siguiente. Con sus tropas, Eduardo se dirigió hacia el oeste. Antes de despedirse, advertí en su rostro una mirada severa y ceñuda.

—¿Pensáis quedaros en Mercia? —me preguntó.

—Eso es lo que quiere vuestro padre, mi señor —le dije.

—Así es —repuso—. ¿Y vos?

—Ya sabéis la respuesta, mi señor —contesté.

Se me quedó mirando en silencio, antes de esbozar una leve sonrisa.

—Creo que Wessex necesitará de Mercia —dijo muy despacio.

—Y Mercia necesita de Etelfleda —repliqué.

—Sí —dijo escuetamente.

El padre Coenwulf se detuvo un momento. Se inclinó desde la silla de su montura y me tendió la mano. No dijo nada, sólo estrechó la mía y picó espuelas en pos de su señor.

Pusimos rumbo a Lundene, con los barcos que habíamos capturado. A mis espaldas, bajo los hilachos de humo que aún salían de Beamfleot, el mar lanzaba destellos rosados. Con la ayuda de un montón de hombres de Mercia poco avezados, mi tripulación se puso a los remos del barco en el que iban la mujer de Haesten, sus dos hijos y otros cuarenta rehenes. Aunque no suponían ningún peligro, Finan los vigilaba de cerca.

Etelfleda se quedó a mi lado junto al timón. Echó la vista atrás donde el humo aún cabrilleaba, y supe que en ese instante recordaba la última vez que había zarpado de Beamfleot. También entonces todo era humo, muertos, y un gran pesar añadido: había perdido a su amado; ante ella, sólo se cernía una desalentadora oscuridad.

Luego, me miró y, al igual que su hermano, sonrió. Esta vez, parecía feliz.

Los largos remos se hundieron, las riberas del río se nos vinieron encima; por el oeste, la humareda de Lundene enturbiaba el cielo.

Mientras, yo llevaba a Etelfleda de vuelta a casa.

NOTA HISTÓRICA

A mediados del siglo XIX, cuando se procedía a la construcción de una línea de ferrocarril entre Fenchurch Street, en Londres, y Southend, al excavar en lo que ahora es South Benfleet (Beamfleet), unos peones camineros se encontraron con restos de barcos calcinados y esqueletos humanos, vestigios de más de novecientos años de antigüedad de lo que en su día fueran el ejército y la flota de Haesten.

Me crié cerca de Thundersley (Thunresleam). En el cementerio de la iglesia de Saint Peter de esa localidad se alzaba una piedra con un agujero horadado que, al decir de los habitantes del lugar, había sido erigida allí por el diablo. Si se daban tres vueltas a su alrededor en sentido contrario a las agujas de reloj y se susurraba un deseo en el orificio en cuestión, los lugareños aseguraban que tal petición llegaría a oídos del diablo y el deseo sería concedido. La piedra en cuestión data, por supuesto, de una época muy anterior a la introducción del cristianismo en Gran Bretaña, de los tiempos en que los primeros sajones llegaron a aquellas tierras e instauraron el culto de Thor, de ahí el topónimo antes mencionado.

Al oeste de nuestra casa, había una escarpada pendiente que caía a pico hasta la llanura que lleva a Londres. Esa pared rocosa es conocida en la región como Bread and Cheese Hill, una denominación que, por lo que me han contado, se remonta a la época de los sajones y que, al parecer, significa «ancho y afilado», en referencia a las armas que se utilizaron en aquel lugar, durante una antigua batalla entre vikingos y sajones. No digo que no sea así, pero me sorprende que nunca nadie me hablase de lo importante que había sido Benfleet en la larga historia de lo que un día llegaría a ser Inglaterra.

En la última década del siglo IX, el Wessex de Alfredo se encontraba una vez más bajo la amenaza de un ataque por parte de los daneses. En realidad, fueron tres. Un caudillo anónimo (al que he dado en llamar Harald) llevó una flota hasta las costas de Kent, igual que hizo Haesten. Al mismo tiempo, los daneses asentados en Northumbria planeaban un desembarco en la costa occidental de Wessex.

Antes de eso, los dos ejércitos daneses presentes en Kent se habían dedicado al pillaje de lo que ahora es Francia. Tras recibir cuantiosas sumas con tal de que se alejasen de aquellas tierras, los daneses tomaron la decisión de atacar Wessex. En aquella ocasión, Haesten obtuvo una mayor recompensa a cambio de abandonar Wessex, e incluso accedió a que su esposa y dos de sus hijos recibieran el bautismo. Mientras tanto, desde Kent, un ejército mucho más numeroso avanzaba hacia el oeste. Los daneses conocieron la derrota en la batalla de Farnham, Surrey (Fearnhamme), una de las más importantes victorias de los sajones sobre los invasores daneses. Desbaratado el gran ejército danés, los supervivientes, con su caudillo herido, huyeron hacia el norte, asentándose en Torneie (Thorney Island), un enclave ahora

desaparecido ante el empuje urbanístico de los alrededores del aeropuerto de Heathrow. Tras ponerles cerco en aquel lugar, el asedio no consiguió doblegarlos, y los sajones hubieron de recurrir una vez más a la plata para librarse de su presencia. Muchos de aquellos supervivientes se dirigieron entonces a Benfleet (en el reino de Anglia Oriental en aquella época), donde Haesten había erigido una fortaleza.

A pesar de sus promesas de amistad, Haesten desencadenó una ofensiva y atacó Mercia. Alfredo, protector de Mercia, estaba ocupado con el ataque de los daneses de Northumbria, y envió a su hijo Eduardo para que tomase el cuartel general que Haesten había establecido en Benfleet. El ataque culminó con éxito. Los sajones destruyeron y quemaron la vasta flota de Haesten, recuperaron la mayor parte del botín que había reunido éste y tomaron innumerables rehenes, incluida la familia de Haesten. Una sonada victoria que, por supuesto, no significó el final de la guerra.

En aquella época, en Mercia, la antigua región situada en el corazón de Inglaterra, no había rey, y soy de la opinión de que Alfredo prefería que las cosas siguieran como estaban. Había adoptado el fantasioso y quimérico título de «rey de los Angelcynn». Aunque nadie había conseguido unir todos los reinos en los que se hablaba inglés, otros reyes sajones habían reclamado para sí el título de reyes de los «ingleses». No otro era el sueño que acariciaba Alfredo y, si bien no llegó a verlo realizado, sí estableció los pilares sobre los que su hijo Eduardo, su hija Etelfleda y el hijo de Eduardo, Etelstano, llegarían a hacerlo realidad.

El fortín fue el ingenio del que echaron mano los sajones para evitar la derrota, ciudadelas fortificadas que constituyeron la respuesta de los gobernantes de la cristiandad frente a la amenaza que representaban los vikingos. A pesar de la temible fama que los rodeaba, los guerreros vikingos no estaban preparados para el asedio. Gracias a la fortificación de grandes ciudades, donde campesinos y ganado encontraban refugio, los monarcas cristianos desbarataron por doquier las ambiciones vikingas. Los daneses bien podían deambular por gran parte de Mercia y de Wessex, que sus posibles presas permanecían a salvo tras los muros de los fortines, defendidos por el *fyrð*, la guarnición de la ciudad.

Hasta que se presentaba la ocasión, como en Fearnhamme, de que un ejército profesional plantase cara a los daneses porque, a finales del siglo IX, los sajones habían aprendido a guerrear tan bien como los hombres del norte.

Vikingos se llama con frecuencia a esos hombres del norte, aunque algunos historiadores apuntan a que, lejos de ser los legendarios y terribles depredadores que todos tenemos en la cabeza, eran un pueblo pacífico, que mantenía buenas relaciones con sus vecinos sajones. Un punto de vista que no tiene en cuenta gran parte de las pruebas de que disponemos en la actualidad: por ejemplo, los esqueletos enterrados bajo las vías del tren que va a Benfleet. Alfredo organizó Wessex para la guerra y levantó costosísimas defensas, fortificaciones que jamás habría edificado si los

vikingos hubieran sido el pueblo pacífico que algunos historiadores revisionistas pretenden hacernos creer. Los primeros vikingos eran saqueadores que iban en busca de plata y esclavos. Poco tardaron en aspirar a ser dueños de territorios también y, así, se asentaron en el norte y en el este de Inglaterra, y su influencia se dejó sentir tanto en los topónimos como en la lengua. Es cierto que aquellos colonos acabaron por mezclarse con la población sajona, pero otros hombres del norte seguían soñando con apoderarse de las tierras que se extendían más al sur y al oeste, y las guerras continuaron. El largo enfrentamiento entre escandinavos y sajones no concluyó hasta los tiempos de Guillermo el Conquistador, un normando, por supuesto, vocablo con el que se designaba a los «hombres del norte», porque vikingos eran los señores de Normandía que se habían asentado en esa península. La conquista normanda fue en realidad la última victoria de los hombres del norte, pero ya era demasiado tarde para echar por tierra el sueño de Alfredo, que no era otro que la creación de una sola nación llamada Inglaterra.

He sido (y seguiré siéndolo) muy injusto con la figura de Etelredo. No disponemos de la menor prueba que nos permita afirmar que el yerno de Alfredo era tan corto de miras y tan apocado como aquí lo presento. Como correctivo, me atrevo a proponer la lectura del soberbio ensayo de Ian W. Walker, *Mercia and the Making of England* (Sutton Publishing, Stroud, 2000). En cuanto a su esposa Eteflada, la hija de Alfredo, incluso en esta época en que historiadoras feministas tanto empeño han puesto en rescatar a otras figuras femeninas de las tinieblas de la historia patriarcal, sigue siendo una gran desconocida. Eteflada es una auténtica heroína, una mujer que se puso al frente de ejércitos contra los daneses, que hizo cuanto estuvo en su mano para ampliar a lo largo y a lo ancho las fronteras de Inglaterra.

Farnham y Benfleet fueron dos golpes bajos contra las aspiraciones danesas de acabar con la Inglaterra sajona. Pero la lucha de los Angelcynn está lejos de haber acabado. Haesten sigue haciendo de las suyas por el sur de la región central de Inglaterra, y los daneses detentan el poder tanto en Anglia Oriental como en Northumbria. De modo que Uhtred, firme aliado ahora de Eteflada, no tendrá más remedio que combatir de nuevo.